

José Jouanen S. J.

VIDA

DE LA

B. MARIANA DE JESUS

"LA PRENSA CATOLICA"

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

VIDA DE LA B. MARIANA DE JESUS

VIDA
•
DE LA BIENAVENTURADA
MARIANA DE JESUS
•
LLAMADA
LA AZUCENA DE QUITO

Por el R. P. José Juanen S. J.

SEGUNDA EDICIÓN ILUSTRADA

(Con licencia de la Autoridad Eclesiástica)



«LA CATÓLICA» - EDITORIAL ECUATORIANA

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORA
«LA PRENSA CATÓLICA»

PROLOGO

Grande provecho saca siempre el cristiano de la lectura de Vidas de Santos; porque puede ver en todas la inefable bondad y misericordia de Dios N. S. para con sus redimidos; pero parece que más nos debe interesar y mover la Vida de una alma que ha llegado a la cumbre de la perfección en nuestra propia Patria, ya que se ha santificado en las mismas circunstancias y en medio de las mismas dificultades en que nos hallamos; lo que nos hace esperar que Dios N. S. también con nosotros se mostrará Padre bondadoso y nos ayudará con su gracia abundante.

Dice el Ilmo. Sr. González Suárez en su Historia General de la República del Ecuador (lib. III cap. 13) que: «Tierra dónde floreció una Santa como la Bienaventurada Mariana de Jesús, había recibido indudablemente las bendiciones del cielo». Esto es mucha verdad; una alma santa es uno de los mayores favores que Dios puede conceder a una ciudad, a un pueblo. ¡Que sería de la tierra si no hubiese Santos! Muchas veces los Justos con sus penitencias y oraciones han desarmado el brazo de la divina Justicia, levantado ya para castigar a los pecadores.

Todo ecuatoriano, pues, que ame de veras a su Patria, no podrá menos de leer con agrado los nobles hechos de la más esclarecida heroína de su nación, y se alegrará al ver que Dios ha escogido al Ecuador para dar en Mariana de Jesús, al cielo, una de sus más brillantes lumbreras; a la Iglesia católica, una de sus vírgenes más puras; al mundo entero, un eximio dechado de toda virtud, una santa insigne que muestre a todos con heroicos ejemplos, el camino único que lleva a la verdadera grandeza, que consiste en

servir fielmente a Dios en esta vida y guardar sus santos mandamientos.

Poco es lo que se ha escrito acerca de Mariana de Jesús: el autor principal de su vida es el ilustre guayaquileño P. Jacinto Morán de Butrón de la Compañía de Jesús, quien tuvo a su disposición, además de los Procesos del Ordinario, los escritos de Mariana de Jesús, y las cartas con los apuntes de sus confesores. Procedió con tanta escrupulosidad como historiador, que a los 78 años de edad estando ya para morir, pudo afirmar bajo solemne juramento, muchas veces repetido, que «era la pura verdad y no solamente en opinión suya privada, pero pública voz y fama, cuanto había escrito sobre la vida admirable, penitencias, virtudes, milagros y otros dones celestiales de la Sierva de Dios». Otros después de él, en varios idiomas escribieron la vida de nuestra Bienaventurada, pero puede decirse que no son sino compendios más o menos bien dispuestos de la obra de este esclarecido autor.

La fuente principal de todas la noticias que nos quedan de Mariana de Jesús son los Procesos del Ordinario llamados «Informatorios» para que no se perdiese el recuerdo de sus heroicas acciones y virtudes. Como estos se iniciaron solo veinticinco años después de su santa muerte, vivían todavía muchas personas que la habían conocido y tratado íntimamente, y corrían de boca en boca los hechos más notables de su vida admirable.

Todo cuanto se dice y refiere en este modesto escrito, ha sido sacado de estos mismos Procesos; pues aunque incompletos, dan plenamente a conocer la heroica santidad de Mariana de Jesús; si bien no se han desechado relaciones particulares y otros especiales documentos dignos de toda fe histórica.

Quito, Julio de 1932.

ADVERTENCIA

En esta segunda edición de la Vida de Mariana de Jesús, conservando cuidadosamente cuanto pertenece a la integridad de la historia, se han suprimido algunos detalles, notas y documentos que no parecían necesarios para la perfección de la obra.

«La Prensa Católica»

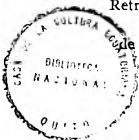
PROTESTA

Conformándonos con los Decretos de Urbano VIII de 13 de Marzo de 1625 y de 3 de Junio de 1631, y asimismo con los Decretos de la Congregación de Ritos, declaramos que a las gracias, milagros y revelaciones de que se hace mención en este libro, no aprobados por la Iglesia, no pretendemos se les dé más fe que la que merecen los testigos y argumentos aquí aducidos.



**LA AZUCENA DE QUITO
B. MARIANA DE JESUS**

Retrato atribuido al Hermano Hernando de la Cruz S. J.
y que se conserva en el sitio que fue el aposento
de la bienaventurada, en el Carmen antiguo de Quito.





LIBRO I

Primeros años de Mariana de Jesús hasta que entra en su encierro

CAPITULO I

Nacimiento de Mariana de Jesús

SUMARIO - SU PATRIA. - SU NACIMIENTO. - SUS PADRES. - PAREN-
TESCO CON SANTA ROSA DE LIMA - SUCEOS PRODIGIOSOS EN SU
NACIMIENTO. - PALMA DE ESTRELLAS. - SU CORPÚREA HERMOSU-
RA. - SU BAUTISMO.

La ciudad de Quito está situada en la falda oriental del Pi-
chincha, a 13' de latitud Sur, y a unos 2.850 metros sobre el nivel
del mar. Fundada por Sebastián de Benalcázar en 1534, llegó muy
pronto a ser por su población y riquezas, la segunda ciudad de lo
que entonces se llamaba el Imperio del Perú. Fué siempre y es una
ciudad muy religiosa, en la cual han florecido muchas personas de
verdadera piedad, sólida virtud y grande santidad. Pero lo que ha
dado a Quito más gloria que todo su poder y riquezas, es haber sido
escogida por Dios para cuna y patria de Mariana de Jesús de Pare-
des y Flores, o sea de aquella virgen esclarecida que por su extra-
ordinaria pureza y candor, ha merecido el glorioso nombre de *Asu-
cena de Quito*, con el cual toda la Iglesia la conoce y venera.

Vino a este mundo Mariana, en Quito, un sábado, víspera de
todos los Santos, el 31 de Octubre de 1618, entre las 11 y 12 de
la noche; el cuarto donde nació es ahora el locutorio del convento
del Carmen Antiguo. Quiso Dios Nuestro Señor que la casa que
había de ser santificada por las virtudes de tantas dignas hijas de
Santa Teresa de Jesús, lo fuese antes por Mariana, que en ella na-
ció, vivió y voló de esta vida a la eterna bienaventuranza.

Fué su padre el Capitán Dn. Jerónimo Flores Zenel de Pare-
des, nacido en Toledo de España, hijo de Dn. Alonso de Paredes
y de Mariana Sedefio, ambos de familia noble e ilustre; vecinos to-
dos de Toledo y de la Real Villa de Madrid. Tuvo por madre a Ma-
riana de Granobles y Jaramillo natural de Quito, hija legítima de
Gabriel Granobles, oriundo de Guadalcánal en España y de Dña.

María Jaramillo, de Alcalá de Henares; ambos descendientes de nobles familias españolas, que aumentaron su nobleza con ser de los primeros conquistadores de estos reinos. (1)

Además de su grande fortuna y nobleza, fueron los padres de Mariana, según el decir unánime de sus contemporáneos, personas de notoria honradez, probidad y virtud; grande era su caridad para con los necesitados, y su piedad tan insigne, que su casa era conocida y llamada en Quito: *Casa de la oración o Casa de los santos*. (2) Procedieron en este santo tenor de vida, mientras les duró la existencia, edificando a sus conciudadanos con muchas buenas obras de piedad y devoción.

¡Dichosa familia, a la que por sus virtudes, quiso Dios conceder el fruto de bendición que la ha ilustrado más que todas sus riquezas, nobleza y hechos gloriosos de sus antepasados. Tuvieron ocho hijos de los cuales el último fué Mariana de Jesús. (3)

Dícese que Mariana fué pariente de Santa Rosa de Lima por la línea paterna. (4) El fundamento que para esto aducen los historiadores de su vida es que ambas llevaban el mismo apellido de Flores, y que los antepasados de Santa Rosa de Lima eran oriundos de Toledo de España, así como los de Mariana. A esto añaden que el padre de Mariana, Jerónimo Flores de Paredes tenía dos hermanos carnales que vivían el uno en Lima y el otro en el Cuzco; y que habían venido con él de España desde los primeros tiempos de la conquista. Pero cualquiera puede echar de ver que todo esto puede ser muy verdadero sin que haya ningún parentesco entre ambas Santas. Además lo que se dice del padre de Santa Rosa en su vida, parece indicar que eran de familias muy distintas. Gaspar Flores, padre de Santa Rosa era natural de la villa de San Juan de Puerto Rico, nació a Lima en 1548 de edad de 23 años; allí obtuvo plaza de arcabuz de la guardia en 1557, y se casó aquel mismo año con una mujer de humilde condición, María de Oliva, madre de Santa Rosa; todo lo cual no parece convenir con la nobleza cierta y bien averiguada de la familia de Mariana de Jesús. Pero sea de este parentesco lo que fuere, si no eran parientes según la carne, fueron muy hermanas según el espíritu; pues Mariana tuvo siempre

1) Procesos, pág. 8 y 168

2) P. Jacinto Morán de Butrón-Vida de la Bienaventurada Mariana de Jesús; Lib. I, cap. I, pág. 9

3) Los hermanos de Mariana de Jesús fueron: Fr. Jerónimo de Paredes, de la esclatada orden de S. Francisco; D. Tomás de Paredes que se domicilió en Ibarra poco tiempo después de fundada la ciudad. 28 de Septiembre de 1606, su esposa se llamaba María Rodríguez; tuvo además otro hermano domiciliado en el Cuzco cuyo nombre se calla en los Procesos. Sus hermanas fueron cuatro. D^a Jerónima de Paredes, casada con el capitán Cosme de Caso; Doña Marta Flores de Paredes, casada con D. Jerónimo de Argila, en Ibarra; doña Petronila Flores de Paredes, casada con el capitán Francisco Rodríguez, también en Ibarra y Doña Jués Flores de Paredes, algo menor que Mariana, y que según parece vivió poco tiempo. Tenía además un tío, hermano de su padre, llamado Diego Flores de Paredes, y una tía hermana de su madre, D^a. Francisca Alvarado, esposa de D^a. Diego Flores de Paredes.

4) P. Morán de Butrón, Lib. IV, cap. II, pag. 354.

gran devoción a Santa Rosa desde que conoció su vida, y procuró copiar con toda fidelidad sus virtudes admirables. Como se lee de otros Santos en sus Vidas que tuvieron en su nacimiento claras señales de la elección divina, no podían estas faltar en Mariana de Jesús escogida por Dios para la práctica de las virtudes en grado heroico y sublime; y así se dice en el Breve de la beatificación: «*Que dió señales desde su misma infancia, a qué elevado grado de santidad había de llegar con el auxilio de la divina gracia.*» (1)

Entre los casos que se refieren de los Procesos Informatorios, Procesos de cuya autenticidad no se puede dudar, se encuentra el siguiente: Estaba durmiendo tranquilamente una noche la madre de Mariana de Jesús, cuando de repente fueron despertados ella y su esposo D. Jerónimo por el ruido de unos pasos sordos que se oían en el cuarto donde dormían. Asustado D. Jerónimo se incorporó sobre la cama y observó delante de sí, en ademán de querer abalanzarse sobre su consorte, un enorme mastín, cual nunca lo había visto, de estatura formidable, los ojos centellantes, el color negro y todo él de aspecto sumamente horrible y feroz. Sorprendido de espanto e incapaz por de pronto de ninguna reflexión, echó mano de lo primero que encontró; y al lanzar sobre la fiera unos zapatos descubrió claramente que era una sombra sin cuerpo que no ofrecía resistencia. Llamó sin embargo a los criados, y para disminuir la impresión de susto que la aparición había causado sobre el ánimo de su esposa, le dijo que sería sin duda un perro de la vecindad. Llegados los criados se pusieron a buscar el animal por toda la casa, mas en vano, no pudieron encontrarlo. Todos atribuyeron lo ocurrido a una invención diabólica para procurar la muerte de Mariana, y D. Jerónimo con ellos; porque todos, amo y criados, sabían muy bien que las puertas del aposento donde esto aconteció, así como las de la calle habían estado cerradas antes y después de la aparición, de modo que no podía entrar, ni tampoco salir de allí perro alguno. (2) Bien se puede comprender el peligro que corría la vida de Mariana por el susto que recibiera la madre.

Otro caso se cuenta también en los mismos Procesos, por las personas que lo presenciaron, no menos admirable que el primero. Llegada la hora del parto para la madre de Mariana, todos en la casa temían no fuese desgraciado, por causa de la poca salud y de la edad avanzada de la señora. Como casa de mucha piedad, las mujeres que asistían a D^{na} Mariana, a más de prodigarle los cuidados que exigía su estado, no dejaban de acudir a Dios, para suplir con sus ruegos, lo que su arte no podía alcanzar. Una de ellas en el acto de orar levantó por casualidad los ojos al cielo, y vió con indecible sorpresa, sobre el techo del cuarto donde yacía la enferma, una estrella muy hermosa, que parecía un fuego, y servía de base a otra grande

1] Procesos para la beatificación. pág. 390.

2] Procesos pág. 224; P. Moran de Butrón lib. I cap. 2, pág. 1, 1.

multitud de estrellas más pequeñas, agrupadas entre sí de tal modo y con tal orden, que figuraban una hoja de palmera de luz muy clara y resplandeciente.

Después de algún rato de asombro, llamó como pudo por voces y señales a las personas que estaban cerca. Muy pronto se reunió toda la casa para contemplar el prodigio. A las voces salió también D. Jerónimo, padre de Mariana, para averiguar lo que pasaba, y quedó lleno de espanto al ver la palma misteriosa. No se saciaba de mirar al cielo, bendiciendo al mismo tiempo a Dios que tanto honraba y distinguía a su familia. Cuando pudo desprenderse de aquella vista, corrió presuroso al aposento de su esposa para participarle lo ocurrido. Animada y alentada con tan fausto acontecimiento D^a Mariana dió felizmente a luz, y la palma de estrellas desapareció del cielo, en presencia de toda la gente de la casa, que la estaba mirando, sin que se la volviese a ver más en forma alguna, en el momento mismo en que Mariana de Jesús vino a este mundo. (1)

¿Quería Dios N. S. significar con este prodigio que muchas jóvenes habían de imitar los ejemplos de Mariana de Jesús, agrupándose como estrellas menores al rededor de otra más brillante, y que muchas almas habían de ir a Dios atraídas por la fragancia de aquella purísima *Asuncion*? Solamente lo sabe aquel Señor que quiso honrar el nacimiento de su Sierva con un portento tan gracioso.

Apenas nacida Mariana se ganó el afecto de todos por causa de la extraordinaria belleza de su rostro, y especialmente de sus ojos; sus ancianos padres no cabían en sí de gozo al contemplarla. Lo mismo pasó con todos los que la vieron, y en especial con D^a Jerónima de Paredes su hermana mayor, quien tomándola en sus brazos comenzó a llorar de gozo diciendo al mismo tiempo a la criatura: *¿Para qué naciste, niña, a este mal mundo tan hermosa y bella?; porque esa tu hermosura ha de ser para trabajos y desdichas.* (2) Predicción fué esta que no se realizó, porque Mariana no se valió de esa hermosura que Dios le había dado, para ofender a la divina Majestad.

Fué bautizada Mariana en la Capilla Mayor del Sagrario, que era su propia parroquia, el día de Santa Cecilia, virgen y mártir, a 22 de Noviembre de 1618. No se sabe por qué su cristiana familia retardó tanto tiempo el conferirle bien tan grande como es renacer para el cielo; muy grave sería sin duda la causa que les hizo esperar. En la partida de bautismo que todavía se conserva (3) se hace men-

1) Procesos, pág. 225.

2) Procesos, pág. 157.

3) He aquí el texto, tal cual se conserva en la parroquia del Sagrario de esta ciudad de Quito. (Tomo A-3, pág. 1618)

«En veinte y dos días de Noviembre de mil seiscientos y diesiocho bautizé y puse el santo óleo y crisma a Mariana, hija de Gerónimo Paredes y de D^a Mariana de Jaramillo su legítima mujer; fue su padrino Gabriel Meléndez de Granobles,

Juan Demain»

ción tan solo del padrino que fué Gabriel Meléndez de Granohles, abuelo materno de la niña. Llanzéronla Mariana, a petición de su madre que llevaba el mismo nombre.

CAPITULO II

Primeros años de Mariana de Jesús

SUMARIO.—AMOR DE SUS PADRES.—MARIANA TOMA EL PECHO EN FORMA DE AYUNO.—MODESTIA Y RECATO CON QUE DIOS LA PREVINIO.—SUS BUENAS CUALIDADES.—CUIDADO DE SU MADRE.—MUERTE DE SU PADRE.—MILAGRO EN EL RIO DE GRANOHLES.—CAE DE UNA PARED.—MUERTE DE SU MADRE.—SUS PADRES ADOPTIVOS.

La madre de Mariana fue molestada por espacio de largo tiempo, con la aprehensión de que llevaba en su seno al verdugo de su vida, aunque resistía como buena cristiana a semejantes imaginaciones, conociendo que no tenía ningún fundamento. Mas desde el instante en que la vió nacida, con aquella hermosura grandísima que parecía más que humana, la aversión que le había tenido, se trocó en un amor entrañable y aun excesivo. Imposible que consintiese en separarse, ni por un instante, de su amada niña; y así quiso hacer lo que que tantas madres de su clase y posición por desgracia no siempre hacen, criar ella misma a su hija a pesar de su edad y de sus achaques. Empezó pues, a darle el ordinario alimento. Pero ¿cuál no sería su sorpresa y asombro cuando advirtió que la niña no quería tomar el pecho sino a mediodía y al acercarse la noche? Perliaba la madre; pero aunque en lo demás de índole muy apacible no cesaba de llorar si se la quería obligar a tomar mayor cantidad de alimento. Justamente alarmada, y temiendo por la salud de su hija, después de haber apurado todos los recursos que le sugirió su amor, se determinó a tomar dos nodrizas, una española, llamada Catalina de Alcocer y la otra una india de nombre Beatriz, para ver si de esta manera la niña tomaba mayor cantidad de alimento. El cambio de leche solo sirvió para aumentar el asombro y patentizar el prodigio; Mariana no tomaba el pecho sino dos veces al día, cerca de las doce y por la noche, cualquiera de las tres que se lo diese y con todo gozaba de buena salud y robustez. Notaron además que los lunes, miércoles y viernes no lo tomaba sino una sola vez cerca de las 12 del día; y nunca se apartó de esta manera de proceder.

Fuó tan ruidoso y público este caso en Quito, que más de veinte personas lo aseguran bajo juramento en los Procesos; y entre ellas la misma ama de leche de Mariana, Catalina de Alcocer, quien añade que todas las personas que visitaban a los padres de Mariana

reparaban en el caso, porque no se había visto nunca en semejante edad acción tan portentosa. (1)

Quiso Dios Nuestro Señor mostrar no solamente cuán adicta Mariana había de ser al ayuno en lo restante de su vida con el caso precedente, pero también cuán grande sería siempre su recato y modestia, infundiéndola desde la edad temprana, un grande amor a estas virtudes, que fueron el más bello adorno de la virgen. *Azuena de Quito*. Si al sacarla de la cuna para pasearle algún rato por los corredores de la casa la llevaban con el rostro descubierto, era su llanto tan inconsolable que no había medio de acallarla, sino volviéndola a cubrir, con lo cual quedaba muy quieta y tranquila, pudiendo llevarla donde quisiesen. Lo mismo acontecía cuando la querían llevar fuera de casa; lloraba incesantemente hasta que la volvían a hacer entrar. (2)

Siendo niña de dos o tres años, mostró asimismo su excesivo recato, en otra ocasión, según lo refiere en los Procesos el mismo a quien aconteció el caso, el Dr. D. Juan Martín de la Peña, médico de la casa de Mariana y caballero de costumbres intachables. (3) Viéndola tan tierna, tan bella y agraciada, quiso cogerla en sus brazos y hacerle algunas caricias; pero le fue imposible, Mariana no lo consintió y desprendiéndose de él se puso en huida, como si hubiese temido algún mal muy grave. Y no era esto capricho o temor infantil, era una modestia como innata que Dios le había concedido.

De varias maneras Mariana iba descubriendo cada vez más las bellas cualidades, con que el cielo a manos llenas se había complacido en adornarla; su extraordinaria hermosura embelesaba a todos los que la veían; era grande su dulzura y apacibilidad con lo cual se ganaba el aprecio de todos los corazones. No se veía en ella aquel mal humor, caprichos y otros defectos que no pocas veces se encuentran en otras niñas de tierna edad. (4) Parecía ya comprender lo que es virtud y cuán necesaria es practicarla para hacer la felicidad del hogar doméstico. Todos los de casa la observaban con atención sin perder ninguna de sus acciones; y casi instintivamente, puede decirse, se sentían movidos a amarla y aun a venerarla. Entre todos, como era natural, la amaba con un amor muy tierno su buena madre. Tenía de su hija Mariana un excesivo cuidado, tanto en lo temporal como en lo espiritual; procuraba con todos los medios a su alcance, imprimir en su alma desde los más tiernos años, una verdadera y sólida piedad, ya que la veía tan inclinada a todo lo bueno. Era D^a Mariana Jaraquillo, una de aquellas madres profundamente cristianas, que comprenden sus deberes y saben que su primera y principal obligación es criar a sus hijos para el cielo, y

1) P. Morán de Butrón I lib. cap. 2, pág. 145. Procesos pág. 127, 269, 303 etc.
P. Alonso de Rojas, Sermón panegírico.

2) Procesos pág. 81. P. Morán de Butrón lib. I, cap. 2 pág. 15

3) El Dr. D. Juan Martín de la Peña era también médico del Colegio de San Luis, y tenía el título de proto-médico de la ciudad de Quito

4) Procesos pág. 127, 172 y 304.

no contentarse con procurarles tan solo las ventajas y comodidades de esta vida. Y así cuidaba por sí misma de la virtud de Mariana, la enseñaba de palabra y mucho más con sus buenos ejemplos, no ignorando que son de ningún provecho los buenos consejos que los padres dan a sus hijos, si ellos mismos practican lo contrario de lo que enseñan.

Entre otras muchas prácticas de piedad, tenía esta señora la costumbre de rezar algunas oraciones antes de acostarse, poniéndose de rodillas al pie de la cama con los brazos en cruz, juntando así la oración con la mortificación. En cierta ocasión, después de haber hecho rezar y acostar a su hija, que tendría unos tres años, se puso ella a cumplir con sus devociones. Despertó de pronto la niña, y levantando el pabellón de la cama, reparó en lo que hacía su madre «*Mamá, le dijo, ¿qué hacéis*» y diciéndole ésta que durmiese «*No mamá, quiero hacer lo que vos hacéis*» y bajando de la cama se arrodilló al lado de su madre, extendió los bracitos en forma de cruz y se estuvo así todo el tiempo que duraron aquellas oraciones. (2)

Esta misma escena se repitió de aquí en adelante to las las noches, porque no había medio de recabar de la niña que se fuese a dormir sin haber cumplido con esta devoción. D^a. Mariana admirada de tanto fervor en su hija, se lo permitía confiando en que, si por sus pecados no merecía alcanzar lo que pedía, se lo concedería la Divina Majestad por las oraciones puras de aquel ángel que allí tenía arrodillado a su lado. ¡Cuánto valen los buenos ejemplos y qué cuenta no tendrán que dar a Dios los padres que escandalizan a sus hijos! Al ver una virtud tan precoz en la niña Mariana, era voz común de los que la conocían, que Dios la tenía escogida para una grande santidad. En especial su buena madre en tono de profecía acostumbraba decir a menudo, que la niña había de ser un prodigio y había de obrar cosas maravillosas; y lo mismo repetía D. Jerónimo su padre. Por esta persuasión además del cuidado que tenían ambos de no dar a Mariana ningún mal ejemplo de su parte, ni de que encontrase en ellos algún obstáculo en el camino de la virtud, exigían con toda severidad que lo mismo hiciesen los de la familia. De esta suerte nadie se atrevió a desmandarse en lo más mínimo delante de Mariana, que iba creciendo como purísima azucena en el vergel de aquella familia cristiana.

Poco tiempo gozó D. Jerónimo de las caricias de su amada hija pues según parece, se lo llevó Dios Nuestro Señor cuando tenía de tres a cuatro años. Pero este cristiano padre tuvo el consuelo antes de su muerte, de ver el santo temor de Dios reinar en el corazón de sus hijos. Uno había entrado en religión, otros habían abrazado el estado de matrimonio; y todos por su piedad profunda, daban muestras de la educación cristiana que habían recibido; y por

1) Proceso, página 116, 254.

2) Proceso, página 116 y 127

fin Mariana con las esperanzas que ofrecía de su futura santidad, vino a ser su último, pero más apreciado consuelo.

Grande fue el duelo de la familia al perder padre tan querido y que tanto la había edificado con sus buenos ejemplos. Pasado algún tiempo por el luto, D^a Mariana Jaramillo, determinó salir a unas haciendas o fincas muy productivas, llamadas de Granobles, cerca de Cayambe; tanto para divertir algo su dolor, como para cuidar de los intereses de sus hijos. Se llevó consigo a su hija Mariana, que era su único solaz y de la cual no podía separarse ni un solo instante. Un día de fiesta para ir a oír misa al pueblo cercano de Cayambe, tenía que atravesar el río de las Ovejas, que hoy se llama de Granobles o Pisque, el cual por causa de la abundancia de nieve en las montañas vecinas estaba muy crecido. Le dió bastante recelo a D^a Mariana al ver lo torrencioso de la corriente, pero por no perder el bien grande del santo sacrificio de la misa, se resolvió a seguir su camino, y entró animosa en el río, llevando a su hija en las ancas de la mula en que iba montada. Justo en medio del río, tropezó la mula contra una gruesa piedra escondida debajo de las aguas, llegando hasta arrodillarse; con movimiento tan brusco, Mariana no pudo sostenerse en las ancas de la cabalgadura, y cayó al agua precisamente allí donde la corriente era más rápida y peligrosa. Grande fué la turbación y susto de su madre y de toda la comitiva con un percance tan desagradable. Humanamente hablando no había salvación posible para Mariana, tenía que ser arrastrada inmediatamente por las aguas y estrellada contra los peñascos que abundaban en el cauce de aquel torrente. Pero Dios velaba sobre su vida. Según refieren los testigos de vista de esta escena la niña después de haber caído se levantó y se estuvo de pie sobre las aguas en aquel mismo lugar, sin hundirse ni ser arrastrada por la corriente impetuosa, hasta que el mayordomo de la hacienda, volviendo a caballo con toda prisa de la orilla opuesta, la cogió en sus brazos y la sacó del peligro. No paró en esto el prodigio. Una vez en la orilla se pusieron a registrar los vestidos para quitarle lo que estuviese mojado; pero todos vieron con indecible asombro que el vestido, y aun los zapatos, estaban perfectamente secos sin rastro de humedad, lo mismo que si no hubiese caído al agua. Después de esto fue toda aquella familia a oír misa con el fervor que se deja suponer dando gracias a Dios por sus beneficios.

Véase cómo refiere este prodigio un testigo de vista: «Un día yendo D^a Mariana Jaramillo a misa al pueblo de Cayambe, porque era festivo, llevaba en las ancas de la cabalgadura en que iba a la niña Mariana de Jesús. Al pasar el río de las Ovejas, que es caudaloso y traía más agua que de ordinario porque había nevado en el páramo de donde vierte; dió un tropezón la mula en la mitad del río que casi se arrodilló; de cuyo movimiento cayó de las ancas la dicha niña. Y con haber sido en lo más peligroso y arrebatado del río, estuvo parada sobre las aguas sin hundirse ni moverse del puesto, hasta que acudió a cogerla en brazos Hernando Palomeros, todo

mojado y la niña salió enjuta como si no hubiera caído al río... Y que esto lo vió esta testigo porque iba con ellos, y reparó que que quedó parada la niña efectivamente sobre la corriente sin hundirse ni mojarse, de que quedaron todos admirados y lo tuvieron por milagro.»

No fué esta la única ocasión en que el cielo mostró patentemente el cuidado que tenía de la vida de Mariana. Jugando con otras niñas de su edad subió a la pared de un cuarto alto que se estaba edificando; y desde allí cayó sobre un montón de piedras y escombros; sería de una altura de cuatro a cinco metros. Acudieron los que estaban ahí presentes al pronto socorro de la niña juzgando que se habría hecho pedazos. Pero antes de que tuvieran tiempo para llegar al sitio del trágico suceso, la vieron levantarse sana y buena, sin la menor lesión ni contusión. Todos consideraron lo sucedido como un prodigio. [1]

Habiéndose estado algunos meses en su hacienda de Granobles, Doña Mariana volvió a Quito su habitual residencia; y poco tiempo después Dios quiso galardonar las virtudes y merecimientos de esa madre, modelo de madres cristianas. Con este triste acontecimiento Mariana quedó en completa orfandad. Extremo fue su pesar y sentimiento con la muerte de su piadosa madre, llorándola con la madurez y reflexión de una persona adulta. Mas Dios que no abandona a los huérfanos, enjugó sus lágrimas dándole en su misma casa quienes sustituyesen a sus padres difuntos.

Habían casado éstos, antes de morir, a su hija mayor doña Jerónima con el Capitán D. Cosme de Caso, rama de la noble familia de este mismo apellido de la provincia de Asturias en España. Estos fueron los padres adoptivos que la Divina Providencia tenía destinados para Mariana. Efectivamente, ella los miró de aquí en adelante, como si fuesen sus padres naturales y les tuvo el amor, respeto y cariño de una verdadera hija.

Adoptaron a la huérfana con mucho gusto, y le profesaron el mismo amor que si fuese su hija, procurándole todo lo necesario, con tanto más afecto y empeño, cuanto que veían el provecho grande que podía resultarle ahí para la buena crianza y educación de las dos hijas que Dios les había dado; pues siendo éstas, con corta diferencia, de la misma edad que su tía Mariana, se podían aprovechar de los admirables ejemplos de que daba muestra en toda clase de virtudes.

Sus esperanzas no salieron fallidas como se verá en el decurso de esta historia.

1) Procesos página 97.

CAPITULO III

SUMARIO.—PRIMERA EDUCACIÓN Y APROVECHAMIENTO DE MARIANA DE JESÚS.—SUS MAESTROS.—SUS COMPAÑERAS.—SALVA A SUS COMPAÑERAS DE LA MUERTE.

Habiendo D. Cosme y doña Jerónima recibido del cielo tan precioso encargo como era Mariana, cuidaron de darle una educación muy esmerada, cual convenía a su sexo y nobleza, al par que la daban también a sus hijas. Para eso la proveyeron de maestros que cultivasen las admirables disposiciones que Dios Nuestro Señor le había dado, tanto para la virtud, como para cualquier ramo del saber humano. Era de grande talento, de ingenio muy agudo, de inteligencia viva y precoz; con lo que no hizo inútiles por pereza o desidia los cuidados de los que la instruían, sino que adelantó mucho en poco tiempo, sobresaliendo muy pronto entre todas sus compa-
ras, sin que le costara muchos trabajos ni desvelos. Tenía dos maes-
tros; el uno le enseñaba a leer y escribir, en lo que salió muy aven-
tajada; el otro, a tocar varios instrumentos de música; y llegó a
manejar con mucha destreza el clave, la guitarra y la vihuela. [1]

Le aplicaron también a varias labores como labrar, tejer, coser y bordar; en todo lo cual hizo grandes progresos. Con estas habili-
dades tuvo siempre en qué ocupar santamente el tiempo, sin estar
jamás ociosa. A este propósito dice una de las criadas de la casa:
«Sabe esta testigo, que la dicha Mariana de Jesús cuando la lle-
gó a conocer sabía leer, escribir, cantar, tocar en vihuela, en cítara
y clave con destreza; labrar, hilar y tejer en que se ocupaba los ra-
tos que tenía distribuidos para el trabajo; y supo esta testigo que
desde muy muchacha había aprendido estas gracias. [2]

Tenía una voz suavísima y dulcísima, gracia no común en la
ejecución y una pasión decidida por la música, en tanto grado, que
desde que aprendió a tocar, no dejó pasar un sólo día sin que consa-
grara un rato a este ejercicio que era su más apetecida diversión.
Mas nunca abusó del talento que Dios le había dado, profanando
tan bellas dotes con cantos profanos, pero ni siquiera indiferentes;
de suerte que la música era para ella un poderoso auxilio para me-
ditar y levantar su corazón a Dios, era una verdadera oración, con
la cual desahogaba su corazón enardecido en amor divino. Fueron
inesfables los gozos y consuelos que Dios le concedió en este santo
ejercicio, especialmente en ciertos días de fiesta como Navidad y Cor-
pus Christe; y tenía el dón de comunicar esa devoción a los que tenían
la dicha de oírla. [3] Dícese en los Procesos que algunas veces los

1) La vihuela de Mariana de Jesús se conserva aún y se venera con! preciosa
reliquia en la iglesia de la Compañía de Quito.

2) Procesos páginas 171, 172

3) Procesos páginas 114, 133.

Angeles la acompañaron en su música: y hasta los pajarillos venían a entretenerla en su ventana con sus gorjeos. [1]

Desde de su más temprana edad y durante su vida toda, fué muy amante del trabajo: se entregaba a él tanto para evitar la ociosidad como para socorrer a los pobres. Tenía repartido todo el día en tres partes muy determinadas: el trabajo, la oración y algún rato de recreo y esparcimiento con sus compañeras; aunque casi se podía decir que desde entonces todo el día era para ella una oración continuada, pues tenía la costumbre de santificar su trabajo y diversiones, con frecuentes elevaciones de su corazón hacia Dios, teniendo por perdido lo que no era consagrado de algún modo a la divina Majestad.

Sus compañeras ordinarias eran su hermana Inés de Flores, que le llevaba pocos años, sus dos sobrinas, hijas de D^a Jerónima, María y Juana de Caso con algunas otras niñas amigas de la familia que vivían en la misma casa; muchas de las cuales le sobrevivieron y pudieron después contar y deponer bajo juramento en los Procesos lo que habían oído y presenciado de la vida admirable de Mariana cuando niña, disponiéndolo así Nuestro Señor para que no se perdiese tesoro tan sagrado.

Además de las niñas que se criaban con ella en la casa de Don Cosme, solía Mariana reunir para sus devociones a todas las otras niñas de la casa de cualquier condición que fuesen y también a las del vecindario que querían acompañarla, procurando así aprovechar a cuantas almas podía con sus buenos ejemplos.

Una de ellas llamada Escolástica Sarmiento relata en su declaración jurada, con qué afán les aconsejaba la virtud así con sus palabras como con sus ejemplos; exhortándolas a que se ocupasen de cosas de piedad y devoción en vez de perder el tiempo en juegos y otros entretenimientos de niñas. «... Era, dice, muy inclinada al amor y servicio de Dios, pues celebraba todas las festividades de Nuestro Señor y de su Madre Santísima y de todos los santos sus devotos con mucha veneración, haciendo altares, ayunando sus vísperas, provocando y animando a sus compañeras para que hiciesen lo mismo; sin ocuparse en juegos y entretenimientos de niña. Las compañeras de que se acuerda eran D^a Juana Caso Miranda, D^a María Caso Miranda, D^a Sebastiana Caso Miranda, sobrinas de Mariana de Jesús, ya difuntas; D^a Inés Flores de Paredes, su hermana, que también es difunta y esta testigo. . . . » [2]

No solamente fué útil Mariana a sus compañeras para la vida del alma, por los buenos consejos y ejemplos que les daba; pero también no pocas veces para la vida corporal, librándolas de graves peligros en que hubieran perecido. Un día de miércoles santo, se recreaba Mariana con ellas, afanosamente ocupadas todas, en preparar una procesión que proyectaban para el día siguiente.

1) P. Morúa de Butrón lib. I, cap. 4, pág. 27.

2) Procesos página 59.



rente Mariana se levanta, deja todo lo que tenía entre manos, y echa a huir precipitadamente al lado opuesto del patio, gritando a sus compañeras que hicieran lo mismo, que se apartaran cuanto antes de aquel lugar. Sobrecogidas de miedo, le obedecieron prontamente y cuando estuvieron juntas con ella, le preguntaron con curiosidad por qué había hecho esto. Ahora lo vais a ver, respondió. Apenas había pronunciado estas palabras cuando se desplomó con grande estruendo la pared sobre el sitio mismo donde un minuto antes habían estado reunidas; y allí hubieran infaliblemente perdido la vida aplastadas debajo de los escombros. [1]

Con este y otros semejantes sucesos no tuvieron lugar de atrepentirse los padres adoptivos de Mariana de haberla recibido en el seno de su familia, porque fué para ella la fuente de las más fecundas bendiciones celestiales; como lo son todos los santos y las almas puras para los lugares donde residen.

CAPITULO IV

SUMARIO.—DEVOCIONES VARIAS DE MARIANA DE JESÚS Y FAVORES QUE RECIBE DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.—SU FERVOR EN EL ORAR. SU DEVOCIÓN AL NIÑO JESÚS.—DEVOCIÓN A LA VIRGEN.—MILAGRO DEL VELO. — LA VIRGEN LE CURA UN DEDO Y UNA FLUXIÓN EN LOS OJOS.—SU DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y A OTROS SANTOS.

Desde sus tiernos años Mariana se señaló por la piedad más acendrada; la devoción parecía haber nacido con ella. Muy niña todavía de unos cuatro años de edad, cuando estaba con su madre en las haciendas en Granobles, refiere un testigo de vista, que solía retirarse para orar a cualquier rincón de la casa, donde la encontraban con las manecitas juntas, repitiendo con fervor angelical el *Ave María* que había aprendido apenas empezó a hablar. Vez hubo en que no salió de casa por espacio de tres días enteros pasándolos retirada en alguna pieza apartada, ocupada en rezar las oraciones que sabía de memoria; olvidándose hasta de tomar el ordinario sustento. [2] En Quito solía recogerse ordinariamente a orar en el cuarto de su madre, donde podía estar con tranquilidad sin que nadie la perturbase. También notaron los de casa que iba subiendo y bajando las escaleras muy despacio; la causa era porque rezaba algunas oraciones en cada una de las gradas.

Dios que no se deja vencer en generosidad, viendo la fiel correspondencia de su sierva, le dió a saborear la dulzura inefable que hay en tratar con su Divina Majestad en la oración. Con este regalo Mariana despreció muy pronto los juegos y entretenimientos de la niñez para tener de esa manera más tiempo que dar al trato con Dios.

1] P. Morán de Butrón lib. I, cap. 3, p. 19.

2] Procesos página 158

Sabemos por su nodriza, quien era ya de 70 años cuando se le tomó la información jurada para los Procesos: «...que en vez de divertirse en el campo como lo hacen las niñas, jugando y ocupándose en travesuras, la Sierva de Dios se entretenía continuamente en hacer altares de devoción, rezar el Rosario, que lo supo rezar desde que comenzó a hablar, con grande recogimiento y compostura. . . . » (1)

Entre las devociones que más cultivó en su niñez y durante toda su vida fué la devoción al Niño Jesús. Se procuró una imagen pequeña de bulto del Niño Jesús sentado en una silla; ella misma le había aderezado un pequeño altar en que estaba colocado. Era especial el gusto que tenía en adornar este altar, de suerte que no hubiera en casa otro más vistoso que el suyo.

Cada día, pero especialmente los domingos y días de fiesta, se esmeraba en honrar a Jesús, celebraba con mayor fervor aún las festividades de Nuestro Divino Redentor, empezando desde las primeras vísperas, con todo el aparato y ostentación que le permitían las circunstancias; concluía a la tarde del mismo día de fiesta con una procesión. Esta la formaban las niñas que se educaban con ella, sus amigas y vecinas, y en general todas las otras niñas que podía invitar, incluso las criadas de la casa. Llevaban en andas la imagen del Niño Jesús, con velas, flores y otros adornos que imaginaba la piedad infantil. En los cuatro ángulos de los corredores, solía disponer otros tantos altares, donde había de descansar la imagen y detenerse la procesión mientras se cantaban algunos festivos villancicos. Juegos pueriles eran estos de Mariana, se dirá, pero juegos que merecían los aplausos y aprobación de los Angeles del cielo; juegos más inocentes que los de otras niñas, pues con ellos preparan su corazón y le disponen a toda clase de vanidades. Pero para que se vea que no todo era juego sino que había en Mariana un fondo de sólida devoción, además de las procesiones hacía otra cosa en honor de Jesucristo, que pocas veces se encuentra en los juegos de otras niñas de su edad. Observaron los de casa que cuando le regalaban alguna fruta o golosina, no la comía sino que la guardaba para el Niño Jesús; la ponía sobre el altar, a los pies del Divino Niño, y de allí pasaba a las manos del primer pobre que venía a pedir alguna limosna; ofreciendo con esto el doble sacrificio del amor a Jesús y de la mortificación propia.

Imposible era que Mariana separase en su amor a la Madre Santísima del Hijo Divino, y que teniendo grande devoción al uno no la tuviese a la otra. Por esto la devoción que tuvo a la Virgen fué siempre muy ardiente: fué la que más apreciaba, como la principal de todas, después de la que profesaba a Nuestro Señor Jesucristo. Entre las primeras palabras que balbucearon sus labios

1] Procesos página 158

fueron los nombres de Jesús y de María: la primera oración que le enseñó su piadosa madre fué el *Ave María*. Desde muy niña sabía rezar el santo rosario y tenía gusto especial en rezarlo ella y hacerlo rezar a sus compañeras.

Para esto las dividía en dos coros a fin de que fuesen alternando y terminado el rosario, cantaban de la misma manera la letanía lauretana. Adornaba de la mejor manera posible su pequeño altar, donde tenía colocada una imagen de la Inmaculada. Los días de fiesta de la Virgen se habían de solemnizar como los del Niño, con una procesión en que la imagen de N^a Señora de Loreto era llevada en procesión por los corredores altos de la casa, con sus cuatro altares correspondientes a las cuatro esquinas del patio; sobre los cuales descansaban las andas mientras se cantaba algún cántico a María.

No satisfecha con venerar ella a María, quería que fuese honrada por todos los de la casa. Con este objeto hacía que se reuniesen cada noche delante de alguna imagen para rezar el rosario que ella misma llevaba con singular fervor y recogimiento.

Devoción tan acendrada en edad tan tierna, debía necesariamente atraer las complacencias y bendiciones de la Madre de toda bondad. En efecto no tardó mucho la Virgen en favorecerla y mostrar cuánto le agradaba su devoción y cariño, aprobándola al mismo tiempo con un prodigio muy bien averiguado, pues lo presenciaron un gran número de personas que habían concurrido a las procesiones que hacía en su honor.

Una tarde de solemne festividad de la Virgen, ordenó Mariana su procesión, como tenía de costumbre. Había invitado a muchas niñas, y además había acudido a la casa un buen número de personas de ambos sexos para presenciar la fiesta. Iba la imagen de María Santísima de Loreto sobre unas andas adornadas con flores, y debajo de precioso dosel formado con un velo de seda tálí, color de rosa. Había muchas ceras encendidas, labradas con sus manos, pues para estas funciones se negaba a admitir velas de otra procedencia.

Por un movimiento involuntario de las niñas que llevaban las andas cayó una de esas velas sobre el dosel; el cual se inflamó en un instante levantando una gran llamarada. Hubo un momento de confusión, gritos y espanto en la comitiva; Mariana sin turbarse se acercó a las andas, levantó la vela caída, cogió el velo ardiendo, como quien lo quería desprender para volverlo a colocar mejor; y en efecto así fué. Con asombro de todos los circunstantes, la llama se apagó repentinamente en sus manos y volvió a formar el dosel sobre la imagen. Acercáronse llenas de curiosidad las personas allí presentes, y pudieron cerciorarse con sus propios ojos, que el velo no tenía señal alguna de quemadura, que estaba tan entero y vistoso

como si el fuego no lo hubiese tocado. No pudieron menos de atribuir a prodigio lo que acababa de suceder. (1)

Habiéndose lastimado un dedo, llevada de su mortificación, no quiso hacerse curar, queriendo sufrir algo por Dios. Pronto se encontró de tal suerte la herida, que además de causarle crueles dolores en todo el brazo amenazaba declararse la gangrena. Escolástica Sarmiento una de las niñas que se educaban con ella, quien después declaró el caso bajo juramento en los Procesos, movida de compasión le advirtió varias veces que el mal era grave y que se hiciese curar: «*No tengas pena, respondió Mariana, ahora veras qué remedio voy aplicarme y cuán pronto quedaré curada*» (2) Dicho esto, cogió con la mano sana una estatua pequeña que tenía de la Inmaculada Concepción, puso el dedo enfermo a los pies de la imagen, y luego al momento se halló sin dolor, el dedo sano, y en tan perfecto estado como si no hubiese tenido mal alguno. Dió las más efusivas gracias a su celestial Bienhechora, suplicando al mismo tiempo a la niña su compañera, testigo de este milagro, que le guardase el más inviolable secreto.

Refiere la misma Escolástica en su declaración, que Mariana tuvo en otra ocasión, una fuerte fluxión en los ojos, tan maligna y tenaz que hizo temer perdiese por completo la vista. Le aplicaron toda clase de remedios; pero sin ningún buen resultado, sirviendo tan solo para martirizarla más y agravar la enfermedad.

En este aprieto, cuando ya no había esperanza de remedio humano, Mariana quiso emplear los divinos; acudió con la más sincera confianza a su dulce Patrona y Abogada, la Virgen Santísima, rogándola con fervor, que si era voluntad de Dios, le concediese la salud que humildemente le suplicaba. Acabada su oración, pidió a Escolástica que le tocara los ojos con la imagen de María Santísima, que tenía en su altar. Esta lo hizo así, y al instante cesó la fluxión y desapareció todo mal, quedando Mariana completamente curada de su dolencia. Bien se deja comprender cuánto aumentarían su fervor y devoción favores tan regalados.

Además de la devoción y amor a Jesús y a María, que es como la leche con que se crían los niños en las familias sólidamente cristianas, profesó Mariana desde su más tiernos años una gran devoción a S. José, a S. Miguel Arcángel y algunos otros Santos, especialmente de la Compañía de Jesús, como S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier; devoción que le enseñaría, sin duda alguna, su hermana mayor D^a Jerónima que era muy adicta a la Compañía. Esta devoción no fué en ella estéril, ni un vano pasajero afecto de fervor sino que fué creciendo durante su vida, y la mostró y com-

1) «...Haciendo una procesión un día entre las velas que llevaban encendidas se cayó una y prendió llama en un velo de toca rajada, y ardió sin poderlo remediar; y asustada la venerable niña, cogió al velo ardiendo, entre sus manos y refregándolo entre las palmas, lo sacó bueno y sano y lo puso en su lugar.....» Procesos pág. 29. Procesos apostólicos fol. 410.

2) Procesos página 61

probó con las obras; pues, sin falta alguna, cada día había de hacer en honor de los Santos sus devotos, como obsequio particular, algún acto de mortificación o de heroica virtud.

Parecerá quizá inverosímil, pero es un hecho, que desde sus primeros años profesó una singular y tierna devoción a la Santísima Trinidad, cuando los otros niños de edad semejante, apenas si saben de memoria, más o menos bien, lo que sobre este altísimo misterio han aprendido en la Doctrina cristiana.

La devoción al misterio de la Santísima Trinidad fue desde antiguo muy extendido en Quito; como lo ha demostrado por espacio de tres siglos y más, la numerosa y floreciente cofradía, bajo esta advocación, que fué fundada en la iglesia de la Compañía por el P. Juan Camacho, primer confesor de Mariana, por los años de 1625; y Mariana como inclinada a toda piedad participaría muy pronto del fervor que animaba a su director espiritual y a toda la ciudad. Pero una devoción tan especial como la suya, requiere para poder explicarse, un conocimiento especial, mayor del que tiene el vulgo. Este conocimiento se lo infundió el mismo Dios, que se complace en revelarse a los humildes y limpios de corazón, al par que se esconde a los soberbios. Refieren testigos presenciales y oculares que un sábado por la noche después de haberse afanado Mariana en preparar la fiesta del día siguiente, se retiró rendida a descansar, entregándose al sueño; cuando al poco tiempo despertó a sus compañeras que dormían en la misma pieza diciendo a voces: «Despertad y venid a ver el favor que Dios me hace; mirad las tres brillantísimas estrellas que están sobre mi cabeza.» Estas no veían nada, y así lo decían a Mariana. Persuadidas que avivasen su fe y fervor para ser participantes de su dicha. Aunque no vieron nada, experimentaron sin embargo un consuelo extraordinario y desusado que les hizo comprender que presenciaban algún prodigio que Dios obraba en favor de Mariana. Empezaron a preguntarle con grande curiosidad cuál era el misterio; y ella con sinceridad y modestia les respondió: «que la Beatísima Trinidad elegía su alma por lugar de su grandeza sin atender a sus culpas y miserias.» Esta misma respuesta dió después a sus confesores cuando la examinaron sobre este suceso. Por causa de este favor las demás niñas sus compañeras la llamaban *la niña de la estrella*. (1)

1) Procesos página 61.

CAPITULO V

Su Devoción a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

SUMARIO: SUS PROCESIONES DE PENITENCIA.— OFICIOS DE SEMANA SANTA EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

Escogida por Dios Nuestro Señor para que fuese una perfecta y viva imagen de Jesucristo crucificado, era preciso que entre todas sus devociones se señalase desde sus más tiernos años con una muy especial a la Pasión de Nuestro Señor y Redentor.

Así aconteció efectivamente; niña aún, tuvo siempre deseos de padecer algo por Jesucristo, de atestiguarle su amor por medio de los sufrimientos; sus juegos infantiles y sus recreos no eran sino piadosas industrias e invenciones para tener que sufrir. En las solemnidades de Cristo y de su Santísima Madre solía hacer sus procesiones por la casa para honrarlos y festejarlos; mas éstas, eran limitadas en su número, no obstante su fervor. Para obviar este inconveniente y mostrar al mismo tiempo su devoción a la sagrada Pasión, inventó otras que satisfacían por completo las aspiraciones de su tierno corazón, a saber las procesiones de penitencia con la cruz a cuestas. Reunía para éstas, de la misma manera que para las primeras, a sus sobrinas y demás niñas del vecindario; levantaba de antemano, de trecho en trecho, en los corredores de la casa, algunos altares, en los cuales colocaba unas crucecitas a modo de estaciones y repartía otras de distancia en distancia. Todas las niñas cargaban con sus cruces respectivas, que para este ejercicio tenían ya prevenidas; e iban recorriendo devotamente aquellas estaciones improvisadas, arrodillándose y deteniéndose delante de cada una de ellas para rezar oraciones o cantar alguna letrilla piadosa sobre la Pasión; al levantarse adoraban y besaban la cruz delante de la cual se habían puesto de rodillas.

Mariana, como tan fervorosa, tenía una cruz más larga y pesada que las de sus compañeras y muy superior a sus fuerzas. Mas no se contentaba con esto; para aumentar su tormento, se ponía, sin que nadie lo pudiese notar, garbanzos secos en los zapatos; por cuya razón caía no pocas veces al suelo de puro dolor y cansancio, rendida bajo el peso de su cruz. En estos casos era inefable el consuelo de su alma, viendo que imitaba en lo vivo al Divino Redentor, que cargado con su cruz había caído en el camino del Calvario.

Era además espectáculo que avivaba lágrimas de devoción y ternura a todos los que lo presenciaban, el ver a aquella inocente niña, al principiar la procesión, ponerse de rodillas delante de la cruz, que había de llevar cargada, prorrumpir en los más tiernos afectos y amorosas exclamaciones, celebrando y bendiciendo la cruz, porque Jesucristo la había hermoseado con su sangre divina.

Rogaba al propio tiempo a sus compañeras que se la pusiesen sobre los hombros, y la recibía con ademán humilde y amor incomparable.

A veces recorría estas estaciones, siempre cargada con su cruz, andando sobre las rodillas desnudas, haciéndose tanta violencia que pronto quedaban completamente desolladas, y se podía señalar el sitio por donde había pasado, por el rastro de sangre que había dejado detrás de sí. Y como por penitencia y humildad no tenía ningún cuidado de curar sus heridas, ni las descubría a quien las pudiese curar, era intensísimo su dolor cuando al repetir la procesión, volvían a reabrirse las llagas no cicatrizadas aún de los días anteriores. (1)

Subía de punto su fervor en aquellos días en que la Santa Iglesia celebra con más pompa los misterios de la Sagrada Pasión. Los Jueves Santo disponía como de costumbre los altares y cruces para la procesión, pero rodeaba las cruces colocadas en los altares con un buen manojo de cambronerías y espinas, y suplicaba a sus compañeras, que cuando la viesan inclinarse para besar la cruz del altar, lo que hacían todas por turno, le diesen un fuerte empujón por la espalda, con lo cual pretendía que aquellas espinas se le clavasen en el rostro. Hacíanlo así ellas, parte por darle gusto, parte por travesura y entretenimiento, sin reparar en el peligro que había de causarle algún grave daño. Quedaba Marianna, acabada la procesión, con la cara ensangrentada y toda atravesada de espinas, pero el corazón inundado de gozo por haber sufrido algo por su Dios; y agradecida, de una manera especial, a la niña que la había empujado con más fuerza y violencia. (2)

Teniendo Mariana unos seis años, la llevó su hermana mayor Dña. Jerónima al templo de la Compañía de Jesús, para que asistiese a los Oficios de Semana Santa. Fue indecible la impresión que estos le causaron; hubiera querido que se repitiesen cada día del año, y que asistir a ellos fuese su único pasatiempo. Pero ya que esto no podía ser en la iglesia, determinó repetir a menudo en casa aquellas ceremonias, según que le fuese posible. Entre estos ejercicios, dos fueron los que le llamaron más la atención, y se le quedaron más vivamente impresos en el corazón: la disciplina pública, que solía tenerse por espacio de un *Miserere* el Jueves Santo por la noche, y la adoración de la cruz en los oficios del Viernes Santo.

Una y otra procuró poner en práctica con sus sobrinas y las otras muchachas de la casa. Repartía entre ellas, disciplina o cosa equivalente que supo conseguir su devoción; cerraba las puertas y ventanas de la habitación, donde vivían todas juntas, y comenzando ella la primera, maltrataba tan rigurosamente su delicado cuerpo, que infundía valor a las demás, animándolas al mismo tiempo con sus palabras llenas de fervor. Si alguna se cansaba o flaqueaba, co-

1) Procesos página 23.

2) P. Morán de Butrón lib. I, cap. 5, pág. 26.

mo acontecía con frecuencia. Mariana la exhortaba particularmente a que hiciera esto por amor a Jesucristo, y si no bastaban las exhortaciones la reprendía con toda severidad. Dice una de sus compañeras: «... En la Semana Santa, cuando se iban a la iglesia a Tinieblas las hermanas mayores de Mariana, quedaba ella encerrada con las demás compañeras y esta testigo con ellas, remedando la santa costumbre de las *Tinieblas*..... se azotaba fuertemente provocando a las demás hiciesen lo mismo; para lo cual les buscaba azotes y les repartía a cada una el suyo; y si alguna no se azotaba como Mariana de Jesús quería, la reprendía muy de veras.... » (1)

Para la adoración de la cruz, colocaba sobre un cojín o almohada la cruz que debía ser adorada; cercábale toda al rededor con hojas de nopal o tunas sembradas de antemano de espinas tan agudas y en tanto número que la mano más diestra difícilmente las tocara sin recibir alguna herida. Las compañeras de Mariana se acercaban a besar la cruz con sumo tiento e infinitas precauciones, apoyando las manos para sostenerse en punto donde no hubiese espinas; pero Mariana no andaba con tanta delicadeza. Se llegaba a la adoración con los brazos cruzados, o con las manos atadas por detrás de la espalda, habiendo concertado antes con sus compañeras, que cuando la viesen inclinarse para besar la cruz, una tras otra, le irían empujando la cabeza con la mayor fuerza que pudiesen. Las niñas que no comprendían lo que pretendía, hacían con sencillez cuanto les pedía. El resultado era infalible y terrible; como no podía atenuar el golpe con las manos, iba a dar de lleno una y muchas veces con la cara sobre las hojas llenas de espinas, con no menos dolor que abundancia de sangre que por todas partes derramaba. (2)

Acabada la adoración, se informaba cuál era la niña que la había empujado sobre las espinas con mayor violencia, y se lo agradecía de corazón, alabando sus fuerzas y destreza, no dejando al mismo tiempo de ofrecerle algún regalillo en recompensa. Habiendo llegado a noticia de D. Cosme un entretenimiento tan cruel al par que peligroso, se lo prohibió terminantemente; y Mariana que no deseaba otra cosa que agradar a Dios con estas penitencias, desistió al punto, cuando conoció, por la obediencia que debía a los que le podían mandar, que Dios no quería de ella semejante mortificación.

1] Procesos página 60 y 303.

2] Procesos pág. 61

CAPITULO VI

Austeridades que Mariana practica en su niñez

SUMARIO.—SU CRUZ DE CINCO PIEDRAS.—ORTIGAS.—SE DA Y SE HACE DAR GOLPES CON UNA PIEDRA.—SALE AL CAMPO; SU RETIRO Y PENITENCIAS.

Después que sus padres adoptivos le hubieron prohibido la adoración de cruz conforme ella la practicaba, para desquitarse en cierta manera, buscó cinco piedras toscas y con cantos agudos; las llevó a su cuarto y las puso en el suelo en forma de cruz, delante del altar que allí tenía; colocándolas de tal suerte que su parte más áspera fuese también la parte superior. Este fué su lecho de aquí en adelante los viernes de cada semana; se desnudaba las espaldas y se ponía boca arriba, los brazos en cruz sobre aquellas cinco piedras con un pedazo de madera por almohada; así pasaba toda la noche sin poder conciliar el sueño y con la mente fija en Cristo crucificado.

Si el dolor y la suma incomodidad de este lecho la obligaban a apartarse o siquiera a ladearse un poco, para prevenir y castigar lo que llamaba tibieza y flojedad, se revolcaba sobre una buena cantidad de ortigas que para este fin tenía esparcidas por todas partes al lado de esta cama de nueva invención. Si las piedras y ortigas la hacían sufrir, no le aligeraban el tormento sus compañeras, antes bien se lo aumentaban. Dice una de ellas en los Procesos: «Todos los viernes del año ponía delante de su altar cinco piedras agudas y a los lados ortigas y se echaba de espaldas sobre unas y otras. . . y con ellas y las piedras se lastimaba cruelmente su delicado cuerpo, y las dichas sus compañeras, por hacerle burla, se echaban sobre su cuerpo con que se lastimaba más, y le decían baldones y afrentas; en estas y en las otras ocasiones ejercitaba actos de virtud, sin jamás enojarse, ni mostrar sentimiento, sufriendolas con mucha paciencia, pasando en esta mortificación las noches enteras; y por cabecera ponía un madero, y cuando se echaba sobre las piedras y ortigas era puesta en cruz; y esto hacía en reverencia de la pasión y cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo; y pedía con instancias a sus compañeras, y entre ellas a esta testigo, que mientras hacía la penitencia la estuviesen encomendando al Espíritu Santo. (1)

Pero las fuerzas del cuerpo no siempre correspondían al valor del espíritu y tenían que sacarla desmayada de este suplicio, que duraba una noche entera.

Deseaba tomar disciplina muy frecuente, pero no usaba esta mortificación, porque sus sobrinas y compañeras no se apartaban de ella un punto, y como dormían en la misma sala todas juntas, no

1) Procesos pág. 62.

quería Mariana singularizarse, ni que la tuviesen por penitente. Determinó suplir esta falta con una invención, que era peor que la disciplina misma. Se valió también para esto de sus compañeras que por irreflexivas y traviesas, se prestaban a cosas que no entendían, y que Mariana dirigía a su mayor mortificación.

Apostaba con ellas, los lunes y miércoles a que no serían capaces de arrancar de su boca un *jayl* o cualquier palabra de queja o dolor, dándole golpes con piedras u otra cosa, en cualquier parte del cuerpo que escogiesen. Aceptaban la propuesta, y picado el amor propio, acometían tan de veras la empresa, que con el deseo de no quedar vencidas la maltrataban de suerte, que quería todo el cuerpo hinchado y amoratado; pero en esta lucha la victoria fué siempre de Mariana. De sus labios no salieron jamás sino palabras de gratitud y de tierno cariño, como si le hubiesen prestado el más señalado servicio, para las que la habían golpeado sin piedad; y de reprensión para las que veía menos dispuestas a maltratarla. Cuando no conseguía que sus compañeras la martirizasen de esta suerte, ella misma muchas veces, a imitación de S. Jerónimo, cogía una de las piedras que formaban su cruz, y se daba fuertes golpes en todo el cuerpo, sin dejar parte alguna exenta de su tormento.

Con estas penitencias tan severas y repetidas, aconteció con Mariana lo que era de temerse, que muy en breve perdiese completamente la salud. Pálida y extenuada, era la compasión de todos los de casa, y en particular de Doña Jerónima, su hermana que la amaba como madre. Por este motivo determinó llevarla consigo y con sus hijas a su hacienda de Saguanche que distaba unas cinco leguas de Quito, para que pasase algunos días en el campo, y pudiese con el descanso y diversión recobrar las fuerzas muy debilitadas. Llegó toda la familia sin novedad a aquel punto; mientras las sobrinas y compañeras de Mariana, llenas de alborozo, todo lo registraban, buscando algún sitio a propósito para sus entretenimientos, Mariana impulsada por pensamientos muy diferentes, se ocupaba en hallar algún sitio secreto, donde pudiera entregarse a Dios y a la meditación de las cosas celestiales.

Lo encontró en efecto, muy a su gusto en un bosquecillo formado con árboles y espesos matorrales, a poca distancia de la casa, y allí acostumbraba retirarse muy a menudo. Pronto notó Doña Jerónima estas ausencias de Mariana, cierto día sobre todo, en que ni a la hora de comer estuvo con la familia. Asustada y temerosa de que le hubiera pasado alguna desgracia, la hizo buscar por toda la casa, pero en vano; nadie pudo encontrarla ni dar razón de ella. Se le ocurrió al mayordomo de la hacienda penetrar en el bosque cerrado; en lo más espeso de la maleza, y la halló debajo de un árbol, de rodillas, con las espaldas desnudas y cubiertas de sangre, disciplinándose sin piedad con un manojo de ortigas y espinas. El buen hombre, poco acostumbrado a semejantes espectáculos, se quedó absorto sin saber qué hacerse. Lleno de respeto y admiración, no se atrevió a turbarla, y fué con toda prisa a dar parte a Jeróni-

ma de lo que pasaba. Acudió al punto a aquel lugar ésta con sus hijas, quedando asombrada de los destrozos que Mariana hacía en sí misma. Viéndose ésta descubierta se llenó de rubor, y suspendió por algún tiempo su cruel penitencia; mas volvió luego a lo mismo; pues los de su casa la sorprendieron por otras tres veces, azotándose con rigor, mientras permanecieron en la hacienda. Con esto sabían todos dónde se la había de buscar cuando no estaba con sus compañeras. [1]

Otro género de tormento ideó en Saguache que difícilmente se podría creer, si el hecho no constase con la mayor certeza que se pueda dar, por los testigos que lo presenciaron, y si por otra parte no se viese en Mariana una firme resolución de mortificarse lo más posible.

Mariana se retiraba frecuentemente a ese bosque para entregarse a la oración y contemplación de las cosas divinas, en la cual Dios la llenaba de los más dulces consuelos; y como sus parientes conocían su fervor, no se oponían a su devoción. Volvía cierto día, cerca del anochecer, de aquel su amado retiro, tan rendida de flaqueza y cansancio, que fué a echarse en los brazos de su hermano, y al poco tiempo quedó dormida en su regazo. Doña Jerónima que la quería mucho contemplaba con gran compasión aquel delicado cuerpo todo extenuado por sus extraordinarias penitencias, culpándose a sí misma por no hacer ninguna por sus pecados, cuando su hermana que no había ofendido a Dios las hacía tan espantosas. Embebida en estas reflexiones, no se atrevía a interrumpir el ligero alivio que recibía con el sueño.

Con todo, le pareció que Mariana descansaría mejor en la cama, y así empezó a desnudarla con mucho tiento para no desperdiciarla, si pudiese ser. En esto, advirtió muchas manchas de sangre fresca en la camisa; quiso descubrir la causa, y vió un cilicio de nueva especie formado con ramas de zurzamora, que le rodeaba la cintura, le cubría el pecho y la espalda. Profundamente clavadas en las carnes estaban las espinas, no solamente de aquel día, sino de los días anteriores, causando a Mariana un suplicio que es imposible explicar.

Por más que doña Jerónima, admirada de tanta penitencia quiso quitar el cilicio sin despertarla, no lo consiguió; y Mariana quedó por una parte muy confusa al ver que se hacían patente sus asperezas y por otra triste, porque su hermana le quitaba resueltamente el instrumento de su martirio. En efecto, doña Jerónima habiendo sacado todas las espinas rotas en la carne, le prohibió con toda resolución y energía que volviese a cometer semejantes excesos. Mariana obediente y sumisa cumplió al pie de la letra el precepto que le habían dado; porque entendía muy bien que a los

11 P. Monán de Butrón. lib 1 cap. 5 pág 29.



ojos de Dios, más vale la obediencia humilde, que cualquier obra que se haga contra lo que está mandado.

Llegó entre tanto para la familia el momento de volver a Quito; aquel día fué de grande pena para Mariana, y puede asegurarse que su corazón quedó en aquel bosque y soledad, testigo de su fiel correspondencia a la gracia, y de las delicias con que, en pago de sus mortificaciones, Dios mundaba su alma. El retiro de Saguanche no se apartaba ni un instante de su imaginación, y lloraba al verse lejos de él con mayor desconsuelo, que llorara un avaro la pérdida de todos los tesoros del mundo.

Impulsada por el amor al retiro no tardó en buscarse en Quito otra soledad, donde pudiese tratar libremente con su Dios. Valióse para este fin de la voluntad expresa de su hermana, que le mandaba acompañarse a sus sobriñas todas las tardes al huerto contiguo a la casa, para que tuviesen allí un rato de descanso y diversión, después del estudio y ocupaciones del día.

Iba al jardín con suma prontitud y gozo, pero no a recrearse como las demás; porque tenía más dulces y apetecidos solaces que los juegos de sus compañeras. Mientras éstas se divertían con cuanto había allí que pudiese llamar su atención o excitar su curiosidad, ella se retiraba al ángulo más escondido del jardín, para entregarse a los encantos de la oración que prefería a todas las diversiones, en que se embelesaban las otras niñas con quienes vivía. Convidábanla éstas a que tomase parte en sus juegos, y aun la molestaban no poco con sus impertinencias, pero Mariana no interrumpía por ningún respeto su trato con Dios Nuestro Señor. Le bastaba ya, en aquel tiempo, mirar la hermosura de una flor o pensar en cualquier otra cosa creada, para levantarse inmediatamente a contemplar la infinita perfección del Criador, quedando abismada por mucho tiempo en suavísimas consideraciones.

CAPITULO VII

Hace Mariana la primera Comunión y emite los tres votos de castidad, pobreza y obediencia

SUMARIO. - APROVECHA SANTAMENTE EL TIEMPO. - SU PRIMERA CONFESIÓN Y COMUNIÓN. - DESEOS DE LA COMUNIÓN FRECUENTE. - LE OBLIGAN A PONERSE UN TRAJE DE SEDA. - VOTO DE CASTIDAD - VOTOS DE POBREZA Y OBEDIENCIA. - SACRIFICA SU APELLIDO

Con los santos ejercicios de oración y penitencia crecía por instantes la santidad de Mariana, al propio tiempo que iban en aumento los beneficios que recibía de la divina Majestad, por su fiel correspondencia a las inspiraciones de la gracia. Esta fidelidad era tan exquisita, que tenía sumo cuidado en que o por alguna culpa suya, no se interrumpiera el torrente de misericordias, con que el Señor inundaba su alma. Para esto tenía grande advertencia en no

deslizarse en faltas de la lengua, como las más fáciles de cometer en una mujer; sus conversaciones eran todas de cosas buenas y piadosas, de Dios Nuestro Señor, de la gloria que en el cielo espera a los buenos cristianos, de la virginidad y pureza, de la penitencia y vida de los Santos, exhortando a los que la oían a que imitasen las virtudes de aquellos héroes del cristianismo. [1]

Sabiendo muy bien el valor del tiempo, que Dios nos concede solo para servirle y ganar el cielo, no perdía ni la menor partecita de él; todo era dedicado a la práctica de las virtudes, a la unión de su corazón con Dios, dirigiendo a su honra y gloria todo cuanto hacía, sus acciones, así interiores como exteriores.

Lejos estuvo siempre de ella, aquel vicio detestable de la ociosidad y pereza, que es el manantial fecundo de todos los vicios y causa de innumerables desgracias, tanto para las familias como para la sociedad.

Tenía ya Mariana cerca de ocho años; sus dotos en vista de su piedad tan precoz y de sus grandes virtudes, juzgaron que era llegada la hora de hacerle recibir por primera vez al augusto Sacramento de nuestros altares. Le examinaron en la doctrina cristiana y hallándola bien instruida, señalaron una próxima fiesta solemne para que fuese el mayor día de su vida, o sea el de la primera comunión.

La noticia de que pronto iba a tener la dicha inefable de recibir a su Dios, fué para Mariana un consuelo sobre todo consuelo. Desde aquel instante se dispuso para aquella acción con muchos ratos de oración, con tiernos afectos y devociones especiales que le sugería su fervor. Aumentó sus austeridades y mortificaciones, porque sabía que éstas son muy buena preparación para recibir el Sacramento del altar, que es al mismo tiempo que un Sacramento para fortalecer nuestras almas, memorial y un recuerdo que Jesucristo ha dejado a su Iglesia de su Sacratísima pasión y muerte. La llevó doña Jerónima a la iglesia de la Compañía donde fué presentada por una prima suya en segundo grado, llamada María Paredes y Acevedo, a un santo religioso de la Compañía de Jesús, el P. Juan Camacho, para que le examinase en la doctrina cristiana, y la preparase para la primera confesión. Hizolo así el Padre, quedando admirado al ver en una niña de ocho años tanta inteligencia y comprensión de nuestros divinos misterios, junto con una virtud excelente y tan buenas disposiciones para ir adelante en el camino de la perfección. Casi culpaba a D^a Jerónima por haber retardado algún tanto la primera comunión de una niña tan pura y favorecida del cielo.

Exortó encarecidamente a María Paredes y a la misma D^a Jerónima que a menudo le trajesen a la niña para que se confesase. Desde entonces Mariana empezó a frecuentar el templo de la

1) Procesos páginas 60 y 157.

Compañía, lo que practicó después toda su vida sin ir a otra iglesia.

Hizo Mariana su primera confesión con el fervor que se deja suponer de la vida tan ajustada y santa que llevaba; se acusó con grande dolor de aquellas ligerezas y menudas faltas, en que cae la flaqueza humana y que ni los mayores Santos pudieron evitar con todo su cuidado y vigilancia. Llegó por fin el día muyardientemente deseado por ella en que por primera vez iba a recibir a Jesucristo Sacramentado. Comulgó con los sentimientos de piedad y reconocimiento de un Angel en carne mortal, dejando muy edificadas a todas las personas que tuvieron la dicha de verla. Sólo Dios y sus Angeles podrán revelarnos la ternura de sus afectos, con los consuelos y favores que recibió del cielo en aquel día. Ella no lo contó sino a su confesor; mas es de creer que serían excesivos, puesto que su preparación había sido tan esmerada. Lo que todos pudieron notar fué una alegría extraordinaria, que no podía dejar de manifestar en su exterior, con grandes alientos y fervorosos deseos de aprovechar cada día más en la práctica de todas las virtudes.

Llegada a casa, juntó a sus sobrinas y compañeras que aun no habían tenido la misma dicha, y con una gravedad que sorprende, al mismo tiempo que con sin igual candor, las amonestó que desde aquel momento debían reverenciar su lengua sobre la cual había sido puesta la Hostia consagrada, y su cuerpo y alma que habían servido como de relicario al Señor de cielos y tierra.

Estos sentimientos que quería inspirar a sus compañeras, no eran diversos de los que ella abrigaba en su corazón, y que deberían encontrarse en todo cristiano que ha tenido la dicha de comulgar. Se miraba a sí misma con cierto respeto y veneración como cosa consagrada a Dios; y se creía obligada a vivir únicamente para el servicio de la Majestad infinita que se había dignado visitarla. Vivos eran sus deseos de volver cuanto antes a comulgar, no suspiraba por otra cosa sino por la comunión diaria, pidiéndola con grandes veras a su confesor. Mas no se atrevió éste por ser Mariana de tan tierna edad; pero viendo por otra parte la pureza de su alma, pues nunca había cometido ninguna falta que fuese grave, le concedió que comulgase todos los domingos y días de fiesta. Se sujetó Mariana a lo que disponía Dios por medio de su confesor, ya que no podía comulgar tan frecuentemente como deseaba, jamás en toda su vida perdió comunión alguna, que pudiese ilícitamente recibir; condenando con esta su conducta, la de aquellas personas que pudiendo comulgar dejan de hacerlo por descuido, desidia, escrúpulos o por el afán de seguir su propio juicio. [1]

Por causa de la comunión frecuente empezó también a asistir más a menudo a la Iglesia de la Compañía de lo que había hecho hasta aquí. Parecióle a su cuñado D. Cosme que sería bien que fuese a ella con la decencia que convenía a su calidad y nobleza, y

1) P. Morán de Butrón; lib I, cap. 6, pág. 37.

mandó que se le diera un traje de seda. Hiciéronle uno de tabl¹ de seda de dos colores. Al ver tanto lujo Mariana repugnó muchísimo el ponérselo; por fin tuvo que vestirlo por obedecer a su hermana que se lo mandaba. Fué a la iglesia así vestida; pero quedó tan corrida y avergonzada, y tuvo que hacerse tanta violencia, que no veía la hora de volver a casa y despojarse de esa seda para siempre jamás. En efecto fueron tantas sus instancias, supo rogar con tanta gracia y cariño, con lágrimas tan sinceras, que su hermana y cuñado no quisieron contristarla por más tiempo; le otorgaron, aunque con pesar y sentimiento suyo, su petición dándole su beneplácito para que de ahí en adelante se vistiese siempre de lana negra (1)

«..... Para mí, decía Mariana con modestia y sencillez, basta un vestido de lana o anascote, y aun me sobra; no me avengo con las galas: Dios me quiere humilde; me contento con imitar a Jesucristo que siendo rico, se hizo pobre por nuestro amor.....» Siempre fiel a estos sentimientos, nunca hizo uso de seda, oro, ni plata; ni llevó zarcillos, aretes, gargantillas, ni sortija de ninguna clase, ni se puso vestido de valor sino que siempre anduvo con la mayor modestia y moderación posibles.

Desechó siempre las camisas de ruán, extranjeras o finas, usaba solo el lienzo de la tierra, áspero y grosero llamado entonces *tucuyo*. Admitía solamente una excepción a esta regla; cuando estaba enferma en la cama, se ponía algunas veces una camisa de ruán, para que los que la visitasen no conocieran sus penitencias.

Su vestido, aunque pobre, era siempre limpio y aseado. Por este amor a la pobreza, bien se ve la gracia grande que Dios concedía a Mariana, cuando ella despreciaba en tan corta edad lo que tanto aprecian y buscan otras niñas que no piensan sino en galas y lujo, y pierden miserablemente el tiempo en semejantes pensamientos. Este acto de desprecio del mundo y sus vanidades, cuando Mariana aun no lo conocía, no podía menos de ser muy agradable a la Divina Majestad; y como la correspondencia a la gracia merece otras mayores, debía de atraerle favores de mayor estimación. Así fué en efecto: cierto día después de una comunión fervorosa toda recogida en Dios, pensando en lo interior de su corazón cómo agradecería a su Dueño Soberano, el beneficio inestimable de habérsele dado en el Sacramento, movida del Espíritu Santo, le pareció que nada sería más agradable a Jesucristo que si se ofreciese enteramente a El, cuerpo y alma, con voto de perpetua castidad. Sin más tardanza en presencia de Dios y de sus Angeles, pronunció este voto irrevocable, que después guardó con

1] «En una ocasión había hecho doña Jerónima de Paredes y Cosme de Caso su marido, un vestido de seda a Mariana de Jesús, siendo muchacha y el día que se lo pusieron lloró mucho, repugnando el que se lo pusieran y viendo esto sus hermanos no se lo pusieron más; y desde entonces hasta que murió no se vistió cosa de seda» Procesos, página 289.

rara escrupulosidad hasta su último aliento; no tenía aún cumplidos los ocho años de edad.

El corazón generoso de Mariana que siempre aspiraba a lo más perfecto, no podía detenerse en el camino empezado, ni contentarse con el voto de castidad. Anhelaba hacer una entrega más completa y total de sí misma a Dios a quien tanto amaba; por lo cual, de edad de diez años, añadió los votos de pobreza y obediencia al de perpetua castidad; obligándose para siempre al divino servicio por medio de la renuncia absoluta de las cosas de este mundo y de la propia voluntad. Lo más admirable en ella es que ofreció este triple sacrificio sin que nadie le moviese a hacerlo, guiada tan solo por el Espíritu Santo que siempre inspira lo que más conduce a la perfección. La fórmula con que se ligó a Dios, escrita y firmada de su mano se conservó por mucho tiempo en el Colegio de la Compañía de Jesús de Quito; ahora se ha perdido.[1]

Despojada Mariana de todo lujo y gala mundana, y libre por los tres votos de cuanto le pudiera estorbar el seguir muy de cerca a Nuestro Señor Jesucristo, pensaba a menudo ¿qué podría ofrecer y sacrificar a su Dios, en pago de la dignación infinita que tenía de venir tan frecuentemente a ella por medio del sacramento de su amor? Halló que no le restaba por resignar sino la honra que entre los hombres le podía resultar del apellido ilustre que llevaba heredado de su noble familia. Esto también resolvió sacrificar a ejemplo de otros Santos, queriendo aún con el nombre mostrar que pertenecía del todo a Jesús.

Con este fin pretendió que de aquí en adelante la llamasen todos «no Mariana de Paredes y Flores, sino Mariana de Jesús». Dos fueron las causas principales, según ella manifestó después a su director espiritual que la movieron a verificar este cambio: la primera su grande amor a Nuestro Señor Jesucristo, el vivo deseo que sentía en sí de ser cada día más y más de El, consagrandose su persona y sus cosas al divino servicio; y la otra, el respeto, veneración y amor filial que había cobrado a la Compañía de Jesús. Aunque estimaba en mucho a todas las Ordenes religiosas, pues solo los que odian a Cristo, odian a las personas a El consagradas, no obstante, profesó siempre particular amor a la Compañía que la formó en la devoción y piedad.

Para no ser engañada por el demonio, dió parte de esta determinación de dejar su nombre, así como de los votos que había emitido al Padre Juan Camacho su confesor, quien aprobó cuanto había hecho, exhortándola a ser cada día más generosa para con Dios Nuestro Señor, porque de esta suerte recibiría grandes mercedes de la divina Majestad.

1) Procesos, págs. 51 y 76

CAPITULO VIII

Mariana pretende salir fugitiva de su casa para ir a convertir infieles

SUMARIO: SU CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS. — FIESTAS DE LA BEATIFICACIÓN DE TRES MÁRTIRES JAPONESES. — RESUELVE SALIR A LOS MAINAS. — DIOS FRUSTRAS SU INTENTO.

Grande era el amor que Mariana tenía a Dios: su corazón era como un horno de vivo fuego que se encendía más cada día con la comunión frecuente y fervorosa, y con la constante práctica de la virtud.

Había llegado a los diez años de edad; nada le faltaba en la casa de sus hermanos; era tan querida por causa de su carácter suavísimo, que todos a porfía deseaban darle gusto en cuanto se les ofrecía; todo le sonreía en la vida; la fortuna le prometía cuanto puede lisonjear a una joven rica y noble de su clase. Sin embargo notábase en ella un desasosiego inexplicable; el sueño huía de sus ojos, y la paz de su alma, según que el fuego interior que la consumía iba cobrando nuevos aumentos. ¿Cuál era la causa de esa perturbación? ¿Quién lo creyera! No otra sino el haber sabido que había en toda la extensión de la tierra muchas almas que no conocían a Jesucristo.

Había oído hablar a sus parientes de la gentilidad de la China y del Japón, como también de las numerosas naciones de indios infieles que poblaban el Ecuador, y en particular de las conocidas entonces con el nombre genérico de Mainas, diseminadas por el río Amazonas y sus innumerables afluentes. En Quito no se oía por aquellos tiempos otra cosa; sino las estupendas maravillas que de continuo obraba el P. Onofre Estéban, apóstol de los indios, a los que convertía por millares; gracias al don especial que le había concedido Dios Nuestro Señor, de sanar a todos aquellos infelices, de cualquiera enfermedad, con sólo ponerles la mano sobre la cabeza; pero siempre quedaban muchos por convertir; y esto era lo que afligió el tierno y compasivo corazón de Mariana. Admirables eran los afectos que sobre este particular el Espíritu Santo le concedía. Se culpaba a sí misma de muy negligente y descuidada en el amor de Dios pues no procuraba con más empeño la salvación, de aquellas almas, y no impedía las ofensas que a Dios se hacían. Parecía que mientras hubiese un sólo infiel en el mundo, no podía ella decir que amaba a Dios de veras; malográndose el precio infinito de la Sangre que Jesucristo había derramado. (1)

En estos y otros parecidos sentimientos de amor y de celo se entretenía Mariana, y se enfervorizaba de continuo, cuando un

1) P. Morán de Butrón libro I, cap 7, pág. 30, Procesos página 40.

acontecimiento inesperado vino a poner el colmo a su fervor. Celebráronse en Quito por los años de 1630, las fiestas solemnes de la beatificación de Tres Santos Mártires del Japón, Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai de la Compañía de Jesús. Los predicadores, como de costumbre, se esmeraron en ensalzar las virtudes de aquellos héroes de la religión cristiana, su celo por el bien de las almas, la gloria del martirio, los esfuerzos que hacía el enemigo del género humano para no ser desposeído de su tiránico imperio sobre aquella gentilidad. Mariana, cuya asistencia a la iglesia de la Compañía era ya continua, estuvo presente a todas estas fiestas; oyó con suma atención cuanto se decía sin perder una sola palabra. Desde aquel instante su único pensamiento era la gloria del martirio, y la evangelización de los infieles, discurriendo incesantemente sobre la manera cómo podría realizar sus ardientes deseos.

Comunicó sus planes consus dos sobrinas Juana y María de Caso, un poco menores que ella, y con otra compañera suya, llamada Escolástica Sarmiento, que con ellas se criaba en la misma casa. Esta después, siendo ya de sesenta y cinco años, refirió en los Procesos jurídicos, en qué términos les hizo saber con infantil sencillez, que desde algún tiempo había sufrido grandes penas en su corazón, por ver que se malograba la Sangre de Jesucristo en el Japón y en los Mainas. Añadió que su resolución era hacer algo por amor de Nuestro Señor y la salvación de los prójimos, que renunciaba a todo descanso, bienestar y aun a la vida misma; que no le arredrarían los trabajos y dificultades, por ir a catequizar a los infieles y que se tendría por muy dichosa y bien pagada, si pudiese hacer que un solo indio conociera al Dios verdadero. Sus compañeras la oían admiradas y de pronto rompieron a llorar con la idea de que Mariana iba a separarse de ellas. Para evitar esta contingencia después de alguna discusión, resolvieron acompañarla ellas también en la expedición, asegurándola que tenían un corazón muy generoso para con Dios y capaz de hacer cualquier sacrificio por su amor.

Sobre toda ponderación fué el júbilo de Mariana al entender que sus compañeras tenían los mismos sentimientos que ella, y al ver que el plan quedaba tan pronto y tan felizmente concertado, no restando sino poner manos a la obra. Resolvieron de común acuerdo salir de casa alguna de las noches siguientes con el mayor sigilo y disimulo que les fuera posible y emprender la marcha a los Mainas. Excusado es decir, que ninguna de las tres conocía cuál era el camino que debía tomarse para ir a los Mainas, y que aún ignoraban la posición geográfica de estas naciones con respecto a Quito. No se les ocurrió pensar siquiera en dificultades de este género. Arreglaron con mucho secreto los preparativos para el viaje; éstos consistía en alguna ropa y una corta provisión de galletas a que añadieron unos bizcochos que habían hecho amasar sin sal y

finalmente *ques* huevos pasados por agua. Lo más arduo de la empresa consistía en tener a su disposición la llave para salir de casa. [1]

Mariana como jefe de la expedición se encargó de superar esta dificultad. Mandó a todas que fuesen a dormir algo más temprano; y les aseguró que las despertaría a las dos de la madrugada.

Consiguió en efecto apoderarse de la llave, y muy gozosa la escondió debajo de la almohada y se fue a descansar. Pero Dios Nuestro Señor que a veces se complace en pedir a ciertas almas privilegiadas, sacrificios que él mismo no quiere se lleven a efecto, quedaba satisfecho de los buenos deseos de su fiel sierva, por lo cual estorbó la fuga de una manera muy sencilla. Mariana ya en esta época de su vida, tenía la costumbre de pasar gran parte de la noche en oración, y siempre estaba despierta antes de las dos de la mañana; mas esta vez durmió plácidamente hasta las seis, en que fue despertada por las criadas que, con gran alboroto, buscaban por toda la casa la llave de la puerta, sospechando alguna broma pesada.

Difícil es figurarse el aturdimiento de Mariana cuando despertó con el sol en los ojos, y supo que buscaban la llave que ella tenía escondida; comprendió que todo estaba frustrado y con gran confusión tuvo que dar la llave.

Pronto se supo en toda la casa el motivo que la había impulsado a esta acción, porque sus compañeras que habían sido tan prontas en acompañarla en su apóstolica empresa, no lo fueron menos en revelar todo el plan de la fuga y descubrir a la autora, para que la responsabilidad recayese sobre ella. Se admiraron los de casa y se edificaron de una resolución tan heroica, y tan parecida a la que había tomado Santa Teresa de Jesús, cuando salió con su hermano para ir a convertir a los moros y dar su vida por la fe. Pero temiendo con razón D. Cosme y D^a Jerónima que tales impulsos de fervor arrastrasen a Mariana a dar algún paso en que peligrase el decoro de la familia, y aun su vida misma, la reprendieron severamente y dieron además aviso de ello a su confesor el P. Camacho, a quien sabían que ella obedecía en todo, para que él por su parte la corrigiese. Hízolo así el Padre, reprendiéndola con prudencia, pero con la energía suficiente para que no se expusiese a ningún peligro.

1]Y fué tanto su deseo de padecer martirio que siendo niña trató con su sobrina, Juana de Caso y otras niñas,se fuesen a tierra de infieles a morir mártires, y para el viaje previnieron bizcochos que hicieron amasar sin sal y unos huevos cocidos tratando de salirse una noche de casa de sus padres para el efecto, y para ello cogieron la llave de la puerta de calle sin más discurso que aquel deseo. Y con esta prevención se durmieron hasta el día; y buscando la llave la gente de casa la hallaron en su poder y se descubrió el efecto para que la tenían. Y parece que fué Dios servido de enviarle aquel sueño cuando en aquella edad se levantaban las dos tía y sobrina a sus ejercicios piadosos antes de amanecer. »-Procesos pág. 15.

Tanto el plan frustrado como las reprensiones y humillaciones que Mariana tuvo que sufrir en esta ocasión, fueron de grande provecho para su alma y de notable adelanto en la virtud; pues varias veces afirmó el P. Camacho, que desde aquella época había crecido mucho en amor de Dios, y que su fervor era tan extraordinario «que no era tanto lo que ejecutaba, como lo que dejaba de obrar por ajustarse en todo a la dirección de su confesor a quien obedecía como al mismo Dios». De ninguna otra mejor manera se puede terminar este capítulo que con citar lo que sobre este particular escribe el P. José Chantre y Herrera en su «Historia del Marañón español» (lib. 1, capítulo 11) dice así: «Pero ya que la venerable virgen no pudo poner en ejecución por sí misma su santo pensamiento, pedía e instaba continuamente a Nuestro Señor para que se apiadase de tantas almas ciegas y enviase ministros evangélicos que las alumbrasen con la luz de la fe; y como tan parecida en espíritu a Santa Teresa de Jesús encargaría apretadamente a sus compañeras que rogasen continuamente por la conversión de los Mainas. . . . Yo tengo por cierto que a las oraciones de la penitentsísima e inocentísima virgen Mariana debe en gran parte la Compañía, el que tuviesen buen éxito los medios y diligencias que en esta sazón practicaba en orden a la conversión de los gentiles»

CAPITULO IX

Mariana quiere hacer vida eremítica y Dios desbarata su proyecto

SUMARIO.—EL VOLCÁN PICHINCHA.—IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA EN EL CRÁTER.—QUIERE MARIANA DAR CULTO A ESA IMAGEN.—SALE FUGITIVA DE SU CASA.—DÍOS LA HACE VOLVER A ELLA.

El volcán Pichincha, a cuyo pie está edificada la ciudad de Quito, si bien ahora parece adormecido, pues no manifiesta su actividad sino por fumarolas, fué en los siglos diez y seis y diez y siete el terror de la ciudad y de toda la comarca, por sus formidables erupciones. Las principales fueron en 1537, 1575 y 1660, pasadas las cuales, quedó en el estado en que se le ve actualmente. En la de 1660 se derrumbó el cráter del volcán, quedando en dirección opuesta a la ciudad una enorme abertura por la cual pudo derramarse la inmensa cantidad de lava que arrojó entonces, que de lo contrario hubiera asolado a Quito por completo.

En la no menos formidable erupción de 1575 los habitantes quedaron sumamente atemorizados por la densa lluvia de ceniza, la oscuridad profunda y las espantosas detonaciones que se oían a cada instante.

Como buenos cristianos determinaron acudir a Dios para verse libres de semejante calamidad en lo futuro. Con este fin hicieron labrar una imagen de piedra de Nuestra Señora de las Mercedes, y

la colocaron, con grande asistencia de la gente, en los peñascos mismos que rodeaban el cráter del volcán, como a cinco leguas de la ciudad. El cabildo secular por su parte impulsado por los mismos sentimientos de viva fe, hizo voto de celebrar cada año una fiesta solemne con visperas, procesión y misa cantada, en la iglesia de la Merced el día 8 de Setiembre y a esto mismo se comprometió la autoridad eclesiástica. Este voto fué renovado por el Cabildo el 15 de Diciembre de 1660, con ocasión de otra violenta erupción del volcán, el 27 de Octubre de aquel mismo año. (1) Por algunos años los vecinos de Quito fueron en bastante número a visitar en romería la sagrada Éligie, Protectora de la ciudad; pero pronto se entibió el fervor, tanto por la distancia como por otras causas, y quedó la imagen casi abandonada y sin culto; siendo visitada tan sólo de aquellos que tenían cuidado del ganado en el cerro, o que iban a cazar venados. Los Padres Recoletos de San Diego, viendo aquel descuido, bajaron la estatua del cerro en 1660, y la colocaron en su propio templo en un suntuoso altar, promoviendo su culto entre los fieles, al que contribuyó no poco el Cabildo o Ayuntamiento haciendo celebrar a su costa una misa cada año. (1)

Estando todavía esta imagen en el cráter, supo Mariana cuán abandonado estaba el culto de María y cuánto se habían olvidado los habitantes de Quito de su celeste Patrona. Sintió en extremo este descuido, y comparando la devoción pasada con el desvío presente, meditó por mucho tiempo sobre lo que debía hacer; y le pareció, que *«pues se tenía por esclava de la Virgen María»*, Dios le había de pedir cuenta de ese poco culto que se tributaba a su Madre, si, como hija muy amante no se interesaba por el honor de la Reina del Cielo. Con estos pensamientos determinó ir sola y fugitiva, al lugar donde estaba la imagen olvidada, construir allí una pequeña ermita y pasar el resto de sus días sirviendo a María Santísima, conforme Ella lo merece. Más adelante mudó de parecer, y juzgó por más acertado comunicar su proyecto con sus sobrinas y con su amiga Escolástica, para ver si encontraba compañeras para servir a María Santísima. Propúsoles el intento que tenía de ir a servir a la Virgen en el monte Pichincha; les ponderó la comodidad que tendrían allí para practicar penitencias y austeridades, la facilidad para entregarse a la oración, las gracias que esperaba recibir de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre; exhortándolas al mismo tiempo a que se aprovecharan de tan buena oportunidad para cumplir con su obligación de Esclavas de la Reina de cielos y tierra.

1) Véase Apéndice 1, N.º 1.

2) «En once de Enero de este año [1662] se notó en el Cabildo que antiguamente estaba colocada una imagen de Nuestra Señora en el volcán de Pichincha y que en el año pasado de 1660 se sacó aquella imagen y se puso en la Recolectión de S. Diego donde se hallaba al presente en el Noviciado; y que a fin de precaver el desaliento en la devoción primera era preciso colocarla en alguna capilla y celebrar una misa cada año a costa del Cabildo» (Dr. D. Pablo Herrera, Apuntes para la Historia de Quito, págs. 127, 128.)

Admitieron alborozadas el plan sus compañeras y prometieron seguirla por de pronto, aunque después le propusieron las dificultades que se les ocurrían. La principal era sobre el modo que habían de tener para proporcionarse el alimento; porque si tenían que bajar frecuentemente a la ciudad, pronto serían reconocidas, y de este modo se les frustrarían sus deseos de vida eremítica. La observación era natural y la dificultad evidente; bien la penetró Mariana, pero su amor a Dios y a la Virgen no admitía obstáculos de ninguna clase. (1)

Al instante resolvió el caso: diciéndoles que esto se obviaría con desfigurarse el rostro, rajándose las mejillas con pedazos de vidrios y echando carbón molido en las heridas; que además cambiarían sus vestidos con otro muy pobre y andrajoso, que así disfrazadas podrían bajar del monte a la ciudad sin peligro de ser conocidas, cada cual en su turno para mendigar de puerta en puerta, lo que las cuatro necesitaban para la semana. Les pareció acertado a todas este arreglo, y no fiándose esta vez de Mariana para que las despertase, ni tampoco la misma Mariana fiándose de su facilidad en despertar, resolvieron salir furtivas de su casa durante el día, en la primera ocasión favorable que se les presentase. Dióselo muy pronto doña Jerónima que regía la casa como madre. Tuvo que salir una tarde a cierta visita que no podía excusar. Inmediatamente Mariana reunió a sus compañeras exhortándolas a no perder la buena ocasión que se les ofrecía. Eran como las tres de la tarde; cogió cada cual su batillo, se disfrazaron lo mejor que les fué posible, salieron de casa cubiertas los rostros con la manta, así por modestia como por disimulo, y con la mayor prisa posible, se dirigieron sin otro guía que su fervor inconsiderado, por la cantera de la ciudad, hacia el sitio denominado *La Chorrera*. Pronto salieron de poblado y después de un cuarto de legua de asperísima subida, llegaron a una zanja que cercaba un pequeño prado o potrero. Atravesada la zanja empezaron ya a respirar pareciéndoles que estaban seguras y fuera del alcance de quien quiera que las persiguiese. Dábanse mutuamente los parabienes por el acierto y feliz éxito de su huida; más su alegría fué de corta duración. De repente un toro de color negro desembocó sin saber de dónde, y las embistió con tan veloz carrera, que apenas si las cuatro niñas tuvieron tiempo de guarecerse en la zanja de la cual acababan de salir. Cosidas las unas a las otras y temblando de miedo, esperaron un poco para ver si desaparecía la fiera, pero permanecía siempre el toro al borde de la zanja, con ademán feroz, escarbando sin cesar la tierra y bramando con furor. Trataron de buscar otra vereda andando escondidas dentro de la zanja, pero el animal las seguía donde quiera que se moviesen, siempre de frente como quien estaba ahí para estorbarles pasar adelante. [2]

1) Procesos páginas 6, 61, 65.

2) Procesos pág. 61.

Afligióse Mariana al ver que no podían proseguir su camino; hizo varias veces la señal de la cruz sobre el toro pensando que quizás era el demonio que quería estorbar sus buenos propósitos, pero todo fué en vano. En vista de este contratiempo se recogió en su interior por unos instantes para consultar el asunto con Dios Nuestro Señor como siempre lo hacía en negocios apurados. Su divina Majestad, que también esta segunda vez que Mariana salía fugitiva para servirle, no pretendía otra cosa de ella sino el buen deseo, le hizo comprender que no era su voluntad que viviese como ermitaña en el Pichincha, reservándose sin embargo hacerle conocer su vocación en tiempo oportuno.

Oída la voz interior que le hablaba, Mariana dijo a sus compañeras con resolución inesperada y acento de plena convicción: «No es la voluntad de Dios de que vayamos al Pichincha sino que volvamos a nuestra casa; el amor a Dios y a María nos llevaba allá, obedezcamos a ese mismo amor.» (1)

Cosa singular: el toro que antes a cualquier movimiento las seguía furioso, al decir estas palabras Mariana, se retiró tan manso que parecía un cordero y se perdió muy pronto de vista. Volvieron con toda prisa las cuatro niñas para ver si lograban disimular su fuga, entrando en casa sin que nadie lo advirtiese. Pero Dios cuya voluntad era que Mariana sufriese algo por su amor, hizo que doña Jerónima y su esposo notasen la ausencia de las cuatro niñas y las buscasen con ansiedad. Cuando estas volvieron, se informaron minuciosamente de todo lo ocurrido; las reprendieron a todas muy severamente, en especial a Mariana inventora de la expedición, y para prevenir nuevos disgustos y reprimir fervores inconsiderados, resolvieron encerrarla en algún convento de la ciudad.

CAPITULO X

Quieren los deudos de Mariana que se haga religiosa y Dios lo impide

SUMARIO.—MARIANA ES ADMITIDA EN EL MONASTERIO DE SANTA CATALINA.—SE FRUSTRAN SU ENTRADA.—SUJÉTASE AL PARECER AJENO EN LA ELECCIÓN DE ESTADO DE VIDA.—QUIEREN QUE ENTRE EN SANTA CLARA.—EL PLAN NO SE LLEVA A CABO....CONSULTA Y LLEGA A CONOCER CLARAMENTE SU ESPECIAL VOCACIÓN.

Bien sabía el Capitán D. Cosme de Caso que el proyecto de sus hijas de ir a vivir como ermitañas en el Pichincha era pura inconsideración, fervor de espíritu y amor a la Virgen; sabía además que nadie para quien fuese conocida la virtud de aquellas niñas

1) Procesos, pág. 61.

podía formar algún juicio siniestro sobre ellas. Pero como persona prudente conocía asimismo, cuán poco se requiere para que una joven pierda su fama y buen nombre, y cuán pronto se levantan grandes montañas de maldad sobre leves indicios y fundamentos. Con este intento resolvió poner por obra lo que había premeditado, de sujetar los fervores de Mariana en un claustro.

No procedía en esto por interés ni por el deseo de verse libre de ella, sino por el miedo y recelo que le causaba la vida admirable y extraordinaria de Mariana; y no sabiendo en qué irían a parar estos fervores, tenía algún desdoro para el buen nombre y reputación de su honorable familia. Por otra parte consideraba a Mariana más segura de toda ilusión en un convento y más a cubierto de las habillitas de los mal intencionados.

Además sabía muy bien que su empeño de que Mariana abrazase el estado religioso, sobre ser en sí obra buena y meritoria, le causaría a ella mismo un gusto y consuelo sobre toda ponderación. Dióle pues a conocer su propósito, pero insinuándose de una manera indirecta y algo disimulada; ponderándole cuán noble y glorioso es servir únicamente a Dios en este mundo y cuán gran facilidad tendría en un convento para entregarse a la piedad, mortificación y recogimiento. Hechas estas indicaciones, le advirtió que ella determinase por sí misma lo que más le gustare, sin resolverse por influencias extrañas. Mariana que era muy perspicaz comprendió al punto lo que le quería significar, y aceptó gustosa cuanto se le proponía; y lo más pronto posible trató de poner en ejecución el deseo de su cuñado.

Vivia por entonces la venerable Madre Ana de San Pablo, priora que fué por muchos años del Convento de Santa Catalina de Sena de Quito. (1) Era ésta una religiosa de vida muy santa y ejemplar; Mariana tenía con ella desde algún tiempo una correspondencia muy familiar, como almas inflamadas en el amor de Dios y que muy fácilmente entendía la una a la otra. Fué a visitarla una tarde y con singulares demostraciones de confianza le reveló los secretos de su corazón, concluyendo la plática con pedirle la admitiera, aunque fuese como esclava del convento, hasta que teniendo la edad canónica pudiese entrar en el noviciado. No se hizo de rogar mucho la buena Madre Priora para recibirla; hízolo al punto, pareciéndole que admitía en su casa a un ángel bajado del cielo; y así concertó con Mariana que la entrada se efectuaría aquella misma tarde, en el momento en que llegase el consentimiento de sus padres adoptivos. Para alcanzarlo despachó al instante una criada a la casa de D. Cosme, informándole de lo que pasaba y pidiéndole su bendición para Mariana. Segura ésta del consentimiento de su cuñado, rebosaba de gozo y alegría al pensar que iba a entrar en un cielo, que así consideraba el convento,

1) P. Morán de Butrón lib. I, cap. 9 pág. 63; Sobre su fundación véase: Historia general del Ecuador por el Ilmo. Sr. González Suárez; lib. 3, cap. 7, pág. 296

Cuando la criada llegó a casa de D. Cosme con el recado de la Priora, sucedió que éste estaba fuera; esperaron algún tiempo hasta que volviese, mas viendo que tardaba mucho, fueron varios criados para avisarle que se le esperaba con urgencia. Buscáronle éstos en la plaza de San Francisco, donde tenía sus negocios y la tienda de su comercio, de la cual raras veces se apartaba; no encontrándole allí recorrieron las plazas, calles, iglesias y aun varias casas particulares donde sospechaban que podía estar. La Priora y Mariana viendo que la respuesta de D. Cosme se hacía esperar, habían mandado otras criadas para urgir el asunto. Estas salieron también en busca de D. Cosme, mas todo fué en vano; nadie lo pudo encontrar, ni saber con alguna probabilidad donde había ido o donde podía estar. Triste Mariana con este contratiempo, como iba oscureciendo, tuvo que volver a casa, sin haber podido cumplir su deseo de quedarse en el convento aquella misma tarde. A los pocos minutos de haber entrado ella, llegó D. Cosme; le comunicaron lo que había sucedido, y Mariana le participó su pena. El quedó sumamente admirado de que tantas personas le hubiesen buscado sin poderle encontrar, siendo así que no se había separado ni un momento de la plaza, ni del almacén que sabían ocupaba cada día, por las atenciones de sus negocios. Quedaron todos atónitos con aquel hecho y reconocieron que algo había en él de inexplicable y extraordinario. (1)

Mariana en particular más impresionada y conmovida que los demás, se puso a reflexionar por largo tiempo sobre este tan extraño suceso; y reconociendo claramente en él un impedimento que el mismo Dios había puesto a su entrada en Santa Catalina, se resignó completamente a las disposiciones de la Divina Providencia. Aleccionada por lo acontecido, resolvió no escoger nada de aquí en adelante por los dictámenes de su gusto o deseo, sin haber consultado previamente por medio de la oración a Dios Nuestro Señor, quien sólo determina para cada una de sus criaturas el estado de vida en que deben servirle en este mundo, a fin de conseguir más fácilmente la eterna salvación.

Para aceptar mejor con la divina voluntad se propuso así mismo renunciar a su propio parecer y seguir el ajeno; en especial sujetarse al juicio de sus padres adoptivos y al Director de su conciencia.

Esta resolución de Mariana debe ser imitada por quien quiera que trate de elegir estado; ya que el mayor desacierto en dicha elección consiste, en dejarse arrastrar del capricho, de la vanidad, de la ambición, de miras interesadas o puramente humanas, y tal vez pecaminosas; sin pensar en Dios ni acudir para nada a Aquel que tiene en su mano la suerte y el destino de todos los hombres.

1] Procesos pág. 23. P. Morán de Butrán, ibid. pág. 65.

D. Cosme después del primer fracaso no había desistido de su propósito de que Mariana entrase en algún convento. Conociendo que Dios no la quería en Santa Catalina, le propuso pudiese ser admitida en el monasterio de Santa Clara, facilitándole la entrada con el pago de la dote que acompañaba de una renta anual bastante crecida.

Escuchó Mariana la propuesta con no menos atención que gratitud y rendida obediencia lo que venia de aquel a quien respetaba como a padre y superior; pero fiel a lo que había prometido a Dios en lo tocante a la elección de estado, acudió a la oración para conocer la divina voluntad, única norma que estaba resuelta a seguir en todas sus determinaciones. Después de haber orado, aunque siempre muy gozosa con la idea de entrar en Santa Clara, experimentaba como cierto presentimiento y miedo de que su ingreso en aquel convento no se había de realizar. En esta intranquilidad tornó de nuevo a la oración con más fervor, suplicando humildemente a Dios que le manifestase abiertamente su santísima voluntad, pues él sabía muy bien que su deseo no era otro sino cumplirla.

Como la oración es siempre eficaz en lo que conviene al bien de nuestras almas, en una de esas ocasiones en que oraba con la más entera confianza, oyó una voz en lo más recóndito de su alma, la cual sin dejar la menor duda ni perplejidad de que venia de Dios, le decía con toda claridad que el divino Beneplacito era *«que viviese recogida en su propia casa con la misma estrechez, pobreza y abstracción de todas las cosas del mundo, como pudiera hacerlo entre los muros de la comunidad más austera»*. Escuchó Mariana aquella voz que le certificaba plenamente sobre su vocación, y se propuso procurar con sumo sosiego, no omitir nada para seguir el divino llamamiento; pero como no estaba en su mano el hacerlo, Dios dispuso suavemente las cosas todas para el mayor bien de su fiel sierva. No era esta la primera vez que Dios le había dado a entender la especial vocación a que la tenía destinada. Algún tiempo antes cuando se le había frustrado su entrada en Santa Catalina, el P. Camacho su confesor, le había anunciado que en el estado en que se hallaba serviría mejor a Dios que en la religión, porque Dios no la tenía destinada para el estado religioso; pero nunca lo había conocido tan claramente como en esta circunstancia.

A pesar de la evidencia que tenía acerca de la voluntad divina, con relación a su vocación, no quiso seguir sus propias luces, sino que lo comunicó todo con aquel a quien había escogido para guiar su alma.

Por haberse ausentado el P. Camacho, se confesaba entonces Mariana con el P. Antonio Manosalvas, también de la Compañía de Jesús. La hablaba éste cierto día, sobre los preparativos que con tanto fervor se hacían, para su entrada en Santa Clara, y le preguntó el Padre cuándo la había de efectuar. «Yo no quiero

disgustar a mis dandos, replicó Mariana, mas esta entrada nunca se efectuará» ¿Cómo puede ser esto, dijo el Padre, si ya están hechos todos los gastos? Porque Dios no lo quiere, contestó Mariana; y eso con tan extraña resolución y tono de voz tan firme, que llamó mucho la atención del confesor, quien conocía muy bien la modestia y encantadora dulzura de la niña. Mariana le dió entera cuenta de lo que pasaba por su alma, cómo había oído una voz interior, sin poder dudar que fuese de Dios que la llamaba a santificarse en su propia casa, sin pretender hacerse religiosa. Hizole el Padre varias preguntas para asegurarse que no había ilusión en lo referido, a las que Mariana satisfizo. Habiendo examinado todo con mucha detención el confesor llegó a persuadirse plenamente que ésta era la voluntad divina. Pero ¿cómo recibirla D. Cosme mudanza tan repentina y al parecer tan sin razón? Tenía hecho ya el hábito que Mariana había de vestir con los demás gastos que eran bastante crecidos; tenía señalado el día del festín que entonces se usaba en semejantes circunstancias, y ya había pasado la invitación, a toda la parentela y a los convidados; no parecía probable que desistiese de su pretensión.

Al proponerle esta dificultad el Padre, Mariana respondió que ignoraba lo que pasaría, pero que siendo esta la voluntad de Dios tarde o temprano desaparecerían todos los obstáculos; aunque por otra parte ella sentía mucho el disgusto que con esto iba a ocasionar a sus padres adoptivos.

Muy dudoso en cuanto al buen éxito del paso que iba a dar, resolvió el P. Antonio Mánoservas, ir en persona a tratar el asunto de la vocación de Mariana, con D. Cosme y Da. Jerónima, y convencerlos de que Dios no la quería para religiosa. El feliz resultado de la arriesgada entrevista, dió a conocer que Nuestro Señor había tomado el negocio por su cuenta. Eran D. Cosme y Da. Jerónima personas de mucha piedad, pero al mismo tiempo de extremada delicadeza y pindonor, que por nada de este mundo consentieran en faltar a la palabra dada y quedar mal con el público. ¿Sufrirían, pues, este bochorno, habiendo ya hecho los gastos y citado a los amigos para solemnizar la entrada de Mariana en el convento? El Padre les expuso el objeto de su visita con palabras graves y medidas, sin darles razón alguna, contentándose con hacerles saber que Mariana aseguraba que Dios no la quería para religiosa. Oyeron con tanto respeto y reverencia sus palabras, que sin protestas ni dificultades, admitieron cuanto les decía; y lo que es más de admirar se echaron ambos a sus pies, y levantando las manos al cielo, pidieron a Dios que se cumpliera en todo su santísima voluntad. Desde aquel instante, sin género alguno de porfía depusieron toda idea de que Mariana se encerrase en un monasterio. Además, como caritativos y buenos cristianos, le entregaron cuanto habían preparado para aquella fiesta, con el intento de que lo distribuyese a los pobres; lo que Mariana hizo con inefable gozo de su alma.

Agradeció Mariana a Dios tantos beneficios con mucho fervor y humildad, porque claramente veía la intervención divina en el negocio de su especial vocación, prometiendo corresponder a tan suave llamamiento con la más extremada y escrupulosa fidelidad. [1]

CAPITULO XI

Mariana hace los preparativos necesarios y entra en su retiro

SUMARIO: SUS DESEOS DE PENITENCIA Y RETIRO.—ARREGLA ELLA MISMA SU HABITACIÓN.—SUS SENTIMIENTOS AL ENTRAR EN SU RETIRO.—SE DESPIDE DE SUS DEUDOS.

Desde tiempo atrás el amor de Dios solicitaba a Mariana, de continuo y con las más vivas instancias, a que se entregase sin reserva, a la práctica de la más heroica virtud. Muy grandes eran por otra parte las ansias que tenía de servir a Dios con esmero, y en especial de hacer austeras penitencias; pero tropezaba con graves dificultades, por tener que vivir en compañía de sus sobrinas y demás miembros de la familia.

Con este motivo estuvo por algún tiempo muy angustiada sin saber qué partido tomar. Mas cuando Dios le hubo manifestado ser su divina voluntad de que viviese retirada en su casa, concibió fundadas esperanzas de que pronto se realizarían sus deseos de penitencia y soledad. Determinó, pues, hacer cuanto estuviese en su mano para secundar la vocación divina, y verse pronto en circunstancias de poder seguirla con toda puntualidad.

Para acertar acudió a Dios Nuestro Señor con oraciones frecuentes y consultó a quien dirigía su alma. Su director era otra vez el P. Camacho, que había vuelto a Quito tras breve ausencia. Le significó su deseo cada vez más ardiente de vivir libre de todos los cuidados de la tierra, le propuso el impedimento que tenía, con la continua presencia de sus sobrinas y demás compañeras, para vacar a la oración y a la penitencia. Tan bien supo abogar por su causa, que el P. Camacho juzgó era de su obligación como director, procurar eficazmente que Mariana siguiera las claras inspiraciones de la divina gracia, para que diesen el fruto apetecido los buenos pensamientos que Dios le había inspirado; temiendo con fundamento, que Nuestro Señor le pediría a él cuenta, si se malograsen favores tan señalados de la divina Majestad.

1) Procesos, págs. 361, 362.

Alentado con el buen recibimiento que D. Cosme había hecho al P. Antonio Manosalvas sobre este mismo asunto de la vocación de la sierva de Dios, resolvió visitarle a su vez para hacer algo en pro de su penitente. Fué recibido por este caballero con gran respeto y humildad, le propuso brevemente su petición de que señalara a Mariana en su propia casa una habitación retirada y solitaria, donde pudiese vivir conforme a su especial vocación y sin testigos. Accedió muy gustoso D. Cosme; y al punto señaló para Mariana sola, un departamento algo separado, en el corredor alto de la casa y que contenía tres piezas: una sala, un aposento y una alcoba; mandando que todo se adornase con varios muebles útiles y provechosos, y aun con cuadros y pinturas de asuntos devotos. (1)

Cuando los preparativos estuvieron terminados, entregó todo a Mariana, que experimentó un gozo indecible al ver que se podría dar a la práctica de la penitencia sin tener testigos indiscretos de sus austeridades. Fué a visitar su nuevo alojamiento y por primera disposición mandó quitar todos los objetos de adorno, como muebles y cuadros, diciendo que adornaría el cuarto a su gusto y detuvo tan sólo la cama. Hizo labrar un pequeño cancel de madera y no satisfecha con las diligencias de su cuñado aseguró cada puerta por dentro con cerrojos y aldabillas para que nadie pudiese entrar sin su consentimiento.

Para ocupar el puesto de los adornos que había mandado quitar, puso en su lugar cilicios, cadenas, de hierro, disciplinas, cruces y un ataúd para el uso que se dirá después. Se llevó consigo las dos estatuas que tenía del Niño Jesús y de Nuestra Señora de los Angeles colocándola sobre un altar pequeño, que ella misma había levantado y donde se veían también las estampas de los otros Santos de su devoción. Además de esto había una mesa, una silla y un cajón de costura.

Dispuesto el sitio, se preparó Mariana para hacer su oblación con los más fervorosos afectos de su alma. Reflexionaba que, en breve, podría entregarse cuanto quisiese a la oración, a los ayunos y demás penitencias, y este pensamiento, que para otra doncella de su edad, hubiera sido un martirio, era para ella el más dulce consuelo; por donde se ve lo que puede la gracia de Dios cuando toma de veras posesión de una alma. Sentía también sumo gusto en dejar en tan tierna edad, pues tan solo tenía doce años cumplidos, cuanto el mundo le podía ofrecer, hollando sus atractivos y seducciones con generosidad por amor de Dios. Meditaba frecuentemente sobre la vanidad de las cosas de la tierra; y como ya su alma había saboreado muchas veces las delicias celestiales que Dios da a aquellos que de veras le siguen, no podían impresionar su corazón los placeres que el mundo promete.

1) Procesos, p. 23; P. Morán de Butrón, lib. I, cap. 9, pág. 67.

Porque su propósito era estar cerca de los suyos con el cuerpo, pero de tener su corazón en el cielo, resolvió despedirse de todos sus deudos y conocidos como si no los hubiera de ver más en el resto de su vida. Esta escena de familia fué en extremo tierna y conmovedora. Empezó por D. Cosme y su hermana Jerónima mostrándoles la gratitud grande que sentía por los cuidados que le habian prodigado, de suerte que en su orfandad no habia echado de menos la ternura y caricias de sus difuntos padres. Llegó después a sus sobrinas Juana y María, testigos de sus virtudes y fieles compañeras de su piadosa niñez.

Entre lágrimas y abrazos de una y otra parte les dijo, que desde aquel día tuviesen por difunta a Mariana, y las exhortó a que continuasen sus ejercicios tanto de devoción como lo demás que era menester para su educación perfecta. Reprodujo en breve lo más esencial de los consejos que muchas veces les habia dado sobre la caducidad y vanidad de las cosas de este mundo, les aconsejó que no perdiesen el tiempo de la vida que Dios les habia concedido tan solo para merecer el cielo; que no se fiasen de las riquezas ni de la hermosura, flor delicada, que fácilmente y muy pronto se marchita con el sople más ligero.

No era menester tanto para hacerlas llorar amargamente: sentían en extremo separarse de su santa tía que hasta aquí las habia guiado en el camino de la sólida virtud. Juana, que era más fervorosa, por imitar en algo a Mariana, ya que no le era dado acompañarla en su retiro, quiso por aquel mismo tiempo consagrarse para siempre a Dios con el voto de perpetua castidad. Alegróse Mariana mucho al ver en ella tanto fervor; pero ilustrada con luz del cielo y espíritu profético, le prohibió que hiciese aquel voto diciéndole que Dios la tenía destinada para el estado de matrimonio. Algunos años después cuando otra de sus sobrinas, llamada Sebastiana quiso hacer el mismo voto lejos de impedirla, la exhortó vivamente a que lo hiciera, avisándola al mismo tiempo que estuviese dispuesta a guardarlo aunque le costase la vida.

Así sucedió como Mariana se lo habia predicho; Juana escogió el estado de matrimonio en que vivió muy santamente, y Sebastiana por guardar su voto de castidad, murió a los diecinueve años de su edad.

María de Caso, la otra sobrina de Mariana fué también casada y de grande virtud; murió poco tiempo después de Mariana.

Habiendo acabado de despedirse de su familia sin olvidar a las más humildes criadas de la casa, Mariana entró en su retiro donde vivió una vida que causa verdadero asombro; no saliendo de él sino catorce años después para volar a la gloria.



LIBRO II

Santo tenor de vida de Mariana de Jesús y sus penitencias en su retiro

CAPITULO I

SUMARIO: MEDIOS DE QUE SE VALE MARIANA PARA EMPRENDER EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN. — SUS DESEOS, TEMORES Y RESOLUCIONES. — PENSAMIENTO DE LA MUERTE. — SU ATAÚD. — UNA SEÑORA NOBLE DE QUITO QUIERE VISITAR EL CUARTO DE MARIANA — USO QUE HACÍA DE SU ATAÚD — SU ESPEJO.

Doce años cumplidos tenía Mariana cuando se encerró en su retiro despreciando el mundo con todos sus atractivos, precisamente en la edad en que para otras jóvenes empieza a ser un encanto y embeleso.

Dos vivos deseos le había infundido Dios convidándola a la perfección: el uno de grande mortificación con ásperas penitencias, y el otro de vivir en el retiro y soledad. Este segundo ya lo veía cumplido por una de aquellas disposiciones casi inesperadas de la divina Providencia, con las cuales Dios a veces da a conocer su voluntad por modo extraordinario. Restaba por cumplir el otro deseo de darse a una vida muy penitente y austera, que es por donde han empezado todos los santos. Su firme resolución desde el principio de su retiro, fué hacerse continua violencia, refrenar sus inclinaciones, y mortificar sin tasa ni medida su delicado cuerpo con todo género de asperezas y austeridades.

Aunque niña, era de grande madurez y cordura; comprendía perfectamente la importancia y la gravedad del paso que acababa de dar; no se le ocultaban las dificultades de la empresa, y tenía miedo de desmayar y retroceder por la natural inconstancia en el camino que había emprendido. Dados sus pocos años, podía prometerse una vida larga, y el demonio la molestaba con esta tentación con que frecuentemente acomete a las almas que quieren servir a Dios con fidelidad: ¿cómo podría perseverar en sus austeridades durante la vida tan larga que le quedaba? Esta imaginación le dió no poco que merecer por algún tiempo; mas pronto su fervoroso amor de Dios consiguió completa victoria sobre los temores que el demonio le trafa. Puso su mirada en el cielo, con-



EJERCICIO PREDILECTO

de la B. Mariana de Jesús: la enseñanza de la doctrina
cristiana a los niños.

fiando que Aquel que le inspiraba ahora ofrecer su espontáneo sacrificio, también le conservaría el aliento y firmeza necesaria para no desfallecer en lo futuro. Además de confiar en Dios, propuso hacer de su parte cuanto entendiese ser conducente para conseguir la perseverancia por la que anhelaba. Nada le pareció más a propósito para este fin que el continuo recuerdo de la muerte. Juzgaré desde hoy, decía que cada penitencia que hiciere es la última de mi vida, que en cada día, hora e instante puedo exhalar el último suspiro; me consideraré como difunta ya, y me preguntaré a menudo: ¿cuáles son los méritos que he granjeado para el cielo? ¿qué es lo que quisiera haber hecho por Dios y mi alma? Meditaré que con la muerte han tenido fin las disciplinas, los cilicios, los ayunos, la penitencia con todas sus amarguras; jamás creeré que he de vivir sino más bien que estoy para morir. Esto que había propuesto, lo puso luego por obra con la mayor escrupulosidad; y con estas consideraciones, ni le arredraron los rigores de su vida penitente, ni su duración podía producir en ella otra cosa sino nuevo valor y ardimiento para proseguir adelante como si de nuevo comenzara.

Para que el pensamiento de la muerte no se debilitase con el tiempo, ni le hiciera menos impresión con el frecuente meditar, se valió de la traza siguiente: Colocó en la primera pieza de su habitación un ataúd hecho a la medida de su cuerpo y que reservaba para su entierro, forrándolo ella misma con un paño negro. Metió dentro de él un madero bastante largo y ancho para figurar un cadáver; este madero iba revestido de un hábito de San Francisco a manera de mortaja; en la capilla del hábito puso una calavera, sobre el pecho unas manos que sostenían un crucifijo de madera, y al extremo donde correspondían los pies, unos zapatos, todo ello con tal arte, que aquella figura tenía el aspecto de un cadáver verdadero. (1) Producía el conjunto un efecto ásbombroso de terror y espanto, y ponía miedo y susto a cuantos le veían.

Una señora de Quito estimulada por algo de curiosidad, hacía muchos empeños con la sierva de Dios, para que la dejase visitar su cuarto. Mariana jamás quiso consentir, porque hubiera podido ver los instrumentos de sus penitencias. La resistencia y buenas razones de Mariana no hicieron sino excitar la curiosidad de la señora, la cual viendo que por este medio nada había de conseguir, resolvió valerse del confesor de Mariana para alcanzar el permiso por el cual tanto suspiraba. El confesor, no se sabe por qué razón, accedió a la petición de aquella señora, y mandó a Mariana que la dejase visitar su habitación. No podía darse para ella orden más mortificativa, pero como su obediencia era sin réplica,

1) «... Y vido esta testigo tener en el cuarto de su casa un ataúd, siendo ya grandecilla, y juntamente un hábito entero del Orden de San Francisco y en la capilla del una calavera de huesos humanos...» Procesos pág. 304. P. Alonso de Rojas.—Oración fúnebre de Mariana pág. XVI.

prometió obedecer inmediatamente. Mientras esperaba a su visitante para franquearle de par en par las puertas de su cuarto, se puso de rodillas en fervorosa oración, pidiendo a Nuestro Señor que no permitiese que persona alguna viera jamás los instrumentos de su penitencia; y Dios le hizo comprender que le concedía el favor pedido.

Alegre con esta seguridad, fué a recibir a su huésped a la hora señalada, advirtiéndole, que a pesar del permiso que había sacado del confesor, no vería lo que pretendía. No se intimidó por esto la señora; sino, que, echando todo a broma; entró muy gozosa en el cuarto; pero le costó caro su curiosidad. Lo primero con que toparon sus ojos fué el ataúd; como iba desprevenida, esta vista le causó tal terror y sobresalto, que al punto cayó desmayada en tierra, y tuvieron que llevarla a un aposento vecino para atenderla allí. Vuelta en sí después de algún tiempo, le preguntó Mariana si quería pasar adelante en el escrutinio del cuarto; mas ella respondió resueltamente que de ninguna manera; y apenas estuvo bastante repuesta para poder andar, salió precipitadamente de la casa sin pensar más en averiguar con sus propios ojos, si era verdad todo lo que decía la fama de las grandes penitencias de Mariana, aunque con este fin especialmente había hecho todas aquellas diligencias. (1)

Y no sólo asustaba a mujeres la vista del ataúd, pero también a hombres, en los cuales parece no hubiera debido causar la menor impresión. El Dr. Juan Murfín de la Peña, médico de Mariana, hablando de lo que le aconteció sobre este particular, dice en los Procesos «que habiendo descubierto una cortina que cubría aquel ataúd, por ser la vista impensada, le dió grande susto y miedo.» (2)

Pero Mariana no se espantaba por tan poca cosa. Cada noche meditaba sobre la muerte por espacio de una hora por lo menos antes de acostarse. Para este ejercicio ponía el ataúd en medio del cuarto, encendía dos luces una a cada lado, y fijando la vista sobre la calavera, leía en aquel libro de nueva especie, pero donde no se encuentran sino verdades, la inconstancia de la vida y la vanidad del mundo; y apostrofándose a sí misma se decía con la más íntima persuasión: «En esto que contemplas has de parar Mariana; éste será tu fin; en esto se ha de convertir tu hermosura. ¿De qué te servirán los gustos, pasatiempos y recreos de esta vida en aquella hora terrible? Si a tu cuerpo le tratas ahora como a enemigo, no podrás perderte buscando gustos ilícitos, y de este modo será él tu compañero en la gloria.» ¡Dichosos en la muerte los miembros que en vida estuvieron mortificados y crucificados!

De estas y semejantes consideraciones, que se sabe repetía continuamente, sacaba mayor desengaño, nuevo fervor y desasimiento

de todo lo criado, con mayores ansias de más crueles e inauditas penitencias. Concluido este ejercicio tomaba agua bendita y rociaba el ataúd, figurándose que era ella misma la difunta y decía: «Dios te perdone Mariana; ¿dónde te habrá cabido la suerte? ¿será de muerte o de vida eterna?» (1)

Y cuando la visitaban su hermano Fr. Jerónimo de Paredes o su Primo Fr. Lorenzo Fernández, ambos religiosos de San Francisco, después de las primeras saluciones: «Vamos, les decía, y veréis a vuestra hermana y prima ya difunta.» Descubría el ataúd y les rogaba que rezasen un responso por las almas, y echasen agua bendita sobre aquella figura; lo que hacían ellos saliendo de allí muy edificadas al ver que una delicada niña tuviese tales alientos para practicar la virtud. (2)

Cuando alguno de la familia entraba en su cuarto por cualquier razón que fuese, le mostraba el ataúd diciéndole que ella era la difunta, y le rogaba que echase agua bendita y pronunciase las palabras «Dios te perdone Mariana.» Lo mismo solía recabar de cualquier persona amiga que entrase en su aposento. (3)

Estas propias palabras, con la ceremonia de echar agua bendita repetía ella misma, cuantas veces entraba en su aposento o salía de él, y otras muchas durante el día; y era lo último que hacía antes de echarse a dormir y lo primero por la mañana al despertar.

Si la Sagrada Escritura dice: «En todas tus acciones acuérdate de tus postrimeras y jamás pecarás» (Eccel. VII. 40) ¿Qué fruto no sacaba Mariana del recuerdo tan frecuente de la muerte?

Era tan familiar para Mariana el pensamiento de la muerte, que casi nunca la abandonaba; la seguía en todas partes, en su retiro o por las calles, en casa lo mismo que en la iglesia, y pasaba largas horas meditando sobre la muerte que pronto había de venir. De ese pensamiento se valía para hacer con perfección todas y cada una de sus acciones, imaginándose que cada cual era la última que Dios le concedía practicar en esta vida, y que después de ella se había de presentar delante del Juez soberano para ser juzgada.

Como el proverbio que sacaba de este santo ejercicio era tan excelente, el demonio, lleno de envidia, hacía los mayores esfuerzos para conseguir que lo dejase; por lo cual la acometía con grandes miedos al ataúd, al esqueleto y a la muerte. Mariana despreciaba animosa estas imaginaciones; y cuando sentía más repugnancia para hacer su meditación sobre la muerte, sacaba el esqueleto del ataúd lo ponía al lado en el suelo, y acostándose ella misma dentro de la caja, proseguía su meditación con grande constancia y valor. Una noche en que sus miedos eran mayores que de ordi-

1) Procesos pág. 129.

2) P. Morán de Butrón lib. II, cap. I, pág. 102. Procesos pág. 103.

3) Procesos página 160

nario, y muy grande la repugnancia, se puso a reflexionar por breves instantes sobre lo que había de hacer; y determinó pasar la noche entera dentro del mismo ataúd junto al esqueleto que tenía a lado. Hízolo así en efecto, y aunque parezca increíble, pudo conciliar el sueño por algunos breves momentos. Mas no por eso se dió el demonio por vencido; al despertar Mariana se encontró con el esqueleto, a cuyo lado se había acostado, como sentado en una silla baja que allí había, cruzado de brazos y mirándola con ojos de fuego. La primera vista de este objeto fué de miedo y susto, pero considerando que esto sólo podía ser obra del demonio, se repuso inmediatamente; cogió el esqueleto en brazos lo colocó en el ataúd y se fué tranquilamente a misa. (1)

Tan convencida estaba que la muerte debe ser la consejera de nuestra vida, y tan persuadida que con los consejos de ella no podemos errar, que inventó otra traza muy peregrina, para tener la siempre en su memoria, para recordar constantemente lo caduco de esta vida, y tratar la hermosura corporal con el desprecio que se merece.

¿Qué joven hay que no tenga su espejo? ¿Para cuántas el espejo es el consejero íntimo, el más íntimo y de toda confianza? ¿Cuántas veces suelen consultarle, mirarse y remirarse en él? No podía estar sin su espejo la habitación de Mariana, pero tan distinto del que adorna los gabinetes mundanos, cuánto distaban las ideas de esta virgen llena de espíritu de mortificación, de las de una mujer sumida en la vanidad. Quería Mariana un espejo que solo le sirviese para su aprovechamiento. Con este fin tomó uno de los espejos ordinarios que entonces se usaban, cubrió el vidrio con un lienzo pequeño pintado al óleo que representaba la cabeza de una mujer, pero de tal forma, que la mitad del rostro de arriba abajo, era de muy grande hermosura, y la otra mitad estaba desfigurada y manando podre y gusanos por todas partes. (2) Se miraba Mariana largo tiempo en ese espejo. En primer lugar contemplaba la parte sana y hermosa de aquella figura, y se imaginaba que los más vivos colores adornaban aquellas mejillas y atraían las miradas de todos; las más armoniosas voces deleitaban aquellos oídos, fragantísimos aromas recreaban aquel olfato, muy exquisitos manjares regalaban aquel paladar; todo era risa y encanto en aquella cara. Fingía, además, para aquella persona, los más ricos vestidos de oro y seda en abundancia, los mayores gustos y pasatiempos que se pueden desear. Pasaba después a meditar: ¿Qué se hizo todo esto? ¿cuánto tiempo duró? Lo contemplaba en la otra mitad de la cara; en la parte de cadáver gusaniento: En pocos días se marchitó aquella grande hermosura; la muerte y el sepulcro todo lo destruyeron.

1) Procesos página 75.

2) Procesos páginas 103 y 119.

Se ponía a cotejar el tiempo con la eternidad, la belleza fugitiva con la fealdad del cadáver; el deleite con la muerte; y sacaba por consecuencia que toda hermosura es vanidad; pues en breve pasa a ser podredumbre; que lo que es atractivo ha de causar horror, y lo que es bella y encarnada rosa se ha de convertir en polvo y ceniza. «¿Para qué amar y estimar, decía, lo que es de ningún valor, lo que de nada me ha de aprovechar?» Con estas consideraciones se enfervorizaba de un modo extraño; ponía su corazón; únicamente en las cosas celestiales, que para siempre habían de durar; despreciaba el mundo con sus atractivos; despreciaba la belleza corporal, que además de ser toda vanidad, es la causa de innumerables pecados y desgracias en esta vida, y de la condenación eterna de muchísimas almas en la otra.

Como no perdía ocasión alguna que se le ofreciese de aprovechar al prójimo, cuando alguna amiga suya la iba a visitar, tenía buen cuidado de mostrarle su espejo, asegurándola que el espejo de la muerte es el único que dice la verdad, y que todos los otros no son sino mentirosos, pues hacen estimar lo que no merece ningún aprecio. (1) Un rato pasado delante del espejo de Mariana aprovechará siempre en gran manera a nuestras almas.

CAPITULO II

Rígida distribución del tiempo entablada por Mariana

SUMARIO.—SUS HORARIOS DIVERSOS O DISTRIBUCIONES.—ULTIMA DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO ESCRITA DE SU MANO.—AÑADE MÁS PENITENCIAS.

Mariana de Jesús había puesto sus ojos en la adquisición de la patria celestial y aspiraba únicamente a la posesión de ese reino; sabía por otra parte que Dios nos concede el tiempo de la vida para merecerlo, y que en cada instante podemos ganar un grado más de gloria y felicidad, que ha de durar para siempre jamás; no quería, pues, desperdiciar bien tan estimable. Por esta razón a los pocos días de haber entrado en su retiro, hizo la distribución de las horas, tanto del día como de la noche, señalando para cada cual, la acción o acciones en que la había de expender, de suerte que su vida fuese una serie no interrumpida de buenas obras, y el ocio no tuviera ni el menor portillo por donde entrar.

1) «.....En una ocasión (en que permitía a los de familia entrar en su aposento) vió un cuadro pequeño de una calavera a medio podrir que echaba gusanos por boca y ojos y mostrándola a este testigo le dijo: «Este es el verdadero espejo en que yo me miro y en quien nos hemos de ver todos.....» Procesos, pág. 212.

Se encontró entre sus papeles un horario o distribución del tiempo, escrita de su mano y compuesta a poco de haber entrado en su retiro, en la cual se echa de ver su fervor y resuelta voluntad de ser toda de Dios.

A esta, aunque de grande perfección, sucedió otra más rígida todavía, que le dió el P. Camacho su confesor y que guardó puntualísimamente por espacio de algunos meses. Le señalaba entre día y noche, cinco horas de oración mental, el tomar dos veces la disciplina, ponerse los cilicios cada día, y sólo le dejaba cuatro horas de sueño.

Mas no se contentó Mariana con esto; pronto le pareció demasiado poco a su espíritu fervoroso. Pidió licencia para otra más estrecha, que ella misma compuso, y que, aprobada por su confesor, guardó con la mayor exactitud durante toda su vida. Es del tenor siguiente con sus formales palabras:

«A las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasión de Cristo. De cuatro a cinco y media: oración mental. De cinco y media a seis: examinarla, pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta Nona, haré examen general y particular, iré a la iglesia. De seis y media a siete: me confesaré. De siete a ocho: el tiempo de una misa prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi Dios. Después que le haya recibido, daré gracias a mi Padre Eterno, por haberme dado a su Hijo y se lo volveré a ofrecer y en recompensa le pediré muchas mercedes. De ocho a nueve: sacré ánimas del purgatorio y ganaré indulgencias por ellas. De nueve a diez: rezaré los quince misterios de la corona de la Madre de Dios. De diez: el tiempo de una misa me encomendaré a mis Santos devotos; y los domingos y fiestas hasta las once. Después comeré si tuviere necesidad. A las dos: rezaré vísperas y haré examen general y particular. De dos a cinco: ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios, haré muchos actos de su amor. De cinco a seis: lección espiritual y rezar completas. De seis a nueve: oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez: saldré de mi aposento por un jarro de agua, y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez a doce: oración mental. De doce a una: lección en algún libro de vidas de Santos y rezaré matines. De una a cuatro: dormiré; los viernes en mi cruz, las demás noches en mi escalera; antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes, los advientos y cuaresmas, desde las diez a las doce la oración, la tendré en cruz. Los viernes, garbazuos en los pies y una corona de cardos me pondré, y seis cilicios de cardos.

Ayunaré sin comer toda la semana; los domingos comeré una onza de pan. Y todos los días comenzaré con la gracia de Dios.» [1]

1) P. Morán de Butrón, Lib. II, cap. 2, pág. 109. Procesos pág. 54.

La perfección asombra a que encierra esta distribución se comprenderá mejor al explicar cada punto de ella en el curso de esta historia. Basta, por ahora, decir que Mariana no la alteró jamás hasta su muerte, excepto unos siete años antes, no para ensancharla, sino para estrecharla más y añadir nuevos rigores a la espantosa lista que precede. He aquí el papel escrito de su mano en esta ocasión a uno de sus Directores espirituales:

«Padre mío, si vuestra Paternidad gusta de darme licencia para añadir a mis penitencias que ahora hago este adviento: si quiere estaréme en cruz todas las noches desde las seis hasta las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos en los pies. Disciplinas todas las noches a las once, a la una y a las cuatro. Cilicios: los de cardos todos los días, y tormentos en los brazos y muslos, con unas cuerdas de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de todos los Santos hasta la víspera de Pascua, si Dios es servido. En los ayunos, la regla que mi Padre me dejó, de comer cuando la necesidad me obligare.

«Padre mío, véalo Vuestra Paternidad muy bien, que yo no tengo de hacer más que lo que Vuestra Paternidad me mandare; comuníquelo con Su Majestad que él se lo inspirará, si fuere su voluntad, que yo no deseo otra cosa, sino es que toda Mariana le sea agradable a sus ojos; y plegue a Dios que sea para mayor gloria suya. Amén.» [1]

Tres eran las causas que le parecían suficientes para poder omitir alguno de los ejercicios señalados en su distribución: la caridad para con el prójimo, la obediencia a aquellos que le podían mandar, y la absoluta imposibilidad física cuando estaba tan desprovista de fuerzas por causa de alguna enfermedad corporal, que le era materialmente imposible tenerse en pie. Pero, no interviniendo ninguna de estas razones, fué tal su firmeza y constancia de ánimo que jamás se separó un punto de lo que había determinado.

Una persona que la había conocido dice en los Procesos a este respecto: «Lo que más admiró a este testigo fué la perseverancia y constancia en su distribución, pues nunca faltó a ella, teniendo siempre un mismo tesón en sus ejercicios y penitencias» (2)

El amor sincero a Dios Nuestro Señor había tomado plena posesión del corazón de Mariana de Jesús; y porque ese amor es fuerte como la muerte, sin poder contentarse con lo hecho, la iba llevando cada día a más perfectas virtudes y mayores sacrificios.

1) Procesos página 321.

2) Procesos página 79.

CAPITULO III

Cruelles disciplinas con que Mariana de Jesús aflije su inocente cuerpo

SUMARIO: DESDE NIÑA SE DISCIPLINADA.—SUS DISCIPLINAS Y SU DESCRIPCIÓN.—LAVA EL SUELO DE SU APOSENTO.—DISCIPLINA CON ORTIGAS.—EN EL ADVIENTO Y SEMANA SANTA.—SUS LLAGAS CURADAS MILAGROSAMENTE.—SE HACE AZOTAR.—DISCIPLINA POR QUITO.

Uno de los estorbos principales que tiene el hombre para ser buen cristiano y alcanzar la virtud, es el cuerpo con sus pasiones desordenadas. Por esto Mariana de Jesús, a quien Nuestro Señor había escogido para que fuese fiel imitadora suya, y modelo perfecto del menosprecio de las cosas mundanas, tenía que declarar una guerra a muerte a la carne, a sus pasiones y concupiscencias.

Se dió tan de lleno a la mortificación, como si su cuerpo no tuviera sensibilidad, y uno de sus dichos a este propósito era «Mientras más azotes, más sabroso» (1) De muchas Santas vírgenes se lee que hicieron grandes austeridades y penitencias; pero Mariana se ha de contar en el número de las que más se señalaron en esta virtud.

Desde la edad de cinco o seis años, y aun antes, hacía uso de la disciplina para martirizar su delicado cuerpo. Una mujer familiar de la casa, llamada Catalina de Alcocer, y nodriza de Mariana, tuvo que entrar cierto día en un cuarto solitario y apartado de las demás habitaciones. ¿Cuál no sería su sorpresa al encontrarla allí que se estaba cruelmente disciplinando? Al verla Mariana cesó avergonzada; y Catalina le preguntó si no le dolían los azotes «Mucho me duelen, pero esto hago por mis pecados. Por Dios y por su amor te pido que no lo digas a mis padres, y que me guardes secreto». . . . Si en edad tan temprana era tanto su deseo de padecer, bien se puede rastrear por aquí lo que haría después. En efecto, el P. Camacho en una carta que sobre sus virtudes escribió al P. Alonso de Rojas que debía pronunciar el panegírico de la Sierva de Dios, le dice entre otras cosas: «Sus penitencias, mientras la regí yo, fueron raras y mayores de lo que naturalmente parece pudiera tolerar un cuerpo débil; si bien por estar persuadido después de mucha atención y examen eran inspiradas de Dios, se las permití» [2] En otra ocasión aseguró el mismo Padre que Mariana de Jesús había empezado sus austeras penitencias siendo de ocho años de edad.

Su aposento, en la parte más retirada, era como una armería de nueva especie que ponía miedo. Allí se veían colgadas en la

1) Procesos, pág. 173

2) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 3, pág. 113.

pared, disciplinas hechas con cuerdecillas de pita; unas sencillas y otras armadas en la punta de estrellitas de acero muy agudas; manojos de varas de membrillo y de ortigas; cadenillas de hierro; cilicios de alambre, de cerda, de cardos y de hierro; cruces de varios tamaños y de diferentes hechuras; mas todas muy penosas; camas, por último, diferentes entre sí, pero instrumentos todos a cual peor, y de intolerable martirio. (1)

Este era el tocador de Mariana, poco parecido por cierto, al que usan otras jóvenes, que lo mismo que ella tienen un alma que salvar, un cielo que merecer, un Dios a quien glorificar y servir; y más que ella, pecados de que hacer penitencia, pasiones que dominar y peligros que prevenir.

Las disciplinas que tomaba cada día eran dos; en ocasiones extraordinarias, que eran frecuentes, tomaba tres, y no se le pasaba semana que no añadiese alguna más a este número ya tan crecido. Por largo tiempo acostumbró azotarse despiadadamente cinco veces en el transcurso de veinte y cuatro horas: y lo hubiera practicado toda su vida, a no haberla moderado su confesor, a quien obedecía en todo esto con grande rendimiento.

Para que el cuerpo no se fuese acostumbrando algo a una sola especie de tormento, y se le disminuyese de esta manera el dolor con la sensibilidad, variaba constantemente de azote; unas veces prefería la disciplina de cuerdecilla con canelones, por ser el golpe más doloroso y con menos ruido; otras, la misma disciplina con estrellitas de acero en la punta de los ramales; otras las de cadenilla de hierro con agudos garfios. Mas en todo caso y con cualquier instrumento que fuese, era la flagelación o mejor dicho la carnicería, tan sin piedad, tan larga y cruel, que horrorizaba oír los golpes que descargaba sobre sus espaldas; y ella misma con todo su fervor, con su anhelo de padecer, se estremecía de pies a cabeza con cada azote; el suelo quedaba hecho un charco de sangre, y las paredes del cuarto salpicadas de arriba abajo. (2)

Para disimular algún tanto sus rigores se vela obligada a lavar a menudo, las paredes y los ladrillos de su aposento. Como no podía hacer esto por sí sola, al principio se valió de sus sobrinas y de otras muchachas compañeras suyas que estaban en la casa, porque como eran todavía de corta edad, no comprendían lo que hacían. Calentaba ella misma el agua, y con unos estropajos lavaban el pavimento y lo que se podía de las paredes; teniendo cuidado de que el agua ensangrentada fuese vertida donde nadie la pudiese ver. Este hecho lo refieren en los Procesos tres testigos de vista, una sobrina suya en primer grado, llamada Andrea María de la Santísima Trinidad, religiosa carmelita; Catalina María, también carmelita y sobrina de Mariana en segundo grado, y la indígena Catalina

1) P. Morán de Butrón; lib. II, cap. 3, p. 113 —Procesos págs. 10 y 32.

2) Procesos, páginas 128, 212.

de Paredes, criada de Mariana de Jesús que frecuentemente se ocupaba en este oficio.

He aquí las palabras de Andrea María de la Santísima Trinidad: «De las disciplinas usaba entre día y noche todos los días cinco veces, las dos ordinarias y las tres extraordinarias, con tanto rigor y aspereza que derramaba mucha sangre con ellas; de suerte que le era necesario juntar a las niñas sus sobrinas, y especialmente a esta testigo procurando que fuesen de menos capacidad, para que no entendiesen lo que era, y las hacía limpiar y lavar con agua caliente los ladrillos y puestos donde había derramado su sangre, con unos estropajos grandes, porque de esta suerte se ocultase su penitencia y rigor.» (1)

Mas adelante, cuando las sobrinas eran ya adultas, empezó a valerse de algunas indias, criadas de la casa, ancianas y calladas, para el mismo ejercicio de lavar los ladrillos y paredes. Dios dispuso que una de ellas sobreviviese bastante tiempo a su ama, para que pudiera dar a conocer la verdad de todo lo acontecido en este particular.

Pero si era fácil lavar el pavimento de su cuarto, no así las paredes; aunque ella lo procuraba con todo esmero. Quiso Dios que quedasen manchadas con la sangre que había derramado; y las innumerables personas que después de muerte la sirva de Dios, entraron a visitar su cuarto, pudieron darse cuenta con sus propios ojos de sus asperezas que estaban allí patentes; sirviéndoles esto de ejemplo y confusión al cotejar la inocencia de Mariana y su penitencia, con la soca que ellas hacían a pesar de sus pecados.

Sangrientas y crueles eran a no dudar las disciplinas de cuerda con estrellitas de acero o de cadenillas con garfios de hierro; pero no eran menos horribles las que tomaba con ortigas.

Formaba un buen manojo con los tallos y hojas de esta planta, de que siempre estaba bien surtida para varias mortificaciones suyas; y a ejemplo de Santa Teresa de Jesús, descargaba sobre sus virginales miembros tantos y tales golpes que todo su cuerpo quedaba hecho una llaga de los pies a la cabeza; y dice su criada, la indígena Catalina, que cuando Mariana le mandaba enterrar las ortigas, o echarlas a la quebrada hallaba los manojos «deshechos, las hojas con solas las ramas y todo ensangrentadas.» (2) En el tiempo de Adviento y de Cuaresma aumentaba el número de sus disciplinas, así como las otras penitencias. Estas eran tres cada noche como se ve en el papel que escribió a uno de los directores de su alma, pidiéndole permiso para aumentar sus rigores. (3)

Además de estos tiempos, solemnizaba con aumento de disciplinas, las vísperas de los santos de su devoción, que eran muchos.

-
- 1) Procesos página 34.
 - 2) Procesos página 106
 - 3) Oración tenebre.

Pero cuando más cruelmente se martirizaba con la disciplina, era en los días de Semana Santa, en memoria y reverencia de la Pasión de Nuestro Señor, a quien quería seguir lo más de cerca posible, copiando al vivo los azotes que él recibió en la columna. En aquellos días no quedaba parte alguna en su cuerpo en la cual no descargara el azote; el Jueves Santo y el Viernes Santo se destrozaba tan sin piedad, que su cuerpo era una sola y profunda llaga de la cual manaban arroyos de sangre.

Nuestro Señor en aquellos días solía regalar a su sierva con un milagro evidente, con el cual mostraba que le agradaban sus penitencias, llenándola de inefable consuelo. Después de tomar la última disciplina a la una de la madrugada del Jueves Santo, sobre la carne viva y las heridas que habían causado las otras cuatro disciplinas del día anterior, quedaba repentinamente sana como si no hubiese practicado mortificación alguna. Con este prodigio se animaba a repetir la carnicería con mayor fervor después de corto descanso; el mismo milagro se renovaba el Viernes Santo por la mañana. Esto declaró bajo juramento una amiga íntima de Mariana, a quien ella misma se lo había contado en las expausiones de la mutua intimidad, para animarla y alentarla a la virtud. Estas son sus palabras: «El Jueves Santo tenía disciplina de sangre en las espaldas, que las abría y llagaba hasta derramar sangre; y al día siguiente, Viernes Santo, se hallaba como si no hubiese hecho penitencia y así volvía otra vez a hacer lo mismo... y todas estas penitencias las hacía con tanto secreto que nadie las llegaba a entender sino es quien fuese muy confidente de Mariana de Jesús como lo fué esta testigo y entendía que el haberle hecho este agasajo especial fué para animarle a la virtud...» (1)

No pareciéndole bastante lo que hacía por sí misma, y dudando de la energía de su voluntad y fuerza de su brazo, a imitación de Santa Catalina de Sena, quiso algunas veces tomar la disciplina por mano ajena. Se valió para este fin de su criada Catalina, que por una parte era muy sencilla y por otra no se atrevía a desobedecer en nada a su señora. He aquí como la misma Catalina lo relata en los Procesos: «Algunas veces, que no fueron muchas, por la repugnancia de esta testigo, le rogó con grandes instancias y persuasiones que la azotase, como lo hizo con lágrimas de sus ojos, y aunque a los primeros azotes se le acardenalaban las espaldas, y compadecida esta testigo quería desistir de la disciplina, le decía que no tuviese pena ni temor, pues no castigaba sus carnes, ni le había de doler a esta testigo y que lo hiciese por Dios y por el amor que a ella le tenía y por ser su ama; a que le respondía, que aun por eso lo rehusaba; y entonces le decía la dicha Mariana que con eso que la castigaba le ayudaba a ir al cielo, y que viéndola allá le querría y estimaría más; con que aunque violentada de sus

1) Procesos página 70.

ruegos proseguía con las disciplinas que duraban un rato hasta que la dicha Sierva de Dios le decía, basta; y esto era a prima noche y con la disciplina de canelones y hacía que la vela estuviese distante en un rincón.» (1)

Suplicio intolerable debían de ser para Mariana estas disciplinas, tan frecuentes, crueles, y continuadas sin interrupción alguna. Duraba cada una de ellas de un cuarto de hora a media hora; usaba las más de las veces la disciplina con estrellas de acero o con garfios de hierro, y se azotaba con tanta violencia, que se le oía casi en toda la casa; de suerte que quedaba el cuerpo con la piel rasgada y abierta con un gran número de heridas. En vez de curarse volvía a las pocas horas con la disciplina siguiente a azotar y abrir aquellas heridas enconadas ya, o que empezaban a cicatrizar-se, por donde las más de las veces descargaba los golpes sobre la carne viva, con el dolor que se puede imaginar, y de que difícilmente podrá hacer concepto el que no haya experimentado algo semejante.

Parece que aquel cuerpo así llagado y debilitado con la sangre que continuamente perdía, debía ulcerarse y despedir mal olor, lo mismo que la sangre coagulada, con que necesariamente estaban empapados sus vestidos. Mas fué todo lo contrario; jamás se notó ningún mal olor, ni en el aposento, ni en sus vestidos, ni en su persona; antes bien todo en ella exhalaba una suavísima fragancia. Causaba esto mucha admiración a sus hermanas y sobrinas, y a todas las personas de dentro y fuera de la casa que la trataban, porque sabían con toda certeza, que Mariana no usaba afeites, ni perfumes de ninguna clase; antes bien miraba todo esto con horror y como cosa que desdice mucho de la perfección cristiana.

Refiere a este propósito su criada Catalina «... Como quien asistió a la sierva de Dios, sabe que de su cuerpo y ropa salía olor y fragancia muy suaves; y cuando abría la puerta de su cuarto, sentía salir la misma fragancia; y esto mismo repararon y advirtieron su hermana D^a Jerónima de Paredes y sus sobrinas D^a Juana y D^a Sebastiana...» (2)

Su principal intención en estas penitencias, era asemejarse a Jesucristo crucificado y satisfacer por las culpas leves, que como frágil se le escapaban cada día; y en segundo lugar sufrir algo por el bien de sus prójimos. Como verdaderamente santa los amaba a todos en la forma que Dios manda; pero tenía un amor particular para Quito su ciudad natal; y cerca del fin de su vida le pasó un caso que merece referirse aquí.

Corría el año de 1643-0 1644; predicaba un domingo por la tarde en la iglesia de la Compañía el apostólico varón P. Gabriel de Arzola a los indígenas, en la lengua nativa de ellos, el quichua,

1) Procesos página 100.

2) P. Morán de Butrón lib. II, cap. 3, p. 117.—Procesos pág. 114.

cuando en el sermón el predicador se dejó decir: ¡Ay Quito, Quito y cómo temo que tus culpas te han de asolar y hundir!» Asistía al sermón un pobre mentecato muy conocido en Quito, y que era el entretenimiento de todos los muchachos de la ciudad. Cerca de las diez de la noche se le ocurrió salir por las calles, gritando sin que nadie le pudiese retener ni impedir «que a la media noche, Quito había de ser asolada hundiéndose por completo porque así se lo había dicho el Espíritu Santo» ¡Quién lo creyera! bastó la palabra de un loco para alborotar en un instante toda la ciudad; cundió con la rapidez del rayo la voz de que Quito iba a ser destruída; creyeron no pocos que el insensato era otro Jonás, y juzgaron ser aquella noche la última de sus vidas. Se aumentó el alboroto con otra voz que se esparció rápidamente de que a la media noche había de haber un violentísimo terremoto, lo que no parecía del todo improbable, puesto que el volcán Pichincha estaba por aquellos años en un período de bastante actividad y se sentían frecuentes temblores. Corría además la pavorosa noticia de que un pueblo cerca de Riobamba había sido tragado por la tierra, con sus numerosos habitantes sin que hubiese quedado rastro alguno ni se pudiese decir en qué sitio se hallaba edificada la población.

Unos, pues, salieron huyendo de la ciudad a despoblado, otros hacían sus preparativos para dormir en las plazas públicas; y todos trataron de arreglar sus conciencias y ponerse bien con Dios. Hubo por las calles procesiones de penitencia con asperísimas disciplinas; abriéronse las iglesias, se expuso el Santísimo Sacramento, se confesaron muchísimas personas, se hicieron gran número de restituciones, tanto de dinero, como de fama y buen nombre, injustamente arrebatados; hubo hasta confesiones públicas, y entre los colegiales de San Luis, uno de los testigos de aquellas escenas memorables, refiere que él con algunos otros comulgaron aquella noche en forma de viático: tan persuadidos estaban de su próximo fin. (1)

Una casualidad de la cual nadie en otras circunstancias hubie-
ra hecho caso, sembró mayor pánico en la ciudad alarmada, y fue el haber cundido la voz de que el reloj principal de la ciudad había dado dos veces las once y tres cuartos. Nadie, por supuesto, se puso a reflexionar si el caso era posible o no, pero todos en su turbación creyeron que como la hora de doce era el término final, Dios les había dado un cuarto de hora más de vida para mejor arreglar sus conciencias; no se oían por todas partes sino gritos, la-

1) «...En una conmoción general que hizo un insensato mendigo, publicando se acababa la ciudad de Quito...entre los colegiales que se levantaron a deshora de la noche se hallaba este testigo...comulgó en forma de viático por la certidumbre le parecía corría, temiendo la muerte; se sosegó el temor porque dicha venerable virgen se había puesto en oración a suplicar a su divina Majestad por su patria saliendo por fiadora de la pena que merecía la ciudad...»—Procesos, página 343.

mentos y voces; el alboroto y la confusión en toda la ciudad eran espantosos.

Los parientes de Mariana que participaban del común terror, fueron a su aposento con otras muchas personas, a rogarle que alcanzase de Dios se suspendiese el castigo que amagaba a la ciudad. Mariana recibió a todos con su acostumbrada benignidad, los consoló con sus palabras que infundían confianza, exhortándolos a que pidiesen perdón de sus pecados y pusiesen su esperanza en la divina misericordia; con que se fueron más aliviados en su pena. (1)

Habiéndose retirado sus parientes, Mariana entró en su cuartos y sin dar crédito alguno a la predicción del loco, ni al anuncio del terremoto, tomó muy a su cargo el rogar a Dios por su patria, ofreciéndose a la justicia divina como lo había hecho otras veces, y obligándose a recibir sobre sí el castigo que Dios quisiera descargar sobre la ciudad, pues ella sabía garante, aun con su vida. No pareciéndole que en asunto de tan grande trascendencia bastaban las palabras, empezó a tomar una sangrienta disciplina suplicando a Dios que perdonase las ofensas de su ciudad natal.

Los golpes que se daba hacían tanto estruendo, que buen número de personas los oyeron desde la calle; y Mariana estaba decidida a no cejar en su mortificación, hasta que Dios aplacase su divino enojo. Cesó, sin embargo, al poco tiempo, porque Dios le hizo conocer con luz clara y extraordinaria, que no había peligro ninguno para la ciudad; y que lo que había pretendido su divina Majestad con aquel alboroto, era conseguir que muchos pecadores se arrepintiesen, enmendasen sus vidas, reparando los daños que habían causado a sus prójimos, tanto en la hacienda como en la honra. Con este aviso del cielo, Mariana tranquilizó a toda su familia, diciéndoles que no temiesen ni saliesen de la casa, porque no había de acontecer nada de lo anunciado, y por medio de ellos sosegó asimismo a toda la ciudad. Si Dios no castigó a Quito en aquella ocasión parece que la causa fué porque aceptó en algo la oferta de Mariana, que había salido fiadora por la ciudad; porque desde aquel momento estuvo en cama por espacio de dos meses, con unos dolores en todo el cuerpo tan fuertes y continuos que no podía sosegar un solo punto. Durante su enfermedad se llegó a ella un día su sobrina Juana, y conociendo el tormento espantoso que sufría, le aconsejó que pidiese a Dios Nuestro Señor algún alivio, pues Dios nada rehusaba a sus oraciones, a lo que contestó Mariana: «¿Por qué he de rogar a Dios que me quite lo que yo mismo he pedido y su Majestad me ha concedido?»

¡Dichosa la ciudad de Quito por tener en el cielo a una Protectora que tanto sufrió por ella en este mundo!

(1) Procesos págs. 118, 308.

¿Qué no hará por ella ahora desde la gloria, si esta ciudad implora su favor con piedad y devoción y la honra con el culto que se debe a su grande santidad?

CAPITULO IV

Rigor espantoso en los cilicios de Mariana de Jesús

SUMARIO.—SUS CILICIOS, NÚMERO Y DESCRIPCIÓN.—CORONAS DE ESPINAS.—CADENA.—CRUZ PEQUEÑA.—CORDELES DE CERDAS.—PLANTILLAS CON GARBANZOS.—JUHÓN Y SAYA DE CERDAS.—USO DIARIO DE LOS CILICIOS.—EN LOS ADVIENTOS Y CUARESNAS.—EN LAS ENFERMEDADES.

Mariana, no pertenecía a aquella clase de personas que en todo buscan comodidades y regalo; ni creía estar en este mundo para halagar la carne, sino para mortificarla, tenerla sujeta a la razón y hacer que, como esclava, sirva el espíritu, sin permitirle que domine como señora.

Sin exageración se puede decir de Mariana, con el P. Morán de Butrón, escritor de su vida, que las llagas que abría en su cuerpo con las sangrientas disciplinas, las vendaba después con los cilicios que se ponía sobre la carne viva. [1]

Estos eran tan ásperos y crueles, que sólo el leer su descripción causa horror y espanto. No fué fácil averiguar en vida su número, porque tenía gran cuidado de ocultar los instrumentos con que afligía su cuerpo. Pero después de su muerte, siendo registrado su cuarto, pasaban de treinta, entre grandes y pequeños, los que se hallaron cuidadosamente guardados en una petaquita que tenía escondida debajo de la cama para este efecto.

Así como otras jóvenes tienen su sastre y modista para su lujo y vanidad, Mariana tenía contratado a un platero para que le hiciese los cilicios, los compusiese cuando se le dañaban, y aguzase las puntas cuando éstas por el uso continuo se embotaban algún tanto.

Unos eran de asperísima cerda, a modo de faja ancha de cinco a seis dedos y más; otros de alambre grueso con formidables puntas; otros de eslabones de hierro; los había de cadenilla de acero anchos de cuatro dedos con puntas retorcidas para adentro o armados con estrellas de acero; y finalmente de rallo y de cardas muy menudas y penetrantes. (2)

Ansiando siempre, que todos sus miembros dieran gloria a Dios, los sentenció cada cual a su propio martirio y especial suplicio, con excepción de la cara, garganta y manos, para que nadie echase de ver sus austeridades.

1) P. Morán de Butrón, lib II, cap. 4, pág. 118.

2) Procesos, página 32.

Para la cabeza tenía dos coronas, una de cardas y otra de hierro, entrembas en forma de capacete con agudas puntas de acero encorvadas hacia la parte de adentro. Para que estas penetrasen con más facilidad se rapaba casi a navaja, dejando sólo un mechón de pelo sobre la frente para disimulo y para una mortificación de que se dirá más adelante. No todos los días se ponía estas coronas; pero si con gran frecuencia e indefectiblemente los viernes de cada semana. Las apretaba fuertemente sobre las sienes, frente y cabeza; de manera que las puntas y espinas la penetraban por todas partes. A menudo guardaba puesta la corona el día entero, disimulándola con un pañuelo o cinta negra, que se amarraba sobre la frente hundiendo con esto más profundamente las espinas. Sólo Dios conocía el martirio de su sierva, al hablar, reír o hacer cualquier otro movimiento natural teniendo la cabeza adornada con la terrible corona. Algunas veces no contenta con ese suplicio solía mandar a su criada Catalina que le apretase fuertemente con las manos la cabeza, precisamente en el punto en el cual sentía mayor dolor. Obedecía Catalina sin saber lo que hacía; y solía ser el sufrimiento tan agudo, que Mariana a pesar de su deseo de padecer, prorrumpla sin poderlo evitar en ayes lastimeros, y le mandaba cesar. Numerosas personas pudieron reparar, aunque sin saber cuál era la causa, que de su frente manaba sangre muy a menudo, y que la tenía marcada con las señales de las espinas.

Convidó un viernes para que la acompañasen a comulgar a dos parientes suyas, Ana Ruiz de Alvarado y su madre Da. María Flores de Paredes, que después contaron el caso que habían presenciado. Fueron de mañana a la casa de Mariana que salió muy gozosa por tener compañeras para la sagrada Mesa; traía, como de costumbre la cabeza amarrada con un pañuelo para ocultar la corona de espinas que tenía puesta. Y fuese por la prisa o por el gozo que tenía, no reparó en las gotas de sangre que se le deslizaban por la frente. Pronto lo notaron sus compañeras; mas ninguna se atrevió a decirle una palabra, porque comprendían debía de ser alguna extraña mortificación, hasta que cayó una de esas gotas sobre la mano de Mariana. Quiso disimularlo, pero a tiempo y con presteza le preguntó Da. María Flores «¿Qué es esto Mariana? No es nada, respondió — aguardadme un poco»; y avergonzada volvió a casa, mudó el vendaje que tenía, se limpió la frente y cara y volvió a salir con gran serenidad de rostro, y sin querer hablar una sola palabra sobre el particular. Fué tan constante en esta mortificación que en la última enfermedad le vieron la cabeza toda llagada y lastimada, y después de muerta encontraron las coronas ensangrentadas. (1)

Para el pecho y espalda mandó hacer una cadena de hierro claveteada de puntas numerosas y agudas. Se la ponía al cuello, la cruzaba después sobre el pecho a manera de estola, y remataba dando cuatro vueltas al rededor de la cintura.

1) Procesos págs. 87 y 89.

Asimismo para el pecho tenía una cruz como de una cuarta, toda claveteada de agudas puntas de acero, la que se colgaba del cuello. (1)

En cada brazo se ponía dos cilicios de alambre grueso y tan anchos que se lo cubrían casi todo; éstos alternaban en su uso con fajas de cardas muy penetrantes.

Además de los cilicios, se daba tormento atándose los brazos con unos cordeles de crines delgados, llenos de nudos, con tanta violencia que al desatarlos permanecía por largo tiempo visible una señal profunda y amoratada. Con la misma especie de cordeles se ligaba la cintura y las piernas; para las cuales tenía asimismo cilicios de alambre o de cardas en un todo parecidos a los que se ponía en los brazos. Para que nadie pudiese descubrir esa carga de cilicios, usaba camisas que se cerraban perfectamente en el cuello y mangas, con lo cual todo quedaba oculto. (2)

Más con tanto aparato de cilicios quedaban sin su tormento propio los pies, y no podía tolerar su fervor que no sufriesen algo en honor de las llagas del divino Redentor. Inventó hacer dos plantillas delgadas de cera, y engastando en ellas muchos garbanzos duros y secos, las metía dentro del calzado y recorría así, el único trayecto que solía andar, que era de su casa a la iglesia de la Compañía, y de ésta a su casa; los lunes, miércoles y viernes de cada semana. Sólo el calor de las plantillas de cera con el fastidio que le causarían, era bastante para tener su cuerpo desasosegado; ¿qué sería el andar sobre duros garbanzos? Con su espíritu valeroso, disimulaba muy bien este dolor, aunque su paso era lento y poco firme. Andaba lo mismo en el piso de la Iglesia que por las calles, y nadie pudo jamás adivinar su martirio.

No satisfecha aún Mariana con dar a cada miembro su especial tormento, dispuso uno para todo el cuerpo. Para este fin mandó hacer a su platero, una especie de jubón o blusa de gruesas cerdas en forma de camiseta. Esta blusa, según refiere uno de los confesores que la vió, le llegaba desde el cuello hasta la cintura, con mangas hasta la mitad de los brazos y muy bien ajustada por todos lados. Toda ella estaba sembrada de puntas de acero muy menudas y muy espesas. Era tan áspera y espantosa a la sola vista, que el confesor refiere que instintivamente sintió un grande estremecimiento en todo el cuerpo, con solo imaginar el suplicio que causaría a la penitente virgen. (3)

Para lo restante del cuerpo tenía una saya de la misma materia, y con el mismo orden de puntas agudas de acero. No es fácil figurarse cuál sería su tormento al andar, al sentarse, al variar de postura o al hacer cualquier movimiento, siempre que saliese ataviada con este traje de gala, más precioso sin duda a los ojos de

1) Procesos página 152.

2) Procesos págs. 69, 173.

3) Procesos página 353.

Dios que todo el oro y seilas del mundo. Se ponía el jubón o blusa todos los viernes del año y las vísperas de los santos de su devoción; la saya se la vestía casi de continuo. Estas fueron las invenciones de que la penitente Mariana hizo uso con odio santo contra sí misma para sujetar la carne al espíritu.

Para que se pudiese recordar siempre ese dechado sublime de penitencia, y no sólo se conociesen los instrumentos, pero también se supiese el uso frecuente que hacía de ellos, dispuso Dios Nuestro Señor que además de los confesores de Mariana, le sobreviviese también su fidelísima criada la india Catalina, de quien se valía para que le pasase los cilicios que se había de poner, y quien recibía lo que se quitaba para limpiarlos y guardarlos.

Sabía perfectamente Mariana que su criada le había de guardar el más absoluto secreto, y se valía de ella para todo lo concerniente a sus mortificaciones con la misma libertad que si hubiese estado sola. Catalina en efecto, nunca reveló ni la más mínima cosa de lo que su ama le prohibía decir, mientras a ésta le duró la vida; pero muerta Mariana, cuando se iniciaron los *Procesos Informativos*, declaró cuanto sabía en su lengua propia el *quichua*, traduciendo todo al castellano el intérprete legal y autorizado que tenía la Real Audiencia, llamado Juan de Morales.

En esta declaración se encuentran datos muy íntimos y preciosos al par que de una autenticidad incontestable sobre la vida de Mariana; ya que Catalina no cuenta sino lo que veía y oía, y lo que estaba al alcance de su entendimiento. Tratando, pues, en su declaración de los cilicios de Mariana, se expresa en estos términos: «... Y también vió que Mariana tenía muchos cilicios en una petaquilla debajo de su cama; y unos eran de cerdas y otros de cardas, otros de alumbre retorcido y uno de fierro a modo de cadena con garfios; un saco como camiseta de cerdas, todo sembrado de puntas de fierro, y una sogá de lo mismo y con las mismas puntas, y de los dos cilicios usaba todos los días; de unos, unos días; de otros, otros, conforme la devoción que tenía en ellos; pero los que de continuo traía eran nueve, dos en cada brazo, uno en los molledos y otros por debajo de la sangradera, y lo mismo en las piernas; unos en los muslos otros en las pantorrillas, y otros en la cintura, que unas veces eran de cerdas torcidas anudadas, y otras de cardas; y los viernes se ponía la cadena y las vísperas y los días festivos de los santos de su devoción, desde el cuello a modo de estola, y remataba en la cintura con cuatro vueltas; y otras veces se ponía de la misma suerte, cilicios de alumbre y otras el saco y la saya referidos. Y esto lo sabe esta testigo así por haberlo visto, como porque cuando se quitaba los dichos cilicios y se los mandaba guardar, unos días guardaba unos y otros días otros, conforme se los quitaba del cuerpo y éstos los sacaba ensangrentados... II [1]

1) Procesos página 100.

Con lo citado bien se ve el fervor de Mariana, y si sus confesores no le hubiesen moderado un poco, se hubiera puesto todos estos cilicios cada día, porque no tenía límites su anhelo en mortificarse. Había encargado a su platero que le hiciera cinco cilicios de cadenas, y después de usarlos algún tiempo los quiso ver uno de sus confesores. Eran tan anchos que cortándolos por la mitad hizo éste otros cinco de regular tamaño que guardó para sí, dando los demás a Mariana, que le obedeció con todo rendimiento y sujeción, porque en nada quería seguir su propia voluntad.

Todos los días sin excepción traía puestos varios cilicios, a lo menos seis; por muchos años no se quitó jamás el de cadenilla de alambre con puntas, que llevaba puesta en la cintura; y para que con la costumbre de unos mismos cilicios no fuese menor el dolor que le causaban, los iba mudando entre sí con mucha frecuencia. (1)

En el Adviento añadía a sus ordinarias penitencias otras nuevas y más terribles, tanto en la aspereza como en la duración. Así lo afirman todos sus confesores, en particular el P. Camacho y el P. Alonso de Rojas en el sermón que predicó en sus honras. (2)

Pero cuando poi decirlo así echaba el texto, era en la Semana Santa; durante toda ella iba cargada de cilicios de los pies a la cabeza; no podía tolerar ni por un instante el pensamiento de no sufrir cuanto pudiese por Jesucristo, en aquellos días en que El había querido sufrir tanto por nuestro amor; no tener nada que padecer hubiera sido para ella un martirio al que su amor no podía resignarse. (3)

Nada era capaz de hacerla aflojar en sus mortificaciones ni de saciar el deseo que tenía de sufrir. Otra persona cualquiera hubiera moderado esos cilicios en la enfermedad, no así Mariana; ni las dolencias habituales, ni las que a menudo le asaltaban, ni siquiera la última enfermedad, más penosa que todas, pudo hacer que dejara sus cilicios.

En los últimos días de su vida fué a visitarla una amiga suya muy familiar de la casa llamada María Arias. Acercóse a Mariana que estaba recostada en el borde de su cama, grandemente inquieta y desasosegada por la calentura terrible que la minaba. Como quien busca algún alivio, se reclinó sobre el pecho de su amiga, y la rogó que le diese algunos golpes sobre la espalda y los hombros, pareciendo significar que le sería de algún alivio por estar aquellas partes adormecidas. Hizolo así por un buen rato María Arias pensando que le proporcionaba algún descanso; y no hizo sino hincarle más profundamente en las carnes, las puntas del cilicio que tenía puesto; lo que Mariana había pretendido con su petición.

1) P. Morán de Butrón, Lib. II. cap. 4, pág. 122. Procesos pág. 299.

2) Procesos página 69.

3) Oración fúnebre P. Rojas. Procesos XV.



Esto vino a saberse pocos días después cuando hubo que curarle, estando la misma María Arias presente. Para efectuarlo tuvieron que quitarle el cilicio de cerdas que tenía puesto, todo ensangrentado y clavadas las puntas muy adentro en las carnes; doliéndose la buena María de que sin pensarlo ni quererlo, había sido el verdugo de su penitente amiga. (1)

Causa verdadero estremecimiento el imaginar sólo por un instante, cómo Mariana estando ya en las agonías de la muerte, podría descansar con todo el peso de su cuerpo sobre unos cilicios que le penetraban hasta los huesos.

CAPITULO V

De algunas otras mortificaciones de Mariana de Jesús

SUMARIO: ESTACIONES CON LA CRUZ A CUESTAS.—EN LA SEMANA SANTA—SE CRUCIFICA—CINCO LLAGAS.—HIEL Y VINAGRE.

Emprendió Mariana muy de veras el copiar en sí con la mayor fidelidad posible la imagen de Jesús paciente y doloroso; y para lograrlo se propuso traer continuamente a la memoria la sagrada pasión de Cristo Nuestro Señor, como un espejo en el cual su alma pudiese mirarse a sí misma. Se representaba muy a lo vivo a Cristo crucificado, escuchaba atentamente sus divinas enseñanzas, y se esforzaba en imprimir tanto en su alma como en su cuerpo, los dolores, las llagas, las penas y aflicciones del Original divino; imitarle en su cruz era su único anhelo, su constante deseo, y fue también el carácter propio de su santidad.

Ya desde muy niña tuvo la devoción de rezar a menudo treinta veces el *Credo*, los brazos en cruz; práctica que guardó toda su vida y aconsejaba a sus amigas. (2) Otra devoción suya era recorrer las estaciones del Vía Crucis con la cruz a cuestras. De cuatro cruces que tenía, cada cual para especial mortificación, tomaba para este ejercicio la más grande de todas, que era de unos quince pies de largo, de manera muy tosca y tan pesada que un hombre de buenas fuerzas no hiciera poco en llevarla.

En los corredores del piso alto de la casa tenía señaladas siete estaciones, las otras siete en el piso bajo. Salía de su habitación con la corona de espinas en la cabeza, la cruz sobre los hombros, a hora avanzada de la noche cuando todos los de la casa se habían recogido a descansar. Representábase el camino que Jesucristo, cargado con su cruz, había recorrido hasta llegar al Calvario;

1) Procesos página 153.

2) Procesos, pág. 87.

seguía sus huellas figurándose que Él iba delante; en cada estación contemplaba uno de los misterios que los fieles suelen meditar al hacer el *Via Crucis*. Rendíase muy pronto el cuerpo con el peso de la cruz, pero su denodado espíritu no se acobardaba jamás; caía con cualquier obstáculo o tropiezo, pero se levantaba más animosa para ir en pos de Jesús; ni la oscuridad de la noche, ni las inclemencias del tiempo, pudieron nunca amedrentarla, ni hacerla desistir de su santo empeño. Al meditar los pasos de la pasión se derretía su alma toda en amor de su Dios crucificado, y empleaba sus potencias sólo en sentir los dolores y tormentos de Jesús. Tenía señalados para este ejercicio los lunes, miércoles, viernes y sábados de cada semana; y solía dar hasta siete veces la vuelta a sus estaciones, siempre con la pesada cruz a cuestas. (1)

Cuando quedaba sola en la casa por la ausencia de sus hermanos practicaba de día también su *Via Crucis*, en la misma forma y manera que solía hacerlo de noche. Una tarde entró la criada de Da. Juana de Peralta, amiga de Mariana, con un recado de su señora en el momento en que Mariana se ocupaba en esta devoción; y la vió andar por los corredores con la pesada cruz sobre sus hombros, la corona de espinas sobre la cabeza y haciendo las pausas acostumbradas; tan embebecida en su oración, que ni siquiera advirtió en quien había entrado y que la miraba, hasta que satisfecha devoción volvió al retiro de su cuarto.

Mas el peso solo de la cruz parecía poco trabajo a Mariana. En días de mayor fervor para aumentar el tormento, unas veces recorría las estaciones de rodillas, cayendo y levantando con la larga cruz que tropezaba por todas partes, sin hartarse de padecer y sufrir. Otras dejando por un momento la cruz en el suelo tomaba una recia disciplina en cada una de las estaciones quedando aquel sitio manchado con su sangre; en otras ocasiones se ataba a las rodillas unos lienzos con garbajos muy duros, y andando sobre ellos de esta manera recorría sus estaciones siempre cargada con su cruz. Otras veces se contentaba con ir las rodillas desnudas sobre los ladrillos del corredor, empapándolos con su sangre, de modo que al día siguiente todos podían conocer por donde había pasado Mariana; pero ella no dejaba ni un momento su cruz, ni suspendía su piadoso itinerario por la sangre que manaba, hasta que muy a su sabor había contemplado los dolores del divino Redentor y los había copado a lo vivo. Estas cosas se llegaron a saber porque las personas de la casa, al ver esas manchas de sangre en los corredores, pronto lo atribuyeron a la penitentísima Mariana; y estimuladas por la curiosidad, se pusieron a acecharla sin que ella lo advirtiese hasta que pudieron cerciorarse con toda exactitud de cuanto practicaba. (2)

1) Procesos págs. 32 y 174.

2) Procesos págs. 190 y 63.

Siendo tan grande su amor a Jesucristo Crucificado, todas estas invenciones para sufrir eran duplicadas en tiempo de Semana Santa; toda su ambición era reproducir a lo vivo la Imagen de Jesús, recorriendo cargado con su cruz la calle de la Amargura. El Miércoles Santo se hincaba la corona de espinas con tanta violencia, que era mucha la sangre que vertía, llevaba todo su cuerpo ceñido de cilicios, sin que pudiese caber uno más; el Jueves Santo añadía a todo esto una sangrienta disciplina correspondiendo a cada estación de su Vía Crucis, sin determinado número de golpes.

En suma buscaba toda clase de invenciones, no desechaba idea alguna de mortificación, que le ayudase a mejorar la copia que se proponía sacar en sí misma de Cristo crucificado; porque como Dios la tenía predestinada para una santidad especial, era menester que fuese conforme de una manera más perfecta y acabada a Cristo Crucificado divino Modelo de los predeterminados.

El asunto ordinario de sus meditaciones era el misterio de la Cruz, en el cual profundizaba cada día con mayores conocimientos; la cruz era el libro que leía de continuo; y en él no encontraba otra palabra sino el amor inmenso que Dios ha tenido al hombre, pues tanto ha querido sufrir por él; ese amor la urgía fuertemente a que se mostrase generosa y agradecida a tantos favores.

Como anhelaba con grandes ansias, hacer de su alma y de su cuerpo una viva imagen de Jesucristo en todos sus tormentos; reflexionaba a menudo sobre la manera cómo podría imitarle en la crucifixión. Copiaba en sí misma los azotes de Jesús las espinas, los cordeles y todo lo demás; le faltaba crucificarse por Él en cuanto al cuerpo, porque en cuanto al alma ya lo había hecho desde la niñez, renunciando absoluta y completamente a todo lo que pudiera halagarla en este mundo.

Hizo fabricar para este objeto una cruz proporcionada a su cuerpo y estatura; hizo poner en las cuatro extremidades fuertes cordeles de crines y cerdas, en forma de argollas, menos en la cabeza de la cruz donde los cabos estaban sueltos. La cruz estaba bien asegurada en un hueco de la pared de su cuarto y en el suelo; en ella se crucificaba todos los viernes del año cuando no se lo impedía alguna gravísima enfermedad. La dolorosísima e inaudita operación se verificaba de esta manera: (1) A las diez de la noche mandaba Mariana a Catalina su criada, que al pie de la cruz pusiese una pequeña caja de costura que tenía, y la enviaba a dormir. En seguida se ponía la corona de hierro con puntas de acero, de que siempre hacía uso al crucificarse y la hundía muy fuertemente en la cabeza. Llegábase así ataviada a la cruz con gran reverencia, y postrada en tierra la adoraba con profundo respeto; volviéndole luego la espalda, subía sobre la cajita de costura que le venía a servir de taburete para alcanzar con su cabeza la punta de

1) P. Morán de Butrón, Lib. II, cap. IV, pág. 128.

la cruz; se ataba fuertemente con los ramales sueltos el mechón de pelo que para este fin y para disimular la corona de espinas dejaba crecer sobre su frente. Sujeta la cabeza, pasaba a atar el brazo izquierdo al correspondiente de la cruz, haciendo en seguida lo mismo con el brazo derecho. Terminado esto introducía ambos pies en la argolla algo mayor que se encontraba al pie de la cruz; y empujando un poco la cajita que le servía de sostén quedaba colgada en el aire, sustentando el peso del cuerpo por las argollas de cerdas de pies y manos y por la trensa de pelo de la cabeza. En esta posición empezaba a meditar la pasión de Nuestro Señor, trayendo a su consideración el amor inmenso que le había tenido clavado por más de tres horas, y que le hubiera tenido hasta el fin del mundo, si hubiese sido útil o conveniente para nuestra salvación. Permanecía así crucificada por horas enteras, nunca menos de dos, desde las diez hasta las doce, siempre que alguna enfermedad gravísima no la obligase a acortar ese tiempo.

En esta penosa actitud estaba zollozando sin cesar, no ciertamente por los crueles dolores que experimentaba en todos sus miembros, porque ansiaba sufrílos mucho mayores, sino por el recuerdo de los sufrimientos de Cristo Nuestro Señor. Lloraba también por los pecados de los hombres; porque si sufría por imitar a Jesús en sus dolores corporales, le imitaba del mismo modo en el motivo de sus penas y tristezas.

En el adviento y cuarentena añadía tres días más de crucifixión, el lunes y miércoles en honor de Nuestro Señor Jesucristo; los sábados en honor de María Santísima y en memoria de los dolores que Ella padeció al pie de la cruz de su Hijo divino. He aquí en qué término refiere este cruel suplicio su fiel criada, testigo ocular de lo que cuenta: «... Los viernes en la noche se crucificaba la sierva de Dios en una cruz de madera grande que tenía en su aposento, la cual tenía en los brazos dos argollas de sogas de cerda ásperas y otra que pendía de la cabeza de la cruz, y a los pies tenía otra soga de la misma calidad que las de los brazos en que se ponía en cruz metiendo brazos y pies en dichas argollas, y se amarraba del cabello de la soga que pendía de la cabeza... y las dichas sogas en forma de pies y manos estaban ensangrentadas; y vió las muñecas de los brazos de Mariana de Jesús ceñidas y lastimadas y juntamente los encajes de los pies, porque por los dolores que padecía de las piernas se las hacía refregar y entonces reparaba en lo dicho. No sabe esta testigo como se ponía la sierva de Dios en esta mortificación ni quien le ayudaba, sólo sabe que al pie de dicha cruz le hacía dejar una cajuelita de costura que tenía y por la mañana que entraba esta testigo a componer el aposento de Mariana de Jesús hallaba la cajuela apartada, de donde colegía y colige la apartaba con los pies y quedaba suspensa de brazos, pies y cabeza y juntamente se ponía en tales condiciones una corona de espinas

en la cabeza, que la hallaba entre los cilicios que se quitaba, toda ensangrentada. . . . (1)

No se sabe a punto fijo cómo podía bajar de su cruz; pues agarrados y yertos por el frío y dolor los pies y manos, le debía de ser en extremo difícil manejarlos para poner fin a su tormento.

Sea de esto lo que fuere, lo que se sabe de cierto es que ese suplicio era tan cruel e intolerable, que según asegura Catalina, quien pudo verlo muchas veces, le quedaban por largo tiempo profundas señales en las manos y los pies; la cabeza estaba toda llagada, la corona de espinas ensangrentada, lo mismo que las argollas de las cuales había estado pendiente.

Tan sin piedad era la atadura del mechón de pelo con la soga de cerdas, que en el piadoso inventario que la familia hizo de sus cilicios, después de su muerte, encontraron muchos de sus cabellos enmarañados y enredados con las cerdas de los ramales, que se hallaban en la cabeza de la cruz, arrancados por el peso del cuerpo.

Estos cabellos los recogió una sobrina suya, Ana Ruiz de Alvarado, y los conservó siempre como una reliquia muy preciosa. (2) Encontróse también en aquella ocasión colgada de un brazo de la cruz una disciplina empapada en sangre, y la corona de espinas asimismo ensangrentada.

El amor que la impulsó a crucificarse por imitar a Jesús la animaba del mismo modo a copiar en sí las otras maneras de sufrir del divino Redentor. Para recordar las cinco llagas se ponía en los zapatos todos los viernes y aún otros días de la semana, cinco garbanzos sobre los cuales andaba todo el día en su casa, y también cuando salía a alguna visita que exigiera la necesidad o caridad; y esto sin dejar la otra mortificación ordinaria de ir a la iglesia con plantillas de cera sembradas de garbanzos. (3)

Uno de los pasos de la Pasión que más le enternecía era el meditar, cómo los soldados habían negado en la hora de la muerte a Nuestro Señor Jesucristo, unas gotas de agua, dándole a beber hiel y vinagre. Sentía en extremo esta crueldad para con Nuestro Señor; y a fin de desgravarle y hacerle compañía, todos los viernes del año, cuando tenía sed, bebía hiel y vinagre. Para que no le faltase licor tan apetecido, tenía en una alacena un vaso con una buena ración de esta bebida. Estando para morir Mariana, la fué a visitar su tía D^a María de Paredes, y llegándose a la alacena vió en una redoma un líquido verdusco. Pensó que era algún

1) Procesos, págs. 101, 32, 69, 255, 305.

2) El 14 de noviembre de 1747 el P. José Mariano Saldaña aseguraba en los Procesos «que sabía por haberla percibido con sus sentidos la fragancia y buen olor que despiden la soga con que la sierva de Dios se colgaba de los cabellos» Procesos apócrifos fol. 405.

3) Procesos, páginas 69, y 226.

remedio; más al probarlo halló ser hiel y vinagre. No fiándose de su paladar lo dió a gustar a otras personas allí presentes, y todas conocieron manifestamente no ser otra cosa que una mezcla de hiel y vinagre ya corrompida.

Se pusieron a averiguar en seguida para qué lo tenía, y se supo con toda certeza por varios testigos, que todos los viernes tomaba de esta bebida en memoria de la que dieron a nuestro Divino Redentor; y los viernes, dice uno de ellos, usaba beber, teniendo sed, hiel y vinagre. (1)

Estos eran los fervores de esta virgen tierna y delicada, estas sus ansias y deseos de transformarse enteramente en Jesús crucificado. No hufa de los sufrimientos, ni llevaba con impaciencia los trabajos de esta vida, antes bien con gozo y grande alegría; y los buscaba con todo el afán de su corazón, ingeniándose en hallar cada día los más terribles y desusados. Esto hacía por haber comprendido el grande bien que hay en sufrir por Dios, porque los trabajos llevados con paciencia son la señal más cierta que una alma puede tener en esta vida del amor que Dios le tiene, y de su predestinación eterna.

CAPITULO VI

Dios muestra su agrado con prodigios en las mortificaciones de Mariana

SUMARIO — SINGULARES SUCESOS A QUE DIERON LUGAR LAS FRECUENTES SANGRÍAS DE MARIANA DE JESÚS. — DESEOS DE DERRAMAR SU SANGRE POR DIOS. — NÚMERO DE SANGRÍAS. — DIOS MUESTRA SU AGRADO CON PRODIGIOS. — SANGRE FRESCA Y OLOROSA — SALE AGUA Y SANGRE DE LA VENA DE MARIANA. — CICATRIZ EN FORMA DE CLAVO. — NACE UN RAMO DE AZUCENA DE SU SANGRE. — OTRAS FLORES EN AQUEL JARDÍN.

No considerara Mariana completa y perfecta su semejanza con el Divino Modelo crucificado, si de algún modo no consiguiera derramar su sangre por El. Atestigua uno de sus confesores que era vehementísimo el deseo, y extremadas las ansias que sentía de encontrar alguna traza, para poderlo hacer sin pasar los límites de la prudencia y de la virtud; no le podía bastar la mucha que derramaba con sus disciplinas y cilicios.

Encontró la excusa que pretendía en sus ordinarios achaques y dolencias, que más o menos gravemente siempre la aquejaban; de ellas resolvió aprovecharse para cumplir su deseo; haciendo se le aplicara la medicina que entonces estaba tan en boga, la sangría.

1) *Procesos*, páginas 86 y 226.

Con este artificio, lograba derramar su sangre casi continuamente; por espacio de algunos años que fueron los últimos de su vida se sangraba por costumbre cada semana. Pero lo que, parece increíble en una persona que casi no se alimentaba, es que, sin matarla, en un solo año la hayan sangrado ciento setenta veces; como lo refiere uno de sus directores espirituales que lo sabía perfectamente bien.

Había dos días en el año en que procuraba a todo trance una sangría: la Circuncisión del Señor y el Viernes Santo. (1) No se puede decir cuales eran sus afectos, cuando lograba su deseo; recordaba con grande devoción al Verbo encarnado vertiendo su sangre en la Circuncisión, o le contemplaba clavado en la cruz borrando con ella los pecados del mundo, y le ofrecía gustosísima toda la sangre de sus venas.

En uno de estos días el barbero que la sangraba, quiso vendar pronto la herida, pareciéndole que había derramado demasiada sangre; mas ella arrebatada de amor le contestó: «Dejadla salir que más derramó mi Criador por mí, y no será mucho que siendo yo tan pecadora, derrame algunas gotas por El.» (2) Un Viernes Santo se encendió en vivos deseos de verter su sangre por Cristo, pero no tenía ninguna humana esperanza de poder efectuarlo, porque el médico no la había de venir a visitar. No se desalentó por eso, se puso en fervorosa oración, pidiendo esta gracia a Dios, y contra todo lo que se podía prever y pensar, vino el médico y la mandó sangrar. Contentísima Mariana al saber la receta exclamó: «Gracias a Dios que me concede derramar sangre en este día.» Esta devoción suya la aconsejaba a otras personas, que relieren de sí mismas, que vencidas por sus ruegos, algunas veces la imitaron.

Quizá no faltará quien repruebe y vitupere estos fervores de Mariana, los tache de indiscreción y aún de pecado por atentar con ellos, contra la propia vida; pero a los que tuviesen estos escrúpulos, se les puede asegurar que no desagradaron a Nuestro Señor; pues quiso mostrar su beneplácito y aprobación con prodigios manifiestos y plenamente comprobados.

Tenía mandado Mariana a Catalina, que la sangre de las frecuentes sangrías, no la echase en cualquier parte del jardín donde la pudiesen ver, sino que la enterrase en un hoyo pequeño que para este fin había hecho abrir. Obedecía la criada con puntualidad y vertía toda la sangre en el hoyo, tapándolo con una piedra para poderlo abrir más fácilmente en la próxima ocasión. Después de

1) «... También sabe esta testigo que los días de la circuncisión del Señor se sangraba Mariana de Jesús diciendo que quería tener buen año derramando su sangre en semejante día, en reverencia de la que derramó Nuestro Señor, y a esta testigo le persuadía que hiciese lo mismo. La imitaba algunas veces; y los viernes santos hacía lo mismo Mariana de Jesús por el mismo respeto.» Procesos, pág. 173.

2) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 6, pág. 133.

haber repetido esto muchas veces y echado mucha sangre en la poza, con una curiosidad inspirada sin duda por Dios, que pretendía glorificar a su sierva, quiso ver en qué estado se encontraba aquella sangre. Revolvió todo lo contenido en el hoyo con una varilla por largo tiempo y en todos sentidos, y pudo conocer que tanto la de arriba como la de abajo estaba enteramente fresca, sin la menor señal de corrupción, antes bien exhalando de sí un olor muy agradable y muy suave. Asombrada con la novedad, calló por completo Catalina, sin atreverse a decir una sola palabra a nadie; pero repetía, siempre que echaba nueva sangre, la operación de revolver la que allí estaba depositada, y la encontraba toda fresca y muy olorosa. No pudo guardar por más tiempo el secreto, y para que le explicasen esta novedad, fué a contar lo que acontecía a su ama Mariana de Jesús. Esta oyó el relato sin hacerle mucho caso, pero viendo que la criada insistía siempre en lo mismo, le ordenó que no dijese nada y añadió: «Bendito sea Dios que la sangre de la pecadora Mariana está sin corromperse» humillándose mucho delante de Dios Nuestro Señor, y confirmandose en que le agradaba la oferta que le hacía de su sangre. En esta forma juró Catalina la verdad del hecho en los Procesos «... Cada semana de las del año se daba una sangría así por los achaques que padecía como por los deseos que tenía de derramar su sangre por la fe y amor de Nuestro Señor; sábelo esta testigo porque como estaba en su compañía y servicio sabía padecer de ello, y porque cuando el barbero quería atajar la sangre decía la sierva de Dios que la dejase salir que más había derramado su Criador por ella, que no era mucho siendo pecadora derramase su sangre por su amor; y por esto entendió siempre esta testigo lo que lleva dicho; y en especial los Viernes santos y días de la Circuncisión del Señor, en que Nuestro Señor derramó su Sangre, que con particular cuidado se hacía sangrar en ellos, diciendo que pues Jesús la había derramado en ellos por nuestro amor, en agradecimiento la quería derramar ella esos días; y por orden que le tenía dada Mariana de Jesús, la enterraba en el huerto de su casa en un hoyo que tenía hecho de propósito, y hacía reparo todas las veces que lo abría, que lo tenía tapado con una piedra, que no había corrupción alguna con haber mucho tiempo que estaba enterrada, estando una sangre sobre otra; y esta testigo de curiosidad la revolvía algunas veces, sacando la de debajo encima y la hallaba fresca como si la acabaran de sacar del cuerpo y con un olor suave; y diciéndoselo a Mariana de Jesús decía «bendito sea Dios que la sangre de la pecadora Mariana está sin corromperse» humillándose mucho delante de Dios Nuestro Señor.» (1)

El señor doctor don José Ramírez Dávila, canónigo magistral de la Santa Iglesia de Quito, y Juez delegado del Ilmo. señor Obis-

1) Procesos, págs. 163, 104.

po D. Alonso de la Peña y Montenegro, para que en su presencia se hicieran las informaciones canónicas sobre la vida y milagros de Mariana de Jesús, refiere que en una ocasión en que Mariana estaba enferma entró a visitarla D^a María de la Rúa, en el momento en que acababan de sangrarla. Por la mucha estimación y aprecio que esta señora tenía de la virtud de Mariana, tomó con no menos ansia que disimulo, la taza en que había caído la sangre, y sacando un pañuelo blanco y limpio, lo empapó completamente en ella, pensando guardarlo por reliquia, y en seguida lo puso en el bolsillo de modo que nadie supiese lo que había hecho. Con esto se fué muy satisfecha y gozosa a su casa. Allí quiso depositar su tesoro en lugar seguro; pero con indecible asombro suyo vió que el pañuelo estaba tan blanco, tan limpio y sin mancha alguna de sangre, como si no hubiera sido teñido en la de Mariana de Jesús. Quedó la buena mujer grandemente admirada por el suceso, y creció muchísimo con este prodigio su veneración por la santidad de Mariana. (1)

Sucedió también otro hecho extraordinario y notorio, jurado por doce testigos en los Procesos y muy conocidos en la ciudad de Quito. Era médico de la familia de Mariana un hombre muy inteligente, verídico y buen cristiano, llamado Juan Martín de la Peña. Tenía hecho un pacto piadoso con Mariana, que le atendería y curaría de balde las enfermedades del cuerpo, con la condición de que, en retorno, ella le encomendase a Dios en sus oraciones, y soñase de su divina Majestad los remedios para su alma. Con este trato la asistía continuamente con agrado y aún con reverencia y respeto. (2) En los últimos días de su vida, tomándole el pulso, reconoció una calentura muy fuerte y juzgó ser necesario sangrarla; con esta noticia mucho se alegró Mariana pues era Viernes Santo, y sabía que era el último que había de pasar en este mundo; hubiera querido derramar no sólo algo de sangre pero toda por su Jesús. El mismo médico que era también cirujano, por el respeto y amor que tenía a la sierva de Dios, no quiso en aquella ocasión dejar a otro el cuidado de sangrarla, sino hacerlo por su mano. Ligó a la enferma el brazo derecho, dió la copa para recoger la sangre a un joven llamado José Rodríguez de Paredes, que después fué sacerdote y refirió el hecho tal como lo había presenciado, con la lanceta rompió la vena de la cual salió con grande asombro de todos los allí presentes, primero un chorro de agua cristalina, limpia y transparente, al que siguió inmediatamente, sin ninguna interrupción, otro de sangre en su estado natural. He aquí como el mismo doctor Juan Martín de la Peña refiere el hecho: «... En los últimos tercios de la vida de dicha sierva de Dios, tuvo gran calentura con necesidad de sangrarse; y picando este declarante con

1) P. Morán de Butrán, lib. II, cap. 6, pág. 134

2) Procesos pág. 144.

sus manos la vena del brazo derecho, manifestamente echó un hilo de agua clara, limpia y transparente y consecutivamente salió tras el agua la sangre; y admirado este testigo de la novedad, la dijo a la sierva de Dios «Esto señora, tocó sólo al costado de Nuestro Redentor» a lo que ella respondió tan aguda y sazadamente que le dejó admirado tanta comprensión en una persona de tanto retiro.» [1] Quiso después el doctor Juan Martín de la Peña recordar esta respuesta de Mariana pero le fué imposible; quedándole sólo un grande concepto de Mariana y aprecio de su santidad. Además del médico muchas fueron las personas que presenciaron este acontecimiento.

No paró en esto el prodigio sino que se siguió otra circunstancia digna de notarse, y que a su vez parece indicar alguna intervención divina, queriendo Nuestro Señor delinear en su sierva otro rasgo de semejanza con su pasión sagrada. Sobre la cicatriz de la sangría después que la herida estaba perfectamente curada, se formó un botoncillo o carnosidad que representaba la cabeza de un clavo algo grueso. Esta excrescencia le duró hasta la muerte y le causaba gravísimo dolor, que ella comparaba al que sintiera si le hubiesen atravesado el brazo en aquel punto con algún clavo.

Esta novedad era tanto más de admirar cuanto que no se veía hinchazón ninguna, ni había supuración ni tampoco se había presentado el caso en las sangrías antecedentes, ni se repitió en las que siguieron.

Mas con este suceso tan solo, no hay bastante fundamento para asegurar que Nuestro Señor quisiera imprimir en el cuerpo de Mariana alguna de sus llagas; pues semejantes finezas del amor divino no se deben afirmar mientras no conste de cierto. Mariana por su parte estaba muy lejos de apetecerlas, porque tenía muy en su memoria el dicho de Santa Teresa de Jesús «Que no consiste la perfección en gozar sino sólo en padecer» Esto meditaba de continuo; no deseaba favores extraordinarios pero sí tener ocasiones de sufrir lo más posible, para conformarse con Jesucristo, cuya vida fué un no interrumpido sufrimiento y continuado martirio. Las sangrías de Mariana dieron además lugar a otro prodigio muy bien averiguado, por muchos testigos de vista. Queda referido que Catalina, echaba la sangre de las frecuentes sangrías en una pequeña fosa, que para este fin había hecho en un huertecito situado en el trascorral de la casa. Pocos días después de la santa muerte de Mariana, fué Catalina a menear aquella sangre, como acostumbraba hacerlo, para ver si se corrompía o si permanecía como hasta aquí la había encontrado, siempre fresca y con muy buen olor. ¿Cuál no sería su admiración y espanto, cuando vió que del mismo hoyo donde estaba la sangre incorrupta había brotado una mata de hermosísimas azucenas?

Sabía muy bien que esas azucenas no estaban allí el día anterior, ni las había visto en ninguna de las muchas veces que allí había

1) Procesos páginas 145, 16, 91, etc.

ido; no ignoraba además que nunca se habían cultivado azucenas en el huerto y que nadie las había podido sembrar ahí en el espacio de veinticuatro horas. Corrió al punto a comunicar el portento a D. Cosme, a Da. Jerónima y a sus hijos, contándoles, cómo en la fosa donde enterraba la sangre de su señora Mariana había nacido repentinamente una azucena sin que nadie la hubiese allí sembrado. Se alborotó la casa, con esta noticia corrieron todos sin excepción, al lugar de la huerta, donde se había obrado el prodigio; y todos ellos pudieron ver un pie de azucena de tres ramas muy floridas, con muchos capullos medio cerrados, y en cada rama una flor enteramente abierta y de grandísima hermosura. (1)

Les causó mucha admiración la novedad, porque sabían que en ningún huerto de la casa jamás había habido azucenas, y ninguno de la familia, que estaban allí todos reunidos, ni siquiera había pensado en sembrarlas, y mucho menos los extraños.

Determinaron averiguar de donde podía proceder y si alguien por casualidad aquí la había traído, y esclarecer el misterio hasta no dejar lugar a duda. Para esto removió D. Cosme la piedra que tapaba el hoyo, y pudieron reconocer todos, que la sangre estaba muy fresca y con un olor muy suave, distinto de los olores que habían percibido hasta aquí, y vieron con sus ojos, que de la misma sangre se habían formado unas como raíces, que se reunían entre sí en sus extremidades, y cuya prolongación era el tallo de aquella rama de azucena.

La duda era ya imposible; no había lugar a equivocación ni alucinación de ninguna clase, lo veían con sus ojos, lo palpaban con sus manos; el tallo de la azucena nacía única y verdaderamente de la sangre incorrupta; no tenía raíces en la tierra ni adhesión ninguna con el suelo; no tenía propiamente bulbo; las que parecían raíces, no eran sino sangre un poco coagulada, y de ellas salían inmediatamente las tres varas de color verde con sus hermosas flores. Andrea María de la Santísima Trinidad monja de velo negro del Carmen y sobrina de Mariana refiere así el prodigio: «.....Una india llamada Catalina dió aviso a sus padres de esta testigo y a sus hermanos como en el lugar donde enterraba dicha sangre había nacido una azucena sin haberla sembrado y de repente, porque no la había visto el día antes. Y habiendo ido sus hermanos y sobrinos al huerto hallaron la mata de azucena de tres ramas y en cada una azucena fuera del capullo. Y cavando para ver si era supuesta o de donde nacía, por no haber otras en dicho huerto ni haberlas habido, reconocieron nacía de la misma sangre que allí se había enterrado, que estaba fresca y sin mal olor; y sacaron dicha mata y la pusieron en manos de una imagen de Nuestra Señora.....» (2)

1) Procesos Apostólicos fol. 236.

2) Procesos págs 16, 17, 41, 130, 142, 248. P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 6 pág. 138.

Pronto se supo el prodigio en la vecindad, y algunas personas de fuera pudieron presenciar el hecho ocurrido lo mismo que los miembros de la familia de Mariana. Gozosísimo D. Cosme, sin esperar a que viniese más gente, arrancó la azucena, y sin atreverse por entonces a coger una sola flor, la puso en las manos de una devota imagen de Nuestra Señora que era venerada en la casa. Sólo la Virgen de vírgenes merecía tener en sus benditas manos el emblema milagroso de la pura virgen ecuatoriana, que había de ser conocida y reverenciada en todo el mundo con el glorioso nombre de *Azucena de Quito*.

Divulgóse con suma rapidez este caso portentoso por la ciudad, y muchas personas pudieron venerar en las manos de María Santísima el ramo de azucenas que había brotado de la sangre de Mariana de Jesús; y unos cincuenta años después de la muerte de la sierva de Dios se conservaban todavía como reliquias y en memoria del suceso algunas hojas de la milagrosa azucena.

En este hecho prodigioso se fundó el primer historiador de Mariana el P. Pedro de Alcocer, y después de él el Padre Jacinto Morán de Butrón para llamarla *Azucena de Quito*; y refiere el mismo autor que ya en su tiempo había no pocos cuadros al óleo de la Bienaventurada, en que se la representaba con un ramo de azucenas de tres flores abiertas. Con este nombre de *Azucena de Quito* se conoce hoy a Mariana de Jesús, nombre que ha sido como autorizado por la Santa Sede en el Breve de Beatificación.

Dícese que también hubo otro prodigio en el mismo jardín bastante parecido al primero. Al rededor de todo el lugar santificado por la sangre de Mariana, donde se había cogido la milagrosa azucena, empezaron a nacer y crecer, sin que nadie las hubiese sembrado ni plantado allí, muchas matas de flores de varias especies, muy hermosas y muy olorosas. Las religiosas Carmelitas declararon en los Procesos, que al principio, cuando habían ocupado la casa de Mariana, todavía se producían aquellas flores muy olorosas en grande abundancia y sin ninguna clase de cultivo. (1)

Cerca de 1696 cuando el P. Morán de Butrón escribía la vida de Mariana le dijeron las religiosas que el prodigio había cesado ya; pero que por tradición siempre conservada en el convento, el caso era muy cierto y que había durado por espacio de muchos años. (2)

1) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 6, p. 141.—Procesos págs. 41 y 201.

2) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 7, pág. 141.

CAPITULO VII

Austeridades de Mariana de Jesús en el dormir

SUMARIO: SU CAMA.—SU ALMOHADA.—REPUGNANCIAS QUE EXPERIMENTADA.—SU COBERTOR.—OTRAS MANERAS DE MORTIFICARSE EN EL DORMIR.

Conocido el afán de Mariana en mortificarse, nadie extrañará que inventase algo raro y exquisito para sufrir aun en el tiempo del sueño, en el cual se da al cuerpo el descanso que exige imperiosamente. Pero los suplicios que imaginó son tan horribles, que pasan toda ponderación, y el entendimiento humano se negaría a admitirlos como verdaderos, si no constasen con toda evidencia.

Sólo se puede atribuir a la divina gracia, el que los pudiese sufrir por tantos años; porque no hay en la naturaleza humana fuerzas para tanto. Se acordaba continuamente Mariana del duro lecho en el cual había agonizado y muerto Nuestro Divino Redentor, el madero de la cruz; y este pensamiento no la dejó sossegar hasta imitarle lo más de cerca posible, cual era su único propósito y constante anhelo.

Al entrar en su retiro puso en la distribución del tiempo que finalmente adoptó, tan solo tres horas de sueño, para poder así pasar lo restante de la noche en oración, lecturas piadosas y penitencias; mas luego lo limitó a dos horas, y por fin a una, durmiendo de dos a cuatro o de tres a cuatro, según lo refiere su confesor el P. Canacho, y en los Procesos otras personas que lo sabían muy bien. [1]

Mas no se crea que ese breve tiempo había de ser de positivo descanso para el cuerpo fatigado, era más bien de nueva pena y martirio; y si lograba conciliar el sueño era por puro desfallecimiento de la naturaleza. Desde niña procuró apartar de sí todo regalo o deleite que pudiera lícitamente encontrar en el dormir; no usaba de colchón ni de cosa blanda, se contentaba con la dura tabla, el desnudo suelo o piedras agudas. Crecida ya y adulta, más en la virtud y austeridades que en los años, oculta entre las paredes de su retiro, sin el registro o curiosidad de los de su casa, determinó que la cama fuese para ella un tormento y no un descanso verdadero.

Dentro del cancel de madera que había mandado fabricar en su cuarto, tenía una cama, que si bien no era de lujo, aparecía dispuesta con esmerada decencia y aseo, a fin de que si alguna persona por casualidad entraba allí no la creyese penitente hasta el

1] Procesos págs. 33, 129 y 357.

extremo de no tener en qué dormir. Esta tenía sus colchones, sábanas, almohadas, una frazada y una colcha; pero todo esto era de ningún uso para Mariana. (1)

Debajo de esta cama ocultaba cuidadosamente la suya propia, que llaman en los Procesos los informantes que la vieron, con el nombre significativo de «potro de dar tormento». Era éste una especie de escalera de cerca de una vara de ancho y un poco más de dos de largo. Se componía de siete maderos a manera de escalones unidos y asegurados entre sí a corta distancia los unos de los otros, por dos sólidos montantes.

Estos escalones eran de forma triangular y dispuestos de tal modo, que cuando la escalera estaba tendida en el suelo, descansaban sobre una de sus bases, y la esquina o filo opuesto daba hacia arriba en la parte exterior. «El potro de dar tormento, se dice en los Procesos, era a modo de escalera con los balaustres con filo y éstos para arriba, en los que se recostaba para dormir algunos días de la semana con gran penalidad de su cuerpo; y con el uso continuado se llegaron a embotar y gastar los filos de dichos balaustres...» [2]

Para tomar su hora o dos horas de descanso Mariana colocaba aquella especie de escalera en el suelo, y con más frecuencia sobre la tarima de la cama, quitando previamente las mantas, sábanas, almohadas y colchón; sobre los filos agudos de los escalones extendía una frazada de lana y sin más aderezo que éste se echaba sobre ellos para dormir. La almohada que guardaba proporción con esta cama, era un madero grueso y tosco, forrado con brea, a fin de que todos pensasen era una almohada como la solían usar los pobres. Su criada Catalina tenía cuidado de quitar cada mañana esta escalera y ocultarla debajo de la cama, por medio de la sobrecama que dejaba colgar hasta tocar al suelo.

Cierta día en que se había quedado sola en el cuarto de Mariana ocupada en el arreglo de él, quiso probar que tal era la escalera, y qué tormento debía causar a su señora. Consintió en la tentación de curiosidad, y se echó sobre aquellos escalones, precisamente cuando Mariana volviendo de la iglesia entraba en su cuarto, quien sonriéndose dulcemente le dijo: «¿Qué te parece, Catalina, de esa cama? ¿es buena, son blandos los colchones? Nada de eso tiene señora, dijo la india, algo avergonzada; porque hace doler mucho el cuerpo» y añadió «¿Usted duerme en ella? y si duerme ¿cómo la puede sufrir? «Si duermo en ella, Catalina, y sábete que esto es para mí un regalo, porque algo se ha de hacer para merecer y ganar a Dios, pues en camas blandas y delicadas no se le halla; y supuesto que padeció El tanto por mí no es nada lo que yo hago por El...» (3) ¡Cuánto puede la gracia de

1) Procesos página 33

2) Procesos pág. 33. Procesos Apostólicos fol. 237.

3) Procesos pág. 103.

Dios, pues una delicada joven tiene por regalo lo que sería para otro cualquiera un suplicio insoportable, y con sufrir tanto le parecía con todo que nada hacía por su divina Majestad!

Pero no se ha de creer que el gusto que tenía en sufrir por Dios fuese sensible y natural y que por este gusto se le disminuyese la fuerza del dolor; no era sino muy espiritual y no aliviaba su trabajo. Era tanta la repugnancia que sentía el cuerpo a esta cama de escalones agudos, y tanto lo que tenía que batallar consigo misma para echarse en ella, que hablando una ocasión con Doña Juana su sobrina, con quien por orden de sus confesores comunicó alguna que otra vez las cosas de su alma, le decía ser tan intolerable el tormento que le causaban los filos de aquellos triángulos de su escalera, que al extenderse sobre ellos se le angustiaba el corazón, le faltaba el aliento, bañaba todos sus miembros un sudor frío y le causaba una agonía mortal, sólo el imaginar el molimiento del cuerpo con que de ahí se había de levantar; y sobre todo le afligía el pensamiento de que este suplicio era forzoso durase toda la vida.

El combate de su alma era grande, la lucha terrible; pero ayudada de la divina gracia, su espíritu fervoroso salía siempre vencedor de la pelea. Atropellaba esforzadamente con las imaginaciones todas, y cuando sentía más repugnancia, sin ninguna precaución se dejaba caer de golpe sobre aquellos filos agudos y hablando consigo misma decía «¿Te duele Mariana? pues duélate, que más dolor sintió mi Señor Jesucristo clavado en la cruz. ¿Sufres mucho? continuaba, pues sufre, que más mereces en castigo de tus pecados» (1)

No dormía todas las noches sobre aquella escalera, pero sí lo hacía con frecuencia; y lo menos eran tres veces por semana; de suerte que con el uso continuo los filos de aquellos maderos vinieron a embotarse algún tanto. Todo esto testificó Catalina, quien mejor que nadie podía saberlo; pues debía reponer el colchón en su puesto, arreglar la cama que no usaba, esconder debajo de ella la escalera, cuyos escalones encontraba a menudo enteramente bañados de sangre.

Tenía Mariana una especie de frazada, que ella llamaba su sábana, de largo a medida de su cuerpo y de ancho casi lo mismo, sumamente áspera por ser toda tejida de cerdas; y además sembrada de muchísimas piedrecillas muy puntiagudas. En ella se acostaba muchas veces con mayor suplicio que el que experimentaba en su potro o escalera.

Esto solía hacer cuando se sentía muy combatida del horror a la escalera, después de haber vencido su repugnancia, echándose con todo el peso de su cuerpo sobre ella y pasando allí unos minutos, se levantaba, extendía la frazada sobre la tarima de la cama o en el suelo, ponía un madero, una piedra o un ladrillo por almohada, se envolvía muy bien en ella, y hablando con su cuerpo le

1) *Procesos*, pág. 102. P. Moran de Butrón, lib II, cap. 8, pág. 144.

decía: «No hay que tener congoja ni aflicción; si deseabas regalo, lo tienes; si descanso, te lo doy; si lienzos delicados aquí los hallarás en esta sábana tejida con primores; revuélvete bien en esa mullida cama». Así se vengaba esta joven generosa de las resistencias que hacía la carne al espíritu.

Esta sábana de cerdas así como las piedrecillas agudas pusieron en un azafate de plata, el día, en que murió Mariana, y la sacaron sus hermanos para mostrarlo al pueblo; de modo que todo Quito pudo conocer las victorias que, con tanto mérito para el cielo, reportó Mariana sobre sí misma. (1)

Si bien su cama ordinaria era la escalera o la sábana de cerdas, variaba de vez en cuando o por devoción o por enfermedad. Algunas veces dormía en el desnudo suelo sobre los ladrillos; y le servía en este caso de almohada una piedra u otro ladrillo; otras, reclinaba sus cansados miembros sobre una cruz de madera tosca y con palos sin desbastar, la misma que le servía para las estaciones del *Via Crucis* por los corredores; y con esto recordaba muy al vivo el lecho de muerte de Nuestro Señor Jesucristo. (2)

Tenía también otra cruz de madera, obra de su platero, de cerca de una vara de largo, con palos redondos y gruesos como el brazo. Estaba sembrada toda con doscientos siete clavos muy penetrantes que con solo acercarse a ellos y aún tocarlos, necesariamente sacaban sangre.

En la distribución que había hecho de sus diversos ejercicios y penitencias, había anotado que todos los viernes del año dormiría en cruz, y lo cumplió exactamente. Recostábase sobre esta cruz con las espaldas desnudas, y con el peso del cuerpo se hincaban todas las púas agudas, sacando arroyos de sangre. En esta posición cada movimiento que hiciera dormida o despierta recibía muchas punzadas a un mismo tiempo. No satisfecha con este horrible suplicio, muchas veces durante el día y la noche, impulsada de su fervor la estrechaba amorosamente contra su pecho; bien se puede calcular cuan lastimada quedaría con semejante abrazo. A veces, dice un testigo, se *acostaba* sobre una cruz de madera sembrada de grandes espigas, la que este testigo vió toda ensangrentada. (3) Esta cruz la conservó por mucho tiempo en su cuarto el Padre Hernando de Alcocer, después de muerta la sierva de Dios, donde pudo muy despacio y a su gusto contar los clavos que tenía. Existía aún unos setenta y cinco años después, y el P. Jacinto Morán de Butrón la vió y tuvo en sus manos, y dice que permanecían en ella las señales de la sangre. Esta cruz se dividió en el siglo pasado en

1) Procesos páginas 82 y 102.

2) Procesos págs. 34, 68.

3) Procesos Apostólicos fol. 119, 229.

muchos pedazos que se repartieron como reliquias, de las cuales algunas quedan en poder de particulares. (1)

Con canas como las que usaba Mariana cualquiera comprende que el sueño no había de ser prolongado, y que el demonio tendría pocas oportunidades para acometerla con la tentación tan vergonzosa y común haciendo que se quedase en cama por horas enteras, sin ninguna necesidad ni provecho. Sin embargo, aun en estas camas, de puro cansancio dormía algún corto rato, y en algunas ocasiones, inspirada de su fervor y devoción, quería quitar a su cuerpo algo de ese alivio que le concedía. Para este fin, si bien podía interrumpir el sueño a la hora que quisiese, hacía uso de un despertador digno de ella sola. Tenía una silla muy baja de respaldar, ponía de rodillas delante de ella, se recostaba de codos sobre el asiento con la cabeza en las manos pero a tal distancia que cuando empezase a dormir algo profundamente, y los codos viniesen a ceder bajo el peso de la cabeza, diese con la frente un fuerte golpe contra el respaldo de la silla con lo cual despertaba infaliblemente y podía proseguir con su oración o sus penitencias. (2)

Entre todas estas maneras de cama, queda todavía otra por enumerar y que debía parecerle de singular regalo, pues de ella se servía muy frecuentemente; y era la de ortigas. Se hacía traer caigas de esta yerba varias veces cada semana por los criados de la casa, y cuando la provisión se agotaba enviaba a Catalina expresamente para que se las procurase. Esta por orden de su señora ponía los haces al pie de la cama con el encargo de arrojarlas al día siguiente a la quebrada. Mariana se mortificaba con las ortigas de dos maneras, o bien tomando con ellas crueles disciplinas, o haciendo que le sirviesen de sábanas después de haberse abierto el cuerpo con los azotes. Una persona allegada que la visitaba en el momento en que una de las criadas entraba en el cuarto con una carga de ortigas, le preguntó para qué las necesitaba; a que respondió la sierva de Dios «Mariana quiere dormir en cama blanda y yo le daré la que merece.» (3)

Por todo esto se ve cuán diversos eran los hechos y pensamientos de Mariana de los que fomentan los mundanos que no estiman sino lo que puede halagar la carne, y tienen por locura el no gozar aquí cuanto se puede. Si ella hubiese seguido las máximas del mundo no estaría ahora puesta sobre los altares, ni su patria, ni el orbe entero celebrarían sus virtudes y alabanzas.

1) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 8, pág. 146 Procesos, página 16.

2) Procesos páginas 10, 31

3) «... Tres días a la semana mandaba a esto testigo la llevase una carga de ortigas sobre que dormía tendiéndolas al pie de la cama; y por la mañana las sacaba para echarlas, y por lo marchito y ajado de ellas reconocía haber dormido sobre ellas » Procesos, página 102.

CAPITULO VIII

Admirable abstinencia de Mariana de Jesús

SUMARIO: NO COME CARNE, NI CHOCOLATE, NI DULCES, NI PESCADO, NI HUEVOS, NI TOMA LECHE. — SU ORDINARIO ALIMENTO.

Uno de los vicios más perjudiciales al género humano, es sin duda alguna, el vicio de la gula. ¿Quién podrá contar las infelices y desgraciadas víctimas de la glotonería y de la embriaguez? ¿Quién enumerará los males y daños de toda clase que han causado al individuo, a la familia y a la sociedad? Por esto Dios inspira a sus santos mortificaciones extraordinarias en esta materia para que los demás hombres se ruboricen de dejarse arrastrar por la pasión de la gula; y así quiso hacer de Mariana de Jesús un especial dechado de abstinencia; y como ella respondió con fidelidad y exactitud al divino llamamiento, salió un modelo acabado y admirable.

Ya se ha visto que siendo niña de pechos lo tomaba sólo dos veces al día; a medio día y por la noche guardando así la forma del ayuno, y los miércoles, viernes y sábados, sólo una vez, por más que se empeñasen su madre y sus nodrizas en hacérselo tomar más a menudo.

Cuando un poco mayor, si su madre le regalaba algún dulce, fruta, o cualquier golosina, ella no lo había de comer sino que lo depositaba a los pies del Niño Jesús, y de allí iba a parar a las manos de algún pobre necesitado.

Desde niña tuvo tal horror a comer carne, no por natural repugnancia, sino por mortificación, que afirman sus deudos y parientes no haberla probado por voluntad suya, casi desde que tuvo uso de razón. (1) Aunque jamás hizo voto de no comerla, fué tan firme su propósito en este particular, que ni los consejos de las personas que la querían bien, ni sus muchas enfermedades fueron bastantes para que lo quebrantase. Si sus confesores en vista de sus muchos achaques algunas veces querían obligarla a que la comiese, proponía humildemente sus razones; y si con todo insistían, comía por no faltar a la obediencia; mas era tal la repugnancia que sentía, y tan fuerte las bascas que le venían por aquel alimento, que causaba indecible compasión a los que la veían; hasta que no pudiendo tolerar por más tiempo, tenía que arrojarlo todo. Después de algunas de estas experiencias, varias veces repetidas, nadie insistió más con ella para que comiese carne. (2)

1) Procesos página 227.

2) Procesos pág. 70.

En una ocasión su sobrina Sebastiana de Caso que la estimaba mucho, viendo su extremada abstinencia le quiso hacer un guiso con sus propias manos, para que sabiendo de quien venía, lo aceptase más fácilmente, y después de haberlo preparado se lo llevó para que comiese. Agradeció Mariana con efusión el agasajo, pero rehusó probarlo; insistió Sebastiana, pero en vano. Entonces viendo que sus esfuerzos eran infructuosos le dijo con sencillez, que se lo mandaba en nombre de D^a Jerónima y de su confesor el P. Camacho. Bastó oír los nombres a quienes ella obedecía en todo, para resolverse a probar lo que Sebastiana le traía de comer. Alegre ésta echó todo lo contenido de la ollita en un plato y lo ofreció a su tía, pero reconociendo Mariana que había algo de carne, lo apartó de sí diciendo «¿No te he dicho que nunca había de comer carne? no me es posible tomarla; es mi enemiga y contraria.» Con esto tuvo que desistir Sebastiana de su intento.

No menos que de la carne se privó siempre de todo lo demás que era regalo. Estando de visita en cierta ocasión en casa de doña Leonor de Estrada, mujer de un Oidor de la Real Audiencia, la convidó esta señora que tomase un jícara de chocolate. Rehusó Mariana cortesmente la oferta alegando varias razones, pero tuvo por fin que ceder a las instancias que le hicieron, a fin de no pasar por descortés o tener que confesar su abstinencia.

Tomó algunos sorbos, pero con una pena y angustia tan grande que no la podía disimular, por lo cual, lo poco que había tomado le hizo mucho daño. (1)

El dulce, que con cortas excepciones, gusta tanto a los niños, fué para ella el objeto de una severísima prohibición que desde niña se impuso a sí misma y que jamás quebrantó. Habiendo en cierta ocasión probado un bizchocho mojado en agua, apenas hubo reparado en el azúcar que allí había, lo dejó sin demora, y reprendiéndose a sí misma decía «¿Cómo es que Mariana se descuida tanto en comer cosa que tiene huevos y azúcar?» (2) No probaba tampoco pescado, leche ni huevos, y si talvez de éstos comió, fué obligada por la obediencia a los que le podían mandar.

La visitó el P. Antonio Manosalvas su confesor, en una ocasión en que estaba muy enferma. Viéndola tan debilitada y extenuada, juzgó que sería de gran provecho para su salud mandarle que tomase tres huevos pasados por agua. No pudo resistir al precepto la obediente virgen; le prepararon los huevos al momento que conocieron su deseo; tomó Mariana las yemas tan solo, arrojando las cáscaras detrás del cancel de la cama, contra la cual estaba reclinada por causa de la enfermedad. Quedó el P. muy complacido, esperando que con tomar algo de alimento, pronto Mariana recobraría las fuerzas perdidas. Pero sucedió todo lo contrario,

1) Procesos páginas 225, 261.

2) P. Morán de Bultrón, Lib II, cap. 8, pág. 150. Procesos pág. 170.

porque es indecible cuanto tuvo que sufrir la enferma, hasta que después de haberse contenido por largo tiempo arrojó las yemas que había comido, frescas, enteras y sin haber sufrido en el estómago alteración alguna.

Lo que pasó entonces fué de no poco asombro para las personas que se hallaron presentes: apenas había Mariana arrojado las yemas, las cáscaras que había tirado detrás del cancel, salieron de allí como bailando y se fueron a recoger las yemas, entrando en cada cáscara la yema correspondiente. Un cortaplumas que había servido para abrir los huevos, empezó también a moverse y a dar saltos sobre la mesa en que estaba, como quien acompañaba a las cáscaras. Todos se asustaron en gran manera al ver semejante prodigio. Mariana no hizo sino sonreírse, porque conoció ser estratagemas del demonio para tentarla de vanagloria, pretendiendo que la tuviesen por muy mortificada. Se levantó como pido de la cama, cogió las cáscaras con las yemas, y las tiró por la ventana al patio donde quedaron enteramente quietas; y el cortaplumas se sosegó con poner sobre él unos libros devotos que allí tenía. (1)

Si alguna vez comía algo caliente, era lo más insípido y lo más pobre que pudiese encontrar. Extraordinario era su regalo: cuando comía unas coles cocidas en agua, sin sal ni aderezo de ninguna clase, antes bien acostumbraba hacerlo todo desahrido y repugnante, añadiendo por condimento hiel, vinagre, ceniza o también alguna yerba muy amarga, que esta propiedad tenía muy bien estudiada en todas las plantas del contorno. (2)

Un día al volver Mariana de la iglesia, su sobrina D^a Juana preparaba el almuerzo para toda la familia; viéndola pasar la dijo: «Mi señora D^a Mariana, aquí le estoy haciendo un guisadito de coles.» Detúvose la interpelada, y con la amabilidad que acostumbraba, con no fingida humildad, le contestó: «¿Cómo es que una señora tan noble como usted, esté guisando para una tan grande pecadora como yo?» Juana insistió en que tomase el pobre alimento que le había preparado. Hízolo así más bien por complacer a su sobrina que por gusto; y habiendo comido tres bocados dejó lo demás, porque aquellas coles estaban demasiado bien preparadas y no tenían el condimento de hiel o ceniza que exigía su mortificación. (3)

También su criada Catalina le hacía de tarde en tarde algún puchero, pero sólo de yerbas; y de este muchas veces, se privaba, diciendo sería mejor darlo a los pobres, porque se le hacía cargo de conciencia el comerlo, ya que ella no lo merecía. Si algo probaba era como el peso de una onza que esto pronto lo volvía a arrojar. Su ordinario alimento consistía en alguna fruta o un pedacito de pan que solía mojar en agua; mas esta ración era tan corta que no

1) Procesos página 31.

2) Procesos págs. 14 y 30.

3) Procesos página 170.

llegaba a cuatro onzas diarias en el principio de su encierro, y después aún la limitó a una onza para el espacio de veinticuatro horas. (1)

Visitábala en cierta ocasión su antigua compañera de la niñez Da. Escolástica Sarmiento, cuando una criada entró en el cuarto con un canastillo de panes tan exiguos, que no pesarían media onza cada uno. Le preguntó Escolástica para qué le servían estos panes; Mariana respondió que eran su ordinario alimento, y que uno le bastaba para cada día. Volvió a preguntar admirada Escolástica ¿cómo podía sostener la vida con tan poco? Repuso Mariana, disimulando su abstinencia «que tenía el estómago tan estragado que no podía sufrir más alimento» (2) Refirió Escolástica lo sucedido a Da. Jerónima, de cuya boca oyó que la abstinencia de Mariana había llegado a tal punto, que rehusaba toda comida caliente.

Ni aun en las enfermedades exigía nadie de ella que tomase alguna cosa de sustancia, como caldo, carne u otro alimento distinto del pan, porque eran tantas las náuseas y bascas que sentía en estos casos, que era mayor el daño recibido que el alivio que pretendían proporcionarle.

Declaró su médico, D. Juan Martín de la Peña, que trabajaba mucho con ella cuando estaba enferma, para reducirla a que comiese algo que la pudiese fortalecer, pero todo en vano; pues respondía invariablemente que comía lo bastante. Y sabiendo él que lo que Mariana decía bastarle era un pedazo de pan, le dijo un día en latín y forzando la significación del texto. «Non in solo pane vivit homo - El hombre no vive tan sólo de pan»; a lo que respondió la enferma con tanta cordura y tan a propósito que le dejó admirado y sin saber qué decir. (3)

CAPITULO IX

Ayunos rigurosos de Mariana de Jesús

**SUMARIO: SU AYUNO PERPETUO.—SUS AYUNOS A LOS CUATRO, SEIS Y SIETE AÑOS.—LA OBLIGAN A MODERARLOS.—PAN DE UNA ONZA PARA CUATRO DÍAS —SEISONZAS DE ALIMENTO EN LAS CUARES-
MAS.—PONE EN LA COMIDA HIEL, ACÍBAR, CENIZA, HIERBAS AMAR-
GAS.—CUIDADO EN ENCUBRIR SUS AYUNOS.**

De tan rígida abstinencia, bien se colige que toda la vida de Mariana fué un ayuno no interrumpido; y en esto convienen todos los testigos que declaran en los Procesos acerca de este particular.

1) Procesos página 99.

2) Procesos página 63.

3) Procesos página 145.

Uno de sus confesores aseguró que ayunó todos los días de su vida; y aunque enferma, no cambiaba su modo de vivir, ni añadía más alimento para robustecer el cuerpo debilitado, «porque de todos modos sólo tenía valor para ayunar». Lo mismo unánimes afirman sus otros confesores, las personas que con ella vivieron, y se puede decir que toda la ciudad de Quito, testigo de sus admirables virtudes.

«De cuatro años empezó a ayunar, dice la mujer que la crió, o por mejor decir, era tan natural en ella la propensión al ayuno que parecía haber nacido con ella, y que solo gustaba de no comer. En edad tan tierna guardaba la forma del ayuno lo más que le era posible, comiendo solamente de veinticuatro en veinticuatro horas. Se sentaba en una alfombra en el cuarto de su madre cerca de medio día, y allí esperaba con mucha mansedumbre que le trajesen la comida que era siempre escasa.» (1)

A los seis años aumentó el número de sus ayunos señalando tres días cada semana, los miércoles, viernes y sábados, en que por ningún motivo dejaba de ayunar. Eran éstos tan rigurosos que le causaban grande flaqueza, general debilidad y aun continuos desmayos. D. Cosme y Da. Jerónima pronto notaron el deterioro de su salud, y temiendo perderla, se esforzaron con halagos y caricias en persuadirle que remitiese algo de sus rigores; pero nada fué bastante para que Mariana dejase sus penitencias. (2)

Viéndola así decidida y atribuyéndolo todo a especial inspiración de Dios, la dejaron en plena libertad para que siguiera ese superior impulso. Y no podía ser de otra manera porque sólo Dios puede inspirar semejante deseo, y sola su gracia dar fuerzas para ponerlo en ejecución.

En aquella edad sin embargo Mariana admitía de vez en cuando algunos guisos que le preparaba su criada Catalina cuando la veía muy postrada y desfallecida; más tarde renunció a este corto alivio.

A los siete años empezó a ayunar a pau y agua, los miércoles, viernes y sábados de cada semana, las vigiliias que ponía entonces la Santa Iglesia de precepto, y las vísperas de los Santos de su devoción. Ayunaba con el mismo rigor todo el Adviento y Cuaresma, y los demás días mandados por la Iglesia entre año. (3) Asimismo tomó desde entonces la costumbre de ayunar «*al traspaso*», es decir sin probar bocado, desde el Jueves Santo hasta la conclusión de los oficios el Sábado Santo. (4)

A este tiempo de su vida, se ha de referir una singular apuesta que hizo con una sobrina suya. Concertaron entre sí que ambas

1) Procesos pág. 98

2) Procesos, página 158

3) Procesos, págs. 30, 60

4) P. Alonso de Rojas, pág. XXVIII. Procesos págs. 30, 60.

habían de pasar veinticuatro horas sin comer, por amor de Nuestro Señor; pero la sobrina pasadas doce horas, ya se vió sin alientos para proseguir, mientras que Mariana pasó las veinticuatro horas cabales, sin probar ni la más mínima cosa de alimento. (1)

A esta heroica mortificación descrita hasta aquí, llamaba ella el principio de sus fervores. Después de entrada en su retiro no comía sino de quince en quince días, y lo que tomaba se reducía a un pedazo de pan, que pronto arrojaba, como refiere uno de sus confesores, el P. Alonso de Rojas, en la oración fúnebre que predicó en sus exequias. Espantados el médico y los confesores aunque veían el milagro, pues era imposible que viviese una persona que comía tan poco, le obligaron a que tomase su alimento con mayor frecuencia. Estrechada de la obediencia que le imponían, y obligada por sus achaques se redujo a comer cada ocho días, siendo su sustento una onza de pan u otra cosa ligera. Como heroica obediencia, de vez en cuando, sorbía un huevo pasado por agua, que pronto volvía a echar.

Para cumplir con el precepto y al mismo tiempo disimular mejor sus ayunos, se propuso amasar con sus manos el pan que había de comer. Hacía unas tortas de harina del peso de una onza con agua fría y sin sal, y las ponía por sí misma en el horno. Dividía después cada una de estas tortas en cuatro partes y una de esas partes, era la comida de todo el día, de suerte que una onza de pan mal preparado le servía para cuatro días.

La indígena Catalina que no entendía mucho de estas extraordinarias mortificaciones, por sencillez la reprendía diciéndole que no debía amasar el pan sin sal, y Mariana respondía admirada «¿Qué méritos tiene Mariana para regalarse y darse gusto?» Pero con sal o sin ella, para su estómago no era regalo comer ese pedazo de pan, era más bien un tormento; porque cuanto tomaba lo había de devolver muy pronto con insufribles bascas; solo el espíritu se robustecía por la obediencia y mortificación cuando tomaba algún alimento.

Desde niña ayunaba con rigor los Advientos, y Cuaresmas, pero ya crecida en edad, ese rigor fué extremado; pues llegó a pasar muchas cuaresmas con solo seis o siete onzas de pan, cabiéndole a onza por semana. Otro tanto solía hacer en el Adviento desde la víspera de todos los Santos hasta el día de Navidad; comiendo una onza de pan cada domingo. «.....ayunó, dice el P. Alonso de Rojas, desde los once años de su edad *al traspaso*, desde el miércoles santo a medio día hasta el domingo de Pascua a medio día; a los principios de sus fervores, cuando comenzó una vida perfectísima no comía sino de quince en quince días, y después de esto comía una rebanada de pan que volvía a trocar; muchas cuaresmas pasó con seis onzas de pan comiendo cada domingo una

1) P. Alonso de Rojas, pág. XXIV.

onza.....en la última enfermedad casi no comió en muchos días.....» [1]

En este tiempo especialmente, y para que la mortificación fuese mayor, añadía por salsa un poco de hiel; y cuando ésta le faltaba, acibar, hierbas amargas que buscaba con empeño, y no pocas veces ceniza, para meditar de paso en que era polvo, y afirmarse más en aquel tan provechoso pensamiento de que la vida en este mundo no es sino una continuada muerte.

Convencida Mariana por la propia experiencia, de los grandes bienes que reporta el alma con el ayuno y la abstinencia, aconsejaba siempre que, podía, el ayuno a toda clase de personas, y las exhortaba a que no hicieran mucho caso de la debilidad, que forzosamente algo se ha de sentir, de lo contrario no sería mortificación el ayunar. Catalina refiere de sí misma que frecuentemente la exhortaba a que ayunase a pan y agua; y durante la semana santa también al «traspaso» y la respuesta solía ser «que lo haría de buena gana si fuese tan santa como su señora.....» «Pues en tu mano está el ser santa, le decía Mariana, para esto basta poner los medios y hacer las diligencias, que Dios cuidará de lo demás.» Palabras que cada cual debe meditar y aplicarse a sí, porque Dios de su parte jamás ha de faltar.

A Leonor Rodríguez compañera suya en la niñez, le recomendaba que además de los ayunos que manda la Santa Iglesia, ayunase por devoción, desde la Pascua de Resurrección hasta el día de Pentecostés, como ella lo hacía para prepararse con esta clase de penitencia a la venida del Espíritu Santo; y aseguraba que por esta devoción había alcanzado de Dios grandes gracias. (2)

Si grande era su deseo de mortificar el cuerpo con abstinencias y ayunos, no era menor el que tenía de que nadie la tuviese por penitente; de dos medios o ardides se valía para que no conociesen sus ayunos o si los llegaban a conocer no los tuviesen por tales. El primero era dar a entender que comía lo mismo que otra persona cualquiera lo podía hacer; y el segundo que, si no comía no era por penitencia, sino por la debilidad del estómago que no admitía más alimento.

Llegó a su conocimiento que los de casa habían reparado en su abstinencia, y que la voz se iba esparciendo entre las personas de fuera que eran continuos sus ayunos. Sintió extremadamente que se propalase este rumor, y procuró con todas veras desmentirlo cuanto antes le fuese posible, buscando trazas para desvanecer esa voz. Se valió para este fin de Catalina su criada, que tenía grande amor y cariño a su señora, al par que compasión por ella al ver su flaqueza y repetidos desmayos. Le exigió el más perfecto silencio, y la instruyó sobre lo que debía hacer, o sea prepararle, de vez en cuando, algunos platos de comida, sazonarlos como se acostumbra-

1) Oración fúnebre, pág. XXIX

2) Véase Apéndice I, N.º III.

ba, y llevarlos a su aposento escogiendo para esto el momento en que alguna persona de casa o de fuera la viese pasar, teniendo cuidado de decir que la comida era para su señora Mariana.

Bastante halagó a la india la confianza que de ella hacía Mariana y ejecutó al pie de la letra su cometido sin revelar a nadie ni una palabra del secreto convenio que entre ambas había mediado. Preparada la comida, entraba con la olla a vista de todos en la habitación de Mariana donde la dejaba. Recibíale Mariana, y conseguido el intento, la repartía a los pobres o también la daba a Catalina para que dispusiera de todo como bien le pluguiese. [1] Pero por más cuidado que tuviera Mariana, algo se había esparcido por Quito la voz de que hacía asombrosas abstinencias.

Una señora muy principal de la ciudad, no creyendo lo que se decía, quiso averiguar por sí misma, si era verdad o no que no comía nada. Tenía entrada en la casa de Mariana y valiéndose de su nombre y condición fué a hacerle una visita tan fastidiosa como prolija. Vino de mañana poco después de la diez y media, y se estuvo hasta cerca de las dos de la tarde. Mariana que era siempre muy cortés la recibió con su afabilidad acostumbrada, y la entretuvo por largo rato con su dulce y espiritual conversación de cosas provechosas.

Al cabo de algún tiempo, con algunas preguntas que la señora le hizo y su propia perspicacia, comprendió claramente que el objeto de la visita no era otro, sino cerciorarse si era verdad o no lo que se decía de sus abstinencias; y resolvió no perder tan buena ocasión como se le presentaba de practicar una mortificación sumamente difícil, y al mismo tiempo de desvanecer la buena fama que tenía en el público. Para esto mandó a Catalina que pusiese la mesa y trajese de comer para las dos, convidando al mismo tiempo a aquella señora a que la acompañase en el almuerzo. Esta que no deseaba otra cosa, no se hizo rogar mucho, viendo que de una manera inesperada, la curiosidad que la había traído iba a ser plenamente satisfecha. Se sentaron ambas a la mesa, la una enfrente de la otra. La señora mezclaba con cada bocado, un acto de devoción asegurando que comía con una santa y otro de propia complacencia viendo que la opinión que había formado hasta aquí acerca de Mariana, de que era falso cuanto se decía de sus ayunos y penitencias se iba confirmando con los hechos. Observaba con suma atención si Mariana comía, cuánto comía y qué comía. La sierva de Dios en efecto tomó cuanto pudo desde el principio hasta el fin, y de todo lo que se puso en la mesa; pero tuvo para esto que hacerse tal violencia cual nunca se la había hecho; cada bocado era un martirio y cada momento que el estómago retenía lo que tan a la fuerza se le obligaba a recibir, un espantoso suplicio. Cerca del fin del almuerzo llegó a su colmo la

1) P. Morán de Butrón, lib II, cap. 8, pág. 158.

repugnancia, y no tuvo otro remedio que buscar algún pretexto para salir un rato, y arrojar cuanto había comido. Hízolo así con mucho disimulo; volvió a los pocos instantes sin que la señora hubiese entendido nada de lo que había pasado. Se despidieron ambas muy contentas; la señora por haber visto comer a Mariana y poder decir a quien la quería oír que era falso cuanto se decía de su abstinencia, que ella sabía la verdad de fuente cierta. Mariana a su vez quedó muy alegre y satisfecha; en primer lugar por la insignificante mortificación que había ejercitado, y después porque comprendía que aquella mujer había de difundir por toda la ciudad que no hacía tantas penitencias como el vulgo creía y propalaba.

Ella misma contó después el caso, y lo festejó no poco con una de sus amigas íntimas, llamada Juana de Peralta, quien lo refiere en los Procesos. (1)

El haber condescendido Mariana en dar gusto a la curiosidad de aquella señora, fué ejemplo contagioso; porque otras mujeres quisieron a su vez hacer la experiencia por sí mismas, y ver si era verdad o no que Mariana no comía. Semejantes indiscreciones originaron muchas molestias a la sierva de Dios; pero sin mostrar nunca nada de mal humor recibía a todas con muy buen modo y exquisita caridad; se sentaba a la mesa con ellas y comía con indecible mortificación suya, con el único consuelo que pronto le sería dado arrojar todo; y que obrando de esta manera encubría seguramente sus penitencias. (2)

La otra excusa que solía traer para ocultar sus austeridades, era dar a entender que si no comía no era por virtud, sino por su temperamento y complexión, que no admitía más alimento y por tener el estómago tan estragado que no podía sufrir la cosa más ligera sin verse obligada a arrojarla. Esta razón daba especialmente a las personas de su casa con quienes no podía ocultar, ni tampoco disimular sus austeridades. Todos en efecto podían ver que no se sentaba a la mesa con la familia para comer; que separadamente comía en muy pequeña cantidad y que aun en las enfermedades no interrumpía sus ayunos. Al decir que tenía el estómago muy estragado no mentía, era esto mucha verdad, no podía ya aquel estómago debilitado hasta el extremo, retener ningún alimento. Afirmaban sus hermanas y sobrinas que lo tenía tan duro como una piedra. Esta misma debilidad afirma uno de sus confesores, el P. Lucas de la Cueva, en su declaración jurada; sus palabras son las siguientes: «El hambre grandísima que tenía de Dios, de trabajos, mortificaciones y afrentas le hizo instar tanto con el P. Camacho para que le diese larga licencia en sus penitencias y mortificaciones, que se vino a desjarretar y quedar totalmente impedida para poder practicar su distribución y número de penitencias que causan horror y admiración.»

1) Procesos, pág. 117.

2) Procesos, pág. 159.



CAPITULO X

Mariana pasa sin comer los últimos siete años de su vida

SUMARIO.—NO COME LO SUFICIENTE PARA SUSTENTAR LA VIDA.—
AVERIGUAN SI ES VERDAD QUE NO COME. — SOLO TOMA EL ZUMO DE
ALGUNA FRUTA.—MILAGRO DE LOS MANZANOS. — LA COMUNIÓN DIA
RIA ES SU SUSTENTO

Dios quiere que sustentemos la vida corporal con el alimento ordinario; hacer lo contrario sería tentar a Dios, sería disponer de nuestra vida como dueños absolutos, siendo así que Dios se ha reservado este derecho.

Pero puede el árbitro de la vida y de la muerte, en algunas ocasiones, manifestar su divina voluntad, con lo cual se hará lícito lo que antes no lo era. Algo de esto pasó con Mariana de Jesús los últimos siete años de su vida mortal. Es un hecho históricamente innegable que durante aquel tiempo no dió al cuerpo el alimento preciso y necesario para conservar la vida, pues dejando de tomar la onza semanal de pan con que antes se mantenía sostuvo la vida tan solo con un poco de zumo de membrillo o de manzana que pronto volvía a desechar su estómago debilitado.

No es de este lugar el definir si hay algo de falso o exagerado en lo que se ha escrito de otros acerca de sus ayunos pero en cuanto a la total abstinencia de Mariana de Jesús, en los últimos años de su vida, se puede afirmar que ni los críticos modernos, más rígidos y exigentes, hubieran tenido la paciencia de hacer las averiguaciones que llevaron a cabo algunos de los contemporáneos de la sierva de Dios, para saber la verdad acerca de sus ayunos y abstinencias; lo que después, como testigos, nos dejaron consignado en los Procesos.

A pesar de los continuos esfuerzos de Mariana para ocultar a los ojos de todos, sus penitencias, pronto se divulgó por la ciudad el rumor de que Mariana vivía sin comer. Un hecho tan extraordinario excitó en sumo grado la curiosidad de todos, y querían averiguar la verdad de lo que se susurraba.

Se formaron pronto dos partidos extremos; había personas que lo creían todo, y otras que sin tomarse la molestia de inquirir nada, lo negaban rotundamente. Pero entre las que creían todo y las que no creían nada, las hubo que tomaron el partido medio, camino que debe seguir todo entendimiento sensato que no quiere dejarse llevar de prejuicios ni alucinarse; y trataron de investigar la verdad hasta conocerla. Entre los habitantes de Quito nadie jamás sospechó ni por un instante, que hubiese hipocresía en Mariana, ni que quisiese fingir o engañar. Era demasiado grande y patente a

los ojos de todos su humildad, para poder juzgar que ella con sus penitencias buscara el aplauso humano; y esas penitencias eran demasiado terribles para comprar tan caro el humo de la vana estimación. No se podía descubrir en ella rastro alguno de fingimiento en las cosas que ocurrían diariamente; al contrario era evidente que procuraba con todas veras encubrir sus mortificaciones aun las más insignificantes; lo que no hubiera hecho al haber pretendido satisfacer la vanidad; antes bien hubiera dejado correr un rumor que tanto favoreciera sus intentos. Era, pues, de todo punto inadmisable la opinión de que ella pretendiese engañar.

Sólo restaba por ver, si se engañaban o querían engañar las personas de la casa de Mariana, que todas a una voz, sin la menor discrepancia, aseguraban el hecho prodigioso, de que Mariana no comía, como quienes lo veían y palpaban diariamente.

Estando enferma Sebastiana de Caso, sobrina de Mariana, ésta la asistió durante los treinta días que estuvo de gravedad, sin separarse de su lado, de día ni de noche, excepto el tiempo de ir a la iglesia de la Compañía a comulgar por ella, y cumplir con sus devociones.

La asistieron también otras personas parientes cercanas, que al mismo tiempo trataron entre sí de aprovechar esta oportunidad, para descubrir con toda certeza lo que había de verdad acerca de las abstinencias de Mariana. — Véase lo que dice una de ellas en los procesos (1).

«... A la tercera pregunta dijo: que lo que sabe de ella es que en cuanto a los ayunos, prosiguió la dicha sierva de Dios con los que lleva referidos en la pregunta antecedente hasta el tiempo que no llegó a comer bocado, y sustentarse solo con un poco de zumo de membrillo o manzana; que esto lo sabe por haberlo visto, porque por certificarse si era cierto que no comía, por haberlo afirmado le dicha Jerónima de Paredes su hermana, se pusieron a espiarle así de día como de noche; D^a Tomasa del Arco tía de esta testigo y prima de la dicha Mariana de Jesús, y D^a María Flores de Paredes madre de esta testigo y prima hermana de la dicha sierva de Dios, que son ya difuntas, y esta testigo también, porque no creían se pudiese alimentar sin comer; y averiguaron que por espacio de treinta días que fueron los que asistieron a Sebastiana de Caso sobrina de la dicha Mariana de Jesús que estaba enferma, no comió bocado la dicha sierva de Dios, tomando solamente de cuando en cuando un bocado de manzana o de membrillo tragando sólo el zumo, que en breve lo volvía a revesar, con que quedaron persuadidas a que de verdad pasaba sin comer, porque llevadas de la curiosidad esta testigo y las dos referidas, la espian con todo cuidado, unas de día y otras de noche».

Bartarfa este solo testimonio para evidenciar la acción prodigiosa de Dios sobre Mariana, pues aquellas tres mujeres no estaban

1) Procesos página 85.

para dejarse burlar; y no se puede explicar naturalmente que la sierva de Dios pasase treinta días sin comer, ocupándose entretanto en todo lo que exige el cuidado de una enferma de gravedad, y recorriendo cada día el espacio de más de dos cuadras que había de su casa a la Iglesia de la Compañía de Jesús.

Este hecho también demuestra que quien le pudo conservar la vida por espacio de treinta días sin comer lo precisamente necesario, se la podía conservar por espacio de siete años y más si fuere de su divino agrado. Pero ni para esto último faltan pruebas que pueden convencer al que no quiera cegarse voluntariamente.

Además de los que vivían en la casa que unánimes y conformes afirman que Mariana no comió en los últimos siete años de su vida, diez son los testigos que aseguran lo mismo bajo juramento en los Procesos. Todas estas personas conocieron a Mariana, la trataron con familiaridad y tenían necesariamente que estar bien informadas sobre un asunto tan extraordinario. A varias de ellas, Mariana misma les confesó en la intimidad de la amistad, que era verdadero lo que sobre ella se decía en este particular.

Dice uno de estos testigos: «... De los últimos siete años de su vida, se dice y se sabe por cosa cierta y declaración de los confesores de la dicha venerable virgen, que no comía bocado, y por descargársele la garganta, y apretársele las quijadas de la mucha abstinencia, tal vez usaba de zumo de membrillo o manzana u otra fruta, que aliviase en algo la naturaleza; para poder proseguir con sus ayunos porque no tenía más sustento que la sagrada comunión.» (1)

Una de las criadas de la casa se expresa en los siguientes términos: «Algunos años antes que muriese la dicha Mariana de Jesús llegó a entender esta testigo, que había dejado de comer totalmente, y que sólo tomaba un poco de zumo de manzana o membrillo; y siendo tan tenue, veía esta testigo que de la ventana de su cuarto que caía hacia el horno, lo lanzaba; con que llegó a persuadirse que se sustentaba sólo con la sagrada comunión.» (2)

Es inútil copiar más citaciones sobre este hecho tan averiguado y tan portentoso; hecho por otra parte del cual no es posible se pueda dar alguna explicación natural plausible o que tenga siquiera visos de probabilidad; hecho que, por consiguiente, es uno de los más estupendos milagros de los muchos que se registran en la vida de la *«Azcucena de Quito.»*

Bastará añadir el testimonio de uno de sus confesores, pues todos ellos son contestes en esta materia: Dice el P. Antonio Manosalvas: «... Sus ayunos fueron por toda su vida, y en los seis o siete años que este testigo confesó a la dicha venerable Mariana de Jesús no comió cosa, sino que de una manzana o membrillo que

1) Procesos página 30.

2) Procesos página 222.

este testigo le buscaba, tomaba un bocado y ese le traía en la boca sin tragarlo y con ese jugo era su comida.» (1)

Mas no se ha de creer que hiciera un gran consumo de esas frutas cada día; todo lo contrario, una media docena le bastaba, y aun sobraba para una semana entera. Este era el único alivio y medicina que tomaba contra la sed ardiente que de continuo le devoraba, y también contra otra enfermedad que padecía, o sea una contracción de fauces o apretura de garganta, que le impedía hablar con libertad y hacía que el respirar mismo fuese un suplicio. Pero como lo único que anhelaba era sufrir siempre más y más, ni este corto refrigerio hubiera admitido de su voluntad; únicamente lo tomaba obligada de la obediencia de quien le podía mandar, y en una ocasión en que le pareció que no había quien la obligase, se estuvo dieciocho días sin probar fruta alguna hasta que de nuevo se lo mandaron. (2)

Dios Nuestro Señor que se complacía grandemente en la mortificación heroica de su sierva, quiso manifestar con un prodigio cuanto le agradaba el que Mariana tomase por obediencia aquel corto alivio que le proporcionaba la fruta. Leonor Rodríguez Palomeros, que se crió en casa de Marianna, y la había tratado familiarmente desde niña, sabiendo que sólo se alimentaba del zumo de algunas manzanas, por el amor que le tenía, le enviaba de su huerta, de tiempo en tiempo, una cestita de esas frutas. Mariana las recibía con humildad y agradecimiento, y respondía invariablemente en cada ocasión: «Dios se lo pague y les dé más». El padre de la caritativa mujer llamado Hernando Palomeros, que había sido por largo tiempo mayordomo de las haciendas que los padres de Mariana tenían en Granobles, y el mismo que la había sacado del río de las Ovejas, cuando niña de cuatro a cinco años cayó en él, por el concepto grande que tenía de la venerable virgen, le dedicó un manzano entero de los muchos que crecían en una huerta de su posesión; escogió el mejor de todos y quiso que las manzanas que llevara sirviesen sólo para el refrigerio de Mariana. Empezó desde aquel punto a cargar tanto el árbol, que las ramas vencidas por el peso, amenazaban continuamente desgajarse y algunas se rompieron efectivamente. Bendición tan copiosa alcanzó igualmente a todos los otros manzanos de la misma huerta, tanto que con el producto de esta fruta se mantenía holgadamente aquella familia.

Para que no quedase la menor duda de que aquella fecundidad de los manzanos era efecto de la oración de Mariana, todos observaron que anteriormente jamás había habido tanta abundancia en aquella huerta, ni la había igual en las de los vecinos; y se vió todavía más palpablemente cuando Hernando Palomeros cesó de enviar este regalo a Mariana, pues entonces cesó también la cosecha.

1) Procesos página 353.

2) P. Alonso de Rojas, pág. XXIX.

Fue el caso que sus dos hijas se dejaron vencer algún tanto de la envidia, porque les pareció que Mariana quería más que a ellas y les prefería a dos doncellas pobres, a quienes la sierva de Dios enviaba algunas de las manzanas que le sobraban y sustentaba con la porción de comida que a ella le tocaba en la mesa de la familia. Movidas por su antipatía incitaron a su padre a que no mandase más manzanas a Mariana. Hízolo así Hernando Palomeros, y el árbol que tenía dedicado a Mariana dejó de dar fruto y lo mismo pasó con los demás de la huerta.

Pero ¿qué explicación podrá darse del hecho de que Mariana de Jesús pudiese sustentar la vida del cuerpo sin tomar el necesario alimento?

Sin pretender escudriñar los secretos de Dios, fue punto muy averiguado en la familia de Mariana, no sólo en el espacio de los siete últimos años de su vida, pero desde que obtuvo licencia de comulgar diariamente, que los días en los cuales se veía precisada a dejar la comunión, se le recrudecía extraordinariamente la acostumbrada debilidad, al par que se le aumentaban sus achaques todos; pasaba aquel día sin fuerzas, casi sin poder mantenerse de pie, y tenía que recurrir algún tanto al descanso y alimento corporal; pero cuando recibía la sagrada comunión sentía en sí un vigor desconocido, que ella misma no podía bastante admirar. (1)

Con esta experiencia muchas veces repetida, ni ella, ni los miembros de su familia vacilaron ni un instante, en atribuir al divino Sacramento la conservación de la vida corporal. Hablando familiarmente con una íntima amiga suya, joven muy piadosa y virtuosa, que después fue monja de velo blanco en Santa Clara con el nombre de Petronila de San Bruno, le confesó llana e ingenuamente haber llegado a tal estado en que ya no comía. Admirada Petronila le preguntó: ¿cuál era su sustento, cómo podía vivir sin comer? Respondió Mariana que su sustento era el pan de vida, Jesucristo Sacramentado, y esto mismo repitió en otras ocasiones. (2)

Jesucristo quiso renovar en Mariana de Jesús el milagro que había obrado ya con Santa Catalina de Sena y con Santa Rosa de Lima y con otras muchas almas puras; porque el cordero Inmaculado no sólo *«pascitur inter lilia»*—se apacienta entre lirios—pero también El apacienta a esos mismos lirios, los conserva en su pureza y a veces muestra su virtud apartando de ellos la muerte. Y en verdad no es de extrañar que conserve alguna vez la vida corporal, aun en este destierro, aquel Pan de vida, alimento de las almas, que resucitará para la vida inmortal los cuerpos de aquellos que le reciben dignamente.

1) «Era su sustento el Santísimo Sacramento que recibía todos los días excepto alguno que tuviese algún achaque para dejar de ir a la Iglesia y cuando esto sucedía se hallaba con flaqueza y desmayo». —Procesos pág. 76.

2) «...Y viendo esta testigo la abstinencia que tenía en el comer la preguntó que con qué se sustentaba y le dijo que con el pan de vida Cristo sacramentado se sustentaba.» Procesos pág. 76.

CAPITULO XI

Heroica mortificación de Mariana de Jesús en no beber agua

SUMARIO: PADECE UNA SED GRAVÍSIMA — SE MARTIRIZA CON LA VISTA DEL AGUA — PASA LARGO TIEMPO SIN BEBER — EN SU ÚLTIMA ENFERMEDAD — NO TOMA FRUTAS.

En los últimos años de su vida especialmente, Mariana entre otros achaques, fué molestada de una cruel hidropesía que aumentó mucho sus méritos para el cielo. Tenía muy hinchadas las piernas, de las rodillas para abajo, como ella misma lo escribió a su confesor y también lo contó a su amiga Petronila. «Has de saber, le decía a ésta, que me voy hinchando, ya tengo un pie hinchado, y no me da pena, porque es tan grande la ansia que tengo de gozar de mi Dios que deseo ya morir.» (1) Bien fuese por esta enfermedad, por la escasez del alimento, por las frequentísimas sangrías que le hacían, o mejor dicho, por todas estas causas juntas, con las cuales Dios quería hacer de ella una copia perfecta y acabada de Jesús crucificado, padecía de continuo, sin descanso alguno, una sed ardiente e intolerable; la cual sin embargo, con heroica mortificación, jamás quiso apagar, ni aliviar siquiera con un poco de agua, sino que la irritaba continuamente con el agua misma, con que hubiera podido aliviarla.

Cuando sentía más el tormento de la sed, solía entretener su imaginación discuriendo por algunos ratos sobre las propiedades y utilidades admitibles del agua, tanto para las plantas como para los animales; y cuando ardía en vivo deseo de tomar algunas gotas, decía dirigiéndose al agua que tenía delante: «Bendito el Criador que te hizo tan singular y agradable entre todas sus criaturas; loada sea para siempre su piedad» y no probaba ni una sola gota. (2)

Con el intento de aumentar su mortificación, cuando oía llover salía de su aposento al corredor, para ver el agua caer por las canales de los tejados, y deslizarse al suelo aquellos chorros que tanto apetecía. Sentía aumentársele cada instante el deseo, como que se le abrasaban las entrañas; pero siempre se reprimía generosa; alababa al Señor por haber hecho el agua y volvía a su retiro sin haberla probado. Pregutábale por qué razón salía al corredor cuando llovía, siendo así que era tan amante de vivir retirada y respondía: «Para ver caer el agua y mortificar a Mariana». (3)

En algunas ocasiones, cogía el agua en sus manos; el deseo se le iba tras los ojos, hacía ademán de llevarla a los labios abrasados,

1) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. 11, págs. 172—Procesos págs. 71.

2) Procesos págs. 112.

3) Procesos págs. 113.

pero de pronto la dejaba caer y se ponía a meditar sobre la sed ardiente que padeció Jesucristo en la cruz, cuando sus verdugos le negaron un poco de agua con tanta inhumanidad.

A medida que encruelecía la sed, la mortificación iba creciendo y el alma de Mariana llena de sobrenatural esfuerzo inventaba continuamente nuevas trazas, para que su triunfo sobre el cuerpo fuese más perfecto. Cuando estaba más abrasada por los ardores de la calentura, y la sed se le hacía más intolerable, mandaba traer un vaso de agua, lo tomaba en sus manos, le miraba una y muchas veces; cada mirada era un martirio, cada instante de dilación un tormento, y sin enjuagar siquiera la boca apartaba el vaso de sí, satisfecho plenamente el espíritu y bien mortificado el apetito.

Cuando podía andar, iba a la tinaja donde estaba el agua para la familia; llenaba un jarro y extendiendo el brazo cuanto podía, iba vertiendo muy despacio aquella agua en la misma tinaja hasta la última gota (1). Apurado el jarro volvía a llenarlo de nuevo, para vaciarlo del mismo modo. Repetía bastantes veces la misma acción y no pareciéndole posible martirizarse más, echaba su bendición al agua y se volvía a su cuarto meditando siempre sobre la sed del divino Redentor. Y en sus enfermedades muchas veces con la gran sed que padecía, pedía agua, y por mortificarse no hacía más de verla y apartarla sin probar.

En una ocasión en que por causa de un achaque repentino se le había aumentado la sed violenta que de ordinario padecía, por todo alivio a su mal pasó tres meses enteros sin beber.

En la última enfermedad se le exasperaba la sed de una manera particular, por oír el ruido de la acequia que pasaba por medio de la calle delante de su casa. Llegó a tal punto la angustia de su corazón que en medio de la ardiente fiebre prorrumpió en estas voces: «Oh quién se pudiera echar en aquella acequia para nutrigar tanto fuego.»

Oyéndola una buena mujer que la asistía, compadecida de su trabajo, se ofreció a traerle un jarro de agua con que templase la sed. Escuchó Mariana la propuesta, le agradeció la buena voluntad y le dijo: «No, señora, no la he de beber; pues antes me alegro de padecer esta sed, pensando que algo tengo que ofrecer a mi dulce Jesús en memoria de la que sufrió El por mí en el Monte Calvario.»

Además del agua se abstenía también por mortificarse de tomar cualquier otra bebida o fruta que en algo la pudiese aliviar. Algunas amigas suyas sabiendo su trabajo le madaban frutas de diversas especies. Las recibía agradecida, se ponía a mirarlas y contemplarlas por largo rato, con un placer y ansia indecibles;

1] Procesos págs. 31, 117.

tomándolas en la mano hacía además de llevarlas a la boca, hasta que concluída por enviarlas de regalo a algunos pobres sin haberlas probado.

Esto hacía invariabilmente con toda clase de fruta excepto con alguna que otra manzana que guardaba para sí, a fin de cumplir con la obediencia que tenía de tomar algo de zumo. Si tenía facilidad, elegía otra mejor manera de disponer del regalo que le habían enviado; hacía que alguna criada o algún pobre comiese en su presencia lo que a ella le habían regalado. Por una parte se le excitaba más el apetito, eran mayores las ausias que tenía de satisfacer la sed que la devoraba, y por otra tenía el gusto de hacer algún bien a su prójimo, que fue siempre para ella de inefable consuelo.

Sirva de remante a lo dicho, el acto con que Mariana completó una serie casi interminable de mortificaciones y victorias sobre sí misma y todas heroicas en grado sumo.

La víspera de su muerte estando ya casi para espirar mostró un vivo deseo de comer uvas. No se sabe cuál sería la intención que le impulsaba a pedir esa fruta, pero el suceso a las claras demostró que no era para mitigar la sed ni regalar el cuerpo. Apenas entendieron su deseo, se apresuraron los de casa a cumplirlo; mas no pudo ser tan pronto, porque no hallaron uvas en parte alguna de la ciudad. Hechas nuevas diligencias, pudieron por fin dar con algunos racimos, y los trajeron a la enferma. Tomó tres granos tan sólo en reverencia de la Santísima Trinidad, chupando la pulpa y arrojando los hollejos, sin querer probar más, aunque mucho la instaron, sirviendo lo poco que tomaba para avivar e irritar la sed intolerable que padecía, antes que para calmarla. Estos tres granos de uva fueron lo postrero que probó en su vida mortal. (1) ¡Cuántos ejemplos que imitar y cuán provechosos!

También en esta materia quiso Dios mostrar con un singular prodigio cuánto le agradaba la mortificación de Mariana. El caso se supo de boca del sobrino político de la sierva de Dios don Juan Guerrero de Salazar que presencié todo el suceso.

Una de las personas que podían mandar a Mariana, no se sabe precisamente con qué motivo, le ordenó se abstuviese de beber agua por quince días. El mandato parecía a todas luces indiscreto e imprudente. Mariana sin atender si le mandaban bien o mal aprovechó gustosa esta ocasión para mortificarse, y cumplió al pie de la letra la orden impuesta. Se estuvo los quince días sin probar una sola gota de agua, ni otra cosa alguna que pudiese aliviar su sed; pero Dios quiso consolar a su sierva y mostrarle lo mucho que le agradaba su obediencia y mortificación. Estando para acabarse el plazo señalado de los quince días, cayó un muy fuerte aguacero. Mariana salió al corredor, para practicar su mortificación

(1) Proceros pág. 92.

ordinaria, de ver correr el agua y de tomarla en las manos, sin probar nada. Cogió buena cantidad de agua en sus manos, la estaba contemplando, cuando repentinamente sintió que sin caer una sola en el suelo se le entraba toda por los poros, causándole un notable alivio y refrigerio en todo el cuerpo. Se admiró mucho al ver que sus manos quedaban vacías; volvió varias veces a coger el agua y otras tantas se repitió el prodigioso suceso; se le embebía el agua como pudiera hacerse en una esponja; hasta que se retiró contenta de haber obedecido con tanta exactitud. Dio gracias a Nuestro Señor por el prodigio que había obrado en su favor, y por el alivio momentáneo que había experimentado. (1)

CAPITULO XII

Cuidado extremo con que Mariana de Jesús guarda sus sentidos

SUMARIO: Los sentidos, su oficio.—Su gran recato.—Modestia de los ojos.—No asiste a diversiones.—No visita guáputo.—No asiste a procesiones.—Sus visitas.—Oído y lengua.—Olfato.—Gusto y tacto.—Mortificación interior.

Los cinco sentidos corporales, en frase de San Gregorio Magno, son como los cinco talentos de que habla el Evangelio, entregados por el Mercader divino a sus siervos, para que granjeen con ellos durante esta vida y adquieran grandes ganancias para el cielo.

En este recto uso de los sentidos lo mismo que en las otras virtudes, Mariana puede servirnos de modelo y dechado; pues es uno de los más perfectos que Dios ha dado a su Iglesia. (2)

Todo el tenor de su santa vida, desde los más tiernos años, revela una voluntad firmemente resuelta de no hacer uso de los sentidos para procurarse algún gusto en esta vida, ni para conocer el mundo por sus atractivos, contenta con conocerlo suficientemente para despreciarlo. Lejos estaba ella de querer poner en práctica el principio absurdo, corruptor y diabólico, que hay que conocer y experimentar lo bueno y lo malo, como si lo malo pudiese jamás equipararse con lo bueno, o si mereciera algún aprecio y estimación. Lo falso y lo malo, donde quiera que se encuentre debe ser siempre aborrecido y rechazado.

Los ojos que son como las ventanas del alma no le sirvieron para dar pábulo a la vana curiosidad; los tenía comunmente fijos

1) Procesos Apostólicos fol. 781.

2) Mariana de Jesús fue muy honesta trayendo siempre el manto hasta el pecho sin dejarse ver el rostro; su recogimiento era extremado sin salir de su aposento sino cuando era muy necesario. — Procesos, páginas 93, 356.

en el suelo o cerrados. Cuando salía fuera de casa llevaba siempre el rostro cubierto lo más posible; al hablar, tenía la vista baja, y cuando le hablaban, respondía, no mirando a la persona que le dirigía la palabra, sino al suelo. Esta modestia en Mariana no era artificial ni afectada, sino muy natural y acompañada de gracia incomparable, como que provenía de su profunda humildad, por la cual se creía inferior a los demás. No volvía la cabeza de un lado a otro, ni hacía atrás para cerciorarse de lo que pasaba en torno suyo. Era tal su compostura y exterior modestia cuando iba por la calle, que el Dr. D. Martín de la Peña refiere de sí mismo que salía a contemplar aquel espectáculo para él tan admirable, y solía decir «le parecía imposible que humanos ojos la pudiesen mirar sin sentir impelido el corazón a dar gracias a Dios por haber formado tal ejemplo de recato y modestia». (1) Nadie por procaz y desenfrenado que fuese, se atrevió a desmandarse en su presencia; y su vista, como se cuenta de San Luis Gonzaga y de otros santos, inspiraba honestidad, y su compostura, pureza.

Esta rara y singular modestia de los ojos y de todo el cuerpo, fué lo que principalmente le mereció el concepto de «Santa» en todo Quito, durante su vida mortal. Era tan conocida y apreciada esta modestia de Mariana en su ciudad natal, que cuando los padres o parientes de una joven le querían aconsejar el debido recato, o reducirla al decoro propio de su sexo, no usaban de otro argumento, sino del vivo y presente ejemplo de «la Santa», exhortándola a que imitase a su paisana, o por lo menos se ruborizase de verse muy diferente de modelo tan acabado. Y cuando querían manifestar algún deseo por el bien y prosperidad de sus hijas era común decir: Si Dios fuese servido de que fuesen nuestras hijas como «la Santa». (2)

Reprimió tanto la curiosidad y mortificó tan constantemente la vista que aun en las cosas muy honestas y lícitas, no se permitió el más ligero desahogo. No supo decir por haberlos visto, de qué mérito fuesen los diversos pasatiempos y entretenimientos de la ciudad, pues no asistió ni una sola vez en su vida, a los más indiferentes e inocentes. No presenció tampoco los regocijos públicos, que en ciertas fiestas solemnes y acontecimientos memorables solía tener la ciudad con inusitada pompa y magnificencia. [3] No vió ni visitó ninguno de los edificios públicos, ni ninguna cosa apasible

1) Procesos pág. 146 *

2) Procesos páginas 174, 106 Refiere el P. Fr. Manuel Román, religioso dominicano y riobambeno, en los Procesos Apostólicos que «iba Mariana en cierta ocasión con mucha modestia por la calle, cuando de repente se presentó un toro furioso; todos huyeron apresurados; pero prosiguió su camino la sierva de Dios, sin alteración alguna, como que enajenada no le había visto ni reparado en él, sino recibir el natural movimiento del susto ni daño alguno del toro por especial asistencia de Dios». Procesos Apostólicos fol. 116

3) Véase: Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 18, páginas 466 y siguientes; Dr. D. Pablo Herrera: Apuntes para la historia de Quito, páginas 74, 75

y gustosa de las que hay en la ciudad y sus alrededores. Sobre este punto se dice en los Procesos «...que la mortificación de sus sentidos fué rara y admirable porque la modestia de sus ojos era grande, trayéndolos bajos y clavados al suelo; no veía cosas curiosas y deleitables a la vista, privándose totalmente de semejantes recreos sin salir jamás a fiestas, concursos ni otros entretenimientos; ni oía cosas vanas y entretenidas, ni permitió jamás que en su presencia se murmurase ni se hablasen palabras menos compuestas, no gustaba de olores, y guardaba riguroso silencio sin hablar palabra que no fuese necesaria; y si podía decir una razón en dos palabras no la decía con tres; y cuando era necesario hablar, eran sus palabras discretas y muy consideradas, y conclusa con toda brevedad y volvía a su retiro...» (1)

Pero lo más admirable en ella es, que con ser muy dada a la devoción e inclinada a promover con todas sus fuerzas el culto divino, nunca visitó santuario alguno, ni entró en otra iglesia excepto en la de la Compañía de Jesús; siendo así que toda función sagrada era para ella un verdadero encanto, y le proporcionaba muy dulces y puros consuelos. El motivo de su conducta no era el recogimiento o la falta de piedad, sino su fe viva y muy ilustrada. Por esta fe comprendía que se debe ir a los templos tan sólo como a lugar de oración, que Dios ha escogido para oír en ellos más benignamente nuestras paces y concedernos mayores mercedes, buscaba en los templos únicamente a Jesús sacramentado, y encontrándole en una iglesia juzgaba innecesario ir a otra; sabía muy bien que las oraciones, que dirigiese a Dios o a los santos serían oídas dondequiera que se las presentase con las debidas condiciones; y sin censurar ni despreciar las prácticas diversas que la Iglesia aprueba, y de que hacen uso los fieles para honrar a los santos, se contentaba con encomendarse a los de su devoción, desde el templo de la Compañía de Jesús donde continuamente asistía.»

La razón principal que la impulsaba a no ir a otra iglesia era su amor al recogimiento, y su odio decidido a toda clase de curiosidad y novelería, que a veces suelen mezclarse en la piedad, disfrutándose bajo el pretexto de devociones y culto divino. La sólida piedad no puede admitir ninguno de esos excesos y fines torcidos, que sólo sirven para la satisfacción del amor propio.

En el tiempo de Mariana de Jesús era el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en el pueblo de Guápulo, uno de los de mayor devoción, y más frecuentado de los devotos quiteños. (2) Como dista poco de la ciudad muchos acudían en peregrinación a la devota imagen de la Reina de los cielos que allí se veneraba para encomendar sus varias necesidades a la Madre de toda bondad. Era

1) Procesos pág. 34

2) Véase: *Imágenes y Santuarios célebres*, por el señor Julio M. Matovelle, parte II, página 323.

tanta la fe y confianza, y tan grande el entusiasmo por visitarla, que se hubiera juzgado por maravilloso, el caso de alguna persona en Quito, que no hubiese ido alguna vez en su vida, en romería al célebre santuario, para satisfacer su devoción y piedad, y admirar al mismo tiempo la belleza del templo y las preciosas alhajas con que estaba embellecido.

En Mariana de Jesús se pudo admirar este caso prodigioso pero de mortificación, no de indiferencia. Se abstuvo de ir porque sabía muy bien que agradaba más a Nuestra Señora, privándose por su amor del consuelo inefable que hubiera tenido en hacer esa visita, que buscando su propio gusto al ir a venerar su imagen sagrada.

Mas no paró en esto la mortificación de Mariana. Solía la piedad de las autoridades civiles y de los fieles pedir a la autoridad eclesiástica muy de ordinario, que se trajese procesionalmente la veneranda imagen desde Guápulo a la Santa Iglesia Catedral de Quito, cuando se temía alguna calamidad pública, cuando peligraban las cosechas o en cualquier otra grave necesidad espiritual o corporal en que se viese la ciudad. (1)

Por lo menos una vez cada año la llevaban en pomposo triunfo para celebrar la fiesta del patrocinio de las armas españolas, pues ella era la patrona de los ejércitos. (2) En tales ocasiones era de verse la muy religiosa ciudad de Quito con sus autoridades a la cabeza, dando a todos el ejemplo. Salían a recibir a la venerada imagen a la entrada de la ciudad, el cabildo eclesiástico y civil, las Religiones todas, con todos los fieles de uno y otro sexo. Parecía que se animaba Quito de nueva vida, y daba de su alborozo buenas muestras en el adorno y colgaduras en puertas y balcones, en el repique continuo de campanas y en el bullicioso ir y venir de las gentes, ansiosas de presenciar otra vez lo que habían visto ya tantas veces, y sobre todo de mostrar de nuevo y públicamente su cordial afecto a María. Aquel día era día verdaderamente festivo para toda la población; los artesanos dejaban sus talleres, los mercaderes cerraban sus tiendas; y no había persona que no fuese a presenciar la triunfal entrada de la sagrada efigie, o por lo menos hacerle una visita una vez colocada en su trono en la Santa Iglesia Catedral.

Sólo Mariana se privaba, por mortificarse, del consuelo espiritual que hubiera experimentado al ver la imagen de su Reina, tan cordialmente aclamada y festejada por la profunda y sólida piedad de los fieles quiteños, que siempre se han distinguido por su acendrada devoción a María. Se contentaba con asistir en espíritu a estas demostraciones, y con pedir a María que echase su maternal bendición sobre la ciudad.

11 Véase el Dr. D. Pablo Herrera: Apuntes sobre Quito, págs. 81, 87, 89, etc.

12 Véase el Apéndice I, N.º IV.

En una ocasión en que traían la santa Imagen con la mayor solemnidad posible para remedio de una grave necesidad, un Padre de la Compañía que a la sazón tuvo que ir a la casa de Mariana, le dió a conocer la fiesta de aquel día, le hizo una hermosa descripción de los adornos y festejos, y procuró persuadirla a que fuese a presenciar el desfile, porque, le decía, ver con recta intención un acto de culto religioso, no podía ser sino una acción agradable a Dios Nuestro Señor. Pero de nada sirvieron sus esfuerzos y razones, ni para que asistiese a la solenne entrada, ni tampoco para que fuera a visitar a la Virgen en la Catedral y recrearse con el suntuoso adorno de aquel templo.

Tan irreflexible resolución llegó casi a causar pena al Padre, viendo la inutilidad de sus razones. Pronto lo notó Mariana y con muy buena gracia, humildad y respeto, le dijo: «Padre mío, pediré licencia a mi confesor, y si me la diere, haré lo que vuestra paternidad me aconseja». Bastaron estas solas palabras para que el Padre, reconociendo la sólida virtud y heroica mortificación de Mariana, desistiese de su empeño (1).

Así reprimía Mariana la curiosidad hasta en las cosas lícitas y aun santas, para estar muy lejos de consentir en ver lo que no es lícito mirar. Sabía que por los ojos muy frecuentemente entra la muerte en el alma. No salía de casa para visitas que fuesen de puro cumplimiento ni las admitía, en cuanto estuviese en su mano excusarlas, porque además del tiempo que en ellas ordinariamente se pierde, se ofrecen no pocas ocasiones de ofender a Dios. Tampoco recibía visitas de hombres en su cuarto, por más necesario y urgente que fuese el asunto de que querían tratar; hacía excepción sólo para sus deudos muy cercanos. Con ser tanto su rigor en este particular, no se negaba a visita alguna que exigiese la caridad así espiritual como corporal de los prójimos.

Es cosa frecuentemente repetida en los Procesos, y todo Qui- to lo sabía muy bien, que no recorría otras calles sino las dos que conducían de su casa a la Iglesia de la Compañía (2). Con todo hizo una excepción, según que refiere uno de sus confesores el P. Antonio Manosalvas. Iba una mañana por la calle que acostumbraba a la iglesia; a pesar de la hora temprana había bastante gente en el trayecto, y oyó entre la muchedumbre una voz que decía: «*Aquí viene la santa*». Sintió el dicho en extremo, de tal suerte que le saltaron las lágrimas de pura pena y aflicción. Cambió la ruta que llevaba y aquel día se privó por completo del zumo de manzana, que tan escasamente solía tomar, multiplicó sus penitencias y disciplinas, y todo esto en castigo de la palabra de alabanza propia, que había oído contra su voluntad. (3)

1) Fr. Juan Martínez Zarco. Procesos pág. 280.

2) Procesos página 280.

3) Procesos página 356.

No le bastaron estas penitencias, sino que determinó no volver por esa calle, dando la vuelta por otras contiguas, a fin de no oír más cosa semejante y huir de los que la conocían. Hízolo así por dos o tres días, y hubiera seguido de la misma manera por toda la vida, si su confesor, conocido el motivo de la mudanza, no le hubiera mandado a ir a la iglesia por las calles que antes acostumbraba, que eran las de Santa Teresa y de la Compañía; y así lo hizo en adelante, porque prefería obedecer, a ejercitar la humildad según su propia voluntad. Vivía tan separada y apartada de sus deudos que era casi lo mismo que si viviese en un desierto, por la rígida clausura que observaba; lo más del día lo pasaba encerrada en su cuarto, guardando el mayor recogimiento y soledad que le fuese posible. Sólo alguna vez que otra admitía a sus compañeras de la niñez, o a personas muy espirituales que le ayudaban a practicar la virtud; y a las cuales hacía adelantar mucho en el camino de la perfección cristiana con sus acertados consejos y buenos ejemplos. (1)

Quien tenía tan mortificada la vista, no podía dejar sin el necesario resguardo de mortificación, otra puerta del alma casi tan expuesta a innumerables peligros, o sea el oído. Jamás consintió en escuchar cuentos vanos, noticias superfluas, novedades del mundo, y mucho menos cuestiones y asuntos de modas, vestidos de adornos y otras vanidades por el estilo. No proliferó, ni toleró en ningún caso que se dijese la menor palabra ofensiva al pudor; nadie tampoco se atrevió a pronunciar en su presencia palabras equívocas o de doble sentido. (2) Observaba para sí y hacía observar con todo rigor, lo que exige el apóstol San Pablo de los cristianos; que entre ellos ni se conozcan siquiera cierta clase de vocablos que desdican de la santidad que deben profesar.

Pero lo que aborreció sobre toda ponderación fue el vicio vergonzoso de la crítica y murmuración. Era incomprensible para ella que hubiera personas que pudiesen deleitarse en el gusto maligno y cruel de oír o referir las faltas y flaquezas de sus prójimos, de destrozarse sin piedad su fama y buen nombre, de criticar todas sus acciones, y aun sus intenciones más secretas de solo Dios conocidas, siendo este proceder por otra parte tan contrario a la ley de la caridad.

No sólo no tenía el abominable vicio de la murmuración, pero ni tampoco consentía por un instante que otras personas se dejasen llevar de él en su presencia. Al punto desviaba la conversación y y si esto no surtía el efecto que deseaba, mandaba callar o se retiraba. Pero rara vez tuvo que llegar a estos extremos, porque nadie delante de ella se atrevía a desmandarse en esta materia. Era dicho común entre las personas que con ella trataban, que lo que se

1) Procesos pág. 212.

2) Procesos pág. 234.

hablaba con ella, se podía decir a Dios en la oración sin el menor peligro de desagradar a su divina Majestad.

Para evitar todo pecado de lengua seguía el consejo de la Sagrada Escritura, guardando el más riguroso silencio siempre que podía hacerlo; y cuando había necesidad o utilidad en el hablar, se prestaba con muy buena gracia, sin escrúpulo alguno, pero con mucho cuidado en que no se le escapasen palabras inútiles u ociosas. Fue siempre tan cauta y reservada en el uso de la lengua que nadie tuvo ocasión de quejarse o resentirse por cosa alguna que ella hubiese dicho.

El olfato, como que es el sentido que menos puede inducir a pecado, en ella no tuvo ni el menor desliz. Jamás consintió en su cuarto zahumerios, esencias o pastillas olorosas; ni llevó sobre sí cosa de olor agradable, ni siquiera con pretexto de relicarios u otros objetos piadosos, como era entonces universal costumbre. No percibió tampoco advertidamente la fragancia de ninguna flor privándose por mortificación de cuanto pudiera causarle algún gusto. (1)

Nada resta por decir de su heroica mortificación del gusto y del tacto: consta que fue extremada por la hiel, vinagre, ceniza y hierbas amargas que mezclaba en sus alimentos, por sus ayunos y abstinencias; por sus cilicios horribles y sangrientas disciplinas.

Con la mortificación exterior de los sentidos juntó Mariana en grado heroico también la mortificación interior, en especial de la imaginación y de los afectos del corazón. Muy lejos de dejarse vencer y arrastrar al pecado por la imaginación, la tuvo siempre muy quieta y sosegada con el continuo pensamiento de la muerte, y con otras industrias de que se valía para que no divagara a su antojo, sin freno de ninguna especie.

Guardaba con sumo cuidado su corazón de todo afecto desordenado, pues lo tenía entregado a solo Dios y a las cosas del cielo; lo demás que hay en el mundo era a sus ojos vanidad, y lo miraba con total desprecio.

Con esta mortificación absoluta del cuerpo y de sus sentidos así interiores como exteriores, se puede comprender cuán aborrecible y aun intolerable habría sido para ella la lectura de libros corruptores o de novelas que comunmente no traen ningún provecho, ni científico ni literario, y causan por otra parte males incalculables.

Dichosas las almas que a ejemplo de Mariana mortifican sus viciosos afectos, sujetan en lo posible la imaginación y guardan sus sentidos libres de todo desorden.

Mucho más de lo referido se podría decir de la mortificación tanto exterior como interior de Mariana; pero basta lo dicho aquí para conocer a qué grado heroico de perfección no llegaría con

1) Procesos página 34.

tantas mortificaciones voluntarias practicadas únicamente con la intención de agradar a Dios y de tener el cuerpo de tal suerte sumiso, que no sólo no fuese un impedimento al alma para correr por el camino de la perfección, pero la ayudase en cuanto es posible.

CAPITULO XIII

Pide Mariana de Jesús a Nuestro Señor que no sean conocidas sus penitencias

SUMARIO: MARIANA DESFIGURADA POR SUS PENITENCIAS.—PIDE NO APAREZCAN AL EXTERIOR.—DIOS LE CONCEDE UNA ADMIRABLE HERMOSURA. —ESTA PERSEVERA TODA SU VIDA.—CÓMO SE SUPO ESTE PRODIGIO.—CUANDO ACUNTECIÓ.

Penitencia tan austera cual era la de Mariana, ayunos tan rigurosos y prolongados, tan frecuentes y sangrientas disciplinas que bastaban para quebrantar muy en breve la complexión más robusta: ¿qué de estragos no harían en una doncella de complexión delicada como era Mariana? Era muy hermosa de rostro, su tez era muy suave y sus facciones muy bien delineadas; pero al poco tiempo de haber entrado en su retiro quedó completamente desfigurada, marchita su hermosura, pálidos los labios, macilentas y demacradas las mejillas, amortecida la mirada que antes tenía vivísima y muy risueña; no le quedaba aspecto de persona viva, era más bien un animado cadáver, una armazón de huesos cubiertos con una piel reseca. [1]

Pronto repararon sus hermanos y parientes con todos los de la casa, en la notable mudanza de su aspecto y persona; y no pudiendo achacar la ruina de su salud y robustez, sino a sus austeridades, llenos de compasión y dolor al ver que ella misma se iba quitando la vida en tan temprana edad, emprendieron contra ella y su modo de obrar, una persecución tanto más molesta y tenaz, cuanto que procedía del cariño y afecto que le profesaban. Unos reprobaban el rigor de sus penitencias, diciéndole que por causa de ellas se encontraba en tan lastimoso estado. Otros iban más adelante y procuraban con toda su habilidad infundirle algunos escrúpulos para que se moderase, haciéndole presente que solo Dios es dueño de la vida, que nadie puede quitársela a sí mismo, ni tampoco reducir el cuerpo a un estado tal que le sea imposible servir al alma. Otros, por fin, le representaban que si bien agradan a Dios las austeridades, esto podía ser así cuando se practican conforme lo dicta la prudencia y discreción; añadiendo que serviría más y mejor a Dios con una moderada penitencia de muchos años, que con un fervor arrebatado de pocos días. En una palabra se valían de cuantos argumentos podían encontrar en su amor y cariño para con ella, para inducirle a que no prosiguiese sus penitencias.

1] Procesos, página 35.

De todas estas y otras muchas razones con que de continuo la apremiaban, una sola le hacía fuerza, y era que la tuviesen por muy penitente, y consiguientemente por santa. Sabía Mariana perfectamente que con sus penitencias no atentaba contra su vida, (porque no eran contrarias a la voluntad del dueño y soberano de la vida y de la muerte); sabía antes bien que le agradaban sobre manera, como se lo había mostrado hasta por milagros; sabía que el divino Jesús se complacía grandemente en ver que su alma anhelaba sin descanso y por todos los medios posibles asemejarse más y más a El en el misterio inefable de los dolores de su Pasión; pero le atravesaba el corazón honda pena, al pensar que siendo tan pecadora y tan floja en el servicio de Dios, la tuviesen por buena y virtuosa. [1] Resolvió, pues, quitar la ocasión del engaño, y pedir hasta alcanzarlo, que Dios mismo lo remediasse, suplicándole para este objeto que sus mortificaciones no apareciesen en lo exterior, ni en la cara ni en las manos. Al tomar esta determinación sintió que la animaba una confianza inquebrantable, y comprendió que, infaliblemente, su petición sería oída.

Después de muchos días de oración y de súplicas fervorosas, acompañadas de grandes mortificaciones, salió una mañana de su casa a la iglesia de la Compañía para comulgar, con la firme convicción de que aquel día Dios le concedería la gracia tan apetecida.

Comunicó sus esperanzas con su confesor el P. Camacho, y le pidió dijese a su intención la misa de aquel día en honor del Espíritu Santo, en quien como Consolador de las almas, había puesto su consuelo. (2) Dijo el Padre la Misa, que Mariana oyó con extraordinaria devoción y recogimiento y recibiendo en ella la sagrada comunión con el fervor que acostumbraba. Habiendo dado gracias, volvió otra vez al confesonario para dar a conocer al Padre el resultado de su oración, como éste se lo había encargado. Se arrodilló y quedó un rato como aborta; sintiendo un ardor desusado en la cara y las manos. Vuelta en sí de esa especie de aturdimiento, que duraría cosa de unos instantes, como quien despierta de un dulce sueño, se encontró repentinamente transformada. El rostro lo tenía lleno, y muy proporcionado en todas sus partes, los ojos con una viveza y una animación sorprendente, las mejillas hermosas y sonrosadas, el color todo muy suave y cual lo puede tener una joven robusta y sana; no quedaba en ella señal alguna de las penitencias pasadas. Y porque las manos se habían de ver y podían ellas también revelar sus penitencias, fueron participantes del mismo milagro. Aparecieron llenas de carne, en perfecta correspondencia con el rostro, muy bien conformadas, de piel muy suave y rosada; y extendidas, dice uno de los testigos, «mostraban hoyos muy graciosos». Todo lo demás del cuerpo que cubrían los vestidos quedó con solo la piel y los huesos. Se lee lo

1) Procesos pág. 183.

2) Procesos, págs. 250, 66

siguiente en los Procesos sobre este asunto: «...Dijo (Catalina de Alcocer) que conoció a la venerable Virgen Mariana desde que nació y que la vido morir en brazos y manos de esta testigo, que la asistió como a su hija en su niñez.....y que de las penitencias vido esta testigo a la venerable Mariana de Jesús muy amarilla y quebrada del color del rostro y macilenta; y que la riñó diciéndola que para qué hacía tantas penitencias y que se moderase en ellas y asimismo se lo dijeron otras personas.....de cuyo empacho..... se puso en oración, y le pidió a Nuestro Señor le hiciese particular favor para que no hiciese en su rostro demostración de penitencia por el empacho que tenía de la gente; y fue servido Nuestro Señor de concederle esta gracia; y después la vido esta testigo el rostro tan hermoso y rosado con tanta lozanía que parecía no se desmandaba en las continuas penitencias que había tenido, siendo así que con más esfuerzo las hacía». (1)

Una hermosura tan nueva, tan repentina e incomparablemente mayor que la que había perdido con la penitencia, no podía ser obra sino del Divino Artífice, que en todo complacía a su fiel sierva, así como ella se esmeraba en cumplir con exactitud la divina voluntad. Esta hermosura celestial que a todos encantaba, no fue efímera, ni se desfiguró con el tiempo, sino que fue tan estable y permanente, que no la pudieron marchitar en lo más mínimo, ni las continuas enfermedades que sufrió, ni las terribles austeridades que siguió practicando, ni la misma muerte, pues con esta hermosura bajó al sepulcro y con ella permaneció hasta la traslación del sagrado cadáver que se verificó un mes después de su preciosa muerte.

Fue increíble el gozo que sintió Mariana, al ver su oración escuchada por Dios con un milagro tan patente. Le rindió las más sinceras gracias por este beneficio que había de ser la guarda de su humildad. Con esto se confirmó mucho más en la persuasión de que sus penitencias agradaban a Dios, y eran de su voluntad, pues se lo había significado con favor tan desusado. Para mostrar su agradecimiento formó el propósito de seguir adelante con sus horrendas mortificaciones y de aumentarlas lo más que le fuese posible, ya que nadie las había de conocer.

Volvió a casa tapada el rostro para no ser vista, en casa guardó mayor recogimiento por algún tiempo, con lo cual parece que los de la familia no notaron inmediatamente el cambio en ella operado. Pero no pudo encubrir el favor por largo tiempo; y viéndola ellos con tan buenos colores, tan hermosa y diferente de lo que era antes, cuando le hacían aquellos cargos de que se mataba a sí misma; creyeron que se había aprovechado de sus consejos, moderado sus rigores y ayunos, y aun cesado por completo en sus penitencias; por lo cual le daban mil parabienes, y esto mismo hacían sus amigos. No pretendía otra cosa Mariana, disimulaba el

1) Procesos págs. 305, 306, 72.

favor de Dios y se complacía en que nadie de aquí en adelante, la tuviese por santa ni mortificada, contenta con que sólo Dios supiese sus trabajos y aflicciones.

Quiso Dios que llegase a nuestra noticia este caso tan raro, así de boca de sus confesores a quienes tenía descubierta toda su alma, (1) como de sus mismos parientes y de las demás personas de la casa, quienes reconocieron muy pronto su engaño, de que no sólo no había cesado en sus mortificaciones, sino que las iba aumentando cada día, sin que por ellas se inmutase para nada aquella celestial hermosura suya, que poco antes tanto les había admirado. Obligados por la evidencia de lo que pasaba, tuvieron que atribuir a obra divina la primera mudanza, así como tenían que atribuir a solo Dios que perseverase la belleza adquirida a pesar de tan terribles austeridades que presenciaban cada día. Pero cuando se convencieron plenamente de que la hermosura de su rostro era milagrosa, fue después de la muerte de la bendita virgen. Al querer amortajar su sagrado cuerpo, lo vieron cubierto de llagas y cilicios, hecho un esqueleto, y en tal estado que fuera de la cabeza y manos no tenía sino la piel y los huesos. [2]

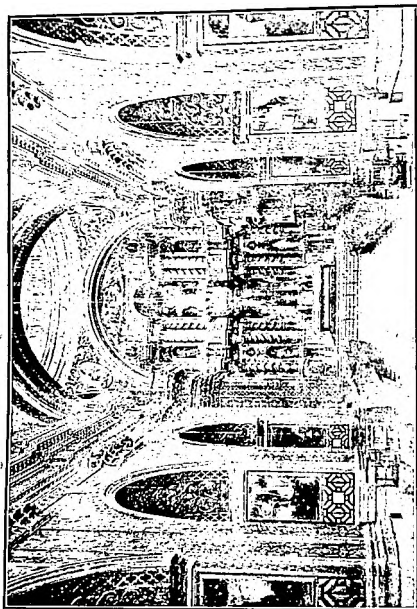
La misma Mariana refirió, por su parte, esta gracia singular a su íntima amiga Petronila de San Bruno, quien le preguntaba cuál era la causa que recetándole los médicos muchas sangrías, y haciendo ella tantas penitencias, con todo tenía el rostro muy lleno y con tan vivos colores; a lo que respondió Mariana: «Es que lo pido a Nuestro Señor, porque viéndome amarilla y con el color quebrado y flaco el rostro, juzgarán los que me vieren que yo hago muchas penitencias y ayuno mucho, y así no quiere el Señor que yo me demude ni pierda los colores; porque se lo pido así». (3) De estas palabras se ve que ella pedía constantemente a Nuestro Señor la continuación de la gracia que una vez había alcanzado.

Aunque no se sabe el año cierto en que Dios hizo este favor a Mariana, se colige por todas las circunstancias del hecho, que debió verificarse a los pocos meses o al año después que hubo entrado en su recogimiento y retiro, cerca de los trece años de su corta vida. De esta suerte duró este continuo prodigio en ella, por el espacio de trece a catorce años. Bien se puede comprender cuáles serían sus fervores, al verse tan favorecida de Dios, y cuanto le ayudaría a practicar sus austeridades este incontestable milagro; que no tiene ninguna explicación natural que de él se pueda aducir. De nada sirven aquí la imaginación, la sugestión, la autosugestión, la alucinación, los espíritus, y todos los demás pobrísimos y anticientíficos recursos, a que se ve precisada apelar la infeliz impiedad moderna para negar la verdad y posibilidad de los milagros.

1) Procesos pág. 277.

2) P. Morán de Butrón, lib. II, cap. II, pág. 171.

3) Procesos pág. 72.



LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS (Interior)

Templo que frecuentó Mariana de Jesús durante toda su vida. En él se ofreció a Dios en sacrificio por la salvación de su Patria.

LIBRO III

Heroicas virtudes de Mariana de Jesús

CAPITULO I

Viva fe y firme esperanza en Dios Nuestro Señor de Mariana de Jesús

SUMARIO.—SU GRANDE VIRTUD.—PRESENCIA DE DIOS.—SU ESPERANZA.—DESPRECIO DE LO PERECEDERO.

Si la vida de Mariana es admirable por sus austeridades, lo es todavía más por sus grandes y heroicas virtudes. Era voz común en Quito, que las poseía todas en grado sumo, y que no podía el ojo más perspicaz encontrar en su conducta defecto alguno que censurar. Por esta causa fue venerada y tenida por muy sierva de Dios en su vida; y después de su muerte apreciaron todos los de la ciudad y de la provincia, cualquier cosa suya como reliquia de gran valor.

Dice uno de los declarantes en los Procesos. (1)

«Por el conocimiento que tuve de la virtud de esta señora sierva de Dios, que fue grande, tiene por cierto concurrir en ella todas las virtudes en grado sumo, porque fue muy honesta, muy casta, muy humilde y muy penitente, y toda ella llama de caridad para con los prójimos, y con el conocimiento de esto sabe este testigo como comunmente toda esta ciudad la veneraba por Santa; y particularmente este testigo, que en viéndola le causaba mucha veneración y respeto, tanto que le parecía ser indigno de estar junto a tan preciosa joya, y tan estimada de Dios; y con este conocimiento le pedía siempre con toda humildad lo encomendase a su divina Majestad para que por su intercesión lo hiciese bueno, y hasta hoy le pido lo haga ante su acatamiento divino, porque fue santa y muy santa, que repite muchas veces; y por tal la estimó toda la ciudad, demostrándolo en el general sentimiento que hicieron todos los de ella a su muerte».

1) Procesos, página 154.

La fama de su santidad no estaba encerrada en la ciudad de Quito. Había pasado, y con mucho, los límites que podía tener entonces la fama de los hombres grandes según el mundo. Llegaba no sólo a las principales ciudades del Ecuador pero también del Perú y de Colombia. Muchos ignoraban su nombre y apellido, aun en Quito; pero todos la conocían con el nombre más glorioso y muy merecido de «*Santa*».

La santidad cuando es sublime, se ha mostrar con las obras o sea con la práctica de las virtudes; más esto no en un grado cualquiera, común y vulgar, sino en grado heroico. Tal fue Mariana durante toda su vida mortal. Digamos algo siquiera de sus admirables virtudes, ya que siempre será poco si se compara con lo que debiera decirse.

La fe sobrenatural es el fundamento de toda virtud y religión; sin ella es imposible agradar a Dios y salvarse. El que no cree las verdades que Dios ha revelado, o que admite dudas voluntarias acerca de los dogmas de la religión católica irremisiblemente se condenará, cualquiera que sea el frívolo pretexto de su incredulidad, pues irroga una gravísima injuria a Dios, no queriendo someter su corto entendimiento a la Sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni tampoco engañarnos.

Esta fe divina brilló en Mariana de Jesús como el oro más puro, libre de dudas, celos o perplejidades acerca de los dogmas de la religión; y las profundas ilustraciones que recibió sobre ellos en la oración, la afianzaron cada vez más en su firme creencia.

De esta fe viva nacía el andar siempre en la presencia de Dios; le adoraba presente en todas partes como a su Creador, le reverenciaba como a su Rey y dueño soberano, y le amaba con un amor que era todo ternura sin perderle jamás de vista. De su fe ardiente nacieron aquellos sublimes arranques, con que deseó, todavía niña, salir de su casa para ir a convertir a los infieles del Marañón y propagar por todas partes la religión cristiana. De la misma fe procedían aquellas ansias que le duraron toda la vida, de hallarse en provincias de infieles como el Japón o la China, a fin de instruirlos en los misterios de la religión. (1)

Los impulsos de la fe eran su guía, cuando en fervorosas oraciones pedía constantemente a Dios Nuestro Señor, la propagación de la religión católica, la conversión de los herejes y de los malos cristianos, y para sí misma la palma del martirio. Tenía una santa envidia a los mártires, por la dicha que les cupo de derramar su sangre por Jesucristo; ella de buena gana hubiera dado hasta la última gota de la suya en cualquier momento de su vida.

Quien tanto oraba por las naciones infieles y por los herejes no se olvidaba de su patria querida, y mucho menos de la ciudad que fue su cuna; antes bien sábese que frecuentemente oraba por

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. I, pág. 187.

ella; y lo que hizo entonces estando en este mundo, lo hará mucho mejor ahora desde el cielo.

Era esta le tan serviente en Mariana y tenía tanta eficacia para excitar afectos en su corazón, que cuando hablaba de los divinos misterios, sobre todo de los que pertenecen a la persona adorable del Redentor, se encendía sobremañera su rostro angelical, y su corazón palpitaba con grande fuerza. Aparte de la reverencia profunda que tenía a todos los dogmas de nuestra santa religión, profesó siempre particular amor y devoción al misterio de la Santísima Trinidad, a cuya amorosa providencia e inexhaustos tesoros, acudía animada de la más tierna confianza; al de la sagrada Eucaristía, que puede llamarse las delicias de Mariana; a la dolorosa Pasión de Jesús que le robaba el corazón, y que procuró copiar en sí con todas las ansias de su alma. (1)

Pero esta le así como no fue ociosa en su alma sino que la impulsó al no interrumpido ejercicio de las más perfectas virtudes, para mayor honra de Dios, de la misma manera hizo que se ejercitase en obras de verdadero celo para el bien y provecho de los prójimos; todo lo cual ha de quedar comprobado con la simple reseña de sus egregias virtudes.

Plantada la fe en el corazón produce, como árbol fecundo, por primer fruto, la esperanza; virtud sumamente consoladora en las miserias de este destierro; pues por ella confiamos sin género alguno de duda que Dios, infinitamente bueno y fiel a sus promesas, nos ha de dar algún día la gloria del cielo, y mientras nos dura esta vida, las gracias que necesitamos para alcanzarla.

Tuvo Mariana esta noble virtud en sumo grado y sin la menor imperfección. Consideración suya frecuente era el pensar que Dios la había puesto en este mundo para que viviendo santamente, pudiese después gozar de él por toda la eternidad. Esa dignación de Dios la llenaba de tantas delicias; de gozo tan singular, que le brotaban las lágrimas en grande abundancia, y parecía que los suspiros iban a ahogarla. En aquellos momentos, cortas le parecían, y aun nada, sus mortificaciones en comparación de la gloria que esperaba en la vida futura. Por causa de este mismo afecto, experimentaba un dulce consuelo cada vez que se ponía a mirar el cielo estrellado, cuya vista le recordaba la patria celestial, donde se hablan de acabar todos sus trabajos.

Jamás la abandonó esta esperanza, ni se entibió en su corazón; sino que fue su firme apoyo en las deshechas borrascas de sequedades, desconsuelos y otros gravísimos sufrimientos con que plugo a Dios probar su paciencia.

De aquella misma esperanza nacía su entera resignación en las manos de Dios, dejando que su divina Majestad dispusiese de ella y de todo lo que le pertenecía en la forma que le agradase. Con

1) Procesos página 48.

esto desconfiaba completamente de sí y de sus trazas, y se tenía por inútil y sin provecho. Pero el más sólido argumento, la prueba más inequívoca de su esperanza en Dios, ha de colocarse en el desprecio absoluto que hizo de todas las cosas perecederas. «No he visto en mi vida, decía uno de sus confesores, el P. Alonso de Rojas, mayor desprecio de las cosas humanas ni mayor estima de las divinas».

En efecto, lo que precisamente acá enamora más a los hombres, y en lo cual ponen su esperanza: la salud, la vida, las riquezas, la honra, los placeres, todo lo despreció y holló Mariana; como quien poseía otros bienes más preciosos en su estimación y se tenía por huésped en este mundo y solo de paso para el cielo. La honra mundana no podía hacer la más ligera impresión en el corazón de aquella virgen cuya vida estaba toda oculta en Cristo, y que anhelaba el mayor recogimiento posible; menos todavía las riquezas, pues había renunciado en sus hermanos y una de sus sobrinas, su cuantioso patrimonio, pidiendo a sus parientes que laoviesen de limosna en casa como a cualquier otro pobre. La misma sierva de Dios decía de sí, que cuando llegaba a considerar la vileza e inseguridad de la vida, juntamente con el riesgo que en ella hay de perder la eterna salvación, era tanta su aflicción y miedo, que no tenía entonces otro alivio, sino acogerse al Costado de Cristo, como asilo seguro y lugar de refugio. Con este aprecio de las cosas del cielo y desprecio de las mundanales, se encendía en su corazón un vivo deseo de morir, aunque siempre en todo conforme con el divino beneplácito, porque no pretendía su provecho sino hacer la voluntad de Dios.

Así como procuraba Mariana con sus palabras, persuadir a todos los misterios de nuestra santa fe, sin perder ninguna ocasión que tuviera de enseñar la doctrina cristiana, de igual modo se esforzaba en infundir y robustecer la esperanza y confianza en Dios en los corazones de sus prójimos. (1)

Cuando aquel ángel en carne mortal, Sebastiana de Caso, su sobrina, estaba para espirar, por causa de su amor a la castidad, la alentaba Mariana con estas palabras: «Ea, adelante Sebastiana, pon tu confianza en Dios y espérame en el cielo, donde vas a gozar de Dios lo que es vida verdadera, que juntas celebraremos la pascua del Espíritu Santo en la gloria.» (2)

Pero si veía que alguna persona confiaba demasiado en sus trazas y fuerzas humanas, al emprender alguna buena acción para la gloria de Dios, procuraba con todo ahinco hacerle comprender el engaño; le persuadía que desconfiase de sí y de sus medios para poner su confianza en sólo Dios. Y si al contrario se encontraba con una alma atormentada por la desconfianza, lo sentía mucho, y

1) Procesos pág. 77.

2) Procesos página 64.

se afanaba en infundirle mejores pensamientos para con la bondad infinita; que todo lo que obra o permite, con excepción del pecado en el que lo comete, es siempre para mayor bien de sus criaturas. A quien acudía a ella en busca de consuelo en alguna aflicción o aprieto, le exhortaba en primer lugar, a poner su confianza en Dios que no le faltaría en el momento por El determinado como Padre muy amoroso. Propuesto este motivo principal de consuelo, por no decir el único verdadero, se esmeraba en añadir cuanto comprendía que podía mitigar la pena y el dolor de la persona afligida que a ella se había dirigido.

Escolástica Sarmiento, una de las compañeras de infancia de Mariana, padecía disgustos e insufrible sinsabores en el estado de matrimonio, que había abrazado con la ilusión de toda suerte de felicidades. Fue un día a la iglesia de la Compañía para consultar a su confesor, acerca de unos planes que había imaginado para remedio o alivio de sus males. No pudo salir el Padre por estar enfermo y Escolástica, como desesperada, iba a ejecutar sin más consejo sus propósitos, que no eran sino un puro desatino. Vió a su amiga Mariana en su puesto ordinario; pero temiendo que le estorbase su intento, procuró salir de la Iglesia sin que ésta lo advirtiese y se fue por la otra nave. Pero ¿cuál no sería su asombro cuando al llegar a la puerta de salida se le presentó Mariana, quien a pesar de que nunca hablaba ni la menor palabra en el templo, la saludó cariñosamente le preguntó cómo le iba con su esposo, y la instó a que le contase su nuevo trabajo; hízolo Escolástica no poco admirada de ver que le había penetrado los secretos del corazón. Oído el relato, Mariana la alentó, la consoló con las mejores razones que supo y le dijo: «¿Es motivo bastante no estar aquí tu confesor para dejar de recibir los sacramentos y de consultar en tus dudas, como debes hacerlo?» (1)

La hizo volver a la iglesia, induciéndole a que se confesase y comulgase; y le ofreció tomar a su cargo el pedir a algunas personas de santa vida, que alcanzasen de Dios Nuestro Señor la paz y tranquilidad para su matrimonio. Así sucedió por las oraciones de Mariana porque desde aquel momento Escolástica vivió con su esposo en paz y buena armonía por muchos años, como ella misma lo atestigua en los Procesos. Fueron muchas las personas que Mariana consoló en sus trabajos, y ahora desde el cielo consolará también a los que con viva fe y confianza acudan a su intercesión poderosa. (2)

1) Procesos página 63.

2) Procesos págs. 64.

CAPITULO II

**Fervoroso amor de Mariana de Jesús
a Dios Nuestro Señor**

**SUMARIO: SU INOCENCIA BAPTISMAL.—SU AMOR ENCENDIDO.—
TESTIMONIOS.—EXTASIS.—DESEOS DEL MARTIRIO.—SUFRE LOS
DOLORES DEL MARTIRIO.**

Fue tan encendida la caridad que Mariana tuvo para con Dios, que se puede asegurar sin peligro de exageración, que todos sus pensamientos, palabras y acciones, desde que tuvo el uso de razón hasta el último suspiro fueron un continuado acto de caridad, pues todo procedía actualmente a impulso de esta virtud celestial, reina de las otras virtudes.

Dios le concedió el don inestimable de preservarse pura de todo pecado mortal, de suerte que llevó intacta al sepulcro la gracia e inocencia que recibió en el santo bautismo, como lo aseguran sus directores espirituales, que son los únicos que en este mundo podían saber tan admirable secreto. «Este testigo, dice el P. Antonio Manosalvas, sabe como padre espiritual que fue de la venerable virgen Mariana de Jesús, el tiempo de siete años poco más o menos, que en todos los días de su vida conservó la primera gracia que recibió en el bautismo.....no pecó en toda su vida, mortal ni venialmente con advertencia.....» (1)

Mas no le podía bastar verse libre del pecado que destruye el amor de Dios, anhelaba crecer cada día en la caridad con la práctica de las buenas obras. En sus sinsabores, penosas enfermedades, congojas y trabajos, su lengua no sabía articular otras palabras sino éstas «Sea todo por amor de Dios, gracias a Dios». Bien pudo el P. Alonso de Rojas en su panegírico, compararla a los Serafines, llamándola Serafín en carne mortal, porque lo mismo que esos espíritus bienaventurados, no tenía interrupción en su amor. (2) Su confesor, el P. Camacho, escribiendo al Capitán D. Cosme de Caso le decía estas palabras «Más tiempo y papel era menester para hacer extensa relación del amor que a Dios tenía esta virgen; mas dejando las muestras exteriores a tantos ojos patentes, y reduciendo a breves períodos lo interior, digo lo primero: Que Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discursos, y amarle sin interrupción.» (3)

Estas últimas palabras lo dicen todo: recibió el don admirable de amar a Dios sin interrupción, Dios era su cuidado, el objeto de

1) Procesos pág. 353. P. Alonso de Rojas, pág. VII.

2) P. Alonso de Rojas pág. XVI.

3) P. Morán de Butrón, lib 111, cap. 2, pág. 192.

sus ansias, el blanco de sus acciones, su vida. En la Iglesia, en la calle, en la casa, siempre vela a Dios, le tenía a su lado, le poseía con ineludible consuelo, no apartaba su vista de El y gozaba de su comunicación de tal manera, que si su alma pudo disfrutarlo, la pluma no puede describirlo. Una rápida ojeada sobre los pasos principales de su vida pondrá de manifiesto que el amor de Dios fué siempre el móvil único de sus acciones todas.

No otra cosa sino amor significan sus devociones infantiles mezcladas con austeras penitencias; el querer salir de su casa siendo niña, para ir a convertir a los infieles; el pretender la soledad donde había de servir a Dios sin estorbo de ninguna especie; el huir constantemente de lo que le podía dar gusto a los sentidos; buscar sin tregua ni descanso la penitencia y mortificación, tratar a su cuerpo inocente como a su mayor enemigo; temer tanto el ser estimada, cuanto el mundo teme lo contrario; buscar los desprecios; olvidarse de sí para atender a la gloria de Dios; ésta fue la vida de Mariana, y semejante vida sólo se puede llevar por amor de Dios y por un grande amor de Dios, que no bastan otros motivos terrenos.

Mas como las llamaradas de su amor que salían al exterior manifestadas por las buenas obras, no eran sino una parte pequeña del incendio que ardía en su corazón; preciso será recurrir a sus Padres espirituales y referir lo que ellos dejaron escrito de su amor de Dios, pues a ellos era patente toda su alma.

Ya queda apuntado lo que aseveró el P. Camacho, que Mariana amaba a Dios sin interrupción, pero no es menos sorprendente lo que dijo el P. Lucas de la Cueva, cuya declaración jurada es del tenor siguiente:

«Conoció a esta señora, la comuniqué en mi confesionario, reconociendo siempre en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de Dios grandísima; esta le hacía oír su santa palabra con tanto gusto que era gloria. Buscaba estos ratos con ansia, y en ellos descubrí la alteza a que Dios la había llamado, y la unión que con su divina Majestad había alcanzado. Lo que principalmente le llevaba y arrebatava en esta comunicación y conversación de la palabra de Dios eran los ejemplares que tocaban en grandes mortificaciones, penalidades y trabajos; oyó aquel lugar de Job. *Quis mihi tribuat ut veniat petitio mea.....et qui coepit ipse me conterat el hace mihi sit consolatio ut affligens me dolore non parcat.* Quien me diera que viniese mi petición.....y que Dios que empezó, quisiese quebrantarme.....y que éste fuese mi único consuelo que no cesase de afligirme. (1) Con la explicación de estas palabras, se encendía y abrasaba en deseo de padecer todo género de dolores, de mortificaciones, de afrentas, y de todo cuanto en este género le podía suceder; y aun llegando a las afrentas y diciéndole lo de una penitenta del P. Baltasar Alvarez, a

1) Job VI, 8. 9.

quien dicho Padre había sacado con gran victoria de la Inquisición, donde había estado mucho tiempo sin querer defenderse, hasta que dicho Padre salió en su defensa, con tanto dolor de la paciente que en lugar de agradecerle la diligencia se quejaba llorando y decía a dicho Padre «Ah Padre Baltasar, ah Padre mío, eran de perder doscientos azotes y por Toledo?». Refiriendo yo este ejemplo a dicha Mariana de Jesús y añadiéndola: ¿qué dice en esto? ¿En qué disposición se halla? ¿Pasaría a ser azotada por las calles de Quito como lo deseaba la otra por las de Toledo? Me respondió con más presteza de lo que yo le había hecho la pregunta: que sí y que muy de corazón, con tal afecto que me dejaba admirado y sumamente edificado». (1)

Este es en verdad el amor fuerte como la muerte, que no se causa con la tribulación, ni se entibia con los sufrimientos. Este era el amor de Mariana, que no buscaba a Dios por los consuelos con que acostumbra regalar a la almas fieles, sino tan solo por las amarguras de la cruz de Cristo.

Durante su última enfermedad, hablándole el P. Rojas de la alegría del cielo y del gozo que allí tendrán los bienaventurados, Mariana asentía a todo; mas de repente levantó la mano y señaló con el dedo a un *Ecc homo* que tenía junto a la cama, significando con esto que en la vida presente no le agradaba tanto pensar en la gloria del cielo, como participar de las espinas y trabajos de Jesucristo. (2)

Otros muchos testimonios se pudieran traer de sus confesores; mas todos convienen en una misma cosa que su vida fue un continuado amor de Dios, amor que no podía ser vencido por los sufrimientos. Basta añadir lo que ella misma a menudo decía de sí «*que se le abrasaba el corazón de amor*». Por este motivo no hallaba mayor desahogo, que levantarle sin cesar hacía Dios, y poner todo empeño en no hacer cosa que no fuese de su agrado.

Fuera de las horas destinadas a la oración, la cual era toda un acto de amor ferviente, tenía tres horas señaladas especialmente para el dulce ejercicio del amor de Dios «De las dos de la tarde hasta las cinco, puso en su distribución, ejercicios de manos y levantaré mi corazón a Dios, y haré muchos actos de amor de Dios. (3) Con esta práctica nos enseña cuán fácilmente podemos santificar cada una de nuestras acciones, aun las más insignificantes, con levantar como ella, muy a menudo, el corazón a Dios.

Las potencias de su alma, los sentidos de su cuerpo cada cual a su modo y manera, no tenían otra ocupación sino la muy dulce y suave de amar al Bien soberano, a solo Dios. Sus plúti-

1) P. Mozan de Butrón, lib. III, cap. 2, pág. 194.

2) P. Alonso de Rojas, IX.

3) Alonso de Rojas, XII. Procesos página 54.

cas eran del amor divino y encaminadas a fomentarle en sí misma y en el corazón de las personas que tenían la dicha de oírla.

Era tan grande la fuerza con que el amor arrebatava su corazón, que también suspendía la acción de los sentidos, quedándose algunas veces aunque pocas, extática y fuera de sí misma sin saber lo que le pasaba.

Reliere Petronila de San Bruno que habiendo ido una tarde a visitar a su amiga Mariana, la rogó tocara la vihuela en que era muy diestra. Le dió gusto Mariana y empezó a tocar y cantar unas letrillas al niño Jesús. No había estado por espacio de un Credo, cuando quedó elevada y suspensa, fijos los ojos en el cielo y los dedos sobre las cuerdas de la vihuela; y permaneció de esta suerte desde las cinco de la tarde hasta las seis en que volvió en sí exclamando con un profundo suspiro: «Hermosa Petronila qué de cosas hay en el cielo» y de puro gozo derramó grande abundancia de lágrimas.

El amor divino producía como un doble efecto en su alma: conociendo y viendo a Dios, Bien infinito y único objeto del amor de su corazón, se encendía en vivísimos deseos de ir a gozar de El, y cada instante que se le alargaba la vida, era para ella un cruel tormento. Acompañábala a su casa su grande amiga Petronila cuando al hablar del cielo Mariana prorrumpió en estas voces «Tan grande es la ansia que tengo de gozar a mi Dios que deseo ya morir. Háseme aparecido mi madre y devota Santa Gertrudis, y me ha regalado con sus palabras y díchome que mi Jesús me tiene guardadas siete sortijas muy preciosas. Petronila no se atrevió a preguntarle qué misterio era el de las siete sortijas, para no interrumpirla y prosiguió Mariana enfervorizándose más y más ¡Oh quién gozara de Dios! ¡Quién muriera por su amor! ¡Quién se abrasara en su amor! ¡Quién muriera por gozarle! (1) Habiendo ambas llegado a casa de Mariana, entre estos afectos, se despidió Petronila, dejándola engolfada en las mayores ternuras.

Por otra parte, este mismo amor era una pena cruel para Mariana. Conocía que Dios merece ser servido, no de un modo cualquiera, pero a poder ser, infinitamente por sus criaturas, y se le llenaba de tristeza el corazón al ver lo poco que ella hacía en obsequio de la divina Majestad. La vida, aun la más larga empleada en solo servicio de Dios, le parecía breves instantes en comparación de lo que El se merece. Eran vivísimas las ansias que la devoraban de hacer algo por su amor, de inmolarse y sacrificarse por El, de darle la mayor prueba de amor, que señala Jesucristo en el Evangelio, vertiendo hasta la última gota de su sangre para gloria de la divina Majestad. Pedía a Dios la gracia del martirio con vivísimas instancias; y mientras Dios no le quisiese hacer esta merced, suplía con sus crueles disciplinas y san-

1] Procesos pág. 72.

grías abundantes. En la oración de los viernes, de una manera particular, todo era pedir con encendido fervor que Dios la hiciera digna de sufrir siempre más cada día, y de tener por fin la dicha inefable de derramar su sangre por El. Pero no podía satisfacerse su devoción con sufrir el martirio una sola vez, quería que fuese muchas veces cada día. «Oh quién me pusiera, exclamaba, entre los Japoneses u otras bárbaras gentes para derramar mi sangre por amor de Dios, y gozar con brevedad del cielo». [1]

Leía una noche, don Juan Guerrero de Salazar, sobrino suyo, la vida y pasión de una santa mártir. Escuchaba Mariana, toda transportada, el relato de los atroces tormentos que aquella santa había sufrido y el grande amor que en ellos había mostrado a Nuestro Señor Jesucristo. Cada palabra era para ella un nuevo deseo y cada tormento el objeto de una santa envidia y emulación; ansiaba tener para sí tanta dicha, como la de morir por nuestra fe. Había subido a tal punto el fuego sagrado en su pecho que cuando el lector llegó al fin de la vida, sin poder contenerse exclamó en presencia de toda la familia allí reunida: «¡Oh quién pudiera lograr la felicidad de esta santa! ¡Dichosa ella por eternidades, pues supo ser fina para con Dios; feliz ella, pues con su muerte le dió la mayor prueba de su amor! ¡Oh si yo fuera tan dichosa que le probara mi amor con el martirio! ¡Oh si yo tuviera ocasión de merecer que mis miembros fuesen atormentados por los tiranos! Sólo el imaginarlo me causa un consuelo indecible ¿qué sería el experimentar!» (2)

Con estos afectos se retiró a su cuarto, pensando en el martirio, y pidiéndolo encarecidamente en la oración fervorosa que se siguió. Nuestro Señor que nada negaba a su sierva, le otorgó su petición de una manera maravillosa, con una especie de visión imaginativa, que causó en ella los efectos que hubiera producido el martirio real y verdadero. Después de una sangrienta disciplina, se fue a tomar su breve descanso sobre su cama de escalones, y entre sueños le pareció que se encontraba en medio de bárbaros crueles, que por odio a la Religión de Cristo, la mandaban descoyuntar miembro a miembro. Sentía vivísimos dolores, pero su constancia en defender la fe fue inquebrantable.

Con esto despertó muy sobresaltada y viéndose sana y buena se entristeció porque todo había sido sueño. Mas al poco rato empezó a experimentar en su cuerpo, en realidad de verdad, cuantos dolores había sentido entre sueños. Se halló imposibilitada para levantarse, desencajados los huesos y fuera de su lugar, descoyuntado todo el cuerpo, lastimada la lengua, tan baldada y estropeada, que no podía mover ni pie ni mano, ni gobernar sus miembros de modo alguno, y le fue necesario valerse para todo del auxilio de su criada Catalina. Habiendo ésta escondido la escale-

1] Procesos página 110.

2] Procesos página 111.

ra sobre la que Mariana había dormido, la acostó en la cama donde permaneció por espacio de tres meses, experimentando continuos e intensísimos dolores en todo el cuerpo. Los sobrellevó con muy grande conformidad con la voluntad divina y con alegría tan excesiva, que sin cesar daba gracias a Dios por haberle concedido los sufrimientos del martirio que con tanto fervor le había pedido; porque si bien el sueño, de que era mártir, se puede atribuir a la imaginación, los dolores agudos que experimentó después y que correspondían exactamente a las tormentos sentidos en el sueño, niembro por niembro, no eran efecto de la imaginación sino una realidad.

A la mañana siguiente del suceso, informados sus deudos de lo que pasaba, corrieron atónitos a su habitación para saber la causa de tan grave accidente, siendo así que la noche anterior todos la habían visto sana y buena. No tuvieron de ella por entonces otras palabras sino éstas que eran la verdad. «De esta suerte desperté». Esta respuesta no podía tranquilizar a la familia, ni era bastante para que se conformasen con su parecer, cuando les aseguraba que no era menester médico alguno y que su visita sería completamente inútil.

Viendo Mariana la tristeza y aflicción de los suyos, que persistían siempre en llamar al médico y temiendo que si este venía, el caso había de hacerse más ruidoso, les declaró lo que era suficiente para que se aquietasen y dejasen todo a la voluntad de Dios, es a saber: que entre sueños le habían parecido que le hacían sufrir el martirio y que de resultas se encontraba en este estado.

Este acontecimiento maravilloso lo refieren varios testigos, que vieron con sus propios ojos a Mariana clavada en la cama por espacio de los tres meses, que le duró aquel favor de Dios Nuestro Señor. (1) Dios había oído benigno la oración de su sierva, que tan a menudo le pedía como gracia muy apetecida, que la hiciera participante de los dolores de su sacratísima Pasión. En esta ocasión quiso Jesucristo comunicarle algo del quebranto de cuerpo y del descoyuntamiento de huesos que Él había sufrido al ser crucificado.

1 Procesos págs. 40, 111, 358

CAPITULO III

Caridad y celo de Mariana de Jesús con las almas de sus prójimos

SUMARIO: DESEOS DEL BIEN DEL PRÓJIMO.—DOCTRINA A LOS CRIADOS DE CASA.—ACONSEJA LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN.—CONFESSION Y COMUNIÓN CADA OCHO DÍAS.—CORRECCIÓN DE LAS FALTAS.—CATECISMO A LOS PORRES.—PENITENCIAS POR LOS PECADOS DEL PUEBLO. ORA POR LOS HEREJES E INFIELES.—CONVERSIONES DE PECADORES.—ÁNIMAS BENDITAS DEL PURGATORIO.

La señal más segura, libre de engaños e ilusiones, para saber si de veras amamos a Dios, es examinar detenidamente si amamos a nuestros prójimos como a nosotros mismos; si cumplimos con el precepto que Cristo llama suyo, porque el amor de Dios y del prójimo son una misma virtud de caridad.

Donde hay amor del prójimo, hay amor de Dios; y donde no hay amor de Dios, no hay tampoco verdadero amor del prójimo; aunque abunden los planes, los proyectos, y los discursos humanitarios; todo ello no pasa de ser orgullo, amor propio o vil interés, paliado con frases sonoras y palabras pomposas.

Siendo tan real y efectivo el amor que Mariana tenía a Dios Nuestro Señor, como lo manifestaban sus obras; real y efectivo tenía que ser su amor al prójimo. Y en efecto, se puede afirmar con toda aseveración, que cumplió con exactitud, durante su vida cuanto requiere una muy exquisita caridad.

El más entrañable deseo de su corazón era que todos sus prójimos consiguieran el bien supremo, la eterna bienaventuranza para la cual han sido criados; sin excluir por eso, los bienes temporales de esta vida, según que Dios en su adorable providencia los quiera conceder.

Era frecuente decir suyo, «que si le fuera posible dar la vida, así para remediar las necesidades temporales, como principalmente las espirituales de sus prójimos, hacer que sirviesen a Dios y alcanzasen la eterna bienaventuranza, la daría con grande gusto y consuelo». Decía más: «que se tendría por muy recompensada de todos sus trabajos, y aun de la misma muerte, si lograrse de este modo hacer algún bien a una sola alma.» Léense estas palabras en los Procesos:«Esta testigo sabe, así de vista como por habérselo comunicado la misma Mariana de Jesús, que era tan ferviente el amor y caridad que tenía con los prójimos que si le fuera posible dar la vida por remediar la necesidad de ellos lo hiciera, en especial porque sirviesen a Dios. . . .» Otro testigo añade: «Se ejercitó cuanto pudo y permitían su condición en obras de caridad espirituales y corporales en beneficio de los prójimos; deseando

viviesen todos en el temor y servicio de Dios; y para el efecto diera su vida.» (1)

Dió muestras ya desde muy niña de que sus deseos en este particular no eran estériles, ni vanas sus palabras. Procuraba con todas sus fuerzas en aquella tierna edad, enfervorizar a sus compañeras con sus palabras y buenos ejemplos; hacía que la acompañasen en sus buenas obras de piedad y devoción, que la imitasen en sus mortificaciones y austeridades, y aun las corregía con tino y prudencia en las ligerezas que podían cometer por causa de la edad e irreflexión.

Dice a este propósito una de sus sobrinas: «... A esta testigo y a otras sobrinas suyas, muchachas, las instruía en la virtud, enseñándolas a rezar, llevándolas a la iglesia de la Compañía para que aprendiesen a oír misa, y a la asistencia del culto divino, y se inclinasen a la frecuencia de los santos sacramentos con su ejemplo y el de las demás mujeres devotas» (2) Otra de aquellas niñas sus compañeras añade: «... que toda su conversación era de la gloria, de la virginidad y pureza, de la penitencia y vidas de los santos y santas envidiándoles sus virtudes con santa emulación...» (3)

Siendo de alguna más edad no perdió esta santa costumbre, sino que se perfeccionó en su práctica. Era el alma de todos los buenos y devotos ejercicios que se practicaban en aquella familia, perfecto modelo de familias sólidamente cristianas. Tomó a su cargo en lo espiritual a toda la gente de servicio que era muy numerosa.

Reunía a la hora más desocupada a los criados y criadas, especialmente de la raza indígena como más necesitados, y se ponía con fervor y celo a enseñarles con mucha paciencia las oraciones que usa la santa Iglesia, y que los cristianos acostumbran rezar al acostarse, al levantarse y en otras ocasiones; lo mismo hacía con los artículos principales de nuestra santa fe, y aún con toda la doctrina cuando la rudeza de aquella gente lo permitía. (4) Era incansable en este santo ejercicio, por más dificultades que se le opusiesen, jamás desistió de su intento. He aquí cómo refiere la india Catalina el modo que usaba Mariana para enseñarle cuando pequeña: «..... Se acuerda que la llamaba, siendo muchacha a que le ayudase a alifiar los altares, y darle las flores, y la enseñaba en tan tierna edad, pues apenas se puede acordar, a rezar el rosario y a que se encomendase a Nuestro Señor, quien le habla de dar pan y lo demás que necesitase esta testigo; con que la persuadía a que rezase y fuese devota de la Madre de Dios haciéndola rezar el rosario de rosillas juntamente con ella». (5)

1] Procesos pág. 86. Procesos Apostólicos fol. 420.

2] Procesos página 53.

3] Procesos página 60.

4] Procesos página 110.

5] Procesos página 96.

Para que acudiesen todos de muy buena gana, buscaba algunos doncellitos que poder regalarles, como fruta, dulces, pan, objetos piadosos, prendas de vestir y otras cosas que daba por premio a los que respondían más acertadamente a sus preguntas. Admirábanse mucho todos ellos, de que la «niña» Mariana tomase tanto interés en hacerles aprender la doctrina, y que se privase de las cosillas que le regalaban, para poderlas distribuir a quien respondiese con mayor acierto. Este buen ejemplo, de desprendimiento al par que de caridad, les hacía comprender mejor que todas los razonamientos, la importancia de la doctrina cristiana.

Disponía con todo esmero, para la primera confesión o comunión a los que aun no la habían hecho; y les buscaba algún confesor que les facilitase la recepción de estos sacramentos. Procuraba incessantemente introducir y fomentar el santo temor de Dios, con sus pláticas, siempre de cosas espirituales y con los buenos ejemplos de su santa vida; les contaba a menudo los casos edificantes que leía en las vidas de los santos, para que se animasen a imitarlos; les inculcaba sobre todo el horror al pecado, especialmente al pecado impuro; y no perdonaba pena ni trabajo para conseguir este fin.

Donde se esmeró en particular fue en inspirarles a todos una tierna devoción a María Santísima, Reina de la pureza, haciendo que la sirviesen con algún obsequio diario, como el Santo Rosario que les hacía rezar cada noche y otras prácticas de devoción o actos de virtud, que les iba enseñando siempre que se le presentaba alguna ocasión favorable; persuadida de que si lograba implantar la verdadera devoción a María en aquellas almas, las tenía ganadas para el cielo. (1)

A esas doctrinas de Mariana aunque al principio no eran sino para los criados y criadas, pronto acudieron sus parientes y deudos, que tenían grande gusto en oírla hablar de las cosas de Dios. Fué tanto lo que aprovechó y enfervorizó a todos, que pudo establecer en su familia como costumbre, la confesión y comunión todos los domingos y días de fiesta, y también en aquellos en que el Santísimo Sacramento estaba expuesto en la iglesia de la Compañía de Jesús: D^a. Jerónima y D. Cosme eran en esto los primeros en asistir con mucha devoción; con este ejemplo fácilmente seguían los demás. (2)

La víspera del día de comunión cuidaba de avisar a cada cual en particular para que así todos se preparasen a recibir con fruto los santos sacramentos; los disponía por la noche con varias devociones, como el rezar los actos de fe, esperanza y caridad y otras oraciones. Todos le obedecían gustosos, tanto por su propia piedad como por mostrarle el amor que le profesaban; de suerte que

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 3, pág. 203.

2) Procesos, págs. 110, 355.

aquella casa, gracias al celo de Mariana, no parecía sino una comunidad religiosa muy observante.

¡Cuánto bien no pudieran hacer un sinnúmero de personas si a imitación de Mariana, en vez de perder miserablemente el tiempo en vanidades, cuidasen de la instrucción religiosa de los que pertenecen a la casa o están a su cargo; si se alistasen en alguna asociación para enseñar la doctrina cristiana, cosa tan importante y necesaria en estos tiempos; o en otras de pública utilidad; en una palabra, si practicasen las obras de celo!

Cuando Mariana llegaba a entender que alguno se había descuidado tocante a la confesión o comunión de cada ocho días, aplicaba inmediatamente el remedio para la enmienda, que consistía por lo común en correcciones amorosas, con palabras de tanta dulzura y tan llenas de unción que rara vez dejaban de producir el efecto apetecido.

Con mayor cuidado y eficacia todavía aplicaba la corrección si llegaba a tener noticia de algún grave desliz u ofensa de Dios Nuestro Señor cometida por alguna persona del servicio. Su celo para que la ofensa hecha a la divina Majestad fuese reparada era irresistible; casi siempre se sometía el culpable a lo que ella pedía.

El conocimiento que tenían todos de lo que exigiria de ellos, de la pena y disgusto que le habían de causar, y sobre todo de las penitencias y castigos terribles que ella tomaría de su inocente cuerpo para reparar la ofensa cometida en la casa, reprimía y retraía hasta a los más osados y atrevidos. Siempre se llenaban de confusión, cuando tenían que comparecer en la presencia de la «*santa*», como la llamaban, si sus conciencias se hallaban gravadas con algún delito; les parecía que leía lo que tenían escondido en el fondo de sus corazones. (1)

Mariana corregía a los delincuentes con mucho tino y exquisita prudencia, pero con tesón y constancia inquebrantable. Si alguna persona de la servidumbre amonestada muchas veces no se quería enmendar, procuraba eficazmente que fuese despedida de la casa, para que con sus malos ejemplos no inficionase a los demás.

Buena confirmación de lo dicho es el caso de Catalina de Paredes, y lo refiere ella misma en los Procesos.

Era Catalina una niña que nació y se crió en la casa de Mariana, algunos años menor que ella, y que le servía de criada y la acompañaba a la iglesia. Mariana la formó muy bien en la doctrina cristiana y en la virtud, de modo que en la infancia y mocedad, Catalina iba siguiendo los pasos de su señora. Pero con la edad se despertaron en ella terribles pasiones; la pobre muchacha se dejó arrastrar y vino a caer en falta grave. Fue tanta la vergüenza que sintió al verse pecadora entre personas de tanta virtud, especialmente delante de Mariana que no se atrevía a presentarse

1) P. Morda de Butrón, lib. III, cap. 3, pág. 204.

ante ella. Aunque su falta era muy secreta, le parecía que Mariana lo sabía todo; andaba con esto tan inquieta, que permanecer por más tiempo en aquella casa, era un cruel martirio; ella misma describe su estado y planes con las siguientes palabras: «. . . . Como estaba esta testigo en opinión de doncella, trató de hecho de huirse, y la noche que lo había de poner en ejecución, a prima noche, como a las siete horas de ella, andaba buscando donde dejar con seguridad las llaves que tenía a su cargo; y andando con este desasosiego, le salió al encuentro Mariana de Jesús, siendo hora que jamás salía de su aposento, y le dijo fuese a encender vela y habiéndola traído, la sentó a su lado y la pidió que le apretase los pies porque le dolían, y con esta ocasión viéndola atentamente el rostro con palabras sentidas la dijo: «¿Catalina qué tienes para andar tan alborotada, a dónde te quieres ir?», y esta testigo espantada de lo que le decía, porque sus intentos no los había comunicado con persona alguna, sino guardándolos solo en su corazón, se lo negó y puso las llaves, cerca de la dicha sierva de Dios, a que dijo: «Con dejarme las llaves, me dices te quieres ir determinadamente, vuéltelas a llevar, y mira que por cuatro días de gusto se sigue una eternidad de penas en el infierno; a que esta testigo comenzó a llorar, y entonces la dijo: ¿de qué lloras si es tu gusto el irte? Y con esto se apartó de la dicha sierva de Dios y aquella misma noche se salió de la casa y se fue, y no volvió más a su servicio quedando espantada de ver que lo que tenía en su corazón se lo conociese.» (1)

Tomó también a su cuenta el hacer el catecismo a los numerosos pobres que a la hora de doce, iban cada día a pedir una limosna a las puertas de aquella caritativa casa. Antes de distribuirles la limosna corporal, les daba la espiritual de sana doctrina y buenos consejos, para que vivieran una vida muy ajustada conforme se exige de buenos cristianos. Acabado lo cual pasaba a aprovechar a su propia alma con un acto heroico de caridad y mortificación

Escogía entre todos aquellos pobres, al más asqueroso, desarrapado y repugnante, por juzgarle el más necesitado. Con gran caridad y compasión hacía que se acercase al sitio donde ella estaba, le mandaba sentarse en el suelo a su lado, y con indecible humildad, se ponía a quitarle los innumerables animalejos, de la cabeza o de los vestidos, en que hervían no pocas veces esos infelices, cuya vista y mal olor bastaban para revolver al estómago más robusto. Pero Mariana como si fuera una madre muy piadosa se ocupaba por largo tiempo en aliviar a esos desgraciados. (2)

Solía aconsejar a sus amigas y compañeras que hicieran lo mismo; pero pocas se prestaban a semejante ocupación por el asco

1) Procesos página 108.

2) Procesos págs. 82, 92.

que les causaba. Una sin embargo fue su fiel imitadora y compañera constante en ésta y otras obras de caridad: su sobrina Sebastiana que quiso con noble emulación copiar las virtudes todas de su santa tía y participar de sus méritos. Ambas contendían entre sí, sobre cual de las dos tendrían para agasajarle al pobre más asqueroso y necesitado. Cada cual de esos dos ángeles en carne mortal, tomaba a un pobre, y por amor de Dios, le limpiaba y aseaba, sobreponiéndose generosamente a la repulsión que les causaba el hedor intolerable y todo el conjunto de miserias, tan repugnante naturalmente a dos niñas de su condición y delicadeza. En los siguientes términos refiere este acto de caridad y mortificación una de sus compañeras: «.....Muchas veces aconteció en presencia de esta testigo que juntándose muchos pobres a la hora de medio día en casa de Mariana de Jesús a la limosna que se les repartía de ordinario, se inclinaba a los más asquerosos y los espulgaba personalmente, y persuadía a sus parientes, y entre ellas a esta testigo a que hiciesen lo mismo; y del asco que causaban, se excusaban y huían; la sierva de Dios con notable amor y paciencia se estaba en dicho ejercicio.....» (1)

Acabado este acto de caridad y mortificación, ambas ejercitaban otro, que sólo les podía inspirar su humildad profunda y su fe viva, que hacía reconociesen a Dios en la persona de los pobres, o como decía San Vicente de Paúl *«en sus señores en ellos»*. Los ponían a todos en hilera, y les besaban los pies uno por uno con el vencimiento propio que es de suponer en circunstancias semejantes. (2)

Pero lo que más excitaba el celo y más afligía el compasivo corazón de Mariana, era la total ruina y desgracia imponderable de los que se hallaban en pecado mortal, expuestos como están a caer de un momento para otro en un abismo de males que ha de durar por toda la eternidad. Lloraba continuamente las ofensas irrogadas a la divina Majestad, y en especial los pecados que se cometían en Quito su patria. Con el fin de repararlos tenía todos los días hora señalada, en que junto con oraciones fervorosas, ofrecía a Dios gravísimas penitencias, para mover la misericordia infinita a que perdonase a sus paisanos, y los colmase de toda clase de favores y beneficios. (3) ¡Quién sabe lo que sería de Quito, si Mariana no hubiese orado y no orase continuamente ahora en el cielo por ella! Ofrecía además a Dios sus oraciones y penitencias por los pecadores todos, por los cristianos del universo, para que el Señor les conservase en la santa fe y les concediese una vida pura y libre de todo pecado. Su caridad se extendía a los infieles que no tenían la dicha de conocer la religión verdadera.

1) Procesos pág. 92.

2) P. Morán de Butrón, lib III, cap. 4, pág. 213.

3) Procesos pág. 68, 129

No se olvidaba tampoco de los herejes y apóstatas, más infelices y culpables que los infieles, pues han abandonado cobardemente la Religión que saben muy bien ser la única verdadera, para poder más libremente dar rienda suelta a sus pasiones y maldades. (1)

Cuando tenía conocimiento de algún pecador en particular, sobre todo si estaba en peligro de muerte, le encomendaba a Dios con fervorosas súplicas y penitencias, para que Dios se apiadase de él y le librase del cautiverio del pecado. Como ella era tan pura y sus deseos tan ardientes, Nuestro Señor correspondía a su petición, y se complacía en darle a conocer el feliz resultado de sus oraciones.

Enfermó gravemente un mozo que fue llevado al hospital de la caridad en frente de la casa de Mariana. (2) Por sus estragadas costumbres y vicios había sido aquel desgraciado el escándalo de todo el barrio donde vivía.

Al principio no quiso oír la voz de Dios que por medio de la enfermedad como grande gracia le llamaba a que entrara en sí y reflexionase sobre el peligro en que se encontraba de perder su alma; pero él mas bien endureció su corazón, dilatando para más tarde la recepción de los sacramentos. Pronto vino el castigo de su obstinación, porque perdió totalmente el juicio, sin haber tenido tiempo para disponerse a la partida y morir como cristiano. El miserable parecía estar perdido sin remedio, por el desprecio que había hecho de la gracia de Dios, que le llamaba a reparar sus escándalos cuando la enfermedad estaba en sus principios.

Afligida en extremo Catalina de Peralta, amiga íntima de Mariana, al ver que aquel joven que algún tiempo había servido de paje en su casa, corría peligro de perderse eternamente, se fue al ordinario consuelo de los afligidos, a Mariana, y le propuso el caso pidiéndole con sollozos que encomendase a Dios aquel pobre pecador. Mariana la oyó con el alma traspasada de pena y la consoló diciéndole que tomaba el negocio a su cargo.

Fue tanto lo que le suplicó a Dios Nuestro Señor, fueron tan grandes las mortificaciones que hizo que Dios se apiadó del enfermo, el cual contra toda esperanza volvió a recobrar el uso de sus facultades, por el tiempo necesario para hacer una buena confesión y recibidos los santos sacramentos, murió con paz y sosiego, dejando a todos fundadas esperanzas de que Dios le había perdonado sus pecados. (3)

Parecido al caso anterior fue lo que aconteció al hermano de leche de Mariana, llamado Antonio Paz, hijo de Catalina de Alco-

1) Procesos, página 68.

2) Sobre su fundación véase: Historia Geeral del Ecuador lib. III, cap. pág. 51.

3) Procesos pág 133.

cer, nodriza de Mariana. Este joven tuvo una pendencia con otro, y dejándose llevar ambos de la ira, como bestias feroces, echaron mano de las espadas, y Antonio resultó mortalmente herido. Fue llevado al hospital, y tanto la madre del herido como el padre, quien había enseñado las primeras letras a Mariana, fueron a contarle su caso lastimero, para tener algún consuelo en su pena. Antes que ellos le narrasen el triste suceso, Mariana les dijo: «Ya sé a lo que vienen; Dios ha sido servido de enviarles ese regalo, tengan paciencia y consuélnense con lo que Dios hace, que es siempre para bien y provecho de todos, y traten de hacerle recibir cuanto antes los santos Sacramentos» (1) Bastaron estas palabras de la sierva de Dios para dejarlos consolados, en cuanto lo podían estar en medio de su amargo dolor, e hicieron inmediatamente lo que Mariana les había pedido. Mientras tanto ella estuvo encomendando a Dios el alma de aquel pobre pecador con largas oraciones y crueles penitencias. El joven murió a las veinticuatro horas de recibida la estocada, después de fortalecido con los sacramentos que recibió con grande arrepentimiento de sus culpas. Muerto el hijo salió la pobre madre del hospital, llena de dolor, para ir a comunicar a Mariana la fatal noticia. Como eran ya las doce de la noche, no pudo entrar en la casa, pero Mariana que había estado en oración durante aquel tiempo se asomó a la ventana, y antes que Catalina pudiese hablar, le dijo: «Catalina ya sé qué vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio; no tengas pena y da muchas gracias a la Divina Majestad, porque está en carrera de salvación, no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias» (2) Con estas palabras quedó Catalina asombrada viendo que Mariana sabía la muerte de su hijo sin que nadie se lo hubiera podido decir, y al mismo tiempo muy consolada, al oír que le aseguraba estar en carrera de salvación.

No es menos admirable lo que sucedió con una persona principal de Quito; y debe llenar de confianza a todos los que quieran acudir a la poderosa intercesión de Mariana. Como frágil pagaba un triste tributo a la decida humanidad, viviendo enredado en una pasión desarreglada. Conocía lo horrible de su situación y quería verse libre del torpe afecto, pero le parecía imposible, si alguien no le ayudaba. Puso para esto los ojos en Mariana y fue un día a esperarla muy de mañana en la puerta de la Iglesia de la Compañía, para encomendarse en sus oraciones. Se llegó a ella y le pidió encarecidamente que rogase por una gravísima necesidad suya. Mariana le preguntó la causa de su aflicción, y aquella persona se la confesó llanamente diciéndola que tenía la conciencia muy atormentada, por causa de unas relaciones ilícitas, de las cua-

1) Procesos pág. 105. 106.

2) Procesos página 310.

les quería corregirse. Mariana le prometió que aunque indigna pecadora, lo haría de muy buena voluntad y que ofrecería la comunión por esa intención. Con esto entró en la iglesia, ofreció la comunión con fervorosos actos de virtud y de amor de Dios, a fin de conseguir la enmienda de aquella pobre alma. Deseara aquella persona de saber si Mariana había cumplido con su promesa, la fue a esperar en el mismo sitio para preguntárselo cuando saliese de la iglesia a las diez de la mañana. Habiéndola saludado preguntó si su oración había alcanzado buen despacho en el acatamiento del Señor. Le respondió Mariana: «Aunque siento decirle la verdad no se la ocultaré, porque importa para su salvación; dispóngase para morir porque dentro de ocho días habrá dado cuenta a Dios de toda su vida». Escuchó aquella persona la nueva de su pronta muerte, se conformó con la divina voluntad, aceptando todo en castigo de sus pecados. Empezó cuanto antes a disponer su alma para el último trance y al octavo día ya estaba en el sepulcro. (1)

No era menor el celo de Mariana para procurar que se evitasen pecados y reinase la paz y concordia en las familias. Un negro llamado Juan Ribera de condición terrible, entregado a la borrachera y todos los vicios, vivía en continuas riñas con su mujer. La desdichada hufa de él como de la misma muerte, porque andaba tan frenético que tenía resuelto matarla donde quiera que la encontrase.

En una ocasión había entrado la pobre mujer en la iglesia de la Compañía para oír la santa misa; y allí la siguió el negro que la estaba acechando. Apenas ella le vió entrar, sospechando a qué venía, se fue a colocar al lado de Mariana como lugar seguro; adonde se presentó pronto el negro con el puñal en la mano. Desparovida la mujer se puso detrás de Mariana para defenderse con ella. La sierva de Dios se levantó entonces de su puesto se dirigió al enfurecido Ribera y le dijo con irresistible dulzura «Aquíeta-te hijo, sosiégate ¿qué es lo que quieres hacer? Repara en la enorme culpa que intentas cometer». A esto añadió algunas otras palabras de mucha prudencia y suavidad, con que acabó de sujetar a aquella fiera, y le dejó más manso y sumiso que un cordero. Por fin usando del poder que con su bondad había adquirido sobre él, le mandó que de allí en adelante no causase el menor agravio ni molestase a su mujer. Lo prometió el negro y se salió de la iglesia. Mariana fue entonces a la mujer, medio muerta por el susto, la consoló de la mejor manera que le fue posible, le dijo se fuese a su casa. Ella no se atrevió a salir de la iglesia, temiendo caer en manos de su marido, pero Mariana la aseguró que no temiese, porque su marido había de buscar tercera persona para hacer las pa-

ces, y que jamás la maltrataría en lo sucesivo, sino que vivirían santamente por largo tiempo. Todo se cumplió a la letra; Ribera solicitó las paces, y hechas estas, vivieron ambos en buena armonía por espacio de treinta años, muy agradecidos a su bienhecho-
ra. (1)

Su caridad tan ardiente para con los vivos, debía de extenderse a las almas de los fieles difuntos, tanto más dignas de compasión cuanto que no pueden hacer nada para su propio alivio.

Tenía puesto en su distribución del tiempo de cada día: «de ocho a nueve sacaré almas del purgatorio y ganaré indulgencias para ellas» (2) y fue siempre muy fiel en cumplir con aquella práctica de caridad. Además de esto aplicaba por la misma intención muchas de sus buenas obras, de sus penitencias y mortificaciones. Como estas obras eran tan perfectas y satisfactorias, grande sería sin duda el número de almas que envió pronto al cielo o que alivió en el Purgatorio.

Una viuda refiere en los Procesos el caso siguiente: «Siendo muerto Alonso de Ribas marido que fue de esta testigo, por espacio de un mes todas las veces que podía, hacía decir misas por su alma y pedía a la sierva de Dios Mariana de Jesús, que oyese las misas por el difunto y lo encomendase a Dios, como lo hizo; y al cabo del mes y algún tiempo más que continuó con dichos sacrificios, le dijo a esta testigo Mariana de Jesús, que cesase con ellos porque su marido no necesitaba de ellos, porque estaba en buen puesto, con que quedó muy consolada y persuadida que gozaba de Dios» (3)

De lo cual se infiere que aquellas almas al salir de su prisión daban a conocer su felicidad algunas veces a Mariana.

CAPITULO IV

Caridad de Mariana de Jesús en aliviar las necesidades temporales de sus prójimos

SUMARIO.—LIMOSNAS A LA PUERTA DE SU CASA.—PAN DEL CIELO.
—LA DESPENSA NO MERMA.—SUSTENTA A UNA VIUDA Y SUS TRES HIJAS.—CUIDA DE LOS ENFERMOS.

Dice el apóstol San Juan, que no amamos de veras a Dios a quien no vemos, si no acudimos al socorro del prójimo a quien cada día tenemos en nuestra presencia. Mariana como tan llena de amor de Dios, no podía ver alguna necesidad, sin que su pecho

1) Procesos pág. 239.

2) Procesos, págs. 59, 77.

3) Procesos pág. 133.

se llenase de tierna compasión y se inclinase a favorecer al necesitado de cuantas maneras le fuese posible y esto aun a costa de grandes trabajos suyos. (1)

Muy niña todavía, cuando apenas sabía hablar, vió a algunos pobres que pedían limosna a la puerta de la casa. Movida de natural compasión se fue a su madre y con balbucientes voces, le pidió un pan que poco antes había visto traer a la casa. Se resistió su madre diciéndole que ese pan era un regalo hecho a su padre y que el panadero no había traído aún el pan necesario para la familia. Con esta negativa empezó a llorar e insistió en su súplica diciendo que Dios daría pan para su padre. Por acallarla su madre hubo de condescender. Al punto Mariana se fue muy gozosa a la puerta y partiendo el pan en tantos pedazos cuantos eran los pobres, les dió la limosna. Hecha esta obra de caridad volvió al lado de su madre, dándole gracias por haberla complacido. Para que se vea que la limosna nunca empobrece al que la da, sucedió entonces un caso que parece prodigioso. Al poco rato de haberse distribuido a los pobres el único pan que había en casa, se presentaron a la puerta un niño y una india, que nadie conoció, mandados por una persona también desconocida, con dos canastillos de pan muy blanco y hermoso a la vista, que traían de regalo para la familia. Quedaron todos atónitos con suceso tan raro, pero Mariana saltando de placer, se fué a su madre y le dijo: «Ves, mamá, como Dios ha enviado tanto pan porque hemos dado de limosna a los pobres el único pan que quedaba?». (2)

Era muy caritativo D. Cosme de Caso, y a su puerta cada día a las doce, se repartía limosna de pan y comida a todos los pobres que se presentaban, que comunmente eran muchos. Mariana había tomado a su cargo el repartirles la limosna, y a la hora acostumbrada se la veía salir con el canasto de pan sobre el hombro, o más frecuentemente acompañada de Sebastiana, llevándolo entre las dos. Empezaba, como queda dicho, con la explicación de la doctrina cristiana aseando después a un pobre, besándoles los pies y finalmente distribuía el pan preparado. Concluida esta distribución, seguía otra, que a juicio de todas las personas que lo vieron, debe tenerse por un prodigio verdadero. Iba Mariana a su aposento y sacaba de él una cestita de pan muy blanco y de superior calidad, lo distribuía a los pobres con grandes demostraciones de gozo y alegría, que ni ella misma podía disimular. Admirábanse los de la casa de ver aquel pan, era un misterio el que Mariana lo tuviese; porque ni sus hermanos, ni sobrinas se lo daban, ni pudieron jamás conocer quién se lo traía de fuera, siendo así que picada la curiosidad, hicieron muchos esfuerzos para averiguar su procedencia; y finalmente viendo que todo era inútil, dieron en llamarlo

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 4, pág. 211.

2) Procesos página 225.

«pan del cielo» tanto por ignorar de dónde venía como porque siempre bastaba para todos los pobres, cualquiera que fuese el número de éstos y la cantidad que Mariana hubiese traído de su aposento. (1)

Como el pan de la familia era mejor que el que daban a los pobres, Mariana siempre que podía hacerlo sin ser notada, trocaba el que a ella le tenían destinado, con un pedazo del que se daba a los pobres, haciendo cuenta que reservaba su porción para Nuestro Señor Jesucristo.

No se contentaban los pobres con ir a Mariana a la hora del reparto, sino que acudían a ella muchas veces a cualquiera otra hora del día y aun por la noche, con la seguridad de que siempre serían bien atendidos. Tenía Mariana en su habitación una ventana pequeña que daba a la calle y que era muy conocida de los pobres. Cuando se veían acosados del hambre, o querían alguna limosna, tiraban una piedrecuela a esa ventana, que siempre permanecía cerrada, o hacían cualquier otra señal para que Mariana advirtiese que allí estaban. (2) Acudía pronto y abriendo la ventana se informaba de la petición; si había algo que dar en el cuarto, como su ración de comida, por ejemplo, o alguna otra cosa, se lo bajaba por la ventana; dándoles siempre cuanto tenía. En el caso en que hubiera distribuido ya todo a otros pobres, dejaba cualquier ocupación suya que entonces tuviese, aun la oración más sublime, y diciendo al pobre que aguardase un poco, se iba ella misma a pedir una limosna a su hermana o a sus sobrinas, para el pobre que le estaba esperando. En estas ocasiones le entregaban las llaves de la despensa, con facultándola a coger cuanto quisiese. Sabía Mariana con larga mano, lo que juzgaba ser útil o conveniente para remediar la necesidad; pero por mucho que tomara, ni su hermana, ni sus sobrinas notaron jamás que les faltase cosa alguna; siempre se encontraban con lo mismo que había antes y en la misma medida. La tenían cariñosamente pensando que era corteidad suya, le animaban a que cogiese sin reparo alguno, ya que para eso le daban las llaves; pero Mariana sabedora del portento que Dios obraba, por el cual aunque tomase mucho, no disminuían las provisiones, les daba las gracias por la confianza que de ella hacían, y les aseguraba que los pobres iban muy satisfechos y contentos. (3)

La única pena que tenía Mariana de haberse desposeído por el voto de pobreza de cuanto tenía y podía tener, era de no poder acudir a los pobres con más cuantiosas limosnas y no poder socorrerlos como hubiera querido.

1) Procesos pág. 92

2) Procesos página 166.

3) P. Morán de Butrío, lib. III, cap. 4. pág. 214.

Para tener más que dar, pidió a su cuñado y hermana, en favor de quienes había renunciado su pingüe patrimonio, licencia para distribuir la porción de comida que le correspondía en la mesa de la familia, con lo que pudiese recoger de las sobras y cuanto ganase con el trabajo de sus manos. Se la concedieron gustosos, y como la caridad de Mariana era ordenada y prudente procuró poner los ojos para sus limosnas en personas necesitadas, en quienes la limosna, con el sustento del cuerpo, sirviese para apartar el alma de los peligros de la culpa.

Recayó su elección en una pobre viuda con tres hijas jóvenes, muy virtuosas que la imitaban en sus devociones; pero tan pobres que no teniendo qué comer, ni de donde poder sustentarse, estaban en peligro continuo de perder lo que vale más que todo el mundo, su pureza y su honor.

Después de la comida de familia, Mariana, al acabar de servir a la mesa, ponía su propia porción en una olla, recogía lo que había sobrado o se podía aprovechar; y lo mandaba a la pobre viuda y a sus hijas, quienes afirmaron que sólo con este socorro podían vivir; y que si éste les faltara, se habrían visto en peligro de perecer de hambre. (1) Mucho se alegraba la viuda con esta provisión diaria; pero mayor era el regocijo que al dársela sentía Mariana.

Dios quiso mostrar su divino agrado por aquella doble limosna corporal y espiritual con una maravilla, que afirman unánimes muchos testigos que la presenciaron, y vieron repetirse con sus propios ojos por espacio de varios años.

Además de la comida, enviaban pan a la viuda y a sus hijas. Ese pan Mariana le había de amasar con sus manos. Se iba al horno las noches en que se cocía para la familia y se ponía a trabajar con la gente de servicio. Concluido el amasijo, cogía dos onzas de masa y a veces menos y con asombro de cuantas personas lo veían, de tan escasa materia, resultaba para la pobre viuda y sus hijas, un pan de dos libras, y este era siempre el mejor y más hermoso de toda la hornada. He aquí como describe aquel pan una de las hijas de la pobre viuda: «..... Mariana amasaba el pan que había de dar de limosna a los pobres, y de él tenía esta testigo su ración; y reparó las veces que lo recibía que era de tal calidad que parecía pan del cielo, por lo suave de su olor y lo extraordinario de su sabor, porque era muy diferente del pan regalado que se hace; y tan blanco que parecía alabastro; por lo cual con cuidado y curiosidad le preguntaba con qué amasaba tan lindo pan; y respondía la sierva de Dios que no le echaba más de lo ordinario sal y agua». (2)

1) Procesos páginas 356, 172. P. Alonso de Rojas, pág. XXXI.

2) Procesos pág. 68.

Habiendo muerto santamente una de las tres hijas de aquella viuda, Mariana se encargó del gasto de los funerales pidiendo limosna para este intento; y en lugar de dar el pésame a la madre le dió mil parabienes, diciéndola que ya su hija estaba gozando de Dios en el cielo. (1)

Destinó de igual modo para el servicio de los pobres, el producto del trabajo de sus manos. En su distribución tenía señaladas tres horas que había de gastar en la labor, con lo cual evitaba la ociosidad tan perjudicial a la virtud y al propio tiempo ejercitaba la caridad. (2) Ejemplo digno de ser recomendado a la imitación de muchas personas de posición social acomodada, que además de sus limosnas podrían con el trabajo de sus manos contribuir muchísimo al alivio de un gran número de necesitados.

A quien con más asiduidad y amor socorría era a un sacerdote * en grave necesidad. Este había tenido cura de almas, por mucho tiempo en una parroquia de indios. Como era de mucho celo les iba a la mano, les impedía sus vicios y borracheras. Mal avenidos algunos de ellos con sus reprensiones, determinaron darle veneno y se lo pusieron en el vino de misa, con lo cual se le trastonó tanto el organismo que quedó completamente inutilizado de la cabeza, y fue menester traerlo a Quito para atender a su salud. Mariana le socorría y ayudaba por dos razones; la una por la grande estima que tenía de la dignidad sacerdotal, dignidad incomparable y superior a toda dignidad humana, pues hace al hombre Ministro y representante del Rey de cielos y tierra; la otra era porque Dios le había revelado, que aquella alma era muy querida de su divina Majestad, por lo cual Marianna veneraba en él a un predestinado. La locura del pobre sacerdote era tal que, aunque enteramente inofensivo, no tenía ni un solo instante de lucidez, no conocía a persona alguna, excepto a Mariana, a quien agradecía sus buenos oficios, como si estuviera en su pleno juicio. (3)

Con singular cariño y esmero ejercitaba Mariana su inagotable caridad con otra clase de necesitados, los pobres enfermos. No acostumbraba salir en persona a visitarlos, sino muy rara vez; pero en seguida que sabía que algún pobre se encontraba mal le socorría inmediatamente con las limosnas que le era dado encontrar; enviaba velas, pan, carbón, medicinas, azúcar, la fruta toda que le regalaban, y lo demás que podía conseguir. Se informaba a menudo del estado en que se encontraban y multiplicaba sus servicios y atenciones.

1) Procesos, página 74.

2) Procesos página 16.

3) Procesos página 172

CAPITULO V

Virtudes domésticas de Mariana de Jesús

SUMARIO: VOCACIONES VARIAS. — GRANDE AMOR DE MARIANA A SUS DEUDOS. — COMPLACE SIEMPRE QUE PUEDE. — SIRVE A LA MESA. — AYUDA A LAS CRIADAS. — SU OBEDIENCIA Y MORTIFICACIÓN. — CUIDADO DE LOS ENFERMOS.

Dios es siempre admirable en sus santos, y si bien guía a algunos por medios y caminos que pueden parecer errados al corto entendimiento humano, no hay en esto sino aciertos de su sabiduría infinita, que en todo pretende el bien de sus escogidos y la edificación de los que leen y consideran sus vidas extraordinarias.

Por amor de Jesucristo los unos renuncian por completo al mundo, a los vínculos sagrados de la familia, para ir a sepultarse vivos en un desierto o en un claustro; y por este motivo y no por otro, el mundo les odia y aborrece como odia y aborrece a Jesús; mas ellos como Jesús perdonan, ruegan por sus perseguidores, y detienen con sus oraciones y penitencias la justicia divina, dispuesta a castigar a los culpables.

Otros sin salir del mundo, ni abandonar la familia, se santifican en el hogar doméstico con el desprendimiento interior de las cosas de esta vida y el amor de las celestiales; con la abnegación, la propia mortificación, y en general la práctica constante de las virtudes cristianas edificando con sus buenos ejemplos a aquellos con quienes viven y tratan.

Dios quiso que Mariana participase de ambos estados y fuese un perfecto dechado, así para las almas consagradas a Dios en la vida religiosa, como para las almas que se contentan con la guarda perfecta de los mandamientos.

Desde que Dios le manifestó su divina voluntad de que no la quería para religiosa, hizo un claustro de su propia casa; y con entregarse totalmente a la virtud se consagró de una manera especial a la práctica de aquellas virtudes que se podrían apellidar domésticas o de familia. Estas si se guardasen, como se debe, por todos los miembros de una familia, harían su dicha y felicidad en este mundo, harían del hogar doméstico un cielo anticipado. El conjunto de estas virtudes se puede compendiar en una sola, la caridad fraterna, que al encerrar la perfección propia suya, debe ir acompañada de grande abnegación y mortificación, de paciencia en sufrir los defectos ajenos, y de prontitud en complacer a los demás; y por decirlo en una palabra con el Apóstol, exige *«hacerse todo a todos»*.

Hablando San Francisco de Sales a personas que pretendían la piedad les decía que si querían ser verdaderamente piadosas

debían estar llenas de amor de Dios y de caridad y condescendencia para con el prójimo, porque de lo contrario desautorizarían la sólida piedad. «Guardad, decía el santo, para vosotras las espinas de aquella hermosa flor que se llama piedad, que los demás no perciban sino su suave aroma, que nadie tenga que sufrir la menor molestia por causa de las prácticas de piedad que ejercitáis; la piedad tiene que hacerse muy amable». Esto que aconsejaba el Santo en Europa, casi al mismo tiempo lo cumplía Mariana al pie de la letra, en América. Hermanaba perfectamente en sí misma la sólida piedad con la caridad más exquisita, siguiendo el consejo de San Francisco de Sales, guardaba para sí las espinas y reservaba para los demás los suaves aromas de las virtudes. Nadie era más que ella darla a los ejercicios de piedad, nadie más que ella supo combatir aquellos defectos tan contrarios a la caridad, cuales son la impaciencia, la ira, la murmuración que por encontrarse desgraciadamente, aun en personas que hacen profesión de piedad, la afean en extremo y la hacen odiosa y despreciable.

Como se dirigía únicamente por espíritu de fe y hacía todo por Dios, tenía siempre en la memoria aquellas palabras de Cristo, por S. Mateo (1) «Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis mihi fecistis».—Siempre que hicisteis algo a alguno de mis pequesuelos a mí lo hicisteis; sabía que Jesucristo mira como hecho a su divina Persona cuanto hacemos a nuestros prójimos, bueno o malo. Movida con esta doctrina, no dejaba pasar ninguna ocasión de prestar algún servicio, y de hacer cuanto bien pudiese a los de su casa, no sólo a sus hermanos y demás parientes, pero también a los criados y gente de servicio. Y si por esta causa tenía algo que sufrir de aquello a quienes servía, o de otra cualquier manera que fuese, entonces era mayor la prontitud y esmero que ponía en servir y complacer a todos.

Cada día a la hora en que la familia se sentaba a la mesa para almorzar o comer, se presentaba Mariana con aquella amabilidad y dulzura que la caracterizaban, y se ponía a servir; no quería dejar a alguna criada aquel oficio para con personas de ella tan queridas, sólo de sus manos debían de ser servidas. Sus hermanos y sobrinas y demás parientes, aunque tenían grande gusto en ser atendidos por un ángel, como decían, procuraban con grandes instancias excusarle el trabajo que se tomaba, por el grande amor y respeto que le tenían; instábanla a que más bien se sentase con ellos a la mesa, y los acompañase, pero todo era en vano, Mariana los habla de servir. A veces y de propósito mudaban las horas del almuerzo o de la comida, adelantándola o atrasándola, teniendo cuidado al mismo tiempo de ocultarle el cambio; mas esto de nada les aprovechaba; Mariana salía de su cuarto a la hora precisa, ni antes ni después, y sospechábase que la avisaba algún ángel del

1) S. Mateo XXV. 40.

Señor. Los servía con mucho esmero y cuidado, con grande caridad, el semblante muy risueño; asegurándoles que era para ella un consuelo grande el hacer esta obra de caridad por amor de Nuestro Señor Jesucristo, quien decía de sí mismo, haber venido a este mundo no para ser servido sino para servir. (1)

Algunas veces, sin embargo, cuando la veían muy enferma, que apenas podía tenerse de pie, no la dejaban servir a la mesa; le mandaba su hermana o su cuñado D. Cosme que se abstuviese por aquella vez y al punto como humilde obedecía en todo. Pero, aun en esas ocasiones, no dejaba de procurar a su familia todo el gusto y entretenimiento que podía. Cogía la vihuela, en que según se ha dicho era muy diestra, y se ponía a tocarla con mucho primor, acompañando con ella la voz suavísima que Dios le había dado.

Cantaba en éstas y otras ocasiones algunas estrofas, que si no son modelos de literatura, lo son de devoción y piedad; y que encendían su corazón en ardientísimos afectos de amor divino. (2)

Todas las noches después de la cena, de nueve a diez, entretenía de la misma manera a toda la familia con su canto acompañado de la vihuela y con algunos ratos de conversación amena y honesta. (3) A las diez se retiraba a su cuarto con la satisfacción de haber dado gusto y contento a todos; y de haberse mortificado a sí misma. Nunca dejó pasar las ocasiones que se le ofrecían de complacer a los demás, aun cuando la molestaban mucho sus ordinarios achaques. El mal humor, los nervios, el capricho, la susceptibilidad, y otros defectos semejantes, gracias al propio y continuado vencimiento, eran desconocidos en Mariana de Jesús.

Siempre que podía ayudaba con el mismo amor a las criadas en sus faenas diversas, sin temer con esto rebajarse de su dignidad de señora, porque nunca, según Dios, será rebajarse el practicar la caridad; sólo aquel se degrada que comete el pecado.

«.....Era tanta su caridad y humildad, que algunas veces que la gente de casa se levantaba a media noche a amasar, salsa a esas horas a ayudarlas; y diciéndole que para qué hacía esos extre-

1) Procesos página 35. P. Morán de Butrón, lib III, cap. 4, pág. 151.

2) He aquí, a título de curiosidad, algunas de estas estrofas cual se leen en los Procesos pág. 234:

El gran Monarca Jesús,
del Padre Eterno heredero;
teniendo la cruz por cama
hacer quiere testamento.

Porque la corona y clavos,
le tienen ya casi muerto;
estado enfermo de amor,
por sanar al hombre enfermo.

Que enfermedades de amor
le han traído a tal extremo,
y es tan grande la enfermedad
que no le hallan remedio.

3) Procesos pág. 34.

nos les respondía que ¿cómo había de comer el pan de balde, y permitir que ellas solas trabajasen? y que así era justo que ella también les ayudase; y replicándola que pues no había de comer el pan que amasaba, que para qué tomaba ese trabajo; respondía que ya que ella no lo comiese, lo comieran sus pobres a quienes repartía la ración que le cabía.» (1) Esto refiere una de aquella criadas que no podían menos de llenarse de admiración con tan bellos ejemplos.

Otro oficio de mucha humildad y caridad, solía ejercitar con más frecuencia que el de ayudar a amasar el pan. Después que todos habían comido, bajo el pretexto de recoger las sobras para los pobres, se iba a la cocina y con la humildad de una esclava, se ponía a fregar los platos y limpiar las ollas, con tanto esmero que dejaba todo muy aseado. (2)

Como grande santa que era, fue siempre muy obediente, respetuosa y sumisa a Da. Jerónima y a D. Cosme de Caso que hacían para con ella el oficio de padres. Evitó de esta suerte una de las causas más frecuentes de la turbación de la paz en las familias, cual es la desobediencia de aquellos que están en la obligación de sujetarse y obedecer a lo que le es mandado, no siendo esto contrario a la voluntad de Dios. No se guiaba por su propia voluntad o capricho, ni hacía nada de poca o de grande importancia sin pedirles antes licencia con mucha humildad y rendimiento.

Era tan mortificada y paciente que no se veía en ella ningún arrebató de aquel mal genio o mal humor, que con todo se altera, con todo se irrita, que nada puede llevar en paciencia, ni sufrir, ni tolerar los defectos de los demás.

Cuando había algún enfermo en casa, aun cuando fuese una india de servicio, Mariana tomaba a su cargo el atenderle en todo lo que requería la dolencia. Ella hacía de médico, de enfermera, de cocinera, de madre en una palabra. Ella le enjugaba el sudor, le componía la cama, barría el aposento, y arreglaba todas las cosas, con tanto aseo y devoción, como si hubiese servido al mismo Cristo en persona. (3) No podía escuchar sin commoverse hondamente sus ayes y quejidos; y además de aplicar y preparar por sus manos los remedios usuales y caseros que conocía, administraba con grande exactitud los que prescribían los médicos.

Acompañaba estos servicios y atenciones tan delicados, con palabras de mucha dulzura y muy propias para consolar a los enfermos, haciéndoles comprender que la enfermedad era una gracia

1) Procesos página 109.

2) Procesos página 357.

3).....Era muy caritativa en especial con los enfermos de su casa, cuidándolos, visitándolos y limpiándolos el sudor y barriéndolos sus aposentos personalmente, y con sus manos les hacía de comer y los daba que comiesen.....Procesos página 109.

que Dios les enviaba, y que debían recibir y considerar todo como venido de la divina mano.

De esta suerte cuantos enfermos estuvieron a su cuidado, hallaron siempre en su caridad el alivio que no les podían procurar ni los médicos ni las medicinas.

CAPITULO VI

Eximia piedad de Mariana de Jesús

SUMARIO: OBLIGACIÓN DE DAR CULTO A DIOS.—DEVOCIONES VARIAS DE MARIANA.—SU PUESTO EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA.—SU RECOGIMIENTO Y ATENCIÓN.

Si en alguna virtud Mariana merece que la tomen por modelo los cristianos todos, será seguramente en la piedad sólida y verdadera, que brilló en ella con los más vivos resplandores.

Por más que se enfurezca la impiedad, es cierto y siempre lo será, que todo hombre está obligado a dar a su Criador, el culto que le es debido y conforme El lo exige.

Muy lejos estaba Mariana de participárselas semejantes aberraciones y desvaríos de los impíos, que sólo tienen su origen en la ignorancia o en el desorden de las pasiones. Ella dió al Criador la adoración que le debe toda criatura, sin tolerar en esto descuido alguno de su parte. Tuvo siempre una piedad sólida e ilustrada, tierna y ferviente, pero sin escrúpulos ni melindres de ninguna clase, porque estaba fundada sobre las verdades de nuestra santa fe, que es infalible y quien se rige por la fe no puede equivocarse.

Evitaba en su piedad toda afectación, así como las rarezas que a veces en ella se suelen mezclar, y de las cuales saca el demonio tanto partido, haciendo que se ridiculice la virtud, por causa de las extravagancias y exageraciones de personas que se tienen por devotas y quieren pasar por tales.

La piedad fue su virtud predilecta y la mostró, se puede decir, en cada uno de los momentos de su vida. Desde muy niña, como se ha visto, se manifestó muy inclinada a cosas de devoción, y esta propensión en lugar de entibiarse y disminuir fue cada día en aumento; no dejó las prácticas piadosas de su niñez, sino que las acrecentó y llevó a grande perfección.

Fue durante toda su vida muy devota del misterio augusto de la Santísima Trinidad; y su confesor el P. Camacho, fundador de la Cofradía de la Santísima Trinidad en la iglesia de la Compañía, que era también muy devoto, la ayudaba mucho a que conservase y aumentase cada día esta devoción. Tenía pintada la imagen de este misterio en un lienzo pequeño, el cual representaba al Eterno Padre sosteniendo en sus brazos a su Hijo divino mirando en él, como en un espejo, sus infinitas perfecciones. Estimaba tanto

este cuadro que decía que en él tenía su cielo. Las religiosas carmelitas, habiendo sabido la grande devoción que Mariana tuvo a esta pintura hicieron más tarde sacar dos copias grandes del lienzo de Mariana; y para que todos los fieles la imitasen en su devoción, las colocaron en su iglesia, donde por mucho tiempo se les ha dado culto. (1)

Para la fiesta de la Santísima Trinidad, Mariana se preparaba con cilicios, ayunos, sangrientas disciplinas, y otras mortificaciones, con que mostraba claramente que su fervor no era una devoción ligera y pasajera. En el día mismo de la fiesta, colocaba el cuadro en su altar adornándole lo más lujosamente que podía con gran cantidad de flores y luces; y permitía aquel día que todas las personas que componían la familia y aún algunas amigas, entrasen en su aposento para reverenciar el augusto misterio; y porque tenían pocas veces la dicha de entrar allí, lo hacían con el mismo respeto que si hubiesen entrado en un santuario de mucha devoción. (2)

Aunque sabía muy bien que todas tres divinas Personas son iguales entre sí, y merecen un mismo amor, una misma adoración y culto, sentía sin embargo más ternura y devoción, más inclinación y gusto, en honrar a la primera de las tres divinas Personas.

Refiere el P. Zarcos en los Procesos, que la exhortó varias veces, valiéndose para ello de razones teológicas, a que tuviese la misma devoción a las otras dos personas, pero no pudo convencerla; Mariana a todas las razones se contentaba con responder: «Que su amor y devoción estaban muy bien empleados en la primera Persona por ser principio y como Fuente de la vida divina de las otras dos. (3)

De la adoración que tributaba a Dios nacía el respeto profundo con que se portaba en la Casa del mismo Dios. Veneraba el santo templo como el palacio del Rey de cielos y tierra; era tanta su modestia y tan extremada su reverencia y compostura en la iglesia, que parecía un ángel bajado del cielo pues «asistía en los templos casi siempre de rodillas» las cuatro o cinco horas que en él pasaba. (4)

No habló allí con persona alguna en toda su vida, excepto unas pocas veces en que lo exigía así una grave necesidad del prójimo, y por ser la cosa urgente no hubo medio de hacerlo en otra parte o de salir fuera de la iglesia.

No permitía tampoco que nadie le hablase; y si alguna persona se le llegaba contra su voluntad, le contestaba con poquitas

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 5, pág. 221. Procesos, pág. 280.

2) Procesos página 212.

3) Procesos página 280,

4) Procesos pág. 51.

palabras, haciéndole comprender que es falta de respeto a la divina Majestad el distraerse a otros pensamientos estando en su presencia.

Lejos de ahuyentar a la gente esta conducta recogida de Mariana, que quizá alguien tache de rígida y austera, hizo al contrario que muchas personas, especialmente jóvenes, atraídas por el suave olor de sus virtudes, viniesen a tomar sus puestos a su lado; la cercaban por todas partes, esperando alcanzar grandes favores de Dios mientras permaneciesen cerca de ella, por participar del fruto de sus oraciones. El fervor y devoción de estas jóvenes fue de mucha edificación para toda la ciudad, y de grande consuelo para los Padres de la Compañía, que veían que sus esfuerzos no eran inútiles ni vanos sus trabajos, gracias a las oraciones y buenos ejemplos de Mariana. (1)

Bien se puede esperar que lo que Mariana hizo entonces estando en este mundo, para secundar el celo de los Padres y para el bien de aquellas jóvenes sus compañeras en la devoción, lo repetirá ahora desde el cielo con mayor eficacia, en favor de los Padres de la misma Compañía, sucesores de aquellos, y de las Congregaciones que dirigen, pues la han tomado por su Patrona y la quieren imitar y servir.

Su puesto ordinario en la iglesia fue al pie de la escalera del púlpito. Ahí se la veía por horas enteras, sin moverse ni levantarse para nada, excepto para acercarse al confesonario y a la sagrada mesa, o tal vez cuando tenía alguna honra y alabanza propia, por venir a pedirle sus oraciones alguna persona de distinción; en estos casos se escondía en cualquier rincón de la iglesia. Tenía un escaño o tarima tan pequeña, que sólo le servía para estar arrodillada en ella. En esta tarima se estaba continuamente siempre de rodillas, sin sentarse jamás, inmóvil como una piedra, con la manta o velo bajado sobre la cara hasta los pechos, atenta únicamente en oír la voz dulcísima de Dios que la llenaba de inefables dulzuras, y con quien tenía los más suaves coloquios.

Los días ordinarios se estaba en la iglesia desde las seis de la mañana hasta las diez y media, y los domingos y días festivos hasta las once y media, en que se cerraba el templo. (2) El Jueves Santo permanecía en la iglesia desde que se abría por la mañana a las seis, hasta el Viernes santo cerca de las doce, en que se terminaban los oficios y se consumía el Sacramento, pasando esas treinta horas siempre de rodillas, inmóvil delante del Monumento, sin manifestar la menor molestia ni fatiga, antes bien decía que su deseo era que todos los días del año fuesen Jueves Santo, porque Nuestro Señor gustaba mucho de aquel día. Con quedarse tan largo tiempo en la iglesia, aun los días ordinarios, dice una

1) Procesos página 343.

2) Procesos pág. 207.

amiga suya «.....saifa hecha un hielo con las manos completamente amoratadas, pero nunca tomó la menor precaución contra el frío.....» (1)

Fue tan profunda y duradera la grata impresión que en todos sus contemporáneos causaron su modestia y devoción en la Casa de Dios, que era esto uno de los asuntos más ordinarios de conversación entre sus conciudadanos; y por muchos años después de su muerte, el piadoso recuerdo de su admirable compostura se fue perpetuando, transmitiéndose de padres a hijos cual preciosa herencia.

Entraba en la iglesia tomando devotamente agua bendita, que tanto poder tiene para ahuyentar a los demonios; iba directamente a su puesto ordinario, al pie de la escalera del púlpito y adoraba con reverencia y un acto de viva fe al Santísimo Sacramento. Hecho esto, para fijar más la imaginación y encomendarse a sus santos Patronos, hacía una visita en espíritu a toda la corte celestial, valiéndose para esto de una oración que le había dado por escrito su Director espiritual el Hermano Hernando de la Cruz, y que copiada a la letra dice así: «Yo Mariana ruego humildemente a Vuestra celestial hermosura, santísimo ángel de mi guarda, que me llevéis con el espíritu y pensamiento a la corte del cielo y me alcancéis de los Angeles más principales que me den audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas, y levantándome sobre todas ellas, me pongo en la presencia de los cortesanos del cielo; represento mis deseos, que son todos de la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Pido primero con toda reverencia, a los serafines, ardentísima caridad; a los querubines, sabiduría; a los Tronos, humildad; a las Dominaciones, mortificación de cuerpo y sentidos; a las Potestades, victorias de tentaciones; a las Virtudes, aprovechamiento en todo género de virtudes; a los Principados, sujeción; a los Arcángeles, pureza de cuerpo y mente; a los Angeles, obediencia. Pido a los Patriarcas, fe; a los Profetas, esperanza; a los Apóstoles caridad; a los Mártires, fortaleza; a los Pontífices, solitud; a los Doctores, sabiduría; a los Confesores, obediencia; a las Vírgenes, pureza, para que toda Mariana sea agradable a los ojos de mi Dios y mi Señor». (2)

Rezada esta oración, decía con el mayor recogimiento y devoción que le era posible otra a la Santísima Trinidad del tenor siguiente: «Dios mío, trino y uno, tan sabio como poderoso y tan poderoso como bueno, y tan bueno como hermoso y en todo inmenso, gózome infinito de que seáis, Dios mío, quien sois, y que tengáis en vos todas las perfecciones y excelencias. Oh amado tesoro mío, tu sólo para mí y yo sólo para tí. Tú solo bastas para hartar mi deseo y en tí solo me contento; y yo como si estuviera

1) Procesos, págs. 207, 175.

2) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 5, pág. 222.

sola, no me ocuparé en otra cosa que en amarte, alabarte, glorificarte y servirte y obedecerte a tí que eres todo mi único y sumo bien y eterno descanso, amén». (1)

Con esta industria de oraciones y otros cuidados de su parte, recogía, al entrar en la iglesia, su atención en solo Dios presente en el Santísimo Sacramento, y lograba de esta manera evitar las distracciones que aunque sean involuntarias, hacen perder mucho tiempo, cuando convendría que no malgastásemos ni un sólo minuto de ese tiempo tan precioso, pues con él podemos ganar un aumento de gloria que ha de durar por toda la eternidad.

CAPITULO VII

Tierna devoción de Mariana de Jesús a Nuestro Señor y a los misterios de su vida

SUMARIO: FIESTA DEL NACIMIENTO.—DEVOCIÓN A LA SAGRADA PASIÓN.—SANTÍSIMO SACRAMENTO.—COMUNIÓN FRECUENTE Y DIARIA.—SU PREPARACIÓN.—ACCIÓN DE GRACIAS.—FAVORES QUE RECIBE.—SU ASISTENCIA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.—SU DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN.

Al considerar Mariana de Jesús en el misterio de la Encarnación a la Sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, unida hipostáticamente a la Persona Adorable del Verbo Divino, se llenaba de la más profunda veneración y rebosaba su corazón de los afectos más tiernos, especialmente en los nueve días que precedían a la fiesta de Navidad.

Para prepararse a ella, además de las penitencias que solía añadir a las que tenía de costumbre durante el adviento, con el fin de honrar la pobreza del Hijo de Dios, ayunaba ella y personificaba el ayuno a todos los de la casa. Para que no hubiese estorbo de ninguna clase, ni para las personas de servicio, ella misma, durante la novena tomaba a su cargo las varias obligaciones de la casa, preparaba las comidas para todos y servía a la mesa.

Llegada la noche Buena hacía en su cuarto un pequeño nacimiento, delante del cual juntaba a toda la familia, para presentar al Dios recién nacido, los ayunos de la novena y los demás actos de virtud, que hubiesen practicado en su honor. Luego con una devoción que no podía ocultar dentro de su pecho, se ponía de rodillas delante del altar, besaba los pies y las manos del Niño Dios y le decía con singular afecto: «Seáis bienvenido Señor y Pastor mío, que os habéis dignado venir a buscarme como a oveja perdida por mis culpas. Aquí me tenéis Señor a vuestros pies» y

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 5, pág. 223.

daba a besar el Niño Jesús a todos los circunstantes. Alternaba estos coloquios al Niño, con otros no menos tiernos con la Virgen Madre, y lograba enfervorizar tanto a toda su devota familia, que aquella noche y el día siguiente, no se hablaba de otra cosa sino del Niño Jesús, de los deseos que tenían de servirle y amarle, de evitar el pecado y de la devoción de Mariana en obsequiarle. ¡Cuánto bien no puede hacer en una familia, una alma sólidamente virtuosa con sus buenos ejemplos y su piedad! Completaba la fiesta con algún villancico que ella cantaba y acompañaba con la vihuela, intercalando frecuentemente en todos estos actos piadosos la jaculatoria siguiente: «Oh cuándo será el día en que tenga esta fiesta en la gloria!» (1)

Su devoción al Divino Niño no se limitaba al tiempo en que la Iglesia celebra las fiestas de Navidad; era de todos los días del año, y una de las que más estimaba en su corazón. Tenía en su aposento una estatua del Niño Jesús muy hermosa de la cual se valía para desahogar los fervores de su alma. La tomaba en sus brazos, la estrechaba sobre su pecho, le besaba los pies y las manos con grande respeto y ternura; y solía decir a su amiga Petronila de San Bruno, que ese Niño Jesús era su entretenimiento y todo su regalo. Dios que no se dejaba vencer en generosidad, quiso mostrar cuanto le agradaban los puros afectos de Mariana, con una maravilla que ni ella se hubiera atrevido a pedir. Había mandado hacer una silla para la imagen de este Niño; pero, mal tomadas las medidas, la silla resultó inservible por demasiado estrecha. Probó colocar en ella la imagen, inútil fueron todos sus esfuerzos; y la dejó sobre el altar para encargar después otra sobre el mismo modelo. Al día siguiente, como por descuido volvió a colocar al Niño en su silla y con gran sorpresa suya la halló tan ancha y capaz cual convenía. Al ver ese prodigio le saltaron las lágrimas de los ojos y no le cabía el corazón de gozo, al considerar la benignidad y bondad con que Dios la trataba, atendiendo a sus deseos aun los más insignificantes. Esto refiere Petronila de San Bruno que lo oyó y presenció. (2)

Tenía otra devoción para con la adorable Persona del Redentor Divino; y era que siempre que el reloj daba la hora o que se tocaba a oraciones, decía esta jaculatoria: «Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo se encarnó, nació, murió, resucitó, subió a los cielos y en que instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. Alábenle Señor todas las criaturas del cielo y de la tierra para siempre jamás. Amén» (3)

1) Procesos págs. 113, 114.

2) Procesos pág. 70.

3) Procesos pág. 114.

Entre todos los misterios de Nuestro Señor, los que más vivamente impresionaron su corazón y se llevaron su afecto, fueron la Pasión dolorosa y el Santísimo Sacramento.

Escogida por Dios para ser una fiel copia e imagen de Cristo crucificado, no se puede expresar con palabras, cuanto fue su amor a la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Esta fue la materia más ordinaria de sus meditaciones, en las cuales gastaba muchas horas de día y de noche, o más bien era el pensamiento de su vida entera. Asemejarse a Jesús paciente, hacer de su cuerpo y de su alma a puros tormentos, un vivo retrato de Jesús crucificado, fue su único anhelo, su única ambición mientras vivió en este mundo. A este fin dirigió sus pensamientos, sus deseos, sus oraciones, sus mortificaciones todas. Suspiraba por sufrir y padecer siempre más por Jesús; no podía contentarse con lo que sufría; buscaba cada día nuevas trazas e invenciones con que pudiese atormentarse; sin desanimarse nunca en el camino emprendido, a pesar de la flaqueza del cuerpo destruido y minado por las más crueles enfermedades. Buena comprobación de ello es el haber pedido a Dios por mucho tiempo que le hiciera experimentar el dolor de muelas, porque había oído decir, que era uno de los más violentos.

Demuestran su sed ardiente de sufrir, aquellos modos extraños de tormentos que inventó para macerar el cuerpo, la escalera sobre la que dormía, la corona de cardas y espinas, su crucifixión todos los viernes, sus ayunos, disciplinas y cilicios y lo demás que se deja referido. No hay ningún vicioso y sensual tan amante de su carne, tan cuidadoso de buscar sus placeres y pasatiempos, que haya puesto más empeño en darse gusto en todo, que Mariana en contradecirse y mortificarse en todo.

Al hablar u oír hablar de la sagrada Pasión, le era imposible contener los afectos y tiernos suspiros de su corazón, y las lágrimas que corrían en grande abundancia de sus ojos. Cuando intentaba convertir a algún pecador, consolar a alguna persona atribulada, alentar hasta lo más sublime y arduo de la virtud a una alma generosa, no echaba mano de otro medio, ni conocía mejor argumento, que proponerle algún paso de la Pasión, acomodado a lo que quería persuadir; y lo hacía con tanta ternura y energía que conseguía siempre el intento deseado. (1)

El otro misterio que le robaba el corazón era el Santísimo Sacramento de nuestros Altares. Bien saben todos los cristianos que nada más precioso tiene la Santa Iglesia que este Sacramento; pues El mismo Dios se nos da en él con todos sus dones. Animada con la fe más viva, Mariana puso toda su confianza y su amor en Jesús Sacramentado.

1) Procesos, págs. 10, 76, 361.

Desde la primera vez que tuvo la dicha inefable de llegar a la sagrada mesa, quedó tan aficionada a la Comunión, que el recibirla lo más frecuente posible era para ella una dichosa necesidad. Primero recibió de su confesor, el P. Camacho, licencia para comulgar todos los domingos y días festivos; pero esto no podía bastar para sus ardientes deseos; pronto insistió para que se le concediese la comunión diaria.

El confesor al principio hizo alguna resistencia, por ser entonces cosa rarísima la comunión de cada día; pero después entró en escrúpulos sobre si podía, como Director, negar la comunión diaria a una alma, que nunca había ofendido a Dios con culpa grave, ni tampoco con culpa venial plenamente deliberada, que se daba mucho a la oración y penitencia, que despreciaba el mundo con todas sus vanidades, que llevaba una vida tan pura y santa como la llevara un ángel del cielo si viniese a vivir en este mundo. Movido de estas razones le concedió cuanto pedía y desde aquel momento Mariana de Jesús formó el firme propósito de recibir cada día a Nuestro Señor sin omitir uno sólo, cualesquiera que fuesen las dificultades que se le opusieran; y así lo ejecutó, mientras sus achaques le permitieron salir de casa para ir a la iglesia. (1)

No pudo el enemigo del género humano, sufrir con paciencia por largo tiempo tanto bien. Sabe él que la comunión diviniza en cierta manera al hombre, y se esfuerza en impedirla con cuantos medios le sugiere su malignidad y envidia. Se sirvió en contra de Mariana, del parecer de personas muy devotas y religiosas, que llenas de respeto y veneración para con Jesucristo en su Sacramento, se olvidaban algún tanto por otra parte, que El se ha quedado en la Eucaristía, no para los ángeles puros y santos, sino para los hombres flacos y miserables, que ha querido ser el Pan cotidiano de todos los cristianos, y no tan sólo de algunas almas de grande santidad; y que es sacramento no sólo de perfectos, pero también de aquellos que pretenden la perfección y salvación de sus almas.

Ahora que la Iglesia ha hablado sobre este particular, han cesado todas esas dificultades; ya sabemos que basta para comulgar cada día, el tener recta intención con el estado de gracia, pero en aquel tiempo eran muy diversos los pareceres.

Estas personas, pues, censuraron el proceder del P. Camacho por miedo de los inconvenientes que les parecía se podían seguir con dejar comulgar cada día a una niña de unos trece años. El Padre oyó todas las razones que le propusieron con atención y deferencia; pero como sabía que en el caso de Mariana, no se seguirían los inconvenientes que se temían, se mantuvo firme en su opinión. Mas adelante arreció tanto la contradicción que se puso

11 Procesos págs 159, 181, 207.



a reflexionar si por el bien de la paz, no sería mejor ceder algún tanto y limitar el número de comuniones a Mariana. Cuando ésta supo las vacilaciones de su confesor, encomendó a Dios Nuestro Señor este asunto, pidiendo a su divina Majestad, que no le quitase la comunión. Dios oyó a su sierva y le hizo comprender que nadie le podría estorbar la comunión diaria. Alegre Mariana con esta certidumbre fue ella misma a alentar a su confesor y después de haberle descubierto su conciencia como acostumbraba le dijo: «Ea, Padre mío, confiemos en Dios que su gusto y voluntad se hará y no la de los hombres». Estas solas palabras bastaron para que el P. Camacho sostuviera con valor su parecer de que Mariana comulgara cada día. Sin embargo para usar de alguna moderación y prudencia y no llamar demasiado la atención, recibía Mariana la sagrada comunión, no en el altar mayor, sino en alguno de los altares laterales, de manos del P. Camacho o del P. Antonio Manosalvas en alguna hora en que hubiese menor concurrencia de gente en la iglesia. (1)

Con ocasión de la comunión frecuente, Mariana tuvo mucho que sufrir, pues no sólo aquellas personas doctas reprobaban su conducta, pero toda la ciudad de Quito, que no hablaba de otra cosa sino de su pretensión orgullosa, en querer singularizarse y ser más que otras personas e introducir abusos en la recepción de los sacramentos. Ella sufría gustosa estas contradicciones y hubiera sufrido otras mucho mayores, por las ventajas que sabía se derivaban en su alma de la comunión; poco le importaba la censurasen los hombres, cuando Dios la aprobaba. Perder una sola comunión era para ella el mayor entre todos los males, y se maravillaba y no podía comprender que hubiese cristianos, que teniendo fe se privaran por su propia voluntad del bien y la honra incomparable de recibir a su Dios. Mil veces dichas las almas que imiten a Mariana en la comunión frecuente y aun diaria, a pesar del mundo, del respeto humano y de todos los esfuerzos que el infierno ha de hacer. En esta tribulación se encomendó de una manera especial a Santa Catalina de Sena, su modelo y patrona, suplicando a esta grande Santa que la sacase del conflicto en que se hallaba, pues ella había tenido que sufrir congojas semejantes. Pronto volvió Dios por su fiel sierva de una manera admirable.

Tuvo que ausentarse el P. Camacho, y en su ausencia Mariana tomó por directores de su conciencia a aquellos mismos que habían reprobado con mayor energía su práctica de la comunión diaria. Apenas llegaron éstos a conocer su santidad, pesarosos de su pasado dictamen y conducta, la alentaron a que comulgase cada día y fueron sus más ardientes defensores. Entre ellos se hallaba el Rector del colegio Máximo de S. Luis, el R. P. Luis

1) P. Morán de Bultrón, lib. III, cap. 5, pág. 231.

Vásquez, hombre de grande prudencia, aquilatada virtud y adornado por Dios con muy excelentes prendas. (1)

Su preparación para la sagrada comunión consistía en vivir cada día una vida más pura y libre de la menor mancha de pecado venial; hacía con este fin muchos actos de amor de Dios y grandes penitencias; en especial se preparaba a la comunión sacramental, con repetir muchas veces la comunión espiritual, que era una de sus constantes devociones. Cada día se acercaba también al tribunal de la penitencia, para confesarse muy brevemente, pero con gran dolor, de sus faltas y firme propósito de la enmienda. Estas faltas eran tan leves que sola ella las conocía y sus confesores tenían que acudir a alguna falta de la vida pasada para tener materia suficiente sobre la que recayese la absolución.

Siendo preguntada por uno de sus confesores cuál era la manera como se disponía para la comunión, dió esta respuesta: «Procuro que la unión de mi alma con Dios vaya cada día en aumento y sea más estrecha; y así cada día procuro amarle y quererle más; estas son las diligencias que todos los días hago». (2) Quien quiera que se determine a imitarla en este modo de preparación para la comunión frecuente, hará grandes adelantos en la virtud y sus comuniones serán muy agradables a la divina Majestad.

Mucho fruto pierde una alma, si después de comulgar no da gracias a Dios Nuestro Señor, por el beneficio tan inestimable que ha recibido, si no hace compañía a Jesús que se ha dignado venir a ella, y si no le pide las gracias que necesita para amarle más y servirle mejor en adelante. Mariana no desperdiciaba momentos tan preciosos. Se levantaba de la sagrada mesa con toda reverencia y compostura y llegada a su puesto se arrodillaba, bajaba la manta sobre su rostro y recogiendo todas las pontencias de su alma y aun sus sentidos en su Dios, perseveraba en aquella actitud por espacio de más de dos horas, que era el tiempo que tenía señalado para dar gracias. (3) Durante aquel tiempo no permitía que persona alguna se le llegase a hablarla. Un Padre de la Compañía tenía que tratar con ella un asunto y no sabiendo que había comulgado hacía poco, se le acercó para proponerle lo que le quería decir. Ella le dijo con su respeto y modestia acostumbrada «Padre, he comulgado» y con esto se retiró el Padre muy edificado y dejó para otro instante el asunto que venía a tratar. El divino Sacramento además de llenar el alma de Mariana de gracias y favores, dejó sentir muchas veces sobre el mismo cuerpo sus influencias celestiales.

Pocos días antes de la fiesta de San Juan Bautista, uno de los Santos de su mayor devoción, su confesor le mandó para probar

1) Procesos Apostólicos fol. 130.

2) Procesos página 354.

3) Procesos página 142, 183.

su obediencia que no comulgase aquel día sacramentalmente y se contentase con la comunión espiritual. No se le podía dar precepto más duro y difícil; estaba resuelta a obedecer con puntualidad, pero esta determinación le costó caro. De la pena cayó gravemente enferma con una muy subida calentura, que dió algún cuidado a la familia. Llamaron al médico, pero los remedios fueron todos inútiles y temieron que muriese; fue avisado el confesor del peligro y como no se acordaba del precepto que le había impuesto, no podía sospechar que este fuese la única causa de todo su malestar. Mariana que quería obedecer, aunque la vida le costase, no hizo tampoco alusión a la orden que había recibido. Habiéndola exhortado y confesado el Padre, al retirarse le dijo como por broma: «Mañana le aguardo en la iglesia para que comulgue». El efecto de estas palabras fue sorprendente, porque tan grande fue el gusto que con ellas sintió, que al día siguiente, a las cinco y media de la mañana, ya estaba esperando a la puerta de la iglesia, que el sacristán abriese para entrar y prepararse para recibir a Nuestro Señor. Salíó el Padre al confesonario y quedó espantado al verla allí, sin calentura alguna, enteramente sana y buena. De este modo pudo comulgar el día de San Juan Bautista como lo había pedido al Santo y a Dios Nuestro Señor. (1)

No menos admirado quedó el médico, cuando yendo a visitar a su enferma, que la tarde anterior estaba realmente grave, supo que había ido aquella mañana a la iglesia, y al volver la encontró con perfecta salud, sin saber a qué atribuir curación tan repentina y obrada sin remedios.

Algunas pocas veces la vieron después de la comunión con el rostro tan resplandeciente que parecía una ascua, queriendo Dios con esto demostrar el fuego de caridad que ardía en el corazón de su sierva. (2)

Más frecuente fue el estar completamente enajenada de sus sentidos por largos ratos, mientras daba gracias después de la comunión. Se acercaban a ella para pedir sus oraciones o también por curiosidad algunas personas; pero por más que hacían para llamarle la atención no lo podían conseguir, ni respondía palabra alguna a lo que se le preguntaba; la meneaban fuertemente pero quedaba inmóvil, los ojos levantados al cielo, y las manos cruzadas sobre el pecho sin dar la menor señal de comprender lo que pasaba.

1) Procesos, páginas 353, 354.

2) El P. Miguel de Salazar, sobrino de Mariana en tercer grado decía: «Todos los días recibía la Eucaristía con tan grande fervor que aun su confesor que se la administraba, apenas la conocía, según miraba su rostro demudado y encendido. [Procesos Apostólicos fol. 50. Procesos pág. 50.

Dos primas de Mariana cuentan de la manera siguiente lo que les aconteció en una de estas ocasiones:

«.....Hechas las diligencias por ser ya las diez del día, tratando de volverse, se fueron a despedir de Mariana de Jesús a su asiento, que era siempre al pie del púlpito, donde la hallaron de rodillas, con el manto hasta el pecho; y diciendo la madre de esta testigo: quédate con Dios Mariana, una y otra vez, viendo que no respondía ni hacía movimiento, la empujó llamándola por su nombre; y como tampoco respondiese, ni hiciese movimiento, le alzó el manto y la halló suspensa y elevada con las manos puestas al pecho, la boca abierta y los ojos elevados al cielo; y viendo esto la dijo a esta testigo la dicha su madre «Ana mira esto» y llegó a verla y la halló de la misma suerte, con que quedaron admiradas ambas y la volvieron a tapar el rostro y se vinieron a casa». (1) La sencillez misma de este relato persuade la verdad del hecho. Visitaba al Santísimo Sacramento cuantas veces podía hacerlo, y se estaba delante de Jesús Sacramentado todo el tiempo de que disponía, sin hartiarse jamás de la divina presencia, permaneciendo arrodillada, inmóvil, bajado el manto hasta el pecho sin dar inuestras de tener cuerpo humano sujeto al cansancio o sufrimiento. Le asistía de esta manera siempre que estaba expuesto en la iglesia de la Compañía de Jesús y durante todo el tiempo que lo estaba. Además ayunaba los días de exposición que eran varios cada mes, comulgaba con todos los de su casa, y con singular empeño convidaba a todas sus amigas y conocidas para que hicieran lo mismo. (2)

Pero de modo especial mostraba su amor ardiente y fervor encendido, en honrar y desagraviar a Nuestro Señor durante las cuarenta horas, los tres días de carnaval, en que permanecía expuesto en la iglesia de la Compañía. Desde las seis de la mañana en que se decía la Misa de exposición, hasta las seis de la tarde hora de la reserva; permanecía Mariana de rodillas sobre su tarima, sin probar bocado, sin salir ni un instante, ni siquiera sentarse un rato para descansar, a no ser por espacio de algunos minutos para obedecer a alguno de sus confesores que movido a compasión, le mandaba que así lo hiciese. (3)

La misma conducta observaba el Jueves Santo. Asistía al Santísimo sin apartarse de El ni un solo momento, así de día como de noche, ni tomar el más ligero alimento.

Tal era su atención a este soberano Misterio que no podían causarle la menor distracción, ni el tráfico de los que entraban en la iglesia para rezar las estaciones, ni el ruido que hacían los que iban como penitentes, al arrastrar los grillos y cadenas sobre las

1) Procesos pág. 89.

2) Procesos pág. 76.

3) Procesos 30, 175 P. Alonso de Rojas, pág. XV. Procesos Apostólicos fol. 227.

piedras del pavimento; ni tampoco la llevaba la curiosidad a ir a presenciar una lucida y vistosa procesión que pasaba cada año delante de la puerta de la iglesia la noche del Jueves Santo.

Viendo el Hermano Sacristán la continua asistencia de Mariana en el templo, le encargaba que durante la noche tuviese cuidado así del Monumento como de las alhajas preciosas y muchas en número que en él había. Mariana deseosa siempre de complacer, admitía gustosa lo cometido; y el Hermano se iba a descansar seguro de que no pasaría ninguna desgracia, ni ocurría caso alguno desagradable, mientras ella cuidase del Monumento; y así sucedió en efecto; estando ella presente nada hubo que lamentar. Gastaba el tiempo que permanecía delante del Santísimo Sacramento en recogida oración mental, la que interrumpía de vez en cuando con unos devotísimos coloquios o afectos que tenía escritos en un cuadernillo para estas circunstancias. (1)

A nadie debe parecer increíble que haya tenido una devoción ardiente al Sagrado Corazón de Jesús, la virgen que Dios había escogido para modelo y patrona de aquella región privilegiada, que andando el tiempo había de ser la primera entre todas las naciones que se consagrara oficialmente al Corazón del divino Redentor. La tuvo en efecto y muy grande; si bien no precisamente bajo las formas de piedad y culto que ahora se practican entre los fieles devotos del Sagrado Corazón, pero sí en lo principal y sustancial de ella que es el amor al Corazón desfilco con la reparación de las injurias que se le hacen. Aunque el conocimiento y propagación de esta devoción en toda la Iglesia se debe a la Bienaventurada Margarita María, a quien Dios escogió para esta misión sublime, no por eso fue devoción completamente desconocida antes de ella; bajo una forma u otra, con mayor o menor ampliación se hallaba en personas particulares que la practicaban con fervor, como devoción privada, pues no tenía todavía la aprobación de culto público en la Iglesia. Entre estas almas se puede contar a Mariana de Jesús que murió dos años y casi dos meses, antes que la Bienaventurada Margarita María naciera a este mundo.

Muy niña aún, cuando empezaba con sus primeros fervores, solía retirarse a un rincón del jardín de su casa, para desahogar allí el fuego de su pecho en afectos amorosos al Corazón del Divino Redentor y darle al propio tiempo pruebas evidentes de que le quería amar y le amaba, y con las austeras penitencias que allí ejercitaba reparar las ofensas de todos los hombres.

Una de aquellas niñas que se criaron con ella en la misma casa, refiere que cuando ellas se ponían a jugar, Mariana se retiraba a un rincón de la huerta, empezaba su oración y en el fervor de ella cogía un manojo de ortigas, sin reparar en si se lastimaba las manos o no, y descubriéndose el pecho se azotaba el costado dere-

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 6, pág. 237.

cho, diciendo continuamente durante este suplicio: «Ay Costado de mi Jesús crucificado» y no paraba hasta tener el pecho dolorosamente hinchado o hasta que se acabase el tiempo que las niñas sus compañeras tenían para divertirse. (1) Estos fervores primeros fueron creciendo más y más en lo sucesivo.

Cuando abismada en la meditación profunda de las verdades eternas, de la importancia de la salvación, de la muerte, del cielo, del infierno, consideraba por otra parte que podía ser infiel a la gracia de Dios y condenarse, pues que son innumerables los peligros de perderse que corre una alma mientras se encuentra en esta vida mortal, se sobrecogía toda de miedo y horror. En aquellos momentos de angustia, levantaba los ojos al cielo, imploraba la piedad divina y buscaba un asilo seguro donde pudiera guarecerse contra todos sus enemigos; y ese asilo, ese lugar de refugio no era otro que el costado abierto del divino Redentor. En esta llaga penetraba en espíritu, llegaba hasta el Corazón Sagrado, y ahí experimentaba un gozo y contentamiento inefable, apropiándose los sentimientos de San Buenaventura cuando decía: «Oh cuán bueno y cuán dulce es morar en este Corazón» No era otro el refugio que buscaba en sus penas, tentaciones y aflicciones. El costado de Jesús, su Sacratísimo Corazón, era en aquellas horas de amargura su único refugio. A El se acogía con la más entera confianza, con la seguridad de que el Señor no la había de desamparar. Así sucedió porque gracias a la protección del divino Corazón, siempre salió victoriosa en sus más rudos conflictos, siempre sufrió con paciencia y aun con gusto los trabajos de esta vida. (2)

Más no se crea que entonces tan solo se acordaba del divino Asilo, cuando se veía acometida de sus enemigos enfurecidos; otras muchísimas veces entraba en él, o por mejor decir, jamás salía de él: «Andaba con tanto recogimiento, dice su confesor el P. Rojas, en silencio y quietud sobrenatural que muchas veces le sucedía andar como extática y fuera de sí; entonces se acogía al Costado de Cristo, bañaba y lavaba su alma en aquella Sangre divina que de él salía, pidiéndole al mismo tiempo con mucho fervor que la derramase sobre los pobres pecadores, y ofreciéndose ella a sufrir cuantos trabajos fuesen del agrado de la divina Majestad con tal que ellos tuviesen fácil entrada en aquella mansión adorable». (3)

Como muy amante de la virtud de la humildad se esforzaba en adquirirla en el más alto grado y de la manera más fácil y segura que le fuera posible. Para conseguir este doble efecto se valía de la devoción al Corazón divino que llama a todos diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Iba Mariana frecuentemente a aquel Corazón porque es modelo perfectísi-

1) Procesos página 63.

2) Procesos página 183.

3) P. Alonso de Rojas, pág. XIX.

mo y fuente de toda humildad, y porque por su dulzura y humildad inefable quiere constituirse Maestro de esta virtud, fundamento de todas las demás.

Muy a menudo durante el día, entre otras jaculatorias, repetía la siguiente aspiración: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrade y hazme toda a medida de tu Corazón. Yo me conozco y desprecio por vil; quiero ser vil y despreciada a mis ojos y a los de todo el mundo por tu amor».

Con esto bien se ve que aunque Mariana de Jesús no tuvo las prácticas de devoción al Sagrado Corazón que ahora se conocen y se acostumbran, tuvo la más esencial de ellas; devolver a Dios amor por amor y reparar las ofensas que de continuo se irrogan a Nuestro Señor Jesucristo, y todo esto venerando al Corazón divino del Redentor.

CAPITULO VIII

Filial devoción de Mariana de Jesús a la Virgen Nuestra Señora

SUMARIO: GRANDEZA DE SU DEVOCIÓN.—LA REINA DE LOS ANGELES.—NUESTRA SEÑORA DE LORETO.—CONGREGACIÓN BAJO ESTE TÍTULO.

Después de Jesús, ocupaba el primer puesto en el corazón de Mariana, la Virgen de vírgenes, María Santísima Madre de Dios y de los hombres. Era tan cordial y fervorosa esta devoción en María, que no se la puede ponderar suficientemente y toda descripción no serviría sino para deslucirla. Teníala por Madre, Reina y Señora; y su conducta para con Ella era de hija y esclava en todas las circunstancias de la vida. A Ella enderezaba sus buenas acciones para que por su medio fuesen presentadas a Jesús. Se valía de su amparo y patrocinio en todos sus combates contra el infierno, y con este auxilio poderoso jamás fue vencida. En Ella ponía su esperanza en sus trabajos y aflicciones, encontrando siempre la paz y consuelo que deseaba. La devoción tierna y constante a la Virgen fue la senda por donde ascendió a la ardua cumbre de la perfección. Con la dulce y continuada experiencia que tenía de la misericordia y protección de María, para con los que a Ella acuden, recomendaba con ahínco a toda clase de personas, una devoción tan provechosa y saludable; porque estaba muy persuadida que el mayor bien que podía hacer a sus prójimos, era darles este consejo y contribuir cuanto estuviese en su mano para que de él se aprovecharan.

El amor de Mariana a Nuestra Señora; no fue un fervor de pocos días, ni un amor que consistiera en palabras o inútiles deseos, sino que lo comprobó con toda clase de buenas obras lleva-

das a cabo con grande constancia y voluntad. Ya queda dicho que siendo niña quiso ir a hacer vida eremítica en la cima del monte Picbuncha para atender al culto de una imagen de Nuestra Señora que allí estaba abandonada. Desde muy niña también, supo rezar el rosario; y nunca dejó pasar un solo día sin hacerlo rezar a las personas del servicio de la casa; y para que esto se hiciera cual conviene, ella misma lo llevaba sin querer encargar este cuidado a ninguna otra persona. Además de esto rezaba cada día el rosario entero delante del altar de Nuestra Señora de Loreto en la Iglesia de la Compañía. Celebraba todas las festividades de María, sin excepción alguna, haciéndolas preceder de una novena, con especiales devociones y mortificaciones de ayunos, disciplinas, cilicios y otras obras de caridad espiritual y corporal, entre las cuales era de notar una buena limosna que hacía a los pobres enfermos del hospital, limosna doblemente meritoria, pues ella, como pobre, tenía que recogerla pidiendo por amor de Dios a su familia o a otras personas.

Daba la ventana de su habitación sobre la capilla del Hospital Real de Quito, donde se veneraba una muy hermosa imagen de Nuestra Señora, bajo la advocación de Reina de los Angeles. Era esta imagen una de las más veneradas entonces en la capital, y el refugio de sus habitantes en toda clase de apuros. Su altar estaba lujosamente adornado, y magnífico era el culto que se le rendía. Todos los sábados se cantaba una misa solemne por la mañana, y por la noche la Salve, que era muy concurrida. (1)

Cada año se celebraba la fiesta principal con grandes regocijos y con la crecida limosna de quinientos pesos, dada por algún rico y cristiano caballero, o recogida entre varios, y destinada para dote de alguna doncella pobre y virtuosa.

Todas las noches un gran número de fieles iba a rezar el santo rosario en coros delante de la venerada imagen en aquella capilla; y María premió con innumerables gracias y favores esta filial confianza de los piadosos habitantes de Quito.

En el tiempo en que vivía Mariana, era mayordomo de la Virgen, Juan Toribio de Guevara, hombre de mucha virtud y sólida piedad, el cual declara en los Procesos, que durante los dos años que ejerció este cargo, una india traía todos los sábados dos o cuatro ramilletes de flores naturales, muy frescas y olorosas, con dos velas de cera de regular tamaño. Colocaba las flores en el altar, encendía las velas, y se iba sin querer jamás declarar quien las enviaba. Entró en curiosidad el mayordomo de saber el nombre de la persona tan devota para con María, y que la obsequiaba con tanta perseverancia; pero no pudo saberlo de la india aunque se lo preguntó muchas veces. Viendo infructuosas sus diligencias

1) P. Morán de Butrán, lib. III, cap. 5, pág. 227. Véase Matevalle, Santuarios de la Virgen, parte II, pág. 265.

por este lado, se puso con disimulo a seguir a la india, y pudo de de esta manera llegar hasta Mariana, quien en aquel momento salía de su aposento. Le dió las gracias por el servicio que hacía a la Reina de los Angeles, y Mariana con su buen modo y dulzura le contestó: «Dios nos dé sus gracias y conocimiento para servir a su Madre; dichoso Vm. que sirve a tan gran Señora; sea ahora y para siempre» y con esto despidió cortésmente al devoto curioso.

Mas como Mariana no podía dirigir su vista siempre que quería a la imagen de Nuestra Señora de los Angeles en su capilla, hizo sacar una copia pequeña para tenerla en el altar de su cuarto, con la cual se regalaba muy a menudo, presentándole sus súplicas y oraciones que nunca dejaron de ser benigneamente escuchadas.

Después de la muerte de Mariana se edificó sobre la capilla de Nuestra Señora de los Angeles un arco que atraviesa la calle y que le servía como de pórtico y fue denominado el Arco de la Reina de los Angeles. Ahora tan solo queda el arco, lo demás ha sufrido varias modificaciones. La imagen pintada en la pared que Mariana y todos los quiteños veneraban ha desaparecido.

Cuando Mariana no podía ir a la iglesia de la Compañía, desde su habitación, entornada un poco la contraventana, oía todas las misas que se decían en la capilla de Nuestra Señora de los Angeles.

Otra imagen de María Santísima muy de la devoción de Mariana de Jesús era Nuestra Señora de Loreto (1) y en su obsequio ejecutaba cuanto le dictaba su devoción y fervor. Gustaba mucho de invocarla bajo esta advocación, y recibía por su medio gracias y favores extraordinarios. Tenía Mariana dos imágenes del mismo título; una pintura al óleo y una estatua que representaba a la Virgen sentada en una silla con el Niño Jesús en su regazo; no era estatua de una sola pieza sino que el Niño se podía quitar y poner. Arrodillábase frecuentemente delante de aquella imagen que tenía en su altar, y desahogaba el amor de su corazón con las palabras más dulces y amorosas, con los afectos más tiernos que se pueden imaginar, llamándola su reina, su madre, su esperanza, su consuelo y el único amor de su alma. Con filial confianza muchas veces le pedía humildemente que le prestase a su hijo divino; tomaba entonces al Niño Jesús se entretenía con El en dulces afectos, le besaba los pies y las manos, y finalmente, lo volvía a colocar en los brazos de la Madre. Quiso María Santísima recompensar la fe ardiente y sincera devoción de su sierva apareciéndosele en varias ocasiones y dándole muy benigna a su divino Hijo no sólo en espíritu o en su imagen sino en realidad de verdad.

1) Véase Motavalle; Santuarios de la Virgen, parte II, pág. 229.

Estaba jugando Cosme de Salazar, niño de cinco a seis años, y sobrino en segundo grado de Mariana, cerca del cuarto de la sierva de Dios, cuando repentinamente se entró en el aposento, y vió que Mariana tenía a un niño hermosísimo en sus brazos, con el cual se estaba entreteniendo. Asustado el muchacho corrió a su madre Juana de Caso diciendo a voces: «Mamá, tía Mariana está jugando con un niño muy lindo». Doña Juana que sabía muy bien que no había entrado ningún niño en la casa, sospechando lo que podía ser, se fué con toda prisa al cuarto de su santa tía para cerciorarse del hecho. Pero encontró a Mariana que salía de su aposento con el rostro encendido y le dijo: «Por qué dejas entrar muchachos aquí? Entró, sin embargo, Juana acompañada de su hijo Cosme y le preguntó: «¿Con qué niño jugaba tía Mariana?» Recorrió con la vista el cuarto buscando el niño: «con este» dijo el muchacho y señalaba al Niño Jesús en el lienzo que representaba a Nuestra Señora de Loreto. (1)

Pero donde más se enervorizaba y donde recibía mayores gracias era delante de la propia imagen de Loreto en la iglesia de la Compañía. Jamás salió de ella sin haberse arrodillado delante de su altar donde acostumbraba rezar cada día el rosario entero de quince misterios con el oficio parvo de la Virgen. Era tan efectivo su amor, se dice en los Procesos, «que en obsequio de Nuestra Señora de Loreto ejecutaba cuanto le dictaba su fervorosa devoción». (2)

Con la firme esperanza de que nada le había de negar, se postró Mariana humildemente ante esta imagen en compañía de su sobrina Sebastiana, para pedirle con ella y por ella, la muerte antes que llegase el día del matrimonio, al que contra su voluntad, sus padres la querían obligar. La Virgen oyó la oración de aquellas dos almas puras, porque al dejar el altar, Sebastiana se sintió acometida de la enfermedad que la llevó al cielo.

En el tiempo de Mariana de Jesús, la Congregación de Loreto con el nombre de «Las Esclavas de Nuestra Señora de Loreto» era ya muy floreciente. Desde sus principios la formaban señoras de la primera nobleza de Quito. En un manuscrito antiguo, principiado cerca del año 1640 entre los nombres más ilustres se leen los de Mariana de Paredes, Doña Jerónima de Paredes, Doña Juana de Caso y de sus dos hijas, Doña Andrea y Doña Catalina de Caso y Salazar.

Por este catálogo se ve que la Virgen quiso que Mariana y su piadosa familia santificasen en sus principios esta célebre Congregación en la cual más tarde se admitieron toda clase de personas, aun hombres, y entre ellos figuran varios sacerdotes. (3) En el

1) Procesos pág. 136.

2) Procesos Apostólicos fol. 385.

3) Véase Apéndice IV al fin de esta obra.

nismo manuscrito se encuentra además el acta de consagración a la Virgen Santísima que Mariana pronunció y firmó, así como lo hacían las demás asociadas. Dice así:

Carta de Esclavitud a Nuestra Señora:

Soberana Princesa, Serenísima Reina, Augustísima Emperatriz de cielos y tierra, Clementísima abogada, Medianera y Acogida de pecadores, Hija muy amada del Eterno Padre, Madre amable y admirable de su Unigénito Hijo, dignísima Esposa del Espíritu Santo, Sacrosanto sagrario de la Santísima Trinidad, Virgen Purísima y Dulcísima María yo.....aunque por todas partes indignísima de parecer delante de vuestro divino acatamiento con todo, movida de vuestra inmensa benignidad y del deseo que os habéis servido de darme de ser vuestra esclava; pecho y corazón por tierra, humildemente postrada a vuestros sacratísimos pies, con todo el afecto de mi corazón me ofrezco y entrego por vuestra humilde y mínima sierva y esclava perpetua, y como tal propongo firmemente de servirlos fídelísimamente toda mi vida, y procurar en cuanto pudiere, que otros hagan lo mismo; y en señal de esto traeré conmigo el rosario que me sirva de cadena, y una S y un clavo en memoria y recuerdo que soy vuestra esclava. (1) Bien veo yo cuán indigna soy de esta soberana merced y honroso título de vuestra esclava; pero suplicoos piadosísima Señora, por aquel afecto con que os ofrecisteis por esclava del Señor y por él con que vuestro Benditísimo Hijo, muriendo en la cruz, nos dejó debajo de vuestra protección y amparo, que no mirando a mi indignidad tengáis por bien recibirme y admitirme en el número de vuestras esclavas, que yo desde luego os escojo y recibo por mi Señora y Reina y todo mi bien. Santo Angel de mi guarda y demás cortesanos del cielo, sedme testigos de esta mi voluntad y promesa, medianeros y fiadores de su cumplimiento, alcanzadme gracia, para que en todo y con todo acierte a servir y agradar a esta gran Señora y a su Benditísimo Hijo Jesús, y antes perder mil veces la vida que una sola ofenderles con culpa mortal y así lo firmo.

Por su devoción a Nuestra Señora de Loreto quiso ser enterrada a sus pies, y se complacía en estar mirando por largos ratos aquel puesto que sabía pronto sería su sepultura, y donde su cuerpo había de reducirse a menudo polvo como lo pedía incesantemente a Nuestro Señor, mientras su alma gozase de las delicias del Paraíso. Así sucedió en efecto; ella la primera estrenó la bóveda de Nuestra Señora de Loreto, que fue terminada un mes después de su santa muerte.

1) A cada asociada se daba en el día en que se consagraba una hoja escrita o impresa que contenía la letanía lauretana, una imagen de N^{ra} Sra. de Loreto, el acto de consagración y al pie, impresos o dibujados, una S y un clavo. Era como un jeroglífico por el que se significaba la palabra «esclavo». Así se ha de entender y no exclusivamente de un modo material, que habrían de llevar una S y un clavo. Algunos al apuntar sus nombres en el registro de la Congregación pintaban al lado este mismo símbolo.

CAPITULO IX

Devoción de Mariana a los cortesanos del cielo y su grande afecto a la Compañía de Jesús

SUMARIO: SU DEVOCIÓN A S. JOSÉ.—A SANTA TERESA.—A SANTA CATALINA DE SENA.—A SANTA GERTRUDIS Y SANTA URSULA.—A SAN FRANCISCO DE ASIS.—A LOS ANGELES CUSTODIOS.—A LOS SANTOS DE LA COMPAÑIA.—SU AMOR A LA COMPAÑIA.—SUS CONFESORES.—SU ESPÍRITU INTERIOR.—SU VESTIDO.—SU ENTIERRO EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA.

La piedad y religión de Mariana hubiera dejado algo que desear si con el amor afectuoso y eficaz a Jesús y María no hubiese juntado una sólida devoción a los Santos. Solamente la ignorancia puede rechazar el culto que les tributamos; pues nada hay más puesto en razón que honrar y glorificar a aquellos a quienes el mismo Dios honra y glorifica.

Con la tierna devoción a la Virgen Santísima, Mariana de Jesús profesó devoción especial al glorioso Patriarca San José Esposo dignísimo de María. Se preparaba para celebrar sus fiestas con un setenario, que como se sabe, para Mariana no consistía en rezar algunas oraciones devotas, sino en destrozarse su inocente cuerpo con horribles mortificaciones y penitencias. Entre otras, solía poner en los zapatos cada día del setenario y durante todo el día, las plantillas que tenía sembradas de garbanzos; y jugando con una frase muy conocida y usada, solía decir que en honor del Santo «añadía algún garbanzo más a la olla». (1)

Esta devoción a San José se acrecentaría sin duda con la frecuente lectura de las obras de Santa Teresa a quien amaba tiernamente, en especial desde que supo de Dios Nuestro Señor, que su propia casa había de transformarse en convento para las Hijas de la Seráfica Madre.

Tenía a esta Santa por su guía y maestra, y confesaba que los libros de la mística Doctora eran de gran provecho para su alma. Se esforzaba sobre todo en imitar sus virtudes admirables, y formar su corazón según aquel espíritu invencible y generoso, que le hizo arrostrar los mayores trabajos por amor de Nuestro Señor Jesucristo. (2)

Con Sta. Teresa de Jesús tenía también por maestra a Sta. Catalina de Sena, a quien profesó siempre muy cordial devoción. Se dijo más arriba que quiso entrar en el convento de Santa Catalina de esta ciudad, pero ya que esto no pudo efectuarse por espe-

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 6, pág. 238. Procesos, pág. 358.

2) Procesos, pág. 50.

cial disposición de Dios, se consideró siempre de corazón como su hija; la tomó por su modelo, y procuraba imitarle en sus acciones y penitencias. Tan frecuentemente había leído su vida que la sabía de memoria. A ella acudía especialmente en sus trabajos y aflicciones, no para pedirle que la librase de ellas, antes bien le pedía que se aumentasen, pero para que la guiase en ellos, no permitiendo que fuese engañada, sino que sacase todos los frutos de paciencia y resignación que Dios al enviárselos pretendía. (1)

Asimismo se señaló en su devoción a santa Gertrudis, quien se le apareció y la consoló con mucha familiaridad, dándole noticias de su pronta muerte y de la gloria que Dios le tenía reservada en el cielo; a Santa Ursula con sus compañeras; quienes le hicieron un singular favor el día veintiuno de Octubre de 1644, unos siete meses antes que muriese. Vió Mariana de Jesús en espíritu a aquella Santa y sus compañeras, que la invitaban a que asistiese con ellas a las fiestas y regocijos de la Patria celestial entre los coros de las vírgenes, en los cuales pronto se había de encontrar por toda la eternidad. (2)

Quiso ser hija espiritual del glorioso Patriarca San Francisco de Asís; pues, en el Convento de Quito tenía a un hermano, el R. P. Fr. Jerónimo de Paredes, y a un primo el R. P. Fr. Lorenzo Fernández. Sabiendo las muchas indulgencias que se ganan con el cordón de San Francisco, lo recibió por consejo del P. Camacho, su confesor, y se puso un escapulario pequeño al cuello, si bien no llevaba el cordón ni el escapulario de un modo patente sobre el vestido sino debajo de él, para evitar singularidades, y no ir ostentando sus devociones.

Como ángel en carne mortal que era, tuvo particular devoción a su Santo Angel Custodio, y a los nueve coros celestiales a los que se encomendaba cada día, pidiendo a cada coro una gracia especial que le ayudase a servir con más fervor en este mundo al Señor, a quien ellos sirven con tanta presteza en el cielo. Recibió favores muy señalados de su Angel custodio. Entre otros muchísimos, hallándose una noche muy angustiada en su espíritu, por una duda que le había sobrevenido y que le era preciso resolver lo más pronto posible no pudiendo consultar con sus directores, llena de confianza en la inefable dignación y bondad de su Angel que tenía bien conocida, escribió su dificultad en un papel, y no le faltó mensajero seguro y fiel que llevase la pregunta a quien la dirigiera, y le trajera la respuesta que puso fin a sus dudas y temores. (3) Así lo refiere el P. de Alcocer en los cuadernos que dejó escritos de la vida de Mariana. (4)

1] Procesos página 22.

2] Procesos pág. 112.

3] Procesos pág. 50.

4] P. Moran de Butrón lib. III, cap. 8 pág. 257.

Donde más mostró su piedad y devoción fue en el culto que rindió a los Santos y Beatos de la Compañía de Jesús; era increíble el afecto, confianza y estimación que les tenía. A San Ignacio con mucha ternura le llamaba Padre suyo, le invocaba frecuentemente y se ponía bajo su amparo y patrocinio. Amaba de corazón a San Francisco Javier admirando sus virtudes y sobre todo aquel celo ardiente, que le hizo trabajar y sufrir tanto por predicar el nombre de Jesús entre los infieles. De la misma manera veneraba a los otros Santos o Beatos de la Compañía cuyas virtudes y vida tenía muy bien estudiadas. (1)

Y aquí al hablar de la devoción de Mariana a los Santos de la Compañía de Jesús, no será fuera de propósito, ni nadie podrá razonablemente llevar a mal, si en obsequio de la verdad histórica, se dice algo del cariño y amor entrañable que siempre profesó a la misma Compañía, de la cual ella es una de las glorias más puras y muy ilustre y precioso ornamento.

Decía de sí misma: *«Yo soy toda Jesuita»* «y por ser toda ella hija de la Compañía de Jesús se llamaba Mariana de Jesús».

(2) Comprobó plenamente con obras la verdad de lo que decía. No entró en ninguna otra iglesia de las muchas y muy devotas que hay en Quito, sino que siempre fue a la Compañía «donde era continua su asistencia y donde solamente acudía; (3) como afirman personas que diariamente allí la acompañaban. Habiendo de recibir el cordón de San Francisco, se dice en los Procesos de 1660: «que no fue en persona para pedirlo sino que por tercera persona lo recibió según lo llegó a entender esta testigo». (4)

Sin embargo, el P. Moran de Butrón, en su declaración jurada de 28 de febrero de 1747 dice: «que fue a la iglesia de San Francisco a tomar el cordón del seráfico padre» y otros dos testigos declaran en los Procesos de 1760 «que fue a la iglesia de San Francisco con ocasión del entierro de su sobrina Sebastiana de Caso». También consta de los Procesos de 1660 que siendo de ocho años de edad se fue a la iglesia del Convento de la Concepción para asistir a la exequias de una religiosa llamada Mariana de Jesús, muerta en olor de santidad. (5)

Fuera de estas dos o tres veces no entró en otra iglesia. El motivo de su retraimiento de otras iglesias no era ningún afecto particular desmedido o exagerado, ni mucho menos algún juicio siniestro y contrario a la caridad; estimaba y veneraba en gran manera a todos los sacerdotes y comunidades religiosas, nunca, se hubiera atrevido a censurar los actos de los sacerdotes, ni decir lu

1) Procesos pág. 77.

2) Procesos pág. 233.

3) Procesos págs. 110, 132, 141, 167, 181, 217, etc.

4) Procesos página 167.

5) Procesos página 258.

palabra más insignificante, ni siquiera fomentar el más ligero pensamiento contra ellos; solo obraba de esta manera, como se ha apuntado ya, por su grande amor al retiro y al recogimiento, por su heroica mortificación que se extendía aun a las cosas lícitas y santas. Tenía a la Compañía: «por su casa, su refugio, su Madre y la única maestra de su alma». (1)

Jamás tampoco se confesó con ningún sacerdote que no fuese de la Compañía. La dirección espiritual de los Padres de la Compañía satisfacía plenamente sus aspiraciones, y como no pretendía otra cosa sino esta dirección, al acercarse al confesonario, no procedía por ningún otro motivo humano, juzgaba inútil ir a buscar a otra parte, lo que en la Compañía tenía a la mano. Escogía un confesor fijo al que manifestaba con mucha sinceridad y humildad, su alma toda, pero sin escrúpulo ninguno, porque nunca padeció de esta enfermedad moral. Cuando no podía hablar con su confesor iba sin el menor recelo y con toda libertad a otro, por no privarse de la gracia del Sacramento, obrando en esto como se debe, con espíritu de fe que nos enseña que tanto aprovecha la absolución válida recibida de un confesor como la que otro concediera, con tal que el penitente tenga las mismas debidas disposiciones. Por esta causa reprendió un día a su amiga Escolástica, porque habiendo venido a confesar y comulgar, se salía de la iglesia sin haberlo hecho, porque no encontraba a su propio confesor, diciéndole: «¿Es cosa bastante no estar tu confesor aquí para irte sin hacer lo que debes?» (2) Y la hizo volver y confesarse con otro, para que no perdiese la gracia del Sacramento de confesión y comunión.

En su espíritu interior, en su manera de pensar y obrar, se conformó siempre lo más posible con el espíritu de los Padres de la Compañía; porque sin despreciar ni desaprobando en lo más mínimo el espíritu y manera de proceder de otros sacerdotes o religiosos, le parecía a ella que no podía encontrar para sí, nada mejor ni más santo, ni tampoco más adecuado a las disposiciones de su alma. De las reglas y constituciones de la Compañía, así como de la lectura de la vida de San Ignacio sacó el pretender siempre y en todo la mayor gloria de Dios, y el bien y provecho de las almas; el tesón y constancia en buscar la mayor mortificación y abnegación posibles; el vestirse de la librea de Jesucristo, copiando en sí misma hasta en los más mínimos detalles, la pasión y muerte del divino Redentor; y también aquella modestia admirable que siempre resplandeció en su persona y en sus cosas. (3)

Este afecto de Mariana a la Compañía, a sus Hermanos, como ella solía decir con singular cariño, lo exteriorizó hasta en su vestido, que era parecido a la sotana que usaban entonces los Padres de la Compañía. Lo sujetaba a la cintura con un ceñidor de lana,

1) Procesos, págs. 77, 137, 143, 219, 223.

2) Procesos pág. 63.

3) Procesos página 100.

del cual pendía el Rosario, no tenía cuello ni adorno alguno, excepto el monograma de Jesús en el pecho, para mostrar el afecto de su corazón. [1]

Siempre deseó vivamente ser enterrada en la iglesia de la Compañía, en la bóveda de Nuestra Señora de Loreto, que se estaba construyendo cerca del fin de su vida. Para asegurar el logro de su deseo, escribió ella misma su pretensión al Muy Reverendo Padre General de la Compañía, y alcanzó cuanto pedía. De esta suerte la iglesia de la Compañía pudo poseer y aun posee en la actualidad el inestimable tesoro de sus sagradas reliquias, después de haber sido santificada con sus heroicas virtudes y admirables ejemplos. Mariana no quiso ser separada en muerte de aquel santuario que únicamente había frecuentado en vida. «... Siempre tuvo deseo, se dice en los Procesos, de enterrarse en la iglesia de la Compañía de Jesús a los pies del altar de Nuestra Señora de Loreto, cuya devota fue y esclava; algunas veces tomaba la medida de su cuerpo y señalaba su sepultura en la peana de dicho altar; y le oyó decir esta testigo que había enviado pedir licencia al Reverendísimo General de la Compañía para enterrarse en dicha iglesia; y el traje que traía era semejante al de los Padres de la Compañía porque decía «era toda Jesuita». (2)

Innumerables son las calumnias mil veces deshechas y mil veces renovadas contra la Compañía de Jesús; pero ¿qué atención se merecen, si se comparan con el aprecio y amor que le profesó una de las almas más puras y más santas, no sólo de la nación ecuatoriana pero aun de la iglesia de Dios, de Mariana de Jesús? El origen de la calumnia es la pasión y la mentira; la estimación de Mariana de Jesús provenía tan sólo de la verdad. Y para que se vea que además de Mariana había en aquel tiempo otras personas que estimaban la Compañía, como las hay también ahora, uno de los sacerdotes que como testigo interviene en los Procesos, después de referir lo que había hecho esta Orden religiosa para formar el espíritu de Mariana, añade las palabras que copiamos: «... Con su enseñanza, vigilancia, virtud y cuidado, es madre y amparo de toda esta República, donde todos hallan el consuelo y bien espiritual y temporal que necesitan, siendo la experiencia, tantas mujeres tan virtuosas como asisten en la iglesia de dicha casa, y la frecuencia de los hombres con tan continua frecuencia de los Santos Sacramentos, y tantas limosnas que conocen hacen a muchas pobres de varios estados a quienes sustentan con muy liberal cuidado, que esto se halla en esta Casa; como el consuelo y asistencia a todos los enfermos, sin reservar hora de descanso, pues a todo lo que son llamados los religiosos acuden con mucho amor. . . . » (3) Estas palabras se escribían en Quito, el once de diciembre de mil seiscientos setenta y uno.

1) Procesos págs. 32, 124.

2) Procesos págs. 94, 124, 143, 185.

3) Procesos pág. 155.

CAPITULO X

Fervorosa oración de Mariana de Jesús

SUMARIO: SU ORACIÓN.—TESTIMONIO DE SUS CONFESORES.—EX-TASIS.—ORACIÓN VOCAL.—PERTURBACIONES DEL DEMONIO.—ES MALTRATADA POR EL DEMONIO.

Con la oración levantamos el corazón a Dios para pedirle cuanto necesitamos para el cuerpo y el alma. La oración es el remedio de nuestros males y la fuente perenne de la cual se nos deriva todo bien.

Mariana conoció muy pronto cuán necesaria es la oración para llegar a la perfección, y fue muy dada a este santo ejercicio. Cuán excelente y sublime fuese su oración se podría decir en pocas palabras con recordar cuán grande fue su mortificación y abnegación; porque si hay mucha mortificación y abnegación, podrá haber mucha oración, pero donde no hay mortificación no puede haber oración que sea digna de este nombre.

Desde la infancia dió a conocer una propensión como innata a tratar con Dios en la oración. Sin otro consejero que el Espíritu Santo, se retiraba al cuarto de su madre o a cualquier rincón de la casa, para desahogar su corazón en tiernos afectos para con Dios, teniendo oración casi sin saber que la tenía.

Cuando para la primera confesión, tomó por director al P. Camacho, éste conoció pronto las buenas disposiciones que Dios le había dado, y la animó a gastar todo el tiempo que pudiese en la oración, le enseñó a orar conforme al método de San Ignacio, en su libro de los Ejercicios Espirituales; método muy fácil de seguir y que está al alcance de todos. (1)

Mariana cumplió exactamente durante toda su vida lo que su director le había enseñado. Por la noche preparaba con cuidado los puntos para la meditación del día siguiente; y era tanto su esmero en este particular que, a los principios, casi se los aprendía de memoria. Llegada la hora de la meditación, escogía un lugar a propósito para tenerla donde no hubiese ocasión de distracciones; se ponía de rodillas y pasaba a meditar sobre la materia que tenía prevenida, que por lo común era la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. En estas meditaciones, siendo niña todavía, obraba más la voluntad que el entendimiento; eran más los afectos encendidos, las lágrimas que los discursos y especulación. Algunas veces Dios la visitaba con soberanas consolaciones, que desprendía su corazón de todas las cosas del mundo. De este modo tenía dos horas de

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 7, pág. 241.

oración cada día en la edad de siete a ocho años, una por la mañana y otra por la tarde. Más adelante fue añadiendo algo más; hasta que cerca de los diez años se impuso con licencia de su confesor, unas cinco horas de oración mental, distribuidas entre el día y la noche; y esto sin contar las que tendría mientras se estuviese en la iglesia.

Grande fué el fruto que sacó de este santo ejercicio de la oración y meditación; por medio de ella llegó a grande paz y sosiego de corazón, enfrenó los sentidos, sujetó la carne al espíritu y se vió libre de los defectos y de las innumerables faltas en que caen cada día las almas que no tratan de oración, o que si tratan, no lo hacen como deben.

De esta meditación continuada con mucho esmero, se dignó Dios, Nuestro Señor levantarla, después de algunos años, a una muy alta y sublime contemplación, por la cual le conocía y admiraba con aquella vista clara que cabe en esta vida, ajena de todo discurso y que no pocas veces arrebató el alma, la saca fuera de sí, y la transforma en una criatura más bien del cielo que de la tierra.

Para conocer algo de lo sublime de su contemplación hay que atenerse a lo que atestiguaron sus confesores, pues son los únicos que lo podían saber con toda certeza, al oír el relato de la misma sierva de Dios.

El Padre Camacho, hombre muy versado en cosas de espíritu dice lo siguiente: «.....Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discursos, y amarle sin interrupción.....»: y en otra parte añade: «Gastaba lo más del día y de la noche en oración así vocal como mental, exámenes, lección espiritual y contemplación» (1) Otro de sus confesores el P. Alonso de Rojas dice en su oración fúnebre: «.....Moraba dentro de sí en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderlo de vista, y estaba interiormente tan asida en la Santísima Trinidad que decía no se podía apartar de Dios. Con facilidad se levantaba su espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes a Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural que muchas veces le sucedía como andar fuera de sí, y como una abeja que se estaba cebando en el Costado de Cristo chupándole la sangre». (2)

El P. Lucas de la Cueva insigne misionero del Marañón, dice: «.....En los ratos que la comuniqué, descubrí la alteza a que Dios la había llamado, y la unión que con su divina Majestad había alcanzado; punto que me comunicó y en que yo la atajé, diciéndola no entendía aquellas materias tan realzadas, porque no había entendido en mi vida sino lo más ratero de los primeros pasos en la vida espiritual.» (3)

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 7, pág. 243.

2) P. Alonso de Rojas, XIX.

3) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 7, pág. 244: véase esta carta fotogra en el Apéndice I, N.º V.

El P. Antonio Manosalvas que fue su director por espacio de siete años, da de su oración el testimonio siguiente:

«... Después de algunos años Nuestro Señor la levantó a una contemplación y unión con Dios tan estrecha, que un sólo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de los libros, para saber lo que había de contemplar, porque de cualquier cosa que leía y oía, le era ocasión para estarse días y noches enteras alabando y amando a su Dios y Señor. Tenía distribuido el día y la noche, de suerte que no tenía desocupada sino una hora de parte de la noche, para dar algún alivio al cuerpo durmiendo; todo lo demás lo gastaba en amor y unión con Dios. En la oración del viernes todo era pedir a Nuestro Señor Jesucristo con singular fervor y afecto, la hiciera digna de padecer algo por su amor y de dar la vida por El, como la había dado por ella...» (1)

Nada más claro que estos testimonios unánimes de los directores de su alma, para dar a conocer el grado de oración a que Dios la había levantado. Lo mismo declaran, en los Procesos, otros informantes, que aunque no veían lo que pasaba en su alma, podían con todo rastrear con bastante certeza, por lo que aparecía por de fuera, lo que acontecía allá dentro.

Sabían que no hacía caso alguno de las cosas de esta vida que la pudiesen recrear o divertir; veían la mortificación absoluta de todos sus sentidos; cuando salía de su retiro era para practicar alguna obra de mortificación o de caridad para con el prójimo, y a él volvía lo más pronto posible, no admitía expansión alguna por inocente que fuese, cuando redundaba en alivio y provecho suyo; de todo lo cual concluían con fundado motivo, que si su corazón no encontraba gusto en las cosas de esta vida, la causa era porque estaba lleno de las cosas del cielo. El corazón humano no puede estar sin amor, algo tiene que ocuparle, o ama a Dios o a las cosas de este mundo.

La contemplaban además, repetidas veces inmóvil por horas enteras en la iglesia; y en más de una ocasión tan enajenada y suspensa, tan fuera de sí, que ni oía, ni hablaba, ni respondía a los que algo le preguntaban, siendo así que era muy cortés y afable; y con esto se confirmaban más en la idea de que su alma engolfada en las cosas de Dios, no podía prestar ninguna atención a las cosas de esta vida.

En una ocasión fue a tratar con Mariana un negocio grave el Presbítero y licenciado D. Sebastián Delgado. Llamó a la puerta de su habitación y sin esperar que contestase, se entró dentro del aposento. La halló de rodillas delante del esqueleto o figura de cadáver que tenía en el ataúd, toda extática y fuera de sus sentidos. Los que acompañaban al sacerdote que eran gente de la ca-

1) Procesos página 357.

sa, hicieron ruido para que volviese en sí, la movieron de varias maneras, él la llamó en alta voz por su nombre, pero todo en vano; no volvió de su éxtasis. Tuvo el sacerdote por más acertado no interrumpirla en su oración, y se salió sin hacer más diligencias, reservando para otra ocasión el negocio que le había traído y proporcionado la dicha de ver esa maravilla. No bien habían salido todos cuando Mariana despertó de su dulce sueño, salió de su cuarto, llamó al sacerdote y trató con él el negocio por el cual había venido, antes que éste hubiera tenido tiempo para proponérselo, dejándole edificado y admirado. (1)

Se sabe que tuvo otros éxtasis, y que Dios la favorecía en la oración con sentimientos espirituales y delicias extraordinarias, pero su humildad ocultó los detalles de estas visitas celestiales, y aun las mismas visitas, pues pidió a Dios y obtuvo de él que no la llevase por el camino de las visiones y revelaciones, o que por lo menos, nadie conociese los favores que le hacía su divina Majestad mientras le durase la vida. Además de la oración mental, mucho gustaba de la oración vocal, que es práctica tan santa y tan usada en la Iglesia de Dios, pues no hay cristiano digno de este nombre que cada día no rece alguna o varias oraciones vocales.

Mariana rezaba cada día algunas oraciones a los Santos sus devotos, el rosario entero, el oficio parvo, el rosario con la familia, por la noche en honor de María Santísima; fuera de muchas jaculatorias, con que iba santificando cada una de sus obras y alcanzando innumerables gracias de Dios Nuestro Señor. (2)

Si el demonio es enemigo jurado de toda oración ¿qué de esfuerzos no haría para impedir la de Mariana, que era a Dios tan agradable y para ella de tantas ventajas? Como ya no le servían para su dañado intento, las tentaciones ordinarias de imaginaciones o distracciones por medio de la imaginación, porque esta misma se ocupaba en sólo Dios; tuvo que valerse de medios exteriores, de distracciones que entrasen por los sentidos, como son ruidos, figuras espantosas y otras cosas semejantes. Varias fueron las perturbaciones de esta clase de que hizo uso para impedir la oración de Mariana, pero en todas ellas quedó completamente burlado, y sus trazas sin efecto. He aquí algunas de las molestias que le causó el enemigo de nuestra salvación.

Estaba orando Mariana, ocupadas todas sus potencias, y aún la misma imaginación, en alta contemplación sobre la Pasión de Cristo; cuando repentinamente salieron del altar que tenía en su cuarto, un crecido número de cáscaras de huevo, que chocando las unas con las otras producían un ruido ridículo e infernal. Advertido el estrépito, Mariana sin hacer más caso, prosiguió en su de-

1) Procesos página 209.

2) Procesos página 51.

vota contemplación, acogiéndose como solía en todos sus apuros a la llaga del Costado de Jesucristo. (1)

Otra vez procuró perturbarla con la aparición y movimiento veloz de una enorme navaja de afeitar, que iba como volando por el aposento, y amenazaba con quererla degollar o causarle alguna grave herida; pero ella pronto conoció a su enemigo con divina inspiración; se puso en manos de Dios para todo, y prosiguió en su oración, sin desviar siquiera el cuerpo a los amagos, y sin apartar ni por un instante su pensamiento del misterio que contemplaba. (2)

En otra ocasión en que Mariana se estaba preparando para principiar su oración, recelando el demonio el bien grande que había de sacar para sí y para otras personas que se le habían encomendado, quiso amedrentarla o causarle alguna distracción. (3) Le presentó a la vista un enorme alfanje muy afilado y resplandeciente que iba girando por el aire y como bailando al son de innumerables y descompasadas castañuelas. Mariana sin azorarse para nada, ni dar muestra alguna de temor, siguió tranquilamente su preparación, comenzó en la forma acostumbrada su oración, y viendo que el ruido perseveraba, como desafiando al espíritu infernal le dijo con suma tranquilidad y sin la menor inmutación: «Maligno ¿para qué me tientas tanto? pues no por eso dejaré mi oración. Si acaso pretendes estorbar mi oración y sosiego, te engañas, porque con la ayuda de mi Dios tengo segura mi defensa; no confío en mi flaqueza, que me conozco criatura débil y pecadora, mas espero que el Señor me ha de amparar con su brazo poderoso.» Con esta protesta humilde quedó el demonio tan corrido que al instante desapareció de la habitación, y el ruido cesó por completo. (4)

En diversas ocasiones tomó el demonio la forma de uno o varios perros chinos o sin pelo, cuya vista desagradaba mucho a Mariana. Se ponían a ladrar y crujir de dientes haciendo además de abalanzarse sobre ella para morderla. Pero Mariana sin dejarse inquietar, se levantaba tranquilamente de su puesto y haciendo escarnio de los perros infernales los cogía y ataba al pie de la cama y volvía a su oración; el demonio hufa al verse así burlado y despreciado. (5)

Supo este caso su sobrina Juana y llena de curiosidad le preguntó si tenía algún miedo o pavor. Respondió Mariana «¿Qué temor he de tener de aquellos malditos perros que no hacen más

1) Procesos, página 75.

2) Procesos *ibid.*

3) Procesos *ibid.*

4) Procesos pág. 75.

5) Procesos, página 21.

que ladrar? pues, si bien sus fuerzas son grandes, nada puede hacer el demonio mientras Dios no le dé licencia.» (1)

Dio, sin embargo, Nuestro Señor al infernal enemigo más licencia que la de poder gruñir y ladrar, como perrillo despreciable; porque varias veces la maltrató con grande rabia y crueldad. Un día amaneció con el cuerpo todo amoratado por los golpes, sin poderse mover ni dar un solo paso, y con un dolor agudísimo en la pierna por causa de un mordisco y de los golpes que había recibido.

Ella misma contó a su hermano Fr. Jerónimo de Paredes para ponderarle cuán excesivos serían los tormentos del infierno, que el demonio había hecho en ella tales estragos, que tuvo que sufrir intolerables dolores, y guardar cama por espacio de cuatro meses con los huesos molidos, quebrantado todo el cuerpo y coja de una pierna.

Asegura bajo juramento la persona que lo vió, que en uno de esos ataques, el demonio quiso arrancarle la lengua de cuajo, y que se la dejó pendiente fuera de la boca como de un hilo; Mariana mostraba mucha paciencia y resignación en este trabajo; y a pesar de los dolores agudos que sufría, se fue a la Compañía para no perder la comunión de aquel día, y Nuestro Señor le premió su devoción con restituírle la lengua a su posición natural quedando sana y sin dolencia alguna después de recibido el augustísimo Sacramento. [2]

Quizá a alguien se le figure, que todo esto era efecto de la imaginación de Mariana y no realidad; pero no es así. Los hechos aducidos son históricamente ciertos, y nadie menos que Mariana se dejaba llevar por la imaginación. Si hay algo averiguado en su vida, es este punto; que de ninguna manera estaba sujeta a enfermedades nerviosas, ni tenía la imaginación alborotada, como lo podían comprobar cada día los que vivían con ella, pues siempre la encontraban en el mismo estado de paz y de sosiego.

CAPITULO XI

Paciencia de Mariana en los trabajos y penalidades de esta vida

SUMARIO: SUS AFLICCIONES Y DESCONSUELOS ESPIRITUALES.—AUSENCIA DE SUS CONFESORES.—DIOS LE DA UN DIRECTOR.—PACIENCIA EN LAS ENFERMEDADES.

Inefables fueron las delicias celestiales que Dios comunicó en la oración al alma de su sierva Mariana; delicias que ella merecía, en cuanto merecerse pueden, con una mortificación generosa y

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 7. pág. 243. Procesos pág. 47.

2) Procesos págs. 21, 89. P. Alonso de Rojas, pág. XXI.

extremada fidelidad en el divino servicio. Por causa de estos consuelos despreciaba como basura todos los placeres y gustos de esta vida, porque no son otra cosa comparados con los gustos que dá el Señor.

Mas estos no podían durar siempre; era *Azucena* tenía que estar entre *espinas*, era *santa*, y por eso mismo tenía que sufrir para conformarse con el modelo y dechado de todos los Santos, Jesucristo Crucificado.

Dios en esta vida, por un efecto admirable de su Providencia que se acomoda perfectamente a las necesidades de nuestras almas, no da siempre consuelos y gustos en su divino servicio, ni tampoco siempre desconsuelos, sino que va templando lo uno con lo otro; para que por una parte le busquemos a él y no a sus dones, y por otra parte no desfallezcamos en el camino de la virtud.

En su oración sublime Mariana conocía algo de lo que es Dios, cuán bueno, cuán amable El es; veía que El es el único Bien, que poseerle a El es poseer todas las cosas; que fuera de él no hay ni puede haber bien alguno; que El es la luz del entendimiento; el amor del corazón, la vida del alma; que carecer de su dulce presencia es el peor de los infiernos. ¡Cuál no sería, pues, su dolor y amargura, cuando súbitamente se le oscurecía aquel Sol divino y se veía sumida en horribles tinieblas; cuando le parecía perder la posesión de aquel Bien soberano por el cual sólo podía anhelar su corazón? Cuál su tristeza profunda al buscar a su Dios sin poderle encontrar, al amarle sin poderle poseer, al llamarle sin que su voz fuese oída? Frecuentes eran sus suspiros, sus ojos derramaban lágrimas abundantes, y para ella no había ni podía haber consuelo alguno mientras otra vez no tuviese la posesión de su Dios.

Así como no hay gusto semejante al que experimenta una alma pura y justa cuando Dios la visita, así no hay tampoco pena semejante a la que experimenta, cuando se ve como separada de su divina Majestad.

Pero por aquel deseo insaciable de sufrir, que siempre la acompañaba, y hacía que la vida sin sufrimiento fuese un cruel martirio, ella misma había pedido penas tan amargas y terribles como un contrapeso a las delicias celestiales que inundaban su alma. «.....Pidió a Nuestro Señor, dice el P. Camacho, no la llevase por camino de regalos, sino de asperezas y trabajos; y consiguiólo de suerte que los tedios, desolaciones y agonías interiores que padecía, le hubieran mucho antes ocasionado la muerte, si Nuestro Señor, no la hubiera milagrosamente, como pienso, conservado la vida para aumentarla los méritos; y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo, cuanto el temor de ser a otros molesta y no mostrárseles amorosa en sus respuestas....» (1)

1) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 8, pág. 251, pág. 251.

Estas palabras revelan lo fino y puro de su amor para con Dios; pues sólo pensaba en imitar a Cristo desconsolado en el Huerto y desamparado en la Cruz; y lo delicado de ese mismo amor para con el prójimo, pues lejos de quejarse continuamente a todos de sus trabajos, de ponderar y exagerar lo mucho que sufría, estaba callada, y muy sobre aviso, para que otros no sufriesen por su causa.

Llegaron a tal extremo sus desconsuelos, precisamente en aquel tiempo en que sufría más cruda guerra, por causa de la comunión diaria, que escribía a uno de sus confesores que estaba ya casi determinada a dejarla, siendo así que la comunión cotidiana era su único consuelo, su alimento, aun corporal; y omitirla, era peor que perder la vida. Pero fue tanto su valor y constancia en aquella terrible borrasca, tal su conformidad con la voluntad divina, que haciéndose continua fuerza, y una violencia inexplicable, ni dejó la comunión diaria, ni otra práctica alguna de piedad o mortificación de las que acostumbraba hacer. (1)

En medio de sus penas Mariana tenía un grande alivio que era confiar lo que pasaba en su alma a su confesor el P. Camacho, a quien ella reconoció siempre como el instrumento de que se había valido Dios para levantarla a gran perfección. El Padre la oía con grande caridad y la consolaba de la única manera posible, es decir de la manera que el Ángel consoló a Nuestro Señor Jesucristo en el huerto, mostrándole que el cáliz por ella apurado hasta las heces, era la voluntad del Padre Celestial, enseñándole a repetir con Jesucristo: «No se haga mi voluntad, Señor, sino la tuya». Mas este consuelo le fue quitado. Una atroz calumnia fue levantada contra el P. Camacho, tan diabólicamente urdida, con tantos visos de verdad, que a los ojos de todos aparecía realmente culpable. Sus superiores en vista de la falta que se le achacaba, tuvieron que enviarle a otra parte por lo que tuvo que emprender una larga y penosísima peregrinación mendigando su sustento de puerta en puerta. El P. aceptó por amor de Nuestro Señor aquella tribulación y partió para su destino. [2] Su inocencia fue plenamente vindicada más tarde; Mariana entre tanto tuvo la doble pena de saber la calumnia sin poder remediarla, y de verse privada del único sostén que tenía en este mundo. Quedó, es verdad, en lugar del P. Camacho otro confesor suyo el P. Antonio Manosalvas, quien le dispensaba singular cuidado y asistencia y en quien Mariana ponía toda confianza; mas este consuelo también le fue quitada, porque sus Superiores le enviaron al Colegio de Riobamba; y con este viaje se vió destituida de todo auxilio humano.

Se confesó durante esta doble ausencia con el P. Luis Vázquez, Rector a la sazón del Colegio de Quito, pero a pesar de la

1) P. Morán de Butrón lib III, cap 8, pág 254.

2) P. Morán de Butrón lib I, cap. 6, n.º 47

sebia y esmerada dirección del Padre, permitiéndolo Dios Nuestro Señor, su alma no gozaba de un momento de reposo ni de descanso; sin cesar le atormentaban las aflicciones de espíritu, se encontraba como en densas tinieblas sin saber qué partido había de tomar. (1)

En medio de las fluctuaciones de su corazón acudía a la oración, pero esta puerta la encontraba también cerrada; no hallaba descanso alguno. Más fatigada que nunca, y afligida en extremo, cierto día se echó en espíritu a los pies de Nuestro Señor, pidiéndole entre lágrimas y sollozos, que le deparase quien pudiese dirigirla en sus oscuridades, y consolarla en sus trabajos y aflicciones interiores; que habían llegado a tal punto, que su alma se sentía desfallecer. Perseveró largo rato en esta oración, pidiendo como Jesús, que pasase ese cáliz, pero dispuesta a sufrir cuanto quisiese la divina voluntad. En esto le pareció oír una voz en el fondo de su corazón que le decía: «Anda a la iglesia de la Compañía y al primer religioso que salga a la iglesia por la puerta del altar de mi Javier, háblale y comunícale, que él será tu Padre espiritual.» (2)

Mariana no dudó, ni por un momento, que esa voz fuese de Dios; pasó lo restante de la noche muy consolada, esperando con vivas ansias que amaneciese. Agradeció a Dios con singular fervor el beneficio que le había otorgado. Madrugó más que de costumbre al día siguiente, y se fue a poner frente a la puerta de la sacristía al lado del altar de San Francisco Javier, para esperar allí al Director de su alma que Dios le había prometido. Estando en estos deseos y en fervorosa oración, vió que por la indicada puerta de la sacristía, salía a la iglesia el Hermano Coadjutor, Hernando de la Cruz. Inmediatamente Mariana que no conocía al Hermano, se fué al Sacristán y le suplicó que pidiera al Padre que acababa de entrar en la Iglesia, le oyese unas palabras. Fué luego el Sacristán con el mensaje al Hermano Hernando, avisándole de que Mariana de Jesús le buscaba por tener que hablar con él. El Hermano por su grande amor a la observancia regular se negó a esta petición antes de haber obtenido la licencia del Superior, lo que hizo pedir por medio del mismo sacristán. Mariana quedó muy edificada de esta acción y con mayores deseos de tratarle y de comunicarle las cosas de su conciencia.

Habido el permiso, habló el Hermano con Mariana cerca de la puerta, de pie y por corto espacio de tiempo; pero fué lo bastante para que desde aquel día quedase entablada una santa comunicación entre aquellas dos almas, que eran ambas de Dios sin reserva; dispuesto él a guiar a Mariana en el camino de Dios, y ella a obedecer en todo a su nuevo y santo Director. Entró el Hermano en la sacristía después de aquel corto coloquio, lleno de gozo y ale-

1) Procesos pág. 358.

2) Procesos pág. 208.

gría y llamando al hermano sacristán le dijo: "¿Sabe con quien he hablado? Pues sepa que es admirable Dios en sus santos; no menos que con una Santa Catalina de Sena, con un Ángel en carne mortal." (1)

Desde aquel tiempo hasta que murió Mariana, que sería por el espacio de siete u ocho años, la dirigió en el espíritu el Hermano Hernando con la aprobación de sus Superiores y de los confesores de la Bienaventurada. Con esto se puede comprender cuán levantado sería el espíritu, santidad y magisterio del Hermano cuando sus Superiores consintieron en que dirigiese a Mariana, siendo esta ocupación enteramente ajena de un Hermano Coadjutor de la Compañía de Jesús. Hubo uno, sin embargo, que le prohibió semejante ministerio; el Hermano obedeció al punto, pero esta breve interrupción sirvió para mostrar con mayor evidencia, que esta era la voluntad de Dios. Por lo cual el R. P. Provincial, a petición del célebre misionero P. Lucas de la Cueva, permitió al Hermano Hernando que pudiese tratar con Mariana cada día por espacio de dos horas.

En estas pláticas el Hermano aprendía mucho de la sierva de Dios, y quedaba después de cada una de ellas, como atónito con lo que había oído.

Mariana por su parte dirigida en el confesonario por doctos maestros y teólogos profundos, confesaba que aprendía más y mejor del humilde Hermano, que sacaba toda su ciencia del crucifijo, que de los que estudiaban los libros de mayor erudición y más sana doctrina.

No se contentó el Hermano Hernando con las conferencias sobre cosas de espíritu que tenía con Mariana de Jesús; compuso para ella unas fervorosas jaculatorias sobre el amor de Dios, con encendidos afectos y actos de las otras virtudes teologales, lleno todo de sabiduría y devoción. Muchas personas espirituales copiaron estos afectos del cuaderno que tenía Mariana y los repetían con grande provecho de sus almas.

El trato y comunicación que tuvo Mariana con el Hermano Hernando vino pronto a poner la paz y sosiego en su alma; desaparecieron sus angustias y temores, disminuyeron las tentaciones y desamparos, y empezó a gustar otra vez las delicias que Dios tiene reservadas a los que le sirven con generosidad y fidelidad.

Le obedecía como a quien Dios había puesto en su lugar; con su consejo gobernaba sus penitencias, sus fervores, cada una de sus acciones, su vida toda. Las palabras del Hermano Hernando eran oráculos para ella, eran la voz del cielo que seguía con la mayor escrupulosidad. Lo declara la misma sierva de Dios en una carta que escribió al P. Antonio Manosalvas y dice así: «Dios es muy piadoso consolador de los desconsolados; bendito sea-él para

1) Procesos pág. 208.

siempre. Amén. Padre mío desde que trato las cosas de mi alma con el Hermano Hernando de la Cruz, vivo una vida alegre, mucho me consuelan sus palabras. En verdad, Padre mío, que es un santo. Con el P. Vázquez no hago más que reconciliarme. Dios lo ha ordenado así, ¿quién puede resistirle? Cúmplase su voluntad; para santa me quiere.» (1) En otra al mismo Padre en que le da cuenta de su vida: «Trato con el Hermano Hernando de la Cruz las cosas de mi alma, mucho me consuela. Todos sus deseos son de que yo sea una santa, que me ejercite mucho en la virtud de la humildad, para subir por los escalones de fe, esperanza y caridad a la cumbre de la perfección. V. P. lo tenga por bien y no se me enoje, que esto lo ha guiado Dios. Dicen que quien con sabios trata, presto será sabio. Este nuestro Hermano es un santo.» (2)

Bastarían estos elogios en boca de Mariana para declarar la santidad del Hermano Hernando; tanto más que ella era enemiga de alabanzas dadas en vida, y reprendía siempre a quien quiera que oyese alabar a otra persona, cuando podía haber peligro de vanidad y soberbia. Fue notoria la virtud y santidad del Hermano Hernando en toda la ciudad de Quito, donde vivió con grande edificación de todos por espacio de muchos años. Murió un año después de Mariana de Jesús, a los cincuenta y cinco años de su vida. (3)

Estos trabajos y aflicciones espirituales, aunque grandes sobre toda ponderación, no fueron los únicos en que Mariana pudo mostrar su resignación en la divina voluntad; no se podían contar las tribulaciones y angustias de toda clase que cada día le mandaba el Señor. Hay personas que se figuran que con tener un poco de devoción, con proponer servir a Dios, con hacer algunas comuniones desde aquel momento no deben tener nada que sufrir en este

1) La carta íntegra dice así: Padre mío de mi alma: Recibí tres cartas que Vuesa Paternidad me hizo la caridad de escribirme y con ellas mucho gusto por saber goza Vuesa Paternidad de alguna mejoría. Nuestro Señor se la dé tan cumplida como yo se la deseo. Yo Padre de mi alma aunque la hinchazón se me ha quitado me vuelve a salir la sangre de la boca y de las narices, pero como quiera que estuviere estoy para servir a Vuesa Paternidad y deseando que llegue el tiempo que mis ojos vean a Vuesa Paternidad y le sirva con más veras. Padre mío Vuesa Paternidad me escribe que no le avise de mis melancolías, cuando Vuesa Paternidad se fue y quedé sola. Terribles tristezas pasé sin comparación que estuve determinada a dejar las comuniones. Padre mío, Dios es muy piadoso consolador de los desconsolados, bendito sea él para siempre amén. Padre mío, desde que trato las cosas de mi alma con el Hermano Hernando de la Cruz vivo una vida alegre, mucho me consuelan sus palabras, en verdad Padre mío que es un santo. Con el P. Vázquez no hago más que reconciliarme; no se me enoje por esto: Dios lo ha ordenado así. ¿Quién lo puede resistir? Cúmplase su voluntad para santa me quiere. Todos los de casa tienen salud y besan a Vuesa Paternidad la mano. Padre mío, Tomás de Escobar lleva una petaquilla con unas tortas y un poco de bizcocho y alfajor y mi corazón también. Vuesa Paternidad reciba la voluntad que es buena. Y con esto a Dios mi Padre de mi alma—Quito veintidos de Marzo de mil seiscientos cuarenta y cuatro—Hija muy humilde de Vuesa Paternidad Mariana de Jesús.

2) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 8, pág. 258.

3) Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 13, pág. 217.

mundo como premio de su virtud; es este un engaño del amor propio y del demonio, que quiere desalentar a los que sirven a Dios, haciéndoles creer que ya que tienen trabajos, nada es acepto a la divina Majestad. Todos los Santos han ido por el camino de los sufrimientos, y tanto más han padecido cuanto más santos han sido.

Mariana se vió tan acometida de diferentes trabajos, que de ella se pudiera decir lo que San Jerónimo de Santa Paula: «Con largo martirio se coronó, porque no sólo la efusión de la sangre en la confesión de la fe merece el nombre de martirio, pero también el fidelísimo servicio de Dios refinado con el fuego de las enfermedades y trabajos en que se perfeccionan las virtudes.» (1)

Fueron sus achaques continuados y gravísimos; desde la niñez debilitó su salud con sus penitencias inimitables, con sus abstinencias y sus ayunos; y al fin de su vida la quebrantó por completo de suerte que los ocho últimos años, sufrió una calentura no interrumpida. Eran muy ordinarios en ella los dolores de estómago y de cabeza; frecuentes las hemorragias de sangre por la boca y narices, dolores de costado fuertes y repetidos, y uno en especial tan violento, que ella misma aseguraba le causara la muerte, si le durase por un cuarto de hora. En los últimos años se agregó a estos tormentos ordinarios, el durísimo e intolerable achaque de la hidropesía con una sed devoradora e insaciable. Por lo cual se puede repetir lo que decía uno de los testigos en los Procesos: «que padecía Mariana excesivos dolores en todas las partes de su cuerpo y que todo lo ofrecía en reverencia de la Pasión.» (2) Todos estos males juntos hubieran pronto acabado con ella, si Dios no la hubiese sostenido milagrosamente.

Sobrellevaba este conjunto espantoso de penalidades con heroica paciencia, siempre en pie, sin hacer cama, por no faltar ni un punto a su distribución del tiempo o ejercicios espirituales, especialmente a la comunión diaria; dándole valor su intenso amor de Dios, hasta que la violencia del mal le quitaba las fuerzas físicas, y la postraba por completo. Lo que más llenaba de admiración a sus hermanos y a todos los de la casa, era que en tantas enfermedades y agudos dolores, muy lejos de quejarse, como otros enfermos, de sus sufrimientos, de ser mal servida o desatendida nunca se le vió hacer demostración alguna exterior que manifestase lo excesivo de sus dolores, ni prorrumpió en la más ligera queja, ni se le oyó un suspiro, un lamento; siempre paciente y sufrida, siempre resignada a la voluntad de Dios, recibiendo las penas y trabajos por regalos; los achaques por grandes favores y beneficios de la Divina Bondad. He aquí lo que se dice en los Procesos sobre este particular: «... Padeció mucha variedad de enferme-

1) *Epist. ad Eustochium*

2) *Procesos* págs 78, 112, 356.

dades con grande resignación y conformidad a la divina voluntad y con grande paciencia y sufrimiento sin dar muestras de sentimiento ni queja, como si no padeciera achaque ni dolor alguno, siendo así que continuamente padecía calenturas fuertes, dolores de estómago, de cabeza, de piernas e hidropesía y en especial un dolor tan vehemente de costado que decía que si le durara sucesivamente por un cuarto de hora le quitara la vida; y en lo que más mostró su paciencia y sufrimiento fue en las congojas, sequedades y desamparos interiores que padeció, pero con tanta conformidad con la voluntad de Dios que recibía mucho consuelo en su alma con esta consideración. . . . »Hallóse en una ocasión tan enferma y tan atormentada de crueles dolores en todos los miembros de su cuerpo que no tuvo otro recurso que dar consigo en su pobre cama. Entraron a visitarla y consolarla su sobrina Juana con una buena amiga de entreambas, Catalina de Peralta. Viendo Juana a su tía tan fatigada de los intensos dolores que sufría llena de compasión le dijo: «Mariana, pide a Jesús mitigue tus penas y dolores, pues El siempre te concede cuanto le pides» «¿Cómo puedo suplirle ya tal cosa, replicó ella, habiéndole pedido que me dé estos sufrimientos, y cuando tan dadivoso se ha dignado concedérmelos como un gran favor?; y así aunque es grandísimo el tormento que yo paso, lo llevo con amor porque me viene de su mano.» (1)

Tampoco se la vió impacientarse en sus trabajos, ni dar señal alguna de enojo o resentimiento, sino que estaba siempre con el rostro tranquilo y sereno; y reprendía a los que vela dejarse llevar por la impaciencia en las adversidades, exhortándolos a que tuviesen paciencia, pues con ella pagaban por los pecados pasados, alcanzaban grandes gracias para el tiempo presente, e imponderables méritos para la vida futura.

Esa paz exterior nacía de lo interior del alma, que consiste en la plena conformidad con la divina voluntad; que donde ésta no hay, no puede haber verdadera paciencia. En esto se ha de cifrar el secreto de la tranquilidad de que gozaban los Santos, en medio de las persecuciones, calumnias, afrentas y trabajos de toda clase que tenían que tolerar. Mariana no miraba de donde, ni de quienes le venían los trabajos; sólo miraba a Dios; subía por la fe que si bien Dios no quiere el pecado sino que lo permite tan sólo, quiere y nos manda todos los demás males que debemos sufrir en este mundo, ya sea en castigo de los pecados que hemos cometido, ya por otros fines que conoce su amor y Providencia paternal. Este pensamiento la llenaba de gozo y consuelo, viendo que Dios no se olvidaba de ella, sino que le mandaba trabajos en abundancia, y así sufría no sólo con paciencia y resignación sino con alegría y contento, y con vivos deseos de que sus sufrimientos fuesen siempre

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 12, pág. 288.

en aumento. «Gracias a Dios, decía muy a menudo que se acuerda de los suyos, y pues es nuestro Padre El lo remediará como más convenga.» (1)

En el tiempo en que estaba más afligida con interiores desconsuelos y miedos de no acertar con la voluntad de Dios y de andar errada en el camino del espíritu, después de haber perdido a los PP. Camacho y Manosalvas, sus confesores, le fue también quitado el único director que le quedaba y de quien podía valerse en sus aflicciones, el P. Lucas de la Cueva, quien fue enviado por sus Superiores a las misiones de Maynas. Al despedirse de ella el Padre, y pedirle que encomendase a Dios aquella Misión, le manifestó Mariana su extremada pena, porque se veía sin ningún amparo ni alivio. La consoló el Padre de la mejor manera que pudo, diciéndole que no lo sintiese tanto, porque era disposición divina y clara voluntad de Dios. No fue menester; más, apenas oyó estas palabras que respondió: «Pues ya no lo siento: váyase, Padre mío, muy enhorabuena y cúmplase en todo la divina voluntad.» (2)

CAPITULO XII

Humildad profunda de Mariana de Jesús

SUMARIO: TESTIMONIO DE SUS CONFESORES.—EJEMPLOS DE HUMILDAD.—PAPEL REDUCIDO A CENIZAS.

Siendo la humildad el fundamento de la sólida santidad, debía ésta encontrarse en el alma de Mariana en grado muy sublime, pues fue tan eximia su santidad como lo que va escrito de su vida hasta aquí basta para comprobarlo plenamente.

La humildad fue siempre la sal y condimento de todas sus acciones. El cuidado excesivo que tenía en lavar las manchas de la sangre que deramaba con sus atroces disciplinas, las excusas que daba de sus abstinencias, el afán con que procuraba que nadie supiese nada de cuanto bueno hacía, todo en ella denota una profundísima humildad.

Esto mismo atestiguan unánimes sus confesores: El P. Camacho dice estas breves y sencillas palabras: «Fue humildísima, y sentía en extremo que la tuviesen por virtuosa; por cuya causa buscaba mucho tiempo los rincones de la iglesia para que no la viesen, cuando sospechaba que la habían de honrar con alguna distinción.» (3)

Afirma esto mismo el P. Juan de Enebra de la Compañía de Jesús, y dice que asistiendo a la iglesia de la Compañía, lo más

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 12, pág. 287.

2) P. Morán de Butrón íbid.

3) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 13, pág. 289.

lucido de la ciudad, como mujeres de Oidores y otras Señoras muy principales, se llegaban a veces al pie del púlpito donde Mariana tenía su puesto, y le pedían con instancia que las encomendase a Dios en sus oraciones. Lo sentía en el alma Mariana y para evitar estos lances solía mudar de sitio, buscando algún rincón de la iglesia los días de fiesta, en las horas y misas de gran concurso, para que nadie le pudiese encontrar. (1)

Sucedía otras veces, por lo contrario, que otras señoras o mujeres que pretendían serlo, iban al puesto en que estaba Mariana para ocuparlo ellas, y viéndola tan humilde procuraban obligarla a que se lo cediese. Apenas Mariana conocía su pretensión, se lo cedía al momento y se iba a otra parte, tanto por no faltar al respeto debido al Santísimo Sacramento evitando contiendas, como por holgar en gran manera de ser despreciada y tenida en poco. Este ejemplo notable de humildad se refiere en los Procesos con estas palabras. Fue humildísima holgándose cuando la despreciaban en especial en ocasiones que algunas señoras le echaban del asiento donde siempre asistía, que era el pie del púlpito de la iglesia de la Compañía de Jesús, para sentarse ellas; y con toda humildad se apartaba dándoles su lugar, holgándose mucho de que la despreciasen. » (2)

Qué concepto de sí propia tuviese lo declara con estas palabras el P. Antonio Manosalvas: « Sentía bajísimamente de sí, por lo que decía ser la más mala y perversa de cuantos vivían en el mundo; pues debía más que todos a Dios y correspondía menos que todos. En todas ocasiones cedió los mejores puestos dándolos a cualquiera, aunque fuese muy baja la persona que la hablaba. Si alguna persona se encomendaba a sus oraciones, respondía que eso tocaba a las que estaban muy cerca de Dios, y que ella se sentía y conocía por la más mala de todas; con todo hacía con mucho cuidado lo que se le pedía; en la iglesia el asiento era el más humilde al pie del púlpito sin ningún adorno. » (3)

Por afecto de humildad, además de la mortificación, nunca se quiso sentar a la mesa con sus hermanos o con sus sobrinos, temiéndose por indigna de lo que ella reputaba un grande honor, sino que los servía a todos, cada día y en cada comida con mucho amor y respeto, como quien sirviera al mismo Jesucristo. Concluida la comida con el fin de ser despreciada y tenida en poco, se iba a la cocina a lavar las ollas y fregar los platos como si fuera la más vil criada o esclava de la casa.

Cuando tenía que hablar algún rato notable, por ejemplo, para la explicación de la doctrina cristiana o para enseñar las oraciones, con las indias o con otras personas de vil condición, se sentaba

1) Procesos página 123.

2) Procesos página 78.

3) Procesos pág 357.

con ellas en el desnudo suelo, y si alguien le advertía que no era este el lugar debido a una persona de su calidad, respondía, que ese era el único puesto debido a los merecimientos de Mariana. (1)

Siempre que se le presentaba alguna ocasión propicia, aconsejaba la virtud pero particularmente la humildad, y reprendía también, aunque con grande suavidad y destreza, de manera que en nada chocase a las personas que veía inclinadas a la vanidad y soberbia; aunque en esto más predicaba con el buen ejemplo que con sus palabras.

Hablando con su confesor el P. Lucas de la Cueva se le escapó una queja ligera contra el P. Camacho porque le había permitido correr tan libremente en sus penitencias, por cuya causa al presente se hallaba impedida de practicar hasta las que tenía en su distribución diaria.

El dicho no tenía en sí nada malo; manifestaba lo que pasaba en su corazón a su director espiritual, ni había la menor sombra de mala voluntad. Con todo reflexionó después atentamente sobre lo que había dicho, y recordando por otra parte que el P. Camacho había obrado por inspiración de Dios Nuestro Señor, le pareció grande atrevimiento, orgullo y notable falta de humildad el haber osado censurar el parecer de un Ministro del Señor contradiciendo la decisión que él había dado.

Se arrepintió tanto de esta falta, que ella consideraba como grande soberbia, que no pudo sosegar un punto hasta haberle pedido perdón. Como estaba el P. ausente, le escribió una carta de su puño y letra, confesando su falta, pidiendo que se la perdonase y al mismo tiempo una grave penitencia. Envió la carta por medio del mismo P. Lucas de la Cueva, quien no vacilaba en afirmar que reconocía en Mariana una humildad muy sincera. (2)

Esta profunda humildad reconoció también en Mariana el Hermano Hernando, maestro en esta virtud. Hablando con ella en diversas ocasiones, la veía sumergirse en el abismo de su nada, atribuyendo a Dios todo lo bueno, y a sí todo lo malo que había en su alma. Entre los fervorosos actos de virtud que por instrucción del mismo Hermano, ejercitaba cada día, uno era repetir a menudo «Amantísimo Jesús quita de mí todo lo que te desagrada, y hazme toda a medida de tu corazón. Yo me conozco y desprecio por vil, y quiero ser vil y despreciada a mis ojos y a los de todo el mundo por tu amor.» (3) Del modo que lo pedía a Dios y deseaba, así lo practicó durante toda su vida, porque buscaba con afán, el ser menospreciada, desestimada y tenuta en poco. Se alegraba muy mucho, cuando se le presentaba el caso de sufrir alguna

1) Procesos página 357

2) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 13, pág. 291.

3) P. Morán de Butrón, *ibid.*

afrenta por Dios. No perdía ni dejaba pasar ocasión tan propicia de mostrar su amor a Jesús humillado, sufriendo alguna cosa por El.

Bien mostró su humildad con el desprecio que hizo de todas las vanidades del mundo. Era noble, rica y de extraordinaria hermosura, pero no sólo no se sirvió de esas cualidades para fomentarle el orgullo y la soberbia, como desgraciadamente acontece en muchas mujeres, sino que todo lo abandonó por amor de Dios, contentándose con un vestido pobre y grosero, viviendo en el más estricto retiro y soledad, y desfigurando su cuerpo a puras penitencias. Había comprendido muy bien que la hermosura y las riquezas no son sino vanidad y que no tienen en sí consistencia alguna, ya que pueden desaparecer de un momento a otro.

Una de las mayores pruebas para su humildad, fue una obediencia que le impuso el Hermano Hernando, al obligarla a que escribiese una relación exacta y completa de su vida, de sus mortificaciones y penitencias, de la práctica de las virtudes y de todo lo que se refería de alguna manera al provecho espiritual de su alma, lo mismo que los favores y gracias que recibía de Nuestro Señor. Pensaba el Hermano que esto sería de mucha gloria de Dios y edificación para los prójimos, los que se alentarían a la piedad con tan ilustres ejemplos.

Mariana sintió una invencible repugnancia al precepto que se le imponía, propuso con modestia cuantas razones se le ofrecieron a su humildad para verse libre de tan pesada carga. Mas todo fue en vano, el Hermano Hernando se mantuvo inflexible y ella se vió obligada a obedecer.

Antes de empezar a escribir se fue, según que acostumbraba en sus aflicciones, a encomendar este negocio a Dios Nuestro Señor en la oración, que acompañó con extraordinarias penitencias y actos fervorosos de virtudes. Se puso a escribir, pero las lágrimas de sus ojos borraban lo que la mano trazaba, hasta que al cabo de algunos días conoció claramente que había alcanzado el objeto de su petición y que no era voluntad de Dios que escribiese su vida. Llena de gozo se fue al Hermano Hernando, le suplicó humildemente que le levantase el precepto que le había impuesto y disponiéndolo así Dios Nuestro Señor, cedió éste a las razones que le propuso la humildad de Mariana; y con esto hemos perdido muchas noticias sobre sus heroicas virtudes y las gracias que Dios le concedió. (1)

A los ruegos continuos que dirigía a Dios para ser desconocida e ignorada de todos, se puede atribuir un caso que pasó a D. Francisco Antonio Murillo en esta ciudad de Quito. Este caballero había visto a la sierva de Dios en la iglesia, le había llamado la atención el verla siempre de rodillas, con gran compostura y reco-

1) P. Morán de Buitrón, *ibid.*

gimiento inmóvil y perseverando largo tiempo en la oración y devoción. Por ese porte exterior juzgó que sería alguna mujer de grande santidad, como así era en efecto: la virtud verdadera siempre se manifiesta. Le entró un vivo deseo de conocerla para encomendarse en sus oraciones.

Para lograr su pretensión la siguió dos veces por la calle, yendo a corta distancia, detrás de ella, para saber donde vivía y proponerle allí su petición. Pero le causó no poca extrañeza el que cada vez se le desapareciese como por encanto de la vista, siendo así que ella iba despacio, por medio de la calle ancha y derecha, y él procuraba seguirla con atención y cuidado. Solamente la tercera vez que la siguió pudo verla entrar en su casa, donde le pidió con humildad que le encomendase a Dios Nuestro Señor; lo que prometió Mariana despidiéndole consolado, y con la cortesía con que a todos trataba. El buen señor no podía encontrar otra explicación del hecho, de habérselo perdido de vista las dos primeras veces, sino que Dios la había hecho invisible. (1)

Sea de esto lo que fuere, más prodigioso y averiguado es el caso que sigue, con el cual el cielo aprobó la humildad de Mariana. Refieren dos sobrinas suyas, religiosas Carmelitas, que la Madre Catalina de los Angeles, también sobrina suya, pero en segundo grado, siendo de cinco a seis años entró en una ocasión en el aposento de su tía, y viendo un papel encima de la mesa le cogió, y jugando con él se fue hasta el cuarto donde estaba su madre D^a Juana de Caso. Esta quitó el papel a la niña para leerlo, y vió que era un escrito de Mariana al Hermano Hernando de la Cruz, en el cual le pedía licencia para hacer cierto número de penitencias y mortificaciones. Gozosa con el hallazgo, le encerró en un escritorio en medio de otros papeles para leerle después más despacio, porque en aquel momento exigía su atención otra ocupación importante y urgente. Entretanto dió otro pedazo de papel a la niña, no fuera que sentida esta por haberle quitado el primero, fuese a quejarse a Mariana y así descubriese todo.

Pronto advirtió Mariana que le faltaba su escrito; asustada su humildad por si viniesen a conocer sus penitencias, le buscó con afán por todo el aposento, pero inútilmente. Comprendió lo que podía ser por haber entrado allí la niña. Fue a D^a Juana y le preguntó: «¿Dónde está el papel que sacó tu hija Catalina?». Doña Juana temiendo que su secreto fuese descubierto, disimuló de la mejor manera que pudo la verdad con una evasiva, y respondió: «Hace poco que ví a la niña con un papel en la mano, lo habrá echado por ahí en algún rincón.» Fue Mariana a donde estaba la niña, cogió el papel que tenía, más viendo que no era el suyo, la riñó algún tanto, diciéndole que no la dejaría entrar más en el cuarto.

1) Procesos, página 24.

Volvió muy desconsolada a su aposento, pero no se olvidó de su ordinario recurso, la oración. Se postró a los pies de Nuestro Señor, y le pidió con entera confianza que no permitiese que nadie viera ese papel, y que lo entregaba a su divino cuidado. Acabado el negocio de urgencia que tenía D^a Juana fue a su escritorio movida de gran curiosidad, para enterarse bien de lo contenido en el escrito de Mariana. Abrió el escritorio, tomó el montón de papeles en medio de los cuales lo habla escondido, y con el asombro que se puede pensar, lo encontró que no podía leerse y enteramente reducido a cenizas, mientras los demás estaban intactos. Jamás pudo olvidarse D^a Juana de este suceso que contó muchas veces a sus hijas, quienes bajo juramento lo certifican en los Procesos. (1)

CAPITULO XIII

Perfección con que Mariana de Jesús guardó los votos de pobreza y obediencia

SUMARIO: FÓRMULA DE SUS VOTOS.—VOTO DE POBREZA.—RIGOR DE SU POBREZA.—SU FIEL OBEDIENCIA.—CUENTA DE CONCIENCIA A SU SOBRINA.

Tres son los enemigos principales que tiene la virtud; la vanidad y amor desordenado a las riquezas, la sensualidad y amor desordenado a los placeres, el orgullo y soberbia que rechaza toda obediencia y sujeción; de estos tres apetitos funestos se vale el demonio para perder a innumerables almas. Jesucristo ha opuesto a ese triple mal, tres remedios eficaces que son la práctica de la pobreza, castidad y obediencia. Por su parte el mundo, fiel aliado y cómplice de Satanás, estima por felices tan solo a los que tienen riquezas y placeres en esta vida; erige en principio de conducta, la omniñoda libertad o sea la insubordinación y rebelión contra toda autoridad, especialmente contra la divina; y odia y persigue de muerte a cuantos se proponen observar la triple enseñanza de Jesucristo, pobreza, castidad y obediencia. Mariana de Jesús desde sus más tiernos años, detestó al mundo con sus máximas perversas y corruptoras, y propuso seguir tan solo al divino Maestro y su saludable doctrina.

A los siete años renunció para siempre a la sensualidad con el voto de castidad perpetua; y a los diez, renunció a todos los demás halagos de esta vida, con los otros dos votos de perpetua pobreza y obediencia, de suerte que sin ser religiosa tenía algo del mérito que proporciona el estado religioso con la observancia de los votos.

1] Procesos págs 20, 36.

Debido sin duda a la dirección del P. Camacho, solía renovar estos votos suyos con alguna solemnidad cada seis meses, siguiendo en esto la costumbre de la Compañía.

Tenía para esto una fórmula escrita de su mano, que se conservó por muchos años en el Colegio de la Compañía de Jesús de Quito. Su texto es como sigue: «Omnipotente y sempiterno Dios, yo, Mariana de Jesús hago voto y prometo a Vuestra Divina Majestad delante de la siempre Virgen María, Madre de Dios, y de toda la corte del cielo, de guardar pobreza y de vivir y morir guardando perpetua virginidad y obediencia a mi confesor; y pongo por testigo acá en la tierra a mi Padre Juan Camacho, a mi Padre Antonio Manosalvas, a mi Padre Luis Vázquez y a mi Padre Hernando de la Cruz.» (1)

Por los Padres de que hace mención en esta fórmula se ve que debió ser compuesta cuando ella tenía unos diez y ocho años de edad, y unos siete antes de su muerte, poco más o menos. Nombra en ella a sus confesores y a su Director espiritual el Hermano Hernando, no por haber recibido alguno de ellos sus votos o su obediencia, porque no pueden por sus reglas los Padres de la Compañía de Jesús admitir la obediencia de mujeres, sino para significar que había tomado delante de solo Dios la obligación de obedecerles en todo lo que ellos le aconsejasen para el bien espiritual de su alma. En lo temporal sus votos de pobreza y obediencia se extendían a su cuñado D. Cosme y a su hermana D^a Jerónima, a quienes consideraba como sus padres y superiores. (2)

Tan contenta y satisfecha estuvo siempre con la oblación de sus tres votos, que lejos de arrepentirse de haberlos pronunciado, los renovaba, no sólo cada seis meses, pero aun en cada misa que oía, al alzar el sacerdote la hostia y el cáliz, uniendo su sacrificio con el que ofrece el Redentor del mundo. (3)

Uno de sus confesores el P. Antonio Manosalvas añade en su declaración que los renovaba también cada vez que levantaba los ojos al altar a ver el Santísimo Sacramento. (4)

Por el voto de pobreza renunció Mariana todo su patrimonio que era pingüe en su cuñado D. Cosme y su hermana D^a Jerónima, así como cuanto le pudiese tocar en adelante por cualquier vía o derecho que fuese. Porque el único motivo que la impulsaba era su amor de Dios y el deseo de la perfección evangélica, poniendo toda su confianza en la divina Majestad, no se reservó absolutamente nada, ni renta alguna para necesidades imprevistas, ni para su sustento, ni siquiera la más pequeña alhaja. Sólo pidió humildemente a su cuñado y a sus sobrinas, que la quisiesen sustentar

1) P. Morán de Butrón, lib III, cap. 10, pág. 269.

2) Procesos pág. 290.

3) Procesos págs. 50, 76.

4) Procesos, página 356.

de limosna, como a otro pobre cualquiera que viniese a pedir a la puerta de la casa. (1)

Todo el ajuar de su habitación lo formaban: un lienzo al óleo de la Santísima Trinidad, un santo Cristo de cerca de una vara de alto, una pintura y una estatua de Nuestra Señora de Loreto con el Niño Jesús en los brazos, unas estampas de San Ignacio, San Francisco Javier y otros santos de su devoción, una almohadilla de labor, algunos libros espirituales y vidas de Santos; una cama de que no hacía uso, muchos cilicios, gran cantidad de disciplinas, tres crúces, un ataúd con la mortaja, que tenía destinada para su sepultura, y la vihuela con que acompañaba sus cantos piadosos.

No se veía allí ninguna variedad de trajes de diversas hechuras y colores, ni escritorio, ni muebles de precio, ni cuadros, ni alfombras, ni objeto alguno de lujo o de vanidad; todo era muy pobre. (2)

Tenía un solo vestido, el que llevaba puesto, que era de lana de color parduzco a modo de sotana, sin cuello y con las mangas ajustadas; el manto único también era de lana y de color negro. No sólo no usó sedas u otros lienzos suaves, pero ni siquiera consentía en tocarlos con las manos.

Hacía mucho desprecio de galas y vanidades del mundo, jamás se puso adorno alguno de oro o plata, ni cintas, ni otra cosa que oliese a vanidad; sin embargo que hubiera podido hacerlo, pues ella personalmente había heredado muchos bienes de sus padres y aún de sus hermanos; nunca quiso admitir cosa de valor de lo mucho que le daba D. Cosme. A pesar de ser tan pobre, todo era en ella muy limpio y aseado, porque el desaseo muchas veces no proviene de la pobreza, sino de la inmortificación y descuido. (3)

¡Cuán diferente la humilde habitación de Mariana de aquellas otras donde se ven sólo objetos de la más refinada vanidad y aun sensualidad!

Fue tan amante de la pobreza que jamás quiso tener cosa como propia, porque lo poco que tenía, lo pedía prestado a su cuñado D. Cosme. No recibió ni dió cosa alguna sin licencia de quien se la podía dar; aun la llave de su almohadilla de labor, la tenía entregada a la persona que por su voto había escogido como superior suyo, para no ser propietario en cosa alguna. (4)

No retenía para su uso propio lo que allegaba con el trabajo de sus manos, sino que con licencia de su cuñado lo daba todo a

1) P. Morán de Butrón lib. III, cap. 10. pág. 271.

2) P. Morán de Butrón, lib. III, cap. 10. pág. 271.

3) Procesos pág. 78.

4) En su vestir y traje fué muy honesta, vistiéndose siempre de ropas humildes; nunca usó cosa de seda u oro, sin embargo de habertenido muchas herencias de sus padres y renunciaciones de sus hermanos, con que pudiera haber estado rica y descausada; pero vivió y se trató como si no tuviera nada dependiendo en su comer y vestir de lo que su cuñado Cosme de Caso y su hermana Jerónima de Paredes le daban..... Procesos pág. 284.

los pobres. Llegó a tales extremos en esta virtud que, a imitación de otros Santos, como se cuenta de San Carlos Borromeo y de San Lorenzo Justiniano, no quiso morir en su propia cama, ni en su cuarto, sino que logró, con varios pretextos, que la pasasen al cuarto de su hermana D^a Jerónima, donde haciéndose prestar una cama por su sobrina D^a Juana, tuvo el gusto de morir en cuarto ajeno y cama prestada, desahida de todo lo terreno sin tener nada propio en este mundo, porque su tesoro lo tenía todo en el cielo y su herencia era la posesión del sumo Bien. ¿Qué religioso entre los más observantes habrá practicado mejor la pobreza que Mariana de Jesús? (1)

No fue menos admirable su obediencia, y en ella se vió muy bien lo que es esta noble virtud, es a saber: un holocausto en que el alma se ofrece toda a Dios como hostia viva y agradable a la divina Majestad. Mariana quiso que en este punto, su sacrificio fuese el más perfecto posible; y si muchos tesoros de méritos amontonó para el cielo con la práctica de las demás virtudes, su obediencia excedió a todas y las dirigió y gobernó en sus actos diversos.

En lo perteneciente a las cosas temporales obedecía con toda su puntualidad a su cuñado D. Cosme, a su hermana D^a Jerónima, a su sobrina D^a Juana y al esposo de esta D. Juan Guerrero de Salazar: «Dejando cualquier cosa que hacía por acudir a lo que le ordenaban», como se expresa un testigo en los Procesos. (2) Consideraba como precepto ineludible cualquier petición o insinuación suya, por lo cual ellos solían proceder con mucha reflexión y cautela, en sus palabras porque sabían por experiencia que todo sería cumplido al pie de la letra.

A los principios cuando Mariana empezó sus ayunos extraordinarios, como veían que no comía, la urgían fuertemente a que tomase algún alimento; ella obedecía al punto, aunque le constaba que por tener ya el estómago estragado no podría retener nada y consiguientemente sería peor para su salud; pero no miraba si la cosa estaba bien o mal mandada; su único afán era obedecer con la mayor perfección y presteza posibles.

Cuando se le reconocieron algunas señales de la hidropesía que le aquejó por tanto tiempo, algunos de sus parientes le aconsejaban que se abstuviese de beber agua, como remedio para que la dolencia no se agravase. Bastóle esta ligera indicación para pasar varios días sin probar una gota, aprovechándose de la ocasión que con esto tenía para mortificarse. «Fue muy obediente, se dice en los Procesos, haciendo todo lo que le mandaban su sobrino Juan de Salazar y su hermana D^a Jerónima, dejando cualquier cosa que hacía por acudir a lo que le ordenaban; y algunas veces viendo

1^o Procesos pág. 51.

2^o Procesos pág. 112.

su flaqueza le mandaban que comiese, y aunque lo repugnaba y sabía que lo había de volver a lanzar, sólo por obedecer comía. También le mandaban que no bebiese, y aunque apeteecía el agua la dejaba de beber solo por obedecer y se mortificaba; y obedeció de esta suerte aunque se abrasaba de sed.» (1)

En lo que atañe al alma, se sujetaba sin reserva a la dirección de sus confesores, sin apartarse un punto de lo que le prescribían, aunque esto fuese difícil y costoso, o contra su propio juicio y parecer; porque sabía muy bien que mientras lo que se manda no es pecado, es voluntad de Dios que el súbdito obedezca a su superior, y que sólo puede y debe desobedecer, cuando lo mandado es pecado mortal o venial, cualquiera que sea el superior que se atreva a dar orden semejante. Obedecía a sus confesores como lo hubiera hecho al mismo Dios; no quería dar un paso en la virtud sin tener antes su aprobación para seguir en todo su consejo; porque confiaba que Dios la había de regir por medio de ellos. Siempre fue máxima suya, no poder errar mientras siguiese lo que le habían aconsejado.

Cuenta de sí mismo el P. Antonio Manosalvas, que, siendo todavía joven y poco experimentado en la dirección de las almas que vuelan a la perfección, mandaba algunas cosas a Mariana poco conformes con el camino por donde Dios la iba llevando. Ella, dice el Padre, obedecía a ciegas con suma puntualidad, con grande paz y tranquilidad, a pesar de que con las luces interiores que tenía, estaba plenamente convencida ser un yerro lo que se le mandaba. Habiendo obedecido, buscaba algún libro y notando el capítulo y punto donde se pudiese ver la equivocación, lo traía diciendo con grande humildad «Padre mío, lea este libro y capítulo». Con esto reconocía su yerro y podía admirar la heroica obediencia de la sierva de Dios. (2)

Obedecía con la misma prontitud y serenidad de ánimo en lo difícil y penoso así como en lo fácil y deleitoso.

Uno de los mayores consuelos que experimentaba era poder oír la santa misa y comulgar cada día en la iglesia de la Compañía de Jesús. Sus confesores, para probar su espíritu, y cerciorarse si en ella había virtud o no, hacían sus experiencias en humildad y obediencia, que son la piedra de toque para conocer infaliblemente la virtud verdadera, porque donde hay dureza de juicio propio y propia voluntad, allí no hay virtud ni puede haberla.

Le mandaban que se abstuviese de ir a la iglesia, bien fuera para comulgar, oír misa o asistir a cualquiera otra función. Obedecía siempre con puntualidad y con grande resignación; se quedaba en su cuarto como le mandaban, pero su corazón estaba al pie de los altares, y suplía la comunión sacramental con una fervorosa

1) Procesos pág. 112.

2) Procesos pág. 361.

comunidad espiritual; la sola consideración de que estaba obediendo le causaba notable sosiego y contento. Cuando Catalina, su criada, le preguntaba porque no iba a la iglesia, como era su costumbre, respondía «yo soy hija de obediencia». (1)

Dios, sin embargo, no se olvidaba de su sierva, y además de llenarla de sus consuelos, tenía dispuesto que no siempre fuese privada en estos casos del santo sacrificio de la misa, o sea del bien mayor que tenemos en esta vida. Desde la ventana de su cuarto, un poco entreabierta, oía con mucha devoción todas las misas que se decían en la capilla de Nuestra Señora de los Angeles que tenía enfrente.

Sentía muchísimo que la tuviesen por virtuosa. No hay persona hipócrita o vanidosa que procure con mayor afán y cuidado la honra y vana estimación, como ella buscaba ser despreciada y tenida en poco. Por esta causa jamás hablaba de sí ni de sus cosas con nadie, ni aun con las personas de su casa, a no ser que fuese para ser humillada.

Considerando el P. Camacho que ninguna prueba podía ser más a propósito para conocer su virtud que algún acto heroico de obediencia y humildad, le mandó que descubriese todos los secretos de su alma, las penitencias, mortificaciones que hacía, los favores que de Dios recibía, pero no sus faltas, a su sobrina D^a Juana de Caso, a quien avisó al mismo tiempo de lo que había ordenado a su santa tía. Fue esta obediencia para Mariana como un rayo; no la podía haber para ella ni más molesta ni más intolerable. Experimentó por esta causa una tristeza sobre toda ponderación, mientras D^a Juana se llenaba de gozo, no tanto por la curiosidad de saber cuan santa era Mariana, cuanto por aprovecharse de sus virtudes buenos ejemplos, y transmitir después lo que hubiese sabido, al llegar el momento oportuno. A pesar de sus repugnancias extremas, Mariana estaba pronta a obedecer con la mayor fidelidad, y lo cumplió aquel mismo día sin dar largas a la obediencia. Mas, según su costumbre, antes de llamar a D^a Juana para darle cuenta de su conciencia, se puso en fervorosa oración suplicando a Dios no permitiese que nadie en este mundo supiera los favores que El tan liberalmente le concedía. Llamó a su sobrina a su habitación, le dió parte del precepto de su confesor, a cuyo cumplimiento se hallaba obligada en fuerza de su voto, y sin más preámbulos se puso a referirle muy despacio y por menudo lo que pasaba en su alma; las virtudes que ejercitaba, las penitencias con que maceraba su delicado cuerpo, sus abstinencias, sus ayunos, las mortificaciones todas de sus sentidos y de los afectos de su corazón, los favores con que Dios la regalaba, sin dejar nada que no le contase con grande minuciosidad. Escuchábala con pasmo y asombro D^a Juana, prestaba suma atención, para que no se le

1) Procesos págs. 70, 112, 353.

perdiese ni una sílaba, ni se le escapase el más insignificante detalle, atesorando todo en su memoria.

Acabó Mariana con grande vergüenza y confusión la relación de toda su vida, y llena de pena se despidió de su sobrina.

Esta se fue a su propio aposento para escribir inmediatamente cuanto había oído y fijar en el papel lo que la memoria pudiese dejar perder. Pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando al llegar al umbral de su puerta, queriendo pensar sobre lo que había oído, se encontró con que todo se le había olvidado, sin poder recordar ni un solo punto de lo que Mariana le había dicho? Sólo se acordaba que le había contado su vida.

Quedó muy confusa y turbada con lo que acababa de pasarle; volvió muy triste al aposento de Mariana a quien halló muy risueña y contenta y le dijo: «Mariana vuélveme a referir lo que me dijiste porque todo se me ha olvidado, no recuerdo cosa alguna». Le respondió ésta riéndose. «Yo para obedecer te descubrí lo que pasaba por mi alma, porque así me lo mandó mi confesor, he cumplido con la obediencia». Repuso D^a Juana ¿Qué le diré al Padre, pues a mí me mandó que oyese el relato de tu vida?; ¿cómo puedo decirle que lo he oído si de nada me acuerdo? A lo que Mariana contestó: «Díle que yo le he obedecido, y que mi Jesús no gusta de que se sepan mis cosas mientras yo viviere, no tienes para qué cansarte, quéjate de tu memoria, o saca más bien de este hecho ser esta la expresa voluntad de Dios de que no se registren mis secretos». Quedó D^a Juana sobre admirada, confusa y triste por haber perdido la memoria de cosas tan notables. Duró el prodigio de no recordar nada, todo el tiempo que vivió Mariana, en este mundo, por más esfuerzos que hizo para traer a la memoria lo que había oído. El caso era tanto más de admirar, cuanto que D^a Juana tenía muy buena memoria para todo lo demás. (1)

En otra ocasión mostró muy bien su abnegación y obediencia. Vino a la Compañía estando enferma de bastante gravedad, pero como podía arrastrarse, no quiso privarse del fruto inefable de la asistencia al santo sacrificio de la misa y de recibir la comunión. Cumplidas sus devociones, se encontró tan exhausta de fuerzas y tan debilitada, que no podía sostenerse sino arrimada a la pared, con lo que juzgó serle imposible volver a pie a su casa. Ordenó, pues, que le aprestáran una silla de manos para que la llevasen. El P. Lucas de la Cueva que estaba por una ocupación urgente en el pretil de la iglesia, se dió cuenta de lo que pasaba, y para probar su virtud le dijo así que la vió en la silla: «Buenos estamos ¿merece Mariana silla de manos? váyase señora a pie como vino». (2) La humilde sierva de Dios, con rostro risueño y corazón obediente se levantó de la silla y sin hablar una sola palabra echó a andar, y con grande trabajo se fue a pie hasta su casa.

1) Procesos, págs. 20, 36.

2) Procesos página 125.

CAPITULO XIV

Angelical pureza y castidad de Mariana de Jesús

SUMARIO: SU PERFECTA CASTIDAD.—ORACIÓN Y COMUNIÓN.—VEN-
CE LAS TENTACIONES.—SU RECATO Y MODESTIA.

La castidad y pureza he aquí la virtud más aborrecida del espíritu infernal, que es espíritu impuro. Nada degrada tanto al hombre, como este vicio, que más que ningún otro le pone al nivel de las bestias; pero tiene especial fealdad en el cristiano que hace profesión de imitar y seguir al Cordero inmaculado Cristo Jesús.

Los doctores de la santa iglesia llaman frecuentemente, *lilium castitatis*, lirio de castidad a San Juan Bautista por su pureza; por la misma virtud San Luis Gonzaga ha merecido el título de *angelico juven* y ha sido propuesto como dechado y modelo a la juventud. Mariana también por su pureza y castidad ha merecido el nombre de «*Azucena de Quito*», nombre que le ha confirmado la Santa Sede en el Breve de beatificación; y como San Luis Gonzaga a los jóvenes, puede ella ser propuesta como modelo y dechado a todas las personas de su sexo.

De esa extimia pureza de Mariana nos dejaron sus confesores que conocían bien los dones que de Dios había recibido, una idea y una descripción tal en sus escritos, que demuestra con toda evidencia cuán excelente y sublime fuera, sin que llegase a empañarla no solamente la más leve mancha, pero tampoco ni imaginación alguna impura, ni sensación desarreglada. Fue Mariana un ángel en cuerpo y alma.

«Había hecho voto, dice el P. Camacho, de virginidad y castidad, que conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese amancillar, ni asomo de imaginación que de mil leguas la pudiese deslustrar». (1)

El P. Alonso de Rojas asegura lo mismo en la oración fúnebre de la sierva de Dios donde dice: «Tan admisible fue esta sierva de Dios en su pureza virginal, que en toda su vida no sintió movimiento libidinoso en su cuerpo, ni pensamiento sensual en su alma; de modo que más parecía ángel que mujer, y decía que ella pensaba que a las doncellas no se les ofrecen estas cosas, da muerte que a su espíritu purísimo le acompañó un cuerpo que se le parecía en la pureza, exento casi de todas las leyes de la naturaleza. ¿Quién la eximió? La extraordinaria penitencia que de tal suerte la transformó en ángel, que ignoraba lo que todos padecemos» y en otra parte del mismo discurso añade: «Tan ceñida llegaba Mariana de

1) P. Morán de Butrón lib. III. cap. 11, pág. 279.

Jesús a comer el Cordero Cristo, que no sólo extinguió el apetito sensual a fuerza de batería de penitencias, sino que lo transformó en virtud, lo espiritualizó e hizo tan casto, que no sólo ignoró movimientos lascivos en el cuerpo sino pensamientos livianos en el alma....» (1)

El P. Antonio Manosalvas asegura, bajo la inviolabilidad del juramento, que «Su castidad fue angelical, jamás se confesó de cosa que oliese a menos pureza; y solía dar gracias a Dios de que de este vicio la hubiese librado tan misericordiosamente, que ni aún imaginarlo podía». (2)

Dichosa virgen, pues se vió libre del nefando contagio que todo lo invade e inficiona como lepra asquerosa. Concedióle Nuestro Señor la misma gracia que a San Luis Gonzaga y a otros santos que viviendo en carne mortal y corruptible, no sintieron en sí los resabios de la carne.

Aunque es verdad que nadie puede ser casto si Dios no le concede esta gracia, también se debe decir que Dios no dará la pureza a los que no pongan de su parte los medios o condiciones que El mismo ha establecido para concedernos este favor. No se ha de creer pues que todo fuese gracia del cielo en la castidad tan excelente de Mariana de Jesús. Pidió a menudo y con su oración alcanzó en cuanto inerer se puede, ese don de Dios; puso los medios que creyó convenientes para conservarse pura y sin mancha. De edad de siete años consagró su pureza con el voto de perpetua castidad; hizo extraordinarias penitencias con las que debilitó el auxiliar más poderoso que tiene el demonio para la tentación deshonesta, que es la carne, con sus pasiones desenfrenadas; resistió con denuedo y valor a todos los ataques del enemigo infernal, porque ella también tuvo que sufrir sus repetidos asaltos.

Pero sobre todo hizo uso del mayor y mejor de los remedios y preservativos, la recepción frecuente y diaria del Augusto Sacramento, a pesar de todas las contradicciones que tuvo que tolerar. ¡Cuántas personas caen miserablemente en el vicio impuro, que se verían libres si frecuentasen con las debidas disposiciones la Sagrada Mesa! ¡Bien conoce el demonio la eficacia de la comunión pues procura con toda clase de pretextos, aun piadosos, que se deje lo más posible! ¡Bien lo conoce el mundo, pues por los medios más injustos e inicuos, trata de ridiculizar la comunión frecuente y de apartar a todos del Sacramento! Quien quiera ser casto acuda como Mariana a la fuente de toda pureza y castidad, Jesucristo Sacramentado.

Viendo Satanás que Dios no le daba licencia para acometer a Mariana con feás imaginaciones o movimientos desarreglados, que no tenía poder para acercarse a su purísima alma, la acometió por medio de objetos exteriores peligrosos y con impresiones impuras

1) P. Moran de Butráo, lib. III, cap. 11, pág. 280. P. Alonso de Rojas, págs. XXIV, XXXII.

2) Procesos página 354.

en los sentidos exteriores; le representaba a la vista corporal lo que solo puede inventar el espíritu de las tinieblas, pero «Mariana amparada con la gracia de Dios, dice un confesor suyo, le rebatió siempre con tanta presteza, le desechó con tanto tesón y vigor que corrido, el que es la misma desvergüenza, no se atrevía a repetir de nuevo el asalto...» (1) Al experimentar el demonio que esa manera de ataque no le surtía el efecto deseado, acudió a la ordinaria estratagema con que suele acomete a la mujer sirviéndose de la maldad del hombre. Iba Mariana con mucha devoción a su puesto en la iglesia de la Compañía, cuando al pasar delante del altar de San José, se le hizo enconradizo un mozo muy peripuesto y acicalado. Era uno de esos desgraciados esclavos de su carne, que con el corazón podrido por los vicios no piensan sino en satisfacer sus apetitos bestiales, sin respetar a nada ni a nadie, y hasta se atreven a ir a los templos, para insultar allí al Dios omnipotente que algún día los ha de juzgar. Este, pues, con profundas y repetidas cortesías, se le ofreció por seguro y perpetuo servidor en todo lo que ella se dignase mandarle. Afligida Mariana al ver la ofensa a Dios, y el estado de degradación de aquella pobre alma, se encaró resueltamente con él y le dijo «que esas cortesías y reverencias las guardase más bien para su Criador; que cuanto antes pidiese perdón a Dios de su atrevimiento, si es que quería alcanzar perdón; que por lo que a ella tocaba no era sino una criatura pobrísima e indigna de que nadie la estimase ni de ella se ocupase». Quedó tan perturbado aquel desdichado, que al oír estas palabras, se apartó inmediatamente comprendiendo toda la fealdad de la mala acción que había cometido. En vez de dirigirse hacia la puerta, sin saber a dónde iba, se fue a la sacristía; de allí tuvo que sacarle un amigo suyo quien ignoraba lo que le había acaecido, e informado del caso se lo afeó con graves palabras. Todo esto impresionó tanto al mozo, que enmendó sus perversas costumbres, y la lección le sirvió para que viviese toda su vida como buen cristiano. Uno de los testigos en los Procesos hace notar, que ese mozo era forastero: «porque, añade, siéndolo, solamente, pudo intentar semejante acción, porque en esta ciudad era muy conocida la pureza y la virtud de Mariana».

Otro caso por el estilo sucedió a Mariana al salir de la Iglesia. Se le presentó otro mozo desalmado, «diciéndole inefables ternuras: que le había robado el corazón, que no podía estar sin ella, y y otras sandeces por el estilo; y que si no permitía más, que le diese por lo menos licencia para acompañarla hasta su casa.» Mariana al principio no le hizo ningún caso; mas viendo que insistía en su porfía le respondió con tono severo que no necesitaba para nada de sus ofertas; y diciendo y haciendo, le volvió la espalda y se entró otra vez en la iglesia donde se estuvo por algunos minutos,

1) Procesos pág. 226.

hasta que el desairado mancebo hubiese tenido tiempo de alejarse, como lo hizo con toda presteza. (1) No por ser siempre vencido, dejó por eso el demonio a la sierva de Dios. Otro mozo, fue el instrumento que escogió Satanás para sus dañados intentos. Iba Mariana por la calle, terminados sus ejercicios piadosos en la iglesia de la Compañía, y como acostumbraba con el rostro cubierto con el manto. Se le llegó el atrevido joven pidiéndole que levantara el velo para poderla ver. Mariana siguió adelante sin hacerle caso dando por respuesta el más profundo silencio. Insistió el joven durante varios días; porfió con grande necedad sin poder conseguir su intento. Instigado del inferno, la perseguía sin cesar, y aún se atrevió a ir hasta el templo del Señor. En una ocasión cansada Mariana de sus torpes insinuaciones, inspirada de Dios, a quien había encomendado fervorosamente aquella alma desgraciadísima, se levantó el manto, se descubrió el rostro milagrosamente transformado por divina virtud en horrible calavera, y le dijo: «Mira lo que buscas y sollicitas, que no es más que lo que ves.» Con esta vista dejó despavorido y asombrado al licenciado joven. Algunos de los testigos que refieren el hecho, añaden, que este infeliz entrando en sí pronto, se redujo a una vida arreglada y cristiana. (2)

El medio más eficaz que empleó Mariana para conservar la pureza, fue una extraordinaria modestia y recato exquisito. Guardaba con sumo cuidado sus sentidos, para que por ellos no pudiese entrar la muerte en su alma. No salía a visitas inútiles, ni a paseos por la ciudad. Sin ser nada escrupulosa ni melindrosa, hula como de la muerte del trato y comunicación con personas de otro sexo; no quería hablar con hombres, mientras no hubiese una muy grave necesidad. Llegó a casa un hombre para hablar con ella bajo pretexto de un negocio temporal muy grave. Avisó a Mariana que la buscaban una criada llamada María de Paredes. Quedó Mariana no poco admirada y le dijo: «Jesús, María ¿un hombre que quiere hablar conmigo sobre negocios? ruégote que no me traigas a hombre ninguno para hablarme de negocios, dile que estoy ocupada, y si vuelve, dile que no tengo ni tiempo ni licencia para semejantes asuntos». (3)

Esta sin par modestia y recato de Mariana eran muy conocidos de los habitantes de Quito, y por esta causa todos le profesaban el respeto y veneración más profunda. Nadie se hubiera atrevido a proferir delante de ella la menor palabra algún tanto descompuesta; su presencia más bien moderaba a todos, porque la verdadera y sólida virtud siempre es venerada y estimada. Era tan singular el aprecio que Mariana hacía de la virtud de la castidad, que le desagradaba en extremo hasta la sombra y apariencia del vicio contrario.

1) Procesos pág. 226, Procesos Apostólicos fol. 598, 724, 774.

2) Procesos (año 1765) fol. 598, 724, 744 Procesos Apostólicos fol. 208, 724.

3) Procesos, página 218.

Un señor, Oidor de la Real Audiencia de Quito, hombre muy morigerado y muy buen cristiano, viéndola en cierta ocasión pasar por la calle, cuando volvía de la iglesia a su casa, atraído de su modestia y virtud, con un afecto puro, aunque algo indiscreto, se llegó a ella, en la misma calle y le dió un abrazo, pidiéndole que le encomendase a Dios. Mariana que ni soñaba siquiera, en tan extemporánea muestra de cariño, quedó toda confusa y avergonzada con el acontecimiento; y muy secamente despidió al Oidor sobradamente afectuoso. Llegó a casa llena de tristeza y amargura, por lo que le había pasado. Se encerró en su cuarto, donde se puso a llorar amargamente, dándose fortísimos golpes de pecho, hiriéndose la cara, sólo por haber llegado a su persona las manos de un hombre. No pudiendo encontrar alivio ni consuelo en su pena, se fue al cuarto de su sobrina D^a Juana, y deshecha en llanto le contó lo sucedido. Esta se puso a consolarla haciéndole ver que no podía haber la menor falta, pues todo se había hecho sin su consentimiento; y aquel hombre no había tenido fin alguno malo. «Bien sé todo esto, replicaba Mariana, bien sé que es como tú juzgas, pero ¿qué dirá el divino Esposo de mi alma siendo como lo es, celosísimo de su honor?» (1)

Sólo dejó de llorar después de haber hecho por largo tiempo severísimas penitencias para reparar aquella sombra de falta.

Esta, y mucha mayor aún de lo que la pluma puede describir, fue la pureza de la *Azucena de Quito*, modelo de todas las virtudes, pero en especial de la castidad.

¡Qué consuelo en medio de tanta corrupción como hay en el mundo, encontrar una alma tan pura y santa, que jamás se vió manchada ni por el más ligero hábito de la culpa impura!

Dígnese Dios aumentar el número de las almas puras como Mariana de Jesús; que como ella alegren a los ángeles del cielo con su vida santa y casta, y detegan el brazo de la divina justicia irritada por las abominaciones de los pecadores.

[1] Procesos página 52

LIBRO IV

Favores sobrenaturales que Dios hizo a Mariana de Jesús en vida.—Su santa muerte

CAPITULO I

Favores sobrenaturales que Dios concede a Mariana de Jesús

SUMARIO: MARIANA NO PRETENDE VISIONES.—NO LEE LIBROS QUE TRATAN DE REVELACIONES.—LEE SANTA TERESA.—FERVORES DESPUÉS DE COMUNGAR.

Dios siempre generoso con sus Santos, no otorga sus favores a todos con igual medida, sino a unos más y a otros menos, conforme a los designios insondables de su sabiduría y Providencia más que paternal.

Mariana de Jesús no servía a Dios por sus dones, sino que le servía y quería servir sin interés alguno, sólo porque le amaba. Siempre atenta en hacer de su alma una perfecta copia de Cristo crucificado, no pretendía los consuelos de esta vida, antes bien, dice el P. Manosalvas, en su declaración: «Lo que con más ahínco suplicó continuamente a Nuestro Señor, fue no tener visiones, ni recibir tales favores en esta vida, pidiéndole que todo lo reservase para la otra» (1)

Mientras vivía en este mundo, donde Jesús había experimentado sólo sufrimientos y trabajos, no quería ella para sí, trato ni suerte diferente de la que el Hijo de Dios había tenido. El P. Alonso de Rojas dice: «No fue amiga de revelaciones, ni de éxtasis, antes bien huía de todo esto; su vida fué por el camino sólido y seguro de la abnegación y propia mortificación que es el camino de los Santos...» (2) La razón principal porque no quería revelaciones ni otros favores extraordinarios, era su humildad profunda.

1) P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. I, pág. 298.

2) P. Alonso de Rojas, XVIII. Procesos págs. 37, 363.



La Verdadera imagen de NTRA. SRA. DE LORETO, venerada por la B. Mariana de Jesús, y ante quien, ya muerta, abrió sus ojos, para mirarla por última vez, en el templo de la Compañía de Jesús.



Imitando al Centurión del Evangelio decía a Nuestro Señor: «Apártate, Señor, de mí porque soy una vil criatura y grande pecadora y me conozco por indigna de tus regalos. Sólo merezco y quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario, no glorias que me conduzcan al Tabor».

Y por que no tuviese ocasión del menor deseo de visiones o revelaciones, nunca quiso leer aquellos libros que tratan largamente de estas cosas, como son los de Santa Brígida, Santa Gertrudis y otros; siendo así, que era muy devota de estas dos santas, que varias veces se le aparecieron. (1) No se vaya, sin embargo, a creer que Mariana despreciase en lo más mínimo estas gracias, todo lo contrario; las tenía en mucho y las admiraba en otros Santos; pues manifiestan el poder de Dios, su insigne bondad y liberalidad y aquella increíble dignación de la Majestad infinita que se abate hasta tratar y conversar familiarmente con sus criaturas.

Lo que leía muy a menudo con grande atención y notable aprovechamiento de su alma, eran los libros de Santa Teresa de Jesús, mas no todos igualmente, sino de preferencia aquellos que tratan de la oración, de la mortificación y ejercicios de virtudes. Meditaba muy frecuentemente aquellas palabras que Nuestro Señor dijo un día a la Santa: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, padecer y amar.» (2)

Estas palabras penetraron tan adentro en el corazón de Mariana, y se le grabaron tan profundamente en la memoria, que recordándolas sin cesar sólo apetecía el padecer, y buscaba la mortificación con el ejercicio de las más costosas virtudes.

Agradábale también muchísimo, otra de las enseñanzas que Jesucristo había dado a la misma Santa Teresa: «Que no se ha de hacer mucho hincapié en los gustos y regalos espirituales sino en el buen testimonio de la conciencia.» Leyó finalmente en el Libro de las Moradas (3), lo que la misma Santa refiere que había conocido a varias personas que no sólo no buscaron gustos y recreos espirituales, ni los desearon, sino que por amor de Cristo crucificado pasaron a suplicarle no les diese ninguno en esta vida. Mariana conformándose con esta doctrina, tan de su gusto, pidió siempre a Nuestro Señor que no la llevase por la senda de sus favores, con visiones y revelaciones, sino por el camino de las espinas, trabajos y sufrimientos de toda clase y los mayores posibles.

¿Quién no admirará en Mariana esta santidad tan varonil y esforzada a pesar de la debilidad de su sexo y complexión? Forzosamente es confesar con el P. Alonso de Rojas: «...que ella subió al cielo por el camino llano que abrió Jesucristo desde la casa de Pilato hasta el Monte Calvario....» (4) y que siguió a Jesús ne-

1) Procesos págs. 38, 50.

2) Procesos pág. 38.

3) Moradas cuartas, cap. 2.

4) P. Alonso de Rojas pág. XVIII.

gándose a sí misma y tomando cada día su cruz hasta el postrer aliento.

Mas si con esta súplica Mariana mostró su desinterés y su amor sincero para con Dios Nuestro Señor, esto no habla de atar las manos a la divina generosidad y largueza. Oyó Dios en parte la petición que le hacia la humildad de Mariana, no concediéndole sus favores de manera que otros los pudiesen advertir sino muy raras veces; más interiormente inundó su corazón de las más suaves delicias; ilustró su mente con profecías y revelaciones celestiales, y la glorificó dándole el don de hacer milagros. Estos favores que Dios le concedió hubieran quedado sepultados en el olvido más profundo, dada la humildad de Mariana, si el mismo Dios no hubiese cuidado de que llegasen a nuestra noticia para mayor glorificación de su sierva, y para excitar más nuestra devoción y confianza. Ya se ha dicho que el P. Camacho mandó a Mariana que diese cuenta exacta de toda su alma a su sobrina Juana de Caso, y que ésta, se había olvidado de todo al salir del cuarto, donde la relación le fue hecha. Este olvido no duró para siempre. Apenas hubo muerto Mariana de Jesús, D^a Juana recordó al punto cuanto esta le había manifestado y lo tuvo tan presente en la memoria durante toda su vida, como si acabara de oírlo. De este modo pudo contarlo a sus hijas, Andrea María de la Santísima Trinidad y Catalina de los Angeles, carmelitas quienes más tarde lo refirieron bajo juramento en los Procesos.

Muchos de estos regalos que Dios hizo a Mariana se han relatado ya o se dirán adelante, y todos ellos fueron en muy gran número. Nuestro Señor la favorecía especialmente después de la sagrada comunión, lo que no debe causar extrañeza, pues no es mucho que siendo este Sacramento de amor la fuente infinita de toda dulzura y bien interior para el alma, redunde alguna partecita de su abundancia para el cuerpo y al exterior.

Entre otras cosas que Mariana de Jesús contó a D^a Juana fue que en varias ocasiones vió en la hostia consagrada a Nuestro Señor Jesucristo, en forma de un hermosísimo Niño, que muy risueño y contento venía a ella, llenando su alma de un gozo semejante al que participan los ángeles del cielo. (1) Quedaba con esta vista tan gozosa, que no podía explicar con la lengua lo que por los ojos se le comunicaba al corazón en aquellos regalados instantes.

También le dijo que otras muchas veces, al tragar la hostia sentía sensiblemente al Niño Dios que pasaba por la garganta «*como cosa viva*» así lo explicaba ella, y la dejaba anegada en las más suaves delicias. (2)

¡Cuán bien le pagaba con semejantes favores Dios Nuestro Señor su amor al Santísimo Sacramento, su fervor en recibir cada

1) Procesos Apostólicos, fol. 233.

2) P. Morán de Butrón, lib IV, cap. 2, pag. 303. Procesos pag. 20.

día la sagrada comunión, a pesar de las innumerables dificultades que le oponía el infernal. Y por otra parte; ¿cuál no sería el fruto y provecho que recibiría su alma? Aunque nadie deba pretender semejantes gracias, todos los cristianos pueden esperar del Sacramento increíbles ventajas, si lo reciben con la preparación y disposiciones debidas.

CAPITULO II

Refiérense algunas profecías y revelaciones de Mariana de Jesús

SUMARIO: LA PROFECÍA. LIBRA A UNOS NIÑOS DEL CASTIGO. PROFECÍAS AL P. MANOSALVAS MARÍA DE PAREDES Y SU HIJA ANTONIA. LA CRIADA DE MARIANA DE JESÚS. CONVERSIÓN DE DOS PECADORES. PROFECÍAS ACERCA DE ENFERMEDADES. EL P. JUAN DE ENEBRA. MARÍA DE MIRANDA.

Entre los dones preciosos que Dios comunicó a Mariana de Jesús se debe contar el espíritu de profecía o el poder predecir de una manera cierta, sin vacilaciones ni condiciones, un acontecimiento futuro, antes que se verifique o se puedan saber por medios y fuerzas naturales.

Sólo Dios puede saber con certeza las acciones futuras que dependen de la libre voluntad de la criatura racional; los Angeles, y también los demonios cuando Dios no se lo impide, por conjeturas más o menos probables. La ciencia del hombre en cuanto al conocimiento de lo futuro es sumamente limitada; fuera de alguna que otra ley de la naturaleza de que tiene certidumbre, en lo restante, no procede sino por conjeturas. Es verdad que una secta de pobres ilusos, pretende averiguar lo oculto y lo futuro por medio del espiritismo, condecorado con los pomposos nombres de *«ciencia de los espíritus, religión de los espíritus»*, pero todo eso no es sino la brujería de los tiempos antiguos resucitada y equipada a la moderna, para engañar a los ignorantes.

Cuando, pues, un santo viviendo todavía en este mundo, anuncia con anticipación y con toda certeza, un hecho futuro, especialmente si depende de la libre voluntad del hombre, ese santo, debemos concluir, habla así tan sólo porque Dios le ha comunicado ese secreto. Así aconteció con Mariana en muchas ocasiones; Dios Nuestro Señor le reveló lo oculto y lo futuro, de suerte que no parecía tener cosa escondida para ella, en lo que de alguna manera dijese relación con su persona, o le sirviese para ejercitar la caridad con el prójimo.

Refiere de sí el Licenciado José Rodríguez de Paredes vecino de Ibarra y sobrino de Mariana, que siendo niño y viviendo en la casa de Mariana, un día de la Ascensión del Señor, fue en compañía de un primo suyo y de un negrillo a oír misa en la Iglesia de San

Francisco, en vez de ir a la Compañía, como solían hacerlo. No viéndolos allí el Capitán D. Juan Guerrero de Salazar, a cuyo cargo estaba la familia, sospechó que aquellos muchachos habían faltado a misa. Como cristiano ejemplarísimo que era, no podía sufrir que la ley de Dios fuese violada en su casa, sin que el delincuente recibiese el debido castigo; juzgaba y con razón que obligar a los suyos a que fuesen buenos cristianos, era hacerles el mayor bien posible. Determinó pues corregir a los tres muchachos, tanto para que escarmentasen los demás, como para que ellos se acordasen que la principal obligación de todo cristiano en un día de fiesta de guarda, es cumplir con el precepto de la santa misa. Los mandó encerrar a los tres en el cuarto de Mariana, que estaba afuera, y que por casualidad lo había dejado abierto; siguió él con dos indios, el uno para que cargase a los culpables, y el otro para que los azotase. Estando allí, cerró la puerta por dentro con la aldaba, y sordo a las protestas, clamores y lágrimas de los muchachos, que proclamaban su inocencia, mandó que se ejecutase con todo rigor el castigo que merecían. Iban a empezar su oficio los indios ejecutores cuando llegó Mariana a la puerta de su cuarto. Por los gritos comprendió lo que pasaba allá dentro, y llena de compasión invocó a Dios y a su ruego sin auxilio de nadie, la puerta se abrió de par en par. A su vista D. Juan Guerrero mandó suspender el castigo, y lo dejó por completo, cuando Mariana informada de la causa por qué iban a ser castigados, le aseguró que eran inocentes y que habían oído misa en la iglesia de San Francisco, sin que nadie de antemano le hubiese dicho nada sobre el particular, ni ella los hubiese visto. En efecto D. Juan hizo averiguar el hecho, y halló ser cierto lo que Mariana había asegurado.....(1)

El P. Antonio Manosalvas, dice de sí, que estando en Riobamba, el año 1643, el Jueves Santo durante el oficio de Tinieblas, recibió una carta de Mariana en que le comunicaba cómo le enviaba una corta provisión de bizcochos amasados con huevos, para aliviar las incomodidades y penurias de un viaje algún tanto precipitado que pronto tendría que emprender hasta Quito, y para el cual no podría hacer los preparativos necesarios. Quedó el Padre lleno de asombro al leer la carta de Mariana y al verle remitidos los bizcochos; porque ni él tenía asunto alguno que le llamase a Quito con tanta urgencia, ni podía comprender, ni aun conjeturar, que sus Superiores tuviesen algún motivo para hacerle emprender esta jornada con la prisa que decía Mariana.

Esperó con ansiedad el Viernes Santo, el Sábado Santo y el Domingo de Resurrección, para ver en qué paraba todo este negocio, cuando el Lunes de Pascua, ocurrió un caso muy grave y urgente al Cabildo de Riobamba, por causa de un alboroto y especie de sedición que se produjo en la ciudad, por lo cual los Regidores se vieron en la necesidad de enviar a quién tratase el asunto con el Obis-

1] Procesos Apostólicos, fol. 144.

po y con la Real Audiencia de Quito, y comisionaron para ello al P. Antonio Manosalvas, como a persona de su confianza; y así tuvo que ponerse inmediatamente en camino para cumplir con la comisión que se le confiara. De esta manera inesperada se verificó lo que Mariana había anunciado.

Apenas llegado a Quito preguntó a Mariana por qué conducto había sabido su venida a esta capital, a lo que respondió «Todo lo sabe el Esposo de mi alma y El me lo ha dicho.» (1)

Refiere además el mismo Padre, que después de haber terminado el asunto que le había traído a Quito, al despedirse de Mariana para volver a Riobamba, le dijo estas palabras que se cumplieron a la letra a los dos años: «Padre mío, vaya con Dios y mire que tenga mucha paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, porque le están esperando muchos trabajos y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho porque son tocantes a su honra y reputación».

El siguiente caso que pasó con el mismo Padre muestra que Dios revelaba a Mariana no sólo lo futuro, pero lo que es mucho más, los secretos de los corazones, cuyo conocimiento cierto pertenece a sólo Dios. Después de haber oído la confesión de Mariana, se levantó del confesonario y se iba a la sacristía, para celebrar la santa misa. Mariana le esperó en la puerta y le dijo que antes de celebrar fuese a confesarse de dos faltas de las cuales, por olvido, nunca se había acusado, y se las especificó con toda claridad. Quedó admirado el Padre y al mismo tiempo confuso; más obedeció con prontitud el aviso que Dios le daba por boca de Mariana; y desde entonces hizo el firme propósito de confesarse cada día, lo que cumplió exactamente durante toda su vida; y así jamás dijo misa ni se sentó en el confesonario sin haberse primeramente acusado de sus propias faltas. (2)

No es menos prodigioso lo que profetizó a María de Paredes, la cual por haberse criado en la casa de Mariana, tomó como propio el apellido de la familia, según que acostumbraban hacerlo entonces los negros e indios. Tenía ésta una hija llamada Antonia Rodríguez Palomeros; quería casarla con un mozo que le parecía muy a propósito, y sobre todo que era muy de su gusto. Como tenía entera confianza con Mariana, le dió parte del matrimonio que proyectaba, y le pidió sus oraciones y su consejo, aunque éste era ya inútil por lo determinada que estaba en hacerlo. Mariana le dijo terminantemente «que mirase bien lo que hacía porque si casaba

1) «Efectivamente de allí a muy poco acaeció inopinada e improvisamente un movimiento en aquella república [Riobamba] cuyo Cabildo pidió que el dicho Padre viniese a comparecer y a componer el asunto de aquella sedición o novedad; de suerte que por un camino tan extraño llegó a verificarse lo que la sierva de Dios le había escrito en su carta (Procesos Apostólicos. fol. 66a)

2) P. Antonio Manosalvas. — Procesos página 359.

a su hija con ese hombre, tuviese por cierto que tanto ella como su hija hablan de pasar gravísimos disgustos y grandes trabajos, y que por lo tanto si persistían en celebrar el matrimonio se armasen de gran paciencia». [1] No juzgó así María de Paredes, y pospuso el consejo de Mariana a su propio parecer. Se efectuó el matrimonio, y a los pocos días eran tales los pesares y trabajos de la madre y de la hija, que no sabían como valerse ni qué hacerse. Crecieron éstos hasta tal punto que al mes de casada, Antonia tuvo que asilarse en el monasterio de Santa Catalina, para pedir desde allí la sentencia de nulidad de su matrimonio, la que fue pronunciada en forma jurídica por el Ordinario. Ni por este escarmiento abandonó María de Paredes el propósito de casar a su hija Antonia. Se puso a buscar por segunda vez y escogió a otro joven que a su parecer era de tantas prendas que mejor no se podía encontrar.

Fue a proponer su nuevo empeño a Mariana, pidiéndole al terminar, su consejo y sus oraciones. Mariana oyó todo lo que le contó la buena mujer, con su habitual dulzura y afabilidad, y le preguntó «¿Qué tal le va a tu hija estando sin casar? ¿pasa gustosa la vida? (2) Díjole María que era verdad, que vivía gustosa y contenta en el celibato. Entonces Mariana le contestó con toda aseveración «Mejor le estaría quedarse en el estado de soltera, que volverse a casar; porque si con el primer marido habían sido grandes sus trabajos, con el segundo hablan de ser mucho peores, y que habla de tener una vida de martirio.» (3) ¿Quién no pensará que con la experiencia del primer matrimonio, y con ver cumplida tan minuciosamente la primera profecía en todas sus circunstancias, y aquellas mujeres, tanto la madre como la hija, hablan de entrar un poco en juicio, y temer que también se cumpliese la segunda?

Se celebró el matrimonio, pero la profecía de Mariana tuvo el pleno cumplimiento como lo atestiguó en los Procesos la misma interesada, María de Paredes con estas palabras. «Habiéndose efectuado el segundo casamiento, han sido tantos y tan grandes los trabajos que ha pasado, que juzga la afligida mujer que no ha de haber otra que padezca lo que ella, cumpliéndose todo lo que la previno a esta testigo, Mariana de Jesús». (4)

Fue a visitar a Mariana una india de la ciudad, llamada Juana de Peralta, del nombre de la señora a quien servía, acompañada de una hija suya llamada María.

En el curso de la conversación se ofreció hablar de otra india por nombre Antonia, que entonces servía a Mariana, y que sin atender al buen ejemplo de su señora, ni hacer caso de sus exhortaciones y buenos consejos, vivía con pública fama de bastante relajación en sus costumbres.

1). Procesos página 163.

2) Procesos pág. 163.

3) Procesos página 163.

4) Procesos página 163.

Juana de Peralta dijo a la sierva de Dios: «Esta mi hija María, será tan bellaca como tu «china»» [1] Respondió Mariana descubriendo el secreto de lo futuro acerca de entrambas muchachas. «Esta tu hija se ha de casar, y ha de tener a Dios y ser virtuosa; pero esta mi *china*, por su mala vida ha de tener mala muerte; si no cesa de sus culpas, su muerte será infeliz». (2)

Oído el dicho de Mariana, la india trató de casar cuanto antes a su hija María, como lo efectuó. El matrimonio fue feliz y duró por muchos años, viviendo María temerosa de Dios y entregada a las prácticas de la virtud cristiana. En cuanto a Antonia, criada de Mariana de Jesús, despedida de su servicio, y fuera de su amparo y vigilancia, se entregó a los vicios, dando rienda suelta a sus apetitos y torpes inclinaciones, sin atender para nada a la profecía de Mariana, ni hacer caso alguno de ella. Mas no por eso dejó de verificarse, pues Antonia fue muerta a puñaladas por un negro en circunstancias y por motivos que con sobrado fundamento pueden causar temores acerca de la eterna salvación de la desgraciada.

En los tiempos en que vivía Mariana, así como en los actuales, habla sus escándalos que deplorar. Una joven de buena familia, olvidada de su alma y del decoro propio de su sexo, se dejó arrastrar de una loca pasión y fugó de la casa paterna en compañía de un hombre. Los padres y parientes de la infeliz, hicieron las más exquisitas diligencias para hallar a los fugitivos pero todo fue en vano; no pudieron tener ni la menor noticia sobre su paradero. Viéndose sin esperanzas en lo humano acudieron a Dios Nuestro Señor por medio de Mariana. Fueron a verla y le ponderaron su aflicción, su tristeza y la deshonra de su casa; pidiéndole encarecidamente recabase de nuestro Señor, la vuelta de la descarriada joven. Para que Mariana tomase el negocio más a pechos pusieron por intercesoras para con ella a su hermana D^a Jerónima y a dos amigas suyas D^a Juana y D^a Catalina de Peralta. [3] Acudieron asimismo a su confesor, el P. Camacho, quien le ordenó que rezase cada día una *Safer* a la Virgen para el arrepentimiento de los dos culpables.

No necesitaba Mariana de tantas recomendaciones para acudir a Dios con todo fervor, en demanda de la divina misericordia: le bastaba saber que eran almas necesitadas de remedio para tener compasión de ellas. Puso, pues, manos a la obra con continuas oraciones, ayunos, cilicios y extraordinarias mortificaciones, añadiendo a todo esto, otras muchas obras que le inspiraba su celo para la salvación de las almas y la honra divina. Pasados algunos días D^a Jerónima con las dos amigas volvieron a renovar la súplica, de que alcanzase de Dios Nuestro Señor la conversión y regreso de los dos pecadores; Mariana les respondió estas palabras: «No

1) «china» en lengua quichua significa «criada».

2) Procesos página 252.

3) Procesos, págs. 121, 133

se aflijan porque les hago saber que las tales dos personas se han de reducir a buena vida y han de tener un buen fin y dichas muertes.» (1) Así fue en efecto, al poco tiempo el joven arrepentido de sus culpas, vino a reconocer su mal estado, enmendó su vida y para hacer penitencia de sus pecados y asegurar su perseverancia, abrazó el estado religioso donde vivió muy observante, y murió dejando en su muerte muchas señales de su salvación. La joven por su parte reconociendo su locura y desatino, se redujo a buen vivir en el recogimiento y práctica de la virtud. Perseveró en la continencia y frecuencia de sacramentos hasta su muerte; dando ella también claros indicios de su eterna predestinación.

Comunicó, asimismo, Dios a Mariana el conocimiento de cosas futuras que dependen en todo o en parte de causas físicas y necesarias, y esto en circunstancias en que no podía conocerlo por medios naturales. Había caído en una grave enfermedad una india lavandera de Mariana, y se temía un desenlace fatal. Mandó avisar a la venerable viagen de su peligro, pidiéndole que la ayudase con sus oraciones. Mariana le contestó que estuviese sin temor, porque no moriría del achaque que la aquejaba; y añadió que mientras le hiciese la caridad de lavar su pobre ropa no tendría enfermedad alguna. Así sucedió; pronto sanó de su dolencia y jamás estuvo enferma, mientras lavó la ropa de Mariana, hasta que dejando de hacerlo, por su mucha edad, enfermó y pasó a mejor vida.

Habían desahuciado los médicos al Capitán Manuel de Cavallos, y estaba ya con todos los sacramentos, preparado como buen cristiano para ir a dar cuenta a Dios de toda su vida. Su mujer D^a Juana Vivas no podía resignarse a ver morir a su esposo. En todos sus trabajos acudía como a refugio seguro a Mariana de Jesús; y en esta ocasión no quiso dejar de hacerlo. Vino a la iglesia de la Compañía a proponerle con lágrimas en los ojos el estado de su marido, que irremediablemente se le moría; para que con sus oraciones le alcanzase la salud de Dios Nuestro Señor. Mariana la oyó con bondad, y se puso a consolarla como siempre lo hacía con los afligidos que se le llegaban, finalmente le dijo. «No se aflija en demasía, señora, pues la muerte es una deuda que todos tenemos que pagar; aunque su marido esté ahora muy bien preparado, y sea todo de Nuestro Señor, no morirá de esta enfermedad, sino que para su consuelo, Dios se lo dejará por algún tiempo todavía; porque se ha de encontrar un remedio eficaz para su dolencia.» (2)

Volvió a su casa la pobre mujer, confiada en las palabras de Mariana aunque sin esperanza alguna de remedio, pues había hecho todo cuanto se pudo pensar que aprovecharía el enfermo. Al entrar en el cuarto de su esposo halló al médico preparando una me-

1) Procesos pág. 122.

2) Procesos pág. 246.

dicina, quien le dijo: «Ya su merced ve que su marido se está muriendo; a Dios y ventura apliquémosle este remedio, por si acaso le aproveche». Lo hicieron así y al momento de aplicada la medicina, el enfermo empezó a mejorar y pronto quedó sano, viviendo todavía por espacio de unos tres años. Ambos esposos quedaron muy agradecidos a las oraciones de Mariana a quien atribuyeron la eficacia del remedio.

Muy ruidosa fue otra profecía de Mariana hecha al P. Juan de Enebra de la Compañía de Jesús, de cuya boca se supo y se divulgó por el Colegio y toda la ciudad; con lo cual innumerables personas pudieron ser testigos de su cumplimiento. Hablaba un día con Mariana el P. Enebra, y ésta le dijo que en su última enfermedad no tendría necesidad ni de médicos, ni de medicinas. Con esto entendió el Padre que había de tener muerte repentina y como conocía la virtud de Mariana, por ser su confesor, dió entero crédito a sus palabras y procuró desde aquel momento vivir de tal suerte en cada instante, como si el siguiente fuera el último de su vida. Se ocupaba en continuos actos de virtud y de amor de Dios, traía continuamente al pecho el crucifijo de sus votos, con la indulgencia plenaria, para estar siempre prevenido.

Cayó en una ocasión gravemente enfermo; todos se asustaron por el peligro y riesgo que parecía inminente; el médico del Colegio D. Martín de la Peña mando que le diesen los últimos sacramentos, mas él no hizo caso alguno del aviso y aun más, hacía burla del médico. Le preguntaron la causa de este proceder suyo, pues no había que hacerse ilusión, atendida la gravedad del mal y sus muchos años. Él para tranquilizar a todos, relirió la profecía de Mariana, de que en su última enfermedad no había de necesitar ni de médicos, ni de remedios. En efecto convalació pronto, pero a los pocos meses después, habiendo hecho una visita al Santísimo Sacramento como acostumbraba, al ir de su aposento al refectorio para comer con la Comunidad, cayó sin sentido en la última grada de una escalera, le administraron a toda prisa la Extrema Unción con mucha duda de si no era ya cadáver. Sobre el pecho se le encontró el crucifijo, y en su cuerpo varios cilicios, con tener la edad de ochenta años. Un testigo ocular describe el caso de este modo: «En varias ocasiones el P. Juan de Enebra manifestándole a este testigo el santo Cristo de indulgencias que llevaba le dijo: «¿Sabe, Padre, porque cargo este santo Cristo? porque su tía Mariana de Jesús me profetizó que no había de morir en mi cama ni asistido de enfermeros». Y así se disponía todos los días para morir, lo que después de muchos años vió cumplido, este testigo (el P. Miguel de Salazar sobrino en tercer grado de Mariana de Jesús), porque habiendo asistido el P. Juan de Enebra en la santa Iglesia Catedral a la fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora y restituidose sano y bueno al Colegio de la Compañía de Jesús al bajar

una escalera para ir al refectorio murió repentinamente en manos del P. Venegas de cuyo suceso fue el declarante testigo ocular. (1)

Cayó en cama con la última enfermedad, María de Miranda hermana de Petronila de San Bruno, muy amiga y de Mariana, cuyas virtudes procuraba imitar.

Cinco meses llevaba ya de cama, cuando ansiosa de dar alguna tregua a sus continuados dolores, con las oraciones y visitas de Mariana, le mandó suplicar por medio de Petronila, que la encomendase a Dios, pidiéndole la salud y que la viniese a visitar, porque era grande el deseo que tenía de hablar un rato con ella, de lo que esperaba gran consuelo.

Mariana acudió a la oración por su amiga, e ilustrada por Dios, conoció el admirable provecho que sacarla la enferma con privarse del gusto de su visita. Con esto le respondió «que no desease el verla y que ofreciese a Dios esta mortificación, porque le era bien; que no buscarse gusto ni alivio alguno en esta vida; y que se preparase para la partida: que pronto se verían ambas en el cielo». (2) Para consuelo de la enferma hizo un ramillete de claveles, de gran hermosura y fragancia, y se lo mandó diciéndole que se recrease con la vista y suave perfume de esas flores. Del modo que Mariana había dicho, así se cumplió: María de Miranda murió a los dos o tres días y Mariana la siguió a la gloria al cabo de un año.

A otra amiga suya íntima, Juana de Peralta, que se encontraba enferma con fiebre tifoidea, le profetizó la salud y muchos años de vida. Fue a visitarla Mariana, que cuando se trataba de una obra de caridad dejaba al punto su anuido retiro, y la halló casi sin fuerzas, muy fatigada, y sobre todo muy «congojada con la idea de que se moría sin remedio. Le cogió la mano con mucho cariño, diciéndole palabras de consuelo; y para tranquilizarla del todo añadió: «No te aflijas que no te has de morir de ésta, sino que has de durar por muchos años: ¿piensas que me has de llevar antelación en el tiempo de ver a Dios? Pues sepas que primero he demorir yo». (3) Aunque proferidas con tanta aseveración estas palabras, no fueron suficientes para sosegar a D^a Juana; y además la enfermedad siguió su curso. Estaba para espirar y la ayudaban a bien morir dos PP. de la Compañía de Jesús, los PP. Luis Vázquez y Alonso de Rojas. La hermana de Juana, llamada Catalina de Peralta atravesada de pena y dolor, habiendo agotado ya todos los medios humanos para aliviar a la moribunda, se fue a la iglesia de la Compañía para encomendarla a Dios, y pedir a Mariana que hiciera lo mismo, avisándola que la enferma estaba para expirar de un momento a otro.

1) Procesos año de 1747, fol. 121.

2) Procesos pág. 74.

3) Procesos, página 132.

Se enterneció Mariana no por el peligro de su amiga, sino por las lágrimas de D^a Catalina, y prometió hacer lo que le pedían, encomendarla a Dios muy de veras; asegurándole entre tanto que Juana no moriría de aquella enfermedad. Replicó Catalina que estaba sin habla y completamente desahuciada de los médicos. Pusieron en oración ambas amigas y pasado un cuarto de hora Mariana le dijo... «Bien puedes Catalina, volver segura a casa porque tu hermana no ha de morir de este achaque». ¿De dónde lo sabes Mariana? preguntó ésta; «La Virgen del Pilar que está sobre el Sagrario del altar mayor me ha mandado y dado en aguiñado la vida de Juana». (1) Algo sorprendieron a Catalina estas palabras de Mariana, pero no las puso en duda. Corrió sin demora a su casa, encontró todo en el mismo estado a su hermana moribunda, y a los demás en aquel alboroto y confusión que se ve en una familia cuando se acerca la muerte de alguno de sus miembros. No se desanimó por esto, puso su confianza en Dios y en la profecía de su sierva. Pero dejemos contar a la misma Catalina el caso tal cual sucedió: «Habiéndose ido a descansar los Padres, porque decían iba despacio, y quedado sola la enferma, esta testigo cerró el pabellón de la cama, y con la gente que había se puso a comer y por instantes iba a ver cómo estaba la enferma; y reparó que tenía los ojos en su ser; con que se persuadió que empezaba a cumplirse lo que Mariana tenía dicho, y más cuando vió que dentro de breve rato, abrió la misma enferma con sus manos el pabellón de la cama y pidió con aliento de comer, de lo que quedaron admirados esta testigo y los demás que se hallaron presentes, y por no tener ninguna cosa hecha para la enferma, juzgando no comería más, la hubo de dar lo que estaban comiendo todos, de que comió; y desde esta ocasión fue mejorando de suerte que muy en breve se levantó, y viniendo este mismo día los médicos a ver si era ya muerta la enferma, y hallándola con tan repentina y extraordinaria mejoría se admiraron y en especial el Licenciado Juan de Velasco, que dijo con admiración: «Señoras qué es esto? ¿por dónde ha venido esta mejoría? Esto es un prodigio grande; con que esta testigo se persuadió que salud tan repentina y vida tan milagrosa no podía ser otra cosa que efecto de las oraciones de la sierva de Dios; y viendo cumplido su dicho que no había de morir la enferma, dió muchas gracias a Dios Nuestro Señor; y para que las diese también la enferma, le refirió el caso y juntamente a D^a Jerónima de Peralta su otra hermana para que conociese la eficacia de las oraciones de Mariana de Jesús». [2]

1) Procesos pág. 132. Esta estatua de N^a Sra. del Pilar que, según aquí se refiere, habló Mariana se conservó por mucho tiempo, hasta que estos últimos años en que ya no era decoroso exponerla al culto público fue respetuosamente inutilizada con otras que se hallaban en el mismo estado.

2) Procesos págs. 132, 133.

CAPITULO III

Profecías y revelaciones de Mariana de Jesús acerca de sus deudos

SUMARIO: ANUNCIA QUE SU HERMANO NO HA PERECIDO EN EL CUZCO.—SU SOBRINO COSME DE SALAZAR.—SU SOBRINA CATALINA DE LOS ANGELES.—ANA RUÍZ DE ALVARADO.—SU HERMANO FR. JERÓNIMO.—SU SOBRINA MARÍA DE CASO.

Siempre fue grande el amor y cariño que Mariana tuvo a sus deudos, aunque estaba perfectamente libre de todo afecto desordenado a la carne y sangre. Cada día sin falta encomendaba a Dios a todos los suyos, y esta oración de Mariana fue para aquella familia causa de copiosas bendiciones celestiales.

Entre las cosas secretas que Dios descubrió a su sierva, una muy notable y de gran consuelo para todos, fue el tener noticia cierta de un hermano suyo que estaba en el Cuzco. Por los años de 1640 la ciudad del Cuzco fue casi destruida por un espantoso terremoto. Se esparció pronto la noticia del desastre en todo el Reino del Perú, llegó a Quito muy exagerada; pues se decía que ni un solo habitante había escapado con vida. Quedó con esto la familia de Mariana en la mayor aflicción, por no tener ninguna noticia de su pariente, temiendo con bastante fundamento que había sido sepultado bajo las ruinas de la ciudad. Acudieron a su ordinario refugio en estos casos, a Mariana, pidiéndole que alcanzase el remedio para todo de la misericordia de Dios Nuestro Señor.

Púsose en oración y por largo rato suplicó a su divina Majestad que consolase a su familia. Salió de su aposento muy contenta y alegre, y reuniendo a todos los parientes que tenía allí presentes, les participó con la mayor aseveración posible, que aquel hermano suyo, había escapado sano y salvo de la catástrofe, y que pronto llegarían de él muy buenas noticias. Se consolaron mucho con esto, porque sabían que Dios hablaba por su boca. Unas semanas después las cartas del ausente vinieron a comprobar que Mariana había dicho en todo la verdad, hasta que él en persona pudo venir a consolar a su atribulada familia. (1)

Dios, que guía a todos por medios suaves, al último fin de la eterna bienaventuranza, prepara también a cada cual el estado en que le ha de servir, para poderse salvar con mayor facilidad, y se lo da a conocer en el tiempo oportuno. En la familia de Mariana se valió especialmente de ella para este fin; dírase que para la sierva de Dios el porvenir de los miembros de la familia no tenía

1) Procesos Apostólicos, fol. 142.

secreto alguno, sino que todo estaba patente a sus ojos. Cuando sus dos sobrinas Sebastiana y Juana, siendo niñas todavía, quisieron hacer a imitación suya el voto de perpetua castidad, lo permitió a Sebastiana, pero no a Juana, asegurando a ésta, que Dios la quería para modelo de madres de familia, y pasó hasta hacerle una detallada descripción de las bellas prendas y cualidades del esposo que Dios le tenía reservado, siendo así que ni Juana le conocía, ni él por ser todavía niño pensaba en casos semejantes.

Si esta profecía de Mariana tuvo influjo en la recta elección de estado de vida que hizo D^a Juana, no fue menor el influjo que ejerció otra profecía sobre el ánimo de los hijos de esta noble señora.

Tenía Juana un hijo llamado Cosme, del nombre de su abuelo. Era el chico de carácter tan travieso e indomable, aunque sin malicia, que no había quien pudiese sujetarlo; tenía alborotada la casa entera y causaba grandes pesadumbres y molestias a sus padres, sin que para nada aprovecharan los castigos que no escaseaban. Una vez se escapó de la casa paterna y permaneció oculto por tres días, sin que nadie pudiese saber de él. Cogiéronle por fin; y su padre D. Juan Guerrero de Salazar determinó tomar a su cuenta la seria corrección del muchacho, mandando encerrarle en su cuarto mientras él preparaba la ejecución del castigo. Comprendiendo, perfectamente Cosme lo que le esperaba, logró escaparse y se acogió como a sagrado a la habitación de Mariana. Recibió ella al niño con amor y cariño, enjugó sus lágrimas diciéndole que fuese bueno y obediente; y dejándole allí salió en busca de D. Juan Guerrero que venía ya con el látigo en la mano. Le suplicó que perdonase al niño por esta vez, porque ella saltó garante de su buen comportamiento en lo futuro, y añadió que de allí en adelante no les daría nada que sentir, sino que vivirla sumiso, respetuoso y obediente, como ellos deseaban, hasta su entrada en el noviciado de la Compañía de Jesús. Como lo anunció Mariana, así sucedió; porque Cosme de tan travieso que era, pasó a ser muy quieto y juicioso; entró después de algunos años en la Compañía de Jesús donde vivió y murió, tenido por religioso de grande virtud y santidad. (1)

También de la hermana de Cosme predijo Mariana que había de abrazar el estado religioso, y que llegaría a una grande santidad. Llamábase Catalina, y tendría la niña como unos seis años, cuando hablando Mariana con una íntima amiga suya, Catalina de Peralta, vino la niña que era sumamente agraciada, a estarle jugando con ellas. La tomó Mariana en sus brazos y al acariciarla dijo a su amiga: «Esta niña no se ha de casar, porque Dios Nuestro Señor la tiene reservada para una gran santidad en el estado religioso». (2)

1) Procesos págs. 17, 36. P. Morán de Botrán, lib IV, cap. 5, pág. 316.

2) Procesos págs. 120, 130.

Muerta ya Mariana, cuando Catalina tenía edad competente para el estado de matrimonio, D. Juan Guerrero de Salazar, su padre, cuya fortuna había venido a menos, determinó casarla con un caballero de la primera nobleza de Quito, rico y acaudalado, y que pedía con grandes instancias la mano de la joven. Celebró el contrato con el pretendiente, y entre ambos dispusieron cuanto era necesario para la boda, sin ocurrírseles siquiera decir a la niña una sola palabra de lo que se trataba. D. Juan no tenía ni la menor duda, de que siendo su hija tan virtuosa, tan obediente y el partido tan ventajoso por todas maneras, pues el joven era modelo de virtud, no se resistiría Catalina en dar de su parte el consentimiento tan anhelado. Un día o dos antes del señalado para la boda, cuando todo estaba preparado, fue D. Juan Guerrero a dar parte a su hija de lo concertado y estipulado; llevando por sus propias manos y presentándole una por una, las riquísimas joyas que para el matrimonio le regalaba su amor paternal y el cariño de su futuro esposo; ofreciéndole también los preciosos y lujosos vestidos de seda y brocado que tenían preparados y arreglados.

Catalina como buena hija, agradeció humildemente a su padre el amor que le mostraba, pero no se dejó fascinar por el mundo y sus atractivos, ni por el porvenir brillante y halagador que de repente se le presentaba. Vefa por un lado cuanta felicidad podía razonablemente prometerse en este mundo; admitir ese matrimonio no era ofensa de Dios, tendría en él toda libertad y facilidad de servirle y salvar su alma; grandes eran además las ventajas que resultaban para la familia porque enterotras, podría aliviar bastante la situación algo precaria entonces, de la fortuna de su padre. Pero Catalina había oído la voz de Dios que la llamaba al estado religioso, y estaba resuelta a seguirla; por ninguna ventaja de esta vida hubiera querido desoír la vocación del Señor. Por esta causa despreció tan generosidad todo, y dijo resueltamente a su padre, que su voluntad era hacerse religiosa carmelita en el convento que acababa de fundarse en Quito; que le rogaba desistiese de los preparativos para la boda, y que diese más bien todo lo que había allegado para ella, a una hermana suya de menor edad. Quedó D. Juan Guerrero muy confuso y desconcertado con tan inesperada respuesta, sin saber qué hacerse con el compromiso que había contraído ya con un buen número de personas; pero no desconfiando del todo conseguir lo que pretendía, insistió con su hija para que aceptase, aunque siempre con la moderación con que debe proceder un padre buen cristiano, que no busca sus propios intereses sino únicamente el bien de sus hijos. Se valió también de otras personas para que con medios suaves la inclinasen al matrimonio, o probasen y examinasen su vocación al estado religioso. Mas todo resultó inútil; Catalina no desistió de su buen propósito, y cada vez más despreciaba el mundo con todas sus vanidades. Pasadas

algunas semanas D. Juan Guerrero no queriendo oponerse a la voluntad de Dios Nuestro Señor, ni causar pena por más tiempo a su hija muy querida, le dió su licencia y bendición para que entrase en el Carmen; donde tomó el nombre de Catalina de los Angeles y vivió por algún tiempo en la práctica de todas las virtudes. De allí pasó a Cuenca como fundadora del convento de aquella ciudad, y en él murió con fama de grande santidad. De esta manera se cumplió lo que Mariana había profetizado. (1)

Con otra sobrina suya en segundo grado, mostró también Mariana cuántas luces le comunicaba Dios acerca de sus deudos. Se llamaba esta Ana Ruiz, hija de D^a María Flores de Paredes, prima hermana de Mariana. La pretendían al mismo tiempo por esposa, dos jóvenes de las principales familias de Quito; se hallaba ella indecisa sobre la elección que haría porque encontraba en ambos pretendientes las mismas bellas cualidades. Acompañada de su hija Ana, D^a María Flores se fue a visitar a Mariana, para pedirle sus oraciones y su consejo sobre lo que había de hacer, y a quién debía elegir como esposo de su hija, contándole con detención y minuciosidad las buenas dotes y cualidades que distinguían a cada uno de los pretendientes. Oyó Mariana con grande atención, mientras interiormente encomendaba a Dios el acierto en este negocio. Después de haber reflexionado por breves momentos, ilustrada con espíritu profético dijo a D^a María de Paredes: «Ambos sujetos son muy buenos y dignos de tu hija, mas si la casa con el primero de que me has hablado, será un matrimonio feliz en cuanto puede haber felicidad en esta vida, y durará muchos años; pero si optas por el segundo, el matrimonio será bueno, pero tu hija pronto enviudará y tendrá que sufrir muchísimos trabajos después de la muerte de su esposo». (2)

No se sabe porqué razones D^a María de Paredes eligió para su hija a D. Lorenzo de los Cobos, el segundo de los pretendientes, pero todo pasó como Mariana lo había pronosticado; pues la misma Ana Ruiz lo declara en los Procesos con estas palabras: «..... así ha sucedido porque el primero propuesto vive hasta hoy, y el dicho su marido vivió poco y con su muerte ha pasado muchos trabajos....» [3]

La profecía más sorprendente y de más enseñanzas fue la que hizo a su propio hermano, Fr. Jerónimo de Paredes de la Orden de San Francisco, según lo refiere el R. P. Fr. Francisco de Peralta de la misma sagrada Orden. Estaba Fr. Jerónimo conversando familiarmente con su santa hermana; la conversación versaba sobre los ministerios apostólicos emprendidos en favor de las almas. En el decurso de ella Mariana le dijo: «No quiera Dios,

1) Procesos págs. 120, 130.

2) Procesos págs. 72, 92.

3) Procesos pág. 71.

hermano mío, que yo te vea morir doctrinero (o cura párroco de indios) porque si mueres en esta ocupación te has de condenar, pero yo te ofrezco de parte de Nuestro Señor la seguridad de tu salvación, haciendo que no seas doctrinero cuando mueras». (1)

Sucedió que cerca del fin de su vida, olvidado Fr. Jerónimo de la terrible profecía de su hermana, pretendió una doctrina o curato de indios, con entera certeza de alcanzarlo; porque tenía muy en su favor a los que lo podían conferir; y él por otra parte era muy a propósito para semejante cargo. Por más empeños que hizo y contra toda previsión humana, nada pudo conseguir; la doctrina fue dada a otro, y sus Superiores le impusieron a él la obediencia de acompañar como coadjutor a Fr. Francisco de Peralta a la que era entonces, doctrina de Tocachi, a unas diez leguas de Quito, donde este religioso iba de cura propio.

Allí cayó enfermo Fr. Jerónimo a los pocos días de llegar; pronto se agravó el mal y tuvieron que traerle a su convento de Quito, donde murió el diez y ocho de marzo, con todas las señales que se podían desear de su eterna predestinación; porque era excelente religioso, de conducta muy ejemplar, y además porque Mariana le había prometido alcanzarle la salvación por sus oraciones.

El diez y nueve, día de San José, cuando todavía se ignoraba en Tocachi la muerte de Fr. Jerónimo, los indios se fueron muy alborotados a su párroco, Fr. Francisco de Peralta diciéndole que habían visto a Fr. Jerónimo en la iglesia celebrando la Santa Misa con casulla blanca. (2) El párroco por entonces no hizo ningún caso, pensando que era alguna imaginación de los feligreses; más los indios volvieron a tener la misma visión el Jueves Santo de aquel año. Como estos no tenían ningún motivo para mentir en este caso, es bastante probable que lo ocurrido fue verdadero, de lo cual quizá se puede deducir que Fr. Jerónimo estaba ya en el cielo o en camino de salvación.

Ni aun en el trance de la muerte pudo Mariana olvidarse de los suyos, y dejar de hacerles cuanto bien era posible, así espiritual como temporal. Había contraído matrimonio D^a María de Caso, hija legítima de D. Cosme de Caso y de Jerónima Flores de Paredes, sobrina y compañera en la niñez de Mariana de Jesús, con un caballero de la villa de San Miguel de Ibarra el cual murió al poco tiempo, desempeñando el cargo de Depositario general de aquella ciudad. Quedó D^a María sola, sin consuelo, con muchas deudas, hipotecados casi todos sus bienes, llena de cuidados y angustias, no siendo la menor para ella, el verse joven y en tierra lejana, sin el amparo y protección de su familia. En medio de estos aprietos escribió una carta a su santa tía, pidiéndole que con sus oracio-

1) P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. 5, pág. 322.— Véase además sobre este hecho la Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 13, pág. 200.

2) Procesos Apostólicos, fol. 141.

nes le alcanzase algún alivio de Dios Nuestro Señor en tan terribles conflictos. Se llenó de compasión Mariana al saber tantos trabajos; y al considerar los graves peligros de la joven viuda; acudió con todo el fervor de su corazón a Dios Nuestro Señor para que su divina Majestad lo remediase todo. Contestó a la carta de María, diciéndole que no se desconsolase ni tuviese la menor pena, porque dentro de poco se volvería a casar con un hombre muy de bien, de grande actividad y habilidad en los negocios; el cual muy pronto pagaría sus deudas, desempeñaría sus haciendas, y la sacaría de todos sus apuros.

Escrita esta carta cayó enferma Mariana de la enfermedad que la llevó al sepulcro. Cuando la iban a dar el santo viático, por invitación del mayordomo de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, acompañaba con una cera en la mano al Santísimo Sacramento un caballero, el Capitán D. Alonso Sánchez de Espinosa y Luna Regidor perpetuo de la ciudad de Quito. Llegó éste hasta cerca del lecho donde yacía Mariana, la cual fijó en él la mirada con singular atención, como quien le quería significar alguna cosa. El buen caballero que no andaba tan bien en sus cuentas con Dios, con la noticia que tenía de la santidad de Mariana, se llenó de susto, y juzgó que con aquella mirada tan penetrante y escudriñadora le estaba leyendo el fondo del corazón, y le quería reprender de sus pecados; pero la moribunda no pretendía otra cosa sino hacerle comprender, según que lo permitían las circunstancias, que él era el esposo por Dios reservado a su sobrina María de Caso.

Murió la sierva de Dios, y don Alonso trataba de volverse a España, su patria, disgustado de todos sus negocios, y poco satisfecho de su permanencia en Quito. Había desechado varios matrimonios para él muy ventajosos, pero el recuerdo de la mirada de Mariana no se apartaba un punto de su memoria; y se preguntaba a sí mismo con frecuencia y con alguna inquietud, ¿qué le habría querido significar la sierva de Dios? pues no podía dudar que le quería dar a entender alguna cosa. Un amigo suyo, por aquellos días en que ya preparaba su viaje, le propuso el matrimonio con D^a María de Caso, sobrina de Mariana. Esto fue como una revelación para él; al punto recordó la mirada que Mariana le había dirigido cuando moribunda, y quedó plenamente convencido, que con ella le quería pronosticar este enlace. Desistió inmediatamente de su proyectado viaje a España y aceptó gustoso la propuesta, por entrar, decía él, en una familia de santos, y por el parentesco que adquiría con Mariana de Jesús. Pronto celebró el matrimonio con D^a María de Caso, y en breve tiempo pagó todas las deudas de su esposa, y vivió con ella en completa paz y

armonía, aunque duró poco este matrimonio; pues D^a María murió dentro de unos cuatro o cinco años. Todo esto lo refiere en los Procesos el mismo D. Alonso Sánchez de Espinosa y Luna. (1)

CAPITULO IV

Profecías de Mariana acerca de los bienes de fortuna de su familia

SUMARIO: SUS DEUDOS NO SERÁN RICOS.—SU CASA HA DE SER CONVENTO.—SE HACE LA FUNDACIÓN.—LLEGAN LAS FUNDADORAS.—SE ESTABLECEN DETRÁS DE LA MERCED.—VUELVEN A LA CASA DE MARIANA.—PORMENORES DE LA PROFECÍA.—CONGREGACIÓN DE LA BUENA MUERTE EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA.

Se refiere en la vida de San Vicente de Paul que habiendo ido a visitar a su familia, al despedirse de sus deudos, que eran muy pobres y a quienes él hubiera podido enriquecer con decir una sola palabra a la reina de Francia, cayeron éstos de rodillas y con lágrimas en los ojos le pidieron su última bendición: «Oh sí, yo os bendigo», repuso el Santo, mas os bendigo como a pobres y humildes, y ruego al Señor que os conceda siempre la gracia de una santa pobreza. No salgáis nunca del estado en que habéis nacido; esta es mi más cara recomendación, que os ruega transmitáis como preciosa herencia a vuestros hijos».

Algo parecido aconteció con Mariana de Jesús y su familia. ¡Cuán diferentes son los juicios de Dios y los pensamientos de los hombres acerca de los bienes de fortuna! Nadie hubiera imaginado que de muy rica viniese a ser pobre, una familia tan santa como la de Mariana, cuya casa era conocida en Quito con el nombre de la «*casa de oración*»; que parecía mas bien un convento muy observante, que una casa de seglares; cuyos moradores comulgaban cada ocho días, en un tiempo en que la comunión frecuente era considerada como una singularidad; a cuya puerta se daba cada día la comida a muchos pobres; y por fin que tuvo la honra y dicha de dar una muy grande santa al cielo y a la Iglesia de Dios. Con todo, así lo dispuso el Señor: aquella familia en pocos años vino muy a menos; tuvo que sufrir muchos reveses de fortuna. D. Cosme de Casu y D. Juan Guerrero de Salazar su yerno, se vieron privados de sus bienes, y aunque inocentes, puestos por algún tiempo en la cárcel por causa de un oficio honroso que D. Cosme había desempeñado en la ciudad.

Sufrieron este trabajo con admirable resignación cristiana, pudiéndose decir de ellos lo que la Sagrada Escritura dice del Santo Tobías: «*Quia acceptus eras Deo necesse fuit ut tentatio probaret*

(1) Procesos, págs. 191, 192.

122. [1] «Porque eras agradable a Dios fue menester que la tribulación te probase».

Quiso Dios que con el ejemplo de esa familia tan grata a su divina Majestad, comprendiésemos que la pobreza no es un castigo y mucho menos un olvido y maldición del Señor, sino una señal de su amor y bondad; y si algo tiene de castigo en aquel que se la ha causado por sus vicios y desórdenes, es siempre un castigo lleno de misericordia, como todos los que Dios nos manda durante esta vida mortal.

Mariana entre tanto no cesaba de exhortarlos a la paciencia y al amor de la pobreza, recordándoles las palabras de Cristo Nuestro Señor, en el Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (2); y también aquellas otras «Desventurados vosotros los ricos, que tenéis vuestro consuelo en este mundo». (3) Pero no le pareció haber hecho bastante para el bien de sus deudos, con exhortarlos a la paciencia en los reveses de fortuna que les habían sobrevenido; sabía que la pobreza es un gran tesoro, una de las mayores gracias que Dios puede conceder a una familia, y así pidió encarecidamente a Dios la pobreza para la suya. Segura que Dios le había concedido el favor solicitado, se lo hizo saber diciéndoles con espíritu profético, que todos los de su linaje habían de ser pobres y tener muchos trabajos en esta vida.

Así lo atestigua D^a Ana Ruiz de Alvarado, su sobrina, con estas palabras: «Aconsejaba la virtud a los que comunicaba, a que siempre se enderezaban sus pláticas, y en especial a la conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y necesidades, diciéndoles que la pobreza la amaba su divina Majestad, y los que la tenían eran de su parte; y con más singularidad lo decía a sus parientes, diciéndoles que todos los de su linaje habían de ser pobres, y no habían de tener descanso en esta vida como se ha experimentado. . . . » (4) Y añade el P. Jacinto Morán de Butrón, que escribía la vida de Mariana de Jesús por los años de 1696, acerca de su profecía y de los parientes de Mariana: «Al presente lo hemos visto, pues aunque no son pobres que pidan limosna, sí lo son atendiendo a sus obligaciones y a sus familias; y rico ninguno de ellos se sabe que lo sea. . . » (5) Y más tarde en las declaraciones ulteriores para la causa de Beatificación se vuelve a leer lo mismo. En 15 de diciembre de 1746, el Presidente de la Real Audiencia, D. Fernando Sánchez de Orellana decía en su declaración: «Pidió a su divina Majestad que fuesen pobres todos sus deudos y parece haberlo conseguido, pues los más lo son». (6) Y en

1) Tobías XII, 13.

2) S. Mateo V. 3.

3) San Lucas VI, 24.

4) Procesos página 93.

5) P. Morán de Butrón lib. IV, cap. 6 pág. 326.

6) Procesos, Apostólicos fol. 81, 95.

3 de Noviembre de 1747 el P. José Mariano Saldaña S. J. dice: «Profetizó que sus parientes habían de ser pobres, lo que se ve hasta hoy verificado; y le consta a este testigo que un pariente inmediato de la sierva de Dios, llamado D. Manuel de Salazar que casó con una hermana de este testigo, aunque los parientes de dicha su hermana procuraban adelantarle y ayudarle, nunca pudo salir de una mediana pasadía lo que también se ve verificado con algunos otros parientes de la sierva de Dios que hasta hoy viven». (1)

Este caso puede muy bien servir de consuelo a muchos cristianos, a quienes Dios no ha dado los bienes de fortuna; Jesús escogió la pobreza para su propia familia pudiendo tener todos los tesoros del mundo, y Mariana que conocía muy bien que Dios le otorgaba cuanto pedía, en vez de pedir las riquezas y honores para la suya, pidió más bien la pobreza y los trabajos, porque siempre será verdad el dicho del Señor, por más que el mundo piense lo contrario: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos».

Mariana de Jesús hizo otra profecía singular y admirable, que muestra bien que la animaba el espíritu del Señor; anunciando la fundación de un Convento de Santa Teresa en su propia casa. Esta profecía fue de las más notorias y celebradas en Quito, por las contradicciones que hubo, y valió a Mariana de Jesús grande estima, veneración y fama de santidad entre sus conciudadanos. Los testigos que deponen el caso con juramento son en gran número, y entre ellos su mismo Confesor el P. Antonio Manosalvas. Sucedió de esta manera: (2)

Veinte años antes que se fundase el primer monasterio del Carmen en Quito, le comunicó Dios Nuestro Señor tan a las claras los secretos de su Providencia acerca de la fundación, y aun de la fábrica material del Convento, que rebosando de placer dijo a su confesor el P. Manosalvas «que el cuarto donde ella vivía había de ser algún día habitación de las Esposas de Jesucristo» [3] Hablando en varias ocasiones a los de su familia, les dijo con toda aseveración que la casa donde residían, había de ser convento de religiosas carmelitas descalzas; por lo cual les pedía, especialmente a Juan Guerrero de Salazar, en cuya posesión recaería la casa, que jamás tratasen de venderla, ni enajenarla, ni hipotecarla, sino que la guardase como una alhaja preciosa en la cual Dios quería manifestar sus misericordias. (4)

1) Procesos fol. 8r. 372; Procesos Apostólicos 392.

2) P. Antonio Manosalvas, ---Procesos página 359.

3) Procesos pág. 359.

4) En los Procesos Apostólicos, fol. 4, se dice que Mariana dejó ordeando a su criado Cosme de Caso «de que en manera alguna se interesase en percibir cantidad alguna de dinero, sino que graciosamente se donasen las casas para la fundación del monasterio del Carmen.

A su amiga íntima Petronila, le contó la profecía varias veces, y solía añadir con encendidos afectos de su corazón: «.....¡Oh quién tuviera la dicha de ser esclava de estas vírgenes del Señor! ¡Quién mereciera ser escogida para Esposa del Gran Rey de cielos y tierra! Si llegase yo a vivir en ese tiempo, fuera la primera que procurara lograr la dicha de entrar, que lo es y grande el ser Hija de mi amada y venerada Madre, Santa Teresa de Jesús». (1)

Esta profecía de Mariana excitaba mucho la curiosidad de todos los de la casa y le preguntaban menudos detalles y particularidades que daba con mucha precisión. Así sucedió un día con María de Paredes, la india Catalina, fidelísima criada de Mariana, y una mujer española llamada María Arias, las cuales todas sobrevivieron a la sierva de Dios, y declararon contestes en los Procesos lo que habían oído de la propia boca de Mariana. Volvía ésta de comulgar y llena de júbilo y de consuelo al entrar en la casa, de que a la sazón estaban ausentes sus deudos, mandó cerrar la puerta de la calle y en presencia de estas tres personas referidas exclamó: «... ¡Cuán a propósito es esta casa para convento de Carmelitas! Pues sepan que aquí se ha de fundar uno con el tiempo. Vengan conmigo y les mostraré la traza y disposición que ha de haber en él». (2)

Según que iban recorriendo la casa; les decía lo que había de haber en cada habitación cuando allí estuviesen las religiosas. Les mostró el futuro puesto de la portería, del torno; del refectorio, de la cocina; les aseguró que la iglesia había de estar en el lado que daba a la calle y que el coro estaría precisamente en la habitación donde ella vivía. «Mariana de Jesús, dice María de Paredes, de vuelta de la Compañía mandó cerrar las puertas de la calle y en presencia de esta testigo.... y otras personas.....dijo que aquella casa había de venir a ser monasterio de monjas descalzas, y que era muy acomodada para el efecto, y la trazó señalando dónde había de ser el torno, dónde la puerta, dónde el locutorio, y conforme lo dijo la sierva de Dios.....así lo ha visto cumplido esta testigo; pues la casa es hoy convento de Carmelitas descalzas, y las oficinas están en las partes que señaló Mariana de Jesús..... Y también le oyó decir en esta misma ocasión que si ella viviera había de ser la primera que entrase.....» (3)

Todo esto pasaba cuando nadie pensaba en fundar un convento de Carmelitas, no sólo donde decía Mariana, pero ni tampoco en otra parte alguna de la ciudad; y es mucho de admirar el orden de los acontecimientos con qué dispuso el Señor que se cumpliera hasta en sus menudencias la profecía de Mariana. Murió esta, y pasados algunos años fue nombrado Obispo de Quito D. Agustín

1) Procesos página 359.

2) Procesos página 214. Procesos Apostólicos fol. 240.

3) Procesos página 214

Ugarte y Saravia, prelado de grandes prendas, (1) quien para incremento de la piedad y para el bien espiritual de la ciudad, determinó la fundación de un convento de Carmelitas, y la obtuvo por Real cédula de Felipe IV de dos de abril de 1651.

Sorprendido por la muerte el mismo año, no pudo efectuar lo que tenía proyectado, pero encargó eficazmente a su albacea D^a María de Saravia su prima, y al señor Deán de la Catedral D. Alvaro de Cevallos, que prosiguiesen la obra comenzada, y lo dispusiesen todo para recibir, cual convenía, a las religiosas Carmelitas que de Lima habían de venir para dar principio a la fundación. Según parece con alguna intención de hacer que saliese falsa la profecía de Mariana, se habilitó a costa de gruesas sumas, un monasterio para las monjas, con celdas, oficinas y todo lo necesario, en un sitio que cae detrás del monasterio de la Merced, a distancia como de unas seis cuadras de las casas en que moraba Mariana. Estando ya casi acabados estos preparativos, D. Martín de Arriola (2) caballero del orden de Alcántara, Presidente de la Real Audiencia de Quito, era uno de los que más activaban la fundación en aquel sitio. La profecía de Mariana quedaría entonces mal parada, pues a todos parecía imposible, humanamente hablando que se verificase la fundación donde ella había profetizado. Haciendo alusión a ella el Presidente solía decir por gracejo, o por el fin que se le quiera suponer: «Veamos como se verificará la profecía de la criollita». (3) El por cierto no le vio; pues le sobrevino la muerte aquel mismo año de 1652.

El año siguiente de 1653 salieron de Lima para la fundación de Quito, la Madre María de San Agustín, sobrina del Ilmo. Señor Ugarte y Saravia con dos compañeras, las Madres Bernardina María de Jesús y Paula de Jesús María. El señor Arcediano las fue a esperar hasta Latacunga, y el Capitán Alonso Sánchez de Espinosa y Luna, sobrino político de Mariana de Jesús las hospedó en su casa, y las alojó en las piezas que Mariana había ocupado; no para quedarse allí, pues el convento ya estaba preparado detrás de la Merced, sino sólo por unos días, hasta disponer los últimos arreglos necesarios. Eso conforme a los planes de los hombres, más en los designios de Dios fue tanto como tomar las religiosas posesión de lo que era suyo. El día 4 de febrero de 1653 fue el destinado, para que pasasen las monjas a su convento; pero la Madre María de San Agustín, dijo al Capitán Alonso Sánchez al despedirse. «Que esperaba de la Divina Majestad, volver pronto del convento a donde la llevaban, a la casa donde habían sido hospedadas; y que allí había de establecerse definitivamente el monasterio del modo que lo había profetizado Mariana de Jesús». (4)

1) Sobre este prelado véase: *Historia General del Ecuador*, lib. III, cap. 14, pág. 229.

2) Véase *Historia General del Ecuador*, lib. III, cap. 4, pág. 225 y siguientes.

3) *Historia General del Ecuador*, lib. III, cap. 14, págs. 239, 241 y siguientes.

4) *Procesos* pág. 193.

En efecto, al año poco más o menos de estar en aquel primer convento, por las incomodidades del sitio, que entre otras, era tan húmedo, que por todas partes manaba agua, mandó el Virrey del Perú, D. Luis Enrique de Guzmán Conde de Alba de Liste, oír el parecer del Ilmo. Sr. Arzobispo de Lima, que se trasladasen de nuevo las Carmelitas a la casa del Capitán Alonso Sánchez de Espinosa y Luna, que no era otra que la casa que había ocupado Mariana de Jesús, y en la cual vivía actualmente el Capitán D. Alonso, por estar ausente el dueño legítimo D. Juan Guerrero de Salazar. (1)

Luego que llegó a Quito la orden del Virrey, tomó a su cargo el mismo Capitán Alonso, previo el consentimiento de D. Juan Guerrero, el disponer todo lo necesario para que la casa fuese convertida en convento, sirviendo él mismo de administradora las religiosas, las cuales por febrero de 1654 ya habían tomado posesión de su nueva y definitiva casa. (2)

Aquel mismo año de 1653 se mandaron abrir los cimientos para el nuevo edificio que se había de levantar; colocó la primera piedra el Sr. D. Cristóbal Bernaldo de Quitos, Arcediano entonces de la Santa Iglesia Catedral de Quito, Provisor y Vicario General del Obispado, y después Obispo de Chiapas y de Popayán. Le acompañaba en este acto el Oidor D. Juan de Morales Arámburo que como más antiguo presidía la Real Audiencia, por muerte del Presidente Juan Martín de Arriola. (3) Así estos señores como los demás del clero y del pueblo que asistían a la ceremonia, quedaron profundamente impresionados y admirados, al ver las trazas maravillosas de Dios para que la profecía de su sierva no se frustrase, y empezaron a publicar más altamente su grande santidad. (4)

1) «El 24 de este mes (Julio de 1653) el Corregidor D. Gonzalo Rodríguez de Montroy, expuso al Cabildo: «que habiendo venido a esta ciudad tres religiosas carmelitas, del instituto de Santa Teresa, para la fundación de un monasterio, en virtud de la real licencia y de la dotación que les hizo el Ilmo. D. Agustín de Ugarte Saravia, Obispo que fué de esta ciudad, y que llegaron en febrero del presente año, se aposentaron en la clausura que se les había dispuesto, detrás del convento de la Merced, en las casas que fueron del Dr. Juan de Linares Encinas presbítero, de Elvira Venegas y otros, donde están ahora; y que tanto las religiosas que vinieron de Lima como las que habían entrado de novicias, sufrían grave daño por el sitio muy húmedo, a las vertientes de los cerros *Guanacauri* y *Pichíncha*, cuyas aguas penetraban en aquel sitio y casas, de manera que según la tradición formaban allí antiguamente una laguna y ciénaga». En esta virtud, propuso que se debían trasladar al sitio y casas que están junto al hospital real, y que se las habían donado por escritura pública Juan Guerrero de Salazar y D^a María Cabrera. Se acordó que se dirija una petición a D. Juan Morales Arámburo que, por ser oidor más antiguo, se hallaba encargado del gobierno, para que a la mayor brevedad se trasladasen las monjas a las casas que se les habían donado.»—Sr. Dr. D. Pablo Herrera, Apuntes para la Historia de Quito, pág. 89. Procesos pág. 194.

2) Procesos pág. 195.

3) Véase: Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 14.

4) Procesos, pág. 344.

Con esto quedó verificado lo principal del vaticinio, que de su casa se haría un convento de Monjas Carmelitas; pero quedaba por cumplirse lo accesorio, sobre el sitio que habían de ocupar las diferentes piezas del convento. En el nuevo plan todo había sido trastornado, y la colocación era muy diferente de lo que había señalado Mariana; la iglesia caía a la plazuela del Convento de Santa Clara, el coro no era el cuarto de Mariana, para el torno y la portería habían designado un sitio inadecuado. Pero como al fin y al cabo, se había de cumplir la profecía de Mariana al pie de la letra, resultó que el nuevo edificio tenía muchos defectos y deficiencias; la iglesia estaba mal construida y muy incómoda, las otras partes de la casa sin orden ni concierto, de suerte que a los cinco o seis años, hubo que pensarse en reformarlo todo. El Hermano Marcos Guerra, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, hábil arquitecto, dió el nuevo plano, fabricó una nueva iglesia, que es la que ahora existe, precisamente en el lugar que Mariana había señalado. Y como del sitio de la iglesia depende mucho el lugar que han de ocupar las demás piezas de un monasterio, fue necesario hacer mudanza en lo ya establecido, viniendo a caer finalmente la portería, el torno, la cocina, el rectorio, en el sitio preciso que había profetizado Mariana. Su cuarto quedó convertido en capilla de Nuestra Señora del Carmen, que es el coro alto de las religiosas, disponiendo la divina Providencia que aquel lugar que ella había santificado con sus virtudes y penitencias, lo fuese continuamente por la virtud y santidad de las religiosas sus fieles imitadoras. (1)

Muchos fueron los testigos de esta predicción de Mariana, muchas veces repetida, y muchísimos aquellos que a los nueve años de su muerte la vieron plenamente verificada, a pesar de todas las contradicciones que había sufrido; con lo cual Dios manifestó la gloria de su sierva.

Cuando el edificio quedó del todo y definitivamente arreglado, las religiosas eran en número de veintiuna. [2] En aquella primera comunidad formada con religiosas de grande santidad, se encontraban dos sobrinas de Mariana de Jesús, las Madres, Andrea de la Santísima Trinidad y Catalina de los Angeles.

Y desde entonces, escribe un docto Prelado de la Iglesia Ecuatoriana: «no han faltado dignas sucesoras suyas; y el Carmen de San José de Quito ha sido siempre objeto de edificación para toda la República que en él mira el legado sagrado y la prenda viva de su excelsa Patrona, su gloria más pura y su baluarte más poderoso, a la que el Ecuador católico espera venerar presto con el nombre de Santa Mariana de Jesús». (3)

1) P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. 8, pág. 340.

2) Véase Apéndice I, N.º 69; Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 14, página 243.

3) Ilmo Sr. Dr. Manuel María Pólit—La familia de Santa Teresa en América, cap. 10, pág. 306.

Para poner remate a este asunto de las profecías de Mariana de Jesús, resta decir algo de otra muy insigne, que fue como el origen de la muy floreciente Congregación de la Buena Muerte, establecida en la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito.

El R. P. Fr. Juan Martínez Zarcos, que primero fue profeso de la Compañía de Jesús, y después pasó a la Orden de San Agustín, dice en su declaración jurada sobre las virtudes de Mariana, que siendo él todavía jesuita, y teniendo a su cargo la congregación de los morenos, con el título de San Salvador, había en un nicho del altar de su congregación, que es ahora el altar de la Buena Muerte, una imagen de Nuestro Señor, llamada el Santo Cristo del Consuelo, pero que en el tiempo a que se refiere, estaba aquella Santa Imagen con bastante desaliño. Mariana de Jesús que miraba las cosas de la Compañía, como si fuesen suyas, y que no podía tolerar hubiese deficiencia alguna en lo que tocaba al culto divino, celosa del honor de Nuestro Señor Jesucristo, se llegó al P. Martínez Zarcos y le dijo con grande sencillez, respeto y humildad «Padre mío bien será que todos los viernes se cante una misa al Santo Cristo del Consuelo en su altar, como se hace todos los sábados a la Virgen de Loreto en el suyo, y que se funde una Congregación para atender a su culto». (1)

Puso el Padre dificultades a este proyecto, tanto por estar él muy recargado de trabajo, con tener la dirección de dos congregaciones, la de San Salvador para morenos y la de la Presentación de Nuestra Señora para indios naturales, cuanto porque temía que sus superiores no consintieran en que se ergiese una nueva congregación, pues le constaba que su deseo y voluntad era de que se trabajase en aumentar y sostener las ya establecidas. Alagó además la pobreza del altar del Santo Cristo, porque los fondos no eran suficientes para los gastos de una misa cantada cada semana. Le replicó Mariana que pudiese las manos a la obra, que todo sería para grande gloria de Dios Nuestro Señor, quien le había escogido para aquel ministerio; que fundase luego una congregación del Santo Cristo, porque aunque serían muchas las persecuciones y contradicciones que había de pasar por este intento, todas finalmente serían vencidas y se aumentaría mucho la devoción. Y para principiar la congregación le dió su nombre, un peso y una libra de cera.

Animado el Padre con la promesa de Mariana, a quien tenía por santa, emprendió la obra con vigor. No escasearon las dificultades y contradicciones; las hubo y muy grandes como en toda obra buena, pero todas fueron felizmente superadas, porque la empresa era de Dios.

1) La Sagrada Efigie que veneró Mariana es el *Eccce Homo* que se halla actualmente en el altar de la Buena Muerte, al lado del Evangelio.

Con tan buenos principios, como el ser Mariana la primera que dió su nombre, prosperó tanto esta congregación que llegó a ser la más floreciente de las establecidas en la iglesia de la Compañía.

«Ha crecido tanto dice el P. Morán de Butrón esta congregación que el altar del Santo Cristo del Consuelo, que ahora se llama de la Buena Muerte, es uno de los santuarios que venera la ciudad con notables demostraciones de devoción. Todos los viernes del año se cantaba una misa con toda magnificencia y aseo; duró esta costumbre de la misa cantada hasta el año de 1686 en que se dispuso por más conforme a los estilos de la Compañía que fuese solamente rezada, cantándose en ese tiempo en el coro devotísimos romances. Consiguiose de la silla Romana un Jubileo plenísimo para el viernes de la Dominica *In Passione* en que se celebra su fiesta con notable concurso de toda la ciudad, número muy grande de comuniones, y devotísima compostura y adornos en el altar; cada mes en un viernes, se hacía una plática fervorosa de la muerte, con reclamos a la Pasión de Nuestro Señor, y al presente se ve tan adelantado el fervor, que las pláticas se hacen cada viernes por la tarde, con media hora de oración mental, descubierto el Pan Sacramentado con conocido provecho de las almas».

«También concedió Su Santidad un jubileo plenario, para los que asistiendo a estas pláticas y visitando la lastimada imagen de Cristo, confesasen y comulgasen las veces en que se hace el ejercicio de la Buena Muerte, que así llaman las pláticas de cada mes, y este es el nombre de la congregación. En fin puedo decir con verdad, ser el Santo Cristo de la Buena Muerte o del Consuelo, que todo es uno, la casa de refugio para los reos de la culpa, el arca de los consuelos, para los afligidos, el piélagó de misericordias para los hombres, llevándose Mariana por único instrumento la gloria de habérsela dado a Dios». (1) También declara con juramento Cristóbal Moreno (2) lo mismo, «de haber sido esta Venerable Virgen la que dió principio a esta congregación y profetizado claramente los aumentos que por notorio se experimentan». (3) En 1747 hablando de la misma profecía decía un testigo.

1) P. Morán de Butrón, *ibid.* pág. 330.

2) Cristóbal Moreno de Ribera, vecino de Quilo, tenía 68 años cuando se iniciaron los Procesos Informatorios, y hubo de tomárselo su declaración en la cama donde yacía enfermo. Refiere de sí mismo que conoció y comunicó mucho a Mariana de Jesús, y que era tan grande el respeto y veneración que le tenía, que cuando le hablaba disimuladamente se ponía de rodillas delante de ella.

En cuanto al culto que se tributa al Santo Cristo de la Buena Muerte dice estas palabras: «No habiendo antiguamente la frecuencia y devoción que hay hoy en la capilla del Santo Cristo del Consuelo en la Iglesia de la Compañía de Jesús, dijo la virva de Dios que en breve tiempo había de ser la dicha capilla un relicario de mucha devoción, como se ha visto y se ve».—Procesos pág. 57.

3) P. Morán de Butrón *lib. IV*, cap. 7, pág. 33.

«Esta se ve al presente verificada por la grande devoción y fruto que se experimenta entre los fieles de esta ciudad, con mucho aumento del culto divino. . . . la congregación es de las más célebres de la ciudad». (1)

Mariana agradecida al P. Juan Martínez Zarcos por su celo y el trabajo que había tomado para formar esta congregación, además de encomendarle a Dios, con que le obtuvo de la divina Majestad el que no abandonase la vida religiosa, que es el mayor de todos los bienes, le anunció los trabajos que le habían de sobrevenir para que a ellos se dispusiese con estas palabras. . . . «Tenga, Padre mío, ánimo y constancia porque ha de padecer grandes trabajos. . . .» Tuvo el Padre estas palabras por profecía y acerca de su cumplimiento juró lo siguiente: «Experimenté la verdad de esta profecía, viendo tan acrecentado el culto de Nuestro Señor en la dicha Congregación, y padeciendo gravísimas contradicciones y persecuciones, con que no cogiéndome de susto los golpes, pude suavizarlos la noticia y forjar de ella la tolerancia». (2)

CAPITULO V

Mariana de Jesús ofrece su vida por su patria: su última enfermedad

SUMARIO: TEMBLORES Y PESTE EN QUITO.—MARIANA SE OFRECE COMO VICTIMA.—CESAN LA PESTE Y LOS TEMBLORES.—SU ÚLTIMA ENFERMEDAD.—CONFESORES QUE LA ASISTEN.—SUS VIRTUDES; SU MORTIFICACIÓN.—DUELO DE LA CIUDAD.—LA VISITA EL PRELADO.—RECIBE EL SANTO VIÁTICO.

En estos tiempos de frío egoísmo, de odios mutuos de unas clases para con otras, de patriotismo bastardo que no pretende sino medrar y enriquecerse a costa de la nación, nada más consolador que presentar a la vista cansada y hastiada con tantos crímenes y villanías, la imagen de una insigné heroína, de una verdadera patriota, que con desinterés sublime supo morir por su patria y por sus paisanos.

A principios del año 1645 empezaron a sentirse frecuentes temblores en todo el Reino de Quito. En Febrero, hubo un muy fuerte terremoto en la provincia de Riobamba. Quedaron asoladas todas las poblaciones de la comarca. En la villa capital cayeron a plomo casi todos sus bellos edificios, y quedó sepultada bajo las ruinas una gran parte de sus moradores.

1) Procesos, Apostólicos fol. 395.

2) Procesos pág 279.

En Quito, los temblores aunque siempre muy frecuentes, habían aumentado aquel año en frecuencia e intensidad. Con la noticia de la destrucción de Riobamba, toda la ciudad estaba llena de sobresaltos, con fundados temores de que les podía pasar lo mismo. Se acrecentó el conflicto con una peste de alfombrilla y garrotillo, que se desarrolló rápidamente en la ciudad. Los estragos fueron horribos; en pocas semanas habían muerto más de diez mil indios y unos dos mil españoles. En el Colegio de la Compañía, de noventa estudiantes que vivían en él, sólo tres escaparon al contagio, los demás cayeron gravemente enfermos, y murieron no pocos. (1)

La ciudad estaba consternada, las iglesias y cementerios llenos de cadáveres; no se veía por todas partes en las calles sino entierros; no se oía otra cosa sino el doblar de las campanas, el quejido de los enfermos, y el llanto de los que habían perdido algún ser querido. Era el tiempo de la Cuaresma y los predicadores exhortaban al pueblo a hacer penitencia para aplacar la ira divina; pues los pecados son la causa por la cual Dios manda los castigos.

Predicaba en la iglesia de la Compañía todos los domingos por la tarde, el insigne orador P. Alonso de Rojas; exponía el libro de Josué ante un concurso muy lucido y numeroso, que acudía atraído por la fama de virtud y talento del predicador. El cuarto domingo de Cuaresma el 26 de marzo de 1645, el Padre trató de paso de la ruina y desastre de Riobamba y exhortó a todos sus oyentes a una sincera penitencia, para alcanzar de la divina Bondad, no sólo el perdón de sus culpas, pero también el que cesase la peste que azotaba la ciudad, y se apartasen los otros castigos que se podían temer. Concluyó el predicador su sermón con una súplica ardiente, en que ofrecía a la divina justicia su propia vida para la salud del pueblo, pidiendo ser castigado él para que fuesen perdonados los demás.

No aceptó el Señor esta oferta aunque muy sincera, porque tenía allí en el templo otra víctima enteramente de su agrado. Esta era Mariana de Jesús. Estaba en su puesto ordinario, al pie de la escalera del púlpito; y enardecida con la plegaria del predicador, llena de amor de Dios y del prójimo, se aprovechó de esta ocasión propicia para testificar el grande amor que tenía a su ciudad natal y a todos sus compatriotas; y sin poder impedirlo dijo con voz alta de manera que la oyeran los que allí estaban. «¡Oh Dios mío yo os ofrezco mi vida por mi pueblo». Calló inmediatamente después de dichas estas pocas palabras, avergonzada de que la hubiesen oído, pero siguió en el interior de su pecho con estos afectos, según que ella después le manifestó a su confesor,

1. P. Morán de Entrén lib. V, cap. 1, pág. 368; Procesos páginas 33; Historia General del Ecuador, lib. III, cap. 13, pág. 206; D. Pablo Herrera. Apuntes para la Historia de Quito, pág. 97 y siguientes.

que era el mismo predicador, el P. Alonso de Rojas. «Mi confesor, es necesario para la conversión de algunas almas, para la dirección de otras, para la enseñanza de la juventud; mi Madre la Compañía de Jesús, tiene necesidad de él. Mi vida está por demás en la ciudad. Amo a mis prójimos como Cristo los amó, amo a mis paisanos como a Hermanos de Jesucristo. Pues él ofreció su vida por la salvación de sus almas, yo os ofrezco, oh Dios mío, mi vida porque cese en Quito vuestro enojo, y libréis a mis paisanos, hermanos míos muy queridos, del azote que descargáis con la peste, y la ruina que se teme por los temblores. Conozco ser de poco valor la oferta, pues soy criatura vil y despreciable, pero suplan mis ansias esta falta, aceptad mis ruegos, descargad sobre mí vuestra ira; castigadme a mí sola, porque no padezca mi patria, ni sientan vuestra justicia los moradores de esta ciudad». (1)

El P. Alonso de Rojas en la oración fúnebre que hizo de Mariana refiere su ofrecimiento con las siguientes palabras:

«Murió mártir no sólo por amor, ni por el rigor del tormento, sino por el beneficio de su oración; oid como: Predicaba yo en este lugar, aunque indigno ministro del Evangelio, el domingo cuarto de cuaresma, por la tarde, la historia de Josué; y receloso de las calamidades que padecía nuestra República, del que nos dieron aviso las del temblor y ruina de Riobamba, hice un apóstrofe a Dios, suplicándole templase sus enojos, y que se sirviese de mi vida, que yo se la ofrecía por la salud del pueblo, que castigase en mí lo que había de perdonar en la República. No admitió Dios mi oferta, ni oyó mi oración que era tibia, y mi vida de ningún valor; pero sí admitió la misma oferta que en este tiempo le estaba haciendo con su ardentísimo afecto al pie de este púlpito, Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo. Esta fue la causa de su muerte; luego fue mártir, si no a la violencia de los tormentos, sí a la eficacia secreta de su oración; sí a la fuerza de su caridad». (2)

Desde el momento en que Mariana hizo su oferta, no se sintieron más los temblores, y empezó la ciudad a tranquilizarse; cesó también la peste que tantos estragos estaba haciendo, no se presentó ningún caso nuevo, y por la pascua, como aseguraban varios médicos, y entre otros uno llamado Juan de Troya, no había ni un solo caso en la ciudad, ni rastro de la enfermedad; pues todos los atacados habían sanado ya, o estaban convaleciendo y fuera de peligro. (3)

Pero hubo de costar caro a Mariana esta preservación de Quito; pues lo mismo fue salir del templo para retirarse a su casa, concluido el sermón y hecho el irrevocable sacrificio, que verse

1) P. Morán de Butrón lib. V, cap. 1, pág. 371. Procesos pág. 53, 227.

2) P. Alonso de Rojas pág. XXVII.

3) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 1, pág. 372.



asaltada del terrible achaque de que murió, después de dos meses de atroces sufrimientos. (1) Apenas pudo llegar por sí misma hasta su habitación, y tuvo que ir a la cama por no poderse tener de pie.

Empezó la enfermedad a manifestarse con un vehementísimo dolor en todo el cuerpo, que era tal que ella misma decía, que sólo Dios podía saber cuán grandes eran sus sufrimientos; se le recrudecieron extraordinariamente todos sus achaques ordinarios, se le aumentó la hidropesía, el dolor de cabeza y de costado; la calentura era continua y muy subida y excesivos los dolores, de modo que con ser ella tan sufrida y desear con tantas ansias sufrir más y más por Dios, la violencia del mal le arrancaba ayes de dolor, que a todos causaban lástima y gran compasión. [2]

Pronto acudieron los médicos, recetaron varios remedios; pero todo fue inútil; tuvieron que confesar su impotencia contra la enfermedad, y su ignorancia del mal tan extraño que Mariana padecía. Ellos y todos los demás que la asistían, se vieron obligados a decir que no sabían otra cosa sino que la enfermedad de Mariana era un penosísimo conjunto de todas las enfermedades.

Algunos detalles de estos trabajos da uno de los confesores de Mariana que muestran lo agudo de los sufrimientos de la heroína que se sacrificaba por su patria. Dice así:

«Sus palabras eran tales, que respirando con extraña dificultad y violencia, en cada respiración parecía que agonizaba o exhalaba su espíritu por la boca; la fiebre era tan ardiente que aunque se le aplicaron muchas y diversas medicinas, con sangrías copiosas que le dieron, ni se mitigaba su ardor, ni el médico que la asistía pudo concebir esperanzas de su salud; cada día se le agravaba más el achaque y recrecían los dolores, poniéndola en las puertas de la muerte, para que en todos tiempos se pareciese a Cristo crucificado. Asistieron a sus hermanas y muchas de sus parientes, atravesadas de pena de ver padecer a Mariana sin alivio; y aunque fue mucha y extraordinaria su solicitud en buscar remedios y discurrir medicinas para su curación, reconocían ser en vano sus cuidados y casi ningunas sus esperanzas». (3)

Mariana conocía ser esta su última enfermedad y que no se había de levantar de la cama; porque le constaba perfectamente que Dios había aceptado el sacrificio que le había hecho de su vida, por la salvación de su patria, y especialmente de los habitantes de Quito, sus queridos paisanos.

Quiso ser asistida en lo espiritual por Padres de la Compañía de Jesús. Sus confesores fueron el P. Luis Vázquez y el P. Alonso de Rojas. A este último descubrió Mariana el sacrificio que

1) Procesos Apostólicos, fol. 234.

2) Procesos, págs. 18, 54, 205.

3) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 2, pág. 376.

había ofrecido de su vida, por su patria con todos sus pormenores, y le manifestó además, que lejos de tener pesar por lo que había hecho, al ver que Dios lo había aceptado, lo renovaba de nuevo cada día muchas veces. También la asistió con singular amor y cariño, su espiritual Director, el Hermano Hernando de la Cruz que no cesaba de alabar a Dios, al contemplar las virtudes de Mariana, y procuraba imitarlas lo mejor que le era posible. Las pláticas que tenían entre sí no eran de otro asunto sino de Cristo crucificado, de los inmensos gozos de la gloria, del amor divino, y de las ansias que debe tener todo cristiano de morir pronto para ir a gozar de Dios. Con estos coloquios se enfervorizaba tanto Mariana, que cada momento que tardaba en venir la muerte, le parecía un siglo; y no aspiraba a más sino a verse libre del cuerpo mortal para volar al cielo. (1) Con estos deseos intensos de morir, juntaba Mariana una perfecta conformidad con la voluntad divina, y no deseaba otra cosa sino que esta voluntad se cumpliese perfectamente así en la tierra como en el cielo.

En medio de los intensísimos dolores que padecía, no hallaba otro alivio sino contemplar al divino Redentor sufriendo mayores trabajos en la cruz. Quería Nuestro Señor que su sierva le imitase con perfección hasta el último instante de su vida, y que como Él muriese en el calvario; por lo cual le hizo participante de todos sus dolores en la cruz. Como Él sufrió tristezas profundas en el espíritu, gravísimos dolores en todo el cuerpo; pero especialmente fue atormentada con el suplicio de la sed, sin que por eso admitiese alivio de ninguna clase; porque se acordaba que a Jesús, los verdugos le habían denegado una gota de agua en su agonía.

En vez de quejarse como otros muchos enfermos, que no se contentan con nada que en todo muestran su mal humor haciéndose insufribles; Mariana daba a todos admirables ejemplos de paciencia, de humildad y de las demás virtudes. Muchos de estos ejemplos quedan ya referidos; sólo resta decir algo de los que esclarecen las circunstancias de su santa muerte.

Fue tan rara su honestidad en los trances postreros de su vida, que ni el ardor de la fiebre, ni el desahogiego que le causaba el conjunto de tantos males y tormentos, fueron poderosos para obligarla a que diese la menor señal de buscar algún alivio algo libre, para sus miembros atormentados. No consintió en que nadie la tocase, ni curase o tratase de procurarle algún alivio con alguna fricción.

Entonces fue cuando exigió de su hermana y de su sobrina D^{ña} Juana, que las dos solamente la amortajasen, sin permitir que tocase su cuerpo, o se acercase a verla ninguna otra persona aunque fuese pariente, amiga o conocida. (2) Esto mismo había pedido-

1) Procesos página 180.

2) Procesos págs. 42, 218.

frecuentemente a Nuestro Señor, añadiendo a dicha petición esta otra: que luego que muriese hiciera su Majestad que su cuerpo fuese reducido a menudo polvo y ceniza.

Pero lo que más admira es el rigor de sus mortificaciones en su última enfermedad. Con ser ésta tan grave y penosa, no quiso tomar carne, ni siquiera algo de caldo con que pudiese confortarse y sostener las fuerzas que se le acababan, antes bien, en los cincuenta y nueve días que duró, no probó bocado; sólo admitió alguna bebida, y ésta en tan corta cantidad, que servía más bien para irritar el apetito que para satisfacer la sed. (1)

No se quitó sus pobres vestidos, ni se echó en la cama, sino que sentada en el suelo se arrimaba un poco a ella o 2 veces se reclinaba sobre un colchón que tenía delante de la misma cama, y que allí habían llevado su hermana y su sobrina que la asistían, para descansar en él cuando estaban fatigadas. Pero ¿qué alivio y descanso le proporcionaría el reclinarse contra la cama o en el colchón cuando tenía el cuerpo cubierto de cilicios? Se había ido al sermón del P. Rojas con todos sus cilicios en las piernas, brazos, pecho, y la corona de espinas en la cabeza; con todo este atavío permaneció durante su larga y dolorosísima enfermedad. En los últimos días sus confesores habiéndolo advertido le hicieron quitar algunos, más siempre se quedó con cinco, dos en las piernas, dos en los brazos, y uno en la cintura con los cuales pasó a mejor vida. (2)

Pero Mariana se iba agravando cada día más, y todo hacía presentir un fatal desenlace. Apenas habían cesado los temblores y peste en Quito, todos los ciudadanos, además de dar las debidas gracias a Dios autor de todo bien, la habían aclamado como a su *Libertadora* de la ruina y exterminio; y con la pública noticia que se tenía de la oferta de su vida por su patria, había aumentado mucho en todos el amor y veneración que le profesaban. Mas ahora grande fue la pena y sentimiento de ellos cuando entendieron que Dios Nuestro Señor, sin atender a sus ruegos y súplicas, se iba a llevar a su paisana; conocían la falta grande que les iba a hacer; pues ella era por sus virtudes su común modelo, y el escudo de la ciudad por sus oraciones. (3)

No pudiendo manifestarle su aprecio de otra manera querían todos a porfía consolarse a lo menos con su vista y visitarla, para contemplar una vez más aquel rostro angelical, cuya vista tantas veces los había alegrado; pero muy pocos merecieron esta dicha; la humilde virgen no quería admitir a nadie, excepto a sus parientes y a unas pocas amigas suyas muy íntimas.

1) Procesos pág. 219.

2) Procesos pág. 219.

3) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 2, pág. 379.

No pudo sin embargo negarse a la visita del Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro de Oviedo, Obispo entonces de Quito. (1) Sabedor el ilustre Prelado del estado grave de Mariana quiso contemplar una vez más en vida aquel modelo de penitencia y de toda virtud, y le mandó pedir licencia para visitarla y darle su bendición.

Es imposible explicar lo que se entristeció Mariana por su grande humildad con tan honrosa visita, y lo que pidió y suplicó a Nuestro Señor para que la estorbase, pero hubo de conformarse con la voluntad divina. Al verle entrar por la puerta de su habitación Mariana le dirigió estas frases «¿Cómo a una pobrecita como yo, visita Vuestra Señoría Ilustrísima? ¿Qué demostración es esta para con el desecho de la ciudad?»

Grande fue el consuelo del piadoso Prelado en aquella entrevista, estuvo conversando con ella un buen rato hablando de cosas espirituales, y quedó con mayor opinión de su santidad. Al despedirse para satisfacer su devoción, quiso tomarle la mano para besársela; pero Mariana tan humilde como amante del recato, apenas conoció la pretensión del Prelado la retiró con gran presteza, dejándole sin aquel consuelo, pero muy edificado de todo lo que había visto y oído. (2)

Otra visita que no pudo impedir fue la del Ordor D. Jerónimo Ortiz y Zapata; el cual con su mujer D^a Leonor Saavedra tenían intención de asistirle hasta que expirase. Mostró Mariana mucha pena al ver semejante honor, y pidió a Nuestro Señor que lo estorbase y Dios se lo concedió. Era el último día de la vida de Mariana, aquellos dos piadosos esposos querían asistir a su muerte, mas pareciéndoles que no había de morir tan pronto se fueron a descansar con la intención de volver al día siguiente, pero Mariana murió mientras ellos bajaban la escalera. (3)

Viendo su piadosa familia que la enfermedad se iba agravando le propusieron que recibiera el Santo Viático, lo que ella admitió muy gustosa. Se lo llevaron con toda solemnidad cuatro días antes de su muerte, preparándose ella con todas las ansias de su corazón amante; mas en esto hubo de intervenir también su humildad: Temerosa de que si le llevaban la comunión de la iglesia del Sagrario, que era su parroquia, había de acompañar al Sacramento muchísima gente y que se aprovecharían de esta ocasión para entrar los que hasta aquí no habían podido penetrar en su aposento y registrarlo todo, pidió y obtuvo del Sr. Párroco que se llevase el viático de la capilla del Hospital que estaba en frente de su casa, para que de este modo fuese menor el concurso.

1) Sobre este prelado véase: *Historia General del Ecuador*, lib. III, cap. 13. págs. 184 y siguientes

2) *Procesos* págs. 18, 42, 94.

3) *Procesos* págs. 42, 94.

Consiguió en parte su desen pero no del todo; porque el mayordomo del Hospital llamado Gaspar de Morales, que estaba encargado de los preparativos, iba convidando a cuantos encontraba por las calles con estas palabras: «Vamos a acompañar el Santísimo Sacramento, que quieren llevar del Hospital a una santita y sierva de Dios». (1)

De este modo se esparció rápidamente la noticia por la ciudad de que iban a dar el Viático a la «santa»; y muchas personas nobles y principales tuvieron tiempo para acudir; entre otros D. Alonso Sánchez de Espinosa y Luna, de quien ya se ha hecho mención; otras muchas tuvieron el desconsuelo de llegar demasiado tarde.

Apenas se vio Mariana en presencia de Jesús Sacramentado, que venía en persona a visitarla y darse a ella, deshecha en lágrimas y sollozos, se puso de rodillas para adorar al divino Huésped, recogiendo para ello las pocas fuerzas que le quedaban; y con más ansias que palabras, con la humildad de una esclava y el amor de una Esposa, le recibió en su pecho, como la prenda más segura que le daba la Santísima Trinidad de la gloria y bienaventuranza que le esperaba en el cielo. Desde aquel momento no pensó ya sino en la gloria, manifestando de muchas maneras los deseos que la consuntan de ver a su Dios y de estar con El por toda la eternidad.

Con la vida mortificada que había llevado, con la práctica de la virtud y fiel cumplimiento de la ley de Dios, bien podía prometerse que Dios diría a su alma en la hora de la muerte, lo que al siervo fiel. «Ea, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, yo te estableceré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor». Lo que consuela en la muerte y la hace feliz y dichosa, no son las riquezas, los placeres, los honores, sino el haber vivido como debe hacerlo un buen cristiano. Dichosos aquellos que imitan a Mariana en la vida porque sin duda la imitarán en la muerte, y participarán de su santa muerte.

CAPITULO VI

Pierde Mariana el habla tres días antes de su muerte.—Papeles que escribe como por testamento

SUMARIO: ULTIMAS PALABRAS.—FAVORES QUE RECIBE DEL CIELO.
—OYE CINCO MISAS.—ESCRIBE TRES PETICIONES.—PROFETIZA QUE
DESPUÉS DE MUERTE HA DE ECHAR MUCHA SANGRE.

Como los dolores que sufría Mariana iban siempre en aumento haciéndose más agudos, se le cerró de tal manera el pecho, y se le paralizó de tal suerte la lengua que tres días antes de su muerte,

1) Procesos página 191.

no podía articular palabra alguna, añadiéndose este trabajo a todos los demás. Aunque sin habla, tenía y tuvo el completo uso de todos los otros sentidos hasta que expiró. Sin embargo el que le faltase el uso expedito de la lengua, no fue tanto efecto de la enfermedad cuanto un favor que había pedido a Dios con grandes insistencias. Pocos días antes de caer enferma hablando con su amiga Petronila le comunicó que estaba pidiendo a Dios con fervorosas oraciones que en los días cercanos al último de su vida, le quitase el habla, dejándola los demás sentidos. Petronila le preguntó la causa de semejante petición a lo que repuso: «Que ese tiempo no era para hablar con los hombres, sino para estarse con Dios; que había mucho en que entender en él; y que era mejor hablar con Dios; que hablar de Dios». (1) «Qué hubiera dicho Mariana de aquellos desgraciados que no quieren se les haga pensar en sus almas, en Dios, en la eternidad?

Las últimas palabras que pronunció antes de perder el uso de la lengua, fueron las dirigidas al P. Martínez Zarcos, que para poder visitarla se había valido de la estratagema de que usaron otros Padres de la Compañía, yendo de compañeros de alguno de sus confesores. Este se le acercó después que el P. Luis Vázquez la hubo confesado, y se ofreció a ella para cualquier cosa en que le pudiese ser de alguna utilidad. «Padre mío, no le pido otra cosa sino es que sabiendo mi muerte, se de prisa en que yo vea pronto a mi Dios y me ayude para ello» (2). No pudo decir más, porque en aquel mismo instante se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con rostro sumamente benigno y bondadoso, acompañado de la Reina de los cielos, Nuestra Señora de Loreto, de San Pedro Mártir, cuya fiesta se celebraba el día siguiente veinticinco de mayo, y de Santa Catalina de Sena, con Santa Teresa de Jesús que traían una corona y una palma, para celebrar su próximo triunfo y su gloriosa entrada en la patria celestial. (3)

Esta visión duró bastante tiempo y fue de inefable consuelo para Mariana el ver a Jesús y a su Madre, y sobre todo al saber de cierto que se acercaba el día de su partida. Santa Catalina en efecto le participó que moriría el viernes, entre las nueve y diez de la noche y le prometió además que Nuestro Señor y la Virgen habían de venir por ella en su hora postrera.

Pudo saberse esta regalada visión porque Nuestro Señor la comunicó a una gran sierva suya religiosa del Convento de Santa Catalina la Venerable Madre Ana de San Pablo, que estuvo presente en espíritu a aquella celestial visita, y anunció en aquel mismo instante a otras dos hermanas suyas en religión, que Mariana de Jesús se moría infaliblemente.

1) Procesos págs. 77, 281.

2) Procesos pág. 281.

3) Procesos págs. 136, 165.

La misma Mariana de Jesús dió también cuenta por escrito de este celestial favor a su Director el Hermano Hernando de la Cruz. Estando ya sin habla, pidió por señas lo necesario para escribir, se sentó en la cama y como si no tuviese enfermedad alguna escribió: «Mi Madre Santa Catalina de Sena me ha venido a visitar, y me ha mostrado una corona hermosísima, para que con ella me corone en el día de mi partida, y me dice que el Viernes a la noche, entre las nueve y las diez han de venir mi Señor Jesucristo, y mi Señora, la Reina de los Cielos de Loreto por mí». (1)

Estas visitas de los cortesanos del cielo se repitieron muchas veces durante los tres últimos días de su vida, con lo cual ella rebotaba de gozo, y consideraba como cosa de ninguna atención los penosísimos trabajos que pasaba.

El día 24 de mayo en que escribió el citado billete a su director espiritual, quiso también anunciar su próxima partida a sus parientes, lo que hizo mostrando solo tres dedos de la mano. Ellos al verla tan contenta y satisfecha comprendieron muy pronto que no podía hablar sino de su próxima muerte, y que sólo aquel corto tiempo les quedaba para gozar de su dulce presencia; porque si bien el verla padecer tanto, les era en extremo doloroso, se consolaban no poco al ver la alegría de su rostro y la paz y tranquilidad de su corazón. (2)

El día jueves 25 de mayo, segundo después de haber perdido el habla, y día de la Ascensión del Señor, con las ansias que tenía de seguir a Cristo al cielo, para solemnizar el misterio, quiso oír la santa Misa y practicar así algún acto de heroica virtud, con lo que dió a los fieles ejemplo de cómo se ha de cumplir con los preceptos de la Santa Iglesia. Se levantó de la cama contra la cual estaba reclinada, y dándole fuerzas el amor de Dios, pues el cuerpo no tenía ninguna, se fue con sumo trabajo y arrastrando, a la ventana de su cuarto que daba sobre la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, se puso de rodillas, inmóvil, sin apoyarse; y oyó con el cansancio que se puede imaginar, pero con toda devoción y atención las cinco misas que allí se dijeron, la una a continuación de la otra. (3) Habiendo cumplido con su devoción volvió como pudo a su pobre cama y pidió recado de escribir; en seguida se le dieron y con mano temblorosa redactó tres peticiones que fueron como su testamento.

Primeramente, que «por amor de Dios no la dejasen morir en su propio cuarto, sino que la llevasen al de su hermana Jerónima, o de su sobrina Juana». (4) Hacía esta petición por su grande amor a la humildad y pobreza; no quería morir en su propia cama

1) P. Morán de Butrón lib. V, cap. 3 pág. 386.

2) Procesos página 222.

3) Procesos pág. 91.

4) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 3, pág. 386; Procesos pág. 18, 28; Procesos Apostólicos fol. 127.

y cuarto sino en prestarlo; y también para que con ocasión de su muerte las personas que visitasen su cadáver, no pudiesen ver los instrumentos de sus penitencias, ni las señales que de ella había en todas partes. Cumplieron esta petición D^a Jeronima y D^a Juana, pues ellas mismas, sin fiarse de criados, la sentaron en una silla y la llevaron al cuarto de D^a Jerónima, como había pedido y donde se quedó hasta la muerte. Este cuarto es el actual locutorio del convento del Carmen.

La segunda petición se refería a su entierro. Pedía en primer lugar «que le diesen de limosna una mortaja» pareciéndole que el hábito de San Francisco, que tenía en su ataúd, no era cosa suya y que no podía disponer de él sin el previo permiso de sus parientes. En segundo lugar pedía humildemente «a los Padres de la Compañía de Jesús del Colegio de Quito que diesen sepultura a su cuerpo en su iglesia debajo del altar de Nuestra Señora de Loreto». (1) Hizo esta petición así para mostrar el amor grande que tuvo siempre a la Compañía de Jesús, pues era su Hija, la veneraba por Madre y no quería separarse de ella ni después de la muerte; como por el agradecimiento que le tenía por deberle su educación espiritual y sus progresos en la virtud. Admitieron con grande gusto los Padres de la Compañía este sagrado depósito, con el cual tenían a su iglesia por muy honrada; tanto más cuanto que la misma Mariana había pedido y recabado del Muy Reverendo Padre General de la Orden el favor de ser enterrada en la iglesia de la Compañía de Quito. (2) Esta misma petición había hecho también varias veces a los Superiores de Quito por sí misma y por medio de sus confesores.

Escogió ser enterrada debajo del altar de Nuestra Señora de Loreto por varias razones: la primera y principal era la especial devoción que tenía a esta Reina soberana bajo esta advocación; pertenecía a la congregación de este título, hacía profesión de ser esclava suya, y quería descansar después de su muerte a los pies de aquella venerable elige delante de la cual en vida había tenido tantos ratos de oración, y de quien había recibido tan singulares favores. (3)

La otra razón era porque sabía que su cuerpo se había de reducir más pronto a menudo polvo, como ella había pedido encarecidamente a Dios Nuestro Señor, por la humedad de aquella bóveda que entonces se estaba construyendo.

La tercera petición que escribió se la dictaron el amor y reverencia que tuvo siempre, a los que la adoptaron como a hija y le sirvieron de padres; el Capitán D. Cosme de Caso con su esposa

1) Procesos págs. 91, 137, 143.

2) Procesos pág. 143.

3) Nuestra Señora de Loreto que actualmente se halla en el altar de la misma advocación en la iglesia de la Compañía, es aquella a cuyos pies quiso ser enterrada Mariana de Jesús.



D^a Jerónima de Paredes y Flores. Con humildes palabras les agradecía «la santa y paternal educación que le habían dado, el amor y cariño que le habían profesado; pues gracias a eso y a sus cristianos ejemplos no había echado de menos el cariño de sus padres, ni se había considerado como huérfana en este mundo». (1)

Terminaba el escrito pidiendo a su hermana y a su sobrina, «que luego que muriese la pusiesen boca abajo, porque había de arrojar mucha sangre por la boca». No se sabe a punto fijo el motivo de esta petición profética; sería sin duda por motivo de caridad y honestidad, para que no tuviesen mucho trabajo al tener que lavarla y asearla y no se tocase mucho su cadáver. Sucedió lo que ella había pedido. Echó tanta sangre que llenaron con ella una aljofaina. La conservaron allí por espacio de tres días, en que permaneció sin señal alguna de corrupción, manteniéndose muy fresca y con un olor muy suave y agradable, hasta que la empaparon en una sábana de cambray, que después repartieron en pequeños trozos por reliquias a innumerables personas que vinieron a pedir las. (2)

No echó toda la sangre de una vez sino en varias ocasiones, y hasta parece que para favorecer a sus amigas. Refiere Juana de Peralta que habiendo sabido la muerte de su amiga fue al día siguiente, con su hermana Catalina a verla y procurar alguna cosa suya como reliquia. Pronto se la dió la misma Mariana; le habían levantado un poco la cabeza en sus manos para cortarle algunos cabellos «y entonces echó una bocanada de sangre, clara y fresca y de tan extraordinaria fragancia y olor, que se llenó todo el aposento, de suavísimo olor y sacando un pañuelo de olán la recogieron entre esta testigo y su hermana y algunas parientas, de la dicha sierva de Dios, que se hallaron presentes, para reliquias; a cuyo prodigio acudió mucha gente por recoger la sangre que echaba, y al llegar hombres luego se restañó la sangre de suerte que no salió más». (3)

CAPITULO VII

Santa y preciosa muerte de Mariana de Jesús

SUMARIO: OYE LA ÚLTIMA MISA.—ANUNCIA SU MUERTE PARA AQUEL DÍA.—EXTREMA UNCIÓN.—SE LE APARECEN JESUCRISTO Y LA VIRGEN SANTÍSIMA.—SU SANTA MUERTE.—GOZO DE SU FAMILIA DESPUÉS DE LA MUERTE.—VISIÓN DEL HERMANO HERNANDO DE LA CRUZ.

Amaneció el 26 de mayo de 1645 y día tercero del impedimento de lengua que sufría Mariana; pidió por señas que la llevasen

-
- 1] Procesos pág. 92.
 - 2] Procesos pág. 92.
 - 3] Procesos pág. 122.

a la ventana del cuarto para oír una misa que se decía en la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, con el fin de pedirle, sin duda, que pronto la favoreciese con su vista y la llevase a la gloria. Condescendieron con su deseo y la llevaron en brazos hasta la ventana que ya de ninguna manera podía tenerse sobre sus pies. Allí de rodillas, oyó con el fervor que es fácil suponer, la misa que sabía ser la última de su vida ofreciendo con el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, su cuerpo, su alma y su vida al divino servicio. Volvió a renovar de corazón el sacrificio de su vida por su patria, llena de gozo al ver que Dios se había dignado aceptarlo. (1)

Acabada la santa misa, la llevaron de nuevo en brazos al lugar que ocupaba donde volvió a repetir la profecía de su muerte próxima: diciendo por señas y mostrando un solo dedo de la mano, que aquel día era el último de su vida mortal. Se entristecieron mucho su hermana, su sobrina y los demás parientes que allí estaban y entre sollozos le decían no era razón quisiese morir aquel día, pues aun no había llegado de su hacienda de San Miguel de Latacunga, el capitán D. Cosme de Caso de quien era muy justo recibiese la bendición, ya que le tenía en lugar de su padre, y él la miraba y amaba como a hija suya. Las consoló la enferma grandemente, asegurándoles con espíritu profético que no moriría antes que D. Cosme hubiese llegado, ni sin recibir su bendición; y a menudo durante el día fue preguntando por señas, si había llegado, como si de su venida dependiese su partida para el cielo. (2)

Por la tarde llegó por fin D. Cosme, y con los ojos arrasados en lágrimas, atravesado de dolor al saber que se moría la que había sido el ángel de su hogar, el alma y vida de toda su familia. Apenas desmontado del caballo se fue desalado a verla, redoblando con su vista la aflicción de su espíritu. Tan luego como la enferma le divisó, empezó a manifestarle con las lágrimas de sus ojos, y con toda clase de señas, ya que no podía decirselo de palabra, el amor y respeto que le tenía. Después de un rato de palabras afectuosas de parte de D. Cosme y de carísimas miradas y señas de parte de Mariana, le significó ésta que le diese su bendición y con ella la licencia de partir para el cielo. Dióselo el buen caballero, lleno de tristeza y admiración, al ver que él tenía que echar su bendición a un ángel, alabando al mismo tiempo a Dios por los favores que había concedido a Mariana.

Pero ya se acercaba la última hora que había dicho Mariana, y por el cumplimiento que habían tenido las otras profecías suyas, no podían dudar que esta no se cumpliese a la letra. El médico que la asistía D. Juan Martín de la Peña, reconociendo que para nada servían los remedios humanos, hizo lo que debe hacer todo médico que quiere cumplir con la obligación más sagrada e impor-

1) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 4. pág. 391.

2) Procesos págs. 18, 222.

tante de su oficio; avisó a la familia del próximo peligro de la enfermedad. Estos a pesar de la honda pena que sentían, anunciaron a Mariana que se preparase para recibir el favor último que Dios hace a un cristiano en esta vida mortal, el admirable Sacramento de la Extrema Unción, instituido por Cristo para perdonar los pecados, fortalecer al moribundo, contra los horrores de la muerte y tentaciones del demonio, y aun para dar salud al cuerpo si conviene para el bien del alma, si se recibe a tiempo. (1)

Escuchó Mariana la noticia con grande alegría, y cuando la administraban, presentando las manos y los pies para la Unción sagrada; dando durante todo aquel tiempo señales extraordinarias de piedad y devoción con el pleno uso de sus sentidos. A los pocos minutos de haber recibido el sacramento de la Extrema Unción le fue restituido el de la palabra, y las primeras que profirió su lengua fueron estas «Bendito sea Dios que me ha hecho muchas mercedes en quitarme la palabra». (2)

La asistieron en sus últimos momentos los PP. Luis Vázquez, Rector del Colegio de la Compañía, el P. Alonso de Rojas y el P. Alejo Ortiz con el Hermano Hernando de la Cruz; sugiriéndole los sentimientos y afectos más adecuados para preparar el alma al gran paso del tiempo a la eternidad, si bien poco necesitaba que le propusieran afectos, cuando su alma no podía pensar en otra cosa sino en Dios.

Le pusieron el Santo Cristo en las manos. Lo tomó con grande reverencia, fijó amorosamente los ojos en él, y en aquel momento todas sus horribles penitencias pasadas, que le habían hecho tan semejante a Cristo crucificado, se le vinieron a la memoria una por una y le causaron una alegría y un consuelo inexplicable. Bendijo entonces sus ayunos, sus abstinencias, sus crueles disciplinas, y toda su mortificación interior y exterior. Despreció de nuevo y tenía consuelo en haber despreciado la vanidad, el orgullo, los honores, las riquezas, no podía de ninguna manera contener la alegría de su corazón, sus ojos se bañaban en dulces lágrimas de ternura y devoción.

Derepente desvió la vista del Santo Cristo, a un punto fijo de la habitación, se iluminó su rostro de una manera extraordinaria, y tan sólo pudo hacer algunas señas a los circunstantes con que pedía respeto y adoración. Comprendieron todos que algo de celestial pasaba por ella al ver por el aumento de gozo que manifestaba; y sin poder darse cuenta de lo que era juzgaron que debía de ser alguna visión. Lo era en efecto; el Hermano Hernando que por el billete que le había escrito Mariana estaba en el secreto de lo que había de pasar, declaró que era Nuestro Señor Jesucristo con la Virgen Santísima que le habían prometido venir

1) P. Morán de Butrón lib. V, cap. 4, pág. 392.

2) Proceso pág. 41.

a recibir su alma en la hora de la muerte, acompañados de innumerables ángeles y santos, que le traerían la palina y corona que le tenían prometidas; y que esta era la explicación de las señales que había hecho. (1)

Entre esos favores celestiales, Mariana iba perdiendo las fuerzas por instantes, y el Hermano Hernando que sabía que la hora de su muerte sería entre nueve y diez insinuó que se le leyese la recomendación del alma; lo que hizo el P. Rector, Luis Vázquez. Concluída ésta se acercó otra vez el P. Alonso de Rojas a Mariana con el Santo Cristo, y le aplicó a los labios diciendo «Bese señora, los sagrados pies de su Redentor; báñelos con sus lágrimas, agrádezcale los pasos que El ha dado por su redención, y en especial el haberle enseñado a amar los sufrimientos para imitarle y seguirle con perfección». Le dió después a besar la llaga del Costado, y le dijo: «Entre en la Llaga del sagrado Pecho donde tenga un asilo seguro en la vida y en la muerte». (2)

Mariana se detuvo un largo rato besando la Llaga del Costado; de pronto levantó los ojos hacia la divina Cabeza del Redentor, los fijó en la corona de espinas, como quien durante la vida había preferido siempre a las dulzuras espirituales, los rigores de las espinas, y se abalanzó a besarlas, lo que hizo con inefable ternura, y en ese ósculo «abrazada con el Santo Cristo y con una imagen de María Santísima» que le habían dado para el último trance sin los horrores de la agonía en un indescriptible acceso amoroso pasó su purísima alma a las manos de su Criador, a la edad de veinte y seis años, seis meses y veinte y seis días, el viernes veinte y seis de mayo de mil seiscientos cuarenta y cinco, entre las nueve y diez de la noche como ella misma lo había anunciado. (3)

[Cuán diferente es esta muerte dulce y tranquila de Mariana, comparada con la muerte angustiosa de un pecador en medio de los mayores remordimientos y de la desesperación más profunda, o con la más terrible aun de aquellos infelices que no teniendo, por su culpa, idea alguna de religión ven venir la muerte con la estupidez del animal conducido al matadero!]

Muerta Mariana de Jesús, aunque el golpe era sobre toda ponderación sensible para aquella familia, llamó muchísimo la atención de todos los allí presentes, el ver que ni una sola persona pudo verter una lágrima delante de aquel sagrado cadáver; antes por el contrario mostraban todos mucha alegría y regocijo; en especial D^a Jerónima su hermana y D^a Juana, tanto que no parecía sino que habían recibido la noticia más fausta y placentera. (4) Y no tardaron mucho en tener motivo de mayor consuelo y júbilo.

1) P. Morán de Bultrón, lib. V, cap. 4, pág. 393.

2) P. Morán de Bultrón lib. V, cap. 4, pág. 394.

3) Procesos pág. 79. Procesos Apostólicos fol. 235.

4) Procesos pág. 94.

El Hermano Hernando de la Cruz apenas expiró Mariana fue a ponerse en oración delante del pequeño altar que estaba en el aposento a fin de encomendar su alma a Dios. Allí se estuvo hincado de rodillas, por espacio de más de una hora, tan absorto y extático, que no oía a los que le hablaban, ni sentía a los que le movían para hacerle volver en sí. Recobró por fin el uso de sus sentidos y con grandísima alegría pintada en su venerable rostro dijo a los circunstantes: «No tenéis de qué afligiros por la muerte de aquella dichosísima mujer, porque ha ido derecha al cielo sin pasar por el Purgatorio; y con tantos merecimientos que le sobran muchos para repartir con los pobres que quedamos acá; no lluren, pues, ni se aflijan, que ya tenemos una piadosa medianera en el cielo». (1) Se dirigió entonces a los parientes de la difunta y les pidió dos cosas: La primera «que ejecutasen la voluntad de Mariana de ser enterrada en la iglesia de la Compañía de Jesús»; y la otra «que no pensasen en gastar luto ni en dar demostraciones de duelo y sentimiento, pues en aquella muerte no había motivo de tristeza, sino materia de gozo para la familia y aun para la nación entera; y que era muy razonable que haciéndose en el cielo fiestas a Mariana se la festejase también en el suelo; solamente, añadió, es de llorar la muerte del pecador pero no la del justo». [2] Dicho esto se llegó el Hermano a la difunta, y postrado de rodillas le besó con gran veneración los pies y las manos, y poniendo estas sobre su cabeza dijo: «Ya gozo de Nuestro Señor esta su sierva». Los demás allí presentes le imitaron, reverenciando aquel cuerpo difunto que había sido digno relicario de una alma tan noble y generosa. (3)

CAPITULO VIII

Veneración extraordinaria que Quito tributa a Mariana de Jesús

SUMARIO: MARIANA ES AMORTAJADA.—SU EXTREMADA BELLEZA.—OLOR SUAVÍSIMO.—CAPILLA ARDIENTE.—CONCURSO UNIVERSAL. SUDOR AROMÁTICO Y COPIOSO.—DISTRIBUCIÓN DE SUS RELIQUIAS.

Cadáver ya el virginal cuerpo, fieles a la súplica de Mariana, procedieron a amortajarla su sobrina y su hermana, haciéndose ayudar en lo necesario de una criada llamada María de Paredes. La mortaja que escogieron fue el hábito de San Francisco que tenía en su ataúd, tanto porque ella había pedido de limosna una

1) Procesos pág. 219. Procesos Apostólicos fol. 147.

2) Procesos pág. 42.

3) Procesos pág. 219.

mortaja sin designar la que deseaba, como por guardar el vestido a modo de sotana que usaba de ordinario y que habfan pedido se reservase para sí los Padres de la Compañía de Jesús.

Antes de ponerle la mortaja, le quitaron cuatro cilicios de alambre con puntas, dos de las piernas y dos de los brazos; mas el quinto que le rodeaba la cintura no se lo quitaron por no poder desuirlle de la piel que asomaba por los agujerillos del cilicio, y cuyas puntas estaban enteramente hundidas en la carne; de esta suerte Marizna bajó al sepulcro con los atavíos que convenían a la Esposa de un Dios crucificado. [1]

Pudieron también darse cuenta de lo demacrado de aquel cuerpo, que fuera de la cabeza y las manos, no tenía sino la piel y los huesos, debido todo a sus ayunos y abstinencias.

No hubo que lavar ni asear el cadáver, y sobre sus vestidos ordinarios le pusieron el hábito de San Francisco, que sembraron todo con riquísimas flores de escarchado de oro y plata. Quedó el cuerpo después de amortajado con tales apariencias de vivo, que parecía no haber causado en él ninguna mudanza la muerte; antes bien como si hubiesen retocado su grande hermosura, estaba su rostro con nuevos visos de apacibilidad, y el color de sus mejillas, más dulce y sonrosado y más encantador que en vida; Permanecieron flexibles sus manos, sus pies y todo el cuerpo, lo mismo que si fuera de persona viva y sana. (2)

Empezó a despedir de sí un perfume tan suave y delicioso, que juntamente con la vista de aquel hermosísimo semblante, inspiraba devoción e infundía grande alegría en los corazones de todos los que la contemplaban. (3)

Estimulados sus pacientes por tantas maravillas, por lo que conocían de su virtud y por lo que les había dicho el Hermano Hernando de la Cruz, que no hicieran duelo por ella, dispusieron decorar y adornar muy lujosamente la sala que había de servir de capilla ardiente. La colgaron toda de ricos damascos y preciosas tapicerías; pusieron varios doseles con ricos cortinajes; alfombraron vistosamente el suelo; pusieron el santo cuerpo en un ataúd forrado de tafetán carmesí con encajes de oro, claveteado todo él con tachuelas doradas, y le colocaron en medio de la sala sobre una mesa cubierta de una rica y vistosa colcha, sembrada de clavelinas, rosas y otras flores naturales y artificiales, entre las cuales yacía la más hermosa de todas, la *Asuncion de Quito*. (4)

De todos los conventos enviaron a porfía un gran número de ramilletes de flores naturales, para adornar el féretro, pero llamó la atención el que las religiosas de Santa Clara enviasen a deshora

1) Procesos página 91.

2) Procesos págs. 44, 94.

3) Procesos pág. 24.

4) Procesos, págs. 44, 196, 219.

de la noche, sin que nadie les hubiera participado la muerte, una corona y una palma de riquísimo escarchado, la una para la mano y la otra para la cabeza de la dichosísima virgen, como señales de su completo triunfo sobre el mundo, el demonio y la carne. (1)

La misma noche en que murió Mariana se divulgó la noticia de su santa y preciosa muerte; y con ella corrió de casa en casa el sentimiento y el aplauso; el sentimiento, porque todos tenían gran pesar al saber el fallecimiento de su ilustre paisana; y el aplauso, porque todos sin excepción alguna, se hacían panegiristas de sus heroicas virtudes.

El día siguiente, veinte y siete de Mayo, la conmoción fue tan grande y tan extraordinaria, que jamás en Quito se había visto cosa semejante. Todos sin excepción querían ver a la difunta, no se oían por las calles otras palabras sino estas o parecidas: «Murió la Santa; Dios se ha llevado a la Santa». Con espontáneo impulso toda la población se precipitó hacia la casa de Mariana; formábanse inmensas oleadas de gente, que en confusa mezcla, sin distinción de clases, sexos ni edades, corrían a verla y venerarla; no quedó persona alguna no impedida, que no fuese a visitarla. (2) Todos tenían para ello una razón especial: la nobleza, porque Mariana era de muy noble linaje; los plebeyos, porque nunca se había enorgullecido de sus riquezas e ilustre nacimiento, los pobres, porque jamás les había negado su protección y amparo, y todos en común, porque era modelo de virtud, dechado de santidad, su paisana, víctima por su patria, su patrona y protectora en el cielo, desde donde sabían oír sus plegarias.

En efecto ¿qué otra razón sino su grande santidad se podría aducir para explicar este universal concurso en una ciudad que contaba entonces más de cincuenta mil almas? Qué méritos tenía Mariana para semejante manifestación de aprecio, así como por las ovaciones que todo Quito le hizo en sus funerales?

Se había entregado sin reserva a la piedad y devoción tan odiada y ridiculizada por los perversos; se contentaba con ir de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa; jamás había figurado en bailes, teatros, diversiones públicas o paseos, había menospreciado las galas, las joyas, las sedas, los vestidos preciosos, en una palabra todo lo que el mundo ama y estima por seguir a Cristo humillado y despreciado. Pero esta era precisamente la causa porque la veneraban. Los buenos veían en ese desprecio, la señal inequívoca de la verdadera santidad; y los malos no podían menos de censurar que con este mismo desprecio Mariana había mostrado, mayor fuerza de ánimo y un carácter muy superior al suyo. ¿Qué cuesta, en efecto dejarse arrastrar de las pasiones, del amor del dinero, de los placeres? Cualquier corazón, aún el más cobarde y

1) Procesos pág. 196

2) Procesos págs. 18, 125, 154, 196.

apocado, puede llegar a este punto; pero sólo un corazón noble, generoso y esforzado es capaz de la verdadera santidad, con el menosprecio de todo lo caduco y perecedero.

Entre todo ese tropel de gente que acudía a venerar a Mariana, sobresalían los pobres y mendigos, quienes lamentaban a gritos una muerte que les arrebatava a la que era su amparo, su providencia y su consuelo en los trabajos y necesidades de esta vida. (1) El concurso no se limitó a Quito, sino que apenas se hubo esparcido la fatal noticia en los pueblos comarcanos, se conmovieron ellos también, y vinieron presurosos a gozar por última vez de la vista de la «Santa» y tener algunas de sus reliquias si fuere posible. (2)

Entrando en el cuarto donde yacía Mariana tanto tropel de gente tan diversa, empezaron muy pronto a notarse excesos de devoción, como era de temer. Nadie quería volver a salir sin tener alguna reliquia de la «Santa». Como encontraron bien cerrada la habitación en que había vivido, no pudieron saquearla como pretendían para llevarse sus pobres alhajas, cilicios y disciplinas. Entonces, algunos pocos, sin miramiento, y sin hacer caso de nadie, se abalanzaron al sagrado cadáver, precipitándose sobre el féretro, los unos con tijeras y los otros con cuchillos. En un instante sin que se pudiese impedir, arrebataron las flores todas que había sobre el cadáver, tanto naturales como artificiales, hicieron menudos pedazos la mortaja; y aun algunos principiaron a cortarle el cabello con sus tijeras. Hubiera pasado más allá esa indiscreta devoción, si por fortuna las personas allí presentes, no hubiesen logrado defender el santo cuerpo y reprimir esos excesos. (3)

Hubo que ponerle una segunda mortaja que fue otro hábito de San Francisco, pero este también en muy breves momentos fue hecho pedazos, por los devotos visitantes sin que nadie pudiese estorbarlo; saliendo más contento y triunfante el que se llevaba un retazo mayor. Hay que confesar, sin embargo, que esos desórdenes fueron cometidos por unos pocos, arrastrados por la consideración y por la alta estimación que profesaban a Mariana.

La mayor parte después de postrarse de rodillas, encomendarse a ella de corazón y contemplar aquel rostro angelical, que era el encanto de cuantos lo veían y a todos inspiraba devoción, se contentaban con hacer tocar en él rosarios y medallas, que llevaban después a sus casas como reliquias de Mariana. (4)

Pero sea que en esto de hacer tocar tantos objetos en la cara se cometiese alguna irreverencia, o lo que es más probable que

1] Procesos pág. 80

2] Procesos págs. 154, 196.

3] Procesos págs. 19, 43.

4] Procesos pág. 234.

Dios quisiese honrar y glorificar la inmaculada pureza de su sierva aun después de su muerte, se verificó un doble prodigio que llenó de admiración a toda la ciudad, pues lo pudieron ver y examinar cuantos quisieron. El primero fue que acercándose muchos hombres a hacer tocar objetos, a su rostro, éste repentinamente se demudó, hinchándose con notable deformidad, y perdió en un instante toda su celestial hermosura y sus vivos colores. (1) Se asustaron los presentes y mandaron con imperio, especialmente a los hombres, que no tocasen el santo rostro, porque se hinchaba, decían, por no poder tolerar ese contacto. Desistieron de su devoto empeño y en ese momento volvió la cara a su belleza normal y recobró los colores que antes tenía. Este prodigio se renovó varias veces conforme iban viniendo hombres, que se atreviesen a tocar el venerable rostro.

El otro prodigio tuvo lugar después de haberle despojado de la segunda mortaja o hábito de San Francisco. Todo el sagrado cadáver, pero especialmente el rostro, se cubrió de un sudor sumamente aromático, y tan copioso que fue necesario enjugarle muy a menudo la cara con lienzos delicados y pedazos de algodón en rama, los cuales se repartían como reliquias, a los que no habían tenido el consuelo de recibir algo de sus vestidos. (2) Este sudor duró por varias horas; y luego que se supo por la ciudad el nuevo prodigio que obraba la difunta, acudió todavía más gente a presenciarlo. Todos percibían el aroma suavísimo que despedía aquel sudor, creciendo por instantes el entusiasmo. Algunos que no podían acercarse al féretro por la apretada e impenetrable muchedumbre, idearon valerse de largas cañas o carrizos, de cuya punta estaba prendido algún pedazo de algodón, y de este modo, de lejos, por encima de las cabezas, lograban hacerlo tocar al rostro de la difunta y tenían el gusto de ver su devoción satisfecha aunque a costa de muchos trabajos.

Cuando hubo cesado el sudor, los parientes de Mariana atemorizados por la manera con que el gentío le había quitado la segunda mortaja, se consideraron ya como impotentes para reprimir los excesos de aquella muchedumbre, y temieron que se preparasen a mutilar el santo cuerpo cortándole los dedos de los pies y de las manos. Para acudir a este peligro idearon un expediente que nos ha privado de muchas reliquias de Mariana. Hicieron menudos pedazos de todo lo que le había pertenecido y empezaron a distribuirlo a la gente esperando con esto entretenerla hasta el entierro. (3)

Mas este arbitrio resultó ineficaz; pronto acabaron con todo y la muchedumbre era ya ingobernable. Hubo que buscar algún

1) Procesos págs. 19, 43, 135.

2) Procesos págs. 19, 219.

3) Procesos págs. 19, 219. P. Morán de Buitrón lib. V, cap. 5, pág. 401.

remedio en la justicia secular o policía de aquellos tiempos, lo que les fue concedido. Pronto vino un piquete de soldados que espada en mano despejó la casa, y quedó como cuerpo de guardia en la puerta de entrada y en la sala de la capilla ardiente, con orden de contener a los que entraban y de impedir todo desacato.

Con esta medida le pudieron poner la tercera mortaja permitiendo tan sólo que los devotos formasen hilera, entrasen por una puerta y saliesen por la ótra; le pudiesen besar los pies y las manos uno tras otro, con tal que se abstuviesen de cualquier otra demostración. (1)

Estuvo el cadáver expuesto a la veración pública por espacio de treinta y dos horas, durante los cuales un innumerable gentío se fue sucediendo sin cesar.

Durante aquel tiempo puede decirse que Mariana y los prodigios que Dios obraba en su honor, fueron el único asunto de conversación en todo Quito y sus cercanías; en las calles y plazas, casas y caminos, en todas partes no se oía sino una voz común que celebraba sus virtudes y la colocaba al nivel de los mayores santos.

CAPITULO XI

Entierro de Mariana de Jesús

SUMARIO: CONCURSO UNIVERSAL AL ENTIERRO.—ASISTEN LAS AUTORIDADES ECLESIASTICA Y CIVIL.—SUAVÍSIMO OLOR.—LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA ADORNADA.—MARIANA ABRE AMBOS OJOS.—OFICIOS.—EXTREMOS DE VENERACIÓN.—ATROPELLOS.—HONRAS SOLEMNES.—ORACIÓN FÚNEBRE.—TRASLACIÓN A LA BÓVEDA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

El día veintiocho de mayo como a las cuatro de la tarde se sacó el cadáver de Mariana, de la casa mortuoria para trasladarlo a la iglesia de la Compañía de Jesús. (2) Si el concurso de la gente a la casa había sido extraordinario, fue incomparablemente mayor en la traslación del cadáver; fue, se puede decir, inaudito. Las casas, los balcones y ventanas del trayecto estaban literalmente atestadas de gente; en las calles y bocacalles se había aglomorado tal multitud de personas que parecía imposible que hubiese lugar para otra más. Todos querían ver por vez postrera, a la que consideraban como una maravilla de la gracia, como una grande santa y la futura patrona de Quito; querían dar este tributo de veneración a sus grandes virtudes. (3)

- 1] Procesos págs. 19, 154, 285.
- 2] Procesos Apostólicos fol. 236.
- 3] Procesos págs. 43, 94, 133.



Esta concurrencia fue indicio del aprecio del pueblo para con Mariana; pero no dejó de admirar la conducta de las autoridades así eclesiásticas como civiles y de las Ordenes religiosas. Sin que se hubiese repartido invitación alguna, se presentaron para acompañar el entierro, el Ilmo. Sr. Obispo Fr. Pedro de Oviedo con todo el Cabildo en corporación, el Corregidor con los Regidores y Ministros seculares; las Comunidades religiosas, sin excepción alguna, toda la nobleza y el pueblo, de suerte que no hubo condición, ni edad, ni sexo que no acudiese a honrar a Mariana o en las calles o en el templo. Muchas personas de fuera de la ciudad, al tener la noticia de su muerte habían venido a venerarla y se hallaban presentes a su entierro. Ese inmenso gentío no cesaba de aclamarla con el nombre de «Santa». (1)

Iba el cuerpo llevado únicamente por sacerdotes, revestidos con sobrepelliz, y había tal emulación entre ellos, que cada quince o veinte metros se iban remudando entre sí para que todos pudiesen tener la dicha de cargar sobre sus hombros a la que todos veneraban por sus grandes virtudes. Muchos seglares de las mejores familias y más altas dignidades que querían tener el mismo honor y no lo podían conseguir, se ponían debajo del ataúd para sentir algo de su peso y ser santificados por su contacto.

Rodeaba el féretro el cuerpo de guardia que se había formado para este efecto y ocasión, con las espadas en la mano, a fin de impedir cualquier atropello; inmediatamente detrás del féretro iban los Padres de la Compañía, a quien el cielo había confiado ese inestimable tesoro. (2)

Lo más notable fue que durante todo el trayecto el sagrado cadáver despedía de sí un suavísimo y desconocido perfume, con el cual quedaba embalsamada la calle por donde pasaba y los alrededores. Toda aquella innumerable muchedumbre lo pudo percibir sin género alguno de duda, lo que aumentaba el fervor y la devoción de una manera indescriptible. (3)

Llegó, por fin, después de mucho tardar, la inmensa comitiva a la iglesia. Aquel año la fiesta de Nuestra Señora de Loreto, que por lo regular se celebraba el segundo domingo después de la Pascua de Resurrección, se había transferido al domingo veintiocho de mayo, y así coincidió con el entierro de Mariana. La iglesia estaba suntuosamente adornada en sus tres naves con colgaduras y con lo más rico y precioso que tenía la congregación de Loreto, que era mucho.

La estatua de Nuestra Señora de Loreto, la misma que hoy se venera en la iglesia de la Compañía de Quito, estaba entonces expuesta a la pública veneración en el altar Mayor sentada

1) Procesos pág. 95.

2) Procesos pág. 95.

3) Procesos págs. 24, 80.

en su trono en medio de luces y flores y debajo de un riquísimo dosel. (1)

Esta coincidencia podrá parecer casual a alguno, mas no lo fue para Mariana. Con aquella confianza tan admirable que tenía para con la Virgen, le había pedido que Ella misma se dignase presidir a sus funerales; y la Madre benignísima que nada negaba a su Hija muy querida, le había otorgado ese singular favor y regalo. Mariana tenía conocimiento de él y lo había profetizado. (2)

Al entrar el féretro por la puerta principal de la iglesia con asombro y aclamación de todos los circunstantes Mariana abrió un ojo, que apareció tan brillante y resplandeciente como una estrella; y lo fijó sobre el objeto que con más gusto y regocijo había mirado en este mundo, sobre la imagen de Nuestra Señora de Loreto.

Pasaron adelante, en medio de la apíñadísima muchedumbre con miles de dificultades, y al colocar el ataúd sobre el túmulo frente a frente al altar mayor, abrió Mariana el otro ojo que brillaba con la misma gracia y hermosura, y los fijó entrambos sobre la preciosa imagen de Nuestra Señora. Reconocieron los que lo vieron, que los tenía tan claros como cuando vivía; (3) y los tuvo abiertos todo el tiempo que duraron las exequias.

La gente se conmovió extrañamente con el nuevo prodigio, que pronto divulgaron los que estaban en puestos a propósito para contemplarlo y con esto aumento el entusiasmo que ya rayaba en delirio.

Temiendo algún desacato, el cuerpo de guardia se formó más compacto al rededor del túmulo; a este reforzaron los estudiantes del colegio de San Luis, que eran cerca de ochenta; se les juntaron muchos religiosos tanto de la Compañía como de otras órdenes con lo cual se formó una como barrera impenetrable.

El P. Alonso de Rojas, confesor de Mariana, al ver el prodigio exclamó «Válgame Dios qué milagro tan grande».

Pero cuando iban a terminar los oficios, viendo que el alboroto iba aumentando, por orden del Ilmo Sr. Obispo subió al túmulo en presencia de todos y con grande respeto cerró los dos ojos a Mariana, pidiéndole que pues le había obedecido tantas veces en vida le obedeciera también desde el cielo. Así fue: Mariana no abrió más los ojos, una vez que el Padre se los hubo cerrado. (4)

Se dió principio al oficio de difuntos, y durante todo él, los Padres y religiosos que rodeaban el féretro, estuvieron ocupados en hacer tocar rosarios, medallas y otros objetos piadosos al sagrado cuerpo; y con ser muchos no podían dar abasto a las peticiones.

1) Procesos pág. 44.

2) Procesos pág. 44.

3) P. Morán de Bultrón, lib. V, cap. 5, pág. 402; Procesos págs. 19, 43, 44.

4) Procesos Apostólicos, fol. 381.

El Ilmo. Sr. Obispo quiso hacer tocar su rosario, pero no le fue posible hacerlo por sí mismo, no pudo llegar al túmulo por lo compacto de la gente y tuvo que valerse de varias personas que de mano en mano pasaron el rosario, hasta que volvió a su dueño. Al recibirlo el piadoso Prelado, lo besó delante de todos y lo puso sobre sus ojos. Lo mismo hicieron los señores Oidores y lo más granado de Quito. (1)

Cerca de concluirse el oficio, cuando la gente llegó a comprender que le iban a quitar a Mariana para enterrarla, el entusiasmo llegó a su colmo y degeneró en un verdadero tumulto. La confusión era indescriptible; se levantó una confusa y ensordecedora gritería; los religiosos, colegiales y guardas que estaban al rededor del túmulo fueron arrollados por completo, por un sinnúmero de hombres que armados de tijeras y cuchillos pudieron llegar hasta el ataúd. En un momento hicieron pedazos la tercera mortaja o hábito de San Francisco. Mientras se lo repartían entre sí, ambas autoridades eclesiástica y civil tuvieron tiempo para intervenir eficazmente, para que no destrozasen el santo cuerpo.

Mandó la Real Audiencia que todos se apartasen y el Sr. Obispo fulminó la pena de excomunión contra quien quiera que se atreviese a tocar a Mariana. Con estas medidas de severidad se contuvo algún tanto el tumulto, pero no se sosegó. Para prevenir nuevos atropellos, mandaron las autoridades que en el mismo túmulo se clavase la tapa del ataúd; lo que se hizo inmediatamente sin ponerle otro hábito ni mortaja de ninguna especie por la premura del tiempo. Cerrada la caja sin aguardar a que se concluyese el oficio de difuntos, que forzosamente se había interrumpido, la bajaron a la bóveda que estaba preparada. Al ejecutarlo fueron tantas las voces, gemidos y alaridos que fue imposible cantar el últimos responso. [2]

La bóveda en que los Padres de la Compañía depositaron su precioso tesoro, fue la de Juan de Vera Mendoza y de D^a María de Vera, llamada bóveda de San José, por estar junto al altar del glorioso patriarca, no estando aun concluida la bóveda de la capilla de Loreto, donde la trasladaron más adelante. (3)

Si se prescinde de algunos excesos, que ocurrieron en los funerales de Mariana, y que tienen fácil explicación por la exaltación de los ánimos, producida por los evidentes milagros que obró Dios Nuestro Señor para honra de su sierva; se ve que la ciudad en masa reconoció su santidad, sus virtudes heroicas y quiso manifestar la veneración y el aprecio que le profesaba. Jamás se ha-

1] Procesos págs. 138, 286.

2] P. Morán de Butrón lib. V, cap. 5, pág. 404. Procesos págs. 125, 220, 286.

3] Procesos pág. 187. Véase Apéndice VII.

ha visto concurso semejante en la ciudad, ni se verá tampoco mientras no se trate de otra virtud semejante a la de Mariana.

¡Qué diferencia entre estas manifestaciones espontáneas de amor sincero, de estimación profunda, cordial veneración, y las manifestaciones que vemos sobre la tumba de los que se llaman grandes según el mundo! ¡Unos discursos ampulosos, llenos de elogios que nadie cree, un cierto número de coronas enviadas por ceremonia o compromiso, y a los pocos días los gusanos que roen el cadáver y el eterno olvido! Mariana de Jesús al contrario, la humilde Mariana, la devota Mariana a quien los mundanos menos hostiles a la Religión, si ahora viviese, procurarían denigrar con el apodo de «beata», Mariana es y será conocida en todo el mundo mientras este dure, y su memoria y su nombre serán siempre colmados de bendiciones.

Al mes del dichoso tránsito de Mariana, el veinte y seis de junio, le hicieron lucidísimas honras en la iglesia de la Compañía, con no menor concurso que en su entierro. Asistieron el Ilmo. Sr. Obispo con el Cabildo, la Real Audiencia con todos los oficiales del gobierno civil, las Religiones todas, la nobleza y el pueblo de la ciudad, que quiso una vez más mostrar su veneración a Mariana. Sólo el catafalco con el altar mayor estaban de negro. Se adornó y decoró lo demás de la iglesia como en los días de mayor solemnidad. Colgáronse las tres naves del templo de arriba abajo, en toda su extensión, de terciopelo carmesí, y de otras preciosas telas y colgaduras de mucho precio.

Por todas partes ardían un sinnúmero de velas, en medio de una gran cantidad de ramos y ramilletes de flores, así naturales como artificiales; jamás en la iglesia se había visto tanto adorno y magnificencia. (1)

Tuvieron que condescender los Padres de la Compañía en tan solemne y desusada demostración, por causa de la petición que hizo la ciudad entera, por el concepto grande que todos tenían de la heroica santidad de Mariana, que pensaban pronto sería puesta en los altares. Hubo oración fúnebre pronunciada por el P. Alonso de Rojas. Desempeñó el orador su cometido con el acierto que se podía esperar de su elocuencia y de su veneración para con la bienaventurada sierva de Dios. (2)

Acompañaron al predicador en sus alabanzas a la virgen quiteña, otros muchos, tanto de la Compañía como de otras órdenes religiosas y seculares, que recitaron en esta ocasión varias poesías en latín y en castellano, encaminadas todas a cantar las glorias de aquella que esperaban algún día había de ser declarada Patrona de Quito. De todas estas composiciones sólo se ha conservado la del Hermano Hernando de la Cruz.

1] P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 6, pág. 409.

2] Véase el Apéndice VII.

Este día fue el designado para trasladar los sagrados restos de Mariana a la bóveda del altar de Loreto. Con este objeto, concluidas las exequias, se dirigieron ambas autoridades, eclesiástica y civil, a la bóveda del altar de San José, para presenciar y dar testimonio en debida forma de la traslación efectuada a la bóveda de Nuestra Señora de Loreto, y para cumplir con la voluntad de Mariana, que quiso que sus restos mortales descansasen a los pies de su Madre la Virgen Santísima.

Abrieron la caja los Padres de la Compañía de Jesús, en presencia de todo el numeroso concurso, y los allí presentes, quedaron llenos de asombro al par que de singular gozo, al ver que el rostro de Mariana era tan sonrosado, hermoso y risueño como en el día del entierro, y de más delicados colores que el de una persona viva y llena de salud. Al punto se esparció un olor muy suave y fragancia desconocida por toda la iglesia. Con la novedad, la gente empezó a agolparse al rededor y muy pronto se dejó oír un sordo murmullo causado por la admiración. Aleccionados los Padres por lo que había pasado el día del entierro, y temerosos de algún desacato contra el sagrado depósito, que les confiara el cielo, cerraron inmediatamente el ataúd, después que los testigos pudieron cerciorarse de la verdad. (1)

Trasladáronse los sagrados restos a la bóveda de Loreto con pompa y solemnidad, experimentando la numerosa concurrencia un gusto y devoción singular, que nadie sabía explicar, y se daban los unos a los otros los parabienes, por haber cabido a Quito la dicha de dar a Mariana de Jesús al mundo, y de tener una intercesora tan poderosa en el cielo.

CAPITULO X

Sucesos admirables que acontecieron en la casa de Mariana de Jesús después de su santa muerte

SUMARIO: EL VELO QUE CUBRÍA SU CRUCIFIXO SE LEVANTA. — LUCES EN SU CUARTO. — CANTOS CELESTIALES. — SUAVISIMO OLOR. — OLOR DE AZUCENAS.

Bastaban las maravillas hasta aquí narradas para probar la aceptación que Mariana tenía delante del acatamiento divino, pero quiso su divina Majestad honrar a su sierva de otras muchas maneras: Tenía Mariana entre sus pobres alhajas una devota Imagen de Cristo crucificado, delante de la cual pasaba muchas horas de oración meditando el exceso de amor que Jesús había mostrado a

1] P. Morán de Buitrón, lib. V. cap. 6, pág. 410. *Procesos* pág. 44, 155, 196.

los hombres en su sagrada Pasión, y por respeto y devoción la tenía cubierta con un velo de tafetán morado. Esta imagen quedó en el aposento de Mariana, después que se hubieron repartido todas sus cosas como reliquias, para satisfacer la devoción de los fieles.

Una de sus sobrinas llamada María Andrea, y que después fue religiosa Carmelita con el nombre de María Andrea de la Santísima Trinidad refiere, que teniendo ella la llave del cuarto de la difunta entró en el en cierta ocasión, y halló que el velo que protegía al Santo Cristo estaba levantado hacia arriba y la imagen descubierta. Le pareció mera casualidad o descuido suyo, en haberla dejado sin cubrir la última vez que había estado en el cuarto, y se contentó con hacerle caer sobre la imagen, que así quedaba tapada.

Algún tiempo después tuvo que entrar de nuevo en el cuarto y encontró por segunda vez el velo levantado y el crucifijo descubierto, constándole plenamente que lo había dejado cubierto, y que a nadie había prestado la llave. No dejó de causarle esta novedad alguna admiración, pero se contentó con cubrir de nuevo la santa imagen, y contar lo acaecido a los de su familia. Como estos estaban ya acostumbrados a ver obrar prodigios y maravillas, en lo que decía alguna relación con Mariana, sospecharon que habría alguna novedad y se pusieron a investigar lo que había de verdad en la aserción de la niña.

Se fueron al aposento y hallaron con asombro el velo levantado sobre la imagen, sin saber qué explicación poder dar a este singular acontecimiento. Se repitió esta maravilla muchas veces, porque cubriéndola para que no se empolvase y se conservase mejor, siempre que iban al aposento hallaban el velo recogido y la imagen descubierta.

Al cabo de algunas semanas después de la muerte de Mariana cesó este prodigio, quedando la veneranda imagen con el velo corrido, sin que de por sí se levantase. Vino a repetirse seis años después cuando ya habían venido a esta ciudad de Quito la fundadoras del Carmen, pero antes que pasasen a ocupar la casa de Mariana.

Estaba Andrea María para entrar de Carmelita, y vió que se había renovado el prodigio.

Admirada recordó lo que había sucedido en años anteriores y para cerciorarse del hecho de manera que no hubiese la menor duda, preguntó a D^a Feliciano de la Rua San Román, segunda esposa de D. Alonso Sánchez de Espinosa y Luna, si ella había levantado el velo del santo Cristo. Respondió Feliciano que no le había tocado, y que ni ella ni otra persona alguna había entrado en el cuarto de Mariana.

Andrea María quiso tener la llave en su poder para que nadie pudiese entrar; arregló y compuso la imagen a su gusto, cerró muy bien las puertas y ventanas del cuarto. Instigada por la curiosidad, al día siguiente entró a ver lo que había pasado y encontró el

Santo Cristo con el velo levantado. Duró el prodigio por espacio de quince a veinte días «hasta que, como declara ella misma, esta testigo le bajó del clavo donde estaba colgado para llevarlo consigo a esta su religión, y lo tienen con toda devoción en el coro alto de este santo convento». (1) Allí mismo estaba todavía y lo veneraban las religiosas con especialísima devoción, cuando el P. Morán de Butrón escribía su historia cerca de 1696; y ahí también se venera en nuestros tiempos. (2)

Por el mismo tiempo, el año de 1654 cuando se iba a trasladar el convento de Carmelitas a la casa de Mariana, vieron varias personas que por los resquicios de la ventana del cuarto de la sierva de Dios, salían brillantes rayos de luz. Por de pronto no hicieron caso alguno de este suceso los vecinos, juzgando que alguna persona de la familia ocuparía el cuarto que Mariana había tenido. Mas no fue así con Juan Guerrero de Salazar que vio esa luz brillantísima al volver de sus haciendas de Latacunga. Conocía con toda certeza que el cuarto de Mariana estaba desocupado. Lo mismo aconteció con D. Alonso Sánchez de Luna que vivía por entonces en la casa de Mariana con su mujer D^a Felicianita de la Rua. Al volver a su casa, entrada ya la noche, le sorprendió no poco el ver desde la calle, el cuarto extremadamente iluminado. Llegando a casa preguntó a su mujer si alguien había entrado en el cuarto de Mariana con hachas encendidas. Respondió ella que nadie había entrado, ni podía entrar, pues estaba muy cuidadosamente cerrado y tenía las llaves en su poder. Fue no obstante D. Alonso a examinar todo por sí mismo, y reconoció que la puerta estaba muy bien cerrada; lo único extraordinario que pudo notar fue un olor celestial, y sumamente agradable como de pastillas ricas que se hubiesen quemado en él; varias veces también vio las mismas luces el Licenciado Juan Rubio, capellán por entonces de Nuestra Señora de los Angeles; esto en especial cuando las carmelitas estaban para pasar desde el primer convento a su casa definitiva. (3)

No fueron éstas las únicas demostraciones que hizo el cielo en el cuarto de Mariana. Tres o cuatro días antes que las tres carmelitas fundadoras llegaran a esta ciudad, la indígena Catalina que sirvió toda su vida a Mariana, y que dormía en un cuarto al lado del de su señora, oyó de noche una música celestial que le parecía salir del cuarto de Mariana. Era la música tan armoniosa y las voces tan melodiosas y suaves que le robaron la atención y tenían embelesada toda su alma. Entre estas voces que parecían ser muchas, reconoció perfectamente y sin género alguno de duda, la de su señora Mariana y la de Sebastiana, y le parecía que sobresalía la de Mariana y la acompañaba Sebastiana.

1) Procesos págs. 26, 27.

2) P. Morán de Butrón lib. V, cap. 6, pág. 408.

3) Procesos págs. 48, 194, 204.

Escuchó por algunos instantes con sumo gozo estos desusados acentos; y todo alborozada salió a llamar a D^a Feliciana para que viniese a oír la voz de Mariana y de sus celestiales compañeras. Doña Feliciana de puro miedo no se atrevió a ir, pero envió a una negra de su servicio y a otras personas para que averigunsen, si era verdad lo que decía la india. Así que llegaron pudieron cerciorarse de la verdad del hecho y del dicho de Catalina. Oyeron todos distintamente la música, las voces en el cuarto de Mariana, sin que hubiese lugar a equivocación, llenándose sus almas de suavísimo consuelo y singular alegría. Fueron a instar a su señora para que desechado todo temor, se acercase a gozar de tan grande dicha, pero ella misma refiere de sí «que no lo pudieron conseguir a pesar de todos sus ruegos e instancias». (1)

Este singular acontecimiento se comprobó ser prodigio celestial por lo que sucedió a la india Catalina. Por su mucha edad era extremadamente sorda; pero desde el momento en que oyó la voz de Mariana y de los que la acompañaban recobró perfectamente el oído. Así lo juró D. Alonso Sánchez de Espinosa y Luna en su declaración auténtica, diciendo haber experimentado antes la gran sordera de Catalina, y después su total expedición en oír y responder a los que le hablaban, la curación fue tan completa que no sintió más la enfermedad mientras le duró la vida. (2)

Tanto este caballero como su esposa, con otros muchos testigos, aseguran haber percibido siempre en la habitación de Mariana, que permanecía cerrada, un olor tan suave, una fragancia tan exquisita y de ellos tan desconocida, que superaba las sustancias más aromáticas y los más suaves perfumes. [3]

Este prodigio de despedir de sí muy buen olor fue muy peculiar de Mariana. Jamás usó perfumes, ni esencias, u otra cosa semejante; antes bien aborrecía y detestaba todo aquello. Mas parece que Dios le quiso premiar esta mortificación. Aun en vida, su cuarto, sus vestidos, toda su persona, exhalaba un olor muy suave y desconocido; pero cuando más esto se patentizó fue después de su santa muerte. Ya queda dicho como su sagrado cadáver embalsamó la casa mortuoria, todo el trayecto hasta la iglesia de la Compañía, el sepulcro donde la enterraron y siguió como radicado en el cuarto en que había vivido.

Un prodigio semejante obró la sierva de Dios más de cien años después de su muerte, en abril de 1749; y lo refiere don Tomás Jijón y León en su compendio de la vida de la Bienaventurada.

Citaron los jueces de la causa de Beatificación, a algunas religiosas del Monasterio de San José para que declarasen sobre la

1) Procesos págs. 25, 47, 194.

2) Véase el Apéndice I, N^o VIII.

3) Procesos, págs. 195, 204.

santidad de la Venerable Virgen Mariana, y sin haber dado previo aviso a las Madres, se trasladaron al convento para cumplir con su cometido a tiempo en que se estaban haciendo velas de sebo para el gasto de aquella Comunidad. Sintieron mucho las religiosas visita tan intempestiva, cuando todo el convento estaba lleno de olor nauseabundo, y ya que no se podía dejar de recibirlos pensaron presentarles sus excusas.

Pero Mariana de Jesús a quien se encomendaron, favoreció a aquellas santas religiosas, que ocupan su lugar para alabar y servir a Dios en este mundo, después que ella voló al cielo. Apenas entraron los jueces en la sala, que se les preparó, D. Javier Saldaña, preguntó a sus adjuntos D. Jerónimo Esteves y Oramás y D. Francisco Javier de la Fuente y Santa Cruz, si percibían como él una extraordinaria fragancia de azucenas; ellos le contestaron que la habían percibido desde su entrada. Al propio tiempo José Pazmiño secretario de la causa, que se encontraba a alguna distancia de los jueces, y con quien estos no habían hablado dirigiéndose a las religiosas que ahí estaban les dijo: «Madres y señoras, ¿hay acaso por allí azucenas o nardos?» [1]

Las religiosas que pensaban presentar sus excusas acerca del mal olor del cebo, respondieron unánimes que ni las había en sus celdas, ni en los jardines, ni tenían memoria que las hubiese habido en la casa por espacio de muchos días.

Aquel olor de azucena pronto se difundió por todo el monasterio, sin que faltase en el menor rincón o ángulo de todo él, aunque no se extendió a fuera. Conmoviéronse las religiosas con aquel acontecimiento en circunstancias semejantes y pronto acordaron al turno; y determinaron los jueces levantar acta de lo acaecido. Mandaron que se registrasen de nuevo y con grande diligencia todas las oficinas, celdas, jardines y dependencias del Monasterio, y no se pudo encontrar ni una sola azucena, ni un solo nardo, ni fresco ni seco. Muchas religiosas además juraron que no los habían visto en el Convento por espacio de muchos días. Tomaron también el juramento a la tornera quien afirmó que nadie había traído azucenas o nardos desde mucho tiempo.

Mariana de Jesús había pedido con grandes oraciones a Dios Nuestro Señor que su casa se convirtiese en convento, y grande fue su gozo cuando Nuestro Señor se lo concedió. Ella hubiera querido ser una de las primeras que en él entrasen, mas ya que no pudo hacerlo en vida, quiso mostrar su agrado y aprobación desde el cielo; quiso venir a consagrar el coro con su canto, quiso embalsamar toda la casa no sólo con el suave olor de sus virtudes, pero con un olor sensible muy delicioso, y más tarde con el aroma de azucenas. (2)

1) El mismo D. Javier Saldaña, en su declaración acerca de las virtudes de Mariana de Jesús se llama «testigo instrumental del olor de azucena en el convento del Carmen» Procesos Apostólicos fol. 101.

2) Compendio de la vida de la Venerable Mariana de Jesús N.º 66, pág. 54.

Bien pueden las religiosas que viven en aquella casa santificada por Mariana esperar muy fundadamente, que las protegerá siempre desde el cielo, y que no permitirá que el demonio derribe esa fundación que ella misma estableció en su propia casa y consolidó con sus oraciones, virtudes y milagros.

CAPITULO XI

Veneración y elogios que mereció Mariana de parte de sus paisanos

SUMARIO: QUITO LA PIDE POR PATRONA.— CARTA DEL ARZOBISPO DE CHARCAS.— CARTA DEL OBISPO DE PANAMÁ — LOS PP. DE LA COMPAÑIA CELEBRAN SU MEMORIA.— CARTA DEL P. CAMACHO.— DIVERSOS GRABADOS.— RETRATOS DE MARIANA.— SU RETRATO FÍSICO Y MORAL.

La muerte de Mariana de Jesús se divulgó muy pronto en todo lo que era entonces Virreinato del Perú, así como antes se había esparcido por todas partes, la fama de sus admirables virtudes; pocos la conocían por su apellido, es verdad, pero muchísimos por el nombre más glorioso de *«la Santa»*.

De todo aquel vastísimo territorio, el punto donde se la conocía y apreciaba más era aquella parte que forma ahora la República del Ecuador. Quito, su patria, daba el ejemplo; la devoción a Mariana de Jesús, la confianza en su poderosa intercesión se había enseñoreado de todos los corazones. Se hicieron un gran número de sus retratos; y estos se encontraban en todas partes, en las casas de los seglares como en los monasterios; querían todos tener aquella imagen, como una protección y salvaguardia contra toda clase de calamidades, así temporales como espirituales; recordaban que había dado su vida por la salvación de su patria; y que si los había amado con tanta caridad en este mundo, era imposible que se olvidase de ellos en el cielo, donde el amor no disminuye ni se extingue, sino que se aumenta y perfecciona.

Escribe el P. Morán de Butrón (1) que de su tiempo, setenta y seis años después de la dichosa muerte de Mariana, se conservaba todavía muy fresca la memoria de sus grandes virtudes y heroica santidad, así como de los milagros estupendos que había obrado. Esta memoria se iba transmitiendo de padres a hijos como

1) «Desde la muerte de la sierva de Dios hasta el tiempo presente [7 de julio de 1760] es universal y común la devoción de los pueblos para con ella, no sólo en esta ciudad de Quito, como lleva dicho, sino en toda la América y reino de España: pues guardan en todas partes sus estampas y se valen de su intercesión en sus angustias y necesidades, confiados que conseguirán del Señor lo que piden y persuadidos con la experiencia de los favores que reciben, todos tienen por cierto que está reinando con Dios en los cielos». Procesos Apostólicos, fol. 103.

herencia preciosa, con la estimación grande que de ella tenían, sin permitir que se perdiese el más insignificante pormenor de ese sagrado depósito, porque esperaban que algún día sería puesta en los altares. Abrigaban además la firme convicción de que sería declarada Patrona de estas tierras, que la Santa Iglesia la daría a sus paisanos, por asilo y seguro refugio en las calamidades, escudo y baluarte de la patria, y que habían de tener el gusto de ver a la noble virgen ecuatoriana, venerada y aclamada por su santidad en el mundo entero.

Con estas esperanzas la ciudad de Quito pidió a la autoridad eclesiástica que incoase los *«Procesos Informativos»*, para que no se perdiese ni lo más mínimo de aquella santa vida, que todos sabían perfectamente, y para llevar la causa a la Santa Sede en orden a la beatificación de la sierva de Dios; no dudando que la sentencia sería favorable.

Era tan grande el ardor que reinaba en Quito, para la beatificación de Mariana, que pronto participaban de él los viajeros a su llegada a aquella ciudad. Pasaba por Quito de camino para Charcas el dignísimo Arzobispo de aquella arquidiócesis, D. Melchor Liñan de Cisneros, que más tarde fue Arzobispo de Lima. Tuvo ocasión durante su permanencia en la ciudad de leer los Procesos de la vida, virtudes y milagros de la sierva de Dios, y se llenó de tanto entusiasmo que juzgó de su deber para activar la beatificación escribir una carta a la Reina de España D^a Mariana de Austria que dice así:

«Habiendo llegado a esta ciudad de Quito, en prosecución del viaje que hago a mi iglesia de Charcas, la hallé llena de písima afección y veneración suma a la venerable Virgen Mariana de Jesús, Hija suya, que resplandeció en ella en heroicas virtudes y maravillas, empezando desde su infancia, como en flor, a pronosticar el colmado fruto de ellas, en el resto de su vida que fue de veinte y seis años. Causó en mí, esta voz común acreditada, devoción particular a esta Esposa escogida de Jesucristo. Y por avivarla más y tener parte entre los muchos que a las reales plantas de Vuestra Majestad, suplicaron favorezca con su catolicísimo celo, ejercitada piedad y Real patrocinio, la causa de la beatificación; creyendo que en esto hago a Vuestra Majestad una inestimable gratitud; pasé de estas vocales noticias a ver el testimonio y corroboración de ellas en los autos, que de comisión del ordinario se están haciendo, donde conocí que excede lo averiguado a lo disungido, con tanta copia de milagros y de virtudes, que sólo puede la admiración encogerse, conociendo la liberalidad de la poderosa mano de Dios Nuestro Señor de donde dimanaron. Constará de todo a Vuestra Majestad en los informes que interpondrá la ciudad de Quito, como la más interesada en la gloria de tal Hija, y que por excusarla el azote de su indignación en una peste, se ofreció en sacrificio a su divina Majestad, que agraciada de víctima tan pura, la aceptó y la sacó de este siglo».

«Reparé que el tenor de su vida fue muy parecido al de la esclarecida virgen Santa Rosa, Patrona de estos Reinos; porque Dios Nuestro Señor debe disponer tenga en el amparo de ellos otra compañera, para mayor exaltación de su santa fe, crédito de la universal Iglesia y ornamento de la de esta América, en cuyo cielo servirán de sol y luna. Ya considero con esta breve narración inclinado el ánimo de Vuestra Majestad a favor de causa tan propia suya, aun sin que aboguen por ella las súplicas; que el devotísimo de Vuestra Majestad y su fervor se adelanta a todo; y más cuando esta virgen purísima (fue en sumo grado), convida a Vuestra Majestad por el sexo y por la particularidad de haber tenido su mismo nombre; pero si la mfa en el conocimiento de esta verdad, se juzga por excusada, la pone a las plantas de Vuestra Majestad, el de estar cierto se agradará de que coopere con el piadosísimo deseo de Vuestra Majestad, Católica, Cesárea, Real Persona, con la del rey Nuestro Señor, que guarde Dios como la cristiandad lo ha menester».

Quito, y novienbre primero de mil seiscientos y setenta y cuatro años.

Melchor Arzobispo de los Charcas» (1)

En esta conformidad escribió también a la Reina Gobernadora, D^a Mariana de Austria, D. Antonio León, Obispo entonces de Panamá y después de Arequipa, por la noticia que había llegado a aquellos países tan distantes, de las grandes virtudes de Mariana. Este es el tenor de la carta:

«No participo a Vuestra Majestad, las noticias y voces que de las virtudes de la venerable Mariana de Jesús, que nació en la ciudad de Quito, y fue de la Compañía de Jesús en su enseñanza y dirección, desde su nacimiento hasta su muerte, aunque temprana, a los veintiseis años, por haberla aceptado Dios en sacrificio que voluntaria le ofreció, por el trabajo de una peste que sus convecinos padecían: fuera grave delito en mí por callar a Vuestra Majestad cuán públicas fueron sus heroicas virtudes; pero hacia lo más remoto de este nuevo mundo son patentes; y cuanto se extiende sus milagros, en cuyo número y cualidad no me detengo, porque constarán auténticamente a Vuestra Majestad para la beatificación de la sierva de Dios, en que en estos reinos de Vuestra Majestad serán muy beneficiados para lo espiritual, que tanto Vuestra Majestad cuida y con tanta diligencia, por necesitarlo más estas tierras que las demás sujetas al dominio de Vuestra Majestad, y serles el culto y veneración de esta virgen mejor dechado y ejemplo, por haberla comunicado y tratado, que otro alguno; y tener su cuerpo por el derecho que adquirió en su enseñanza y dirección el colegio de la Compañía de Jesús de aquella ciudad de Quito: en que Vuestra Majestad hará un gran servicio a Dios y dará igual

1] P. Morán de Butrón lib. V, cap. 7, pág. 415.

consuelo a estos reinos; y alentará al ejercicio de las virtudes que esta virgen tuvo, con su beatificación, que la creo breve, por el heroico grado en que están y la interposición, para ello de la grandeza de Vuestra Majestad, que todos sus vasallos suplicamos y en especial los eclesiásticos; por la propia obligación que nos asiste del mayor aprovechamiento de las almas y inoción al mayor servicio de Dios, que guarde la Cesárea, Sacra, Real Persona de Vuestra Majestad, como la cristiandad ha menester, y yo como Capellán de Vuestra Majestad pido».

Panamá, mayo, diez, de mil seiscientos y setenta y cinco.

«Antonio, Obispo de Panamá» (1)

En el mismo sentido y con las mismas muestras de aprecio y veneración escribió a la reina, el Obispo de Popayán D. Cristóbal Bernaldo de Quirós; y lo mismo hicieron otros preladados, porque la América española no tenía entonces sino una voz de admiración y alabanza para con Mariana de Jesús. Para referir todos estos elogios sería preciso trasladar aquí en íntegro una copia de los Procesos; pues no son otra cosa sino el eco fiel de la universal estimación que todos profesaban a la noble virgen ecuatoriana.

Los PP. de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito, tuvieron siempre muy buena opinión de las heroicas virtudes y santidad de la sierva de Dios. Su memoria y grato recuerdo se iba transmitiendo de unos a otros con gran fidelidad, y se esforzaban todos, cada cual según sus fuerzas, en procurar que Mariana fuese conocida y glorificada. Los Superiores en especial conservaron y guardaron con singular esmero, así los papeles pertenecientes a la alabanza de Mariana, como las cosas que algún día podrían ser tenidas por reliquias suyas. Pero hablando en particular de los que la conocieron y trataron, puede decirse que hicieron los más grandes elogios de la sierva de Dios. Los PP. Juan Severino y Luis Vázquez, sus confesores, hombres de letras y de virtud, aunque sabían muy bien que no debemos comparar un santo con otro, pues sus méritos en el divino acatamiento nos son desconocidos; con todo atendiendo a lo que está escrito en los libros, sobre las virtudes y santidad de Santa Catalina de Sena y a lo que sabían de Mariana de Jesús, no vacilaban en afirmar que «Mariana de Jesús no era inferior a la grande Santa Dominicana, a quien ella había tomado por especial modelo». (2)

En opinión de grande santa la tuvieron siempre el P. Pedro de Alcocer y el P. Juan de Enebra. El primero por la estimación y veneración que le tenía, empezó a escribir su vida, pero la muerte le impidió concluir una obra que sin duda hubiera sido de grande gloria de Dios Nuestro Señor. (3) El P. Enebra dió tanto

1] P. Morán de Butrón lib. V, cap. 7, pág. 417.

2] P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. 7, pág. 420.

3] Procesos, Apostólicos fol. 129.

crédito a su espíritu de profecía, que por él se guiaba en un todo; y por esta causa se preparaba cada día, para la muerte repentina que Mariana le había anunciado, como en efecto aconteció.

Inútil es mencionar al P. Alonso de Rojas; basta para hacer comprender el gran aprecio que profesaba a Mariana, la oración fúnebre que compuso para sus honras. Aunque este discurso si se le considera bajo el punto de vista literario, esté afeado por el mal gusto entonces dominante, no por eso deja de tener un valor histórico y oratorio extraordinario y bien merecido.

Fue bastante este solo discurso para que la Sagrada Congregación de Ritos diese comisión al Ilmo. Sr. Obispo de Quito para iniciar las informaciones acerca de la vida y milagros de Mariana de Jesús y de su sobrina Sebastiana de Caso, cuando por primera vez se perdió en el mar la copia de los Procesos, salvándose únicamente el discurso del P. Alonso de Rojas. (1)

Pero entre todos estos diversos testimonios debe ocupar el primer lugar, lo que de ella dejaron escrito el P. Camacho y el Hermano Hernando de la Cruz; pues nadie mejor que ellos podía saber lo que pasaba en el alma de Mariana. Cuando ésta murió, el P. Camacho se hallaba en el colegio de Riobamba; y desde allí escribió una carta que copiada al pie de la letra dice así:

«Señor Don Cosme de Caso: No sé si de a vuestra merced el pésame o pláceme del aviso que me escribe; porque a mí, si me pesa de la falta que hará tan lucido ejemplo de santidad; pláceme la seguridad que tengo de la mucha gloria de que goza, como la memoria de haber sido yo, aunque indigno, el instrumento de que Nuestro Señor se sirvió para promoverla a tan alto grado de virtud. Más tiempo y papel era menester para hacer extensa relación de ella; mas dejando las muestras exteriores a tantos ojos patentes y reduciendo a breves puntos lo interior, digo lo primero: Que Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupción. Las penitencias mientras la regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece pudiera tolerar un cuerpo tan débil; si bien por estar persuadido después de mucha atención y examen, a que eran inspiradas de Dios, se las permití. Seis y siete cilicios juntos trafa muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las disciplinas hasta derramar sangre en ellas, dos y más veces las hacía cada día. Dormía muchas noches amarrada a una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos milagrosos; porque dejados los de pan y agua que frecuentemente hacía a los principios por algunos años, no se desayunaba sino de quince en quince días; y entonces con una sola rebanada de pan que volvía a rebosar. Había hecho voto de castidad y virginidad, que

1] Véase su oración fúnebre, Apéndice VI

conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese amancillar ni asomo de imaginación, que de mil leguas la pudiese deslustrar; de obediencia a su confesor, que exactísimamente observó; de pobreza, que guardó despojándose de cuanto tenía, hasta de la llave de sus alhajas, y no recibiendo ni dando nada sin licencia de su confesor. Gastaba lo más del día y de la noche en oración así vocal como mental, exámenes, lección espiritual y contemplación, sin dormir apenas una hora. Fue rarísima la pureza de su alma, siendo forzoso para absolverla, por no dar materia cierta, recurrir a alguna cosa de la vida pasada; no perdió la inocencia bautismal en toda ella. Fue humildísima, y sentía con extremo el que la tuviesen por virtuosa, a cuya causa mucho tiempo buscaba los rincones de la iglesia porque no la viesén. Pidió a Nuestro Señor no la llevase por camino de regalos, sino de asperezas y trabajos, a imitación de D^a María de Vela a quien fue muy aficionada, y cuya vida lefa de ordinario por imitarla; y consiguíolo de suerte que los tedios, desolaciones y agonías interiores que padecía, le hubieran ocasionado mucho antes la muerte, si Nuestro Señor no la hubiese milagrosamente, como pienso, conservado la vida por aumentarle sus méritos. Y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo cuanto el temor de ser a otros molesta, y de no mostrárseles amorosa en sus respuestas. Mucho más pudiera alargar esta relación, pero para el intento esto bastará.

Guarde Dios a vuestra merced como deseen.

Riobamba, y junio seis de mil seiscientos y cuarenta y cinco años

Juan Camacho (1)

El Hermano Hernando de la Cruz compuso una canción sobre las virtudes de la sierva de Dios, que si bien no es modelo de poesía y gusto literario, es grande alabanza de Mariana y documento histórico de valor incontestable. (2)

Peró quien más y mejor trabajó en honra de la «*Azucena de Quito*», fue el guayaquileño P. Jacinto Morán de Butrón, nacido el 9 de mayo de 1668 y muerto en la misma ciudad de Guayaquil el 7 de mayo de 1749. Escribió una vida extensa de Mariana valiéndose de los Procesos iniciados en 1660, de todos los documentos escritos que entonces se conservaban, y de la tradición oral que era variadísima y abundante.

El año de 1746 cuando se formaban los nuevos Procesos para la Beatificación de la sierva de Dios, le mandaron que declarase y jurase: «la verdad de lo que vió y manejó en los instrumentos que se le dieron para escribir la vida de Mariana de Jesús». Esto se ejecutó el 30 de enero de 1746, y en esta declaración apunta las diversas fuentes de que se sirvió para escribir su historia, y con

1] P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 7, pág. 422.

2] Véase el Apéndice 1, N^o 9. P. Morán de Butrón lib. V, cap. 7, pág. 424.

esto de un modo indirecto, confirma la verdad de su escrito. (1) No se contentaron los Padres de la Compañía de Jesús con escribir o predicar las excelencias de Mariana. Así como los hubo que nos dejaron las facciones de su rostro expresadas con la paleta, también los hubo que perpetuaron su memoria en láminas de bronce.

El P. Juan de Narváez y el Hermano coadjutor Miguel de Santa Cruz, a principios del siglo XVIII hicieron dos grabados de no vulgar mérito, de los cuales se sacaron muchas estampas, las que esparcidas con profusión por todas partes, ayudaron no poco para aumentar la devoción a Mariana de Jesús entre sus paisanos. El grabado del P. Juan de Narváez fue dedicado a la reina D^a María Luisa Emmanuela de Saboya; representa el milagro de la azucena brotando de la sangre de Mariana de Jesús; el del Hermano Miguel de Santa Cruz conmemora el ofrecimiento que Mariana hizo de su vida a Dios Nuestro Señor por la salvación de Quito.

Otro tercero que se conserva en el Colegio de la Compañía de Jesús, representa a la Bienaventurada con un ramo de azucenas y dice: «Imagen de la Azucena de Quito, la virgen Mariana de Jesús, que dedica a la Serenísima Señora D^a María Bárbara de Portugal, Princesa de Asturias. La Provincia de Quito de la Compañía de Jesús, 14 de abril de 1741.—Roma. (2)

Además de estos tres, mandó hacer otro el Sr. Canónigo Dr. D. Javier Jijón y León. En él se ve a Mariana en un trono de nubes, postrada delante de Jesucristo, en actitud de pedir al cielo que libre a Quito de las calamidades que la afligen o la amenazan.

Nunca consintió Mariana que la retratasen en vida; era demasiado grande su humildad para permitir que quedase o pudiera quedar de sí misma memoria alguna; era tan íntimo el desprecio que tenía de sí que no podía figurarse que otros tuvieran interés en ver su retrato, sino que mas bien a todos habla de causar asco y horror. Después de su muerte, como su rostro quedó con la misma hermosura que en vida, fue muy fácil a un diestro pintor sacar un retrato muy parecido. Hízolo así, y según todas las conjeturas, el pintor, o uno de ellos, fue el mismo Hermano Hernando de la Cruz, cuyo mérito en la pintura no se puede negar, como se echa de ver por los cuadros que ha dejado. (3)

1) D. Javier de Nequera y Aybor declara en los Procesos lo siguiente: «Los abuelos de este testigo fueron amigos y trataron a la familia de Mariana; él leyó los manuscritos del P. Morán y los llevaba a un clérigo que los sacaba en limpio; esta vida se produjo en 1697. (Procesos Apostólicos fol 175) Estos mismos manuscritos se leyeron por el mismo tiempo a los colegiales de S. Luis.—Procesos Apostólicos fol 45

2) Véase el Apéndice VI

3) Del Hermano Hernando de la Cruz, se dice en los Procesos de 1749; «quien siendo insigne pintor como lo acredita el espantoso lienzo del infierno que pintó y está colgado en la Iglesia de la Compañía, a la entrada de la puerta, el que fue no sólo contemplación sino visión que tuvo, queriendo sacar el retrato de la sierva de Dios, después de su muerte, según la idea que conservó habiéndola visto después de muerta.....tirando las líneas repetidas veces, nunca pudo sacar la imagen de la

De este retrato que según se cree, es el que se conserva en el Carmen Alto, se sacaron muchas copias que se esparcieron por todas partes.

Se deduce de todos estos retratos, así como de lo que escribe el P. Morán de Butrón, que en lo físico y exterior; Mariana de Jesús fue de extraordinaria belleza y de incomparable gracia y hermosura. Su cuerpo era de una estatura más que mediana, y muy bien proporcionado en todos sus miembros. Su rostro era un poco abultado, pero de simetría admirable; la tez muy blanca; los ojos negros, grandes y algo rasgados; las cejas negras, pobladas, más bien tendidas que arqueadas; la frente moderadamente ancha; las mejillas de un color rosado muy suave y muy agradable, color que Dios le conservaba milagrosamente siempre en el mismo estado, para disimular sus horribles penitencias; la expresión de la cara en su conjunto, era de bondadoso cariño y de grande apacibilidad, con lo cual se ganaba todos los corazones.

Fue cosa muy notable en ella que a pesar de sus continuos ayunos, de sus abstinencias y numerosos achaques, nunca padeció de enfermedades nerviosas, ni de perturbación alguna en la imaginación, sino que siempre la tuvo muy quieta y muy sosegada, aunque muy viva; lo que pone sus profecías y milagros no sólo fuera del ataque, pero aún de la calumnia de los impíos, que cuando desesperan poder dar alguna explicación racional y plausible de los hechos sobrenaturales, rehusando admitir la intervención divina, se ven precisados a acudir a la imaginación o a la perturbación de la fantasía.

Fue de entendimiento muy agudo y perspicaz, y su juicio de grande madurez y circunspección. A punto se hacía cargo de cualquier asunto o negocio que se le proponía, por arduo que fuese; de esta admirable disposición se sirvió maravillosamente para entender, lo que exigía la mayor gloria de Dios en lo que pretendía emprender.

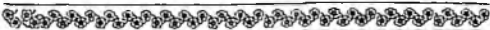
Del mismo modo, su madurez y circunspección unida a su exquisita caridad, le ayudó mucho para que anduviera muy sobre aviso y con mucho tino a fin de no causar molestia alguna al prójimo, con acciones o palabras poco consideradas que se le escapasen sin pensar, y de que después tuviese que arrepentirse.

Si a este cúmulo de bellas prendas naturales se juntan su singular dulzura y afabilidad, su humilde condescendencia con todos, cuando se trataba de complacer o de prestar algún servicio; lo fino y delicado de sus modales; su cortesía exquisita; realizado todo esto

servía de Dios como la tenía ideada, hasta que cansado, puso la vista en el santo Cristo que está en el coro, que es el que se saca al presente en el viernes para la devoción de las tres horas, se puso a copiar en la misma tabla al santo crucifijo, y repentinamente se halló con la imagen de la sierva de Dios que antes no había podido sacar; cuyo caso fue notorio, y lo oyó el testigo desde niño y estudiante entre los PP. de la Compañía de Jesús. Procesos Apostólicos, fol. 645

por la virtud sobrenatural de la caridad y amor del prójimo; se tendrá el ideal más bello, el ejemplar más sublime de la juventud cristiana en toda su perfección verdadera. En efecto se encontrarán pocas personas que hayan reunido en sí como la noble virgen quí-teña, en un muy feliz conjunto, tantas y tan admirables prendas y perfecciones así naturales como sobrenaturales; pues en el orden sobrenatural fue una muy grande santa, y en el orden físico recibió de la naturaleza cuanto puede apetecer y exigir la belleza humana para ser perfecta y completa en una mujer.





LIBRO V

Milagros que ha obrado Mariana de Jesús y favores que por su mediación han alcanzado de Dios sus devotos

CAPITULO I

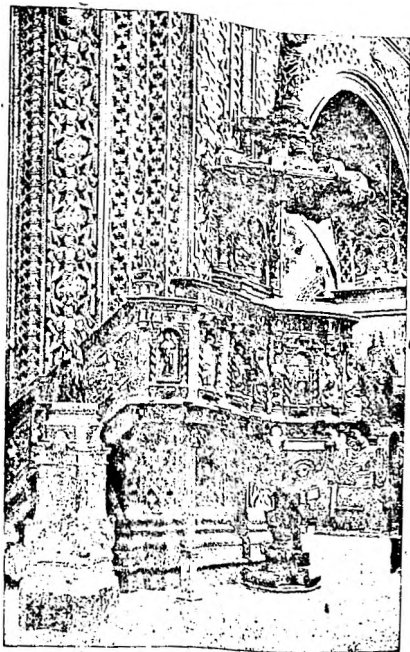
**Refiérense algunos de los milagros que
Mariana de Jesús obró en su vida mortal.**

SUMARIO: BREVE NOCIÓN DEL MILAGRO.—CURACIÓN DE CATALINA DE SALAZAR.—HOJAS DE ROSAS SECAS.—MARÍA DE PAREDES, HERMANA DE MARÍA DE JESÚS.

Nadie ignora cuán diversos son los pareceres acerca de los milagros, pero la verdad se encuentra tan solo en la doctrina que la Iglesia católica propone a sus hijos.

Los ímpíos o paganos modernos, que es todo uno, al oír la palabra «milagro», entran en una especie de furor que no pueden dominar ni esconder. A pesar de llamarse a sí mismos ilustrados, amigos de las luces, defensores de la razón, su conducta es tan irracional en este particular, que a trueque de impugnar un milagro no reparan en destruir los principios más elementales de la misma razón y de la ciencia; llegan hasta negar el fundamento en que descansa toda historia, no queriendo admitir, únicamente por que son milagros, hechos incontestables y de verdad histórica plenamente comprobada. Por otra parte; por una de esas aberraciones increíbles, pero que forzosamente se han de encontrar en entendimientos dominados por la soberbia y el orgullo, son de una credulidad pasmosa para todo lo que es contrario a la religión católica; no vacilan en admitir como verdades evidentes, hasta las fábulas y patrañas más inverosímiles y groseras. El milagro es para ellos como un trueno que viene a recordarles que existe un Dios a quien tarde o temprano tendrán que dar cuenta de todas sus acciones para recibir el debido castigo; esta y no otra es la razón porque lo rechazan.

Los cristianos al contrario, guiados por la luz de la recta razón ilustrada por la fe y las enseñanzas de la Iglesia, creen que Dios tiene poder, para obrar cuantos milagros le plazca; pues el Autor



EL PULPITO DEL TEMPLO DE LA COMPAÑIA

Al pie del mismo, junto a la escalera de subida, está el sitio en que solía arrodillarse la bienaventurada.

En la actualidad está ocupado por un pedestal y su estatua en actitud de oración.

de la naturaleza, el que todo lo conserva y dirige, debe poder a su arbitrio, suspender las leyes de la misma naturaleza, alterarlas o modificarlas en sí o en sus efectos; evidenciando, de esta manera, en un caso dado, la intervención de su brazo todopoderoso. Creen además que Dios se ha dignado obrar algunos milagros, cuales son, por ejemplo, los que la Santa Iglesia propone como tales a sus fieles Hijos. Si no los comprenden, tienen siempre la cordura y humildad suficientes para no negar como falso, lo que reconocen ser sobre su capacidad, juzgando que obrar de otra manera es propio solamente de ignorantes y presumidos.

Para que no haya equivocación en lo que se refiere en este capítulo y los siguientes, se debe presuponer que no todo lo maravilloso que se narra en las vidas de los Santos, es o puede llamarse milagro; ni los autores de esas vidas jamás han pretendido cosa semejante. Hay muchos favores, que aunque sean evidentemente gracias concedidas por Dios, por intercesión de los Santos, no son, sin embargo, milagros en el verdadero sentido de la palabra; y los mismos milagros, mientras no reciban la sanción infalible de la Iglesia, no merecen de suyo y en igualdad de pruebas, fe mayor que la que debe darse a cualquier otro hecho histórico, que cuente el autor de la vida de un Santo.

Entendidas las cosas conforme a este criterio, nada más puesto en razón que referir las gracias y favores que Dios ha otorgado a los fieles en esta vida por la intercesión de algún Santo, para que los demás se animen a acudir a ellos en sus necesidades; pues Dios es glorificado en sus Santos cuando nosotros llenos de confianza y devoción imploramos por su medio el auxilio divino.

Muchísimas son las gracias que Mariana, así en vida como en muerte, ha alcanzado para sus devotos, y los milagros que ha obrado en su favor. Aquí se pondrán sólo algunos casos; otros muchos se pueden ver en la vida de Mariana por el P. Morán de Butrón, y también en un gran número de hojas impresas, donde muy a la larga se refieren.

Tuvieron que ir a sus haciendas del valle de Saguanche el capitán D. Juan Guerrero de Salazar con su esposa D^a Juana de Cazo; y por no llevar consigo a una niña suya de tres años de edad, la dejaron al cuidado de Mariana. Esta que no desperdiciaba ninguna ocasión de prestar algún servicio, admitió gustosa el encargo que le hicieron de la niña, cuyo nombre era Catalina, y que después se llamó Catalina de los Angeles, fundadora del convento de carmelitas de Cuenca, donde murió con grande fama de santidad. Llegó un día al patio de la casa una numerosa recua de mulas con cargas de trigo y maíz para la venta; Catalina estaba ahí jugando con otras niñas, y con la inadvertencia propia de su edad se metió en medio de aquellos animales, sin pensar en el peligro que corría. En efecto, recibió en pleno rostro, una coz tan violenta de una mula herrada, que cayó al suelo como muerta. Tenía las narices

y las quijadas completamente destrozadas, rotos y arrancados los dientes y la piel de la frente hecha jirones. Acudió al ruido y gritería que inmediatamente se levantó, la indígena Catalina de Paredes, criada de Mariana, quien había bajado la niña al patio, y cogiéndola en brazos se fue al cuarto de su señora.

Mariana, como si lo hubiera sabido todo salió de su aposento y dijo: «¿Qué has hecho Catalina?» Tomó a la niña en sus brazos y viendo que no daba señal alguna de vida, exclamó: «Ay Dios mío, ¿qué dirán ahora sus padres? ¿qué cuenta les daré de la niña, habiéndomela dejado tan encargada?» En medio de su dolor profundo, alentó su esperanza en Dios Nuestro Señor, y llena de confianza vendó de la mejor manera posible la enorme herida y mandó que luego al punto le trajesen un pedazo de carne cruda de vaca, «porque, añadió, he oído decir que es muy bueno para curar las heridas». Llevó a la niña a su cuarto, le aplicó el pedazo de carne y haciendo salir la gente que allí se había reunido, se puso de rodillas pidiendo a Dios en fervorosa oración que remediasse aquella desgracia, con firme esperanza de conseguirlo. Estuvo así por algo más de una hora; la gente afuera esperaba de un momento para otro la noticia de que la niña había muerto. Grande fue la sorpresa de todos cuando en vez de la fatal noticia, vieron salir a Mariana, con Catalina en los brazos, buena y sana, muy alegre y risueña, con una manzana en la una mano y un pedazo de pan en la otra. Quedaron asombrados los allí presentes al ver un prodigio tan palpable. Mariana llamó a su criada, le entregó la niña para que la cuidase, y a fin de disminuir el pánico entre los circunstantes y ocultar algo el milagro les dijo: «Ved cuán eficaz remedio ha sido la carne de vaca, pues con ella Dios ha sanado a la niña».

Fue la cura tan completa y quedó la niña tan sin lesión, que no se veía señal alguna de la herida causada por la cox; por lo cual era patente a todos que la había curado el médico celestial por medio de las oraciones de su sierva. Sin embargo, para que nadie pudiese dudar de la herida y del prodigio, quedó una cicatriz como un hilo finísimo, que solamente podían distinguir aquellos que gozando de muy buena vista, se acercasen mucho al rostro de la niña. Esto no la afeaba de ninguna manera, sino antes bien los que la conocieron antes y después del acontecimiento, juraron en los Procesos que su rostro había quedado tan hermoso, «como que era cara de milagro». «Yo ví, dice uno, a la niña el día siguiente, que era como un oro de linda, hermosa mucho más que antes, sin asomo de señal de herida». Esta celestial belleza tuvo además el privilegio de no alterarse ni poco ni mucho, con las causas físicas que suelen deteriorarla en otras personas, como el sol, el aire y la intemperie.

Fue notorio este prodigio en todo Quito; habían presenciado la desgracia más de veinte personas; mucha gente iba cada día a la casa para ver a la niña, y podían cerciorarse de todo al examinar la sutilísima cicatriz que siempre le quedaba. La misma Mariana

de Jesús refirió el milagro a dos amigas suyas, que la importunaron hasta saberlo todo de su boca. Con estas palabras atestigua lo acontecido la misma agraciada, Catalina de los Angeles: «Demás de los prodigios que obró Dios Nuestro Señor por medio de Mariana, la dijeron a esta testigo sus padres y demás gente de servicio, y otras personas de fuera, que siendo esta testigo de tres años, poco más o menos, y habiéndola dejado sus padres a cargo de la sierva de Dios por haberse ido a sus haciendas; un día que había venido de ella una recua de mulas, andando entre ellas como niña, le dió una de dichas mulas que estaba herrada, una cox en el rostro, que se le abolló de suerte que se le quebró la nariz, y las quijadas; y subiéndola en brazos una india llamada Catalina, que era del servicio de la sierva de Dios, le salió al encuentro como si la hubiesen avisado del caso, y cogiéndola en los suyos dijo: ¡Ay Dios mío! ¿qué dirán ahora sus padres y qué cuenta les daré de esta niña? y diciendo esto, cogió un pedazo de carne de vaca y se lo puso en el rostro lastimado, y la recostó en su cama y se puso en oración; y al cabo de ella la volvió a coger en brazos, sana y buena y con mucha alegría; y atribuyó la sanidad a la carne de vaca, por disimular la merced que Dios Nuestro Señor le había hecho, quedó esta testigo con el rostro más hermoso y sin señal alguna, y esto fue de suerte, que aun cuando salía al campo no la ofendían ni quemaban los aires y que siempre se atribuyó a prodigio y milagro de Dios, obrado por su sierva». (1)

Una india de la casa de Mariana, teniendo que alimentar a una criatura, estaba tan escasa de leche, que el niño lloraba sin cesar y le acompañaba con sus lágrimas la pobre madre, viendo morir de hambre a su hijo sin poderlo remediar. Llena de compasión Mariana preguntó a la india la causa de los lloros incessantes de la criatura, así de día como de noche; se lo contó la madre más bien con sollozos que con palabras, pidiéndole que pues podía tanto con Dios, remediase aquel mal con sus oraciones. Mariana la consoló, asegurándole que buscaría alguna medicina muy eficaz. Se fue a su cuarto, se puso en fervorosa oración hasta que hubo alcanzado de Dios todo lo que pretendía. Entonces llamó a la afligida madre y para disimular el milagro, le mandó que cogiese hojas de una especie de higuera que crecía en los contornos, las hiciera hervir en agua, y que cuando estuviesen hirviendo, aspirase el vaho, y que dentro de poco tendría lo que deseaba. Hizo así la india y al punto tuvo grande abundancia de leche, que le duró mientras fue necesario para alimentar a la criatura. [2] Una mestiza llamada María de Paredes, que también servía en la casa de Mariana, habiendo sabido cuán eficaz había sido el remedio que la india había practicado, quiso experimentarlo en sí mis-

1) Procesos págs. 38, 176, 251, 257; P. Alonso de Rojas, pág. XXII.

2) P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. 10, pág. 352. Procesos, págs. 166, 180.

ma, pues criaba a dos niños y se hallaba escasa de leche; pero por más que lo repitió, todos sus cuidados fueron inútiles, no obtuvo ningún buen resultado, ni podía obtenerle; con lo cual se comprobó que todo se debía a las oraciones de Mariana. Esto se evidenció todavía más, con lo que refiere en los Procesos Leonor Rodríguez Palomeros, es a saber, que cuantas veces hizo ella este remedio en otras madres, pero invocando a Mariana que ya reinaba en los cielos, otras tantas había visto que surtía efectos maravillosos.

Mariana encubrió todo lo más posible, los milagros que obraba; y muchas veces se valió para este intento de la invocación de Santa Rosa de Lima. Había ido a aquella ciudad el capitán D. Cosme de Cazo, poco tiempo después de la muerte de Santa Rosa; y además de las noticias sobre sus grandes virtudes y prodigiosa vida, había podido conseguir las hojas de algunas rosas, que habían sido colocadas sobre el santo cuerpo cuando descansaba en el féretro; y las regaló a Mariana. Esta las apreciaba como cosa de suma estimación, y se propuso preparar con ellas un remedio universal contra toda clase de enfermedades; y muchas fueron las curaciones que por medio de estas rosas alcanzó de la divina Bondad.

Enfermó María de Paredes de un tabardillo tan violento y cruel, que a las pocas horas el médico que la atendía, le recetó por único remedio, la recepción de los últimos sacramentos, dejándola completamente desahuciada. Después de esto pasó a la casa de Mariana, y D^a Jerónima le preguntó en qué estado dejaba a la enferma; respondió sin rebozo, que era imposible viviese por mucho tiempo, según era la violencia de la fiebre y de la debilidad de la enferma. Entristecida D^a Jerónima con la noticia, la comunicó a Mariana para que la encomendase a Dios Nuestro Señor. Esta mandó responder con la más completa seguridad: «De esta vez no ha de morir, le enviaré una bebida con que mejorará luego y recobrará muy pronto una salud perfecta». Tomó las rosas secas que eran su tesoro, hizo un cocimiento echando algunas hojas y lo envió a la enferma diciéndole que con esta medicina seguramente sanaría. Bebió la poción la doliente, y en ese mismo momento experimentó notable mejoría; pronto desapareció la fiebre, y a los pocos días ya estaba enteramente sana, sin otro remedio que el preparado por Mariana.

Con la misma medicina sanó a Leonor Rodríguez de una grave enfermedad de corazón que le ponía en evidente peligro de la vida. Cuando empezó a tomar el agua que Mariana le había preparado con algunas hojas de rosas secas, estaba del todo paralizada y sin conocimiento, y fue recobrando el uso de sus miembros y sentidos según que la bebía, hasta que desapareció totalmente la dolencia.

Había venido a Quito desde Ibarra, de donde era vecino, don Jerónimo de Argila, casado con D^a María de Paredes, hermana de Mariana, a cuya casa fue a alojarse por el próximo parentesco.

Estaba muy lastimado de un dedo del pie; tenía lo muy enconado y hasta con peligro de que se declarase la gangrena. Entró en el cuarto de Mariana haciendo sentimiento de los agudos dolores que padecía. Pronto advirtió la atenta caridad de Mariana de Jesús, que su cuñado traía el pie lastimado. Le preguntó compasiva la causa de su dolor, a lo cual satisfizo D. Jerónimo diciéndole que había recibido un fuerte golpe en un dedo del pie. La sierva de Dios le hizo descalzar para curarle, asegurándole que sanaría muy pronto con unas hojas que aplicara a la herida. Se las aplicó en efecto poniendo una venda para que se sostuviesen sobre el dedo maltratado. Esto se hizo por la mañana, y por la tarde le preguntó qué tal se encontraba de su mal, y si habían desaparecido los dolores; respondió D. Jerónimo: «Hermana mía, luego que llegaron sus manos a tocar el pie lastimado quedé enteramente curado». Mariana sin embargo le hizo descalzar otra vez para lavarle con agua caliente, pero no se halló señal alguna del mal de que había padecido. (1)

De María de Paredes, hermana de Mariana, refiere una sobrina suya el siguiente caso, por el cual se ve que no había nada imposible para la oración de la sierva de Dios; pues alcanzaba de su divina Majestad hasta las cosas al parecer insignificantes.

Viviendo todavía María en Quito bajo la tutela de su cuñado D. Cosme, encargó a un sastre que le hiciese una mantellina. Vino a necesitar esta prenda de vestir por causa de una visita que repentinamente se le ofreció; pero le era imposible haberla por estar ausente D. Cosme y no tener ella el patacón que exigía el sastre como retribución de su trabajo. Comunicó a Mariana su tristeza y la causa de ella. Esta la consoló diciéndole que no se afligiese y que confiase en Dios pues, sin duda, su divina Majestad la había de amparar. Al querer salir María del aposento, ya del todo resignada con la voluntad de Dios, Mariana le dijo: «Ciérrame esa ventana que ya es de noche». Probó hacerlo así María, pero no pudo por un estorbo que no podía ver; instó Mariana para que la cerrase; mas el segundo esfuerzo fue también inútil. Entonces la sierva de Dios le dijo que mirase con atención el impedimento que tenía la ventana y que lo quitase. María ejecutó la orden y halló que el estorbo era precisamente una moneda del valor que necesitaba para pagar el sastre y sacar la mantellina. La mostró a Mariana, quien la dijo sonriendo: «¿Qué más quieres? has puesto tu confianza en Dios y El te ha dado lo que le has pedido». (2)

1] P. Morán de Butrón, lib. IV, cap. 11, pág. 359. *Procesos* págs. 227, 228.

2] P. Morán de Butrón lib. IV, cap. 12, pág. 359. *Procesos* pág. 228

CAPITULO II

Apariciones de Mariana de Jesús después de su muerte

SUMARIO: FALSAS APARICIONES Y BRUJERÍAS DEL ESPIRITISMO.—
APARICIÓN DE MARIANA EN TUMBAVIRO. — APARICIÓN A SU
HERMANA DONA JERÓNIMA.

Suele Dios Nuestro Señor manifestar la gloria de que gozan sus siervos en el cielo, con milagros o gracias especiales que concede a aquellos que los honran e invocan, y también a veces con gloriosas apariciones que alienten y esfuercen a la práctica de las virtudes y buenas obras, a los que todavía vivimos en este destierro.

El demonio cuando Dios se lo permite, puede fingir apariciones engañosas, pero éstas se diferencian claramente de las verdaderas, porque siempre en el fin que se pretende, en su objeto o en algunas de las circunstancias que las acompañan, hay algo malo, o menos bueno, o que lleva a lo malo. De este número son las apariciones todas que registra en sus anales la brujería moderna, llamada por otro nombre espiritismo; porque estas apariciones cuando no son netamente inmorales, impías u opuestas a alguna verdad revelada, son siempre de todo punto inútiles, aptas sólo para satisfacer la ociosidad o la vana curiosidad, e indignas, por lo mismo de ser atribuidas a Dios, a sus Angeles y a sus Santos. Se requiere en efecto una fuerte dosis de candidez, para persuadirse que Dios, los Angeles, los Santos, las ánimas benditas del Purgatorio, en una palabra la creación entera, estén permanentemente a las órdenes y rendida obediencia de los miembros de una reunión espiritista, para satisfacer a las preguntas que les ponen «*mediums*», o «*Videntes*», de virtud y moralidad más que dudosa. Cuando no es todo puro embuste y superchería, como acontece casi siempre, bien se puede asegurar que es el espíritu de las tinieblas, que se entretiene en engañar a sus devotos con las más ridículas patrañas.

Se sabe de cierto que Mariana ha aparecido en tres diferentes ocasiones, después de su tránsito a mejor vida. La primera que no puede, propiamente, llamarse aparición, tuvo lugar como ya se ha dicho, unos días antes que las religiosas Carmelitas tomaran posesión definitiva de su casa para transformarla en monasterio; mostrando Mariana su gozo con luces brillantes que se vieron en su cuarto y con sus dulces cantos oídos de varias personas. Las otras dos fueron acompañadas de tan admirables circunstancias, por razón de la doctrina que en sí encierran, que no se puede dudar sean de Dios; pues incitan al amor de la virtud y al horror del vicio. La primera tuvo lugar el año de 1664, en una hacienda de

11ª María de Rodríguez, sobrina en segundo grado de Mariana de Jesús, cerca del pueblo de Tumbaviro, en la provincia de Imbabura, y fue en esta forma: Servía a esta señora una mestiza por nombre Beatriz, que padecía continuos e intensos dolores de cabeza. En una ocasión en que éstos la apretaban más que de costumbre, no hallando Dª María otro remedio que aplicarle, le puso una reliquia de Mariana de Jesús, que consistía en un pedacito de hueso y en una venda de las que la sierva de Dios hacía uso en sus sangrías, teñida todavía en su sangre. Lo amarró todo a la cabeza de la mestiza dejándolo bien asegurado con un pañuelo para que no cayese. Con esto la enferma parecía estar más tranquila y el dolor algo calmado. A las nueve de la noche Dª María se retiró a descansar, lo mismo hicieron su padre el capitán Francisco Rodríguez y una tía suya, Dª María de Paredes, prima hermana de Mariana de Jesús. Ignoraban todos que la infeliz mestiza tenía trato ilícito con el mayordomo de la hacienda.

La mozueta que buscaba con tanta diligencia la salud del cuerpo, no pensaba para nada en el peligro de eterna condenación en que se encontraba su alma; y así sin respeto alguno a la sagrada reliquia, y a pesar de sus terribles dolores de cabeza, apenas se vió sola, hizo entrar sin recelo ni temor de Dios al cómplice de sus torpes delitos. No habían transcurrido sino brevísimos instantes cuando vieron ambos pecadores que se abría el techo del cuarto donde se hallaban, y que por la abertura entraba una señora de grandísima hermosura y majestad, con rostro severo y airado y una vara de fuego en la mano; la acompañaban como pajes cuatro jóvenes con hachas encendidas. Se dirigió la señora al lugar donde estaba Beatriz más muerta que viva, y amenazándola con la vara le dijo: «¿Cómo te atreves siendo tan dehonesto y lascivo, a tener mis reliquias en tu cabeza? quitatelas luego, o de nó, te quitaré la vida con esta vara», y amagaba darle un fuerte golpe con ella. Llena de pavor la delincuente se las quitó al instante, arrojándolas al suelo, y la visión desapareció quedando el aposento a oscuras como antes.

No es para dicho el miedo y terror de los dos culpables; sin saber lo que hacían, empezaron a dar voces y gritos, pidiendo auxilio llamando especialmente a los dueños de la hacienda. Con estas voces se alborotó la casa y fueron todos sus moradores a ver lo que había acontecido. Los hallaron a ambos hechos un mar de lágrimas, cubiertos de un sudor frío, temblando de miedo, casi sin poder articular una sola palabra. Vieron las reliquias tiradas al suelo, y les preguntaron la causa de sus clamores. Ambos refrieron su mala vida, hasta aquí oculta; contaron la visión con todos sus pormenores, y arrepentidos de sus pasados desórdenes, pidieron que cuanto antes se les hiciera casar para poner fin a sus pecados; el matrimonio se efectuó al día siguiente. (1)

1] P. Morán de Butrán lib. V, cap. 8, pág. 428. Procesos pág. 231.

Bien se ve con este caso cuánto aborrece Mariana la lujuria, pues no quiso que su reliquia estuviese en la cabeza de una mujer impura. Se ve también el respeto que se debe tener a las reliquias de los Santos, no profanándolas con ninguna acción pecaminosa.

La otra aparición de Mariana de Jesús fue a su misma hermana D^a Jerónima de Paredes, y asimismo está llena de provechosas enseñanzas, especialmente cual debe de ser nuestra conformidad con la voluntad divina en todas las cosas que nos acontecen.

Se hallaba D^a Jerónima en sus haciendas de San Miguel de Latacunga, cuando recibió la noticia de que una hija suya, María de Caso, esposa del Regidor Antonio Sánchez de Espinosa y Luna, estaba muy enferma en Quito, y en grave peligro de la vida. Con el deseo de ver a su hija y de servirla en su dolencia, D^a Jerónima se puso inmediatamente en camino, sin reparar en lo desahagible del tiempo, viajando de día y de noche por senderos casi impracticables. El pensamiento de su hija moribunda no la dejaba un solo instante, y continuamente la encomendaba a Dios Nuestro Señor, para que su divina Majestad dispusiese en todo conforme a su santísima voluntad. Acudía también a la intercesión de su santa hermana, Mariana de Jesús, y le decía con gran confianza: «Hermana mía, alcanzad de nuestro Jesús la salud de mi hija que la tengo bien apurada». Iba repitiendo mientras caminaba esta oración muchas veces, cuando le pareció que la cogía el sueño sobre la cabalgadura en que iba montada, y que en él se le presentaba la sierva de Dios muy radiante y hermosa y le dijo con su acostumbrada bondad y mansedumbre: «Hermana, es un imposible lo que pides, porque está decretada por Dios la muerte de tu hija, y así conviene». Desapareció como un relámpago la visión y D^a Jerónima volviendo en sí quedó tan persuadida de la muerte inevitable de su hija, que desde aquel momento no trató sino de conformarse con la divina voluntad, consolándose mucho con aquellas palabras de Mariana: *«así conviene»*. Como buena cristiana, sabía muy bien que lo que nos conviene a todos es hacer la voluntad de Dios, ya que esta voluntad no puede pretender sino nuestro mayor bien, aunque nosotros quizá no lo comprendamos o juzguemos lo contrario. Llegó D^a Jerónima a Quito después de tres días de viaje, y al entrar en su casa como por saludo iba diciendo a todos: «Infaliblemente muere mi hija». A pesar de que las personas que asistían a la enferma le daban esperanzas de salud, por la eficacia de los remedios; ella persistía en que había de morir, y cuidaba tan solo del bien espiritual de su hija querida. Catalina de Peralta antigua amiga de Mariana, viendo a D^a Jerónima tan afirmada en su opinión, de la muerte de su hija, le preguntó con instancias la causa de su persuasión; esta la refirió con todos sus pormenores la aparición de Mariana. Al oírla Catalina a su vez perdió toda esperanza de que sanase la enferma; porque sabía muy bien que lo anunciado por Mariana, aun en esta vida, se había de cumplir infaliblemente, cuanto más ahora que estaba en la gloria. María de Caso murió

a los pocos días de haber llegado D^{na} Jerónima, dejándola muy consolada en su pena y tristeza y muy conforme con la divina voluntad, que así lo había dispuesto para que desde el cielo ayudase más y mejor a su familia que lo pudiera hacer en este mundo. (1)

CAPITULO III

Algunos de los favores que Dios ha concedido por medio de la invocación de Mariana y de sus imágenes

SUMARIO: UN NIÑO AHRASTRADO EN EL RIO GUACHALÁ.—DIEGO CALAHORRANO.—EL CANÓNIGO D. LUIS TROYA.—INCENDIO APAGADO.—D. MANUEL GUERRERO DE SALAZAR.

Juran cinco testigos, como público y notorio en la ciudad de Ibarra, el siguiente prodigioso suceso. Iban a Cayambe una mujer española con su hijo y un indio. Al llegar al vado del río Guachalá que estaba muy crecido, la mujer ordenó al indio que pasase primeramente al niño y volviese después para ayudarle a ella. Obedeció el indio y entró en el río con el muchacho en los brazos; pero a corto trecho la violencia del agua le hizo tropezar, cayó e inmediatamente fue arrastrado por la corriente con el niño que llevaba. La madre desde la orilla estaba contemplando aquella escena lastimera, viendo con sumo dolor que su hijo iba a perecer sin remedio. Se acordó entonces de Mariana de Jesús, y la invocó del fondo de su corazón para que la favoreciera en este aprieto, socorriendo a su hijo en tan grave necesidad. Al punto que se hubo valido de tan poderoso auxilio, el indio y el niño se hallaron sin saber cómo, fuera del agua y en la misma orilla de donde habían partido. Grande fue el gozo que experimentó la madre al tomar a su hijo en sus brazos; y mayor aun cuando al quitarle los vestidos mojados, vió que no había recibido golpe ninguno en las piernas sobre las que había sido arrojado, sino que estaba sano y sin lesión. Dió fervorosas gracias a su celestial bienhechora, de quien a todas luces había recibido tan señalado favor; pues humanamente hablando, niño e indio tenían que haber sido arrollados por las aguas y estrellados contra los peñascos que se hallaban en el cauce del río.

Otro caso parecido aconteció a Diego Calahorrano al querer atravesar el río de San Felipe cerca de Latacunga. Estaba el río tan crecido y la corriente tan rápida, que la mula en que iba don Diego, no pudo resistir el ímpetu de las aguas; fue arrastrada, y cayó el jinete, quien se vió como decía el mismo: «con la muerte

1] P. Morán de Butrón lib. V, cap. 8, pág. 430. Procesos págs. 58, 180, 139.

tragada» y sin esperanza de humano remedio. En este trance se acordó de una reliquia de Mariana que llevaba al pecho, y encomendándose muy de corazón a Dios nuestro Señor, le pidió con grande ahinco le favoreciese por los méritos de su sierva Mariana. Apenas hubo pronunciado su nombre de corazón, que de boca no dijo sino: ¡Jesús Maríal se vió sin saber cómo en la orilla opuesta, sin herida ni contusión alguna, mientras que el animal en que iba montado pereció en las aguas. En su agradecimiento para con Mariana no se contentó con dar gracias a Dios y a su protectora en el fondo de su corazón, sino que procuró que el prodigio fuese conocido y divulgado lo más posible, para gloria de la humilde virgen quiteña. El testigo que refiere el caso en los Procesos añade estas palabras: «Es común opinión en esta ciudad de Quito que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios, alcanzan cuanto piden». (1)

¡Pluguiese al cielo que los que leen estas líneas, avivasen su confianza y devoción para cerciorarse por medio de una dichosa experiencia, cuán cierto es que Mariana oye siempre las oraciones de los que la invocan!

Quiso también Dios Nuestro Señor honrar a su sierva acogiendo benignamente las oraciones de los fieles, que excitando su fe y devoción por medio de las imágenes o retratos de Mariana de Jesús, acudían de esta manera a su divina Majestad.

El Dr. D. Luis de Troyn, canónigo de la santa iglesia Catedral de Quito, provisor y vicario general del obispado, estaba enfermo de gravedad, desahuciado de los médicos, y recibidos ya todos los Sacramentos, no esperaba sino la hora en que Dios le llamase para sí. Entró a visitarle el Hermano Hernando de la Cruz su grande amigo. Apenas le divisó el enfermo le saludó con estas palabras: «Hermano Hernando, ya yo tengo pronunciada contra mí la sentencia de muerte; no hay sino encomendarme a Dios, que es el único que en esta hora me ha de ayudar». El Hermano se puso a consolarle, confortándole con sus palabras espirituales, rogándole que pudiese toda su confianza en Dios, y que él tenía un remedio eficaz contra la enfermedad de que adolecía. Buscó a algún muchacho que fuese al Colegio y trajese de su aposento una imagen que allí tenía de Mariana de Jesús, probablemente la que él mismo había pintado unos meses antes. Volvió el criado con el retrato: «Esta es, dijo el Hermano, la medicina eficaz que yo tengo y que le ha de curar». El enfermo se aplicó la imagen sobre la corona, besándole las manos con cordial afecto singular devoción y aprecio de su santidad. Para encender más su fervor y aumentar su confianza, el Hermano le dijo: «Hace usted muy bien en venerar a la sierva de Dios porque está en el coro de las

1) Procesos pág. 271. P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 8, pág. 434.

virgenes en el cielo, entre las cuatro más privilegiadas». Desde aquel punto el enfermo sintió evidente mejoría, viviendo todavía muchos años, el que estaba desahuciado de los médicos y sin ninguna esperanza de vida. (1)

El año de 1662 en un lugar llamado Palacara, cerca de la villa de Ibarra, tenía doña María Rodríguez de Paredes, sobrina de Mariana de Jesús, una hacienda de trapiche o ingenio de azúcar, donde a la sazón se hallaba aquella señora con un hermano suyo, Alonso Rodríguez de Paredes. Por descuido de la cocinera, una negra por nombre Isabel, prendió el fuego a la cocina que estaba contigua al ingenio. En un momento la cocina con su techo de paja estaba ardiendo; de allí el fuego se propagó al bagazo de la caña, con tanta furia que por más que hicieron fue imposible dominarle, y era inminente la completa destrucción del ingenio y de los sembrados de caña de azúcar que se hallaban al lado. Viendo D^a María el riesgo que corría su casa y su fortuna, fue a buscar con toda prisa una estampa de su santa tía Mariana; con ella se presentó delante del fuego que adelantaba por momentos y dijo: «Tía mía, ¿cómo permites que se nos abraze la poca hacienda que tenemos?» Con viva fe se acercó más al fuego como para detenerle, mostrándole la imagen que tenía en las manos. ¡Prodigio raro! Notó que la imagen estaba cubierta de sudor muy copioso, como que daba muestras de sentimiento. Esto aumentó su confianza y la de todos los circustantes, que pronto fue ampliamente premiada; porque estando el cielo muy sereno de repente se formó un negro nubarrón y descargó un aguacero tan fuerte que apagó por completo el incendio que todo lo hubiera destruído sin remedio. (2)

Deseaba D. Manuel Guerrero de Salazar, hermano de D. Juan tener un retrato perfecto de su santa tía; pero poco satisfecho de los muchos que había en Quito, por dejar todos algo que desear; resolvió emprender un viaje hasta Ibarra para pedir el que tenía en su poder D. Jacinto Gómez Bedón, secretario de aquella villa, haciéndolo copiar en Quito con la mayor perfección posible.

Volvió gozoso a la capital con el retrato colgado al pecho, en compañía del capitán D. Diego de Miño y un criado, cuando al atravesar un mal paso entre Tabacundo y Tocachi, tropezó la mula en que iba montado, y cayó con tan mala suerte que se halló con la cabeza hundida hasta los hombros en un lodazal, un brazo sobre otro, y encima de su cuerpo la mula, con evidente peligro de quedar allí ahogado; por colmo de desgracia el sitio era tan estrecho que sus compañeros no tenían como poder acercarse a él para socorrerle. El pobre hombre viéndose perdido sin remedio, se encomendó muy de corazón a Mariana de Jesús cuya pintura

1) Procesos pág. 246. P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 10, pág. 435.

2) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 11, pág. 436. Procesos, pág. 232

llevaba. Felizmente llegaron en aquel instante algunos indios que parecían venir expresamente para aquel lance. Con su ayuda lograron los compañoseros de D. Manuel, hacer levantar la mula, echarla hacia atrás y sacarle a él del lodo. Con universal asombro se levantó sin lesión alguna, ni siquiera experimentaba molimiento o malestar por la caída. El retrato pintado en una tabla, que parece debía haberse hecho añicos, no había sufrido avería de ninguna clase. Repuesto del susto, prosiguió su camino hacia el pueblo de Guallabamba, donde le aguardaba un nuevo trabajo para probar su paciencia. Fue allí acometido de un accidente con síntomas tan graves, que creyeron todos había llegado su última hora. Renovando su confianza en su celestial Patrona e invocándole en este apuro con la más viva fe, no tardó mucho en sentir los efectos de su oración fervorosa, porque muy pronto se vió libre del mal que le había puesto en las puertas de la muerte; y al día siguiente se encontraba ya con fuerzas bastantes para proseguir su viaje a Quito donde llegó con toda felicidad. (1)

Por el mes de mayo de 1697 una joven llamada Josefa Escorza, cayó gravemente enferma de un violento tabardillo; aplicaron sus deudos todos los remedios que podían detener la enfermedad; pero las medicinas que habían aprovechado a otros, fueron infructuosas para Josefa. Sus afligidos padres viendo que no servían los remedios humanos acudieron a los divinos, llevando al aposento de la enferma un retrato de Mariana de Jesús, para que con su vista y oración poderosa, se obrase el prodigio que esperaban alcanzar del cielo. No fue vana su ilimitada confianza; pues no bien hubo entrado el retrato en la habitación de la enferma, que empezó a disminuir la calentura y a ceder la peligrosa dolencia; poniéndose completamente buena en corto espacio de tiempo. (2)

CAPITULO IV

Curaciones prodigiosas obradas por las reliquias de Mariana de Jesús

D^a Francisca de Carvajal, esposa de Domingo Fernández de Holleco, había padecido por espacio de seis años de unos tumores en la cara, tan crueles y tenaces que le ocasionaban continuos y gravísimos dolores, sin dejarle un rato de descanso ni de día ni de noche; y además había ya gastado un gran caudal en medicinas sin experimentar alivio alguno. Cierta día que salía de su hacienda de Tumbaviro y como ella misma declaró: «casi desesperada por la insoportable vehemencia de los dolores que sufría», se en-

1) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 11, pág. 452. Procesos Apostólicos fol. 147.

2) P. Morán de Butrón, ibidem.

contró casualmente en el camino, con D^a María de Paredes, hermana de Mariana de Jesús. Le refirió su trabajo y el desconsuelo en que se hallaba, por no encontrar remedio que le procurase algún alivio; y finalmente le pidió que por amor de Dios le consiguiese una reliquia de su santa hermana; porque en ella sola ponía toda su esperanza. Compadecida D^a María de Paredes le dió un pedazo de la sábana de cerdas, en la que muchas veces solía dormir Mariana de Jesús. Volvió muy contenta a su casa D^a Francisca, confiando en Dios que por la intercesión de su sierva, se había de ver libre de su grande trabajo. Llegada la noche se puso la reliquia sobre la parte enferma de la cara, con una venda para sostenerla. Luego que la hubo aplicado sintió una mejoría notable, con lo cual se le avivó extraordinariamente su confianza y devoción. No sintiendo ya ningún dolor al cabo de dos días, reconoció con asombro suyo y de todos sus deudos, que su rostro estaba enteramente sano, sin tumores, ni manchas, ni señal alguna de cicatrices, ni rastro del achaque pasado. Dió gracias a Dios Nuestro Señor y a su celestial abogada por tan señalado beneficio. Estaba como fuera de sí al ver que ya podía descansar, sin sentir los intolerables dolores que antes la martirizaban. La primera vez que se encontró de nuevo con María de Paredes, se le echó a los pies, sin saber como agradecerle la reliquia que le había prestado, llorando a lágrima viva, y sin hallar palabras con que poder expresar su gozo y satisfacción. Con este prodigio que fue muy notorio en Ibarra, se aumentó considerablemente la devoción a Mariana de Jesús, y por esta devoción los favores que Mariana obraba en pró de sus devotos. (1)

Por medio de otro retazo de la misma sábana de cerdas, se verificó un prodigio parecido al anterior, en D^a Jerónima de Paredes, hija de D. Tomás de Paredes hermano de la sierva de Dios. Tenía Jerónima en la mano derecha una hinchazón muy rebelde a los remedios, y muy dolorosa. Desesperada ya de la curación, cuando se le ocurrió quitar de una vez los emplastos todos, y ponerse solamente la reliquia de su santa tía. Hizolo así atándola por la noche a la mano enferma, y amaneció perfectamente curada y libre de toda dolencia. (2)

Una joven quiteña de diez y ocho años de edad fervorosa esclava de Nuestra Señora de Loreto, llamada Manuela de Insauti y Bedón, refiere el favor que le otorgó Mariana de Jesús, con los siguientes términos en los Procesos:

«Esta testigo padecía más de un año y dos meses de un lobo-nillo o tumor que le cargó en la rodilla derecha, que era mayor que un gran huevo de pato, de suerte que no podía ponerse de rodillas y embarazaba el andar y padecía muchos dolores, e hizo

1) Procesos pág. 235.

2) P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 10 pág. 441.

muchos remedios y medicamentos y no halló ninguna mejoría, antes con ellos se irritaba y enconaba más, de suerte que se le puso muy encendido y vidrioso; hasta que ahora hará ocho meses poco más o menos (por noviembre de 1671), su Padre espiritual que es de la Compañía de Jesús, la persuadió que se pudiese con fe y devoción en el dicho tumor o lobanillo, unas reliquias de Mariana de Jesús, encomendándose muy de veras a Nuestro Señor, para que por intercesión de su sierva alcanzase la salud que deseaba; y le dió a esta testigo, el dicho su Padre espiritual un pedazo de la faja y otro de la sábana de cerdas de Mariana de Jesús; y todo junto se lo puso con la devoción posible en el lobanillo o tumor que estaba muy enconado; y lo tuvo puesto desde el domingo a las once del día, hasta la misma hora del día siguiente lunes, en que se desató las reliquias, y halló el lobanillo deshecho, y desenconada la rodilla, de suerte que parecía no haber tenido nada; y sólo le quedó una hinchazoncita muy pequeña, que en breves días se deshizo con las mismas reliquias, sin que hiciese otro remedio. Y a los dos días después se halló esta testigo con una hinchazón grande en la pantorrilla de la misma rodilla, y con grande dolor porque la tenía moreteada, y que le dió mucho cuidado pareciéndole se había de encanecer según lo que le ardía; y volvió a ponerse en dicha hinchazón y dolor las reliquias, y a los dos días se le quitó sin más remedio, quedando buena y sana hasta hoy. (1)

Don Francisco de Arellano, vecino de Quito; había padecido por espacio de diez años de una llaga muy molesta y dolorosa, sin encontrar alivio en los muchos medicamentos que se había aplicado. Una noche en que se le acrecentó notablemente el dolor, determinó buscar algún alivio en el favor y patrocinio de su ilustre paisana Mariana de Jesús. Se puso sobre la llaga un pequeño retazo de lienzo que había sido del uso de Mariana de Jesús, esperando con viva fe que se le había de mitigar el dolor. No salió frustrada su confianza, porque no solo se le mitigó el dolor, pero desapareció totalmente la llaga sin que al día siguiente quedase rastro, ni de la cicatriz siquiera.

Una joven quiteña de noble familia, llamada Catalina de Sotomayor, padecía tan crueles neuralgias, que lo violento y agudo del dolor, la hacía arrojar al suelo, lanzar gritos desgarradores y la ponía como fuera de juicio. Durábanle esos ataques muchas horas, hasta días enteros, sin que le aprovechase remedio para calmarla algún tanto. Su familia estaba sumida en el mayor desconsuelo con este trabajo; pero no les restaba otra cosa sino la paciencia y resignación; tenían que presenciar los sufrimientos de Catalina, sin ser parte para proporcionarle algún alivio. En uno de los intervalos de tranquilidad, Catalina oyó hablar de la poderosa intercesión de Mariana de Jesús y de los favores que a manos

1] Procesos pág. 237.

llenas concedía a sus devotos. Impelida por el deseo de la salud pidió a una amiga suya, D^a Mariana de Salazar, sobrina en segundo grado de Mariana de Jesús, que le prestase una reliquia de la sierva de Dios, en quien ponía toda su confianza. Habida ésta, con grande fe se la puso sobre la cabeza, y desde aquel momento se vió libre del terrible mal que tanto le había trastornado.

Había venido a Quito D. Carlos Francisco Manrique Pérez de Lara, Caballero de la Orden de S. Juan y Marqués de Santiago, quien tenía en su servicio una criada llamada Damiana de los Reyes. Por razón de las diversas incomodidades que tuvo que sufrir en el viaje, Damiana contrajo varias enfermedades, pero el achaque más molesto, era un violentísimo mal de oídos. No encontraba alivio alguno en los remedios, y daba tales gritos por lo agudo del dolor, que con causar grande compasión, era al mismo tiempo una verdadera molestia para toda la casa. El marqués había oído hablar de los muchos milagros de Mariana de Jesús, y compadecido del trabajo de su criada, le exhortó a que se encomendase a ella con toda devoción, y le proporcionó una reliquia para que se le aplicase al oído enfermo. Obedeció Damiana al buen consejo de su piadoso amo; y al contacto de la reliquia cesaron los vehementes dolores de que sufría, y tuvo también el consuelo de verse pronto libre de los otros achaques de que era molestada. (1)

Este milagro fue muy notorio en Quito, tanto por la declaración y autoridad del marqués, como por las numerosas personas que conocían a la enferma, y por haber sido ocasión de otra curación muy notable, cual fue la siguiente:

Miguel Sánchez de Barragán, vecino de Quito, tenía un hijo de ocho años de edad, moribundo con pulmonía: era ya el día octavo de la enfermedad, y el niño arrojaba gran cantidad de sangre corrompida por la boca, no parecía sino un cadáver. El pobre hombre oyó referir el prodigio que Mariana de Jesús había obrado por aquellos días en Damiana de los Reyes. Esta narración hizo nacer en su corazón la esperanza, de que por medio de la intercesión de Mariana, él también podría alcanzar de Dios la salud de su hijo. Con esta confianza se puso a rezar el santo rosario, encomendando a la sierva de Dios la salud de su hijo. Cumplida esta diligencia se acercó al lecho del enfermo, exhortándole a que acudiese con toda devoción a las oraciones de Mariana de Jesús, que sin duda le alcanzaría de Dios Nuestro Señor una completa salud. El niño ya con el estertor de la muerte, se esforzó en pronunciar el nombre de Mariana como su padre se lo enseñaba; lo repitió por unas cuantas veces, pero no pudo más, le dió un tan fuerte desmayo que parecía haber exhalado el último suspiro. No se desalentó con esta prueba de su fe el cristiano padre, antes bien con lágrimas en los ojos, invocaba a Mariana con fe más viva, con

1] Procesos pág. 294 y siguientes.



más confianza y mayor fervor. Su oración no fue estéril, el niño volvió en sí y contra toda humana esperanza, pronto estaba fuera de peligro. (1)

Muchísimas son las curas milagrosas que se refieren, obradas por la intercesión de la sierva de Dios, Marianna de Jesús. Pueden verse en gran número en la vida que de ella escribió el P. Jacinto Morán de Butrón; y aun en nuestros tiempos, varias veces se han publicado gracias semejantes. No hay que dudar que estos prodigios se harán más frecuentes, si aumenta la devoción para con ella; pues su poder en el cielo no ha disminuído; puede alcanzar ahora lo que en otros tiempos alcanzaba a sus devotos.

CAPITULO V

Singular protección de Mariana de Jesús para con mujeres en peligro de parto

Una de las gracias que más frecuentemente ha concedido Dios Nuestro Señor por intercesión de la humilde virgen quiteña, ha sido librar a mujeres en peligro de parto, que han acudido a su divina Majestad, por medio de las reliquias, retrato y aun de la sola invocación de Mariana de Jesús.

Refiere el P. Morán de Butrón, que desde la muerte de Mariana hasta el tiempo en que él escribía su vida, era muy común y ordinario, prevenirse para este trance las mujeres de toda clase y condición, con una estampa o reliquia de Mariana de Jesús, confiadas que con su auxilio no les había de sobrevenir ningún funesto desenlace: y añade el mismo autor que la experiencia diaria lo comprobaba con un gran número de prósperos sucesos; pues la confianza en Mariana nunca era frustrada. [2] Abundan los casos de esta clase relatados en los Procesos o en la vida de Mariana de Jesús. Aquí se pondrán algunos solamente que sirvan para probar lo dicho, y sobre todo para excitar la confianza en personas que se pueden hallar en el mismo peligro que aquellas a quienes Mariana ha favorecido. Si se previene para estos casos, cuanto exige la prudencia humana o la ciencia médica, ¿por qué no se han de preparar los remedios espirituales, cuando puede llegar el caso en que sólo estos sean de alguna eficacia y provecho?

1) Procesos pág. 299.

2) Escribe un testigo en los Procesos de 1761: «Era voz común la de que varias personas o las más que se han valido de la sierva de Dios han conseguido su favor por modo milagroso y raro, principalmente en los partos más peligrosos; prevaleciendo esta confianza aun en la gente más ruda y vulgar, de modo que en toda esta provincia apenas habrá mujer que en semejante caso no tenga presente la invocación de la sierva de Dios como la más eficaz para verse libre de ese peligro; naciendo esta confianza de la experiencia y de los frecuentes casos de haber alcanzado por medio de la sierva de Dios un éxito tan feliz como portentoso». Procesos Apostólicos fol. 196.

Estando todavía Mariana en este mundo dió a conocer la gracia especial que tenía recibida de Dios Nuestro Señor para favorecer a personas cuya vida estuviese comprometida con desembarazos peligrosos.

Llegó para su hermana D^a Jerónima el tiempo del último parto que tuvo, en el cual dió a luz una niña que más tarde fue Carmelita con el nombre de María Andrea de la Santísima Trinidad, y de quien se ha hecho varias veces mención en esta historia. Los dolores que sufría eran intensísimos, y se tenía mucho por su vida; su edad era algo avanzada, estaba debilitada por sus ordinarios achaques, y sufría además de una apostema peligrosa. Pero sobre todo estaba muy acobardada y no poco acongojada por los lamentos y vista de su numerosa familia, pues todos la lloraban ya como difunta.

Mariana de Jesús al volver de la iglesia de la Compañía cerca de las once de la mañana, encontró toda la casa alborotada, por causa del peligro en que se hallaba su hermana. Se puso inmediatamente a encomendar el asunto a Dios Nuestro Señor, según que acostumbraba siempre hacerlo en sus apuros y aflicciones. Terminada su oración, fue a ver a su hermana. Hizo retirar a todas las personas que allí estaban atendiendo a la enferma, diciéndoles: «Yo sola he de ayudar a mi hermana». Se llegó a ella, la levantó en peso en sus débiles brazos, y al mismo tiempo D^a Jerónima dió felizmente a luz, y lo que es de más admiración se vió libre en aquel instante de todos sus otros achaques sin experimentar dolor alguno. Las personas que conocían el caso no podían menos de atribuir todo a un especial favor del cielo. (1)

Con la misma caridad acudió Mariana al auxilio de una sirvienta llamada Beatriz, criada de D. Juan Guerrero de Salazar. Estaba su vida en inminente peligro con un parto no sólo difícil, sino mas bien imposible. Apenas lo supo Mariana fue a ver a la pobre enferma; la animó y consoló con sus dulces palabras y finalmente, como obedeciendo a una celestial inspiración, le puso la mano sobre la cabeza y le dijo: «Dios sea servido de alumbrarte con bien». Al contacto de aquella mano la mujer se vió libre de su riesgo: la criatura fue inmediatamente bautizada por el peligro en que estaba de la vida, y murió al día siguiente. Grande gozo experimentó Mariana cuando su sobrina D^a Juana se lo anunció: «Estaba predestinado para el cielo y así se lo llevó Dios Nuestro Señor». (2)

Leonor Rodríguez de Palomeros tuvo la buena fortuna de heredar como reliquia el cordón de S. Francisco que había sido del uso de Mariana. Con este cordón Nuestro Señor obró numerosos milagros. He aquí con qué palabras refiere ella misma lo que

1) P. Morán de Butrón lib. V, cap. 12, pág. 453.

2) P. Morán de Butrón, ibid.

solía acontecer: «Por medio de este cordón, se han experimentado muchos casos milagrosos, en esta ciudad de Quito y en los pueblos comarcanos a ella, como son: Santa María Magdalena, S. Juan Evangelista, valle de Lloa, Zámbriza, y barrio de S. Diego, donde le han pedido diferentes personas dicho cordón, por las noticias de los efectos que usaba obrar Dios Nuestro Señor por medio de él, que han sido muchos y muy milagrosos; dándole a esta testigo las gracias de habérselo prestado, y aun de gratitud alguna de ellas le traían algún regalo; y en especial se acuerda de una india del pueblo de Chimbacalle, que habiendo estado cuatro días con grandes dolores de parto, sin poder dar a luz, desesperada ya de la vida y sin aliento, vinieron a pedir a esta testigo dicho cordón; y habiéndoselo llevado y puesto a la india, luego sin dilación y con felicidad echó la criatura que hoy está viva, quedando la madre sana y buena. Y en el pueblo de María Magdalena, estando otra india de parto peligroso de dos criaturas, ocurrieron por el cordón y luego que se lo pusieron, echó con mucha facilidad las dos criaturas; y dice además que estos casos del cordón han sido muy ordinarios; y así lo tiene y estima con mucha veneración y como reliquia». (1)

Mariana de Paredes, sobrina de Mariana de Jesús, estaba gravísima después de varios días de crueles dolores. No encontrando ningún otro remedio le dieron un retrato de su santa tía para que la invocase en su aprieto. Lo hizo con el fervor que se puede pensar en lance tan apurado, en que veía la muerte delante de los ojos. Bastó su ardiente plegaria en presencia de aquel santo retrato, para que pronto se hallara fuera de todo peligro.

Tengan, pues, confianza en Mariana de Jesús, las personas que se vean en peligros de igual naturaleza, que ella las favorecerá si acuden con fervor a su amparo, del mismo modo que ha socorrido hasta aquí a otras innumerables.

CAPITULO VI

Refiérense los dos milagros aprobados por la Santa Sede para la Beatificación de Mariana de Jesús

En noviembre del año de 1760, D^a Angela Polido de Escorza, natural de Quito, creyó estar embarazada, si bien no mucho después tuvo motivos suficientes para ponerlo en duda. Iban pasando los meses y aunque experimentaba varias incomodidades parecidas a las que había sufrido en otras ocasiones; sentía también otros síntomas que nunca había observado en tales casos, y en

1) Procesos, Apostólicos, año de 1762.

particular unos dolores muy agudos. Así los médicos que fueron consultados como las personas que podían decidir con certeza en la presente enfermedad, fueron siempre de opinión que D^{ña} Angela estaba embarazada, tanto más cuanto que ella misma, a más de observar la elevación del vientre, aseguraba que muchas veces le había parecido sentir algún movimiento de la criatura. Pasaron los nueve meses sin que aparecieran síntomas de desembrazo, y después otros nueve permaneciendo siempre en el mismo estado, lo que tenía en confusión y asombro a cuantos médicos la visitaban. Juzgaron pues que la causa del abultamiento del vientre era alguna enfermedad; pero resistiéndose ésta a todos los recursos del arte, puso en tal apuro a la paciente, que a los veinte meses del mal pensó que se moría, y se decidió a prepararse para la muerte que juzgaba estar muy cercana, con la recepción de los sacramentos. Cumplida esta diligencia quiso acudir a la intercesión de los santos y se aplicó un relicario que juntamente con las reliquias de varios santos canonizados, contenía una de Mariana de Jesús. Con esto pudo dormir un poco y se le mitigaron los dolores que padecía, aunque no disminuyó para nada el volumen del vientre que le impedía dar un paso y hasta hacer el más ligero movimiento. El mal iba adelante; le parecía que el peso y estorbo que sentía en el vientre le subía al pecho y a la garganta, amenazando ahogarla. Se le volvieron a aumentar los dolores y a todo esto se agregaron fuertes convulsiones de todo el cuerpo que le quitaban totalmente el reposo. Se persuadió que se le acercaba su fin y otra vez se preparó con la recepción de los sacramentos para el último trance, aunque siempre le quedaba como una ligera esperanza que había de sanar por intercesión de Mariana de Jesús. Estando en cierta ocasión muy fatigada, tragó un pedacito de hueso que tenía de la sierva de Dios, encomendándose al propio tiempo muy de veras a su poderoso patrocinio, sino para obtener la salud del cuerpo, a lo menos para que la favoreciese en su hora postrera.

Los médicos que eran llamados frecuentemente se confesaban impotentes para combatir la hinchazón, que siempre iba en aumento; reconocían no tener remedio para ese mal; aplicándole algunos solamente para calmar las convulsiones, los cuales produjeron buenos resultados. Al cesar las convulsiones la enferma se sintió notablemente aliviada; pero por causa de la hinchazón quedó siempre del todo imposibilitada, incapaz de moverse de un lado para otro, deforme y monstruosa.

En medio de sus dolores, el día seis de setiembre de 1762, sintió una particular inspiración de implorar a Mariana de Jesús para alcanzar de Dios la salud por su mediación poderosa. Llamó a una de sus criadas, le hizo traer una reliquia que tenía de Mariana de Jesús; la tomó en la mano y dirigió una ardiente súplica a Mariana pidiendo le alcanzase de Dios la salud, si así convenía, prometiéndole varios obsequios y entre otros dar al punto una

suma de dinero que tenía reservada para su Beatificación. Concluida su oración tomó un pedacito de aquel hueso y con grande y vivísima fe se lo tragó.

Esto pasaba cerca del anochecer del mismo día seis de Setiembre. Inmediatamente después de haber tragado la enferma el hueso, entro su esposo D. José Ruiz Nieto acompañado de D^a Josefa Castillo, amiga de la casa y en particular de D^a Angela, a quien venía a visitar y consolar. Pero ¿cuál no sería su asombro cuando al mirar a su amiga, notó que el bulto antes disforme y monstruoso había desaparecido y que se hallaba en su estado natural? ¿Qué es esto, Angela, dónde ha ido a parar tu hinchazón? exclamó sin poder detenerse. La misma enferma solo había experimentado después de tragar el huesecito, una especie de bienestar desacostumbrado, pero no había notado la repentina mudanza que en sí se había producido. Fácil es de comprender los tiernísimos afectos con que los tres allí presentes dieron las gracias a Mariana de Jesús, a quien no podían menos de atribuir una curación tan instantánea y prodigiosa. Pronto se esparció la voz del milagro por la casa; acudieron todos con presteza a la habitación de la que antes esperaba por momentos la muerte, y la pudieron ver sana y robusta. D^a Angela se levantó inmediatamente de la cama, y delante de todos andaba, se movía, se doblaba con agilidad y expedición; estaba completamente curada y eso en un instante sin aplicación de remedio humano alguno. Descansó muy tranquila lo restante de la noche; y al día siguiente admitió la visita de cuantos quisieron averiguar el prodigio por sus propios ojos. En seguida se hicieron las informaciones jurídicas de aquel suceso tan público y estrepitoso.

Otra enfermedad había padecido D^a Angela, que consistía en unos vahidos que le hacían perder el conocimiento. Estos se repitieron después de su prodigiosa curación de la hinchazón del vientre. Acudió según ella misma refiere, llena de confianza a su celestial Bienhechora, atándose su reliquia a la frente y desde aquel momento no sintió más aquellos vahidos que tanto la fatigaban.

Gozó D^a Angela de perfecta salud por espacio de doce años, hasta que en 1771, plugo a Dios Nuestro Señor probarla con nueva y peligrosa dolencia. Sintió que se le formaba en el vientre un grueso tumor, el cual poco a poco creció hasta impedirle todo movimiento. Llamado D. José Clotario, médico peritísimo, habiendo practicado sus observaciones declaró que la causa del mal eran dos cirros de extraordinario tamaño, e incurables por la imposibilidad de aplicarles el oportuno remedio. Viéndose en peligro de la vida D^a Angela se previno para la muerte con la devota y fervorosa recepción de los santos sacramentos. El Párroco de Santa Bárbara, D. Juan Ignacio de Aguilar que oyó su confesión, la exhortó a que acudiese de nuevo a la protección de Mariana de Jesús, suplicándola que le otorgase la salud. Obedeció D^a Angela;

y durante todo aquel día, el 12 de febrero de 1772, tuvo estrechada sobre su pecho una imagen de la venerable virgen Mariana de Jesús. Al día siguiente quiso ir a la iglesia para recibir la sagrada comunión, teniendo que llevarla en brazos por la debilidad en que se hallaba y por la fuerza de los dolores.

Apenas hubo comulgado oyó una voz clara y distinta que le decía estaba concedida la gracia que había suplicado. Lo estaba realmente D^a Angela se puso en pie, sola, sin apoyo alguno, bajó la escalerilla del altar mayor, se fue caminando hasta el medio de la iglesia, donde dió un grito diciendo: «Milagro». Así era en efecto, la que no podía andar ni tenerse de pie, oyó la santa misa de rodillas en medio de la muchedumbre que se había agolpado; y volvió por sí sola a su casa la que había venido en brazos ajenos, y del todo libre de la enfermedad.

CAPITULO VII

Las Reliquias de Mariana de Jesús

Queda narrado más arriba que al mes de la dichosa muerte de Mariana de Jesús se le hicieron solemnísimas honras, en el templo de la Compañía; y terminadas éstas, se exhumó el sagrado cadáver de la bóveda de S. José, donde había sido provisionalmente depositado, para colocarlo en uno de los nichos de la bóveda de Loreto. Ahí permaneció por espacio de tres años, después de los cuales, según escribe el P. Morán de Butrón: (1) «El Regidor Alonso Sánchez de Espinosa y Luna, emparentado con la Venerable, dispuso que en el suelo que cae al pie del altar de Nuestra Señora de Loreto, dentro del buque interior de su mesa, se levantase un pequeño sepulcro, en forma de una caja, de cal y ladrillo por los tres lados y por la frente de piedra sillar casi en cuadro, sirviendo de moldura a una puertecilla de la misma piedra en una sola pieza, en la cual estaba esculpida esta inscripción: «Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes; murió a 26 de mayo de 1645 de 26 años, 6 meses y 26 días de edad». Concluido este sepulcro entró en la bóveda el Regidor D. Alonso en compañía de algunos Padres del Colegio; hizo destapar el nicho donde se hallaban los restos mortales de Mariana, y abriendo el ataúd hallaron el cuerpo reducido a polvo menudo, y como explica la declaración *«hecho una pasta de preciosísimo olor»* (2); del cual se llenó todo el templo, y que percibieron todos los que en él estaban, y aun los demás que algún tiempo después en él entraron. Recogieron con cuidado las reliquias todas y las incluyeron en una cajita de ce-

1. P. Morán de Butrón, lib. V, cap. 6, pág. 410.

2. Procesos, pág. 385 y siguientes. Procesos Apostólicos fol. 236.

dro, (1) forrada en raso amarillo de seda a flores, que pusieron dentro de otra de plomo, y ambas dentro del sepulcro de cal y ladrillo que D. Alonso había mandado construir debajo del altar.

Se mantuvo en esta conformidad el sagrado depósito hasta el mes de diciembre de 1745, en que los Señores Concejales que actuaban en el Proceso de Beatificación por autoridad del Ordinario, hicieron la visita y reconocimiento judicial de las Reliquias. He aquí en qué términos el notario eclesiástico da cuenta del sepulcro y del estado de las reliquias, el diez de Diciembre de 1745: «El sepulcro se halla detrás del altar de Nuestra Señora de Loreto, bajo de su tabernáculo y trono; hay un espacio bastante y desocupado, oculto y cerrado por las tres partes, y por la una algo abierto, formando un arquito por donde se hizo la visita y el reconocimiento; la cual parte cubre la mesa del altar, entre la cual y la pared del templo media dicho espacio o hueco; y en el se halla el sepulcro de la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús, construido de cal y ladrillo, separado del respaldo del altar, a distancia de una vara y poco menos de cuarta, y conjunto a la pared de la iglesia. Tiene de altura dicho sepulcro midiéndole desde el suelo cerca de una vara; de ancho tiene tres cuartas y lo mismo de largo. Está cerrado por arriba con una losa blanca y por delante con una piedra lisa que sirve de puerta con llave y cerradura de hierro. En dicha piedra por la parte de afuera se lee grabada esta inscripción: «Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes, murió a 26 de mayo de 1645, de edad de 26 años». Dentro del sepulcro sobre el suelo de la iglesia, se halla una arca de plomo de poco más de una tercia de alto, y otra asimismo poco más de ancho, y de largo de media vara poco más o menos, en en cuya tapa que no tiene cerradura alguna, por la parte de fuera y superior está grabada y se lee esta inscripción: «La venerable virgen Mariana de Jesús y Paredes, murió a 26 de mayo de 1645, de edad de 26 años y 7 meses». Dentro del arca de plomo se halla una cajita de cedro que viene ajustada a dicha arca; está forrada por fuera en raso amarillo con flores coloradas y blancas, guarnecida con galón ordinario de plata y tachuelas, y dentro de ella está el cadáver de la sierva de Dios, deshecho por la mayor parte en polvo. Y asimismo están una cadena de hierro con puntas en sus eslabones, y un cordelillo tejido de cerdas, cuyos instrumentos, según voz común, servían a la sierva de Dios para sus penitencias y mortificación; los cuales con dicho cadáver encierra el arquita con su cerradura, llave y visagras de hierro plateado. Quito en diez del mes de diciembre de mil setecientos y cuarenta y cinco años». (2)

1] Esta cajita de cedro está expuesta a la pública veneración en la capilla de la Beata Mariana juntamente con su guitarra en la iglesia de la Compañía.

2] Este sepulcro se puede ver reconstruido con las mismas piedras debajo del altar de Nuestra Señora de Loreto en la iglesia de la Compañía.

Procesos Apostólicos «De non cultis», fol. 106, 107.

Mas tarde los PP. de la Compañía de Jesús extrajeron la caja de cedro que contenía las reliquias y la colocaron en el aposento del R. P. Rector, quedando en la bóveda de Loreto la caja de plomo incluida en el sepulcro de cal y ladrillo. [1]

El Sumo Pontífice Clemente XIII en decreto de 29 de enero de 1766, dió orden de visitar y reconocer el supulcro de la venerable sierva de Dios y trasladar las reliquias si fuere necesario. Entre tanto se llevó a ejecución en Quito el 20 de agosto de 1767, el inicuo decreto de extrañamiento de los PP. de la Compañía de Jesús; pero los ejecutores del decreto reconocieron y atestiguaron en debida forma, que en el cuarto del P. Rector se hallaban las reliquias de Mariana, donde permanecieron hasta el año de 1771, en el cual, a 18 de Setiembre, los jueces delegados por la Sagrada Congregación de Ritos, para la causa de la Beatificación, examinaron primeramente la bóveda de Nuestra Señora de Loreto, donde no encontraron nada del sagrado cuerpo; de ahí se trasladaron al aposento del P. Rector con sus oficiales, médicos y cirujanos, el día siguiente 19, a los diez de la mañana, y encontraron en un cajón pendiente de una mesa que tenía sus puertas cerradas, otro cajón interior con esta inscripción: «Depósito de los huesos de la sierva de Dios Mariana de Jesús, que murió a 26 de mayo de 1645, de edad de 26 años 6 meses y 26 días». De este fue sacado otro cajoncito de madera, forrado en raso amarillo a flores, con cerradura y llave. Puesto sobre una mesa adornada, fue abierto por los jueces delegados, y se encontraron las venerables reliquias en esta conformidad: «Dos huesos que según tamaño y figura parecen ser de los muslos, con las extremidades en alguna parte consumidas; algunos otros fragmentos en piezas que no dan a conocer a qué partes pertenezcan, y la demás cantidad reducida a polvos menudos y unidos entre si como en un pasta, y entre ellos un cordoncillo de cerdas». Reconocido ya con toda certeza el sagrado depósito, determinaron colocarlo decentemente de nuevo en la iglesia de la Compañía. Pero como el sepulcro debajo del altar de Loreto, donde por mucho tiempo habían estado era muy húmedo, eligieron para la custodia de las reliquias, «un cajón fuerte que se halla incluido en un armario de madera situado de firme en el suelo, al lado derecho del mismo altar de Loreto, inmediato al antiguo depósito, con sus puertas doradas que lo aseguran y guarnecen, destinado todo para guardar piezas y utensilios de

1) Esta traslación debió efectuarse al año de 1661; y el motivo fue según se dice en los *Procesos* de aquella época, porque los PP. se hallaban temerosos de que el pueblo se exceda en algunas veneraciones prohibidas por nuevas Constituciones apostólicas, y también para impedir «la porfiada solicitud en alcanzar reliquias, o tal vez los hurtos»; por lo cual «para asegurar las reliquias del cadáver de la sierva de Dios, se sacaron de la bóveda de Nuestra Señora de Loreto y se depositaron en un aposento interior del Colegio, cerrado con dos llaves en poder del Rector del Colegio Máximo; esto lo sabe porque siendo Rector las tuvo en su poder..... Procesos 20 de octubre de 1760. fol. 145.

dicho altar». Allí depositaron el cajoncito en el mismo estado en que lo habían encontrado, y pusieron esta inscripción en la parte exterior del cajón grande: «Nuevo depósito de los huesos de la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús». Para mayor seguridad mandaron añadir una nueva cerradura al cajón, ciñéndole por la parte de la cubierta y por la de las puertas con unos tirantes de hierro y sus cerraduras correspondiente; todas las llaves quedaron en poder del Señor Presidente de la Real Audiencia. (1)

Cuando los Padres de la Compañía de Jesús volvieron al Ecuador en 1862, uno de sus primeros cuidados fue procurar la mayor gloria posible a la ilustre virgen quiteña Mariana de Jesús; y a este fin trataron de dedicarle una capilla escogiendo para este objeto un lugar ocupado por muebles inutilizados, que se hallaba al lado derecho del altar.

Una vez que la elegante y hermosa capilla estuvo concluida, resolvieron los PP. trasladar las reliquias de la Bienaventurada, que desde el tiempo del Ilmo. Sr. Garaicoa estaban depositadas en el altar del Calvario. Para ejecutarlo con la pompa y magnificencia convenientes, celebraron un triduo que principió en la tarde del 25 de Mayo de 1865. En este día el Excmo. Sr. Delegado Apostólico dió conienzo a la función por la bendición solemne de la capilla. En seguida por entre un inmenso y entusiasta concurso, condujo procesionalmente y con una pompa verdaderamente grande, las venerandas reliquias y las colocó en el ara del altar El Excmo. Sr. Delegado que había conducido en sus brazos la urna de las sagradas reliquias, profundamente conmovido, dirigió al pueblo un patético discurso, al que sus lágrimas, más elocuentes aun que sus palabras, pusieron término. Colocados los sagrados restos en el tabernáculo que se les había preparado, se dió fin a la función con un solemne «Te Deum».

El Supremo Gobierno por Decreto de ambas Cámaras, publicado el 11 de octubre de 1873, mandó construir una hermosa urna metálica, en la que se encerraron no solamente los sagrados res-

1) En cuanto a las demás reliquias, como son sus prendas de vestir, instrumentos de penitencia, y otras cosas de su uso, casi todo se distribuyó, como queda dicho más arriba, antes de su santo entierro. Lo poco que se había podido conservar fue en gran parte recogido con mucho cuidado por los PP. de la Compañía de Jesús, por el singular aprecio que hacían de todo lo que de alguna manera tenía relación con Mariana de Jesús.

Según la declaración del P. Morán de Butrón, en el «Proceso sobre virtudes y milagros» del 27 de febrero de 1747: «Estos instrumentos de cruces, disciplinas y cilicios, se guardaron con gran veneración en un aposento cerrado del colegio de Quito, hasta que la piedad cristiana y fama de santidad de la sierva de Dios, dió valor a la osadía para hurtarse muchos de ellos, con grande sentimiento de la Religión de la Compañía de Jesús, por verse despojada de alhajas y reliquias tan preciosas». Procesos Apostólicos, fol. 235.

Según los Procesos de 1765, a 20 de junio se hallaban en el Carmen alto de S. José, las siguientes reliquias de Mariana de Jesús:

- a) Un cancelillo de tablas donde Mariana tenía su penitente lecho
- b) La cruz en que se crucificaba
- c) El Santo Cristo que fue de su veneración y adoración.

tos de Mariana, pero todo lo que de algún modo pudiera considerarse como reliquia suya. (1)

Finalmente el año de 1912, el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Federico González Suárez mandó fabricar una urna más pequeña, para que en ella se conservasen los restos corporales de Mariana, aparte de las demás prendas que aun subsisten de la Bienaventurada Sierva de Dios. (2)

1) Véase el Apéndice I, N^o 10.

2) Véase el Apéndice I, N^o 11.



APENDICES

APENDICE I

NOTAS Y DOCUMENTOS

Nº 1

«.....En este Cabildo se trató que por cuanto el día de la Natividad de Nuestra Señora la Virgen María, que fue el jueves pasado, que se contaron ocho días del presente mes, en esta ciudad y distrito acaeció una aflicción y tormenta muy tempestuosa, causada por el volcán que está próximo a esta ciudad, que se dice «*Apichicha*»; de tal suerte que habiendo amanecido el dicho día, sobrevino tanta oscuridad y se oscureció de tal manera como si fuera noche muy tenebrosa y oscura, de que se estuvo a punto de entender que se perdería la ciudad por causa de la ceniza que llovió y sobrevino de la que el volcán echaba con muchos truenos y relámpagos. Y porque aquel día, a las once poco más o menos, fue Dios servido mediante la intercesión de la Bienaventurada Santa Virgen María Nuestra Señora, su gloriosa Madre, que volviese a esclarecer y a alumbrar y cesase la dicha tormenta y oscuridad; en hacimiento de gracias del beneficio, bien y merced que esta ciudad y república recibió de Dios Todopoderoso; se acordó que perpetuamente en cada año se celebrara una fiesta. Según este voto se comprometieron y obligaron a concurrir el Cabildo eclesiástico y secular y el Venerable obispo a la iglesia catedral, la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, para celebrarla solemnemente; y el día siguiente ir en procesión a la iglesia de la Merced, para decir una misa cantada y oficiada con los ministros de la iglesia catedral. El 15 del mismo mes juraron este compromiso en esta iglesia el dean y ambos Cabildos». (1)

Este voto fue renovado y ratificado el 15 de diciembre de 1660, en esta forma:

«El 15 de este mes se reunió el cabildo para ratificar el juramento hecho a fines del siglo pasado, tomando a la Virgen de Mercedes por Patrona contra las erupciones del volcán y concurrir a la procesión y fiesta el día de la Natividad. En el acta se dice que se congregó el Cabildo expresa y señaladamente para dar gracias a Dios y a su Bendita Madre, por el favor tan grande que su divina Majestad hizo a esta ciudad. El miércoles 27 de octubre: que habiendo amanecido claro el día, con poco nublado, aunque precedieron aquella noche muy graves truenos y extraordinarios estruendos sin agua. Entre las ocho o nueve de la mañana llovió espesa arena, ceniza y piedras por la explosión del volcán, y en tanta abundancia que se oscureció el día como la más oscura y lóbrega noche. Los truenos y relámpa-

1] Dr. D. Fabio Herrera, *Apuntes para la Historia de Quito*, págs. 46, 47.

gos se sucedían en intervalos, y la tierra se agitaba con frecuentes sacudimientos. Todos los vecinos llenos de lágrimas y verdadero arrepentimiento se confesaban públicamente e hicieron grandes actos de penitencia. Todos creyeron que los tragaba la muerte y acudieron a la iglesia catedral y demás templos que estaban abiertos, hasta los enfermos cargados a hombros para pedir a Dios misericordia. Recordando el Cabildo y la Real Audiencia que la Virgen de Mercedes había libertado esta ciudad de otro peligro semejante proveniente del mismo volcán, el día jueves 8 de setiembre de 1575, juraron sobre los santos santos Evangelios en manos del Sr. Obispo D. Alonso de la Peña Montenegro, celebrar la fiesta prometida en aquel tiempo con las mismas solemnidades».

Ofrecieron doce ceras o veinte y cuatro pesos en plata que ese día debe satisfacer el Cabildo con la renta de los propios. (1)

He aquí de qué modo describe esta erupción de 1660 un Ecuatoriano ilustre y digno de todo crédito, el P. Juan de Velasco, que si bien no fue testigo presencial de la catástrofe pudo oír su relato de los que la presenciaron.

«Después de las erupciones de 1539, 1577, 1580, había hecho el volcán materiales para esta cuarta y última erupción con que quedó extinguido, y por lo mismo la mayor y más espantosa de todas. Dió principio el 24 de octubre con bramidos y estruendos; se siguieron los globos de fuego y peñascos encendidos que se veían subir hasta las nubes; y si bien abriendo una nueva horrenda boca, muy baja, hizo su inundación por la parte contraria de la ciudad, participó ésta de los continuos movimientos de tierra, desde el día 27 en que fue su mayor erupción con que parecía acabarse el mundo, con tinieblas tan densas que igualaron las noches con los siguientes días y obligaron a las fieras a bajar del monte y meterse entre las gentes. Cayeron sobre la ciudad tantas piedras, arena y ceniza que hundiéndose muchos tejados de las casas esperábase por momentos que la ciudad quedase toda sepultada. Fue grandísima la consternación y no se oían sino lamentos y últimas disposiciones para la muerte, dentro de las iglesias en que trabajaron los Jesuitas gloriosamente, distribuidos por todas partes y cogieron abundantísimo fruto con sus exhortaciones y confesiones. Al ir serenando algún poco se hicieron de todas las iglesias y Comunidades procesiones de penitencia, y se siguió una gran reforma de la ciudad. Se oyó el estruendo del volcán hasta las reducciones y montañas del Marañón, y ocuparon sus cenizas más de doscientas leguas de diámetro y más de ochocientas de circunferencia. Las ocultas venas de los montes y correspondencia que por ella tienen los volcanes, hicieron que el vecino monte nevado de Sincholhua tuviese al mismo tiempo un derrumbe hasta la mitad de su elevación, y que despidiese tanta piedra, barro y nieve, que detenido un río largo tiempo, hizo otra horrible inundación con grande estrago. Prosiguieron el año siguiente los interiores derrumbes del volcán Pichincha, causando unos ligeros movimientos, hasta que se extinguió enteramente con el gran desahogo por la parte del mar. (2)

:1) Ibid. p. 95, 96. Historia general del Ecuador, lib. III, cap. 14, p. 258

2) P. Juan de Velasco, Historia moderna del Reino de Quito, t. I, pág. 252. Véase además, Historia general del Ecuador, t. III, cap. 14, p. 258; D. Pablo Herrera. Apuntes para la historia de Quito, pág. 97 y siguientes.

Nº 2

«En una ocasión estuvo esta ciudad alborotada, por haber corrido voz y fama que había de hundirse una noche esta ciudad a cierta hora de ella; y todos los habitantes anduvieron por las calles muy confusos y llorosos; por cuya causa abrieron las iglesias y descubrieron al Santísimo Sacramento, respecto de la confusión tan grande, y esta testigo con su marido y sus hijos se fueron a la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, que estaba en frente de la casa donde habitaba Mariana de Jesús, donde hoy está el monasterio; y confusa del alboroto de la gente y por la pesadumbre que tenía por el temor de la muerte, se determinó entrar en dicha casa, como persona conocida y que la había criado, y como a madre la estimaba, le dijo: «Hija doña Mariana, pareceme que esta noche es llegada nuestra última hora, porque la ciudad, esta noche dicen que se hunde, y es la noche del juicio según andamos con este sobresalto y la confusión tan grande; consolados hija mía, si corremos algún riesgo y encomendados a Dios que nos mire con ojos de piedad, porque ha llegado la fatal. A que respondió: «Muy enojado tenemos a Dios por nuestros pecados, que los míos lo causan todo, y sola yo debía pagar por la república; tengan mucha esperanza en su divina Majestad que nos crió de la nada, y así no sucederá cosa; y asimismo la confianza en su Santísima Madre que no será nada; encomiéndense muy de veras a su divina Majestad como si llegara la fatal». Procesos, pág. 308.

Nº 3

«Sabe por haberlo visto que jamás en todo el tiempo que asistió esta testigo a Mariana de Jesús en su servicio que fue casi toda la vida de ella, no comió carne, porque aunque algunas veces, y esos muy de tarde en tarde, le hacía algunos pucheros, eran de yerbas, y éstos los comía con mucha moderación que le parecía no sería una onza, y lo volvió a lanzar; y preguntándole esta testigo como se podía sustentar lanzando lo que comía, le dijo: «Calla, para eso me voy a la Compañía a comerme un Cordero entero con huesos y carne y vivo», y que eso le bastaba para sustentarse; y como esta testigo iba de ordinario a la iglesia de la Compañía de Jesús, en compañía y servicio de la dicha Mariana, donde la veía confesar y comulgar entendió siempre que el Cordero con que decía se sustentaba era el Santísimo Sacramento del Altar. Y también decía que los pucheros que esta testigo le hacía, era mejor darlos a los pobres, porque se le hacía cargo de conciencia el comerlos ella; y así los repartía a los pobres que ocurrían a su casa. Y también sabe que fue muy frecuente en los ayunos, pues desde los primeros años de su vida ayunaba todos los días comiendo una sola vez al día; y los lunes, miércoles y viernes a pan y agua. Esta fue la causa que movió a esta testigo a hacer algunos pucheros de cuando en cuando viéndola decaída con tan continuos ayunos; y que lo que comía al día era tan escaso que apenas sería una onza. Y las cuaremas ayunaba *«al traspaso»*, porque desde que encerraban al Señor el Jueves santo a medio día, hasta el domingo de Pascua de Resurrección a medio día, no comía bocado; y a esta testigo le aconsejaba que ayunase a pan y agua y al traspaso; y diciéndole que si ella fuera tan

buena como la dicha sierva de Dios, lo hiciera la respondía que procurase hacer las diligencias de su parte, y así lo hacía mediante el ejemplo y enseñanza de su ama. Y conforme iba entrando en edad la dicha Mariana de Jesús, iba aumentando la aspereza de los ayunos; pues después de lo referido por algunos años ayunó sin comer bocado sino es de ocho a ocho días, y eso con una onza de pan o de otra cosa muy ligera; y si en este tiempo apurándola sus deudos y mandándoselo con obediencia que comiese algo, mandaba hacer y hacía ella unas tortillas pequeñas de sola harina, sin sal y con agua fría y las cocía en el horno, y cada tortilla le duraba cuatro días porque hacía cuatro partes una para cada día, y acabado de comer lo volvía a lanzar. Diciéndole esta testigo que por qué no le echaba sal y las hacía con agua caliente, respondía la sierva de Dios: «¿Qué merecía Mariana para regalarla y darle gusto? que eso le bastaba. Y se acuerda esta testigo que al hacer los pucheros, como lleva dicho, por la dicha Mariana de Jesús, fue también por consejo de ella, porque dijo que habían hecho reparo que no comía, y por dar a entender que no así la persuadió hiciese de tarde en tarde los dichos pucheros y se los llevase a su cuarto, que cuando a ella no le sirviesen, servirían a los pobres a quienes los repartía como lleva dicho; o se los volvía a dar a esta testigo para que los llevara y comiera con los pobres». (1)

Nº 4º

El Dr. D. Pablo Herrera refiere el hecho de esta manera. (Apuntes para la historia de Quito págs. 82, 84)

«Habiendo mandado el rey que en todos sus dominios se eligiese por Abogada Patrona y Protectora a la Virgen Santísima, bajo la advocación que en cada ciudad tuviese mayor celebridad en acción de gracias de la protección que él había recibido y le hiciesen vísperas y misa solemne en uno de los días que se le tenga a bien señalar en cada año perpetuamente: El Cabildo quiso consultar la opinión pública para determinar la imagen que aquí parece de mayor devoción, y por voto unánime de los Regidores y de los vecinos, se eligió la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que se venera en su templo de Guápulo; atestiguando que de Ella habían recibido singularmente beneficios y favores. La festividad se señaló para el día siguiente a la dominica de Cuasimodo Por causa de esta misma solemnidad el miércoles 6 de julio, se congregaron en la iglesia catedral, la Real Audiencia, el Obispo D. Pedro de Oviedo, ambos Cabildos y una multitud de personas de toda clase; y en el ofertorio de las misa solemne que siguió a la novena se juró el siguiente voto solemne».

«Para que sea notorio y manifiesto en todas edades, Serenísima Reina de los Angeles, el amor con que os veneramos y servimos, siguiendo el ejemplo de los nobles de Tiro, que os ofrecen dones y tributan votos, y juntamente obedeciendo los preceptos de la Majestad del rey Nuestro Señor Felipe IV el Grande que manda por su real cédula os juren, Señora Nuestra, por Protectora de sus armas y Dueña de sus aciertos y felicidades, la Real Audiencia y Chancillería de

la gran ciudad de Quito, su Presidente, Oidores y más Ministros; el Cabildo de su Iglesia, obispo y prebendados; el muy noble y leal cabildo de la ciudad, su Corregidor, regidor y justicia; Comunidades y Religiones, nobles y plebeyos habitantes de ella; postrados ante el divino acatamiento, en presencia de los coros angélicos y de toda la corte celestial os elegimos. Soberana Señora, en vuestra imagen de nuestra más ardiente veneración de la Madre de Dios de Guadalupe, retrato hermosísimo de vuestra belleza, que tanto lugar se hace entre todas las imágenes del mundo, único consuelo de esta ciudad, oficina de las mercedes y beneficios que de nuestro Omnipotente Señor recibimos, por Patrona, Protectora, Defensora y Auxiliadora de las armas católicas, por Capitana de nuestros ejércitos y por Abogada con Dios para todas nuestras felicidades; y hacemos voto, juramento y promesa de celebrarlo fiesta ahora de presente con el novenario solemnísimos que se ha hecho de misas y sermones; y en adelante en un día festivo que será el lunes inmediato a la dominica de Cuasimodo, con vísperas solemnes, misa cantada y sermón; y porque aun lo hemos de hacer y cumplir lo prometemos, votamos y juramos. Así Dios nos ayude y estos santos Evangelios.

En Quito, a seis de julio de 1644.

Nº 59

COPIA DE LOS PUNTOS QUE DECLARA EL P. LUCAS DE LA CUEVA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS, SOBRE LA VIDA Y VIRTUDES DE MARIANA DE JESÚS

Conocí a esta señora y la comuniqué en mi confesonario, reconociendo siempre en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de Dios grandísima. Esta le hacía oír la palabra de Dios con tanto gusto que era gloria. Llegó un hombre honrado deudo suyo, pidióme con instancia no desamparase aquel ángel; extrañando yo aquel encarecimiento con que me hacía esta petición, pedí me declarase en qué; respondiome que no debía dejar de darle aquellos ratos que gastaba en mi confesonario, que le eran de gloria. Buscábalos con ansia y en ellos descubrí la alteza a que Dios la había llamado y unión que con su divina Majestad había alcanzado; punto en que me comunicó y yo le atajé diciendo no entendía aquellas materias tan realzadas, porque yo no había entendido en mi vida sino lo más ratero de la vida purgativa, que de eso me podría oír si quisiese. Entonces me dijo nadie la entendía en aquellas materias que había apuntado, sino el venerable y espiritual Hermano Hernando de la Cruz.

Por esta comunicación con el Hermano Hernando de la Cruz padeció muchas contradicciones que llevó con paciencia incontestable; y yo alcancé licencia del Superior mayor para que prosiguiese oyendo a esta santa virgen.

Lo que principalmente la llevaba y arrebatava en esta conversacion y comunicacion conmigo de la palabra de Dios y de la Sagrada Escritura, eran los ejemplares que tocaban en grandes mortificaciones, penalidades y trabajos. Oyéndome en una de estas ocasiones aquel lugar de Job: *«Quis mihi tribunal ut veniat petitio mea, et qui coepit ipse me conteras, et haec sit mihi consolatio ut affligens me dolore*

non parca, en cuya explicación se encendía y abrasaba en deseo de padecer todo género de dolores, de mortificaciones, de afrentas y, todo cuanto en este género le podía suceder; y aun llegando a las afrentas, y diciéndole lo de una penitente del P. Baltasar Alvarez, a quien dicho Padre había sacado con gran ventaja de la Inquisición, donde había estado mucho tiempo sin defenderse, hasta que dicho Padre *motu proprio* salió a su defensa con tanto dolor de la paciente, que en lugar de agradecerle la diligencia se quejaba llorando y decía a dicho Padre. ¡Ah Padre mío! ¿eran de perderse doscientos azotes y por Toledo? Refiriendo yo este ejemplo a dicha Mariana de Jesús en las razones que llevo dichas, y añadiéndole: ¿que dice en esto, en qué disposiciones se halla? ¿Pasaría por ser azotada en las calles de Quito, como lo deseaba la otra por las de Toledo? Me respondió con más presteza de lo que yo le había hecho la pregunta, que sí y que muy de corazón, con tal afecto que me dejó admirado y sumamente edificado.

En otras pruebas y ejemplares de ignominia y afrentas le reconocí este mismo afecto de humildad. El lugar que arriba apunté del santo Job, no paró ni me dejó parar hasta que se lo dí en romance, como lo hice desde Riobamba escribiéndoselo para su consuelo y su continuo ejercicio de peticiones de grandes trabajos, mortificaciones y afrentas de que padecía hambre. Y esta le hizo instar tanto con el P. Juan Camacho (a quien me dijo reconocía por su Padre en el espíritu y que fue el que desde su niñez la puso en él desde que comenzó hasta el punto en que se hallaba) para que le diese larga en mortificaciones y penitencias, que se vino a desjarretar y quedar totalmente impedida como yo la hallé sin poder ya practicar nada de aquella distribución y número de penitencias que causa horror y admiración solo el leerlas, como se verán en el sermón que se predicó en sus honras.

Viéndose así desjarretada e impedida me daba queja amorosa de dicho Padre, diciéndome que el haberla dejado correr tan sin freno, era la causa de hallarse privada de las mortificaciones y penitencias para que se hallaba impedida.

Reconocíle profundísima humildad y esta le hizo escribirle conmigo un papel a su antiguo confesor y Padre espiritual el P. Camacho a Riobamba a quien yo se lo llevé, pidiéndole perdón con indecible sujeción y sumisión, anonadándose por un despego solamente y leve, que había tenido con su Reverencia.

También reconocí que tenía gran conformidad con la voluntad de Dios, como lo experimenté en una ocasión que le dije como me iba a los montes, a que me respondió que lo sentía mucho; y yo le dije que no lo sentía porque era la voluntad de Dios; entonces me dijo: Sí, Padre, si es la voluntad de Dios váyase muy en hora buena, ya no lo siento.

Esto es lo que me he podido acordar acerca de esta santa señora, quien me comunicó mucho en el confesonario las veces que salió a Quito de estas Misiones; que por haber ya pasado tanto tiempo no me acuerdo ni me ocurren otras muchas.

Y por ser esto la verdad lo firmo juntamente con mi notario.

En la ciudad de Archidona en 28 de febrero de 1661.

Lucas de la Cueva.

Eugenio de la Parra, Notario público.

El Ilmo. Sr. Obispo de Chiapa, que en todo intervino en la fundación del convento, testifica lo siguiente:

«A las preguntas tercera y cuarta dijo que además de lo referido, oyó su Sría. Ilma. decir generalmente en Quito siendo Dignidad de Provisor y Vicario general, que la venerable virgen Mariana de Jesús, había vivido en las casas que tuvieron sus padres, entre el hospital real y la plazuela del convento de religiosas de Santa Clara y continuamente se había dicho que esas casas habían de venir a ser con el tiempo, convento de veinte y una religiosas, y que en aquel mismo sitio donde ella se lo había pedido a Dios, le habían de alabar las religiosas, sin tener noticias que le hubiesen comunicado de tal fundación; y que habiendo mandado fundar un convento de religiosas descalzas del Carmen, el Ilmo. Sr. D. Agustín de Ugarte y Saravia, obispo que fue de la dicha ciudad de Quito, del Consejo de Su Majestad, había tomado a su cargo la fundación el Sr. Licenciado D. Martín de Arriola, caballero del orden de Alcántara del Consejo de su Majestad y su Presidente de la Real Audiencia de Quito, con comunicación de su Sría. Ilma. que como dicho es era Provisor y Vicario general en aquel obispado y arcediano de su catedral, hizo la fundación del convento por encima del convento de Nuestra Señora de las Mercedes, a que asistió también su Sría. Ilma. como prelado; y que aunque al dicho Sr. Presidente se le había insinuado que convenia fundar el dicho convento en el sitio donde había vivido la venerable virgen Mariana de Jesús por las razones que había dicho, no quiso convenir en lo referido, sino que hizo la fundación por encima del dicho convento de la Merced; y acabado vinieron las fundadoras, que fueron la Madre Bernardina de Jesús, la Madre Mariana de San Agustín y la Madre Paula de Jesús Maria; y su Sría. Ilma. fue a recibir las hasta el asiento de Latacunga, y habiendo entrado a la ciudad de Quito y al convento que ya estaba acabado con todas sus oficinas, iglesia, coro y lo demás necesario, y que iban entrando a él otras religiosas, en este tiempo había muerto el dicho Sr. Presidente, y las religiosas reconocieron que el dicho convento no era a propósito para conservar la salud, por ser muy húmedo, con intervención de su Sría. Ilma. dieron cuenta de ello al Sr. Virrey de Lima y pidieron licencia para mudarse a otra parte y habiéndosela concedido, eligieron para su convento el sitio donde había vivido la venerable virgen Mariana de Jesús; y su Sría. Ilma. con el Sr. Oidor D. Juan de Morales Aramburu, que como más antiguo presidía, asistieron a la obra e hicieron abrir los cimientos para la iglesia y para todo lo demás de la fundación de dicho convento; y su Sría. Ilma. como prelado, con asistencia del clero de la ciudad, puso en sus manos la primera piedra para dichos cimientos. Habiéndose acabado la iglesia, dijo la primera misa en ella y que según el común sentir de todos los que acudían así a las asistencias de dicha obra, admiraban mucho que se viese cumplido lo que la venerable virgen había desado y había dicho.....» Procesos, pág. 334.

Nº 7º

«Al entierro de la venerable virgen fue innumerable el concurso de gente que acudió, porque las calles inmediatas a su casa estaban que no cabían, y en especial la que va desde ella a la iglesia de la Compañía de Jesús donde se enterró, por lo mucho que la estimaban y veneraban; y la despedazaron tres hábitos que le pusieron uno tras otro, del glorioso Padre S. Francisco con que la amortajaron, y a no poner guardas que la defendiesen hubieran hecho pedazos su cuerpo. Asistió a su entierro la Real Audiencia, el Sr. Obispo, D. Fr. Pedro de Oviedo y los dos Cabildos eclesiástico y secular, toda la nobleza y el vulgo de esta ciudad y muchas personas de fuera de ella, que a la noticia de la muerte acudieron. Al entrar el cuerpo en la iglesia de la Compañía de Jesús, abrió un ojo tan hermoso y resplandeciente como una estrella con admiración de los que le vieron; y al llegar al túmulo abrió ambos ojos y los fijó en la imagen santísima de Nuestra Señora de Loreto, que estaba en el altar mayor para la celebridad de su fiesta que aquel año se había transferido de su propio día, que es el segundo domingo después de Pascua de Resurrección, al domingo después de la Ascensión del Señor, de quien era muy devota y esclava, y había deseado mucho que se hallase a su entierro y dicho que se había de hallar como sucedió; y llegando el P. Alonso de Rojas de la Compañía de Jesús que también era su confesor, al prodigio que había sucedido de abrir los ojos Mariana de Jesús y tenerlos como dos estrellas dijo: «¡Válgame Dios qué prodigio es este! y se los cerró..... Su cuerpo lo depositaron en la bóveda de la Capilla del Señor San José, entierro principal de Juan de Vera de Mendoza y de D^a María de Vera..... Procesos, pág. 43.

Nº 8º

«..... Habiendo de recibir en la casa de Mariana de Jesús a las Madres religiosas fundadoras del convento que vinieron de la ciudad de Lima, de que cuidaron esta testigo y su marido, tres o cuatro días antes que llegasen, teniéndolas apercebido, aderezado y colgado de tafetanes el cuarto de Mariana de Jesús donde se hospedaron, una tarde como a las cinco de ella, envió a decir a esta testigo una india de razón, que estaba tullida, llamada Catalina, que había criado a Mariana de Jesús, que era muy sorda y vivía en un aposento de la casa junto al cuarto de la sierva de Dios en la parte baja, que si habían llegado ya las carmelitas, porque oía música muy suave en él, y que entre las voces que oía cantar, conocía las de Mariana de Jesús y de su sobrina Sebastiana de Caso; y envió a llamar a esta testigo para que las oyese y no se atrevió; y solo envió a una negra llamada Juana, que era su esclava y que hoy lo es del capitán Manuel de la Chica, y está en el partido de Otavalo, y otras indias que no se acuerda de ellas aunque le parece que una de ellas es la María que vive hacia S. Diego; y en este mismo tiempo del recibimiento de las religiosas carmelitas fundadoras, vino de la plaza el capitán Alonso Sánchez de Luna a recogerse en la dicha casa donde vivía, a prima noche, y preguntó a esta testigo si había puesto luces o si había entrado con ellas en el cuarto de Mariana de Jesús, que como dicho lleva, estaba pre-

venido para el recibimiento de las monjas, porque había visto de la calle mucha claridad en él, por las ventanas que estaban abiertas; y causándole novedad a esta testigo, porque tenía cerrado dicho cuarto con llave que estaba en su poder, fue a él y abriéndolo no halló luces ningunas. Y en esta misma ocasión en diferente día, entrando en dicho cuarto en compañía de D^a Damiana Ortiz de Amurga, su madre ya difunta, a acabar de ordenarlo para el recibimiento, olieron repentinamente un olor suavísimo y fragante; y pareciéndole a esta testigo que se engañaba preguntó a su madre que si sentía aquel olor tan suave; dijo que sí, y que Mariana de Jesús quería sin duda quitarles el trabajo de zahumar el cuarto; y como la puerta de dicho cuarto estaba junto a la escalera, a algunas veces a hora de vísperas, en que decían era en la que Mariana de Jesús ejercitaba la oración, al pasar por ella sentía esta testigo y la dicha su madre el mismo olor, y la una y la otra andaban a preguntarse si sentían el dicho olor . . . Procesos, pág. 203.

Nº 9º

CANCIÓN DEL HERMANO HERNANDO DE LA CRUZ

Es de Jesús Mariana,
Tan de su agrado que le amó temprana
Desde la tierra cuna,
La miró en sus rayos, Nueva Luna.
Continuo relicario
Jamás distante de El; pues fue Sagrario,
En cuyo trono, porque Sol moraba,
Mortífero vapor no le manchaba;
Y el leve vaporecillo
Advertido, veloz huyó admitillo.
¿Quién el candor no admira
De aquesta Luna y Sol que en ella gira?
¡Oh poder, poder infinito
Que en el campo de Quito
Tal tesoro guardaba para el cielo!
Téngase el patrio suelo
Por su tesoro, el más ufano,
Que si en el Orbe enano,
Atlante puede competir en grandeza,
Con solo la pureza
De esta, que de Jesús toda es Mariana.
La gracia soberana,
La previno en su flor, siempre florida
Hasta el fatal ocaso de la vida.
Y porque de ella cante,
Desmaya el más gigante.
Su rara penitencia,
Que si se pone en competencin
Con solo sus ayunos
A los Macarios vence y a los Brunos.
Siendo niña de pecho
Principió con precepto tan estrecho

El ayuno, que al día
Sólo dos veces, como en profecía
De lo futuro, el pezón la alimentaba;
Después solo pasaba
Con una onza de pau
Mas ¿de qué suerte?
De quince en quince días ¡Oh que fuera!
Y aun esto revesaba;
Y la cuaresma toda ayunaba
Con seis onzas de pan, que aun no cocía;
En conclusión Mariana no comía.
Seis cilicios continuos la pautaban;
Ni sus plantas dejaban
De sentir en garbanzos su tormento;
Estos rigores eran su contento.
El sueño que apacible se apodera.
Lisoujeaba en cruz o en escalera.
¡Tanto rigor, Mariana,
Mira que te devana.
La Parca el débil hilo de tu vida!
¿Por qué la tienes tan aborrecida?
Mitiga rigor tanto,
Que al penitente Egipto das espanto.
Es de Jesús Mariann,
En quien Jesús estampa como en plana
De batido papel, porque sellado
Esté de su Pasión autorizado;
Que el blanco sin la cruz es prohibido,
Y en su corte imperial no es admitido.
Este sellado es pues nuestra Doncella
Porque Jesús pasible en el se sella.
Anhelos de martirio
Fueron la causa de formarla lirio;
Ejecutadas penas
Las atestiguan sus cruentas venas;
En un año fatal fuentes corrieron,
Ciento y sesenta veces carmín dieron;
¡Tanto licor cruento
De este cadáver vivo sin sustento!
¿De dónde, virgen, vena tan undosa,
Que de Azucena blanca fueses rosa?
Eres de Jesús Papel sellado,
De su Pasión cruento trasudado;
Tanto que el Agua con la Sangre junta
Que su Carne en la cruz virtió difunta,
Agua y sangre tanbién virtió tu vena
Por estar de su Sangre y Agua llena;
Emula en esto, al Puerto Soberano
Que abrió la llave de violenta mano.
Por eso no bebías,
Porque al mar de Jesús en ti tenías.
Mas si la causa advierto,

Fuiste divino Ingerto,
Con Sangre cada día alimentada,
De la incruenta Hostia consagrada.
Todo lo he dicho con decir aquesto,
Aquí Mariana echó todo su resto.
Y tú Ildefonso grave, (1)
De clarín tan suave;
Paraninfo de Dios resucitaste
Con tu Oración mil almas ganaste;
Y si se estampa espero
Que ella será la flor, tú el Jardinero. (2)
.....

Nº 10

EL SENADO Y LA CAMARA DE DIPUTADOS DEL ECUADOR
REUNIDOS EN CONGRESO.

CONSIDERANDO:

Que las virtudes insignes deben ser veneradas de una manera especial en el suelo en que han florecido:

Que el buen nombre de la República y su cristiana piedad piden se tribute a la Beata Mariana de Jesús un culto digno de su eminente santidad; y

Que este culto redundará en honor de la Nación, cuya gloria depende de los de sus hijos ilustres:

DECRETA:

Art. único. Se autoriza al Poder Ejecutivo para que en la refacción de la Capilla destinada a la Beata Mariana de Jesús y en la construcción de una urna y de un altar para la conservación de sus reliquias, emplee del Tesoro Nacional la suma que sea necesario.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento.

Dado en Quito, capital de la Republica a 2 de Octubre de 1873.

El Presidente del Senado, Roberto de Ascásubi — El Presidente de la Cámara de Diputados, Vicente Lucio Salazar. — El Secretario del Senado, Carlos Casares. — El Secretario de la Cámara de Diputados, Pedro José Cevallos.

Palacio de Gobierno, en Quito a once de octubre de 1873.

EJECÚTESE

Gabriel García Moreno.

El Ministro de lo Interior, Francisco Javier León.

1) Se refiere al P. Alonso de Rojas.

2) P. Morán de Butrón. lib. V, cap. 7, pág. 424.

EL RELICARIO PARA LOS RESTOS MORTALES DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES, *Azucena de Quito*

«..... La urna viene a constituir un templete de estilo románico, ricamente decorado al uso de los mejores tiempos de aquel estilo: crearíamos vernos con una caja cineraria sagrada de las clásicas y afamadas del período románico (1100—1200); de aquellas que constituyen el lujo de los tesoros eclesiásticos del alto Rhin. Las famosas urnas de los Reyes Magos de Colonia o de la Virgen en Aquisgrán parecen inspiraron al artista en su noble concepción.

La que nos ocupa, modesta en sus proporciones, pues apenas cuenta con 0,45 centímetros de frente, por 0,50 de fondo y 0,65 de alto en su mayor elevación, es con todo, completa en la distribución de sus partes arquitectónicas y de proporciones irreprochables.

El templete ofrece en su frente principal de exquisito gusto, una verdadera fachada, que sobre zócalo de rectas líneas, bases de robusta solidez, sustentan pilastrones de sillares murados, ante los cuales, columnitas pareadas y unidas por arcos de punto redondo, vienen a servir de base a torreones laterales, que rematan en cupulinos almenados, coronados de una robusta macolla de azucenas enjovadas; que le sirven de pináculo.

El centro ocupa el fenestrino de cristal de roca, desde donde se exhiben las reliquias que reposan en el templete y que, por lo mismo, va guarnecido de puerrecillas movibles, capaces de ser cerradas o abiertas a voluntad, y encuadradas dentro de un marco de moldura ricamente enjovado. Pero lo que constituye el núcleo del decorado, y por lo tanto, el punto céntrico del desarrollo estético del templete, es el frontón superior, que llamáramos tímpano en los otros estilos. Arranca de los pilastrones laterales antes descritos, forma en sus líneas maestras un ángulo recto de cornisas ojivales de talud severísimo, bajo las cuales una filigrana que se comparte en tres secciones de círculo en forma del trifolio gótico, da lugar en sus vanos a sendos escudos heráldicos, y en el fondo central al monograma de la Santa, a quien se dedica la joya.

Corona el tímpano un florón central de azucena, análogo a los de los torreones laterales, del cual arranca, primero una piña, y luego la cruz riquísima, de brazos iguales, cuyas extremidades, formadas por cuadriláteros perfectos, dan lugar a un enjovado sobremantura artístico y vistoso, y constituye el remate supremo del cofre.

Los costados del templete forman severos portales; en los que el zócalo, las columnillas, los arcos semicirculares, las cornisas, el fondo de líneas que se cruzan en cuadros geométricos; todo representa el flanco de un verdadero edificio del estilo románico.

La cubierta es una techumbre de escamas, perfectamente regulares, de ojivas entrecortadas, todo coronado por una crestería o peine de arabescos caprichosos, cuyas cimas rematan en piedras preciosas del más variado aspecto.

Consignemos ciertos detalles importantes del dibujo, detalles que envuelven, por lo general, lo emblemático de la obra artística. En la base derecha vése un ángel sedente, de grandes alas y corona de oro. En su derecha lleva una pluma, y con su izquierda sustenta una lápida, en la que ha inscrito en castellano la expresión «AZUCENA DE QUITO». Figúrasenos ser el Ángel de la República, que consigna en los fastos de la Historia patria el nombre más glorioso de ella, el de la única de sus flores que no se han marchitado, ni marchitará.

En la base correspondiente, y como para reflejar en figura jero-glífica lo mismo que la historia ha escrito en letras, encuéntrase un vaso, en el cual se alza un vástago de azucena coronado por una de estas en la plenitud de su vigor: *¡La Azucena de Quito!*

Sobre la ventanilla central brilla, literalmente brilla, en un cen-tro de filigrana, formado por los mejores y más variados oros de las minas ecuatorianas, la cifra de MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES. La letra M., principal del monograma, está atravesada por la cruz, cuya base forma la J, y en los ramales laterales están la P, y la F., de los apellidos de Mariana.

En la parte superior del frontón campea el conocido símbolo *JHS* de la Compañía de Jesús, a la que perteneció moralmente la San-ta. En los recortes laterales del tímpano, los escudos heráldicos de Pío X, actual Pontífice de la Iglesia Universal, y del Ilmo. Señor González Suárez, Metropolitano, y dueño de la obra.

Como decoración exterior o sobrepuesta, de la base de la cruz, en las severas pendientes del frontón se retuercen, una por cada lado, varas floridas de azucenas, que vienen a formar como guirnaldas deco-rativas en líneas espirales de grato efecto, ya por el simbolismo repe-tido de la flor quiteña, ya por nuestro gusto latino-americano, tan afecto al recargo de adornos floridos.

Toda el arca, con bases y zócalos, está sustentada, sobrellevada diríamos, por cuatro cóndores andinos, que soportan sobre sus dorsos, formando escuadra con sus abrazadoras alas, los cuatro ángulos del edificio. ¡Nuestra ave nacional, la que en las armas de la patria es coronamiento, en las cenizas de una santa apenas es base y susten-táculo! ¡Cuánto más elevada y duradera es la gloria de la santidad que la de las hazañas humanas!

Las coronas de laurel y oliva, que decoran los lados de las bases, son otro detalle decorativo de no menos significación alegórica que de efecto artístico. Inspirado el artista en la práctica de los arcos triun-fales, en los cuales el imperio romano inscribía en las bases de las columnas las hazañas de los héroes, y grababa en bajo relieves las escenas que motivaban la Apoteosis, en la teca de la Beata Mariana, las caras visibles de las bases llevan rodadas de estas coronas triun-fales, inscripciones de las virtudes en que sobresalió la santa: «MOR-TIFICACIÓN», «POBREZA», «PIEDAD», «CARIDAD», «ESPERANZA».

Esto nos conduce a tratar de las inscripciones que dan relieve al arte, y que en nuestra obra están repartidas con acierto notable. De-más de las referidas, en la base general, cara anterior, léese la princi-

pal dedicatoria: «CINERES BEATAE MARIANAE DE JESU» En el zócalo o repecho de la ventanilla, entre el Ángel y la Azucena, el texto bíblico: «IO! QUAM PULCHRA EST CASTA GENERATIO CUM CLARITATE!» ¡Qué hermosa es una generación casta en su esplendor!» En cada una de las hojas de la puertecilla del fenestruo, figurando una cinta que liga haces de azucena: «SICUT LILIUM INTER SPINAS. SIC AMICA MEA INTER FILIAS»; «Como el lirio entre las espinas, así mi amada entre las demás doncellas».

Los caracteres, cual convienen a las inscripciones monumentales, son sencillos y nítidos.

El reverso, que constituye la puerta destinada a introducir los venerandos despojos, apenas tiene grabado como en elisé liso las mismas formas del frontispicio principal, y la cerradura con su respectiva llave.

El interior está tapizado de seda blanca, recamada de azucenas doradas.

* *

De otra parte, la ejecución de la orfebrería es acabada, digna de nuestra admiración, tanto más que el que podemos hoy llamar artista, no ha pasado de recibir formación de artesano, ni cuenta con elementos para más; en él, la habilidad y la prolijidad suplen a los procedimientos científicos, al instrumental y demás elementos con que este arte cuenta en otros países más adelantados. Mientras tanto, ¡qué perfección de líneas, qué brillantez del pulimento! ¡qué regularidad de formas! ¡qué tersidad de superficies!

* *

La urna íntegra, incluso el fuste interior, es de plata, y, exceptuando el medallón central, la pluma y diadema del ángel y los escudos heráldicos que son de oro macizo, lo demás es simplemente dorado, con pocas partes esmaltadas, en lo cual francamente, no hay la perfección deseable, por falta de ingredientes.

Los rubíes y zafiros todos finos; no así los diamantes y esmeraldas, bien que estos mismos están escogidos por su transparencia y enjorados con esmero, ya si se observa su disposición, desparramados con simetría, y gracia, ya por las variedades de su enjoramiento, pues los hay incrustados y los hay salientes, a toda luz.

Magnífica e ingeniosa es la obra interna de conexiones mediante tornillos con sus respectivas tuercas, botonaduras y remaches; pues toda ella ha sido trabajada en piezas separadas, que se coordinan con tanta exactitud, que hay junturas donde no se puede divisar ni una ligera línea a la simple vista. (1)

11 Tomado de un opúsculo publicado en la Imprenta del Clero—1912.

APENDICE II

BREVE RESEÑA DE LA VIDA Y VIRTUDES DE JUANA DE CASO, SOBRINA DE MARIANA DE JESÚS

Nació Doña Juana de Caso en la ciudad de Quito el 3 de diciembre de 1620. Fue su padre el capitán Cosme de Caso Miranda, hijo legítimo de Juan de Caso y del Campo y de Dña. Juana Caso Miranda, naturales todos de las Asturias, señores de su Casa y Apellido. Caballeros de lo ilustre y noble del Principado, y además de loables procedimientos como consta de auténticas ejecutorias de su nobleza.

Fue su madre D^{ña} Jerónima de Paredes, hermana mayor de Mariana de Jesús, matrona de las más ilustres de Quito, que a la nobleza de su linaje supo añadir otra nobleza más de estimar; la que proporciona la sólida virtud.

Desde muy niña dió D^{ña} Juana singulares muestras de docilidad y de virtud como de otras prendas y cualidades muy dignas de estimación con que la dotara el cielo. Pero el mayor de todos los favores que Dios le hizo en su niñez, fue el tener por maestra en la virtud y buenas costumbres a su tía, Mariana de Jesús, que le llevaba de edad solamente dos años y un mes.

Esta le enseñó desde luego a amar y servir a Dios, no tanto con sus consejos y exhortaciones cuanto con sus buenos ejemplos; y como era muy inclinada a toda virtud pronto se dejó percibir el fruto de los afanes de su santa maestra. Fue siempre la fidelísima compañera de Mariana en aquellas empresas infantiles, que si bien demuestran la inconsideración y poca experiencia en aquellas niñas, revelan asimismo su corazón generoso y esforzado, como fueron, el querer ir a convertir a los infieles, hacer vida eremítica en el monte Pichincha, el acompañar a Mariana en sus mortificaciones durante la semana santa y otras invenciones de su virtud.

Siendo muy niña todavía, Dios mostró el cuidado que de ella tenía, librándola de un inminente riesgo de perder la vida de un modo muy extraordinario. Había ido Juana con toda su familia a oír misa en la Compañía de Jesús, según que tenían costumbre; estaban ya de vuelta cerca de la puerta de su casa; cuando repentinamente se lanzó sobre el grupo que formaban, un toro muy feroz que se había escapado. Cada cual procuró salvarse como pudo y con la mayor presteza posible. Para correr mejor una de las hermanas de Mariana, dejó caer al suelo unos chapines que llevaba. Viendo esto la niña en vez de correr como los demás, se fue sin advertir el peligro, a recoger los chapines de su tía. Se precipitó sobre ella el animal enfurecido, y estaba ya a un paso, cuando desde la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, arrojaron a las astas del toro un sombrero blanco con forro verde, tan a tiempo, que entreteniéndose el animal con el sombrero, la niña tuvo tiempo de ponerse a salvo.

Muy agradecidos quedaron los padres de Juana al que había tirado el sombrero y querían remunerarle. Apenas se hubo apartado el toro, D. Cosme recogió aquel sombrero y llevándolo en la mano iba preguntando por el dueño; pero no se pudo ni entonces, ni después, averiguar a quien pertenecía. Bastante extrañeza causó a todos este

suceso. ¿Por qué tanto empeño en ocultarse, se preguntaban los unos a los otros, por qué no recoger el propio sombrero? (1)

Luego que Mariana la vió en disposición, le enseñó a frecuentar los santos sacramentos, llevándola consigo a la iglesia de la Compañía donde la hacía confesar con su propio confesor, el P. Camacho. Estaba la niña con tanta devoción, modestia y recogimiento en la iglesia que servía de modelo a las personas más virtuosas.

Cuando Mariana entró en su retiro, Juana de toda su voluntad la quiso seguir e imitar; mas viendo que esto no le era permitido, quiso a lo menos hacer como ella voto de perpetua castidad. Tampoco lo consintió Mariana, antes bien, le profetizó que Dios la tenía reservada para el estado de matrimonio. (2) Se sujetó Juana a la voluntad de Dios manifestada por Mariana. Cuando hubo cumplido los catorce años la humilde y modesta doncella, atendiendo más bien a su grande hermosura, virtud y nobleza que a las riquezas de este mundo, la pidió con instancia por esposa el capitán D. Juan Guerrero de Salazar, descendiente de las nobilísimas Casas que llevaban estos apellidos en la Montaña. Era este en un todo igual a D^a Juana en la piedad, celo, oración y frecuencia de sacramentos. Se celebró el matrimonio con el aplauso y aprobación de la ciudad entera; y en los muchos años que vivieron juntos nunca fue turbada la paz y tranquilidad de la casa con el menor disgusto entre ambos esposos, que este afecto produce el sacramento del matrimonio en los que viven como Dios manda, es decir como buenos cristianos. Tuvieron dos hijas y tres hijos. El hijo mayor llamado Cosme entró en la Compañía de Jesús, donde vivió y murió santamente; los otros dos se casaron con dos hermanas de muy noble linaje. (3) La mayor de las hijas que se llamaba Mariana se casó con el capitán D. Juan de la Cruz y Zúñiga; la menor por nombre Catalina fue la que Mariana de Jesús curó repentinamente de una herida que había recibido con la coz de una mula; y se hizo después religiosa carmelita en el convento de Quito, llegando a ser superiora, de donde pasó a fundar el convento de Cuenca, y en él murió en olor de santidad.

Luego que se vió casada D^a Juana, no se desdénó de ayudar a su esposo con el trabajo de sus manos, antes bien mostró en esto mucha actividad, aliviándole en gran manera en los gastos de la casa. Puso también grande cuidado y celo en ocupar la gente de servicio, impidiendo que pasasen el tiempo en la ociosidad. A menudo se levantaba por la noche para visitar y rondar las diferentes habitaciones de la casa, y asegurarse con sus propios ojos que no había ningún desorden. Cada noche también juntaba a toda la servidumbre en la sala que ella ocupaba donde en compañía de Mariana de Jesús, cuando esta vivía, les enseñaba la doctrina cristiana; después de lo cual pasaban a rezar en coros el santo rosario. Los disponía por sí misma a la frecuentación de los santos sacramentos, que solía ser de ocho en ocho días; la preparación ordinaria consistía en ayunar la víspera, con otras oraciones y penitencias. (4) Ella misma llevaba a su gente a

1] P. Morán de Butrón, lib. I, cap. 10, pág. 72.

2] Procesos pág. 46.

3] Procesos pág. 47.

4] P. Morán de Butrón, lib. I, cap. X, pág. 74.

la iglesia de la Compañía, y no se apartaba del confesonario hasta verlos confesados a todos.

Quien tenía tanto cuidado del bien espiritual de sus criados, mucho mayor debía tenerlo de sus hijos. Conocía perfectamente que los hijos son un depósito sagrado que Dios confía a los padres, para que hagan de ellos dignos ciudadanos del cielo y que les pedirá una cuenta estrechísima de aquellas almas. No ignoraba tampoco que si los padres tienen que sufrir en este mundo por causa de sus hijos, la más de las veces, no es otra la razón sino por haber sido descuidados en formarlos para Dios, en hacer de ellos primero y ante todo, buenos cristianos.

D^{ña} Juana enseñó a cada uno de ellos por sí misma, no confiando tan delicado encargo a nadie, desde la más tierna infancia, la modestia, los buenos modales, y sobre todo la sólida piedad, haciéndoles aprender y rezar las oraciones que debe saber todo buen cristiano. Para el hijo o hija que más fielmente le obedecía, que con más atención rezaba, que mejor se portaba, eran sus caricias y regalos especiales, dejándole alentado con este premio y a los demás suficientemente corregidos por verse privados de él. No permitía en su casa el menor desliz contra la ley divina; tenía mandado que el que oyese jurar o murmurar la avisase luego, y el delincuente, no quedaba sin castigo. Todos sabían perfectamente, no solo los moradores de la casa, pero aun las personas de fuera que en su presencia, no se había de proferir palabra descompuesta, de doble sentido, ni mucho menos abiertamente impura. Aunque la persona fuese de todo respeto, si se presentaba el caso, mudaba pronto la conversación con destreza y cortesía; pero si a pesar de eso querían proseguir, se le encendía el rostro como una llama; y sin más miramientos que los que se merece la ley de Dios, corregía al delincuente, quienquiera que fuese.

En cierta ocasión se atrevió un hombre en su presencia a decir algunas palabras y hacer algunas bromas que no eran conformes a la más estricta decencia y pureza, fiado quizá en su autoridad y en el respeto que se le debía. La familia estaba allí reunida: la noble y cristiana matrona se esforzó inmediatamente en cambiar la conversación introduciendo otro asunto sobre qué hablar; el hombre siguió en sus bromas y necedades. D^{ña} Juana se puso de pie, como quien iba a retirarse, y encarándose con él le dijo: «O mudar de conversación o salir de mi casa». Quedó avergonzado el infeliz, pero en aquella casa no volvió a faltar más a la ley de Dios, ni al respeto que se debe a una familia de buenos cristianos. ¡Cuántas madres de familia tendrán que dar cuenta a Dios de la corrupción, quizá temprana y completa de sus hijos, y particularmente de sus hijas, por haber permitido y tal vez fomentado delante de ellos conversaciones, que deberían ignorarse en absoluto entre cristianos!

D^{ña} Juana era conocida y respetada en toda la ciudad de Quito por su modestia y recato; iba con grande recogimiento por las calles sin levantar los ojos del suelo; nunca se la vió perder el tiempo y satisfacer la vanidad o curiosidad en el balcón de una ventana; no asistió tampoco a fiestas ni diversiones, imitando en esto lo más que le era posible a su santa tía Mariana de Jesús, en cuya escuela se había formado. Su esposo la amaba tiernamente y pretendía mostrarle su cariño proporcionándole ricas galas para su adorno; pero era tanto el desprecio que mostraba de estas vanidades, y tan comple-

to su desengaño, que no quería sino ponerse un vestido de lana negra; por lo cual su confesor el P. Camacho atendiendo a buenas razones de conveniencia y de posición social, le mandó que admitiese a lo menos un traje de seda negra para las fiestas y días solemnes. Obedecía la noble y humilde matrona sin que su esposo pudiese recabar de ella que admitiera otras galas.

Pero si era muy estricta consigo misma y no quería derrochar el dinero en trajes y vanidades, era muy generosa con los pobres a quienes socorría con abundantes y continuas limosnas. Daba plena licencia a Mariana de Jesús, para que cogiese de la despensa cuanto quisiese y lo que quisiese, para aliviar sus necesidades, y ella hacía lo mismo. La sola vista de un pobre le arrancaba lágrimas de ternura y de compasión; nunca desechó a ninguno, todos salieron de su presencia consolados y remediados. Entre estos pobres, los que más la movían a lástima, eran aquellos que habiendo perdido sus bienes, habían conocido antes lo que era comodidad y holgura; estos en cualquier tiempo y hora que se presentasen eran siempre muy bien atendidos y con profusión socorridos. Grande pena y compasión le causaba cualquier enfermo cuando había alguno en la casa, aunque fuese el último de los esclavos; se constituía ella misma de enfermera, a pesar del asco y horror invencible que le causaba, por disposición natural, la vista de cualquier llaga o apostema, y curaba al enfermo basta verle sano.

No se contentaba con asistir a los enfermos de casa; sabiendo que algún pobre del vecindario tenía alguna grave dolencia, ella misma preparaba y hacía preparar, aunque no conociese a la persona, los remedios y medicinas, y se las llevaba al doliente. No pocas veces les servía la comida con sus propias manos, arrodillada delante de la cama, fingiendo que así le era más fácil servir; pero en realidad de verdad, por respeto a Nuestro Señor Jesucristo, a quien veneraba en la persona del pobre enfermo. A la medicina corporal tenía buen cuidado de añadir la espiritual, exhortándole a la paciencia y arrepentimiento de sus pecados; su grande dulzura y bondad siempre alcanzaban su pretensión, porque ningún corazón, aun el más empedernido, pudo resistir a tanto cariño y buenos ejemplos. Veces hubo que dejó por algún tiempo las comodidades de su casa, por atender a algunos enfermos tan necesitados, que no tenían otro auxilio sino el que esa piadosa mujer les prestaba. Este mismo fervor y caridad la llevaba con frecuencia al hospital, donde visitaba uno por uno a los enfermos de las diferentes salas, regalándolos con dulces y biscochuelos, y repartiéndoles lienzo para sus vestidos y el aseo. (1)

La consoló mucho Dios en estos ministerios de caridad con algunos casos extraordinarios. Llegaron a sus puertas dos indias, madre e hija, tan faltas de todo, que apenas si tenían unos harapos con que cubrirse lo preciso y necesario, y tan llenas de llagas y miseria de los pies a la cabeza, que causaba horror sólo el verlas. Era tan intolerable al hedor que despedían de sí, que ahuyentaban a cualquiera que se atreviese a acercarse a su lado. La vista de aquellas desgraciadas provocó en D^a Juana grande compasión, y aunque naturalmente le

1) P. Moran de Huerón lib. I, cap. 10, pág. 76.

causaban extrema repugnancia, resolvió atenderlas y curarlas, vendiéndose con generosidad por amor de Dios Nuestro Señor. Para este efecto las condujo a unas chozas que tenía en la huerta de su casa; mandó a sus propias hijas que calentasen agua y allá se la llevasen, preparó lienzos y algodón escarmenado para la cura, se puso de rodillas, limpió y vendó cada una de esas llagas pútridas, con el mismo amor con que hubiera prestado este servicio a su esposo o a sus hijos. A las dos o tres veces que D^{ña} Juana las hubo curado de esta suerte, recobraron las indias perfecta salud; pudiendo en adelante sustentar su vida con el trabajo de sus manos. Numerosos fueron los casos como este en que D^{ña} Juana supo vencer noblemente sus naturales repugnancias, ejercitando la más acendrada caridad para con el prójimo.

Puede decirse que su oración era continua; pues nunca perdía a Dios de vista durante el día en medio de sus muchas ocupaciones y cuidados; tenía con todo, horas señaladas para vacar a la oración mental, en la que Dios solía hacerle grandes favores. La acompañaba de tan continuos sollozos que muchas veces dió ocasión a que le preguntara la causa de su llanto la mayor de sus hijas. Mas ella por toda respuesta le decía: «Ea, déjame, que aquí estoy con mi Dios presentándole una querella de la ingratitud con que obro cuando me llena de beneficios». Con tener una oración mental tan subida, no descuidaba la oración vocal, teniendo para ella tiempo señalado sin jamás omitirla.

Si todo esto puede causar admiración en una mujer casada que dirigía una familia numerosa, más debe asombrar el extraordinario rigor de sus penitencias. Ayunaba los más días de la semana, se disciplinaba con mucho rigor, ceñíase con muchos cilicios; y tenía tanto cuidado en ocultar sus mortificaciones que su mismo esposo las ignoraba. Una hija suya llegó a sospechar sus penitencias, y viendo que ni aun en el tiempo del embarazo dejaba sus disciplinas y cilicios, se los hurtaba y escondía, hasta que los pudiese usar sin peligro para la salud; pero D^{ña} Juana en estas ocasiones viendo tan privada de los instrumentos de su martirio, compensaba lo que a este respecto le faltaba con duplicar sus otras mortificaciones.

A ejemplo de Mariana de Jesús tenía grande devoción al augusto misterio de la Santísima Trinidad, a María Santísima Señora Nuestra, a S. José y a otros muchos Santos. En los días de sus festividades tenía la costumbre de consagrar su alma al Santo que quería honrar, y hacía en su honor muchos actos de virtud; entre otros, uno era juntar a sus hijos y leerles la vida del Santo, cuya era la fiesta, exhortándolos con eficacia a su imitación.

Frecuentaba lo más posible los sacramentos de confesión y comunión, y eran tan intensos los afectos de su corazón al recibir a Jesucristo Sacramentado, que no podía menos de manifestarlos con grandes avenidas de lágrimas. Se estaba delante del Santísimo todo el tiempo que le permitían sus ocupaciones, y le visitaba muy a menudo. Los Jueves Santos se singularizaba su ternura; pues para imitar a Mariana de Jesús, desde que se encerraba la Hostia en el Monumento, hasta que se concluían los Oficios del Viernes Santo, velaba de rodillas en oración, permaneciendo en la iglesia casi todas esas veinte y cuatro horas, corrido el manto hasta el pecho, al pie de la escalera del

púlpito, al lado de su santa tía Mariana de Jesús. Durante ese tiempo solía salir solamente dos veces, una para andar el Jueves Santo por la noche las estaciones en compañía de su esposo, ceñida de cilicios y los pies descalzos, la otra el Viernes Santo por la mañana, para repartir a cada miembro de su cristiana familia, la corta ración de pan sin otra cosa, que había de ser el común alimento; y ninguno, ni de los hijos ni de los criados rehusaban ayunar a pan y agua en día tan sagrado y de tanta devoción; ella, sin embargo, proseguía en la misma forma su ayuno hasta el domingo de Pascua.

Si Dios en su amorosísima Providencia debiese o quisiese premiar siempre la virtud en esta vida con descanso, paz y tranquilidad, D^a Juana hubiera merecido sin duda ese premio; pero esto es un error y engaño; uno de los mayores premios de la virtud en esta vida para el buen cristiano, es tener algo que sufrir por amor de Nuestro Señor, ya que le resta la eternidad entera para descansar y gozar.

Por causa de sus ayunos tan extremados se le ocasionaron muy graves enfermedades que sobrellevó, no sólo con grande paciencia y conformidad con la divina voluntad; pero también con regocijo por tener algo que sufrir por amor de Dios. En una ocasión se le formó un tumor en uno de los pechos; y para curarla el cirujano juzgó que era menester aplicarle el bárbaro remedio de atravesárselo con un torzal que se hizo de cerdas. Fue tal el valor y tolerancia de D^a Juana en ese martirio, que ella misma con sus manos ayudaba a la aplicación del inaudito remedio; y preguntada si sufría mucho, respondió: «Poco me parece lo que padezco, pues lo tolero por imitar en algo los sufrimientos de mi Señor Jesucristo». Se ve que se había aprovechado de las lecciones en el sufrir, que le enseñara Mariana de Jesús.

Quiso Dios acrisolar su paciencia además de sus otros trabajos con la pérdida de los bienes temporales. Su padre D. Cosme de Caso, por causa de un oficio honroso que había desempeñado en la ciudad, aunque sin culpa alguna de su parte, se vió despojado de todos sus bienes y echado a la cárcel por deudas; y este golpe fue terrible sobre toda ponderación para el amante corazón de D^a Juana. Esta desgracia de familia vino a pesar también muy fuertemente sobre su esposo D. Juan Guerrero de Salazar, quien tuvo que hacer grandes gastos para verse libre de molestias, sufriendo pérdidas enormes; pero ambos llevaron estos trabajos con cristiana paciencia, repitiendo lo del Santo Job: «El Señor me lo había dado el Señor me lo ha quitado, que su Nombre sea bendito». (1) Para evitar mayores disgustos y reparar los gastos hechos ya, determinó D. Juan Guerrero salir de Quito y arrendar unas haciendas muy productivas en S. Miguel de Latacunga. Aunque en todo muy obediente a su esposo sintió mucho D^a Juana apartarse de Quito, por tener que dejar a sus confesores, que hasta aquí siempre habían sido de la Compañía, y especialmente por tener que separarse de Mariana de Jesús, su maestra, su guía y amparo. Presto la sacó Dios de la perplejidad en que se encontraba, de sí debía acompañar a su esposo o quedarse en la ciudad; porque en aquel tiempo se llevó a Mariana de Jesús al cielo.

1] Procesos pág. 80. P. Morán de Butrón. lib. I, cap. 10, pág. 74.

Grande fue la pena y dolor de D^a Juana y abundantes sus lágrimas cuando se vió privada de su maestra y del único consuelo que tenía en esta miserable vida; si bien mitigaba algún tanto su dolor el saber que estaba descansando en la gloria. Esta muerte la determinó a acompañar a su esposo a las haciendas que este administraba.

Apenas hubo llegado a ellas lo primero que hizo fue, mostrar su gran devoción a la Virgen Santísima allí venerada bajo la advocación de Reina de los Angeles, pagando la misa que cada sábado se había de cantar en su honor, y adornando el altar con toda magnificencia. Con este buen ejemplo se enfervorizó tanto la gente, que aun de lejos venían a oír aquella misa. Cada año, el 18 de diciembre se celebraba allí con grande solemnidad la fiesta de la Expectación del Parto de Nuestra Señora, como preparación para las fiestas de Navidad.

La preocupaba vivamente la instrucción y salvación de los indígenas empleados como peones en los trabajos de la hacienda; y porque tenía bien conocida su ignorancia y rudeza, determinó enseñarles por todos los medios posibles, los misterios de nuestra santa religión, valiéndose del aparato exterior para que esta les fuese entrando como por los ojos. A fin de hacerles comprender mejor el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, preparaba cada año en una de las salas de la casa un «Nacimiento», que adornaba con todo lujo y suntuosidad. Delante de él reunía a todos los indios, para explicarles cómo el Hijo de Dios, se había hecho hombre y pobre para salvarnos a nosotros pecadores. Con este mismo fin de instruirlos fomentó cuanto pudo las procesiones y otras exterioridades del culto católico, que con ser en sí mismas tanto de respetar y alabar, son también medios muy eficaces para la instrucción de aquellos pobres ignorantes, cuando se tiene el cuidado de explicárselas según que lo exige su corta capacidad.

Asimismo el Viernes Santo vestía de Angeles a doce niños para que asistiesen con luces a la devota procesión que se hacía del Santo Entierro; iban aquel día de luto y como llorando la muerte del Señor; pero el día de la Resurrección los vestía con las más lucidas galas, diciendo que los que fueron testigos del Entierro del Señor y le acompañaron en su duelo, debían también acompañarle gozosos en el triunfo de su gloriosa Resurrección.

Donde mostró de una manera sorprendente su mucha caridad esta noble matrona con los infelices indios, fue en una viruela maligna que asolaron la provincia de Latacunga. El contagio fue especialmente terrible en S. Miguel donde muchísimos murieron. D^a Juana no se contentó con lamentar los estragos del mal; se procuró cuantos remedios pudo encontrar; y ella en persona iba de casa en casa curando a los enfermos con sus propias manos. Todo el tiempo que duró la peste mandó hacer en perales grandes, comida abundante para todos aquellos que la querían recibir, y admitía en su casa a los que a ella se refugiaban. Como no había médico, ella misma recetaba, pagaba las recetas y aplicaba las medicinas. Recelándose que por ser tantos en número los indios de aquel contorno, muchos habían de morir por no hallar quien los socorriese, mandó echar un pregón de que todos la informasen de lo que necesitaban para sí o para algún miembro de la familia; y al punto les enviaba el socorro solicitado.

Gastó en aquella peste varios centenares de pesos; hacía llevar todos los cadáveres a su casa, encargándose ella de los gastos de los funerales.

Esta piedad para con los difuntos le duró toda la vida. Cuando llegaba a su noticia que algún caminante había sido muerto por los bandoleros, iba en persona a recoger el cadáver; a pie, si estaba cerca, y montada en su mula, si estaba lejos; le traía a su casa y con tantas lágrimas como si fuera un hijo le hacía dar cristiana sepultura. Tan agradable era este acto de caridad a los divinos ojos que Nuestro Señor permitió que algunos de estos difuntos vinieran en forma visible a darle las gracias. Uno en particular a quien los salteadores habían despeñado de una grande altura, se le presentó después del entierro, a distintas horas, con las manos juntas sobre el pecho, como quien pide sufragios y agradeciéndole el acto de misericordia que con él había ejercitado; D^ñ Juana le prometió hacer decir algunas misas, y desde aquel punto ya no le vió más.

También recogió en su casa a todos los niños y niñas que por causa del contagio habían quedado huérfanos, que fueron muchos, y cuidaba de ellos como pudiera hacerlo una muy tierna madre. Uno entre estos, puede asegurarse le robó el corazón. Era un pobre indiecillo que vino a pedir limosna a la puerta de su casa. Informároula que no había quién le pudiese sufrir por el hedor intolerable que el pobre muchacho despedía de sí. Ella a quien causaba horror instintivo e insuperable la vista de cualquier herida o llaga, le hizo venir a su presencia, examinó cuál pudiera ser la causa de tan insufrible hediondez; y halló ser una apostema que tenía entre dos costillas, de donde manaba continuamente materia y aun gusanos. Le acarició con grande amor, y en seguida se puso a lavarle la llaga con sus propias manos, venciendo el asco que le causaba, sacándole con tiento los gusanos, vendándole por fin la herida al mismo tiempo que le consolaba con sus palabras llenas de bondad y dulzura.

A la hora de comer le hizo participante de la mesa de la familia; y para enseñar a sus hijos a tratar bien a los pobres, hacía que ellos le sirviesen los platos, y que el primero servido fuese el pobrecito. Al ver tantas y tan desusadas distinciones algunas personas le preguntaron la causa; su respuesta fue: «Que fiaba en Nuestro Señor Jesucristo, que acompañado de ese pobrecito, vendría a asistirle a ella en la hora de su muerte; pues con lo que se hace a los desdichados indios, que son los mínimos entre las criaturas racionales, se merece la asistencia de todo un Dios». Durante los dos años que vivió este indio le atendió con tanto esmero como si no tuviera otra cosa en qué ocuparse.

Siendo tan grande su misericordia con los cuerpos, mayor fue con las almas de los enfermos; porque cuando conocía que se agravaba su estado, los disponía con sumo cuidado para que recibiesen con fruto los últimos sacramentos. En el caso en que los Sres. Párrocos tuviesen recelo de dar la Sagrada Eucaristía a un indio, por motivo de su rudeza y poca instrucción, vencía estas dificultades y resistencias instruyéndole ella misma en los misterios de la religión, ejercitándole en actos de fe, esperanza y caridad hasta que le hubiese preparado suficientemente. Practicada estas diligencias, barría la delantera de sus chozas, aseaba los lechos, perfumaba las habitaciones,

y acompañaba al Santísimo con todos los miembros de su familia, cada cual con una vela encendida en la mano; y después que el enfermo había comulgado se quedaba largo rato con él, para enseñarle a dar gracias a Dios Nuestro Señor por el beneficio recibido.

Llegó a su noticia que en cumplimiento de una Real Cédula obtenida por el Ilmo. Sr. D. Agustín Ugarte y Saravia, obispo de Quito, para fundar en ella un convento de Carmelitas descalzas, habían salido ya de Lima las fundadoras, y estaban de viaje para esta ciudad. Enfervorizada con la fama de santidad de aquellas religiosas, y persuadida que la fundación había de ser en su propia casa, como lo había profetizado Mariana, pidió con todo encarecimiento y abundantes lágrimas a su esposo, que le permitiese entrar en aquel convento en compañía de sus dos hijas, que ya tenían la dote por ser suya la casa en la cual se iba a fundar el monasterio. D. Juan Guerrero de Salazar nunca quiso acceder a sus deseos e instancias, y le cerró la puerta para renovar su petición diciéndole: «Que no entraría, mientras viviese, en religión alguna». Le contestó con sollozos D^a Juana: «No quieres darme la licencia que pido; pues sábet que no es amor sino rigor; porque con negármela has pronunciado mi sentencia de muerte, pues moriré muy presto. De parto he de morir; yo lo sé; ni tienes que dudar, sino que haya poder humano que pueda evitar mi peligro. D. Juan echó a donaire la amenaza profética; pero el porvenir pronto probó su veracidad. Hallóse en breve embarazada, y apenas conoció su estado con certeza, dispuso todo lo necesario para su entierro. Mandó pedir un hábito de S. Francisco, suplicando que le diesen el más pobre que se hallara en el convento. Cuando lo tuvo en su poder se lo vistió muy gozosa delante de toda su familia, reunida, moviéndolos con esto a risa e hilaridad; pero los reprimió diciéndoles: «Presto me veréis con esta mortaja en un ataúd». Con estas palabras se levantaron tales lamentos que D^a Juana juzgó a propósito encubrir un poco el sentido verdadero, diciéndoles que todos hemos de morir, y aunque vivamos largo tiempo, será poco. Se sosegaron algún tanto con esta explicación, pero desde aquel día, el dicho de D^a Juana quedó como una espina clavada en el seno de la familia. Ella entre tanto no malograba ni un solo instante del poco tiempo que sabía le quedaba de vida; mirábase ya como huésped en la tierra y solo aspiraba a la patria celestial, gastando lo más del día en oración y ejercitándose continuamente en toda clase de buenas obras y severas penitencias.

La enternecía y aun entristecía grandemente, el considerar la orfandad en que iban a quedar sus hijos a quienes tiernamente amaba; y si bien procuraba disimular su pena, no siempre acertaba a ocultar los afectos de su corazón. Halló cierto día a su hija Catalina muy afanada con una curiosa labor de mano, le preguntó que hacía: «El ajuar para el desembarazo que ya se acerca», contestó Catalina. Replicó la madre: «Ya te he dicho que no gastes para mí en esa labor el tiempo sin necesidad, ya tengo en mi ataúd cuanto he menester para ese día; pero prosigue que lo que haces se logrará en una india pobre». En otra ocasión la halló cosiendo una camisa, y los ojos bañados en lágrimas le dijo: «Yo no la necesito, pero acábala y la lograrás muy bien, pues con ella puesta tomarás el hábito de religiosa».

Cuando supo que las fundadoras habían llegado a Riobamba, llamó aparte a su hija Catalina, y encerrándose en uno de los cuartos retirados de la casa le dijo: «Hija mía, ya sabes cuanto te he amado y preferido entre todos; pedí licencia para retirarme contigo y tu hermana al convento; tu padre me la negó; yo te consagré a Dios desde el primer momento de tu existencia; no te olvides que la vida es breve y que la muerte no respeta ni la juventud, ni la salud, ni las riquezas; no tengas tu confianza en las vanas promesas del mundo, acógete al amparo del claustro; yo quisiera lograr esta dicha pero ya que no me es posible, dichosa tú si lo pudieses alcanzar; no quiero hacer fuerza a tu voluntad, pero ¡cuánto sería mi gozo si te viese entrar en un convento!

Esperaba D^a Juana que su hija le proporcionaría este consuelo, prometiéndole entrar en el convento, mas sucedió todo lo contrario; con resolución y energía contestó que jamás lo haría mientras ella viviese, que no se había de apartar del lado de su madre. Le pareció a D^a Juana que debía corregir aquel amor para con ella, pues aunque tierno y bueno era, sin embargo, desordenado; y así le dijo: «Si esta es la causa que te detiene para no entrar, pronto desaparecerá, porque Dios, tiene determinado que he de morir de este desembarazo que se me acerca; prométeme pues que entrarás en el convento». Catalina después de derramar no pocas lágrimas lo prometió a su madre.

Muy consolada quedó con esta promesa D^a Juana, y viendo que ya se le acercaba el término, comenzó como entonces se estilaba, un devoto novenario. El último día de la novena que fue el primero de diciembre, hizo una confesión general de toda su vida, recibió el Santísimo Sacramento y se estuvo casi todo el día en la iglesia.

El día tres, fiesta de S. Francisco Javier, de quien fue siempre muy devota a ejemplo de Mariana de Jesús, entre las ocho y nueve de la mañana se sintió acometida de violentísimos dolores. Hizo al momento llamar a la mujer española que la debía asistir en ese trance y le dijo con heroico valor: «ya es llegada mi hora» y pidió que le pusiese el hábito de S. Francisco, o sea su mortaja. Recibió con el mayor fervor posible la Extrema Unción, y bautizada ya la criatura, viendo que no iría sola al cielo sino que llevaría a su hijo por compañero, llena de gozo y de consuelo entre las mismas angustias de la muerte, reclinó suavemente la cabeza en los brazos de su hija Catalina, entregó su alma a Dios Nuestro Señor para ir a gozar de El por toda la eternidad.

Murió D^a Juana de Caso el mismo día y hora en que cumplía 33 años de edad. Grande fue la conmoción en S. Miguel, al esparsirse la noticia de su fallecimiento; todos conocían sus admirables virtudes y se habían edificado con sus buenos ejemplos. Pronto llegó la fatal noticia a Latacunga, y allí también el sentimiento fue general por la universal estimación de que gozaba.

Acudió un inmenso gentío a sus funerales, quedando sorprendidos al ver la gran apacibilidad y extraordinaria hermosura de su rostro. Sepultaron su cadáver en la iglesia de S. Miguel, entre tanto que se construía en Quito la iglesia de las Carmelitas; donde pasados seis años fueron trasladados sus restos mortales y depositados en la bóveda de Nuestra Señora del Carmen. Testificó el capellán del Carmen, sacerdote digno de toda fe, de virtud y letras, que cuando se

sacó el cuerpo de la primera sepultura para esta traslación fue hallado incorrupto, y el rostro tan hermoso como en el día de la muerte.

Cuanto va dicho sobre tan ilustre matrona, noble declado de esposas y madres de familia, se ha sacado de los Procesos para la Beatificación de Mariana de Jesús, y también de una corta relación escrita por su misma hija Catalina, que más tarde fue la Madre Catalina de los Angeles, fundadora del convento del Carmen de Cuenca. Compuso también una vida de D^a Juana de Caso el P. Pedro de Alcocer de la Compañía de Jesús, la cual nunca se ha publicado.

APENDICE III

SANTA VIDA Y DICHOSA MUERTE DE SEBASTIANA DE CASO, SOBRINA DE MARIANA DE JESÚS

Nació Sebastiana de Caso en Quito el 15 de agosto de 1626. Pocas noticias nos quedan de su santa niñez, pero podría bastar por todo elogio, saber que fue digna hermana de D^a Juana de Caso, y que desde la cuna tuvo por maestra en la virtud a Mariana de Jesús. Mostró tanta docilidad que nunca se resistió a ninguna de las enseñanzas de Mariana; la imitó en sus ayunos, mortificaciones y severísimas penitencias, de suerte que admiraba a todos el ver su denuedo y su fervor.

Fue su oración muy subida y levantada; perseveraba en ella por mucho espacio de tiempo, o mejor dicho gastaba en ella el día entero, pues su corazón no tenía otra preocupación sino amar de continuo a Dios Nuestro Señor.

Era de muy pocos años, cuando para imitar a su santa tía emitió el voto de perpetua castidad, a pesar de que ésta le profetizó los disgustos, sobresaltos y trabajos que había de tolerar para observarla fielmente. Hecho el voto, lo guardó tan perfectamente, que no parece viviera en carne sujeta a pasiones, pues fue un verdadero ángel en carne mortal. Su confesor era el P. Camacho de la Compañía de Jesús, y a imitación de Mariana, no buscó otro confesor, ni entró en otra iglesia sino en la de la Compañía.

Aunque fue admirable en todas las virtudes y en todas puede servir de modelo, pero de un modo especial en la castidad; pues murió por conservarla, y con razón puede ser llamada mártir de esta preciosísima virtud.

Diez y nueve años tenía Sebastiana, cuando su padre el capitán D. Cosme de Caso perdió todos sus bienes, pasando de muy rico a ser muy pobre. Lo que más pena le causaba, era la futura suerte de sus dos hijas solteras, María Andrea, de seis o siete años de edad y Sebastiana de diez y nueve. Se le mitigó algún tanto esta aflicción cuando un vecino, de mucha nobleza y crecido caudal, se la pidió por esposa. Este para lograr más fácilmente su pretensión declaró a D. Cosme que «renunciaba desde luego a cualquier derecho o título a la dote, añadiendo que no quería ni la menor alhaja, pues todo esto sobraba en su casa, que él no pretendía otro adorno sino la virtud, nobleza y peregrina hermosura de Sebastiana. (1) Esta hermosura era

r] P. Muran de Butrón, lib. I, cap. XI, pág. 89 y siguientes.

en efecto muy extraordinaria, y además de la belleza corporal, la había dotado el cielo de excelentes cualidades naturales, que hacían de ella una joven perfecta y cabal en todo sentido. D. Cosme admitió muy gustoso la petición porque en esto veía asegurado el porvenir de su querida hija, y esperaba al mismo tiempo con ese matrimonio salir algo de la posición angustiosa en que se hallaba por la escasez de recursos.

Propuso el matrimonio a Sebastiana, encareciéndole las riquezas, nobleza y otras bellas prendas de su futuro esposo; y sin más pasó a hacer cuanto antes las diligencias necesarias para el arreglo de aquel enlace, seguro de que su hija, como tan obediente, aceptaría cuanto él dispusiese. Preparó las joyas, las galas y lo demás que la vanidad humana tiene por necesario en casos semejantes. Pero grande fue su sorpresa y decepción cuando después de tantos preparativos, queriendo saber la voluntad de Sebastiana, ésta le contestó que su firme resolución era de no casarse, porque tenía hecho voto de castidad perpetua, y estaba dispuesta antes a perder la vida que quebrantar su voto. Con ser tan buen cristiano sintió en extremo D. Cosme esta determinación de su hija, porque veía desvanecerse en un instante sus bien fundadas esperanzas de asegurar el porvenir de su hija y de rehacer un poco su fortuna. No se desalentó sin embargo, esperando que la joven dejaría de su empeño, viendo la necesidad de la familia, y que fácilmente se alcanzaría la dispensa del voto, pues Sebastiana lo había emitido en su menor edad. En esta persuasión confirmó el contrato y tuvo por tan seguro el matrimonio, que dió parte a toda la parentela de quienes recibió los plácemes y más sinceras felicitaciones.

El pretendiente fue a visitar a D^a Jerónima de Paredes, blasonando ya de yerno. Lo llegó a saber Sebastiana, y volvió a desengañar resueltamente a sus padres, asegurándoles que no se había de efectuar el matrimonio. Después de esta diligencia se fue deshecha en lágrimas a consolarse con Mariana de Jesús y contarle su trabajo. Ésta le dijo: «Ya sé tu congoja; lastímame el ver a tu padre tan empeñado en lo que no ha de conseguir, aunque ponga todos los medios de que se puede valer; bien sé que con casarte pudieras darle algún alivio; pero primero es perder la vida antes que faltar a la promesa que se hizo a Dios con un voto. Aunque todos te culpen no te aflijas, que Dios remediará tu peligro, aunque sea quitándote la vida por premiar tu constancia. No llores que yo sé que tú no te has de casar; mañana comulgaremos juntas en la Compañía y buscaremos el remedio más eficaz». Con estas palabras quedó Sebastiana alentada y muy consolada especialmente con la predicción de Mariana de que el matrimonio no se había de efectuar. El día siguiente fueron ambas a la iglesia; se acercó Sebastiana a su confesor para recibir el sacramento de la Penitencia, después de lo cual le contó su aflicción pidiendo al mismo tiempo algún consejo. El P. Camacho le respondió: «¿De eso se angustia, señora? pida a Nuestro Señor Jesucristo que atendiendo a su propia honra, le quite la vida si no hay otro remedio y se la lleve a celebrar las bodas en el cielo». (1)

Sebastiana comulgó en compañía de Mariana de Jesús, y después de dar gracias, fueron ambas a postrarse delante del altar de Nuestra

1] Procesos págs. 46, 64, 229.

Señora de Loreto; allí según que habían convenido entre sí la víspera, Sebastiana con profunda humildad y llena de confianza en la Reina de las vírgenes, la suplicó encarecidamente que no permitiese que fuera mancillada la pureza que había consagrado a Dios Nuestro Señor, por imitarla; que más bien aceptase su vida y la ofreciese a su Divino Hijo; pues era su determinada voluntad morir antes que perder el incomparable tesoro de la virginidad. Mariana por su parte elevaba sus oraciones a la Virgen Madre, pidiéndole escuchase benigna la petición de Sebastiana.

El resultado de esta doble oración fue que habiéndose arrodillado Sebastiana robusta y sana, antes que se levantara del altar, se sintió acometida de algo de calentura, conociendo que Dios había oído su oración y aceptado el sacrificio de su vida. Comunicó la buena noticia a Mariana y ambas dieron gracias a Nuestro Señor por tan señalado favor. Antes de salir de la iglesia quiso también comunicar la fausta noticia a su confesor quien le dió los más sinceros plácemes, exhortándola a aprovecharse con especial fervor del poco tiempo que le quedaba de vida. (1) Al llegar a casa Sebastiana se fue a la cama para no levantarse más de ella, con mayor gozo y alegría que si le hubieran dado en aquel instante todos los tesoros del universo mundo.

Grande fue la alarma producida en casa por tan inesperada enfermedad; buscaron médicos y medicinas; su futuro esposo no reparó en gasto alguno; pero cuanto más eran los remedios más aumentaba el mal.

Al quinto día de su enfermedad sintió Sebastiana que se le acababan las fuerzas. Hizo llamar a su padre que anegado en sentimiento perdía la cabeza de pura pena, procuró aliviar su desconsuelo con las más dulces y afectuosas palabras y le pidió por último favor, que pues se hallaba estrechado por la pobreza, la hiciese enterrar en la Compañía, excusando todo pompa en los funerales. «Pobre soy le dijo y quisiera ser enterrada como pobre, ¿para qué se han de hacer gastos?, lo que se hiciera por una esclava eso basta para mí». Al oír estas palabras, no eran ya sollozos, sino descompasados lamentos los del afligido padre; todos lloraban al verla tan joven y de tantas esperanzas en las garras de la muerte; sólo ella se alegraba al ver acercarse la hora de salir de este mundo para entrar en la gloria.

Pidió a su padre la última bendición y éste se la dió ahogada la voz por los sollozos; pidióle también la mano para besársela, haciéndolo con todo el amor de su filial corazón y con el profundo respeto que siempre le había tenido. Fue todavía más desgarradora esta misma escena repetida con su madre; y también se despidió de los demás de casa con grandes muestras de amor y cariño.

Todos juzgaron que no pasaría aquella noche, pero llegó hasta el día siguiente, el sexto de su enfermedad. Luego que amaneció fue Mariana de Jesús a sus devociones ordinarias a la iglesia de la Compañía; y en ella se hallaba con la reverencia acostumbrada, agradeciendo a Dios el beneficio hecho a su sobrina, cuando le vinieron a avisar que ésta se moría. «Todavía le falta algo», respondió Mariana, como quien sabía la hora precisa de la partida; pero por atender al

1] Procesos págs 62, 230 Procesos Apostólicos, fol. 231.

consuelo de la moribunda salió de la iglesia más temprano de lo que acostumbraba. Entró tan alegre y risueña en el cuarto de Sebastiana, que parecía tener sumo gusto en ver morir a la que estimaba más que a toda su parentela. Se puso a consolarla y esforzarla diciéndole: «Anda hija adelante, que pocos meses llevarás la delantera; la Pascua que viene del Espíritu Santo, nos veremos juntas en el cielo». (1) Y como si partiera su sobrina a lugar donde tenía muchos conocidos, le hizo sus encargos, pidiéndole diese de su parte muchos agradecimientos a María Santísima, como a Reina, y muchos recados a su Padre S. Ignacio de Loyola, a S. Francisco Javier y a otros muchos Santos y Santas, como quien tenía con ellos muy ordinaria y seguida correspondencia. Al despedirse le dijo algunas palabras al oído que los circunstantes no pudieron percibir, pero que si se juzga por el efecto fueron de grande consuelo para Sebastiana; pues apenas se hubo separado de Mariana, diciéndole adiós hasta el cielo, hizo llamar a una mujer española que la había criado y la asistía, encargándole que adornase la habitación de la mejor manera posible, y con lo más precioso que pudiese encontrar; y además mandó poner una mesa cubierta con una colcha y sobre ella once velas encendidas. Extrañó no poco a la mujer esta petición en Sebastiana, siempre humilde y modesta; preguntándole la causa de esta novedad, contestó que esperaba una visita del cielo. Instó por saber quien había de venir a visitarle, y con angelical llaneza dijo que Santa Ursula con sus compañeras.

Muy en breve debió de verificarse la visión porque al poco rato el rostro de Sebastiana se iluminó con celestiales resplandores, inundándose ella del gozo más inefable, manifestado con sus miradas y palabras. Los que la asistían en aquella hora se dieron perfectamente cuenta de las demostraciones de júbilo que hacía; y principiando en la tierra el gozo inmarcesible de la bienaventuranza, sin inmutársele el rostro virginal, sin perder nada de su paz o quietud, entregó plácidamente su espíritu en manos de Nuestro Señor, a quien había servido con gran fidelidad durante su vida entera.

Difunta quedó tan bella y hermosa como en vida. Todos lloraban su temprana muerte, solo Mariana de Jesús rebosaba de gozo y alegría. Quiso amortajarla ella misma y le puso un hábito de S. Francisco; le quitó numerosos cilicios que había conservado puestos durante la enfermedad y estaban encrustados en las carnes; sacó también de una cajita suya las disciplinas de su uso teñidas en sangre, y lo entregó todo a los padres de la difunta, como prendas preciosas y reliquias de su santa hija.

Muy pronto se divulgó por la ciudad la noticia del dichoso tránsito de Sebastiana. Las monjas de Santa Clara enviaron para adornar el féretro una guirnalda con una palma de riquísimo escarchado; muchas señoras de la ciudad enviaron en abundancia flores naturales para el adorno de la casa. (2) El Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro de Oviedo obispo de Quito, remitió una riquísima colcha para honrar el cadáver.

1] La dichosa muerte de Sebastiana acaeció unos pocos días antes de la Ascensión

2. P. Morán de Butrón lib. I, cap. XI, pág. 93 Procesos pág. 230

Por ser aquel año D. Cosme Síndico en S. Francisco, se dispuso con todos estos regalos un lucidísimo entierro en aquella iglesia, a pesar de haber pedido Sebastiana ser enterrada en la Compañía. Se puede decir que el concurso fue de toda la ciudad, venerando a aquella angelical joven muerta por amor a la pureza, y buscando con piadosa porfía alguna de sus reliquias para satisfacer su devoción.

Suele sepultarse con el cuerpo la memoria del difunto; no sucedió así con Sebastiana; pues su virginal cuerpo se halló incorrupto al cabo de nueve años, y su memoria vive aún entre los hombres, aunque no tanto como lo merecen sus esclarecidas virtudes y su amor a la castidad. También se refieren de ella algunos milagros que obró después de su santa muerte.

Quiera Dios Nuestro Señor excitar la piedad y devoción de los fieles, para que acudiendo con confianza a sus oraciones y patrocinio, reciban muchos favores por su intercesión; y también si es del divino Beneplácito, se obren algunos milagros que puedan servir para su Beatificación.

APENDICE IV

LAS CONGREGACIONES Y COFRADÍAS ESTABLECIDAS EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE QUITO

No será fuera de propósito hacer una ligera reseña y decir algunas palabras de las Cofradías y Congregaciones establecidas en la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito, ya que Mariana tan amante de la Compañía y de sus obras, las hacía el objeto de sus fervorosas oraciones y austeras penitencias.

Perteneció ella como asociada a la Cofradía de la Santísima Trinidad, establecida por el P. Camacho su confesor; era asimismo socia y esclava de la Virgen de Loreto; fue fundadora de la Asociación del Santo Cristo del Consuelo que a los pocos años de la muerte de Mariana se trasformó en Congregación de la Buena Muerte; tuvo especial devoción al Sagrado Corazón de Jesús como ya se ha visto: ¿Qué más pueden desear estas Cofradías y Congregaciones para mirarla como suya, como su especial Patrona en el cielo, pues en cierto modo a todas santificó en este mundo?

Desde su primera institución que coincidía con la venida de los Padres de la Compañía a Quito, estas Cofradías y Congregaciones fueron muy florecientes; y Dios se valía de ellas para grandes frutos de virtud en toda clase de personas.

Ya en 1644, un año antes de la preciosa muerte de Mariana, se podían estampar en España las palabras siguientes: «Las Congregaciones de la Casa de la Compañía de Jesús en Quito son muchas, y el fruto es a medida del deseo. Hay una de estudiantes; otra de españoles y personas graves; otra de mestizos; otra de indios ladinos; otra de morenos e indios Chotales; otra de Nuestra Señora de Loreto, a que acuden todos los sábados cuantas señoras tiene el populoso lugar; a quienes se les hace una plática y conferencia y comulgan cada ocho días. Hay entre ellas personas de purísima y perfectísima vida, y

una con quien Dios hace continuo milagro (1); otra murió a quien la Virgen Santísima se le apareció en la hora de la muerte, mujer casada, noble, con hacienda e lujos».

Aunque en todas había mucho fervor, por las palabras citadas se colige que llamaba particularmente la atención la Congregación de Nuestra Señora de Loreto, siendo esto debido sin duda a los buenos ejemplos de Mariana de Jesús y de su piadosa familia cuyos miembros se habían hecho apuntar como «Esclavos de la Virgen de Loreto».

Según que se puede ver en un catálogo antiguo que aún se conserva, esta Congregación contaba entre sus miembros lo más noble y distinguido de la ciudad; hombres y mujeres, sacerdotes, seglares, religiosos, religiosas, familias enteras y aun Comunidades tenían a grande honra: «asentarse por perpetuos esclavos de Nuestra Señora de Loreto», para emplear la expresión de que ellos hacían comunmente uso al poner su firma en el registro. Así por ejemplo en el folio sexto se lee: «Catálogo de las señoras Carmelitas Esclavas de Nuestra Señora de Loreto»; y sigue una lista de veinte y una monjas, entre las cuales se hallan los nombres de las tres fundadoras y de dos sobrinas de Mariana de Jesús, María Andrea de la Santísima Trinidad y Catalina de los Angeles. La Reverenda Madre Priora Paula de Jesús María encabeza la lista firmando de su puño y letra, los nombres de las veinte restantes van escritos de una misma mano, y en fecha posterior se intercalaron los nombres de otras ocho carmelitas devotas de la Virgen de Loreto.

No solamente los habitantes de la ciudad pero los moradores de los pueblos vecinos, y aun de puntos distantes de la República, pedían con instancia pertenecer a la renombrada Congregación; en el mismo catálogo se leen los nombres de varios habitantes de Guayaquil.

La constancia de todos los socios en los ejercicios de piedad, iba a la par con el empeño que habían puesto en inscribirse. La asistencia a todos los actos de la Congregación era siempre muy numerosa, y continua la recepción de los Sacramentos; con lo cual además de honrar a la Madre de Dios y de aprovechar en gran manera a sus almas, tenían a toda la ciudad muy edificada. Celebraban con especial culto y pompa la fiesta titular de su santa Patrona, que solía ser el segundo domingo después de Pascua de Resurrección. Mostraban asimismo de un modo práctico y eficaz su amor a María, con los frecuentes y valiosos donativos que hacían a su altar, o para los gastos de sus festividades; su piedad en este particular parecía no tener límites, pues no los tenía su generosidad. Querían todos a porfía dar testimonio de su devoción a la Reina de los cielos, despojándose por su amor de aquellos bienes de este mundo, a los cuales su corazón pudiera tener algún apego en esta vida.

Para tener una idea de la generosidad de los devotos Esclavos de la Virgen de Loreto, bastará copiar aquí algo del inventario que se hizo de los bienes y alhajas de la Congregación, cuando estos fueron secuestrados en tiempo del rey Carlos III. Además de los vasos sagrados, ornamentos y lo necesario para la celebración de los oficios divinos, que todo era muy precioso y en grande abundancia, era de

1. Alude a Mariana de Jesús que por aquel tiempo vivía sin comer.

su pertenencia una joya, regalada por D^a Catalina de Angulo, con la condición de que nunca se vendiese, enajenase, ni prestase, en forma de cadena de diez y seis sartas o hilos de perlas, de una libra y cinco onzas de peso, con cintas y botones de oro, lo que estaba valuada en mil trecientos pesos. A esta joya acompañaban otras hasta el número de veinte y cinco, todas de mucho valor; como por ejemplo; una águila de oro que medía ciento y tres milímetros, desde el extremo de una ala al otro extremo, con noventa y una esmeraldas en el pecho, dos aguacates en las garras, y nueve chispas de diamantes en el copete; un par de zarcillos de oro con setenta esmeraldas y diez aguacates; una gargantilla de oro con ocho broquelillos, ocho pendientes, ochenta y seis esmeraldas, diez y nueve chispas de diamantes, y una joya en medio con lazo y cruz de oro; otra gargantilla de tres hilos de perlas con una cruz de oro, enjoyada en diez y nueve esmeraldas pequeñas, dos hilos de perlas gruesas para manillas, del peso de seis onzas. La silla, en que sobre un cojín de terciopelo, iba sentada la imagen de Nuestra Señora de Loreto, estaba toda forrada con chapas de plata y el pedestal solamente en la parte visible; la corona y el cetro eran de plata dorada, con sobrepuestos de oro enjoyados con esmeraldas y amatistas. Numerosos eran también los vestidos de la Virgen; uno era de tisú de oro y plata con flores de seda; y otros de brocado carmesí, verde, morado con franjas de oro.

Las tres potencias del Niño Jesús eran de plata dorada con una esmeralda y cinco perlas; y sus vestidos eran asimismo de mucho valor.

La plata labrada del altar ascendía al peso de más de ciento cuarenta libras. Además de estos y otros muchos donativos poseía la Congregación unos censos cuyo principal era de cinco mil pesos.

Quizá no falte quien se atreva a tachar de excesos todas estas liberalidades de los fieles devotos de Nuestra Señora de Loreto; pero hay que decir que nada puede ser demasiado cuanto se trata de honrar a Dios y a sus Santos.

Lo que se escribe aquí de la Congregación de Loreto, debe aplicarse a todas las otras Congregaciones de la Compañía; de un modo especial a la Cofradía de la Santísima Trinidad y a la Congregación de la Buena Muerte, en las cuales reinaba el mismo fervor y devoción, se veía la misma generosidad y quizás mayor, con lo cual se recogían abundantes frutos de salvación para las almas.

Todos estos estos bienes así espirituales como temporales se perdieron con la injusta y repentina orden de expulsión de la Compañía de Jesús, decretada por Carlos III, el 27 de febrero de 1767, y ejecutada en los Jesuitas de Quito el 20 de agosto del mismo año.

APENDICE V

LOS PROCESOS PARA LA BEATIFICACIÓN DE MARIANA DE JESÚS

El primero y más importante de todos los Procesos para la causa de la Beatificación de Mariana de Jesús, y del cual dependen todos los demás, es el Proceso llamado «*Informatorio*». Se le dió principio en 1670, 25 años después de la muerte de la sierva de Dios, por un acuer-

do del Ayuntamiento de Quito, cuyo tenor es el siguiente: «En el Cabildo que se tuvo el 18 de agosto se dispuso que el capitán Baltasar Montesdeoca, procurador general de esta ciudad, presente petición ante el Ilmo. Sr. Obispo, en orden a que se averigüe la virtud, vida y costumbres de Mariana de Jesús, natural de esta ciudad, que murió a 26 de mayo del año de 1645, de edad de 26 años y siete meses; por ser prodigiosa en asperezas, ayunos y mortificación, y muy venerada en su vida y en su muerte, por sierva de Dios y verdadera esposa suya; mostrándonos su divina Majestad con muchos milagros que obró por su intercesión en vida y en muerte, para que constase cuán agradables le habían sido sus virtudes, que según se tiene noticia, las tuvo en sumo grado; que por ser tan en honor de esta ciudad se pida su averiguación, para que con el tiempo no se oculte; y sobre ello haga todos los pedimentos que convenga hasta que tenga efecto. (1)

En conformidad con este decreto, el Capitán D. Baltasar Montesdeoca presentó la siguiente solicitud al Ilmo. Sr. Dr. Alonso Peña Montenegro, obispo de Quito:

Ilustrísimo Señor:

El Capitán Baltasar Montesdeoca, Procurador general de esta ciudad, en nombre del Cabildo, justicia y regimiento digo:

Que en ella nació, vivió y murió la venerable virgen Mariana de Jesús, esclarecida en virtudes y santidad, como es público y notorio a todos los habitantes de esta ciudad. Por su prodigiosa vida, ayunos, asperezas y mortificaciones la han venerado comunmente en su vida como en su muerte por sierva de Dios y verdadera esposa suya, mostrándolo su divina Majestad con muchos milagros que ha hecho por su medio e intercesión, así en su vida como en su muerte, para que conste cuán agradables le habían sido sus virtudes, que a nuestro humano entender las tuvo en sumo grado.

Y por ser tan en honor de esta ciudad, conviene a su derecho se haga información de dicha su vida, sus milagros y de su muerte, para que en todo tiempo consten y no se sepulten en olvido tan raras y preciosas virtudes; que todo redundará en honra y gloria de Dios y en su servicio.

Que la susodicha nació en esta ciudad, el año de mil seiscientos diez y ocho, a treinta y uno de octubre, y fue hija legítima de Jerónimo Flores de Paredes, natural de la ciudad de Toledo en España, y de doña Mariana Jaramillo, su mujer, natural de esta ciudad; personas todas de buena calidad y virtud; y murió a veinte y seis de mayo del año de 1645, de veinte y seis años de edad.

Por lo cual a V. S. I. pido y suplico se sirva mandar se haga la dicha información, y se me reciban los testigos que en ella presentare y citare, en que esta ciudad recibirá merced. Es justicia que pido etc. (2)

Baltasar Montesdeoca.

1) Véase D. Pablo Herrera, *Apuntes para la Historia de Quito*, págs. 135, 136.

2) *Procesos*, pág. 1.

El ilustre Prelado accedió muy gustoso a la súplica, y en decreto de 23 de setiembre de 1670, cometió a su Provisor y Vicario general y a dos canónigos que recibiesen las declaraciones de los testigos. He aquí el citado decreto:

En la ciudad de Quito, en veinte y tres días del mes de setiembre de mil seiscientos y setenta años, el Ilmo. Sr. Dr. D. Alonso de la Peña Montenegro, del Consejo de su Majestad, obispo de este obispado, habiendo visto esta petición y lo pedido en ella por parte del Capitán D. Baltasar Montesdeoca, Procurador de esta ciudad, en nombre del cabildo, justicia y regimiento de ella, dijo: que cometa y comete a los Sres. Licenciados D. Tomás de Ceballos, Provisor y Vicario general de este obispado, Dr. D. José Ramírez Dávila, canónigo Magistral de la santa iglesia catedral de esta ciudad, y D. Manuel Morejón racionero de ella, a cada uno y a cualquiera de ellos *in solidum*, que por ante cualquiera de los notarios creados, que abajo irán nombrados, hagan información con los testigos que ante los susodichos fueren presentados, por parte del dicho Procurador general, sobre la vida, virtudes, santidad y milagros de la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús, natural que fue de esta ciudad; examinando a dichos testigos debajo de juramento que primero hagan, y preguntándoles al tenor de la dicha petición y del interrogatorio de preguntas que el dicho Procurador presentare, haciéndoles las demás preguntas y repreguntas necesarias para la averiguación de la verdad; y hecha dicha información la remitirán con su poder para proveer lo que convenga; que para ello puedan citar y compeler a dichos testigos y compulsar cualesquiera papeles, autos y derechos, tocante a lo susodicho y para lo demás a ello tocante y perteneciente, les da S.S.I. poder cumplido y comete todas sus veces plenariamente con facultad de excomulgar y absolver. Y nombra S.S.I. al Bachiller Pedro de Salazar Rengifo, clérigo presbítero por Notario, y a falta suya a Francisco de Valverde, escribano de bienes de difuntos; y a falta suya o de cualquiera de los dos, a Juan García de Moscoso, escribano real, para que ante cualquiera de ellos se haga la dicha información y pasen los demás autos a ella tocantes, de suerte que lo que uno o cualesquiera de ellos comienza, lo puede continuar y fenecer el otro. A los cuales y a cada uno de ellos, les da facultad para que hagan todos y cualesquiera autos, diligencias a dicha información tocantes y concernientes; y manda que a ellos y a todos sus escritos, se les de enterar fe en juicio y fuera de él. Y así lo proveyó, mandó y firmó. (1)

Alonso, obispo de Quito.

El formulario o interrogatorio según el cual debían responder los testigos era el siguiente:

1^a Si saben que la dicha venerable virgen Mariana de Jesús, nació en esta ciudad el año de 1618 a 31 de octubre y que fue hija legítima de Jerónimo Flores de Paredes, natural de la ciudad de Toledo en los reinos de España, y de doña Marianna Jaramillo, su legítima esposa; personas principales, muy buenos cristianos y temerosos de

1) Procesos, págs. 2. 3.



Dios; de su calidad y buen proceder. Y que murió a 26 de mayo de 1645 de 26 años y 7 meses: digan.

2^a Si saben que desde antes que tuviese uso de razón, daba muestras en tan tierna edad de ser escogida de Dios para amarle y servirle con mucho afecto y devoción, porque obraba algunas cosas en en aquella edad, fuera de nuestra naturaleza, y que solo las podía obrar guiada por el impulso superior que la gobernaba y proveía para mayores cosas. Digán lo que supieren, etc.

3^a Si saben que su vida fue prodigiosa y rara, en asperezas, penitencias, ayunos y mortificaciones; y que así fue venerada comunemente por su mucha virtud, honestidad y santidad; y que fue público y notorio en esta ciudad todo el tiempo de su vida; etc.

4^a Si saben que así en su vida como en su muerte, obró muchos milagros Dios Nuestro Señor por su medio o intercesión; y si tuvo algunas profecías, diciendo las cosas por venir o ausentes con luz del cielo, con que mostró cuán agradable le era y le había sido la venerable Mariana de Jesús; etc.

5^a Si saben que a nuestro humano entender tuvo casi todas las virtudes en sumo grado, en su honestidad, castidad, pobreza, penitencias, y los demás ejercicios de virtud; por lo cual ha sido siempre tenida comunmente y venerada por esposa y sierva de Dios y muy agradable a su divina Majestad; estimando todos los de esta ciudad por reliquia cualquier cosa suya, venerándola con toda estimación, etc.

6^a Si saben que todo lo susodicho es público y notorio, pública voz y fama, no sólo en esta ciudad pero en toda la provincia, etc. (1)

Duró este Proceso por espacio de ocho años, y en él declararon bajo juramento cincuenta y dos testigos, de los cuales la mayor parte habían conocido a Mariana de Jesús y presenciado u oído lo que refieren, y aun muchos entre ellos tuvieron la dicha de tratar familiarmente con la sierva de Dios; los demás supieron lo que afirman, de aquellas personas que lo vieron u oyeron de la misma Mariana de Jesús o de los miembros de su familia, o que por si mismas lo presenciaron. Se encuentra, pues, en estos testigos cuánto es menester y se requiere para que se los llame y deba tener por testigos del todo irrecusables, veraces, dignos de toda fe, y a quienes se debe dar entero crédito, o crédito igual y aun mayor en lo que dicen, al que se debe dar a cualquier otro punto de historia. En efecto, consta que no quieren engañar a nadie, porque además de no tener ningún interés en ello, eran todos buenos cristianos, temerosos de Dios, por lo cual antes hubieran escogido morir que cometer un perjurio; pues prometían bajo juramento decir la verdad, y entonces con mayor atención y cuidado cuando les tocase alguna de las generales de la ley, como por ejemplo el parentesco.

Podían saber y sabían, aun los más rudos entre ellos, lo que decían y afirmaban porque no eran preguntados sobre cosas abstrusas, sublimes, muy levantadas y sobre su capacidad, sobre cosas que requerían un gran caudal de ciencia y estudio para entenderlas, ni se les pedía que explicasen misterios o milagros, sino que dijesen llana y sencillamente, del modo con que podían expresarse, lo que habían

1) Procesos págs 5 y 6.

visto diariamente con sus propios ojos, oído con sus propios oídos, percibido con sus sentidos, tocado, por decirlo así, con sus manos.

Para ser testigo digno de crédito en cosas semejantes, tan comunes y ordinarias, sólo se requiere no ser un tronco, cuando el hecho ocurre, tener algo de memoria para recordarlo, y unas pocas palabras para darse a entender, cuando se trate de comunicarlo a los demás.

Pero lo que todavía da más fuerza a estas declaraciones y hacen que sea de un valor histórico extraordinario, es lo que exige la sexta pregunta, según la cual debía el declarante exponer no sólo su opinión personal y privada, sino también asegurar bajo juramento, que cuanto había dicho y relatado era voz pública de toda la ciudad y provincia. Esto como bien se comprende, disminuye considerablemente las probabilidades de engañar o de engañarse ellos mismos en sus apreciaciones acerca de las virtudes, vida y milagros de Mariana de Jesús.

Concluidos estos Procesos del Ordinario, que forman un cuaderno de a folio de más de cien hojas, D. Juan Guerrero de Salazar hizo sacar una copia auténtica y él en persona la quiso llevar a Roma para presentarla a la Sagrada Congregación de Ritos, y activar lo más posible la instrucción de la causa de Beatificación. (1)

Salió de Quito en 1690, llevando con la copia los poderes de la ciudad que le comisionaba para que obrase en su nombre, y además una buena suma de dinero recogida en la ciudad para sufragar los gastos indispensables. Se fue por tierra hasta Cartagena; y ahí en 1691 se embarcó en la armada del Marqués del Bado del Maestre, en un galeón llamado «Ángel». Navegaron con prosperidad y bonanza por varios días en el mar de las Antillas. En la noche del jueves, tres días antes de Pentecostés, después de salir del puerto de la Habana, estando D. Juan dormido en su camarote, vió entre sueños a Mariana de Jesús que apacible le decía con aquella su dulce voz de él tan conocida: «Juan, ¿cómo llevándome peregrina a tierras extrañas no sacas a luz mi retrato, ni medidas a conocer? Sácalo luego de la caja en que está, que importa». (2) Despertó asustado poniéndose a pensar en la significación de esas misteriosas palabras. Al día siguiente hizo relación de lo acontecido a sus compañeros, sacó el retrato y les leyó el sermón predicado por el P. Alonso de Rojas en las exequias de Mariana, que traía consigo. Bastó aquella lectura para inspirar una grande devoción a Mariana en los corazones de todos los pasajeros, y colocaron el retrato, pintado en un lienzo en la capilla del galeón. Siguió próspera la navegación todo el día viernes, pero el sábado, víspera de Pentecostés se levantó una furiosa tempestad y el bajel vino a encallar contra unos escollos llamados de la *Vifora*, sin que les valiese humanas diligencias para evitar aquella desgracia. Los naufragos invocaron con fervor el auxilio divino por medio de Mariana, la cual los oyó, pues pudieron formar con las tablas del galeón destrozado, una especie de embarcación, en la cual entraron ochenta personas con el agua hasta la cintura, perdido todo cuanto poseían, pero al fin logrando salvar sus vidas. Uno de ellos fue D. Juan Guerrero de Sala-

1) Véase «Procesos de Beatificación de la Azucena de Quito» por el R. P. Lorenzo L. Sanvicente S. J.

2) P. Murán de Buirón, lib. V, cap. 7, pág. 418.

zar con un hijo suyo que sólo pudo salvar el retrato de Mariana con el sermón del P. Alonso de Rojas. De este modo se perdió la copia auténtica de los Procesos que llevaba D. Juan; se perdieron también los poderes de la ciudad de Quito y todo el dinero recaudado para la Beatificación. A su llegada a Roma, después de innumerables peripecias sólo pudo presentar el sermón del P. Alonso de Rojas a la Sagrada Congregación de Ritos, lo que fue suficiente para que ésta comisionase al Reverendísimo Ordinario de Quito para hacer las informaciones sobre la vida y milagros de la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús. (1)

Sabido en Quito el desastre por carta del mismo D. Juan Guerrero y de otras personas que se hallaron en el mismo naufragio, D. José Guerrero de Salazar, hermano de D. Juan, y su cuñado D. Juan de la Cruz Zúñiga, hicieron sacar a sus expensas otra copia de los Procesos en 1692, y a petición del devoto «Esclavo de Nuestra Señora de Loreto», el Capitán D. Antonio Lasso de la Vega, de algunos de los milagros que se habían obrado después de la conclusión del Proceso primitivo. Obtuvo también D. José en 1694, una cédula real del rey D. Carlos III, que le autorizaba para pedir limosna por espacio de seis años en sus dominios de Indias con el fin de promover la Beatificación de Mariana de Jesús y de Sebastiana de Caso su sobrina. Pero tampoco tuvo buen resultado esta empresa; D. José murió en el Cuzco desempeñando la misión que se le había confiado de pedir limosnas, y con su muerte todas estas se perdieron.

A pesar de tanto contratiempo no se desalentaron los piadosos habitantes de Quito. Volvieron a coleccionar limosnas y las entregaron con la tercera copia de los Procesos, a dos hábiles comisionados para que llevasen todo a Roma. Mas esta expedición se desbarató así como la anterior, porque estos cayeron en manos de piratas ingleses entre Portobello y Cartagena, quienes los despojaron de cuanto tenían dejándoles solamente las vidas.

Años después el Sr. Párroco de Cotacollan y Canónigo de Quito, D. Tomás Jijón y León, fue comisionado por el capítulo catedral y el cabildo secular para llevar los Procesos a Roma y pedir la introducción de la causa. Salió de Quito el 15 de febrero de 1751, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo que le fue acompañando por un largo trecho de camino, (2) y llegó a la ciudad eterna en 1754. Por sus diligencias se dió finalmente el decreto de introducción de la causa el 17 de diciembre de 1757, firmado por el Papa Benedicto XIV, ciento doce años después de la dichosa muerte de Mariana de Jesús. El 12 de marzo de 1776, Pío VI dió el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Mariana, y Pío IX aprobó los dos milagros necesarios para la Beatificación, el 13 de enero de 1847; y el 29 de setiembre de 1850, dió el mismo Pontífice el decreto llamado *Tuto*, es decir que con toda seguridad se podía proceder a la Beatificación de la Venera-

1) Procesos Apostólicos fol. 147.

2) «...Habiéndose sacado copia de los Procesos para llevarlos a Roma D. Miguel de Jijón, caballero de Santiago, fue tanta la conmoción y devoción de todo el pueblo que salieron acompañando a dicho caballero todas las Religiones y Prelados y cabildos secular y eclesiástico, con públicos plegarios en todas las iglesias de la ciudad....» Procesos Apostólicos, fol. 95.

ble Mariana de Jesús, doscientos cinco años después de su tránsito de este mundo a la patria celestial.

Finalmente el 7 de octubre de 1850 se publicaron las Letras Apostólicas en forma de Breve de Pío IX, por las cuales se elevaba a Mariana de Jesús al supremo honor de los altares.

Por una feliz coincidencia las fiestas de la Beatificación se celebraron en Roma el 22 de Noviembre de 1853, el mismo día aniversario de su bautismo, pero 235 años más tarde.

Estas mismas fiestas se celebraron en Quito, el 26, 27 y 28 de mayo de 1854, con extraordinario concurso y pompa; el primer día, viernes 26 de mayo en la santa iglesia catedral; el segundo día, 27, en la iglesia del Carmen alto; el tercer día, 28, en la iglesia de la Compañía de Jesús; y desde entonces cada año Quito celebra con la mayor solemnidad posible la fiesta de su celestial Patrona, elevando al Señor preces fervorosas para alcanzar su pronta canonización.

APENDICE VI

SERMON QUE PREDICÓ EL MUY RDO. P. ALONSO DE ROJAS, CATEDRÁTICO QUE FUE DE TEOLOGÍA Y HOY PREFECTO DE LOS ESTUDIOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN QUITO. — A LAS HONRAS DE MARIANA DE JESÚS, VIRGEN ILUSTRE EN VIRTUDES Y SANTIDAD. SACADO A LUZ POR EL DOCTOR TOMÁS MARTÍN DE LA PEÑA, CAPELLÁN MAYOR DEL CONVENTO REAL DE LA LIMPIA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA DE QUITO — CON LICENCIA IMPRESO EN LIMA POR PEDRO DE CAJEREA, AÑO DE MIL SEISCIENTOS CUARENTA Y SEIS

Jesús María Joseph

HORUM OPERA

*Festina tempus, et memento finis, ut
enarrent mirabilia tua.*

Ecclesiast. Cap. 36.

Unos vivos muertos hacemos hoy honras a una muerta viva; bien dije unos vivos muertos, porque nosotros en el tiempo presente cada- veres somos ya del pasado: *In homine non homo cernitur, sed cadaver*. Dijo el Crisólogo: pretendientes somos del futuro y sólo vivimos un instante, corta vida para tan dilatada muerte. Bien dije una muerta viva, porque esta dichosa difunta no murió como quien muere, sino que descansó como quien duerme un apacible sueño, que su muerte la trasladó a mejor vida, y en un silencio misterioso la pasó Dios (según podemos presumir de sus grandes y notorias virtudes) a desper- tar por eternidades a la vida del cielo.

Buen campo, según esto, es el presente para espaciarse la más sabia elocuencia; pero recelo que es desierto el de mi ingenio y me pueda perder en él. Pero grande es a mis flacos hombros, aunque me preste los suyos el Atlante; si es que damos crédito a sus cansan- cios, qué aliento, pues, bastará? qué esperanza animará a mi insufi- ciencia, si he de hablar hoy de las virtudes que en vuestra estimación y la mía tasan el aliento a la elocuencia más grande y embarazan el vuelo al más ligero discurso?

Dios sea conmigo; ojalá pluguiera al cielo que el papel que en este teatro de negras alfombras y de floridas virtudes he de representar hoy librara solamente en los ojos las palabras y acciones, para que la lengua de su agua declarara más bien mi sentimiento, que podrá llegar a expresarlo la del cuerpo: o fieles, si pudiera yo arrojarme al Mar Muerto de mi llanto para evitar el naufragio que, por insuficiente orador, puedo recelar en el Océano vive tantas virtudes.

Más, considerándolo con atención, hallé que no me conviene seguir este solo rumbo de lágrimas, porque Cristo Señor Nuestro, como tan gran predicador, no quiso librar los sentimientos de un amigo difunto sólo en el llorar sino también en el decir. Volvió Cristo ausente a resucitar a su amigo Lázaro difunto, desmintiendo el común Proverbio de nuestra Biblia española; que a muertos y aidos no hay amigos. Llegó al sepulcro, dióle aquella voz fuerte, aunque entenebrecida. (*Joan II.*) *Lazare, veni foras*, y al punto salió del sepulcro Lázaro con tal priesa, que trajo tras sí mortaja, sudario y vendas: o para mostrar aceleradas diligencias de la vida, o para reprender perezosos descuidados de la muerte en adesararlo. Pues bien; ¿por qué llora y habla Cristo para dar vida a Lázaro?, porque el llorar mira al difunto y el hablar a los vivos; llora, pues, Cristo y hable, que la muerte de los amigos con lágrimas la ha de celebrar el orador y con palabras ha de solicitar el provecho de los vivos.

Ya reparo en una grave circunstancia de este hecho, que para dar Cristo vida al difunto y enseñar a los vivos, mandó que llamase a María: *Voca Mariam*. Ea, Señor, proseguid la obra, que sin María resucitará Lázaro al imperio de vuestra voz y quedarán aprovechados los oyentes a vuestra doctrina. Eso no dice Cristo, que la vida de los muertos y la gracia de los vivos es gloria que tengo yo librada en el dulcísimo nombre de María, de suerte que cause estos efectos aún en quien se apellida dichosamente con sola la sombra de su voz.

Muere Cristo y viene María Magdalena a ver el difunto cadáver, llega al sepulcro en el cual los honores erizados de muerte procuraban oscurecer los resplandores hermosos que enviaba el cielo, y, si reparáis, no halló señas tristes de muerte sino anuncios alegres de vida. *Venit Maria Magdalena videre sepulchrum. Et ecce terremotus factus est maenus. Angelus enim Domini descendit de coelo.* (*Math. 28.*) ¿Qué mudanza es esta de objetos? No viene María en busca de un cuerpo muerto? Pues, cómo oye estruendos de Angeles, que arrancuen la loza, que hagan pedazos las tinieblas, que desellen el mármol, que econdan la muerte, que den nuevas de la vida? *Venit Maria* (responde el Crisólogo, Ser. 72). *Hoc nomen Matris et Christi*. Fácilmente se desata la duda: *Venit Maria*. Este no es el nombre de la Madre de Cristo? Pues, dad por desvanecida la muerte y por recuperada la vida: *Venit ergo Mater in nomine, venit mulier ut fieret mater viventium, quae facta fuerat morientium mater*: Vino la Madre de Cristo, no en su persona sino en su nombre, y él solo basta para que la mujer que era madre de los que mueren, se transformase en Madre de los que viven: que el nombre sagrado de María, puesto en Magdalena, dará vida, aún entre sombras erizadas de muerte.

Acompañó vuestra devoción hasta el sepulcro el cuerpo difunto de una sierva de Dios, que procuró, viviendo, retratar en sí a Cristo su Esposo y, muriendo, imitarle en los dolores; hoy venís a celebrar sus honras y a ver su sepulcro, *Videre se sepulchrum*, y quiere Dios

pagar vuestra devoción con que cuando la busquéis muerta no halléis en el sepulcro señas de muerte sino razones alegres de una vida justa y cristianísima. Quién, pregunto, causó estos alientos de vida? Quién? María Santísima que la llamó Dios, para que se hallase presente al entierro: *Voca Mariam*. No la visteis aquel día que, dejando su nicho y altar, presidía en este mayor en lo majestuoso de un Trono, cuando nuestra difunta estaba entre las bayetas de un bufete? No visteis a la Madre de Dios Santísima de Loreto salir en público a honrar a su esclava? Pues, vecindades de María que han de causar sino alientos de vida en la difunta y provechos en los oyentes de la ejemplar de Mariana de Jesús? (este nombre escogió su devoción, ha de hablar mi oración, para que mis palabras tengan alientos de vida y gracia; el remedio eficaz es llamar a María: *Voca Mariam*; digamos, fieles, Ave María, y la haremos presente, para que nos alcance la gracia). Ave Maria.

§ I

Largos siglos de santidad en breves años de vida: *Festina tempus*; memoria continua de la muerte, que alentó a la difunta a heroicos hechos: *Et memento finis*; excelentes virtudes, que todas parecen maravillas: *Ut cuarent mirabilia tua*, serán los tres asuntos de mi sermón, cifrados en las palabras del Eclesiástico, que sirven de tema a mis discursos: sacadme de empeño, Dios mío en la ocasión, que no llegarán mis encarecimientos a las verdades, aunque no habrá verdad en el sermón, que no parezca encarecimiento; porque es misterio todo cuanto se dice de esta mujer fuerte, y lo que se dice es mucho.

No califico santidades, fieles míos, ni defino milagros, que este es oficio de la Iglesia, nuestra Madre, maestra de toda verdad católica; y en la ocasión presente puede ser diligencia del Ilustrísimo Príncipe que preside a la nuestra, el cual, con su acostumbrada prudencia y vigilancia, podrá hacer diligente escrutinio de las acciones, y virtudes de la difunta: diligencia que ayudará para que cuando venga el tiempo en que estas virtudes se desenvuelvan la autoridad de la Iglesia que hoy las estrecha no sólo las permita sino las publique principios de fe, para llamar bienaventurado al que en esta vida vive desengañado, cuando los menos estudiosos en los fundamentos de fe, por experimentados en los naturales, llaman bienaventuranza a un conocimiento claro de la naturaleza, a un reconocimiento de su primer causa, a un cuerdo ejercicio de las virtudes y a una vida sin los achaques de culpa.

Y si en lo divino lo queréis oír de la boca de oro de Crisóstomo, os dirá (*in oral*, de S. Philog.) que no hay argumento más cierto para que el entendimiento pueda afianzar la gloria de un justo, como la paz y el sosiego que aquí goza y las virtudes en que se ejercita: *Siquis paululum ex rerum mundanarum fluctibus creverit caput, vitamque suam recte composuerit*. Si de las tempestades borrascosas de esta vida alza el justo la cabeza y con atenta consideración por poco tiempo, *paululum*, ajusta, compone y utilda su vida. *Multo magis postquam hinc demigraverimus facile compotes erimus ejus boni*. Es cierto que después de esta peregrinación será comprensor y se hallará entre los contentos de la gloria.

Hago yo este argumento ahora; si la sierva de Dios Mariana de Jesús en sentir de sus Padres espirituales (no diré cosa hoy que no la afirmen ellos o lo pruebe la notoriedad) no perdió la gracia bautismal. Ya lo dije todo, diré lo más claro; si la gracia de Dios por Jesucristo, en que el sacramento del Bautismo la reengendró e hizo amiga de Dios, no la interrumpió pecado y ofensa alguna. Pienso que no hay que decir más, porque todo el campo de la elocuencia se esforzó a esta perspectiva: *Siquis paululum*. Si por todo el tiempo que duró su vida se libró del inquieto oleaje de los deleites del mundo y se halló tan divorciada con ellos, que luego como entró en él, a los primeros pasos, no quiso admitir el regalo con que le brindaban los pechos en que se criaba; pues, como afirmaron su madre y abuela y hoy lo atestiguan otras personas, no mamaba más que dos veces al día, sin ser posibles los halagos con que le obligaba su madre a que recibiese más veces el pecho, y, admirada de esta novedad, dijo la prudente mujer, como profetizando, que tuviesen gran cuidado con aquella niña, porque Dios había de obrar alguna gran maravilla en ella. Si aborreció cuando niña todos los entretenimientos de aquella edad, y cuando mayor, todos los deleites del mundo, haciendo a los diez años de su edad tres votos: de virginidad, pobreza y obediencia, movida del impulso divino, sin que nadie la aconsejase a ello, para renunciar así más bien las pompas del mundo y sus deleites, sin admitir jamás ninguno de ellos, ni en galas, ni en regalos, ni en gustos. *Vitamque suam recte composuerit*. Si de tal suerte ajustó su vida que pecado venial advertido, que conociese ella que lo era, nunca lo cometió, y que siempre fue creciendo de virtud en virtud? Qué mucho, digamos, que llegó a verse con el Dios de Sión: *Multo magis postquam, etc.*

§ II

Ya estamos en los discursos: *Festina tempus*. Un intérprete grave de mi Religión repara en la palabra *Festina* y dice que en este lugar tiene significación activa, y es como si dijese: *Urge vel accelera tempus*. Arrímale los acicates al tiempo, lábrale los ijares, no para que él corra, que ese cuidado el tiempo se lo tiene, sino para que tú vuelles en él con tanta velocidad, que en breves espacios de tiempo camines largas jornadas de santidad, que es lo propio que dije en la propuesta, largos siglos de santidad en breves años de vida: *Festina tempus*.

Buen texto en los Cantares cap. I. *Oleum effusum nomen tuum, ideo adolescentulae dilexerunt te*. Vuestro nombre, Esposo mío, es blando, suave, regalado y amoroso, como el ungüento vertido, y, porque, quebrado el cristal o alabastro, se derramaron los olores, os siguieron y amaron las más delicadas doncellas de Jerusalén. Qué enigma tan misterioso es éste? Solas las hermosuras tiernas y de poca edad aman y siguen al Esposo? Luego las matronas grandes, las señoras ancianas son las que empezaron en el amor divino? Es por ventura de condición Cristo, que se deja aficionar de la hermosura divina y se esquivo al rostro arado de rugas con los años? Sara no era anciana? Ana, profetisa, no había vivido muchos años? Isabel, madre del Bautista, no había entrado en edad? A estas así ancianas no las admitía Dios a sus regalos? Pues qué doncellas son éstas, que sin compañía de las matronas siguen al Esposo? Orígenes responde (*Hom.*

I in cant.) Adolescentulæ in augmento scilicet ætatis. Las niñas ancianas son las que van corriendo ansiosas tras el olor de los ungüentos de Cristo. No lo entiendo, ¿cómo se compadecen niñez y ancianidad juntas en una mujer? Diré lo que he pensado; que la niñez sea en la edad y la ancianidad en la virtud; y así las niñas en la edad y ancianas en la virtud son las que, enamoradas de Cristo, le van siguiendo; diréis que las doncellas que siguen al Esposo son tiernas en su amor; pues, el imán que las tira es el regalo de los olores, y que para aficionarlas usa Dios de estos hechizos amorosos, de estos gustosos halagos, que quien ama a Dios solamente por el regalo del deleite, no es grande en la virtud sino pequeño, y aquella es alma perfecta que lo ama no sólo entre los regalos sino también entre las espinas.

Digo, Señores, que estas doncellas no amaban a Dios por el regalo del ungüento sino por lo acibarado de su pasión; y que así son almas perfectas en la santidad; porque si aman al Esposo y se agradan de los olores de sus ungüentos, es cuando la bujeta de alabastro se quiebra; quiero decir que cuando las almas vírgenes miran a Cristo, roto de heridas, derramando su preciosa sangre, se van ansiosas tras de El, lo aman y adoran. *Christum* (son palabras y sentir de Filón Carpacio *in cant. I. Cap.*) *Jesum appellat humanitale vestitum, tunc se totum per viscera pictatis ostendit, cum pro nobis mori, vel crudelissime non recusavit, ideo adolescentulæ dilexerunt te.* Cuando la Escritura llama ungüento derramado al nombre del Esposo, habla de Cristo Jesús, vestido de nuestra humanidad; cuando pendiente de un leño, caudaloso mar bermejo de su preciosa sangre, roto todo aquel sagrado cuerpo, hecho trozos aquel divino alabastro, no le quedó licor suave que no derramase pródigo, entonces fue cuando tiró más imperiosamente los corazones humanos, y le amaron y siguieron las almas santas. Luego, según esto las doncellas que siguen a Cristo, si son tiernas en edad, son ancianas en la virtud. *Adolescentulæ, scilicet, in augmento ætatis.*

Hablamos un día de los del achaque último de que murió esta señora, y yo del amor divino, y entre otras cosas que le dije, una fue: vámonos al cielo, señora a pasear en compañía del Cordero por los campos Elísios de la bienaventuranza; vamos, Padre mío, me respondió la enamorada virgen; yo le pregunté, por ventura alguna vez ha visto al Cordero Cristo y a las vírgenes que le acompañan, o se halló con ellas en el cielo? Y ella con toda sinceridad respondió que sí; yo estoy persuadido que esta visión no fue real sino imaginaria. O que ilustrísimas tropas de vírgenes, la dije yo, serán las que acompañan al Cordero? Las vírgenes mártires vestirán de colorado? Sí visten, dijo ella: las vírgenes que no son mártires vestirán de blanco? dije yo; también visten de colorado, respondió la enferma; y yo repliqué, cómo pueden vestir ese color si no son mártires? Porque la virginidad, respondió la discreta doncella y virtuosa anciana, es martirio y la premia Dios con las insignias de los mártires; y porque yo no pensase que la enferma se agradaba solamente como niña de las galas del Cordero y del olor de sus ungüentos, levantó la mano hacia un *Ecce homo* que tenía pintado junto de su lecho y llegó con los dedos muchas veces a señalar la corona de Cristo, como quien dice: no me agrado tanto de las galas del Cordero cuanto de sus espinas, no me aficiona tanto los aromas cuanto el alabastro quebrado. Yo en-

tonces enmudecí viendo tanta sabiduría y santidad en una doncella tan tierna, pareciéndome que en su comparación no sabía yo el *Christus* de la cartilla del espíritu.

Alentando David a su alma para que alabase a Dios por liberal y dadivoso, le dijo a así en el Salmo 102. Bendice, alma mía, a Dios, porque son tan grandes los beneficios que te hace, que más parecen porfía que no liberalidad, o, por lo menos, parecen liberalidad porfiada. *Qui replet in bonis desiderium tuum.* Que te da los bienes a pedir de boca y por más que se explayen tus deseos, los llena de beneficios. *Renovabitur ut aquilae juventus tua.* A vista, pues, de tanta liberalidad y bondad divina, renueva, alma mía, tu juventud como la del águila.

Por juventud entendió en este lugar nuestro doctísimo Lorino, el tiempo de esta presente vida, y este tiempo es el que pide David a su alma que renueve; y, entendidas así las palabras de David, hallo yo mucha dificultad en ellas. Puede, acaso, el mancebo, por más valiente joven que sea, tirar las riendas al tiempo y obligarle que no pase a la edad viril, que se detenga sin llegar a la senectud? Y, dado que el hombre llegue a la vejez, hallará Jordán dónde remozarse? Parece que no, y que no hay traza para vencer este imposible.

Por evitarle San Jerónimo leyó así este lugar: *Renovabitur ut aquilae senectus tua.* Tu senectud y ancianidad se renovarán como la del águila. Del águila solemnizan todos dos acciones: la primera, la mudanza que hace de traje; pues, cuando ve que sus plumas se han cansado y envejecido de andar al remo, las descarta y se viste de otras nuevas; la segunda, que, cuando se le causa la vista, hace examen de sus ojos, no sólo mirando fijaente, sin pestañar, los rayos al sol, sino descubriéndole el fondo de ellos hasta contarle cuantos átomos travesen entre sus luces; así el fervoroso cristiano, cuando viese que se van envejeciendo las plumas de sus costumbres y virtudes, alas con que vuela al cielo, las ha de renovar con otras nuevas y santas; y, cuando viere que la vista se le va gustando y que mira a Dios tibiamente en la oración, ha de examinar la de sus ojos y afilarla en la contemplación atenta de Dios, no cansándose hasta contarle los rayos y beberle las luces.

En lo que yo más reparo es que David y San Jerónimo juzguen por términos equivalentes estos dos, juventud y senectud; ¿hay cosas más opuestas en lo natural, ni más distantes en la duración de la vida? Digo que si distan en lo físico, se compadecen en lo espiritual, y así cuando dijo David: *Renovabitur, etc.*, fue como si dijese: alíentate, alma mía, a las obras de virtud, y de tal suerte ha de ir creciendo tu santidad, que, siendo joven en la edad, parezca anciano en la perfección; los alientos sean de mancebo y los tesoros adquiridos de gracia, de muy anciano.

O qué de veces engolfada esta sierva de Dios en la consideración atenta de los beneficios con que Dios enriquecía su alma, agradecida diría: alábenos los ángeles, hermoso dueño de todas las jerarquías celestes, que a tan apretados lances os reduce vuestra liberal condición; pues, todo cuanto tenéis es mío, vos mismo sois mío, y el lleno de mis deseos: *Qui replet in bonis desiderium suum*; esto diría ella; y como en las avenidas de Dios el dejarse llevar del agua es la más segura nevegación, encendida en el amor divino, se alevantaba cada día a renovarse en nuevos fervores. *Renovabitur, etc.*

Queréis saber el cuidado que tenía de renovarse en la virtud? pues, de su misma boca lo habéis de oír en una distribución que tenía en los ejercicios de cada día. A las cuatro me levantaré (palabras son formales suyas), haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la pasión de Cristo; de cuatro a cinco y media, oración mental; de cinco y media a seis, examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré examen general y particular, iré a la Iglesia; de seis y media a siete, me confesaré; de siete a ocho, el tiempo de una misa, prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi Esposo; después que le haya recibido, el tiempo de una misa, daré gracias a mi Padre Eterno, por haberme dado a su Hijo, y se lo volveré a ofrecer, y, en recompensa, le pediré muchas mercedes; de ocho a nueve, sacaré ánimas del Purgatorio y ganaré indulgencias por ellas; de nueve a diez, rezaré los quince misterios de la Corona de la Madre de Dios; de diez, el tiempo de una misa, me encomendaré a mis santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las once; después comeré, si tuviere necesidad; a las dos, rezaré vísperas y haré examen general y particular; de dos a cinco ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios, y haré muchos actos de su amor; de cinco a seis lección espiritual, rezaré completus; de siete a nueve, oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios; de nueve a diez, saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente; de diez a doce, oración mental, de doce a una, lección en algún libro de vidas de santos, y rezaré maitines; de una a cuatro, dormiré los viernes en mi cruz, las demás noches en la escalera; antes de acostarme tendré disciplina de cien azotes los lunes, miércoles y viernes, desde las diez a las doce, los Advientos y Cuaresmas, la oración la tendré en Cruz; los viernes garbanzos en los pies, y una corona de cardas me pondré, y seis cilicios de cardas; ayunaré sin comer toda la semana; los domingos comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios: así concluye la sierva de Dios la distribución cotidiana de sus acciones. Así se renovaba esta águila real, que sin cesar se cebaba en la sangre de Cristo y en la contemplación de Dios; este era el incansable ejercicio que tenía este serafín de amor, tan constante en él, que no sólo no lo interrumpía, sino que todos los días lo comenzaba como si aquel fuese el primero; en estas oraciones y penitencias gustaba Mariana de Jesús, doncella delicada, la luz del día y el silencio de la noche; cuando vos, hombre fuerte, la gastáis en juegos y regalos.

Ví (dice Isais. Cap. 6) la gloria de Dios, y entre los resplandores grandes de su divinidad tuve por admirable el semblante de unos serafines que, estando vestidos de seis alas, sólo volaban con las dos, tan inquietos, que siempre anhelaban al vuelo, tan sossegados, que jamás se movían de un lugar. *Seraphim stabat super illud: sex alae hui, et sex alae alteri: duabus velabant faciem ejus, et duabus velabant pedes ejus, et duabus volabant.* Qué hay de singular en la vista de estos serafines, que así llena la atención del Profeta entre prodigios tan soberanos de la gloria de Dios?

Dos acciones (respondo yo), en lo riguroso de su novedad, opuestas y ejecutadas en un mismo tiempo, quietud y movimiento: pues, por una parte, dice que estaban firmes y en pie, y, por otra, dice que volaban veloces con las alas que se originaban del pecho; extraña

postura el volar dice forzoso movimiento, el estar dice firmeza y sosiego; pues, cómo pueden los serafines estar en sosiego y juntamente volar? Respondo que, por ser serafines, dieron en esta invención y que, por amar mucho, volaban y estaban; fue pintarnos Dios allí lo que pasa a las almas justas y amigas de Dios, que, serafines de amor, asisten a Dios en la oración; sin apartarse de Él, siempre están firmes en las obras buenas, sin descaecer de ellas un punto, y siempre aspiran a más altos vuelos de perfección; que aquel *stare* firmeza dice en el bien obrar, y aquel *volare* ansias a más perfección.

Séame lícito llamar serafín a esta sierva de Dios, que entre los que yo he visto en carne humana, tengo por cierto que ella es uno. Algunas singularidades hallo yo en este serafín que, entre las grandezas de Dios, me roban la atención; aquel cubrir con dos alas el serafín el rostro significa, en sentencia de Crisóstomo (*Hom. 2. de Verbis. Isai.*) el respeto que tiene a la Majestad de Dios, cuyas luces no se atreve a contemplar encogido y cobarde. Yo pienso que cubrir con las alas el rostro el serafín, fue echar un velo a su amor, para ocultarlo a los ojos del Profeta, porque se contentaba que estuviese manifestado sólo a Dios.

Tenía la sierva suya el rostro pálido y macilento con las muchas vigiliias, penitencias y ayunos; reparaban sus amigas en ello y, por las señales exteriores, colegían la causa de ellas; afligíase Mariana de que la tuviesen por penitente, pidió con instancia en la oración a Nuestro Señor el remedio; y otro día salió en público con el rostro lleno y sonrosado con velos de color, con que Dios disimuló sus virtudes; diéronle el parabién las amigas, de su mejoría, y ella quedó muy contenta con su disimulo.

Lo que más admiro en este serafín es la firmeza en el bien obrar y juntamente las ansias por volar a mayor perfección. Testigos muchos tengo de estos vuelos, decidlo, Jueves Santos, pues, desde la mañana de aquel día hasta que el Viernes desenterraban a Cristo, estaba tan atenta en sus Misterios sin apartarse un instante de esta Iglesia, que parecía estatua: válgate Dios; por mujer eres de mármol que no sientes ni las inclemencias del tiempo ni los achaques de naturaleza; quieres beber a Cristo toda la sangre y a Dios todas las luces; decidlo, Santísimo Sacramento, pues, cada vez que os veía renovaba con gran fervor los votos que tenía hechos y los renovaba muchas veces, porque lo veía en muchas misas; atestigüadlo, sacerdote que, volviendo un día a decir *Dominus vobiscum*, os asombró ver tan encendido el rostro, que pareció un volcán de fuego; decidlo, papel escrito a su confesor, pidiendo licencia para nuevas penitencias en un Adviento, añadidas a las demás que hacía, para tener una hora de oración en cruz, traer tres días de la semana garbanzos en los pies, hacer tres disciplinas cada noche, darse tormento en los brazos y muslos con unas cuerdas de cerdas y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de Todos los Santos hasta la víspera de Pascua. Esto pedía la sierva de Dios añadir a las demás penitencias que, como después veremos, entre los anacoretas antiguos se juzgaran excesivas y sobre todas las fuerzas humanas. No hay hidrópico, señores, más sediento del agua, que ella lo estaba de penitencias, de ayunos, de padecer, de orar y de amar. Esto no es ser serafín? Esto no es firmeza en la santidad? Esto no es volar siempre a Dios? Estos no son largos siglos de santidad en breves años de vida? *Festina Tempus.*

§ III

El Memento finis. Memoria continua de la muerte, que alentó a la difunta a heroicos hechos; quiero referir primero su ejercicio en esta memoria y después ponderaré los alientos a mayor perfección, que ocasionaban la muerte en esta sierva del Señor; siempre pensaba en la muerte, siempre la tenía delante, siempre deseaba ardentísimamente el morir, y en la última enfermedad significaba estos sus deseos con afectuosas señales; tres días antes de su dichoso tránsito dijo, por señas, que aquellos le quedaban de vida, y el último de la suya, que aquel día moriría, y luego levantó las manos al cielo como agradeciendo aquel favor; argumento claro de la pureza de su conciencia, pues, en la ocasión que tiemblan los Hilariones se alegraba Mariana.

Tenía hecha una muerte de bulto de estatura entera (peregrina juvención), la cual llamaba ella su retrato, vestida con un hábito de San Francisco, que había de ser su mortaja; esta muerte ponía en un ataúd en que se había de enterrar; junto a un espejo de cristal tenía otro mejor, era una cabeza humana a medio corromperse, horrible y espantosa, pintada en un lienzo, para que si alguna vez le viniese al pensamiento mirarse al espejo, se mirase en éste de sus desengaños, y y muchas veces llegaba al ataúd donde estaba el esqueleto de la muerte y le echaba agua bendita, diciendo así: Dios te perdone, Mariana.

Estos pensamientos y acciones la alentaban a muchas virtudes; siempre le deseado saber de qué antidoto usó esta señora contra el veneno del pecado; pues, en todo el decurso de su vida no ofendió a Dios gravemente, como dijimos al principio, y me he persuadido que este antidoto fue la memoria de la muerte. Aquellas tablas de los mandamientos divinos que con tanto trabajo y desvelo bajó del monte Moisés, las quebró el mansísimo Profeta, irritado de la idolatría del pueblo; quedó entonces el mandamiento del amor de Dios partido en trozos, el del prójimo deshecho a pedazos, el de no jurar dividido en partes, y en esta forma los demás: qué remedio, pues, para que vuelvan a su antiguo ser e integridad? Ya lo diré; vuelve Moisés en este interim a comunicar a Dios, y sácale por partido le muestre su rostro y le descubra su hermosa cara: *Ostende mihi faciem tuam*. Dificultó Dios la petición, y la causa que dió fue, porque no se compadecen manifestaciones del Ser divino con la fragilidad del vivir humano, y, porque no pareciesen excusas a lo comunicativo de su bondad, le concedió que viese sus espaldas. *Posteriora mea videbis*. Y, hecho esto, volvió Dios a reunir las tablas de la Ley.

Quién ocasionó esta renovación de las tablas? Yo digo que la memoria de la muerte, porque lo que en aquella visión manifestó Dios a Moisés fue sus espaldas y en ellas significó, en sentir de San Severino Verceledense lo mortal de su naturaleza humana, y así fue como decirle Dios: deseas, Moisés amigo, que la ley y sus tablas se restauren y para esto quieres mirarte en el espejo de mi rostro: *Ostende mihi faciem tuam*. Yo te mostraré otro espejo en el cual mires lo mortal de mi humanidad, el conocimiento de su humildad y la vista de su morir, y, en viendo esto en el espejo, puedes dar por restaurada la ley, porque todo lo que pierde una idolatría remedia la memoria de la muerte. *Posteriora* (dice Severino) *ejus videre concessum est, et tunc tabulae quas antea frigerat fuerunt reffectae*. Fieles míos, los

mandamientos de la ley de Dios quebrantados en el pecho, borrados en la memoria y deshechos en la ejecución, se restaurarán y guardarán inviolablemente, si ponéis los ojos en el espejo de la muerte.

No es bueno, que nunca pidió Mariana de Jesús a Nuestro Señor le mostrase su rostro, contenta sólo con verle las espaldas; no es bueno, que no fue amiga de revelaciones, raptos o éxtasis; antes bien las aborrecía y, por esta causa, no quería leer libros de Santa Gertrudis, porque trataban de ella. Su vida fue por el camino sólido y seguro de los santos que Cristo enseñó a la Santa Madre Teresa de Jesús, diciéndole: «Piensas, hija, que está el merecer en gozar? no está sino en obrar, en padecer y amar»; y esta lección aprendió tan bien nuestra parísima doncella, que toda la vida la empleó en obrar, padecer y amar, y, como su espejo fue siempre el de la muerte, observó la ley de Dios tan inviolable, que nunca la quebrantó gravemente.

Padre, diréis, Joseph, Virrey de Egipto, santo fue y observantísimo de la ley divina, y no siempre miró el espejo de la muerte; alguna vez no apartó los ojos a las glorias del mundo. *Putabam nos ligare manipulos in agro et quasi consurgere manipulum meum et stare, vestros que manipulos adorare manipulum meum.* Soñaba que segando con mis hermanos los haces de trigo mi gavilla y manojo se levantaba y descollaba entre los demás, y que la adoraban humildes; de suerte que Joseph miraba en sueños la gavilla, profecía de su grandeza y gloria; luego no siempre miraba a la muerte. O qué mal lo entendéis? aquel manojo no estaba segado? *Putabam nos ligare, etc.*; la hoz no fue la parca de la espiga? la siega no fue la muerte de la caña? luego para asegurar Joseph la ley de Dios en medio de los glorias del mundo, a la muerte miraba, y si alguna vez puso los ojos en las luces del cielo, no los apartó de la muerte. *Vidi per somnium, quasi solem, et lunam, et stellas undecim adorare me, Reparat (dice un docto) quod sol quasi oritur et moritur, una in morte dies lucebat, stellae ab oriente usque in occidentem pergunt.* El sol desde que nace hasta que se pone, muere por instantes, la luna es hacha en el túmulo y muerte del día, las estrellas caminan siempre al negro sepulcro de su ocaso. Esto, no es morir? esto no es profetizar Joseph su muerte entre los triunfos de su vida?

La memoria de la muerte ocasionó en esta sierva de Dios, el desprecio de todas las honras, bienes y deleites del mundo, púsolos todos con generoso desprecio debajo de los pies, que si se coronó con guirnalda de estrellas de virtudes, como la misteriosa mujer que vió San Juan, pisó también todo lo temporal en la luna; no he visto en mi vida mayor desprecio de cosas humanas ni mayor aprecio de las divinas; su vestido era pobre y no más de uno, la comida casi ninguna, inaudita fue su abstinencia, su encerramiento raro; ni visitaba, ni gustaba la visitasen; no cursaba más que una calle, que es la que hay de su casa a la Compañía. Moraba dentro de sí en la presencia de Dios y andaba con cuidado de no perderle de vista, y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía no se podía apartar de Dios; con facilidad se levantaba en espíritu al cielo y entre las vírgenes cantaba motetes a Dios. Finalmente, andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedía andar como fuera de sí, y como una abejita se estaba cebando en el costado de Cristo chupándole la sangre. En dando Dios a una alma luz verdadera, menosprecia de corazón las pompas del mun-

do, atropella sus soberbias, desprecia sus mentiras, pisa el temor de la muerte, hace heroicas acciones y camina segura a unirse con Dios. Estaba San Pedro y los demás discípulos medrosos en la nave, porque, erizando el mar en asombros, desatado en tempestades el viento, estaban a peligro de anegarse *Nauicula autem in medio mari iactabatur fluctibus*. Mat. 14. Era mucha la cerrazón, el viento contrario, y ellos estaban ya casi rendidos; Cristo estaba ausente, y si la serenidad en ausencia de Dios es tormenta, cuál será la tempestad? Vino Cristo a aliviar su fatiga caminando sobre las aguas, vióle San Pedro, aunque lo desconoció, y dice el Evangelista que les pareció a todos Fantasma: *Turbati sunt, dicentes: quia phantasma est*. Conociéronle después en la voz y Pedro como más amante y así como más animoso pidió licencia para arrojarle al mar y acercarse a Cristo: *Si tu es, jube me ad te venire super aquas*. Grande aliento, ¿cómo tiene Pedro tanta valentía para no temer el peligro, cuando apenas tiene experiencias que es Cristo el que navega en el mar? Poco a tanto miedo de las olas, tanto recelo de la muerte? Quién alienta a Pedro? Queréis que os diga mi sentir? pues, yo pienso que la muerte le dió estos alientos. Miró Pedro a Cristo fantasma. *Quia phantasma est*. Erasmo con la versión siríaca leyó. *Spectrum est*. Esta palabra *spectrum* así en la humana como en la divina erudición significa una visión espantosa, un cuerpo fantástico, una muerte, un esqueleto; vió según esto la muerte en sombra, y, en viéndola, cobró tal ánimo, que si antes temía las olas del mar agora las pisa y desprecia. San Juan Crisóstomo, hablando de estos pasos de San Pedro, dijo: (hom. 51, in Math.), *Ad sexum itinere mirabili veniebat*. Que caminaba con pasos milagrosos; y el Cartujano con San Hilario halló figurado en este mar la vanidad del mundo y las borrascas que se levantan en él; de donde infiero yo que para pisar el mundo, que para despreciar todos sus bienes, para no temer sus borrascas y para acercarse a Dios con pasos milagrosos, el medio único es mirar la muerte.

Estaba un día en un rincón de esta iglesia orando nuestra virgen, llegóse a ella un hombre, instrumento del demonio, díjole algunas palabras amorosas y preguntóle qué hacía allí: a estas voces o silbos de serpiente hizo orejas sordas la sierva de Dios; instó el sacrilego por tres veces en sus ruegos y preguntas, y ella, desviando el manto del rostro, con semblante severo le dijo así: estoy aprendiendo a morir; turbóse de muerte el atrevido con esta respuesta, apartóse confuso y ella quedó vencedora de la tempestad de amor con la consideración de la muerte. Inquietábale el demonio en su recogimiento con varias invenciones y aparecíasele en forma de un perrillo de la China pelado, y ella despreciaba al demonio, y, vencéndole, daba pasos. *Itinere mirabili*, acercándose a su Esposo. *Quam pulchra sunt gressus tui in calcamentis Filia Principis*. Qué hermosos pasos que dáis sobre las aguas de este mundo, y los vuestros son más graciosos, por darse siempre dentro de las sandalias que son hechas de las pieles de animales muertos, y por eso vuestros pasos son maravillosos, porque vuestros ojos no se apartan de la muerte. *Itinere mirabili et memento finis*.

§ IV

Ya estamos en el tercer punto. *Ut enarrent mirabilia tua.* Maravillas? Sí, Milagros? No los venderé por tales; algunos se refieren, dadles el crédito que quisiéredes, que sus virtudes son las que habéis de tener por maravillas.

Dicen que desde niña se inclinó a la virtud, yo lo creo, y que sus juegos no eran travesura de niña sino acciones de santa; ocupábase en aderezar altares y en hacer procesiones con las imágenes de Cristo y su Madre; llevaba un día con otras niñas a la Santísima Virgen en unas andas por el patio de su casa, mirábanla muchas personas, había puesto por adorno a la Virgen un velo de toca rajada y con el movimiento de las andas se cayó una vela encendida que iba en ellas; pegó fuego al velo, comenzó a arder, vió la gente que atendía a la devoción de la muchacha, y, despavoridos, llegaron a apagar el fuego y hallaron que el velo que habían visto ardiendo estaba entero y sin lesión alguna.

Dicen que ahora pocos años, yéndose al campo la gente de su casa, le dejaron encomendada una niña de tres años, sobrina suya; bajó la niña al patio en ocasión que había en él algunas bestias, y, travesando entre ellas la chiquilla, una de ellas le dió una coz en el rostro, bastante a deshacerle las narices y el rostro; bajó desalentada Mariana de Jesús y abrazóse con la niña diciendo: ¡ay triste de mí! qué dirán sus padres; pidió un pedazo de carne cruda, púsolo sobre la cara de la niña, encerróse en su aposento con ella y dentro de una hora salió con la niña en los brazos sano y bueno el rostro, que no pudieran encuadernar muchos cirujanos, diciendo que era eficaz medicina la de la carne; pues, con ella había Dios curado a su sobrina.

Había siete años que una señora sobrina suya mandó hacer un tabernáculo para una imagen de la Serenísima Reina de los Angeles de Copacabana, descuidóse en la medida y al tiempo de entrar la imagen en su nicho, no cupo; entró en el aposento un día Mariana preguntó a su sobrina por qué no entraba la imagen en su tabernáculo, respondió que muchas veces había probado a entrarla y no cabía; entradla, vos, y quizá haréis algún milagro; volvió las espaldas Mariana y fue-se a su recogimiento; y otro día por la mañana, viniendo de la iglesia, volvió a preguntar que por qué no entraba la imagen en su nicho; porque no cabe, le respondieron, y cogiéndola ella en las manos dijo: para esta imagen se hizo este tabernáculo y la colocó en él con gran facilidad, quedando admiradas las que lo vieron.

Muchas cosas, señores, parecen, acuso, que son misterio como de muchas se hace misterio, que son acaso; unos genios hay que todo les parece milagro, otros no creen cosa; pasen o no plaza de milagrosas algunas acciones, que yo solamente tengo por milagro la vida, las obras y las virtudes de esta eminente mujer.

He de entrar, pues, al campo de sus virtudes, maravillas todas; no sé cómo podré fiar de poco tiempo siglos de tantas virtudes; una de las grandes alabanzas de esta ilustrísima virgen, a mí ponderar, es que no sólo fue virtuosa desde niña, sino que parece obró las virtudes desde su nacimiento, desde los pechos de su madre, y desde la cuna, si ya no es, decimos, que más allá de la edad debió de comenzar; pues, tuvo hazañas de perfecta aun cuando no tenía más que alientos de

niña. Ya dije que desde el pecho de su madre fue abstinente; desde los cuatro años de edad comenzó a ayunar, y a los seis era de manera que algunas veces se desmayaba, sin que su madre la pudiese persuadir a que comiese. Desde este tiempo deseó con ansias el martirio, rogando a las niñas sus compañeras que se huyesen y se fuesen a ser mártires; deseos e intentos en que perseveró hasta la muerte. De ocho años se concertó con una sobrina suya ayunasen un día natural de veinticuatro horas, ellas las cumplió; en este tiempo era muy recogida y confesaba y comulgaba a menudo; de diez años hizo los votos de obediencia, virginidad y pobreza, y el de virginidad dicen lo hizo mucho antes. Valate Dios, niña en quien parece que estaba todo un Dios asistiendo, para que atendieses a las obligaciones de santa y fueses testigo abonado de la divinidad en el martirio y de las virtudes en tus acciones.

Detúvose mucho el cielo en fecundar la esterilidad de Sara, tanto que cuando le dió el Angel las buenas nuevas del hijo que había de parir, se rió de ellas pareciéndole imposibles: *Sara risit: erant autem ambo senes propectaque actatis, et desiderant Sarae fieri multibria.* Por qué no nace Isaac en la juventud florida de su madre? San Zenón responde (ser. 2 de Abraham) porque nace Isaac para mártir y para testigo de la virtud de Abraham, y es tanta gloria ser testigo en la niñez y edad primera de las virtudes que como si pudiera no acertar Dios en la formación de Isaac, lo está por mucho tiempo como tanteando y contemplando para sacarlo perfecto, que todo ese cuidado y tiempo pide la formación de un hombre que en la niñez ha de ser mártir en deseo y testigo de la virtud. *Sub hac sperata natiuitate, et admiratione progenitur tu primis infantiae indimentis iubente Deo innocens martyr effertur immaculata nostra, qui testis divini timoris ad fidem a Domino poscitur a parente productur.* ¿No ha de ser Isaac testigo en su niñez del respeto con que Abraham venera a Dios no ha de ser mártir, aunque sólo en amenazas? pues, piénsese una y otra vez el formarlo, que es prodigio amar un niño el martirio y atestiguar la virtud en los tiernos años.

O niña valerosa, qué grandeza es la tuya; pues, en edad más tierna que la de Isaac atestiguas la divinidad en las virtudes y eres mártir en los deseos; qué mucho, pues, diga yo que desde su nacimiento está Dios ocupado en formar con virtudes el ser grande tuyo; qué mucho, diga, imitas al Tolentino en la abstinencia de la niñez y a la gran Teresa en las ansias del martirio; qué mucho, diga, que atestiguas las virtudes y eres mártir de la divinidad. Oh! qué eficaz reprehensión ésta para las que apenas viven y ya quieren ser damas, y desde niñas comienzan a rizar el cabello con la aguja, a asearlo con el peine, a partir la crencha con el alfiler, a lucir el tocado con el adorno, a fingir hermosura con el afeite; aprended, niñas de Quito, de vuestar paizona, santidad por hermosura, virtudes por galas, llegad varoniles alientos y aprended lo que puede la gracia en un pecho niño, encendido con el fuego del amor de Dios; atended a las ventajas de su grandeza y estimad, sobre todo, el ejemplo raro de sus virtudes y el servicio que hace a la verdad y al martirio.

Faltan colores a la razón para decir lo que la admiración voca. Leyó una noche un pariente de Mariana de Jesús (es gente piadosa toda la de aquella familia) la vida de un Santo mártir, oyóla ella con mucha atención y devoción, y se encendió tanto en deseos del márti-

rio, que, retirándose a su recogimiento buena y sana, amañeció por la mañana desencuadrada toda con intensísimos dolores, coja de una pierna, manca de un brazo y tan baldada que estuvo muchos meses en la cama, sin poder comer con sus manos; preguntáronle la causa de aquella novedad y sólo respondió: de esta suerte desperté.

Nace Dios en Belén y, desvelado el cielo, avisa en voces de ángeles a los pastores que busquen al Niño, y las señas que dan para conocer a la Majestad disfrazada, son unos paños humildes y un pesebre de bestias: *Hoc vobis signum; invenietis infantem pannis involutum, et positum in praesepe*. Si el intento del cielo dificulta Bernardo (ser. 2 de Nativ.) es que conozcan los hombres la Majestad de Dios y para esto viste de hermosas luces el aire, ¿a qué propósito se disfraza y disimula el Verbo Divino entre pañales pobres? Es, dice, que nace Dios para ser mártir, y así es fuerza manifestar en la exterior con algún semblante de dolor el martirio, porque será asombro, aún en los términos no estrechados de la divinidad, que pueda ocultarse en el pecho sin manifestarse afuera la resolución de padecer un martirio: *Egredietur et cum paupertate quia in pannis vilissimis reclinatus jam ex tunc sanctissimis membris legem martyrii praefigebat*. No pudo apuntar Bernardo encarecimiento mayor de la alabanza para nuestra difunta. Escarpindos estaban todos los semblantes exteriores de Mariana con la llama del martirio que ardía en el pecho, que es mucho cuidado un martirio para encerrarse en sólo el pecho, por más que ella lo quiso disimular.

Bulléndole estaba siempre la sangre en las venas porfiando a verse con la fuerza del deseo; ciento y setenta veces la sangraron en poco más de un año, y esto sin la mucha sangre que vertía con las rigurosas disciplinas: dos veces maravilla: pues, siendo tan parco el sustento que tomaba, como después veremos, no pudo ministrarle tanto alimento a la sangre sin milagro; también parece lo es, que Nuestro Señor le diese tanta sangre para que, derramándola, pudiese satisfacer en algo al deseo del martirio. Este Viernes Santo último de su vida deseó con ansia derramar sangre por Cristo, y Dios le cumplió sus deseos, porque, entrando a visitarla el médico, la mandó sangrar, y ella dio gracias a Dios porque le había concedido derramar sangre en tal día. En cierta ocasión, abriéndole la vena, reparó el discreto médico que la asistía que salió primero agua clara y luego sangre, y díjole con donaire: esto, señora, de derramar agua y sangre déjelo para Nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente murió mártir no sólo por amor ni por el rigor del tormento, sino por beneficio de su oración; oíd cómo: — Predicaba yo en este lugar, aunque indigno ministro del Evangelio, el domingo cuarto de Cuzcuma por la tarde la historia de Josué, y, receloso de las calamidades que amenazaban a nuestra República, de que nos dieron aviso, las del temblor y ruinas de Riobamba, hice un apóstrofe a Dios suplicándole templase sus enojos y que se sirviese de mi vida que yo se la ofrecía por la salud del pueblo; que castigase en mí lo que había de perdonar en la República. No admitió Dios mi oferta ni oyó mi oración, que era tibia y mi vida de ningún valor. Pero si admitió la misma oferta que en este tiempo le estaba haciendo con ardentísimo afecto, al pie de este púlpito, Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo; esta fue la causa de su muerte como se infiere con evidencia; pues, retirándose a su casa, cayó enfer-

ma aquella noche del achaque de que murió; luego fue mártir si no a la violencia de los tormentos, si a la eficacia secreta de su oración, sí a la fuerza de su caridad; y así esta República, no sólo debe estar gozosa, porque la ilustró esta sierva de Dios con su asistencia y hoy la patrocinia con sus ruegos, sino también agradecida, porque, por medio del sacrificio que hizo a Dios Mariana de Jesús de su vida, libró Dios nuestra ciudad de los castigos que nuestras culpas merecen.

Dió Cristo una gran voz al tiempo de espirar, y, oyendo el Centurión, Capitán de la guardia que asistía al tormento como Ministro de Justicia (de España, dicen muchos, que fue este insigne Capitán), asombrado con el prodigio, aclamó por Hijo de Dios al que había expirado entre voces. (Marc. 15.) *Videm autem Centurio, quia sic clamans expressisset, ait: vere hic homo Filius Dei erat.* ¿Qué vió el Centurión en Cristo para confesarle Hijo de Dios? ¿Por qué muere entre alientos esforzados de voces ha de inferir que tiene ser divino? Sí, dice San Paschasio, que aquella voz envuelta en alientos, fue señal cierta que moría Cristo, porque él lo pedía, y no porque el tormento lo acababa, porque es fuerza que fuese Dios a quien respetaban las violencias de los dolores y no lo acababan cuando ellos lo pretendían crueles; sino cuando él lo pedía piadoso; y esta noticia obligó al Centurión a aquella confesión tan honrosa *Inclinato capite* (dice Paschasio) *sic posuit vitam, quando voluit, et quo modo voluit; adeo magnum visum est Centurioni beneficium Dei fuisse, quod expressisset tam cito, et magis ex merito orationis eius, quam ex violentia crucis.*

Muchas cosas militaron contra la vida de esta sierva de Dios y ninguna pudo acabarla. Sus penitencias fueron raras y mayores (dice un confesor suyo) de las que naturalmente parece pudiera tolerar un cuerpo débil; ayunó desde los once años de su edad el *traspaso*, desde el Miércoles Santo a medio día hasta el domingo de Pascua a medio día; a los principios de sus fervores, cuando comenzó una vida perfectísima, no comía sino de quince en quince días y después de ellos comía una rebanada de pan, que volvía a trocar; muchas Cuarésimas pasó con seis onzas de pan comiendo cada domingo una onza; tres meses estuvo sin tomar gota de agua, aunque le atormentaba mucho la sed; los más de los días (dice un confesor suyo) se sustentaba con sola la sagrada comunión y con un poco de agua, o con el zumo de un bocado de manzana o membrillo; diez y ocho días se le pasaron sin tomar este pequeño refrigerio. En la última enfermedad casi no comió en mucho tiempo: ¿el tormento de esta abstinencia no era bastante para quitarle la vida?

Sus penitencias raras, las disciplinas de ordinario eran dos, las extraordinarias tres cada día, tan rigurosas, que bañaba de sangre el suelo, y para disimular mandaba a las muchachas lavasen los ladrillos de su aposento; siempre traía cilicios, muchas veces seis juntos; unos eran de cerdas, otros de cerdas, otros de alambre grueso y de eslabones de hierro, cordeles con que se atormentaba los brazos y los muslos, y una cadena de las más ásperas que arrojaba al cuello como estola y ceñía cuatro veces al cuerpo; decidme: ¿estos tormentos no son bastantes a acabar la vida al hombre más robusto?

Cuando llegaba a descansar el breve tiempo que dormía, más era para nuevo tormento que para nuevo descanso. La cama era, unas veces una Cruz basta, otras el ataúd donde estaba la muerte, y las

más una escalera, a manera de potro de dar tormento, cuyos escalones le atormentaban el cuerpo: traía muchas veces garbanzos en los pies para lastimar las plantas; muchas horas de oración las tenía en Cruz y cuando descolgaba los brazos de la Cruz los tenía yertos del frío, que, a manera de garrotes, casi no los podía doblar; finalmente, más fueron sus penitencias que yo podré referir; y los seis u ocho años últimos de su vida tuvo calentura continua y padeció muchos dolores, en especial uno tan intenso, que algunas veces dijo que si le durara un cuarto de hora continuo, le quitaría la vida. Pues, ¿cómo tantos tormentos no la acanhaban? Porque aguardaban todos que muriese a fuerza de la oración y del amor como Cristo: *Magis ex merito orationis, quam ex violentia Crucis.*

Aconseja Cristo nuestro bien, por San Mateo, cap. 6, el destierro de toda vanidad, cuando exhorta a toda virtud. *Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae tristes.* Cuando ayunéis, dice, no pretendáis el agrado de los hombres sino el parecer bien a Dios; no vendáis como ignorantes el sudor virtuoso por el aplauso desvanecido. Orígenes, declarando este lugar, llega a explicar en qué consiste lo más perfecto del ayuno y dice que en quitar el que ayuna de su comida por alimentar al pobre; y luego añade unas palabras muy dificultosas, que el que así lo hace, imita al que ofrece su vida por sus hermanos. *Hic enim imitatur eum qui animam suam dat pro fratribus suis.* Pregunto yo: ¿qué tiene que ver el quitarme el bocado de la boca por darlo al pobre, con la imitación de dar la vida por los hermanos? ¿en qué se parecen estas dos acciones que las halla semejantes el grande Orígenes? De dos maneras responderé a la duda; la primera es, que de tal suerte la vida del hombre pende del manjar para su conservación, que, en faltando, le falta también la vida; de suerte que el que quita pedazos de sustento al cuerpo se va quitando pedazos de vida, y así el que quita partes de su sustento para darlas al pobre se va quitando la vida poco a poco, y viene a ser que la ofrezca por sus hermanos y que lo mismo sea dar limosna al pobre que ofrecer la vida por él. *Imitatur eum, etc.*

La otra respuesta es que el que da limosna al pobre para sustentarle la vida también tendrá caridad y valor para dar la vida por el pobre, porque como dice San Lorenzo Navariense: *Radix omnium bonorum quid est? Eleemosyna.* La raíz de todos los bienes, pregunta el santo, cuál es? y responde: la limosna. De suerte que la limosna es su fómite para todas las acciones buenas, es un esfuerzo contra las blanduras del deleite, una espada contra todo delito, un valor contra todas las dificultades, un aliento para no temer la muerte y una caridad tan aquilatada que ofrecerá la vida por el pobre, y así el que da limosna ofrece también su vida por los hermanos. *Imitatur eum.*

Ínflecto inseparable de la santidad que hermosa era el alma de Mariana de Jesús era la inclinación grande que tenía a dar limosna al necesitado, y tan presto era en ella la piedad para hacer el socorro al pobre, como la diligencia de adornar con santidad su alma, antes bien aquella piedad con el pobre era el custodio de toda aquesta santidad; al tiempo de comer y cenar sus parientes salía de su retiro sin ser llamada, aunque variasen la hora, no para regalarse en la mesa sino para servir a los que se sentaban en ella, lo cual hacía con mucho donaire y con el mismo se excusaba al brindis que le hacían con algunos buenos bocados. Quitábase de su sustento la ración que le cabía

y con ella se iba quitando parte de la vida, y con licencia que para esto y otras limosnas tenía del dueño de la casa, la ponía en una olla y con un pan la enviaba a una pobre viuda, la cual afirmaba que con este socorro podía vivir, y saltándole lo pasara muy mal; otros muchos pobres remediaba su cuidado, y todo lo que ganaba con la labor de las manos lo daba de limosna por medio de su confesor. Que mucho, pues, que la que poco a poco se quitaba la vida por remediar al pobre la ofreciese toda junta por la salud del pueblo, si la limosna no sólo defiende las virtudes que ilustran el corazón sino que también alienta a la caridad a las mayores hazañas y ofrece su vida por sus hermanos. *Imitatur eum.*

Esta penitencia tan rara fue la causa y origen de la pureza angélica que tuvo esta señora. *Quia inflammatum est cor meum* (dijo David, psalmo 72) *et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum reductus sum, et nescivi.* No pudiera fingirse lugar más a propósito de nuestro intento. Porque mi corazón se inflamó en el ejercicio del amor divino, hice extraordinarios ejercicios de penitencia y lo que con ellos alcancé fue que las renes se trocaron: *Et renes mei commutati sunt.* Las renes es la oficina de donde se levantan los vapores libidinosos, como lo dijo el mismo David, psalmo. 37: *Lumbi mei impleti sunt illusionibus et non est sanitas in carne mea.* Este lugar, pues tan achacoso, dice David, que se transformó de suerte en lugar de santidad, que no quedaron en él rastros de torpeza, tanto que ignoraba las imágenes y memorias suyas. *Et nescivi.* Quién purificó la carne enferma? ¿Quién la sanó de sus achaques? ¿Quién los incendios del amor y las llamas de la penitencia? *Quia inflammatum est cor meum.* Caso raro, tan admirable fue esta sierva de Dios en su pureza virginal, que en toda su vida no sintió movimiento libidinoso en su cuerpo, ni pensamiento sensual en su alma: de modo que más parecía ángel que mujer, y decía que ella pensaba que a las doncellas no se les ofrecían estas cosas: de suerte que a su espíritu purísimo acompañó un cuerpo que se le pareció en la pureza, exento de casi todas las leyes de naturaleza. ¿Quién lo eximió? La extraordinaria penitencia que de tal suerte le transformó en ángel que ignoraba: *Et nescivi*, lo que todos padecen.

Dudaba yo ¿por qué tanto cuidado en ponerse los cilicios todos los días antes que viniese esta sierva de Dios a la iglesia? ¿Por qué tanta diligencia en ceñirse con cingulos tan rigurosos? Diréis que salía en público y llevaba consigo estos arqueros para guardar de su pureza: bien puede ser; pero he pensado que la causa era porque venía a recibir el Santísimo Sacramento, y como comulgaba cada día se cenía cada día con las cadenas y cilicios ásperos que os he referido: si bien para diferentes fiestas y ocasiones usaba de diferentes gualas a su mortificación, como de un capacete de cardas con que coronaba su cabeza y le hacía llagas en ella, para que desde las plantas de los pies hasta la coronilla de la cabeza no hubiese en ella parte que no padeciese.

Habéis reparado en las sagradas ceremonias que recetó Dios a los Israelitas para que comiesen el Cordero. *Exd. 12. Rene vestros accingetis, et calcamenta habebitis in pedibus:* Ceñid las renes y calzad los pies para comer el Cordero; imperio al parecer encontrado a lo que en esta ocasión pedía el respeto; pues, el descenir los vestidos y quitar los zapatos es cuidado atento de la cortesía. La serenísima

Reina de los ángeles ¿no se quitó el cingulo y tendió los vestidos cuando quiso adorar al Niño Dios recién nacido en Belén? a Moisés ¿no le mandó Dios que descalzase los pies cuando pretendía acercarse a la zarza, porque el lugar que pisaba era santo? Pues, ¿cómo aquí, al contrario, manda a los israelitas que ceñan los lomos y calcen los pies? Diré lo que he pensado. Aquel Cordero era figura del Santísimo Sacramento el cual tiene enemiga con la torpeza, y simpatía con la castidad, de tal suerte que sus partos son de virginidad, como dijo un Profeta. *Vinum germenans virgines*; y como los mayores asaltos que se dan a la castidad es desde la fortaleza de los lomos, manda Dios ceñirlos, para que se debiliten sus fuerzas y desvanezcan sus humos, para que así humillados puedan llegar los hombres, seguros, a recibir el Santísimo Sacramento.

A lo segundo digo, que la tierra que Moisés pisaba significaba la Tierra Santa de la gloria, la que pisaban los Israelitas era la de Egipto, profanada con ofensas y agravios de Dios, y para que a los pies de los que habían de comer el Cordero no se les pegase el contagio de la tierra, mandaba Dios que estuviesen calzados con el calzado (como dijo, San Gaudencio, Serm. 5 ad Naophy) de los preceptos divinos, porque si los pies no están amparados de los preceptos de Dios, subirá al corazón el pecado y quedarán delincuentes los que pisan la tierra apestada con las culpas. Tan ceñida llegaba Mariana de Jesús a comer el Cordero Cristo, que no sólo extinguió el apetito sensual a fuerza de batería de penitencias, sino que lo transformó en virtud, lo espiritualizó y hizo tan casto, que no sólo ignoró movimientos lascivos en el cuerpo, sino pensamientos livianos en el alma. *Et ego ad nihilum redactus sum et nescivi*. También calzados tuvo los pies con las sandalias de los preceptos divinos, que pisando la tierra de Quito, llena de abrojos, de torpeza y de maleza, de sensualidades, no le alcanzó el contagio, porque traía en las plantas escritas las leyes divinas para su defensa. O virgen, no sólo grande en las hazañas sino también dichosa en los merecimientos: pues, vivías en la tierra con fueros de celestial; pues, supiste vivir largos siglos de santidad en breves años de vida.

§ ULTIMO

Llegó, disponiéndolo así Dios, al fin de los suyos no porque la muerte tuviese osadía para quitarle la vida, sino porque ella quiso morir a fuerza de amor grande y de oraciones muchas: aguardaba yo en la última enfermedad a que le asistí con cuidado que se manifestasen algunas de las luces de santidad, que se ocultaban en el cielo de su alma con algunos favores y regalos exteriores que Dios le hiciese y nosotros gozásemos, y experimenté que quiso Dios que la muerte de esta sierva suya se conformase con la vida y que la que, viviendo, había caminado por camino de cruz, sin ramo ni señal de gloria, muriendo, imitase a Cristo crucificado, y que diese su espíritu en las manos del Padre Eterno de quien fue devotísima, entre intensísimos dolores y penas.

Bajó Moisés del monte a remediar el delito que cometió su pueblo, y dice el texto santo, Exod. 34, que bajó coronada la cabeza de luces y el rostro de resplandores que causó la comunicación con Dios: *Et ignorabat quod cornuta esset facies sua ex consortio sermonis Domini*.

Pues ¿qué importa que Moisés haya comunicado a Dios en el monte para que las luces de Dios bajen a la cabeza de Moisés y se trasladen al rostro? Esa es la fuerza (responde San Clemente Alejandrino) del trato y comunicación con Dios, que imprime semblantes de divinidad a quien le trata, porque el que tiene oración y comunica a Dios queda sellado de su misma grandeza y marcado con sus luces.

A esta cuenta grandes habían de ser los resplandores y la reverberación de la gloria de Dios, que brotasen afuera en esta sierva suya; pues, su trato y comunicación con Dios fue muy frecuente y sus oraciones continuas: cinco horas y media gastaba cada día en oración mental los lunes, miércoles y viernes de todo el año, y los Advientos y Cuaresmas tenía las dos horas de oración crucificada en una cruz; su oración vocal era casi continuada: por todo el día rezaba el rosario entero de la Virgen, con sus quince misterios y el Oficio de Nuestra Señora, y cuando estaba ocupada en ejercicios de manos no cesaba de orar, porque se ejercitaba en muchos actos de amor de Dios; y, finalmente, Nuestro Señor le levantó (como dice un confesor suyo) a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones, sin discursos, y amarle sin interrupciones.

¿Cómo, pues, a tanta cercanía de Dios no se veían en su rostro reverberaciones de luces? ¿Cómo si ardía un Sol entero de virtudes en el corazón de esta Esposa de Cristo, no rayarían sus luces en el rostro? la respuesta es clara, porque la quería Dios crucificada, y más le aficionaban las mejillas llenas de sangre, que bañadas de resplandores: *Sicut fragmen mali punici, ita genae tuae, absque eo quod intrinsecus laetet.* Cant. 4. Es requiebro que dice Dios a su esposa; las mejillas hermosas de tu rostro son como los semblantes, que forma la granada partida; bien que lo que adorna lo secreto del alma en perfecciones es grande, pero no se que se tienen las mejillas teñidas en carmines de sangre, que me roban la afición, singular alabanza de nuestra difunta, que siendo grande lo que en el corazón obraba esta esposa amante de Cristo, dice su esposo, que le aficionaba mucho lo que en los semblantes del rostro le lucía, y esto fue, dolores y agonías padecidas en el alma, y manifestadas en el rostro como las de Cristo, a quien iba retratando en sí misma hasta morir. La dificultad del respirar la puso una noche de estas, víctima en las puertas de la muerte, sacaba del pecho las respiraciones con violencia extraña, y en cada una de ellas que parecía que daba el alma a Dios, y en este padecer estaban los agrados de su esposo.

Llegó la última noche de su vida a los 26 años cumplidos de su edad, y viéndola vecina a su feliz tránsito, le dije la recomendación del alma, y después le apliqué a Cristo crucificado a la boca, diciéndole le besara los pies de Cristo, los bañase en lágrimas, y enjugase con los labios, agradeciéndole los pasos que había dado por salvarla, y porque le había enseñado con los suyos a dar buenos pasos; bésese, después, a la llaga del costado, diciendo: entre señora en las entrañas de la misericordia divina, en que nos visitó el Sol, que comenzó su carrera desde lo más alto de Dios; busque como paloma los agujeros de la piedra de Cristo. En llaga de su pecho, para librarse de la tempestad deshecha de la muerte. Aquí se detuvo la enferma por algún tiempo, besando la llaga y bebiéndole la sangre a Cristo; y después entre las agonías de la muerte, apartando los labios del costado, se abalanzó de repente a besar la corona de la cabeza, como quien

dice: ya he recibido del costado de mi esposo suavidad y dulzura, de la hermosura de su brazo, favores; del regalo de su presencia, pureza; la sangre de su costado desatada en beneficios, me ha asegurado que he de gozar los gajes de su vista clara; ahora sólo resta agradecer a mi Esposo los favores que me ha hecho haciéndome participante de su corona de espinas. Besólas, y por ellas pasó su purísimo espíritu a las manos de su Esposo.

Trujeron las vuestras su virginal cuerpo a este Templo, a quien ofreció sepulcro el Bienaventurado San José, para que en todo Mariana de Jesús semejante a Cristo, que eligió por decente túmulo a su sagrado cuerpo un sepulcro, que José piadosamente atento labró entre lo más entretenido y ameno de su jardín en este sepulcro de S. José descansa el cuerpo penitente, hasta que sea trasladado a la capilla de Nuestra Señora de Loreto; y su alma, como piadosamente podemos presumir, asiste a Dios.

Gozad, pues, purísima virgen, de la vista clara de vuestro Esposo, que con tantas ansias la deseásteis, que vos sois la dichosa entre vírgenes sagradas, a quien no sólo adornó lo hermoso de la virtud, sino que coronó lo fuerte y venturoso de la gloria. Vos sois Mártir entre los invencibles, que habéis muerto no sólo a violencias de los tormentos y dolores, sino a beneficio de vuestra oración. Vos sois el sacrificio sagrado ofrecido por la salud de vuestra Patria, el Templo legítimo de la santidad, el Sagrario hermoso de la pureza; gozad en buena hora de los gajes de bienaventurada y entre las felicidades de vuestras glorias, volved los ojos a vuestra piadosa familia y parentela, que con tantas ansias os desea, con tanto amor os felicita, y con tantos gastos os honra; rogad a Dios por vuestra ciudad, y paisanos, que confían en vuestra intercesión, les alcanzaréis buenos sucesos en lo temporal, felicidades de gracia para las almas; dichas que aseguran la gloria, *Quam; r. c.* Jesús, María y José Santísimos sean conmigo.

LAUS DEO, VIRGINI MATRI, ET PARENTI JOSEPHO

APENDICE VII

DECLARACIÓN JURADA DEL P. JACINTO MORÁN DE BUTRÓN ACERCA DE LA SANTA VIDA DE MARIANA DE JESÚS

(COPIA SACADA DE LOS PROCESOS ORIGINALES)

En la ciudad de Santiago de Guayaquil en veinte y siete días del mes de Febrero de mil setecientos cuarenta y siete años estando juntos y congregados en el aposento del R. P. Maestro Jacinto Morán por sus enfermedades, el Sr. Dr. Miguel de los Ríos cura propio de esta ciudad y el Promotor fiscal Dr. D. José de Cuevas Montoya y presente también yo el Notario actuante. Antonio Coello de Banzel; compareció el dicho P. Maestro Jacinto Morán de la Compañía de Jesús, hoy lunes, a las diez del día, para hacer el juramento y ser examinado según la comisión que tiene recibida y aceptada dicho Sr. Vicario, Juez eclesiástico; y luego ante todas cosas mandó el Sr. Vicario al R. P. Jacinto Morán hiciese los precisos juramentos en su

presencia y del Promotor fiscal, los que hizo el R. Padre hincado de rodillas y tocando los Santos Evangelios en la forma siguiente:

«Yo el infrascrito Padre Jacinto Morán, habiendo tocado los Santos Evangelios de Dios puestos en mi presencia, juro y prometo decir la verdad conforme a los interrogatorios y también sobre los artículos sobre los cuales he de ser examinado; así mismo juro y prometo de guardar secreto, ni revelar cosa alguna tanto de aquellas que se contienen en los Interrogatorios, como de las respuestas y declaraciones que yo diere (1), so pena de perjurio y excomunión mayor *latae sententiae* de la cual no podré ser absuelto sino del Sumo Pontífice, excluido aún el Sumo Penitenciario romano sino es en artículo de muerte. Así lo juro y prometo así me ayude Dios y estos Santos Evangelios.

Jacinto Morán S. J.

PREGUNTAS sobre los artículos del sub Promotor de la fé.

1^a.....Y luego incontinenti el Sr. Vicario tomó el pliego de los Interrogatorios del Promotor fiscal, el cual estaba cerrado como vino de Quito y habiéndolo abierto dió principio al examen haciendo primero al testigo una seria amonestación sobre la gravedad del juramento, la enorme malicia del perjurio y sus graves penas, principalmente en la presente causa que es de los *Mayores* que se tratan en la Iglesia de Dios.

2^a Dijo ser el P. Jacinto Morán natural de la ciudad de Santiago de Guayaquil de edad de setenta y ocho años, de estado religioso profeso, de la Compañía de Jesús.

3^a.... (2) que ha cumplido con el precepto de Nuestra Madre Iglesia de confesar y comulgar anualmente de manos de sus Superiores en su propia iglesia.

4^a.....que en ningún tiempo ha sido pesquisado, acusado, ni procesado por ningún delito que cause infamia.

5^a.....que no ha sido excomulgado por sentencia jurídica por sus Superiores.

6^a.....No se le ha dado ni prometido ni perdonado algo para ser testigo de esta causa.

7^a.....No ha sido instruido por alguno de lo que ha de decir en esta su declaración.

8^a.....Dice que oyó nombrar que hubo y vivió una señora Mariana de Jesús y Paredes con gran grandísima fama y veneración de Sierva de Dios y dice que oyó nombrarla en toda la provincia de Quito lo cual sabe por las religiones, por los seglares y por todos los que ha comunicado en estos reinos del Perú.

9^a.....Sabe que en todo Quito y su provincia entera, en el obispado de Panamá, en el reino del Perú y su capital Lima, en el obispado de Trujillo han mirado y tenido a Mariana de Jesús por gran Sierva de Dios, con grande devoción y afecto a su memoria y que para este fin de la Beatificación y Canonización han dado gruesas canti-

1) Se exigía este secreto a fin de que no pudiese haber ningún previo convenio con otros testigos sobre lo que se había de declarar.

2) Se omiten aquí y lo mismo después, aquellas palabras o fórmulas de estilo que se repiten continuamente pero sin dejar nada que sea esencial a la declaración.

dades en Lima, en Trujillo y especialmente en la ciudad del Cuzco, donde por incuria de los albaceas de D. Juan Guerrero de Salazar, sobrino de la dicha Sierva de Dios, se perdió lo más de las limosnas que él había recogido, quien para la expedición de las limosnas llevó consigo un compendio de la Vida y obras maravillosas de la precitada Sierva de Dios que compuso D. Nicolás de Paredes y Hamendaris Oidor de la Real Audiencia de Lima en compañía del Sr. Dr. D. Melchor de la Nava obispo del Cuzco, quien en dicha ciudad fue el agente de las limosnas que se dieron en el Cuzco. Todo lo cual sabe por cartas que tuvo el Padre declarante del Sr. Oidor D. Nicolás de Paredes, del P. Bernardino Garraga, Rector del Colegio del Cercado en la Provincia de Lima, el cual solicitó muchos retratos de la Sierva de Dios, y del P. Juan de los Ríos, profeso de la Compañía de Jesús, residente en la de Trujillo.

10^a. Dice que fue y es verdad que Mariana de Jesús nació en la ciudad de Quito a 31 de Octubre de 1618, día sábado, en la casa de sus hermanos que fue la casa de doña Mariana Granobles y Jaramillo su madre.

11^a. Los padres de la Sierva de Dios fueron naturales de Europa, el padre natural de Toledo y la madre de Alcalá de Henares; llamábase su padre Jerónimo Zenel de Paredes y la madre Mariana Granobles Jaramillo: la edad de los padres de la Sierva de Dios infiere este testigo que serian de cincuenta años poco más o menos por ser la Sierva de Dios el octavo parto de este matrimonio. Y que obtuvieron oficios honrosos en la república de Quito y que fueron de más que mediano caudal. Y que fueron tenidos en opinión, reputación y estimación de hidalgos y honrados y de cristianas costumbres y que perseveraron en la educación cristiana hasta el fin de su vida; y en esta misma cristiandad casaron y educaron a sus hijos, tanto que llamaban a su casa, *Casa de oración*, y señaladamente a la dicha Sierva de Dios y cuidaron de que fuese bautizada y sabe que se bautizó en la catedral de Quito, pero que no tiene presente quien fuese el ministro del bautismo. Y por lo que toca al Sacramento de la confirmación, tiene por muy cierto lo recibió según el uso y costumbre de la ciudad en ese tiempo y por el celo de los señores Obispos en este punto. Todo lo cual sabe el declarante por pública voz y fama por testimonios auténticos que ha visto, y por unos cuadernos que escribió un Padre de esta Provincia de Quito llamado Pedro de Alcocer, Rector del Colegio de Quito contemporáneo de la Sierva de Dios.

12^a. Mariana de Jesús vivió en la ciudad de Quito retirada en un cuarto aparte de su casa sin más ocupación que la de una doncella recogida frecuentando los sacramentos y ejercicios espirituales retirada de todo comercio humano fuera del necesario y preciso de sus hermanas y sobrinas vivientes en la misma casa, en donde se portó con singularísimo ejemplo de santidad y virtud cumpliendo tan exactamente con las obligaciones de su estado de doncella que no iba a visitas ni a las casas de los parientes, ni conoció más calles que dos que había de su casa en frente del hospital, sitio que ahora es iglesia y coro de carmelitas descalzas de dicha ciudad al templo de la Compañía de Jesús, donde estaba hasta las diez y media del día en sus ejercicios espirituales; y sólo una vez se supo que fue a la iglesia de San Francisco de Asís a tomar el cordón del Seráfico Padre por instruc-

ción de su confesor el P. Juan Camacho. Isto lo sabe por voz pública y común de la ciudad y tradición de padres a hijos.

13ª Dice el declarante que sabe por muy cierto que la reputación, fama y estimación de la Sierva de Dios y de su vida ha sido y es al presente muy grande en toda la provincia de Quito, en el obispado de Popayán, en el de Panamá, en el de Trujillo, en la metrópoli de Lima, en el Cuzco y Guamanga de donde viniendo por obispo de Quito el Sr. D. Diego Ladrón de Guevara, en Riobamba le pidió para su veneración privada a este declarante una reliquia de la Sierva de Dios y se la dió a su Ilma. con un retrato suyo; y aun en el Reino de Méjico se conjetura estar muy viva su devoción pues de allí un sujeto de esas partes remitió porción de tinta añil para ayuda de su beatificación. Lo cual ha sabido como testigo de vista en muchas partes, voz y fama pública, instrumentos de cartas que ha recibido.

La Sierva de Dios vivió y murió en su casa y fue sepultado su cuerpo en la iglesia de la Compañía de Jesús, en la bóveda de S. José siendo el entierro de tal pompa de acompañamiento, que duda mucho haya habido otro igual a él en los tiempos pasados, de tal manera que sin poder acabar el responso último de la misa de Requiem, la Real Audiencia que estaba presente para atajar el desafuero piadoso de la plebe cortándole con tijeras mortaja y vestuario mandó que se diese luego el cadáver a la sepultura. Y esto lo sabe este testigo por testimonios auténticos, pública voz, fama y tradición perenne. . . . Y por lo que mira a que se haya entibiado la devoción con la Sierva de Dios, dice que en todas partes y lugares ya referidos ha crecido de día en día, más y más; en tal manera que perdiéndose en la mar por dos veces, papeles e instrumentos y porciones de dinero que se remitián a la Curia romana para la Beatificación, no han atrasado estos acaecimientos, ni han acertado los ánimos para proseguir en el empeño de verla sobre las aras, disponiendo siempre la Religión de la Compañía que sus Procuradores electos en las Congregaciones provinciales llevasen muy a su cuidado el fomento de la devoción con la Sierva de Dios en la Europa y a este fin se han sacado varias estampas de muchos buriles de Quito y de Roma. . . . y que no ha oído que alguno sea contrario en su sentir contra la virtud y proceder de de la Sierva de Dios.

14ª Dice que observó exactísimamente los preceptos de la ley de Dios y los de la Iglesia y que tuvo gran celo de la salud de las almas y gloria de Dios.

15ª En cuanto a la pregunta 15ª «Si sabe con qué obras, hechos, señales o argumentos se comprueban todas las virtudes y cada una de ellas y en especial las teologales fe, esperanza y caridad; y las cardenales prudencia, justicia, fortaleza y templanza; en qué grado y de dónde puede arguirse la excelencia de dichas virtudes así en las obras, dichos y hechos, como en el tiempo y lugar en que las hizo» que se vea la vida impresa en Madrid de la Sierva de Dios en el año de veinte y cinco de este siglo (1725); el sermón del P. Alonso de Rojas, las declaraciones de sus confesores, el P. Juan Camacho, Luis Vásquez, Lucas de la Cueva, Antonio Manosalvas y la canción que hizo en su muerte el Hermano Hernando de la Cruz, *cuyos instrumentos tiene por verdaderos con los cuales se comprueba todo lo tocante a esta pregunta, así como. . . . se comprueban con ellos los dones naturales de que fue dotada la Sierva de Dios.*

16^a.....Sabe que murió el día viernes 26 de mayo de 1645.

17^a.....con opinión y fama de grandísima santidad en todo Quito y en los pueblos de la (cercanía) cinco leguas, tanto que le dijo a este testigo el capitán José Guerrero de Salazar que las indias de las cinco leguas y pueblos de su contorno se valían de un retrato de la Sierva de Dios para la facilidad de sus partos; y esta opinión y fama de virtud de la Sierva de Dios, fue continuada hasta el tiempo presente, a que ayudó mucho la veneración con que la miró el Sr. Obispo que era entonces de Quito quien pasó al Arzobispado de Charcas; y que no sabe que alguno haya sentido lo contrario a su virtud, veneración y devoción.

18^a.....El primer sepulcro fue en la bóveda de San José, entierro de los caballeros Galarzas de Quito y después fue trasladado al altar de Loreto y colocado y tapiado dentro de las piedras del mismo altar donde se celebraba el santo sacrificio de la Misa y que al presente, forrado el cajoncito de sus huesos con un damasco carmesí se mantiene en el mismo sitio; sin que jamás se oyese decir que le pusiesen lámparas o velas u otros votos de devoción y esto vió por muchos años que estuvo en Quito.

19^a.....Aunque tiene por cierto que muchos de la gente de Quito y su provincia visitasen el sepulcro de la Sierva de Dios con ánimo privado de alcanzar muchas mercedes de su mano..... nunca oyó este testigo que hiciesen demostración pública alguna como de encender lámparas, velas, ni votos que le hiciesen..... si bien tiene por cierto que muchos de la ciudad de Quito, especialmente su parentela concurren a venerar estas reliquias para alcanzar de Dios las mercedes que pretendían por su medio; porque por la opinión de santidad en que vivió y murió y su muerte haber sido por libertar a su patria por castigo de Dios con que la amenaza tiene por infalible esta presencia y devoción del pueblo, como también tiene por infalible haberse continuado este concurso para encomendarse a Dios con ánimo privado por los merecimientos de su sierva.

20^a.....Sabe que en Quito y toda su provincia, en especial Cuenca, la villa de Ibarra, en el obispado de Popayán, en Panamá capital de Tierra Firme, en Lima metrópoli del Perú, en Trujillo y su obispado, en Guamanga y en la ciudad del Cuzco han mirado y tienen presente a la Sierva de Dios con cordial afecto en sus corazones; moviéndole a este dicho universal lo que ha visto y experimentado de contribuciones de limosna para su lletificación, muchos retratos y estampas llevadas de nuestras provincias, postulaciones de sus reliquias, lectura de su vida, en todo género de gentes y especialmente de religiosas, tanto que el Sr. D. Diego Ladrón de Guevara, obispo de Quito y virrey de estos Reinos le contó al declarante, haber ocupado mucho tiempo en Guamanga con las monjas Carmelitas Descalzas de ese lugar en pláticas espirituales de la vida y hechos de la Sierva de Dios Mariana de Jesús; y en los refectorios de Lima, Trujillo y Quito de la Compañía de Jesús se leyó públicamente su vida llegando a tal extremo su aprecio y devoción que un Padre de la Compañía de Jesús predicó la vida de Mariana para enardecer los fieles en su devoción, la cual devoción tuvo origen después de su muerte y algunos instrumentos auténticos que se sacaron de su vida, como el sermón del P. Alonso de Rojas, Rector de Quito.

21^a.....(Qué es milagro?)

22^a.....Sabe y tiene por muy probable que Marianna de Jesús, hizo en vida y después de su muerte obras al parecer milagrosas, no tanto por ser insólitas y extraordinarias cuanto por exceder y romper con las fuerzas y exigencias de la naturaleza; lo cual le consta de pública voz y fama y de instrumentos auténticos que tuvo en su poder el declarante y que estos fueron en varias materias que constaban de los informes que se hicieron ante jueces competentes, ni el declarante puede aseverar lo que es o no es milagro pues esto está reservado al juicio del Pontífice Romano.

23^a.....El nombre y fama de la Sierva de Dios y de sus virtuosas obras se esparció por todas partes y reinos que tiene expresados, sin ser rumor vano de los pueblos sino muy originado de sus obras que se difundió en todas partes por tradición de padres a hijos sin poder juzgar prudentemente que a esto moviese el interés, la amistad, la nacionalidad o la dependencia y que esta opinión y fama de santidad trascendió en todo género de gentes eclesiásticas y seculares, Sres. Arzobispos, Obispos y otros condecorados en dignidad como tiene dicho y declarado en otros puntos de este interrogatorio y que esta opinión y buena fama de la precitada Sierva de Dios está hasta el presente constante y perseverante sin que jamás haya oído oposición alguna hecha a las virtudes y modo de obitar de la Sierva de Dios; y como lleva dicho no sólo en su patria, sino en el Nuevo Reino de Santa Fe, Reino del Perú y Reino de Tierra Firme y si no la habido en algunas partes ha sido por falta de noticias y conocimiento del sujeto.

APENDICE VIII

DECLARACIÓN DEL P. JACINTO MORÁN DE BUTRÓN ACERCA DE LOS *documentos* DE QUE SE VALIÓ PARA ESCRIBIR LA VIDA DE LA BIENAVENTURADA MARIANA DE JESÚS

LICENCIA DE SU SUPERIOR

Por cuanto ha llegado a mi noticia el estarse tratando la causa de la venerable virgen Mariana de Jesús, doy licencia al P. Jacinto Morán para que jure y declare lo que supiere en orden a la Beatificación de la Vble. virgen y para mayor abundamiento le impongo a dicho Padre precepto de obediencia so pena también de excomunió mayor para que así lo cumpla.

Guayaquil, 29 de Enero de 1746.

Nicolás Crespo.

En la ciudad de Guayaquil, en treinta días del mes de Enero de mil setecientos y cuarenta y seis años, en conformidad de la licencia de arriba dada por el R. P. Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad, compareció en este juzgado eclesiástico ante Su Merced el Señor Vicario, el Rdo. P. Jacinto Morán de dicha Compañía a hacer declaración de lo que sabe en orden a la Vida de la venera-

ble Mariana de Jesús, para cuyo efecto por ante mí el presente Notario, se le recibió juramento que lo hizo por Dios Nuestro Señor *in verbo Sacerdotis* y puestas las manos sobre los Santos Evangelios, en forma de derecho, y dijo:

Que en virtud de la licencia que tiene de su Superior el R. P. Rector de este Colegio para ser testigo y legítimo declarante en la causa de que se trata en Quito de la Beatificación de la Sierva de Dios Mariana de Jesús, y el precepto que se le ha impuesto y reforzado con xcomunió mayor *latae sententiae* para que declare la verdad de lo que vió y manejó en los instrumentos que se le dieron para escribir la Vida de la dicha Sierva de Dios, como lo hizo el año de mil seiscientos noventa y seis a impulsos de la obediencia; hallándose ya el declarante (por divina misericordia) de setenta y ocho años, sin tocarle las generales que puedan viciar sus dichos, con bastante robustez en sus potencias espirituales y corporales que puedan conducir al efecto, y teniendo muy presentes en su memoria las declaraciones de los Procesos cartas, papeles y Sermón a las honras que tocaban al interior de dicha Sierva de Dios, como todo lo tiene expresado en el Prólogo que hizo de su Vida a que se remite, ratificándose en el juramento que tiene hecho, *et in verbo Sacerdotis et per haec Sancta Evangelia quae oculis et manibus tenuit* de lo que vió y manejó en la formación de la Vida que les exhibió de la dicha Sierva de Dios; y debajo de la ratificación de dicho juramento, declara lo siguiente:

19 Lo primero: que se le entregaron al declarante los Procesos originales que hicieron los Jueces delegados por los Ordinarios de este obispado que fueron el Sr. Dr. D. Alonso de la Peña Montenegro y el Sr. Dr. D. Sancho de Andrade y figueron como dice el declarante en el Prólogo de la Vida de dicha Sierva de Dios.

29 Dice a lo segundo: que se le entregaron varios papeles sueltos que puestos en una cartera contenían una carta en folio escrita al Capitán Cosme de Caso del P. Juan Camacho, escrita de su puño y letra, y por tal habida y tenida de los PP. antiguos que le conocieron, escrita de la Villa de Riobamba para la construcción del sermón de las honras que predicó su confesor por entoces el P. Alonso de Rojas; la cual carta pone el declarante trasladada *ad pedem litterae* en el capítulo que hace de los elogios que hicieron de la dicha Sierva de Dios los PP. de la Compañía, y de ella se vale en todo lo más de la Vida, la cual carta trasladó *de verbo ad verbum* y pone en su Vida en el folio cuatrocientos veintidos.

39 Debajo del juramento que tiene hecho dice lo tercero: que en dicha cartera, estaban y vió unos papeles sueltos habidos y tenidos por los PP. de la Compañía de Jesús y por sus parientes, ser de la letra y puño de la Sierva de Dios Mariana de Jesús. Dos: en que en uno estaba escrito la fórmula de los votos que hizo ante el P. Juan Camacho; la letra indicaba ser de mujer, pero clara. Este estaba en una cuartilla de papel suelto, con firma en que solamente decía Mariana de Jesús, según y como lo escribió el declarante en su Vida en el libro tercero, capítulo diez, folio doscientos sesenta y ocho. Otra fórmula del voto de castidad que hizo a los siete u ocho años de su niñez, y de que habla en su Vida el declarante en el capítulo tercero del primer libro folio treinta y ocho; vióla junto en dicha cartera escrita de su puño y mano y por tal habida y tenida, la letra mayús-

cula y como de niña que comenzaba a escribir, como lo escribió en dicho capítulo.

Debajo del mismo juramento, dice el declarante, vió, leyó y trasladó fidelísimamente la distribución de sus horas y ejercicios cotidianos de que habla en su Vida en el libro segundo, folio ciento y nueve, la cual tuvo siempre por de su mano y letra, habida y tenida por tal de los PP. antiguos que guardaron sus papeles y de sus mismos parientes. Entre estos papeles sueltos estaban otros que vió, leyó y trasladó el declarante del Hermano Hernando de la Cruz, con la canción que hizo en su muerte y que *ad pedem litterae* trasladó según y como es la puesta en el libro de su Vida folio cuatrocientos y veinte y cuatro.

49 También vió, leyó y trasladó dos cartas de la Sierva de Dios, habidas y tenidas por de su puño y letra escritas al P. Antonio Manosalvas, a la Villa de Riobamba en que elogia la virtud de dicho Hermano Hernando, que pone en su Vida en el folio doscientos cincuenta y ocho.

50 También vió, leyó y trasladó el declarante *de verbo ad verbum*, como lo hizo en todos los instrumentos citados, sin ser necesario de nuevo trasladarlos con solo verlos en el libro en letra bastardilla, un papel escrito del puño y mano y letra y por tal habido al P. Antonio Manosalvas, de la Sierva de Dios, en que le pide licencia para añadir a su distribución ciertas penitencias en un Adviento y trasladé en el libro, folio ciento y once.

Con estos papeles se le entregaron también al declarante cuatro o cinco cuadernos escritos de mano del P. Pedro de Alcocer Rector que fue del Colegio de Quito, en los cuales comenzó a escribir la Vida de la Sierva de Dios y no prosiguió o por su muerte que le parece al declarante fue el año de 1682 del siglo pasado o por otros embarazos que ignora. El título o frontis de su libro era «*La Azucena de Quila*». Tan antiguo era este epíteto fundado en formarse y producir la tierra una vara de azucenas en la misma sangre de Mariana, y lo quiso seguir el declarante como lo hizo por darle mayor realce a la verdad y antigüedad. De estos cuadernos en todo lo que convenia con las declaraciones de los Procesos, y aseguraba el P. Alcocer por cierto se valió para formar y componer el primer libro de su niñez y las dos vidas de doña Juana de Caso y doña Sebastiana Caso, junto con lo declarado en los Procesos. De estos cuadernos sacó y trasladó a su modo y a su estilo, que él del Padre le pareció al declarante muy levantado; y los elogios que hace en su libro del P. Juan Pedro de Severino, Juan Camacho, Luis Vázquez, Hernando de la Cruz y otros sujetos de quienes hace mención en dicho primero libro, conociendo que dicho Padre Pedro de Alcocer o que conocería a la Sierva de Dios o comunicaría por la edad avanzada en que murió, o que en la su juventud estaría muy fresca y serviente su memoria, por la familiaridad y trato que tenía con los parientes, amigas y señoras de su casa, de quienes pudo saber mucho y muy precioso; y ser pariente muy cercano del Dr. D. José Ramírez Dávila, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia de Quito y de D. Alvaro de Cevallos, Deán de dicha catedral, entrambos devotísimos panegiristas de Mariana de Jesús y agentes en la causa de su exaltación. Tiene por muy cierto el declarante que dicho P. Pedro de Alcocer con el fin de escribir la Vida de Mariana de Jesús, recogió o solicitó todos los instrumentos aquí ex-

presados en su declaración, como la carta del P. Camacho, la distribución del tiempo y de las horas, de letra de la Sierva de Dios, las cartas y papeles suyos, la declaración del P. Lucas de la Cueva, los versos que hizo en su muerte el Hermano Hernando de la Cruz, las dos cruces en que dormía y se crucificaba, algunas reliquias de su vestuario, las copias de los originales de las cartas de los Sres. Arzobispo de Lima, Obispos de Popayán y Arequipa que pone el declarante en el libro quinto, capítulo siete, folio cuatrocientos quince; y cogiéndole la muerte a los principios de su trabajo todos los instrumentos expresados entregó a su hermano P. Hernando de Alcocer quien los guardó y retuvo hasta que murió, con sumo cuidado y vigilancia en un aposento en que guardaba las alhajas de Nuestra Señora de Loreto, de quien lo más de su vida hasta que murió fue su capellán, y el declarante conoció siendo estudiante, con grande veneración de los PP. del Colegio. Y de este aposento se sacaron los instrumentos que se le dieron para la formación del libro, y se hurtaron las reliquias y papeles que faltan en tiempo en que fue Capellán de Loreto el P. Diego Abad, de que puede dar mucha noticia y en especial de la cruz en que se crucificaba la Sierva de Dios el R. P. Miguel de Salazar quien en la Congregación en que presidió el P. Francisco Sierra Visitador de esta Provincia propuso se sacase del poder de D^a Juana Romo la dicha reliquia de la cruz por hurto sacrilego que de ella se hizo; y no sabe el declarante en lo que paró, si se hizo o no la diligencia.

6^a La declaración que pone del P. Lucas de la Cueva misionero apostólico en el Marañón en el libro tercero de la Vida de la Sierva de Dios a fojas doscientas cincuenta y tres, vió, leyó y trasladó de *verbo ad verbum*, el declarante en el libro tercero, lugar citado, capítulo ocho, la cual declaración estaba entre los papeles sueltos que se le entregaron.

7^a Con los instrumentos expresados se le entregó al declarante el sermón que predicó a sus honras el P. Alonso de Rojas, cuyo tema es del eclesiástico: *Festina tempus et memento finis ut enarrent mirabilia tua*; y comienza con estas voces: *Unos vivos muertos hacemos hoy honras a una muerta viva*. De este sermón muy precioso por ser un mineral de virtudes y que pasó a axioma con el caso que refiere del Sr. Obispo de Cartagena el señor don Juan Antonio Benavides en el libro quinto a fojas cuatrocientos catorce se vale el declarante de él para lo más de la Vida y en especial para los capítulos primero, segundo, tercero y cuarto del quinto libro de su muerte, trasladando de *verbo ad verbum*, como es verdad *sub juramento facto* las palabras y cláusulas de dicho sermón impreso en Lima año de mil seiscientos cuarenta y seis.

Sobre la declaración del P. Antonio Manosalvas no tiene el declarante cosa que decir porque está en los Procesos dilatada nervosa preciosísima en sus quilates, y solo dice *sub juramento praescripto* que la citó lealmente sin añadir ni quitar cosa alguna a sus palabras y aunque no hizo el declarante elogio especial de dicho Padre fue por justos y políticos respetos. Tanto se ha dicho y referido de dicho Padre y de la varía fortuna de su vida y muerte en la ciudad de Cuenca ejemplarísima que duda mucho el declarante, si fue más justo más ejemplar jesuita *extra societatem* que *intra*; si condujere la noticia fácil es adquirirla en Cuenca.

89 Y por lo que toca a las profecías verificadas de que habla en su Vida el declarante, debajo del juramento hecho, dice que en ellas no hizo más que trasladar legamente lo que los testigos refieren en los Procesos. Y aunque en la profecía que trajo en el Libro quinto del P. Juan de Enebra, Rector que fue de Panamá, calificador del Santo Oficio por la Suprema, no individua testigo alguno que la refiera, la pública voz y fama en el Colegio de Quito, originada de los repetidos dichos del dicho Padre, contándola a muchos sujetos que le conocieron y trataron en el noviciado de Chillo, donde solía recogerse y en el mismo Colegio de Quito, me estimularon a escribirlo y darla al público. Ahora añade y dice, *sub juramento facto*, haberla oído así como la escribió y habido la noticia del P. Francisco de Mestanza de la misma Compañía y trasplantado a la Provincia de Méjico donde murió insigne misionero en las misiones de Sinaloa nombrando al médico de quien se burlaba el enfermo llamado Juan Martín de la Peña; y el P. Venegas Rector del Colegio de Quito me contó haberse hallado a su muerte en el escalón de caracol que iba para la librería y las circunstancias referidas en el libro quinto a fojas trescientas treinta y una de los cilicios, extrema unción y santos óleos.

Y esto que lleva dicho y declarado es la verdad y lo sabe mediante el juramento que tiene hecho, y le parece al declarante estar completa su declaración para el efecto que se la piden añadiendo ser grande y ardiente la devoción que tienen a Mariana de Jesús en todo el Reino del Perú, Tierra Firme, Trujillo y esta ciudad.

Y habiéndosele leído al declarante *de verbo ad verbum* esta su declaración se afirmó y ratificó en lo que tiene dicho y que es de edad de setenta y ocho años como tiene dicho y no le tocan las generales de la ley.

Y lo firmó el dicho Señor Vicario Juez eclesiástico de que doy fe.

Jacinto Morán de Butrón.
de la Compañía de Jesús.

FIN



INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	V

LIBRO I

Primeros años de Mariana de Jesús hasta que entra en su encierro

CAPITULO I.—Nacimiento de Mariana de Jesús	1
CAPITULO II.—Primeros años de Mariana de Jesús.....	5
CAPITULO III.—Primera educación y aprovechamiento de Mariana de Jesús.....	10
CAPITULO IV.—Devociones varias de Mariana de Jesús y favores que recibe de la Virgen Santísima.....	12
CAPITULO V.—Devoción de Mariana de Jesús a la Pasión de Nuestro Señor.....	17
CAPITULO VI.—Austeridades que practica Mariana de Jesús en su niñez.....	20
CAPITULO VII.—Hace Mariana de Jesús la primera comunión y emite los tres votos de castidad, pobreza y obediencia....	23
CAPITULO VIII.—Mariana de Jesús pretende salir fugitiva de su casa para ir a convertir infieles.....	28
CAPITULO IX.—Mariana de Jesús quiere hacer vida eremítica y Dios Nuestro Señor desbarata su proyecto.....	31
CAPITULO X.—Quieren los demonios de Mariana de Jesús que se haga religiosa y Dios lo impide.....	34
CAPITULO XI.—Mariana de Jesús hace los preparativos necesarios para entrar en su retiro.....	39

LIBRO II

Santo tenor de vida de Mariana de Jesús y sus penitencias en su retiro

CAPITULO I.—Medios de que se vale Mariana de Jesús para emprender el camino de la perfección.....	42
CAPITULO II.—Rígida distribución del tiempo entablada por Mariana de Jesús.....	47
CAPITULO III.—Cruelas disciplinas con que Mariana de Jesús afflige su inocente cuerpo.....	50
CAPITULO IV.—Rigor espantoso en los cilicios de Mariana de Jesús.....	57
CAPITULO V.—De algunas otras mortificaciones de Mariana de Jesús.....	62

CAPITULO VI.—Dios muestra su agrado con prodigios en las mortificaciones de Mariana de Jesús.....	67
CAPITULO VII.—Austeridades de Mariana de Jesús en el dormir.....	74
CAPITULO VIII.—Admirable abstinencia de Mariana de Jesús....	79
CAPITULO IX.—Ayunos rigurosos de Mariana de Jesús.....	82
CAPITULO X.—Mariana de Jesús pasa sin comer los últimos siete años de su vida mortal.....	88
CAPITULO XI.—Heroica mortificación de Mariana de Jesús en no beber agua.....	93
CAPITULO XII.—Cuidado extremo con que Mariana de Jesús guarda todos sus sentidos.....	96
CAPITULO XIII.—Pide Mariana de Jesús a Dios Nuestro Señor que no sean conocidas sus penitencias....	103

LIBRO III

Heroicas virtudes de Mariana de Jesús

CAPITULO I.—Viva fe y firme esperanza en Dios Nuestro Señor de Mariana de Jesús.....	107
CAPITULO II.—Fervoroso amor de Mariana de Jesús a Dios Nuestro Señor.....	112
CAPITULO III.—Caridad y celo de Mariana de Jesús para con las almas de sus prójimos.....	118
CAPITULO IV.—Caridad de Mariana de Jesús en aliviar las necesidades temporales de sus prójimos.....	127
CAPITULO V.—Virtudes domésticas de Mariana de Jesús.....	132
CAPITULO VI.—Eximia piedad de Mariana de Jesús.....	136
CAPITULO VII.—Tierna devoción de Mariana de Jesús a Nuestro Señor Jesucristo y a los misterios de su vida....	140
CAPITULO VIII.—Filial devoción de Mariana de Jesús a la Virgen Nuestra Señora.....	150
CAPITULO IX.—Devoción de Mariana de Jesús a los cortesanos del cielo, y su grande afecto a la Compañía de Jesús....	155
CAPITULO X.—Fervorosa oración de Mariana de Jesús.....	160
CAPITULO XI.—Paciencia de Mariana de Jesús en las penalidades y trabajos de esta vida.....	165
CAPITULO XII.—Humildad profunda de Mariana de Jesús.....	173
CAPITULO XIII.—Perfección con que Mariana de Jesús guarda los votos de pobreza y obediencia.....	178
CAPITULO XIV.—Angelical pureza y castidad de Mariana de Jesús.....	185

LIBRO IV

Favores sobrenaturales que Dios hizo a Mariana de Jesús en vida; su santa muerte

CAPITULO I.—Favores sobrenaturales que Dios concede a Mariana de Jesús.....	190
---	-----

CAPITULO II.—Refiérense algunas profecias y revelaciones de Mariana de Jesús.....	193
CAPITULO III.—Profecias y revelaciones de Mariana de Jesús acerca de sus deudos ...	202
CAPITULO IV.—Profecias de Mariana de Jesús acerca de los bienes de fortuna de su familia	208
CAPITULO V.—Mariana de Jesús ofrece su vida por su patria; su última enfermedad.....	217
CAPITULO VI.—Pierde Mariana de Jesús el habla tres días antes de su muerte; papeles que escribe como por testamento.....	224
CAPITULO VII.—Santa y preciosa muerte de Mariana de Jesús....	228
CAPITULO VIII.—Veneración extraordinaria que Quito tributa a Mariana de Jesús.....	232
CAPITULO IX.—Entierro de Mariana de Jesús.....	237
CAPITULO X.—Sucesos admirables que acontecieron en la casa de Mariana de Jesús después de su santa muerte.....	242
CAPITULO XI.—Veneración y elogios que mereció Mariana de Jesús de parte de sus paisanos.....	247

LIBRO V

Milagros que ha obrado Mariana de Jesús, y favores que por su mediación han alcanzado de Dios sus devotos

CAPITULO I.—Refiérense algunos de los milagros que Mariana de Jesús obró en su vida mortal.....	256
CAPITULO II.—Apariciones de Mariana de Jesús después de su muerte.....	262
CAPITULO III.—Algunos de los favores que Dios ha concedido por medio de la invocación de Mariana de Jesús y de sus imágenes.....	265
CAPITULO IV.—Curaciones prodigiosas obradas por las reliquias de Mariana de Jesús.....	268
CAPITULO V.—Singular protección de Mariana de Jesús para con mujeres en peligro de parto.....	272
CAPITULO VI.—Refiérense los dos milagros aprobados por la Santa Sede para la Beatificación de Mariana de Jesús....	274
CAPITULO VII.—Las Reliquias de Mariana de Jesús.....	277

APENDICES

APENDICE I.—Notas y Documentos.....	283
APENDICE II.—Breve reseña de la vida y virtudes de Juana de Caso, sobrina de Mariana de Jesús.....	297
APENDICE III.—Santa vida y dichosa muerte de Sebastiana de Caso, sobrina de Mariana de Jesús.....	307
APENDICE IV.—Las Congregaciones y Cofradías establecidas en la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito.....	311

APENDICE V.--Los Procesos para la Beatificación de Mariana de Jesús.....	313
APENDICE VI.—Discurso predicado por el P. Alonso de Rojas, en las Honras de Mariana de Jesús.....	319
APENDICE VII.—Declaración jurada de P. Jacinto Morán de Butrón, acerca de la santa vida y virtudes de Mariana de Jesús.....	338
APENDICE VIII.—Declaración del P. Jacinto Morán de Butrón acerca de los <i>documentos</i> de que se valió para escribir la Vida de la Bienaventurada Mariana de Jesús	343

A. M D'G.